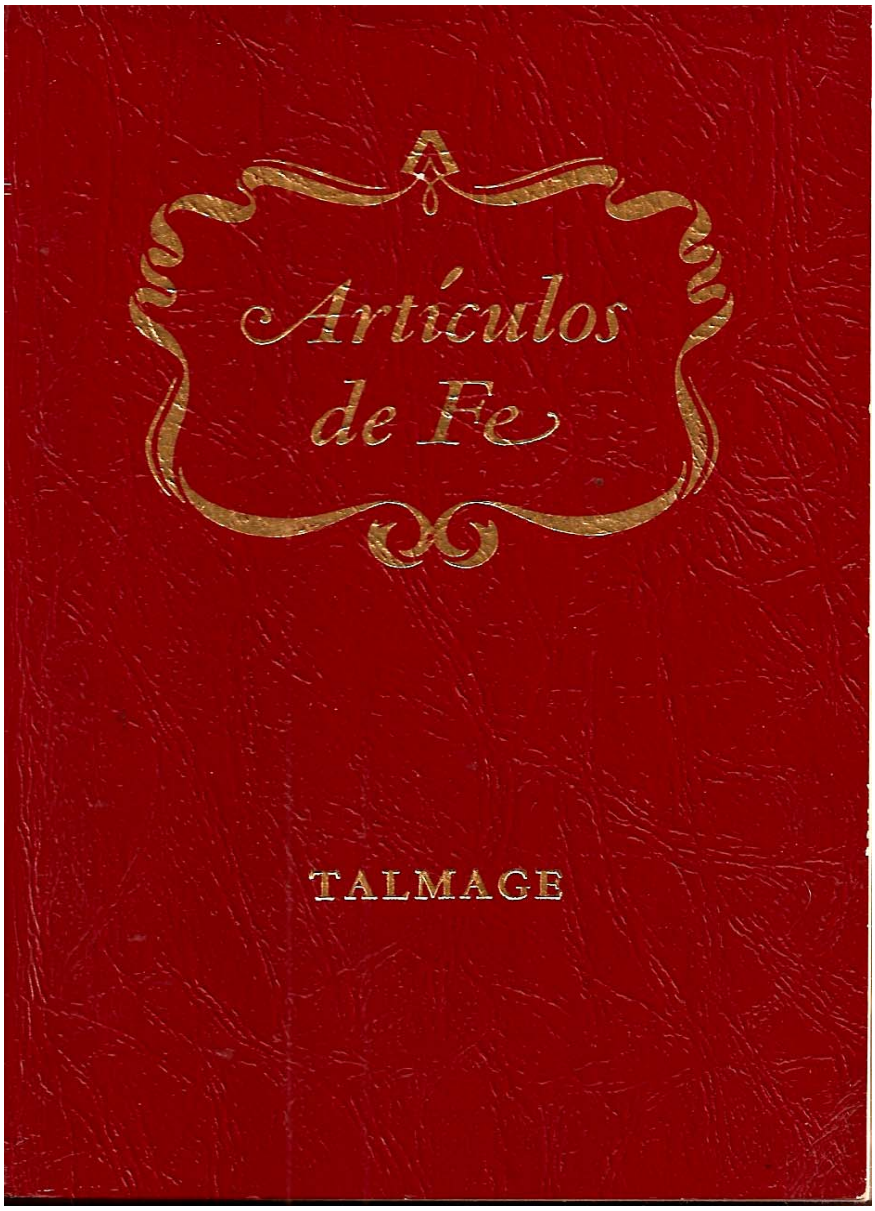
Artículos
de Fe
TALMAGE

Un Estudio de los
ARTÍCULOS DE FE
Constituye un Examen de las Doctrinas Principales de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

por

JAMES E. TALMAGE
Uno de los Doce Apóstoles de la Iglesia

Publicación de
La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
Salt Lake City, Utah, E.U.A. 1980

PROLOGO

En abril de 1899 salió a luz la primera edición en inglés de la obra Los Artículos de Fe, no tardando en llegar a once el número de ediciones publicadas en esa lengua.

Para la duodécima edición se aumentó, se revisó y en parle se volvió a escribir la materia anterior, dándosele otra forma. Se han añadido al fin de los capítulos referencias que citan importantes pasajes de las Escrituras relacionados con los temas respectivos aunque no se ha procurado una compilación completa. El "Apéndice" comprende las "Notas"—con algunos cambios y aditamentos—que en las primeras ediciones se encontraban al fin de cada capítulo.

Esta obra presenta en forma concisa un resumen parcial de las doctrinas y propósitos de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, y se ofrece a sus lectores con el espíritu de invitación fraternal y persuasión sincera a fin de que consideren piadosamente su mensaje y estudien afanosamente la verdad.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, que afirma ser precisamente lo que su nombre indica—la Iglesia de Jesucristo—ha sido restaurada en la tierra por revelación divina y se ha restablecido como organización entre los hombres en fiel cumplimiento de las palabras de los profetas de la antigüedad. Como tal, la Iglesia de nuevo proclama el Evangelio de Cristo, por medio de quien se proveyó la redención de la muerte para todos los hombres, y salvación para toda alma que quiera someterse a las condiciones prescritas por el Redentor y Salvador del género humano.

Hoy se pone esta obra al alcance de todos los de habla española en su propio idioma con la sincera esperanza de que el poder del Espíritu Santo dará al lector un testimonio de la verdad de los principios y doctrinas que sus páginas encierran.

TABLA DE MATERIAS

CAPITULO **PAGINAS**

1. INTRODUCCION **07**

Los Artículos de Fe.—Teología.—Teología y religión.—Los Libros Canónicos de la Iglesia.—José Smith, el Profeta.— Su parentela y juventud.—Su búsqueda y resultado.—Visitado por el Padre Eterno y su Hijo Jesucristo.—Visitaciones angélicas.—Acontecimientos subsiguientes: el martirio.— Autenticidad de su misión.—Un profeta verdadero.

2.. DIOS Y LA SANTA TRINIDAD—.(Articulo 1) **17**

La existencia de Dios.—Evidencia de la historia y tradición.—Evidencia proveída por la razón humana.—Evidencia de revelación directa.—La Trinidad.—Unidad de la Trinidad.—Personalidad de cada uno de los miembros de la Trinidad.—Algunos de los atributos divinos.—Idolatría y Ateísmo.—Conceptos sectarios de la Trinidad.—Dios en la naturaleza.

3. TRANSGRESIÓN Y LA CAÍDA— (Artículo 2) **25**

El libre albedrío del hombre.—La responsabilidad del hombre.—El pecado.—El castigo del pecado es natural y necesario.—Duración del castigo.—Refutación de la falsa doctrina de tormento sin fin.—Satanás, su posición anterior y su caída.—Nuestros primeros padres en el Edén.—La tentación y la caída.—La prudente elección de Adán.—La expulsión del Edén.—El árbol de la vida es protegido.— Resultados de la caída.—La caída fue prevista.—La bendita herencia del estado mortal.

4. LA EXPIACIÓN Y SALVACIÓN— (Articula 3) **33**

Reconciliación.—La naturaleza de la expiación.—Un sacrificio vicario.—Voluntario e inspirado por el amor.—La expiación fue preordinada y predicha.—La extensión de la expiación.—La salvación general.—Salvación individual.— Salvación y exaltación.—Grados de gloria.—Los reinos Celestial, Terrestre y Telestial.

5. FE Y ARREPENTIMIENTO—(Artículo i) **41**

La naturaleza de la fe.—Comparación de la fe, la creencia y el conocimiento.—El fundamento de la fe.—La fe es un principio de poder.—Una condición de fe efectiva.—La fe es esencial para la salvación.—Un don de Dios.—Fe y obras. —La naturaleza del arrepentimiento.—Condiciones necesarias para obtener el perdón.—El arrepentimiento es esencial a la salvación.—Es un don de Dios.—No siempre es posible arrepentirse.—El peligro de demorar el día del arrepentimiento.—Arrepentimiento allende del sepulcro.

6.. ELBAUTISMO— (Artículo 4) **50**

La naturaleza de la ordenanza.—Su institución.—El bautismo de Adán.—El propósito especial del bautismo.—Quiénes son aptos para el bautismo.—Bautismo de niños pequeños.— Historia de esta práctica errónea.—El bautismo_ de los niños no tiene apoyo en la Biblia, y las otras Escrituras lo prohiben.—El bautismo es esencial para la salvación.—El bautismo de Cristo.—"Para cumplir toda justicia."

7. EL BAUTISMO—Cont.— (Artículo 4) **56**

Importancia del método correcto cuando se administra la ordenanza.—Derivación de la palabra "bautizar."—Inmersión es el modo verdadero.—Simbolismo de la inmersión.— Es la única forma que se practicaba en los días antiguos.— Bautismo por inmersión entre los nefitas.—El bautismo moderno.—La "repetición" del bautismo no es una ordenanza distinta.—Muy pocos ejemplos en las Escrituras de personas rebautizadas.—El bautismo por los muertos.—El ministerio de Cristo entre los muertos.—Los espíritus encarcelados.—Obra vicaria de los vivos a favor de los muertos.—El mensaje de Elias.—Templos antiguos y modernos.

8. EL ESPÍRITU SANTO—(Artículo 4) **64**

El Consolador prometido.—El Espíritu Santo es miembro de la Trinidad.—Su personalidad distinta.—Sus poderes.— Su oficio es ejercer su ministerio a favor del género humano. —A quiénes es dado.—Casos excepcionales de su visita antes del bautismo.—La comunicación del Espíritu Santo.—Se precisa el poder del Sacerdocio.—Dones del Espíritu.

9. EL SACRAMENTO DE LA SANTA CENA (Artículo 4)……..69

Institución del sacramento entre los judíos.—También entre los nefitas.—Quiénes pueden participar

dignamente del sacramento.—Propósito de la institución.—Los emblemas sacramentales.—Manera de administrarlo.

10. AUTORIDAD EN EL MINISTERIO—(Artículo 5)……..72

Hombres llamados por Dios.—Ejemplos en las Escrituras.— Ordenación en el ministerio.—La imposición de manos autorizadas.—El sacrilegio de tratar de oficiar sin autoridad. —Ejemplos de castigo divino.— Maestros, verdaderos y falsos.—La autoridad divina en la dispensación actual.—Juan el Bautista restaura el Sacerdocio Aarónico.—Pedro, Santiago y Juan, el de Melquisedec.—Preordinación de hombres. — Llamamientos especiales.—La preordinación de Cristo. —Preexistencia de los espíritus.

11. LA IGLESIA Y SU PLAN DE ORGANIZACIÓN—(Artículo 6) ……..79

La Iglesia Primitiva.—La apostasía de la Iglesia Primitiva. —La gran apostasía fue predicha.—La restauración de la Iglesia.—Plan de gobierno en la Iglesia restaurada.—Ordenes y oficios del Sacerdocio.—El Aarpnieo incluye el Leví-tico.—El orden de Melquisedec.—Oficios del Sacerdocio.— Diáconos, maestros, presbíteros.-—Élderes, setentas, sumos sacerdotes. — Patriarcas o evangelistas. — Apóstoles. — La Primera Presidencia.—Los Doce Apóstoles.—El Quórum Administrativo de los Setenta.—El Obispado General.—Organizaciones locales: estacas y barrios.—La Presidencia de la Estaca.—El Sumo Consejo.—El Obispado del Barrio.— Organizaciones auxiliares.

12. DONES ESPIRITUALES— (Artículo 7) 86

Caracterizan la Iglesia.—Naturaleza de estos dones.—Los milagros.—Enumeración parcial de los dones.-—Hablar en lenguas e interpretación.—El don de sanar.—Visiones y sueños.—Profecía.—Revelación.—El testimonio de milagros no es un guía infalible.—Imitación de los dones espirituales.—-Milagros efectuados por poderes malignos.—Los diablos obran milagros.—Los dones espirituales en la actualidad.

13. LA SANTA BIBLIA— (Artículo 8) 93

El primero de nuestros Libros Canónicos.—El término "Biblia."—El Antiguo Testamento.—Su origen v desarrollo.—El lenguaje del Antiguo Testamento.—La Versión de los Setenta.—El Pentateuco.—Los libros históricos.—Los libros poéticos.—Los libros de los profetas.—Los apócrifos. —El Nuevo Testamento.—Su origen y autenticidad.— Clasificación de los libros.—Primeras versiones de la Biblia. — Versiones modernas.—Legitimidad y autenticidad de la Biblia.—Testimonio del Libro de Mormón concerniente a la Biblia.

14. EL LIBRO DE MORMÓN— (Artículo 8) 100

Descripción y origen.—Moroni visita a José Smith.—La portada.—La nación nefita.—Los jareditas.—Las planchas antiguas.—El compendio de Mormón.—Traducción de los anales.—Clasificación y orden de los libros.-—La autenticidad del Libro de Mormón.—El testimonio de los testigos.

15. EL LIBRO DE MORMÓN—Cont.—(Artículo 8) ……107

Autenticidad del Libro de Mormón.—El Libro de Mormón y la Biblia.—Las profecías antiguas se cumplieron en la venida del Libro de Mormón.—Conformidad del libro.—Las profecías que contiene.— Evidencia externa.—Evidencia arqueológica de la antigua ocupación de América.—Origen israelita de los aborígenes americanos.—Origen común de todas las "razas" nativas.—El lenguaje del Libro de Mormón y el de los antiguos americanos comparado.

16. REVELACIÓN PASADA, PRESENTE Y FUTURA —(Artículo 9) …….115

Revelación e inspiración.—Medios que tiene Dios para comunicarse.—Reveladores antiguos.—Cristo fue un revelador.—La doctrina de la revelación continua concuerda con las Escrituras y la razón.—Respuestas a las objeciones.— Revelación de los últimos días.—Sin revelación no puede haber Iglesia verdadera.—Revelación aún futura.

17. LA DISPERSIÓN DE ISRAEL— (Artículo 10) ……121

Israel.—La historia de la nación.—La dispersión fue pre-dicha.—Profecías bíblicas.—Predicciones del Libro de Mormón.—Cumplimiento de estas espantosas profecías.—La suerte del reino de Israel.— Esparcimiento de Judá.—Las tribus perdidas.

18. EL RECOGIMIENTO DE ISRAEL— (Artículo 10)……126

Profecías sobre el recogimiento.—Predicciones en la Biblia y el Libro de Mormón.—Revelación moderna sobre el recogimiento.—Extensión y propósito del recogimiento.—Israel es un pueblo escogido.—Todas las

naciones son bendecidas mediante Israel.—La restauración de las diez tribus.—Sión será establecida.

19. SION— (Artículo 10) 132

Dos sitios de reconcentración.—Jerusalén y la Nueva Je-rusalén.—Significado de "Sión".—La Sión de Enoc.—El Señor define la palabra "Sión".—Revelación moderna tocante a Sión.—Es demorado su establecimiento.—El lugar céntrico en Misurí.—El establecimiento de Sión en los últimos días.

20. EL REINO DE CRISTO SOBRE LA TIERRA—(Artículo 10) …….136

Se comparan el primero y segundo advenimiento de Cristo. —Profecías de su segunda venida.—Se describen las señales. —La palabra de la revelación moderna sobre el asunto.— No se sabe el tiempo preciso.—El reinado de Cristo.—El Reino de Dios.—El Reino de los Cielos.—Reino e Iglesia.-— El Milenio.—Será restringido el poder de Satanás.

21.REGENERACIÓN Y RESURRECCIÓN—(Artículo 10)…… 143

La tierra bajo el anatema.—Regeneración de la tierra.— No hay evidencia científica.—Resurrección del cuerpo.— Profecías.—Dos resurrecciones generales.—La de los justos. —Y la de los injustos.—La resurrección de Cristo.—Y la que él inició.—Resurrección al tiempo de la segunda venida de Cristo.—Los paganos saldrán en la primera resurrección.—Resurrección después del Milenio.

22. LIBERTAD Y TOLERANCIA RELIGIOSAS— (Artículo 11)……. 151

Adoración.—La libertad de cultos es un derecho inalienable —La intolerancia religiosa es pecado.—La tolerancia no implica aceptación.-—La responsabilidad del hombre.—Resultados de sus hechos.—Se han proveído grados de gloria. —La gloria celestial.—La terrestre.—La telestial.—Grados dentro de los reinos.—Los hijos de perdición.

23. OBEDIENCIA A LA AUTORIDAD SECULAR—(Artículo 12) …….. 158

Las Escrituras reconocen los poderes seculares.—Ejemplos que dieron Cristo y sus apóstoles.—Enseñanzas apostólicas. —Lo que dice la revelación moderna respecto del deber hacia las leyes del país.—El pueblo de Dios debe ser obediente a la ley.—Enseñanzas de la Iglesia en la actualidad.

24. RELIGIÓN PRACTICA— (Artículo 13) ……. 164

Religión de la vida diaria.—Amplitud de nuestra fe.—Se recomienda la benevolencia.—Ofrendas voluntarias.—Ofrendas del día de ayuno.—Diezmos.—Consagración y mayor-domía.—La Orden Unida.—Orden social dentro de la Iglesia. —Matrimonio.—Matrimonio Celestial.—Relaciones ilícitas de los sexos.—La santidad del cuerpo.—El día del Señor y requerimientos en cuanto a su observancia.

APÉNDICE — Notas a los Capítulos Anteriores 174

Un Estudio de los ARTÍCULOS DE FE

CAPITULO 1

INTRODUCCIÓN

Los Artículos de Fe de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

1

Nosotros creemos en Dios el Eterno Padre, y en su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo.

2

Creemos que los hombres serán castigados por sus propios pecados, y no por la transgresión de Adán.

3

Creemos que por la Expiación de Cristo todo el género humano puede salvarse, mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del evangelio.

4

Creemos que los primeros principios y ordenanzas del evangelio son, primero: Fe en el Señor Jesucristo; segundo: Arrepentimiento; tercero: Bautismo por inmersión para la remisión de pecados; cuarto: Imposición de manos para comunicar el don del Espíritu Santo.

5

Creemos que el hombre debe ser llamada de Dios, por profecía y la imposición de manos, por aquellos que tienen la autoridad para predicar el evangelio y administrar sus ordenanzas.

6

Creemos en la misma organización que existió en la Iglesia primitiva, esto es, apóstoles, profetas, pastores, maestros, evangelistas, etc.

7

Creemos en el don de lenguas, profecía, revelación, visiones, sanidades, interpretación de lenguas, etc.

8

Creemos que la Biblia es la palabra de Dios hasta donde esté traducida correctamente; también creemos que el Libro de Mormón es la palabra de Dios.

9

Creemos todo lo que Dios ha revelado, todo lo que actualmente revela, y creemos que aún revelará muchos grandes e importantes asuntos pertenecientes al reino de Dios.

10

Creemos en la congregación literal del pueblo de Israel y en la restauración de las Diez Tribus; que Sión será edificada sobre este continente [de América]; que Cristo reinará personalmente sobre la tierra, y que la tierra será renovada y recibirá su gloria paradisíaca.

11

Nosotros reclamamos el derecho de adorar a Dios Todopoderoso conforme a los dictados de nuestra propia conciencia, y concedemos a todos los hombres el mismo privilegio: adoren cómo, dónde o lo que deseen.

12

Creemos en estar sujetos a los reyes, presidentes, gobernantes y magistrados; en obedecer, honrar y

sostener la ley.

13

Creemos en ser honrados, verídicos, castos, benevolentes, virtuosos y en hacer bien a todos los hombres; en verdad, podemos decir que seguimos la admonición de Pablo: Todo lo creemos, todo lo esperamos; hemos sufrido muchas cosas, y esperamos poder sufrir todas las cosas. Si hay algo virtuoso, bello, o de buena reputación o digno de alabanza, a esto aspiramos.—José Smith,

Teología—La palabra "Teología" es de origen griego; viene de Theos, que quiere decir Dios, y logos, un tratado o discurso. De modo que significa, por derivación, conocimiento colacionado de Dios, o la ciencia que nos enseña acerca de Dios; e implica también la relación que entre él y sus criaturas existe. Esta voz es de uso antiguo, y se le puede atribuir origen pagano. La teología, según Platón y Aristóteles, es la doctrina de Dios y cosas divinas.

Hay quienes opinan que el conocimiento teológico no es un tema que se presta a una consideración analítica o científica por parte del hombre; y como un concepto verdadero de Dios, que es el tema principal de la teología, debe por necesidad basarse en la revelación divina, no podemos recibir este conocimiento sino conforme a lo que benignamente se nos concede; y que el querer llevar a cabo una investigación minuciosa de ello mediante los poderes falibles del razonamiento humano sería igual que aplicar a los hechos de Dios, como norma de medida, la totalmente inadecuada sabiduría del hombre. Hay muchas verdades que quedan fuera del alcance de la mera razón humana, y se ha declarado que los hechos teológicos entran en esa categoría. Es cierto esto; pero sólo hasta donde se puede aplicar la misma clasificación a otras verdades aparte de las teológicas, en la acepción limitada de la expresión; porque toda verdad, siendo eterna, es superior a la razón en el sentido de que se manifiesta a la razón, mas no es una fabricación de ella. No obstante, se han de estimar y comparar las verdades mediante el ejercicio de la razón.

La Importancia del Estudio Teológico.- Es imposible que el hombre investigue minuciosamente en la corta duración de la existencia mortal alguna parte considerable del extenso campo del conocimiento.Corresponde, pues, a la sabiduría orientar nuestros esfuerzos hacia la investigación de aquel campo que ofrezca los resultados de mayor valor. Toda verdad es de valor; de inestimable valor, por cierto, en su lugar. Sin em- bargo, respecto de su posible aplicación, algunas ver- dades son de un valor incomparablemente mayor que otras. El conocimiento de los principios comerciales es esencial para el éxito del negociante; al marinero se exige que sepa las leyes de navegación; para el agricultor es indispensable estar familiarizado con la relación que existe entre el terreno y las cosechas; el entendimiento de los principios de la matemática es necesario para el ingeniero y el astrónomo; en igual manera, el conocimiento personal de Dios es esencial para la salvación de toda alma humana que posee juicio y discreción. Por tanto, no se debe menospreciar el valor del conocimiento teológico; dúdase que se pueda exagerar el valor de su importancia.

La Comprensividad de la Teología — Los límites postreros de esta ciencia, si es que tiene límites, superan a lo que el hombre es capaz de examinar. La teología tiene que ver con Dios, el manantial del conocimiento, la fuente de la sabiduría; con las pruebas de la existencia de un Ser Supremo y otras personalidades sobrenaturales; con las condiciones según las que y por las cuales se imparte la revelación divina; con los principios eternos que gobiernan la creación de los mundos; con las leyes de la naturaleza en sus múltiples manifestaciones. La teología es, principalmente, la ciencia que trata acerca de Dios y la religión; presenta los hechos de la verdad observada y revelada en orden metódico, e indica los medios de aplicarlos a los deberes de la vida. La teología, pues, concierne otros hechos aparte de aquellos que expresamente se llaman espirituales; su esfera es la de la verdad.

Las actividades industriales que benefician al género humano, las artes que agradan y refinan, las ciencias que ensanchan y ennoblecen la mente — estas cosas no son sino un fragmento del gran, aunque hasta aquí incompleto, volumen de verdad que ha descendido a la tierra de una fuente de eterno e infinito abastecimiento. Por consiguiente, un estudio completo de la teología abrazaría todas las verdades conocidas. Dios se ha constituido a sí mismo como el gran maestro; por manifestaciones personales o mediante el ministerio de sus siervos escogidos, él imparte instrucción a sus hijos mortales. A Adán le descubrió el arte de la agricultura, y le enseñó el de la sastrería; dio instrucciones a Noé y a Nefi en cuanto a la construcción de barcos;[c] Lehi y Nefi aprendieron de él el arte de la navegación; y para que se guiaran sobre el agua así como en sus viajes por tierra, les preparó el Liahona,[e] una brújula que funcionaba por medio de una influencia más eficaz para sus fines que el

magnetismo terrestre; además, Moisés recibió instrucciones divinas en cuanto a la arquitectura.

Teología y Religión, aunque se relacionan, no son idénticas. Uno puede estar bien versado en conocimientos teológicos, y, sin embargo, carecer de un carácter religioso, o siquiera moral. Si la teología es una teoría, entonces la religión es una práctica; si la teología es el precepto, la religión es el ejemplo. Una debe complementar la otra; el conocimiento teológico debe fortalecer la fe y práctica religiosas. Cual la aceptan los Santos de los Últimos Días, la teología abarca el plan del Evangelio de Jesucristo en su totalidad. La teología, como ciencia, tiene que ver con el conocimiento clasificado o colacionado que se refiere a la relación entre Dios y el hombre: es principalmente del intelecto; mientras que la religión incluye la aplicación de este conocimiento o creencia genuina al curso individual de la vida.

Los Artículos de Fe. — Acostúmbrase expresar en credos formulados las creencias y prácticas determinadas de la mayoría de las sectas religiosas. Los Santos de los Últimos Días no presentan tal credo como un código completo de su fe, porque aceptan el principio de la revelación continua como característica esencial de su creencia. José Smith, el primer profeta divinamente comisionado y el primer presidente de la Iglesia de Jesucristo en los últimos días, o sea la dispensación actual, presentó como bosquejo de los dogmas de la Iglesia las trece declaraciones conocidas como "Los Artículos de Fe de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días." Dichos artículos encierran doctrinas fundamentales y características del evangelio cual esta Iglesia lo enseña; pero no se deben considerar como una exposición completa de creencia, porque, como declara el Artículo 9: "Creemos todo lo que Dios ha revelado, todo lo que actualmente revela, y creemos que aún revelará muchos grandes e importantes asuntos pertenecientes al Reino de Dios." Desde el día en que por primera vez se promulgaron, el pueblo ha aceptado los Artículos de Fe como declaración autorizada; y el 6 de octubre de 1890, los Santos de los Últimos Días, reunidos en conferencia general, adoptaron los Artículos como guía de fe y de conducta. En vista de que estos Artículos de Fe presentan doctrinas importantes de la Iglesia en orden sistemático, se prestan, en tan conveniente bosquejo, para hacer un estudio de la teología de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Los Libros Canónicos de la Iglesia constituyen la autoridad escrita de la Iglesia en cuanto a doctrina. No obstante, la Iglesia está dispuesta para recibir, por medio de revelación divina, luz y conocimiento adicionales "pertenecientes al Reino de Dios". Creemos que en la actualidad Dios tiene igual disposición de revelar su parecer y voluntad al hombre, y que lo hace por medio de sus siervos designados—profetas, videntes y reveladores —investidos, mediante su ordenación, con la autoridad del Santo Sacerdocio. Por consiguiente, confiamos en las enseñanzas de los oráculos vivientes de Dios, dándoles igual validez que a las doctrinas de la palabra escrita. Los libros que por el voto de la Iglesia se han adoptado como guías autorizadas de fe y doctrina son cuatro: la Biblia, el Libro de Mormón, Doctrinas y Convenios y la Perla de Gran Precio.[h] Los oficiales y miembros de la Iglesia han publicado y están publicando muchos libros, los cuales pueden ser sancionados por el pueblo y las autoridades eclesiásticas; pero las cuatro publicaciones mencionadas son los "Libros Canónicos de la Iglesia", debidamente adoptados. Los Artículos de Fe se pueden considerar como un bosquejo bueno pero incompleto de las doctrinas que tratan los libros autorizados.

JOSÉ SMITH, EL PROFETA

José Smith, cuyo nombre aparece al pie de los Artículos de Fe, es el profeta y revelador por medio de quien se restauró a la tierra el evangelio de Jesucristo en éstos, los últimos días, la dispensación del cumplimiento de los tiempos, declarada y predicha por los profetas en dispensaciones anteriores. El asunto de la comisión divina de este hombre desafía en la actualidad al mundo. Si son falsas sus afirmaciones de que fue nombrado divinamente— ya que constituyen el fundamento de la Iglesia en esta última dispensación—la estructura no puede ser estable; pero, si su declarada ordenación bajo las manos de personajes celestiales resulta ser verdad, uno no necesita buscar más adelante la causa de la vitalidad extraordinaria y el desarrollo continuo de la Iglesia restaurada.

Las circunstancias de las comunicaciones divinas de José Smith, el maravilloso ensanchamiento de la obra que instituyó este profeta de los últimos días, el cumplimiento, mediante su conducto, de muchas de las trascendentales predicciones de la antigüedad, y sus propias declaraciones proféticas con sus cumplimientos literales aún llegarán a ser extensamente aceptadas como prueba conclusiva de la validez de su ministerio. Las importantes afirmaciones que se hacen de él y de su obra, la fama que ha causado que su nombre sea conocido para bien o mal entre la mayor parte de las naciones civilizadas de la tierra, la estabilidad de los sistemas

religiosos y sociales que deben su origen, como instituciones del siglo xix, al ministerio de este hombre, le dan una importancia individual que exige una consideración seria e imparcial.

Su Parentela y Juventud. — José Smith, el cuarto hijo y el tercer hombre de una familia de diez, nació el 23 de diciembre de 1805 en Sharon, Condado o Distrito de Windsor, Estado de Vermont. Fue hijo de José Smith y Lucía Mack de Smith, una pareja honrada, quienes a pesar de su pobreza vivían felizmente en su ambiente doméstico de industria y frugalidad. Cuando José tenía diez años, la familia salió de Vermont y se estableció en el Estado de Nueva York, primeramente en Palmyra, y más tarde en Mánchester. En este último lugar el futuro profeta pasó la mayor parte de los días de su niñez. Igual que sus hermanos y hermanas, recibió muy poca instrucción; y los sencillos rudimentos de una educación que pudo adquirir por medio de una aplicación sincera se debió mayormente a sus padres, quienes siguieron la regla de dedicar parte de su tiempo desocupado a la instrucción de los niños menores de la familia.

En cuanto a sus inclinaciones religiosas, la familia favorecía la iglesia presbiteriana; de hecho, la madre y algunos de los hijos se unieron a esa secta; pero José, aunque impresionado favorablemente durante algún tiempo por los metodistas, no quiso hacerse miembro de ninguna de las sectas, encontrándose muy confuso por causa de la contienda y disensiones que se manifestaban entre las iglesias de aquella época. Tenía razón de esperar ver en la Iglesia de Cristo unidad y armonía; sin embargo, en aquellas sectas contenciosas sólo vió confusión. Cuando José entró en los quince años, la región en donde vivía se vió envuelta en una tempestad de violenta agitación religiosa, la que, empezando con los metodistas, pronto se generalizó entre todas las sectas; hubo avivamientos y servicios prolongados, y las vergonzosas manifestaciones de aquella rivalidad sectaria fueron muchas y diversas. Estas condiciones aumentaron a la pesadumbre del jovencito que sinceramente buscaba la verdad.

Su Búsqueda y el Resultado.—He aquí el relato del mismo José Smith en cuanto a su manera de proceder:

En medio de esta guerra de palabras y tumulto de opiniones, a menudo me decía a mí mismo: ¿Qué se puede hacer? ¿Cuál de todos estos partidos tiene razón; o están todos en error? Si uno de ellos está en lo justo, ¿cuál es, y cómo podré saberlo?

Hallándome en medio de las inmensas dificultades que las contenciones de estos partidos de religiosos originaban, un día estaba leyendo la Epístola de Santiago, primer capítulo y quinto versículo, que dice: Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios, el cual da a todos abundantemente, y no zahiere; y le será dada.

Nunca un pasaje de las Escrituras llegó al corazón de un hombre con más fuerza que éste en esta ocasión al mío. Parecía introducirse con inmenso poder en cada fibra de mi corazón. Lo medité repetidas veces, sabiendo que si alguna persona necesitaba sabiduría de Dios, esa persona era yo; porque no sabía qué hacer, y, a menos que pudiese lograr más sabiduría de la que hasta entonces tenía, jamás llegaría a saber; pues los maestros religiosos de las diferentes sectas interpretaban los mismos pasajes de las Escrituras de un modo tan distinto, que destruía toda esperanza de resolver el problema con recurrir a la Biblia.

Por último, llegué a la conclusión de que tendría que permanecer en tinieblas y confusión, o, de lo contrario, hacer lo que Santiago aconsejaba, es decir, pedir a Dios. Al fin tomé la determinación de pedir a Dios, habiendo concluido que si él daba sabiduría a quienes carecían de ella, y la impartía abundantemente y sin zaherir, yo podría aventurarme.

Por consiguiente, de acuerdo con esta resolución mía de acudir a Dios, me retiré al bosque para hacer la prueba. Fué en la mañana de un día hermoso y despejado, en los primeros días de la primavera de 1820. Era la primera vez en mi vida que hacía tal intento, porque en medio de toda mi ansiedad no había procurado orar vocalmente sino hasta ahora.

Después de haberme retirado al lugar que previamente había designado, mirando a mi derredor y encontrándome solo, me arrodillé y empecé a elevar a Dios los deseos de mi corazón. Apenas lo hube hecho, cuando súbitamente se apoderó de mí una fuerza que completamente me dominó, y fué tan asombrosa su influencia que se me trabó la lengua de modo que no pude hablar. Una espesa niebla se formó alrededor de mí, y por un tiempo me pareció que estaba destinado a una destrucción repentina.

Mas esforzándome con todo mi aliento para pedirle a Dios que me librara del poder de este enemigo que me había prendido, y en el momento preciso en que estaba para hundirme en la desesperación y entregarme a la destrucción—no a una ruina imaginaria, sino al poder de un ser efectivo del mundo invisible que tenía tan

asombrosa fuerza cual jamás había sentido yo en ningún ser—precisamente en este momento de tan grande alarma vi una columna de luz, más brillante que el sol, directamente arriba de mi cabeza; y esta luz gradualmente descendió hasta descansar sobre mí.

No bien se hubo aparecido, cuando me sentí libre del enemigo que me tenía sujeto. Al reposar la luz sobre mí, vi a dos Personajes, cuyo brillo y gloria no admiten descripción, en el aire arriba de mí. Uno de ellos me habló, llamándome por nombre, y dijo, señalando al otro: ¡Este es mi Hijo Amado: Escúchalo!

Había sido mi objeto acudir al Señor para saber cuál de todas las sectas era la verdadera, a fin de saber a cuál unirme. Por tanto, apenas me hube recobrado lo suficiente para poder hablar, cuando pregunté a los Personajes que estaban en la luz arriba de mí, cuál de todas las sectas era la verdadera, y a cuál debería unirme.

Se me contestó que no debería unirme a ninguna, porque todas estaban en error; y el Personaje que me habló dijo que todos sus credos eran una abominación en su vista; que todos aquellos profesores se habían pervertido; que "con los labios me honran, mas su corazón lejos está de mí; enseñan como doctrinas mandamientos de hombres, teniendo apariencia de piedad, mas han negado la eficacia de ella."

Conocimiento como el que se comunicó en esta revelación sin precedente no podía permanecer oculto dentro del pecho del jovencito. No vaciló en divulgar la gloriosa verdad, primero a los miembros de su familia, quienes recibieron este testimonio con reverencia, y después a los ministros sectarios que habían trabajado tan diligentemente para convertirlo a sus credos respectivos. Cuán grande fué su sorpresa cuando éstos que se decían ser maestros de Cristo trataron sus declaraciones con el mayor desprecio, diciendo que hacía mucho que habían cesado los días de revelaciones de Dios, y que la manifestación, si en verdad había recibido tal cosa, era de Satanás. Sin embargo, los ministros, con una unidad de propósito extrañamente diferente de su hostilidad anterior entre sí, se empeñaron en ridiculizar al jovencito y denunciar sus sencillas pero solemnes afirmaciones. Se agitó el vecindario; una persecución cruel y rencorosa se desató en contra de él y su familia, y hasta hubo quien tratara de asesinarlo. En todo esto fué librado de todo daño corporal; y a pesar de la oposición cada vez mayor, fielmente se mantuvo firme en su testimonio de la visitación celestial.[l] En esta condición probatoria estuvo tres años, sin más manifestaciones directas de seres celestiales, esperando, pero sin recibir, la luz adicional y nuevas instrucciones que anhelaba. Percibía claramente su propia debilidad y sentía sus flaquezas humanas. Imploró al Señor, confesando sus imperfecciones y suplicando ayuda.

Visitaciones Angélicas.—La noche del 21 de septiembre de 1823, mientras pedía perdón de sus pecados y orientación en cuanto a su curso futuro, fué bendecido con otra manifestación celestial. Se apareció una luz brillante en su cuarto, en medio de la cual se hallaba un personaje vestido de blanco, con un semblante de pureza radiante. El visitante celestial le anunció que era Moroni, un mensajero enviado de la presencia de Dios; y empezó a instruir al joven con respecto a algunos de los propósitos divinos en los cuales su intervención sería de gran valor. El ángel declaró que Dios tenía una obra para José, y que su nombre "se tendría por bien o mal entre todas las naciones, tribus y lenguas; o que hablarían bien o mal de él en todas las naciones. Dijo que se hallaba depositado un libro, escrito sobre planchas de oro, el cual daba una relación de los antiguos habitantes de este continente, así como del origen de su procedencia. También declaró que en él se encerraba la plenitud del evangelio eterno cual el Salvador lo había entregado a los antiguos habitantes; asimismo, que junto con las planchas estaban depositadas dos piedras en aros de plata, las cuales, aseguradas a una pieza que se ceñía alrededor del pecho, formaban lo que se llamaba el Urim y Tumim; que la posesión y uso de estas piedras era lo que constituía a los 'videntes' de los días antiguos o anteriores, y que Dios las había preparado para la traducción del libro."

Moroni, el ángel visitante, entonces repitió varias profecías que se encuentran en las antiguas escrituras, variando algunos de los pasajes de como se leen en la Biblia. Se citaron las siguientes palabras de Malaquías, mostrando estas pequeñas pero importantes variaciones de la versión bíblica: "Porque he aquí, viene el día que arderá como un horno, y todos los soberbios, sí, y todos los que obran inicuamente arderán como rastrojo, porque los que vienen los quemarán, dice el Señor de los Ejércitos, de modo que no les quedará ni raíz ni rama." Además: "He aquí, yo os revelaré el sacerdocio por la mano de Elias el profeta, antes de la venida del grande y terrible día del Señor." Igualmente expresó el siguiente versículo de otro modo: "Y él plantará en los corazones de los hijos las promesas hechas a los padres, y los corazones de los hijos se volverán a sus padres. De no ser así, toda la tierra sería destruida totalmente a su venida." Entre otras, Moroni citó las profecías de Isaías relativas a la restauración de Israel esparcido y el reinado prometido de justicia sobre la tierra,[n] diciendo que las profecías estaban para cumplirse; también las palabras de San Pedro a los judíos, concernientes al profeta que Moisés dijo

sería levantado, explicando que el profeta de referencia era Jesucristo, y que estaba próximo el día en que serían desarraigados de entre los del pueblo todos los que rechazaran las palabras del Salvador.[o]

Habiendo comunicado su mensaje, el ángel partió. La luz dentro del cuarto pareció empezar a condensarse alrededor de su persona y desapareció junto con él. Pero durante la noche regresó dos veces, y en cada visita repitió lo que había dicho al principio, junto con otras amonestaciones a las que añadió advertencias relativas a las tentaciones que acometerían al joven en el cumplimiento de su misión. Al día siguiente Moroni volvió a aparecérsele a José, y refiriéndole de nuevo las instrucciones y precauciones de la noche anterior, le mandó que le comunicara a su padre todo lo que había visto y oído. El joven lo hizo, y el padre no tardó en testificar que las comunicaciones eran de Dios.

José entonces fué al cerro que le había sido manifestado en la visión. Reconoció el lugar indicado por el ángel, y trabajando un poco desenterró una caja de piedra que contenía las planchas y otros objetos de que Moroni había hablado. El mensajero de nuevo se puso a su lado y le prohibió sacar los objetos en esa ocasión, diciendo que tendrían que transcurrir cuatro años antes que las planchas pudieran quedar en sus manos, y que debería visitar ese sitio a intervalos anuales. En cada una de estas visitas el ángel instruía al joven más cabalmente con respecto a la gran obra que lo esperaba.

No es nuestro propósito repasar aquí en detalle la vida y ministerio de José Smith; queda justificado lo que aquí se ha dicho sobre los primeros pasos de su misión divinamente señalada en vista de la gran importancia de la introducción de la nueva dispensación de la providencia divina, o sea la de los últimos días, mediante su conducto. Cómo sacó las planchas de su depósito de siglos, y la traducción, mediante poder divino, y publicación del relato como el Libro de Mormón, recibirá atención más adelante. Basta decir aquí que se han traducido los anales antiguos; que se ha dado el Libro al mundo, y que los Santos de los Últimos Días aceptan ese volumen como escritura.

Acontecimientos Subsiguientes: el Martirio.— Habiéndose restaurado el Santo Sacerdocio mediante la ordenación de José Smith por aquellos que habían tenido las llaves de esta autoridad en dispensaciones anteriores, oportunamente quedó establecida la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. La organización de la Iglesia como grupo incorporado se efectuó el día 6 de abril de 1830, en Fayette, Estado de Nueva York, y sólo los nombres de seis personas están asentados como participantes activos. Es cierto que para entonces más de seis se habían adherido al nuevo y sin precedente movimiento; pero en vista de que las leyes del Estado prescribían que no menos de seis habían de participar en la incorporación de una sociedad religiosa, solamente el número especificado formalmente participó en el paso legal; y éstos, salvo uno, eran comparativamente desconocidos, y puede decirse ignorados. El nombre de José Smith el Profeta ya se conocía más allá de la región donde estaba viviendo. Gozaba de una notoriedad cada vez mayor, si no de fama envidiable. Ya había traducido y publicado el Libro de Mormón, que afirmaba ser la historia de los pueblos aborígenes del continente occidental, particularmente una relación de los hechos de Dios con esta gente, en una palabra, las Escrituras de lo que más tarde llegó a llamarse el Nuevo Mundo. Refiriéndose al título de este libro es como el apelativo "Mormón", primeramente usado con escarnio, de hecho, como sobrenombre, se ha convertido en popular designación de la Iglesia y sus miembros individuales. Empezando con el pequeño grupo inicial mencionado, la Iglesia creció hasta contar con miles durante la vida de José Smith; y el crecimiento ha continuado con extraordinaria rapidez y constancia hasta el tiempo actual. Mediante el hombre que fué ordenado el Primer Élder de la dispensación de los últimos días, uno por uno se restauraron los poderes y autoridades que poseía la Iglesia antigua. Con el desarrollo de la Iglesia, aumentó la persecución; y el efecto de la inicua oposición alcanzó su punto culminante en el cruel martirio del Profeta y su hermano Hyrum, entonces Patriarca de la Iglesia, el 27 de junio de 1844. Son notorios los acontecimientos que causaron y consumaron el vil asesinato de estos hombres en Cartago, Estado de Illinois. Profeta y Patriarca fijaron el sagrado sello de su sangre al testimonio de la verdad que valientemente habían conservado, arrostrando intolerante persecución casi veinticinco años.

La Autenticidad de la Misión de José Smith.—Las evidencias a favor de una autoridad divina en la obra que José Smith estableció, y la justificación de las afirmaciones que él hizo y que de él se hicieron, pueden resumirse como sigue:

1. Se han cumplido las profecías antiguas en la restauración del evangelio y el restablecimiento de la Iglesia sobre la tierra, por conducto de él.

2. Por ordenación y nombramiento directos, de las manos de aquellos que tuvieron la potestad en

dispensaciones anteriores, recibió la autoridad para oficiar en las varias ordenanzas del Santo Sacerdocio.

3. En los resultados de su ministerio queda demostrado que poseía el poder de la verdadera profecía y otros dones espirituales.

4. Las doctrinas que proclamó son verdaderas y se conforman a las Escrituras.

Cada una de estas clases de evidencia recibirá atención y hallará amplia demostración en el curso del presente estudio, y en este punto de nuestra investigación no se intentará una consideración detallada; no obstante se citarán unas cuantas ilustraciones, brevemente expuestas.

1. El Cumplimiento de las Profecías, realizado mediante la vida y obra de José Smith, queda abundantemente atestiguado. Juan el Revelador, según su visión profética de los días postreros, entendió y predijo que de nuevo se enviaría el evangelio desde los cielos, y que sería restaurado a la tierra por medio del ministerio directo de un ángel en los últimos días: "Y vi otro ángel volar por en medio del cielo, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los que moran en la tierra, y a toda nación y tribu y lengua y pueblo, diciendo en alta voz: Temed a Dios, y dadle honra; porque la hora de su juicio es venida; y adorad a aquel que ha hecho el cielo y la tierra y el mar y las fuentes de las aguas."[r] En la visita del ángel Moroni a José Smith, de la cual ya se ha hablado, se ve un cumplimiento parcial de esta profecía. En dicha visita se anunció la restauración del evangelio y se prometió la rápida realización de otras profecías antiguas; y se entregó en sus manos para su traducción y publicación entre todas las naciones, tribus y lenguas, una historia, cuya descripción en parte dice contener "la plenitud del evangelio eterno" cual lo entregó el Salvador a los antiguos habitantes del continente occidental. Cumplimiento adicional se realizó en las visitas personales de seres resucitados que habían obrado como portadores del Santo Sacerdocio durante su existencia mortal, sacerdocio que comprendía la autoridad y nombramientos divinos para predicar el evangelio y administrar sus ordenanzas. El resto de las palabras proféticas de Juan relativas al llamamiento autorizado al arrepentimiento y la ejecución de los juicios de Dios, por vía de preparación para las escenas de los últimos días, están hoy viendo un rápido y literal cumplimiento.

Malaquías predijo la venida de Elias el Profeta, especialmente comisionado con el poder para inaugurar la obra de cooperación entre los padres y los hijos, anunciando que esta misión era un preliminar esencial del "día de Jehová grande y terrible". El ángel Moroni confirmó la verdad y significado de esta profecía con enfática reiteración, como ya se ha explicado. José Smith y su compañero en el ministerio, Oliverio Cówdery, solemnemente testifican que los visitó Elias el Profeta en el templo de Kírtland, Estado de Ohio, el día 3 de abril de 1836. En esta ocasión el antiguo vidente declaró al profeta de los últimos días que había llegado el día anunciado por Malaquías: "Por tanto—dijo él—se entregan en vuestras manos las llaves de esta dispensación; y por esto podréis saber que el día grande y terrible del Señor está cerca, aun a las puertas." Se ha explicado que la naturaleza particular de la unión de los padres y los hijos, unión que Moroni, Malaquías y Elias el Profeta tanto recalcaron, comprende ordenanzas vicarias como el bautismo por los muertos: aquellos que han pasado de esta tierra sin el conocimiento del evangelio o la oportunidad de cumplir con sus leyes y ordenanzas. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es la única, entre todas las iglesias que profesan el cristianismo, que enseña y practica esta doctrina.

Las Escrituras antiguas abundan en profecías concernientes a la restauración de Israel en los últimos días y el recogimiento del pueblo de entre todas las naciones y tierras a las cuales han sido llevados o echados como castigo de sus rebeliones. Tanta prominencia e importancia ha recibido esta obra del recogimiento en las predicciones de los días antiguos, que desde la época del éxodo de Israel se han señalado los últimos días en las Sagradas Escrituras particularmente como una dispensación de recogimiento. El regreso de las tribus de su larga y extensa dispersión es un paso preliminar del establecimiento del anunciado reino de justicia sobre la tierra, con Cristo como Señor y Rey; y su realización constituye uno de los precursores del Milenio. Jerusalén será establecida como la ciudad del Gran Rey en el hemisferio oriental; y Sión o la Nueva Jerusalén será edificada en el continente occidental; las tribus perdidas volverán de su destierro en el norte, y el anatema desaparecerá de Israel.

Desde los primeros días de su ministerio, José Smith enseñó que la doctrina del recogimiento era uno de los deberes actuales de la Iglesia, y esta fase de la labor de los Santos de los Últimos Días es uno de sus rasgos más característicos. José Smith y Oliverio Cówdery afirman que la comisión para efectuar esta obra fué conferida a la Iglesia, mediante la intervención de ellos, por Moisés, quien tuvo la autoridad como caudillo de Israel en la dispensación conocida expresamente como la mosaica. En su relación de las manifestaciones que presenciaron en el templo de Kírtland el 3 de abril de 1836, testifican de esta manera: "Se nos manifestó Moisés,

y nos entregó las llaves de la congregación de Israel de las cuatro partes de la tierra, y de la conducción de las diez tribus, del país del norte."[v] Respecto de la sinceridad con que se ha emprendido esta labor, y el regular progreso que se ha logrado, consideremos las centenas de millares de los de la familia de Israel que se han juntado ya en los valles de los Montes Rocosos, alrededor de los templos del Señor ahora establecidos; y escúchese el salmo de las huestes de Israel entre las naciones, cantado al compás de obras efectivas: "Venid, y subamos al monte de Jehová, y a la casa del Dios de Jacob; y enseñarános en sus caminos, y andaremos por sus veredas: porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra de Jehová."

Los Santos de los Últimos Días afirman que la publicación del Libro de Mormón es un cumplimiento patente de las profecías.[y] Anunciando la humillación de Israel, a quien se había conferido el poder del Sacerdocio en días anteriores, Isaías profirió la palabra del Señor de esta manera: "Entonces serás humillada, hablarás desde la tierra, y tu habla saldrá del polvo; y será tu voz de la tierra como de pythón, y tu habla susurrará desde el polvo."[z] El Libro de Mormón es en realidad la voz de un pueblo humillado que habla desde el polvo, porque literalmente salió el libro de la tierra. Las planchas son la historia de un pequeño grupo de la casa de Israel—por cierto, parte de la familia de José—que vino al continente occidental, guiado por un poder milagroso, seis siglos antes de la era cristiana.

Refiriéndose a la historia de José, cuya publicación habría de constituir con la de Judá, o sea la Biblia en parte, testimonio paralelo, el Señor habló estas palabras por boca del profeta Ezequiel: "Tú, hijo del hombre, tómate ahora un palo, y escribe en él: A Judá, y a los hijos de Israel sus compañeros. Toma después otro palo, y escribe en él: A José, palo de Ephraim, y a toda la casa de Israel sus compañeros. Júntalos luego el uno con el otro, para que sean en uno, y serán uno en tu mano. Y cuando te hablaren los hijos de tu pueblo, diciendo: ¿No nos enseñarás qué te propones con eso? Diles: Así ha dicho el Señor Jehová: He aquí, yo tomo el palo de José que está en la mano de Ephraim, y a las tribus de Israel sus compañeros, y pondrélos con él, con el palo de Judá, y harélos un palo, y serán uno en mi mano."[a] Los versículos subsiguientes declaran que a raíz del testimonio unido de los anales de Judá y José, seguiría el recogimiento y restauración de Israel. Las dos historias están delante del mundo, unidas en su testimonio del evangelio sempiterno, y la obra del recogimiento progresa eficazmente.

Según las Escrituras, es también evidente que la dispensación del evangelio en los postreros días ha de ser una dispensación de restauración y restitución, en verdad, una "dispensación del cumplimiento de los tiempos". San Pablo declara que es la buena voluntad del Señor "reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra."[b] Esta profecía es semejante a una de las declaraciones del profeta Nefi: "Por tanto, todas las cosas que han sido reveladas a los hijos de los hombres serán manifestadas en aquel día"[c] Y concuerda con esto lo que San Pedro enseña: "Así que, arrepentios y convertios, para que sean borrados vuestros pecados; pues que vendrán los tiempos del refrigerio de la presencia del Señor, y enviará a Jesucristo, que os fue antes anunciado: al que de cierto es menester que el cielo tenga hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde el siglo."

Ahora se presenta José Smith, declarando que a él se ha delegado la autoridad para iniciar ésta, la dispensación de cumplimiento, restitución y restauración; y que mediante él se ha investido a la Iglesia con todas las llaves y poderes del Sacerdocio que se tuvieron y ejercieron en épocas anteriores. A esta Iglesia "se ha dado el poder de este sacerdocio, para los últimos días y por la última vez, en los cuales se encierra la dispensación del cumplimiento de los tiempos. Poder que vosotros tenéis, junto con todos aquellos que han recibido una dispensación en cualquier tiempo, desde el principio de la creación."[e] La posesión efectiva de estos poderes combinados y unidos queda suficientemente demostrada en la obra comprensiva de la Iglesia en su ministerio actual.

2. La Autoridad de José Smith le fué conferida por el ministerio directo de seres celestiales, cada uno de los cuales en un tiempo ejerció el mismo poder sobre la tierra. Ya hemos dicho que el ángel Moroni, antiguamente un profeta mortal entre los nefitas, le transmitió a José el nombramiento de sacar a luz la historia que él, Moroni, había ocultado en la tierra más de mil cuatrocientos años antes. Además, hemos visto que el 15 de mayo de 1829 fuéles conferido a José Smith y a Oliverio Cówdery el Sacerdocio menor o aarónico por Juan el Bautista, quien vino en su estado inmortal con ese orden particular del Sacerdocio que comprende las llaves de las ministraciones de ángeles, la doctrina del arrepentimiento y del bautismo para la remisión de pecados. Fué el mismo Juan que, como la voz de uno que clama en el desierto, había predicado la misma doctrina y administrado la misma ordenanza en Judea, como precursor inmediato del Mesías. Cuando comunicó su

mensaje, Juan el Bautista dijo que obraba bajo la dirección de Pedro, Santiago y Juan, apóstoles del Señor, en cuyas manos estaban las llaves del Sacerdocio mayor o de Melquisedec, el que con el tiempo también se conferiría. Cumplióse esta promesa aproximadamente un mes después, cuando los apóstoles mencionados visitaron en persona a José Smith y a Oliverio Cówdery y les confirieron el apostolado, el cual comprende todos los oficios del orden mayor del Sacerdocio y tiene la autoridad para obrar en todas las ordenanzas establecidas del evangelio.

Entonces, algún tiempo después de haber sido debidamente organizada la Iglesia, se otorgó la comisión para ciertas funciones especiales, siendo el mensajero otorgante, en cada caso, aquel a quien correspondía el derecho para oficiar en ello, en virtud de la autoridad que había tenido mientras había estado en la carne. De modo que, como ya se ha dicho, Moisés confirió la autoridad para proseguir la obra del recogimiento, y Elias el Profeta, quien no había muerto, conservando así una relación peculiar tanto con los vivos como con los muertos, confirió el nombramiento del ministerio a favor de los difuntos. A estas comisiones divinas se añadió la que otorgó Elias,[i] quien se apareció a José Smith y a Oliverio Cówdery y "entregó la dispensación del evangelio de Abrahán", diciendo, cual fué dicho del patriarca de referencia y sus descendientes en días antiguos, que en ellos y en su simiente serían bendecidas todas las generaciones subsiguientes.[j]

Claro es, entonces, que las afirmaciones de la Iglesia con respecto a su autoridad son completas, y corresponden tanto con la fuente de los poderes que se profesan como con los medios por los cuales dichos poderes han vuelto otra vez a la tierra. Las Escrituras y las revelaciones, así antiguas como modernas, apoyan como ley inalterable el principio de que nadie puede delegar a otro la autoridad que el otorgante no posee.

3. José Smith Fue un Profeta Verdadero.—En los días de Israel antiguo se prescribió un método eficaz para poner a prueba las declaraciones de uno que decía ser profeta. "Cuando el profeta hablare en nombre de Jehová, y no fuere la tal cosa, ni viniere, es palabra que Jehová no ha hablado: con soberbia la habló aquel profeta: no tengas temor de él." Por el contrario, si se verifican las palabras del profeta, cumpliéndose, hay cuando menos prueba presuntiva de su llamamiento divino. De las muchas profecías de José Smith que ya se han cumplido, o que esperan el tiempo fijo de su realización, bastarán unos cuantos ejemplos.

Una de sus primeras profecías, aun cuando no siendo declaración suya sino del ángel Moroni, no obstante, fué anunciada al mundo por José Smith, se refería directamente al Libro de Mormón, acerca del cual el ángel dijo: "El conocimiento que esta historia contiene irá a toda nación, y tribu, y lengua, y pueblo, bajo todos los cielos." Se hizo esta declaración cuatro años antes de empezar la obra de la traducción, y catorce años antes que los élderes de la Iglesia iniciaran su obra en países extranjeros. Desde ese tiempo, se ha publicado el Libro de Mormón en muchos idiomas y la obra de distribuirlo por todo el mundo aún sigue en pie.

En agosto de 1842, cuando la parte occidental de lo que hoy son los Estados Unidos de América apenas se conocía, y sólo como el territorio de una nación extranjera, José Smith profetizó "que los santos seguirían sufriendo mucha aflicción, y que serían expulsados a las Montañas Rocosas", y aunque apostatarían muchos que entonces profesaban lealtad a la Iglesia, y otros, fieles a su testimonio, padecerían el martirio, algunos vivirían para "ayudar a establecer colonias y edificar ciudades, y ver a los santos llegar a ser un pueblo poderoso en medio de las Montañas Rocosas."[m] El cumplimiento literal de esta predicción proferida en 1842—y cabe aquí decir que la había precedido una profecía anterior en 1831,[n] una cinco, y la otra dieciséis años antes de la migración de la Iglesia hacia el oeste —se hace constar en la tan común historia de la colonización y desarrollo de esta región, estéril en otro tiempo. Hasta los incrédulos y los enemigos declarados de la Iglesia proclaman el milagro del establecimiento de un gran estado en los valles de las Montañas Rocosas.

El 25 de diciembre de 1832, José Smith pronunció una notable predicción relativa a los asuntos de la nación. Poco después fué promulgada entre los miembros de la Iglesia y predicada por los élderes, pero no se imprimió sino hasta en 1851.[o] La revelación dice en parte: "De cierto, así dice el Señor, concerniente a las guerras que pronto se han de efectuar, principiando con la rebelión del estado de la Carolina del Sur, de las cuales finalmente resultarán la muerte y la miseria de muchas almas; y vendrá el tiempo en que la guerra se derramará sobre todas las naciones, empezando en ese lugar. Porque, he aquí, que los estados del Sur se dividirán en contra de los del Norte, y los estados del Sur llamarán a otras naciones, aun el país de la Gran Bretaña ... y acontecerá que, después de muchos días, los esclavos se levantarán contra sus amos y serán movilizados y disciplinados para la guerra."

Todo aquel que ha estudiado la historia de los Estados Unidos se ha familiarizado con los hechos que comprueban el cumplimiento total de esta asombrosa profecía. En 1861, más de 28 años después de haber

quedado inscrita la predicción anterior, y diez años después de su publicación en Inglaterra, estalló la Guerra Civil, originándose en la Carolina del Sur. Las espantosas estadísticas de esa lucha fratricida tristemente dan apoyo a lo profetizado concerniente a "la muerte y la miseria de muchas almas", aunque esto no fué sino un cumplimiento parcial. Es cosa sabida que los esclavos del Sur desertaron y fueron movilizados por los ejércitos del Norte, y que los Confederados solicitaron la ayuda de la Gran Bretaña. Aun cuando no se efectuó ninguna alianza manifiesta entre los estados del Sur y el gobierno inglés, la influencia británica dió ayuda indirecta al Sur y le infundió importante estímulo, y a tal grado que dió lugar a serias complicaciones internacionales. Para ayudar a los estados del Sur se construían y se equipaban buques en los puertos británicos; y como resultado de esta violación de las leyes de neutralidad, la Gran Bretaña tuvo que pagar quince millones y medio de dólares, suma que fué cedida a los Estados Unidos en el arbitraje de Ginebra. La Confederación de los Estados del Sur nombró ministros para la Gran Bretaña y Francia, a quienes los oficiales de los Estados Unidos tomaron por la fuerza de un buque inglés en el cual se habían embarcado. Este acto, que el gobierno de los Estados Unidos tuvo que reconocer como hostil. amenazó por un tiempo precipitar la guerra entre esta nación y la Gran Bretaña.

Estudiando cuidadosamente la revelación y profecía sobre la guerra, dada, como ya se ha dicho, por medio del profeta José Smith, el 25 de diciembre de 1832, se pone de manifiesto que el conflicto entre el Norte y el Sur en realidad iba a ser, como ahora sabemos que así fué, apenas el principio de una nueva época de contiendas y derrame de sangre. Las palabras del Señor fueron precisas cuando profetizó guerras, "principiando con la rebelión del estado de la Carolina del Sur", y añadió: "Y vendrá el tiempo en que la guerra se derramará sobre todas las naciones empezando en ese lugar." Las guerras han azotado a las naciones de la tierra; y la visión humana aún no alcanza a ver la restauración completa de los efectos de estos enormes conflictos. Naciones han quedado desmembradas o destruidas; han caído tronos; las coronas reales han perdido todo su valor aparte del precio que pueden alcanzar en el mercado como oro y joyas; y al mismo tiempo se han levantado nuevos gobiernos y naciones, literalmente naciendo en un día. Los elementos mismos están enfurecidos, y lo que nosotros llamamos fenómenos naturales están sobrepujando cuanta destrucción el hombre ha logrado, y en verdad no ha llegado el fin. La palabra del Señor, dada mediante su profeta, José Smith, jamás ha sido revocada: "Y así, por la espada y el derramamiento de sangre se lamentarán los habitantes de la tierra; y con hambre, plagas, terremotos y truenos del cielo, y también violentos e intensos relámpagos, los habitantes de la tierra llegarán a sentir la ira e indignación y la mano castigadora de un Dios Omnipotente, hasta que la consumación decretada haya destruido completamente a todas las naciones."[p]

La revelación de referencia, dada por conducto de José Smith, contiene otras profecías, algunas de las cuales aún están por realizarse. La evidencia presentada basta para demostrar que José Smith se destaca entre los hombres en vista de que por medio de él se han cumplido las profecías de los representantes del Señor de los días antiguos, y que su lugar correspondiente como profeta es ampliamente justificada. Pero el don de profecía tan ricamente conferido a este Elias de los últimos tiempos, tan liberal y acertadamente por él ejercitado, no es sino uno de los muchos dones espirituales que lo distinguen a él y al gran número de otros que han recibido el Sacerdocio por su conducto. Las Escrituras declaran que ciertas señales acompañarán a la Iglesia de Cristo, entre ellas el don de lenguas, sanidades, protección cuando la muerte amenaza y el poder para dominar espíritus inmundos.[q] El ejercicio de estos poderes, de lo cual resulta lo que ordinariamente llamamos milagros, en ningún sentido es prueba infalible de la autoridad divina, pues algunos profetas verdaderos, hasta donde lo hace constar la historia, no han realizado tales maravillas; y se ha sabido que hombres han efectuado milagros instigados por espíritus inmundos.[r] No obstante, es característica esencial de la Iglesia el tener el poder que se indica en la ejecución de milagros; y cuando se llevan a cabo estas cosas para cumplir fines santos, sirven como evidencia confirmatoria de una autoridad divina. Por consiguiente, podemos esperar hallar, como efectivamente hallamos, en el ministerio de José Smith y en el de la Iglesia en general, constancias de milagros que comprenden manifestaciones de todos los dones prometidos del Espíritu.

4. Las Doctrinas que José Smith Enseñó, y que la Iglesia actualmente enseña, son verdaderas y conforme a las Escrituras. Para apoyar esta afirmación, debemos examinar las enseñanzas principales de la Iglesia por orden separado.

CAPITULO 2
DIOS Y LA SANTA TRINIDAD

Artículo 1.-—Creemos en Dios el Eterno Padre, y en su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo,

La Existencia de Dios.—En vista de que la fe en Dios constituye la base de la creencia y práctica religiosas, y ya que el conocimiento de los atributos y carácter de Dios es esencial para el ejercicio inteligente de la fe en él, este tema exige el primer lugar en nuestro estudio de las doctrinas de la Iglesia.

La existencia de Dios difícilmente sirve de tema para debates racionales; ni tampoco pide pruebas de las débiles demostraciones de la lógica del hombre, porque la familia humana admite el hecho casi sin controversia, y la sensación de estar sujeto a un poder supremo es un atributo innato del género humano. Las antiguas escrituras no se dedican a una demostración elemental de la existencia de Dios, ni a ataques contra las sofisterías del ateísmo; y por este hecho podemos suponer que los errores de la duda se desarrollaron en algún período posterior. Este asentimiento universal del género humano, respecto de la existencia de Dios, es cuando menos muy corroborativo. Existe dentro de la naturaleza humana una pasión filial que asciende al cielo. Toda nación, toda tribu, todo individuo anhela algún objeto que reverenciar. Es natural que el hombre adore; su alma no se siente satisfecha sino hasta que encuentra una divinidad. Cuando, debido a la transgresión, los hombres cayeron en tinieblas respecto del Dios verdadero y viviente, se buscaron otras divinidades, y así nacieron las abominaciones de la idolatría. Y sin embargo, aun las más repugnantes de estas prácticas testifican de la existencia de un Dios, demostrando la pasión hereditaria del hombre hacia la adoración.

La evidencia sobre la cual el género humano basa su convicción tocante a la existencia de un Ser Supremo se puede clasificar, a fin de facilitar su consideración, dentro de las tres divisiones siguientes:

1. La evidencia de la historia y la tradición.
2. La evidencia que ofrece el ejercicio de la razón humana.
3. La evidencia conclusiva de la revelación directa de Dios.

1. Historia y Tradición.—La historia escrita por el hombre, así como la tradición auténtica, transmitida de generación en generación antes de cualquier crónica escrita que hoy existe, dan evidencia de la realidad de Dios y de las íntimas y personales relaciones de Dios con el hombre durante las primeras épocas de la existencia humana. Uno de los documentos más antiguos que se conocen, la Santa Biblia, dice que Dios es el Creador de todas las cosas,[b] y declara además que él se reveló a nuestros primeros padres terrenales así como a muchos otros santos personajes en los primeros días del mundo. Adán y Eva oyeron su voz[c] en el Jardín, y aún después de su transgresión siguieron invocando a Dios y ofreciéndole sacrificios. Es patente, pues, que del Jardín llevaron consigo un conocimiento personal de Dios. Después de su expulsión "oyeron que les hablaba la voz del Señor en dirección del Jardín de Edén", aunque no lo vieron; y les dió mandamientos que ellos obedecieron. Un ángel entonces visitó a Adán, y el Espíritu Santo inspiró a este hombre y dió testimonio del Padre y del Hijo.

Caín y Abel supieron de Dios tanto por las enseñanzas de sus padres como por manifestaciones personales. Después de ser aceptada la ofrenda de Abel y rechazada la de Caín, de lo que resultó el crimen fratricida de éste, el Señor habló con Caín, y él le respondió. Por consiguiente, Caín debe haber llevado un conocimiento personal de Dios a la tierra a donde fué a vivir. Adán vivió novecientos treinta años, y le nacieron muchos hijos. Les enseñó a temer a Dios, y muchos de ellos recibieron manifestaciones directas. Set, Enós, Cainán, Mahaleel, Jared, Enoc, Matusalén y Lamec, el padre de Noé, cada uno de los cuales fué descendiente de Adán y representante de una generación diferente, vivieron durante la vida de Adán. Noé nació apenas 126 años después de la muerte de Adán, además de lo cual vivió casi seiscientos años con su padre Laméc; quien indudablemente le enseñó las tradiciones relativas a las manifestaciones personales de Dios que él había oído de los labios de Adán, Por conducto de Noé y su familia se transmitió el conocimiento de Dios por tradición directa después del diluvio; y además de esto, Noé se comunicó directamente con Dios,[g] y vivió para instruir a diez generaciones de sus descendientes. Siguió Abrahán, quien también gozó de comunicación personal con Dios, y después de él, Isaac y Jacob o Israel, entre cuyos descendientes el Señor, por conducto de Moisés, efectuó grandes maravillas. De manera que, aun cuando no hubiesen existido escritos de ninguna clase, la tradición habría preservado y transmitido el conocimiento de Dios.

Pero aun si con el tiempo hubiese perdido su brillo el relato de las primeras comunicaciones personales entre el hombre y Dios, disminuyéndose su efecto consiguiente, no haría sino ceder el lugar a otras tradiciones fundadas en posteriores manifestaciones de la personalidad divina. El Señor se dió a conocer a Moisés no tan solamente detrás de la cortina de fuego y la cubierta de nubes,[i] sino en una manifestación cara a cara, en la que el hombre vió aun "la apariencia" de su Dios.[j] Israel ha preservado por todas las generaciones esta narración de comunicación directa entre Dios y Moisés, en parte de la cual se concedió que el pueblo participara[k] hasta donde su fe y pureza lo permitió. De Israel se han extendido por todo el mundo las tradiciones de la existencia de Dios; y tanto así que encontramos huellas de este conocimiento antiguo aun en las mitologías pervertidas de las naciones paganas.

2. La Razón Humana, cuya operación se basa en las observaciones de la naturaleza, enérgicamente declara la existencia de Dios. La mente, imbuida ya en las verdades históricas de la existencia divina y su íntima relación con el hombre, hallará evidencia confirmatoria en la naturaleza por todos lados; y aun aquel que rechaza el testimonio de lo pasado, y pretende demostrar que su propio dictamen es superior a la creencia común de las edades, es atraído por la enorme variedad de evidencias a favor del sistema que existe en la naturaleza. Impresionan al observador el orden y sistema manifestados en la creación; nota él la sucesión regular del día y la noche que provee períodos alternativos de trabajo y reposo para hombres, animales y plantas; el orden regular de las temporadas, cada cual con sus épocas más largas de actividad y recuperación; la dependencia mutua de animales y plantas; la circulación del agua—del mar a las nubes y de las nubes otra vez a la tierra—con su efecto benéfico. Al proceder el hombre a un examen más detallado de las cosas, descubre que por el estudio y la investigación científica estas pruebas se multiplican muchas veces. Puede aprender tocante a las leyes por medio de las cuales la tierra y los mundos que la rodean son gobernados en sus órbitas; mediante las cuales los satélites permanecen sujetos a los planetas, y los planetas a los soles; puede contemplar las maravillas de la anatomía vegetal y animal, y el sobresaliente mecanismo de su propio cuerpo; y aumentando a cada paso estas impresiones sobre su razón, su asombro en cuanto a quién dispondría todo aquello se convierte en adoración hacia el Creador, cuya presencia y poder se proclaman tan enérgicamente, y el observador se vuelve adorador.

En toda la naturaleza está presente la evidencia de causa y efecto; por todos lados se ve la demostración de medios que se han adaptado para un fin. Pero tales adaptaciones, dice un cuidadoso escritor, "indican un plan que tiende a cierto fin, y un plan es muestra de una inteligencia, e inteligencia es el atributo de una mente, y la mente inteligente que fundó el grandioso universo es Dios." Admitir la existencia de un diseñador en la evidencia del orden, decir que debe haber un autor en un mundo de plan inteligente, creer en un adaptador cuando la vida del hombre depende directamente de las más perfectas adaptaciones concebibles, no es sino aceptar verdades patentes. De modo que la carga de la prueba en cuanto a que Dios no existe descansa sobre aquel que pone en duda la solemne verdad de que Dios vive. "Toda casa es edificada de alguno: mas el que crió todas las cosas es Dios." No obstante la claridad de las verdades expresadas, hay entre los hombres unos que profesan dudar de la evidencia de la razón y negar al autor de su propio ser. ¿No parece extraño que aquí y allí haya alguno que en la ingeniosidad demostrada por la hormiga en la construcción de su casa, en la arquitectura del panal de miel y en los incontables ejemplos de instinto ordenado entre las más pequeñas de las cosas vivientes, vea una demostración de inteligencia que puede servirle al hombre para aprender y ganar sabiduría, y con todo eso pueda dudar de que está obrando una inteligencia en la creación de los mundos y en la construcción del universo?

La parte consciente del hombre le habla de su propia existencia; su observación comprueba la existencia de otros de su especie y de órdenes sin número de seres organizados. De esto sacamos en consecuencia que siempre debe haber existido algo, porque si hubiera habido un tiempo en que no existía nada, un período en que nada había, la existencia jamás podría haber principiado, porque de la nada, nada se deriva. La existencia eterna de algo, pues, es un hecho irrefutable; y la pregunta que exige respuesta es, ¿qué es ese algo eterno: esa existencia que es sin principio y sin fin? Materia y energía son realidades eternas; pero la materia de por sí no es ni vital ni activa; ni es la fuerza, de suyo, inteligente; sin embargo, la vitalidad y la actividad caracterizan las cosas vivientes, y los efectos de la inteligencia están universal-mente presentes. La naturaleza no es Dios, y confundir el uno con el otro sería como decir que el edificio es el arquitecto, el paño es el sastre, el mármol el escultor y el objeto el poder que lo hizo. El sistema de la naturaleza es la manifestación de un orden que evidencia una inteligencia directora; y esa inteligencia es de carácter eterno, siendo coetáneas ella y la misma existencia. La naturaleza misma es una declaración de un Ser superior cuya voluntad y propósito ella manifiesta en sus aspectos variados. Más allá de los límites de la naturaleza, y superior a ella, se encuentra el Dios de la naturaleza.

Aun cuando la existencia es eterna—y por consiguiente, el ser nunca tuvo principio ni jamás tendrá fin— todo grado de organización, en un sentido relativo, debe haber tenido un principio, y para toda fase de existencia manifestada en cada una de las innumerables órdenes de cosas creadas hubo un principio así como habrá un fin; aunque cada fin o consumación en la naturaleza no es sino otro principio. De manera que la ingeniosidad del hombre ha inventado teorías para ilustrar, si no para explicar, una sucesión posible de acontecimientos por medio de los cuales la tierra ha progresado de una condición de caos hasta su actual estado habitable; pero según estas hipótesis, este globo fue en un tiempo una esfera estéril sobre la cual ninguna de las innumerables formas de vida que hoy la ocupan pudo haber existido. Por consiguiente, el que teoriza tiene que admitir el comienzo de la vida sobre la tierra, y este comienzo sólo se explica suponiéndose algún acto creador, generación espontánea o contribución de afuera de la tierra. Si admite que se trajo la vida a la tierra de alguna otra esfera más antigua, no hace sino ensanchar los límites de su investigación sobre el principio de la vida; porque con explicar el origen de un rosal en nuestro propio jardín, diciendo que se transplantó un vastago de algún rosal que crecía en otra parte, no se contesta la pregunta concerniente al origen de las rosas. La ciencia por necesidad supone que en este planeta tuvieron su principio los fenómenos vitales, y admite una duración finita de la tierra en su curso actual de cambios progresivos; y como sucede con la tierra, así también con los cuerpos celestiales en general. Do modo que la eternidad de la existencia no constituye más positiva indicación, en lo que respecta a un Director eterno, que la interminable sucesión de cambios, cuyas etapas individuales tienen tanto un principio como un fin. El origen de las cosas creadas, el principio de un universo organizado, si se basa en la suposición de un cambio espontáneo en la materia o una operación fortuita y accidental de sus propiedades, es completamente inexplicable.

La razón humana, tan propensa a equivocarse en asuntos de menos importancia, tal vez de por sí no conducirá a su poseedor a un conocimiento convincente de Dios; sin embargo, el ejercicio de ella lo ayudará en su investigación, fortaleciendo y confirmando su instinto heredado hacia su Creador.[n] "Dijo el necio en su corazón: No hay Dios."[o] En este pasaje, así como se usa en otras partes de la Escritura, el necio[p] es un hombre inicuo, uno que ha perdido el derecho a su sabiduría por cometer lo malo, trayendo con ello obscuridad a su mente en lugar de luz, e ignorancia en vez de conocimiento. Siguiendo este curso, la mente se vuelve depravada e incapaz de percibir los razonamientos más tenues de la naturaleza. El que voluntariamente peca cierra sus oídos a la voz de la intuición y a la de la razón en cosas sagradas; y pierde el privilegio de comunicarse con su Creador, haciéndose indigno, por tanto, del medio más potente de alcanzar un conocimiento personal de Dios.

3. La Revelación le da al hombre su conocimiento más seguro de Dios. Abundan en las Escrituras las ocasiones en que el Señor, o expresamente Jehová, se manifestó a sus profetas tanto en los días antiguos como en los posteriores. Ya hemos observado que se reveló a sí mismo a Adán y a otros patriarcas antediluvianos—base de las muchas tradiciones relativas a la personalidad y existencia de Dios—después a Noé, Abrahán, Isaac, Jacob y Moisés. Uno de los ejemplos que se mencionan brevemente en Génesis es el de Enoc, el padre de Matusalén. Leemos que él caminó con Dios,[q] y además, que el Señor se manifestó con particular claridad a este profeta justo,[r] revelándole lo que había de acontecer hasta el tiempo señalado del ministerio de Cristo en la carne, el plan de salvación mediante el sacrificio del Hijo Unigénito, y lo que habría de acontecer hasta el juicio final.

Respecto de Moisés, leemos que oyó la voz de Dios que le hablaba desde en medio de la zarza que ardía, en el Monte de Horeb, diciendo: "Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios."[s] Dios se apareció a Moisés y a la congregación de Israel en una nube sobre el Sinaí al aterrador compás de truenos y relámpagos: "Así dirás a los hijos de Israel: Vosotros habéis visto que he hablado desde el cielo con vosotros."[t] De una manifestación posterior se nos dice: "Y subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno."

Más adelante, en los días de Josué y de los Jueces, y durante la época del gobierno de los reyes, el Señor manifestó su presencia y su poder a Israel. Isaías vió al Señor sobre un trono en medio de glorioso séquito, y exclamó: "¡Ay de mí! que soy muerto; que siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos."[v]

En un período subsiguiente, cuando Cristo salía de las aguas del bautismo, se oyó la voz del Padre que decía: "Este es mi Hijo amado, en el cual tengo contentamiento";[x] y la ocasión en que se verificó la transfiguración del Señor, la misma voz repitió esta solemne y gloriosa confesión, Mientras Esteban padecía el

martirio a manos de sus crueles y fanáticos compatriotas, los cielos se abrieron y "vió la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios".

En el Libro de Mormón abundan los ejemplos de comunicación entre Dios y su pueblo, mayormente por medio de visiones y visitaciones de ángeles, pero también por manifestación directa de la divina presencia. Leemos, pues, que un grupo de personas salió de la Torre de Babel y viajó al hemisferio occidental bajo la dirección de uno a quien la historia señala como el hermano de Jared. Preparándose para el viaje sobre el océano, este hombre rogó al Señor que tocase con su dedo ciertas piedras para hacerlas luminosas a fin de que los viajeros pudieran tener luz en las naves.

Respondiendo a esta petición, el Señor extendió su mano y tocó las piedras, revelando su dedo, el cual este individuo con asombro vió que era semejante al de un ser humano. Entonces el Señor, complacido con la fe de este hombre, se hizo visible y le mostró al hermano de Jared que el hombre fué literalmente hecho a imagen del Creador.[a] Cristo, después de su resurrección y ascención, se reveló a los nefitas que habitaban el continente del oeste. A estas ovejas del rebaño occidental él testificó de la comisión que había recibido del Padre. Les mostró las heridas en sus manos, pies y costado, y de varias maneras ejerció su ministerio a favor de las multitudes creyentes.

En la dispensación actual Dios se ha revelado a su pueblo. Mediante su fe y sinceridad de propósito, José Smith, todavía en su juventud, logró para sí una manifestación de la presencia de Dios, concediéndosele el privilegio de ver tanto al Padre Eterno como a Jesucristo el Hijo. Su testimonio de la existencia de Dios no depende ni de la tradición ni de la deducción estudiada; él declara al mundo que los dos, el Padre y Cristo, el Hijo, viven porque ha visto sus personas y ha oído sus voces. Aparte de la manifestación citada, José Smith y su consiervo, Sídney Rigdon, afirman que el 16 de febrero de 1832 vieron al Hijo de Dios y conversaron con él en visión celestial. Describiendo esta manifestación, dicen así: "Mientras meditábamos estas cosas, el Señor tocó los ojos de nuestros entendimientos, y fueron abiertos; y la gloria del Señor brilló alrededor. Y vimos la gloria del Hijo, a la diestra del Padre, y recibimos de su plenitud; y vimos a los santos ángeles, y a aquellos que son santificados delante de su trono, adorando a Dios y al Cordero, a quien adoran para siempre jamás. Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de él, este testimonio, el último de todos, es el que nosotros damos de él: ¡Que vive! Porque lo vimos, aun a la diestra de Dios; y oímos la voz testificar que él es el Unigénito del Padre —que por él, y mediante él, y de él los mundos son y fueron creados, y los habitantes de ellos son engendrados hijos e hijas para Dios."[c]

El 3 de abril de 1836, en el templo de Kírtland, Estado de Ohio, el Señor de nuevo se manifestó a José Smith y a Oliverio Cówdery, quienes refiriéndose a la ocasión dicen: "Vimos al Señor sobre el barandal del púlpito, delante de nosotros; y debajo de sus pies había una obra pavimentada de oro puro del color del ámbar. Sus ojos eran como una llama de fuego; el cabello de su cabeza era blanco como la nieve pura; su semblante brillaba más que el resplandor del sol, y su voz era como el sonido de muchas aguas, aun la voz de Jehová que decía: Soy el principio y el fin; soy el que vive, el que fué muerto; soy vuestro abogado con el Padre."[d]

La Trinidad — Tres personajes que constituyen el gran consejo que preside el universo se han manifestado al hombre: (1) Dios el Eterno Padre; (2) su Hijo Jesucristo; (3) el Espíritu Santo. Los anales aceptados de las relaciones de la Divinidad para con el hombre demuestran que estos tres son individuos distintos, físicamente separados el uno del otro. Al tiempo del bautismo del Salvador, Juan percibió la señal del Espíritu Santo; delante de él vio en un cuerpo de carne al Cristo, a quien había administrado la santa ordenanza; y oyó la voz del Padre.[e] Los tres Personajes de la Trinidad estaban allí presentes, manifestándose cada uno de un modo diferente, y cada cual distinto del otro. Más tarde el Salvador prometió a sus discípulos que el Consolador,[f] quien es el Espíritu Santo, les sería enviado de su Padre; aquí de nuevo se especifican separadamente los tres miembros de la Trinidad. Al tiempo de su martirio, Esteban fué bendecido con visiones celestiales, y vió a Jesús a la diestra de Dios.[g] José Smith, invocando al Señor con ferviente oración, vió al Padre y al Hijo en medio de una luz que opacaba la brillantez del sol; y uno de éstos dijo, indicando al otro: "¡Este es mi Hijo Amado: Escúchalo!" Cada uno de los miembros de la Trinidad se llama Dios.[h] Juntos constituyen la Trinidad.

Unidad de la Trinidad.—La Trinidad es un tipo de unidad en los atributos, poderes y propósitos de sus miembros. Mientras estuvo en la tierra,[i] y al manifestarse a sus siervos nefitas,[j] Jesús repetidas veces testificó de la unidad que existía entre él y el Padre, y entre ellos dos y el Espíritu Santo. No puede razonablemente interpretarse lo anterior en el sentido de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno en substancia y

persona, ni que los nombres representan el mismo individuo en diferentes aspectos. Bastará una sola referencia para demostrar el error de tal concepto: Poco antes de ser entregado, Cristo rogó que sus discípulos, los Doce, y otros convertidos fuesen preservados en la unidad,[k] "para que todos sean una cosa", como el Padre y el Hijo son uno. No podemos suponer que Cristo pedía que sus discípulos perdieran su individualidad y se convirtieran en una persona, aun cuando fuera posible un cambio tan directamente opuesto a la naturaleza. Cristo deseaba que todos fueran uno de corazón, espíritu y propósito, porque tal es la unidad que existe entre su Padre y él, y entre ellos y el Espíritu Santo.

Este unidad es un tipo de perfección; la voluntad de cualquiera de los miembros de la Trinidad es la voluntad de los otros; viendo cada uno de ellos con el ojo de la perfección, ven y entienden igual. En cualquier condición determinada, cada uno obraría de la misma manera, guiado por los mismos principios de inequívoca justicia y equidad. La unidad de la Trinidad, de la cual las Escrituras tan abundantemente testifican, no da a entender ninguna unión mística de sustancia, ni ninguna contranatural, y consiguientemente imposible, fusión de personalidad. Padre, Hijo y Espíritu Santo son tan distintos en sus personas e individualidades como lo son cualesquier tres personas en el estado mortal. No obstante, su unidad de propósito y obra es tal que sus edictos son uno, y su voluntad es la voluntad de Dios. Aun en apariencia corporal, el Padre y el Hijo son iguales; así pues, cuando Felipe importunaba a Cristo que les mostrara al Padre, él le dijo: "¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo: mas el Padre que está en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí."

Personalidad de Cada Uno de los Miembros de la Trinidad.—De la evidencia que ya se ha presentado, se aclara que el Padre es un ser personal, de forma determinada, con partes corporales y pasiones espirituales. Jesucristo, quien estuvo con el Padre en el espíritu antes de venir a morar en la carne, y por quien se hicieron los mundos, vivió entre los hombres como hombre, con todas las características físicas de un ser humano; después de su resurrección, se apareció en la misma forma; con esa forma ascendió a los cielos; y con esa forma se ha manifestado a los nefitas y a los profetas modernos. Se nos afirma que Cristo fué la imagen expresa de su Padre, a cuya imagen el hombre también ha sido creado. Sabemos, por tanto, que el Padre, así como el Hijo son en forma y estatura hombres perfectos: cada uno de ellos posee un cuerpo tangible, infinitamente puro y perfecto, y acompañado de gloria indescriptible; mas con todo, un cuerpo de carne y huesos.

El Espíritu Santo, llamado también Espíritu, y Espíritu del Señor, Espíritu de Dios,[u] Consolador y Espíritu de Verdad,[x] no tiene un cuerpo de carne y huesos, sino es un personaje de espíritu;[y] no obstante, sabemos que el Espíritu se ha manifestado en la forma de un hombre. Por medio de las funciones del Espíritu, el Padre y el Hijo pueden comunicarse con el género humano; por medio de él se transmite el conocimiento, y por él se llevan a cabo los propósitos de la Trinidad. El Espíritu Santo es el que testifica del Padre y del Hijo, declarándole al hombre los atributos de ellos, dando testimonio de los otros personajes de la Trinidad.

Algunos de los Atributos Divinos: Dios es Omnipresente.—No hay parte de la creación, por muy remota que sea, que Dios no pueda penetrar; por medio del Espíritu, la Trinidad mantiene comunicación directa con todas las cosas a todo tiempo. Se ha dicho, pues, que Dios está presente en todas partes; pero esto no quiere decir que cualquiera de los miembros de la Trinidad puede en persona estar presente físicamente en más de un lugar a la vez. Los sentidos de cada uno de los de la Trinidad son de poder infinito; su mente es de capacidad ilimitada; sus facultades para trasladarse de un lugar a otro son infinitas; sin embargo, es evidente que su persona no puede estar más que en un solo lugar a la misma vez. Al admitir la personalidad de Dios, nos vemos obligados a aceptar el hecho de su materialidad; en verdad, no puede existir un "ser inmaterial"— frase sin sentido con la que algunos han tratado de designar la condición de Dios—porque la expresión misma es una contradicción de palabras. Si Dios tiene forma, dicha forma forzosamente debe ser de proporciones determinadas y, por tanto, de extensión limitada en cuanto a espacio. Es imposible que él ocupe más de un espacio de tales limitaciones al mismo tiempo; y por tanto, no causa sorpresa leer en las Escrituras que se traslada de un lugar a otro. Así pues, refiriéndonos al relato de la torre de Babel, leemos: "Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre." Asimismo, Dios se apareció a Abrahán, y habiéndose declarado ser "el Dios Todopoderoso", conversó con el patriarca e hizo convenio con él; y entonces leemos: "Y acabó de hablar con él, y subió Dios de con Abraham."

Dios es Omnisciente.—El ha organizado la materia y dirigido la energía. Es, por consiguiente, el Creador de todas las cosas creadas; y "conocidas son a Dios desde el siglo todas sus obras". Su poder y su sabiduría son

igualmente incomprensibles para el hombre, porque son infinitos. Siendo él mismo eterno y perfecto, su conocimiento no puede ser sino infinito. Para comprenderse él, un ser infinito, debe poseer una mente infinita. Por conducto de ángeles y siervos ministrantes mantiene comunicación continua con todas partes de la creación, y puede visitar personalmente conforme a lo que él determine.

Dios es Omnipotente.—Llámasele apropiadamente el Todopoderoso. El hombre puede percibir pruebas de la omnipotencia divina por todos lados: en las fuerzas que rigen los elementos de la tierra y dirigen los orbes del cielo en sus cursos señalados. Lo que su sabiduría indica que es preciso hacer, Dios puede hacerlo y lo hace. Los medios de que él se vale para obrar quizá no serán en sí mismos de capacidad infinita, pero los dirige un poder infinito. Poder para hacer todo cuanto él determine: esto expresa un concepto racional de su omnipotencia.

Dios es bondadoso, benevolente y amoroso, tierno, considerado y longánime, tolerando pacientemente las flaquezas de sus hijos. Es justo y misericordioso en el juicio; sin embargo, con estos atributos más finos combina la firmeza cuando se trata de reparar agravios.[j] Es celoso de su propio poder y de la reverencia que se le tributa; es decir, siente celo por los principios de verdad y pureza que en ningún otro lugar se ejemplifican más noblemente que en sus atributos personales. Este Ser es el autor de nuestra existencia, aquel que como a Padre se nos permite allegarnos.[l] Nuestra fe aumentará en él al paso que de él aprendamos.

Idolatría y Ateísmo.—A juzgar por la abundante evidencia de la existencia de Dios, de quien la familia humana comúnmente posee un concepto, parece haber poco fundamento para que el hombre racionalmente pueda afirmar y sostener el no creer en Dios; y en vista de las muchas pruebas de la benigna naturaleza de los atributos divinos, poca debería ser la inclinación a desviarse en pos de falsos e indignos objetos de adoración. Sin embargo, la historia de la raza humana muestra que el teísmo, que es la doctrina de la creencia en Dios y la aceptación de él, tiene como enemigos muchas variedades de ateísmo; y que el hombre propende a desmentir su pretensión de ser una criatura racional, y a ofrecer su adoración en santuarios idólatras. El ateísmo es probablemente producto de épocas posteriores, mientras que la idolatría se estableció como uno de los primeros pecados de la raza humana. Aun durante el éxodo de Israel de Egipto, Dios juzgó oportuno mandar por estatuto: "No tendrás dioses ajenos delante de mí"; y sin embargo, mientras escribía estas palabras sobre las tablas de piedra, su pueblo se estaba contaminando ante el becerro de oro que se había fabricado conforme al modelo de un ídolo egipcio.

El hombre está dotado de un instinto de adoración; ansia y ha de encontrar algo que adorar. Cuando cayó en la obscuridad de la transgresión persistente y se olvidó del autor de su ser y del Dios de sus padres, se buscó otras divinidades. Algunos llegaron a ver en el sol el prototipo de lo supremo, y se postraron suplicantes ante ese luminar. Otros escogieron las manifestaciones terrestres para adorarlas; se maravillaron del milagro del fuego y adoraron la llama. Unos vieron, o pensaron ver, el emblema de lo puro y lo bueno en el agua, y rindieron sus devociones a la orilla de ríos y arroyos. Otros, asombrados por la majestuosidad de las encumbradas montañas hasta el grado de hacer brotar en ellos la reverencia, se llegaron a estos templos naturales para adorar el altar en lugar de aquél por cuyo poder se había levantado. Otros aún, más firmemente imbuidos en una reverencia hacia lo emblemático, quisieron fabricar para sí objetos artificiales de adoración. Se hicieron imágenes, labrando toscas figuras de los troncos de los árboles y esculpiendo formas extrañas en piedra, y ante ellas se postraron.

En algunas de sus fases las prácticas idólatras llegaron a asociarse con ritos de horribles crueldades, como se ve en la costumbre de sacrificar niños a Moloc, y al río Ganges entre los hindúes; así como en la matanza de seres humanos bajo la tiranía druídica. Los dioses que el género humano se ha levantado son inhumanos, despiadados, crueles.

Ateísmo es negar la existencia de Dios; en forma más moderada puede consistir en menospreciarlo. Pero el ateo declarado, igual que sus prójimos creyentes, está sujeto a la pasión universal del hombre por la adoración. Aunque se niega a reconocer al Dios verdadero y viviente, deifica consciente o inconscientemente cierta ley, cierto principio, cierto atributo del alma humana, o quizá alguna creación material; y a esto recurre en busca de una semejanza del consuelo que el creyente encuentra en rica abundancia mediante la oración dirigida a su Padre y Dios. Dúdase de la existencia de un ateo cabal, uno que con la sinceridad de una convicción arraigada niega en su corazón la existencia de un poder inteligente y supremo.

La noción de un Dios es un rasgo inherente del alma humana. El filósofo reconoce la necesidad de esto en sus teorías sobre el ser. Tendrá recelo de admitir abiertamente un Dios personal, sin embargo, supone la existencia de un poder gobernante, de un gran incógnito, de lo inconocible, lo que no se puede limitar, lo inconsciente. Oh hombre instruido aunque no sabio, ¿por qué rechazas los privilegios que te extiende el Ser

omnipotente y omnisciente a quien debes tu vida, cuyo nombre, sin embargo, no quieres confesar? No hay ser mortal que, contemplando sus perfecciones y poder, no se acerque a él con asombro y reverencia. Considerándolo solamente como Creador y Dios, nos sentimos abatidos al pensar en él; mas él nos ha dado el derecho de allegarnos a él como sus hijos y llamarlo Padre. En los momentos más solemnes de su vida, aun el ateo siente un anhelo en el alma hacia un Padre espiritual, tan naturalmente como sus afectos humanos se vuelven hacia el padre que le dió vida mortal. El ateísmo de hoy, después de todo, no es sino una especie de paganismo.

Conceptos Sectarios de la Trinidad.—La doctrina congruente, sencilla y auténtica respecto del carácter y atributos de Dios, cual Cristo y los apóstoles la enseñaron, retrocedió conforme cesó la revelación y descendió sobre el mundo la obscuridad que acompañó la falta de la autoridad divina, después de ser quitados de la tierra los apóstoles y el Sacerdocio. En su lugar aparecieron numerosas teorías y dogmas de los hombres, de las cuales muchas son completamente incomprensibles por su misticismo y falta de correspondencia.

En el año 325, el emperador Constantino convocó el Concilio de Nicea, procurando, por medio de este cuerpo, obtener una declaración de fe cristiana que pudiera recibirse como autorizada y fuera el medio de arrestar la disensión cada día mayor que provenía del prevaleciente desacuerdo en cuanto a la naturaleza de Dios y otros asuntos teológicos. El Concilio condenó algunas de las teorías de ese tiempo, entre ellas la de Arrio, quien sostenía que el Hijo fué creado por el Padre, y por tanto no podía ser coeterno con él. Dicho Concilio promulgó lo que se conoce como el Credo de Nicea, y con el tiempo lo siguió el Credo o Símbolo de Atanasio, respecto del cual han surgido controversias en cuanto a quién sería su autor.[q] Este credo reza así: "Adoramos a un Dios en Trinidad y Trinidad en Unidad, ni confundiendo las personas, ni dividiendo la substancia; porque hay una persona del Padre, otra del Hijo y otra del Espíritu Santo; pero la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo toda es una, la gloria igual, la majestad coeterna. Como el Padre, tal el Hijo y tal el Espíritu Santo; el Padre increado, el Hijo increado, y el Espíritu Santo increado; el Padre incomprensible, el Hijo incomprensible y el Espíritu Santo incomprensible; el Padre eterno, el Hijo eterno y el Espíritu Santo eterno. Y, sin embargo, no hay tres eternos, sino un eterno; como tampoco hay tres increados, ni tres incomprensibles, sino un increado y un incomprensible. En igual manera el Padre es todopoderoso, el Hijo todopoderoso y el Espíritu Santo todopoderoso; y sin embargo, no hay tres todopoderosos, sino un todopoderoso. Así el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, sin embargo, no hay tres Dioses sino un Dios."

Sería difícil concebir mayor número de contradicciones y falta de concordancia expresadas en tan pocas palabras.

La Iglesia de Inglaterra enseña en la actualidad el siguiente concepto ortodoxo de Dios: "No hay sino un Dios viviente y verdadero, sempiterno, sin cuerpo, partes o pasiones; de infinito poder, sabiduría y bondad." La inmaterialidad de Dios, que estas declaraciones de fe sectaria afirman, se opone directamente a las Escrituras; y las revelaciones de la persona y atributos de Dios, cual se ha mostrado por los pasajes ya citados, la refutan por completo.

Nosotros afirmamos que negar la materialidad de la persona de Dios es negar a Dios; porque una cosa sin partes carece de cuerpo, y un cuerpo inmaterial no puede existir. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días proclama que el Dios incomprensible, falto de "cuerpo, partes o pasiones", es algo imposible de existir; y sostiene su creencia en el Dios viviente y verda dero de las Escrituras y las revelaciones, y a él rinde homenaje.

REFERENCIAS

Dios es un Personaje.—Nótese que no siempre se indica aquí la distinción entre el Padre Eterno o Elohim, y el Hijo quien es Jehová o Jesucristo. En algunas versiones castellanas Jehová se traduce Señor, del latín "Doroinus"; en otras se usa el nombre Jehová, tomado del original hebreo Yahweh. La combinación Señor Dios o Jehová Dios indica las personas de Elohim y Jehová, o sea el Padre y el Hijo. Véase "Jesús el Cristo", capítulo 4.

El hombre a imagen de Dios—Gen. 1:26, 27; 5:1. A imagen de Dios es hecho el hombre; y de allí la atrocidad del homicidio—Gen. 9:6. Los hombres formados a la semejanza de Dios—Sant. 3:y. Cristo, el cual es la imagen de Dios—2 Cor. 4:4; Col. 1:15; Fil. 2:6. El Hijo es la misma imagen de la persona del Padre—Heb. 1:3. Jesús dijo: El que me ve, ve al que me envió—Juan 12:45. Jesús dijo a Felipe: El que me ha visto, ha visto al

Padre— Juan 14:9. Cristo tomaría sobre sí la forma de hombre según la cual el hombre fué creado en el principio, a semejanza de Dios — Mosíah 7:27. El hombre fue creado a imagen de Dios—Alma 18:34. Jesucristo, antes de encarnar, se mostró al hermano de Jared, diciendo: ¿Ves cómo has sido creado a mi propia imagen? —Ether 3:15. El hombre fué creado según la imagen y semejanza de Dios— D. y C. 20:18. El Padre y el Hijo tienen cada cual un cuerpo de carne y huesos, tangible como el del hombre—D. y C. 130:22. Moisés, a semejanza del Unigénito—Moisés 1:6. El hombre hecho a imagen de Dios y del Unigénito—Moisés 2:27. Dios creó al hombre a imagen de su propio cuerpo—Moisés 6:9. Varón y hembra formados a imagen de los Dioses—Abrahán 4:27. Y hablaba Jehová (el Señor) a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero—Exo. 83:11; véase también Núm. 12:8; Deut. 34:10. Moisés, Aarón y otros, junto con los setenta ancianos, vieron al Dios de Israel—Exo. 24:10. Moisés vió a Dios cara a cara y habló con él—Moisés 1:2, 11. José Smith vió al Padre y al Hijo—P. de G. P. pág. 46. José Smith y Sídney Rigdon vieron al Hijo a la diestra de Dios— D. y C. 76:23. José Smith y Oliverio Cówdery vieron al Señor en el templo de Kírtland—D. y C. 110:2. Dios es un Ser de Partes y Pasiones Jehová (el Señor) habló a Moisés cara a cara—véanse los pasajes ya mencionados. Y boca a boca—Núm. 12:8; véase también Moisés, caps. 1-5. Adán y Eva oyeron la voz del Señor—Gen. 3:8; oyóla Caín— Gen. 4:9; Moisés, Aarón y María—Núm. 12:4; la multitud de los israelitas—Deut. 5:22. Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso—Exo. 20:5. Jehová (el Señor) cuyo nombre es celoso, Dios celoso es—Exo. 34:14; véase también Deut. 4:24; Jos. 24:19. Jehová es un Dios celoso; su furor puede irritarse—Deut. 6:15. El furor de Jehová se encendió contra Israel—Jue. 2:14; 3:8; véase también 2 R. 13:3; Isa. 30:27. Jehová provocado a ira—Jer. 7:19, 20; véase también 1 R. 22:53. La ira de Dios se manifiesta contra la iniquidad—Rom. 1:18; véase también Apo. 15:1, 7; D. y C. 1:9. Vi que la ira de Dios se derramó_—1 Nefi 14:15. Estas son cosas que aborrezco, dice Jehová-—Zac. 8:17. La tierna misericordia del Señor abriga a todos—1 Nefi 1:20. La misericordia del Padre hacia los gentiles—3 Nefi 16:9. Jehová (el Señor) usa de misericordia—Exo. 20:6. Se dice que Jehová es misericordioso, clemente, sufrido, grande en benignidad y bondad; que perdona, pero de ningún modo justifica, al malvado—Exo. 34:6, 7. Dios misericordioso es Jehová tu Dios—Deut. 4:31; véase también 7:9. Dios es propicio, clemente, misericordioso, tardo para la ira, de mucha benignidad—Neh. 9:17; véase también Sal. 116:5; Sant. 5:11. Jehová (el Señor) amó a Israel—Deut. 7:8; véase también 10:15, 18; Sal. 69:16; Os. 11:1. El mismo Padre os ama—Juan 16:27; véase también 1 Juan 3:1. Dios es amor—1 Juan 4:8-11, 16, 19. Envuelto para siempre por el amor del Señor—2 Nefi 1:15. La bondad de Dios; su sabiduría, paciencia, etc.—Mosíah 4:6. En Dios abundan la misericordia, justicia, gracia, verdad, paz— D. y C. 84:102. ¿Hay para Dios alguna cosa difícil?—-Gen. 18:14. Incomprensibles son los juicios de Dios, sus caminos inescrutables—Rom. 11:33. Jehová, el Dios de los Dioses, sabe—Jos. 22:22. Jehová (el Señor) por su sabiduría fundó la tierra—Prov. 3:19. Conocidas son del Señor todas sus obras—Hech. 15:18; véase también Sal. 139; Prov. 5:21. La gloria de Dios es la inteligencia.—D. y C. 93:36. Todas las cosas han sido hechas según la sabiduría de aquel que todo lo sabe—2 Nefi 2:24. Para Dios todas las cosas son posibles—Mat. 19:26; véase Job 42:2; Jer. 32:17. El Señor gobierna y comprende todas las cosas—D. y C. 88:40, 41.

La Santa Trinidad—Tres Personajes

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo señalados individualmente —Luc. 3:22; véase también Mat. 3:16, 17; Juan 1:32, 33; 15:26; Hech. 2:33; 1 Ped. 1:2. El bautismo se debe administrar en los nombres de los Tres— Mat. 28:19; 3 Nefi 11:25; D. y C. 20:73. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo—3 Nefi 11:27, 36. El Espíritu Santo da testimonio del Padre y del Hijo—3 Nefi 28:11; D. y C. 20:27. Padre, Hijo y Espíritu Santo—D. y C. 20:28. Lar-comisión para bautizar en el nombre del Padre, del .Hijo y del Espíritu Santo—D. y C. 68:8.

Idolatría

No tendrás dioses ajenos delante de mí; la adoración de ídolos es prohibida—Exo. 20:3-5; Deut. 5:7-9. La idolatría de Efraín, y su castigo—Os. 13:1-4. Los israelitas adoran el becerro de oro—Exo. cap. 32; véase también Hech. 7:40, 41. ¡Ay de aquellos que adoran ídolos!—2 Nefi 9:37. Los nefitas se hicieron ídolos—Helamán 6:31. Los lamanitas ofrecieron sacrificios humanos a sus ídolos—Mormón 4:14. Los padres de Abrahán fueron idólatras—Abrahán 1:5-7. Los egipcios idólatras intentaron sacrificar a Abrahán—Abrahán 1:8-18. La idolatría actual del mundo--D. y C. 1:16. Prohíbense la idolatría y la iniquidad—D. y C. 52:39.

CAPITULO 3
TRANSGRESIÓN Y LA CAÍDA

Artículo 2.—Creemos que los ho-mbres serán castigados por sus propios pecados, y no por la transgresión de Adán.

TRANSGRESIÓN Y SUS RESULTADOS.

El Libre Albedrío del Hombre. — La Iglesia enseña como doctrina estrictamente ceñida a las Escrituras, que entre los derechos inalienables que su Padre divino le ha conferido, el hombre ha heredado la libertad de escoger el bien o el mal en la vida; de obedecer o desobedecer los mandamientos del Señor, según su elección. Mayor protección que el celoso cuidado de Dios mismo no puede este derecho tener, porque en todas sus relaciones con el hombre él ha dejado a la criatura mortal en libertad de elegir y obrar, sin más compulsión o restricción que las influencias de consejos y orientación paternales.[a] Muy cierto, ha dado mandamientos y ha fijado estatutos, prometiendo bendiciones por la obediencia, y castigos por las infracciones; mas en la elección de estas cosas, los hombres gozan de entera libertad. En este sentido el hombre es tan libre como los ángeles, salvo hasta donde él se ha encadenado con las ligas del pecado, y ha renunciado a su fuerza de voluntad y potencia del alma. Tan ampliamente está facultado para violar las leyes de salubridad, los requisitos de la naturaleza y los mandamientos de Dios, en asuntos temporales y espirituales, como para obedecerlos todos. Así como en uno de los casos se trae sobre sí las sanciones correspondientes de la ley violada, en el otro hereda las bendiciones particulares y la libertad adicional que siguen o acompañan a una vida que se somete a la ley. La obediencia a la ley es la manera de vivir del hombre libre; el transgresor teme la ley, porque trae sobre sí la privación y la restricción, no por causa de la ley, la cual lo habría protegido en su libertad, sino por su antagonismo hacia la ley.

El predominante atributo de justicia, reconocido como parte de la naturaleza divina, rechaza la idea de que se prometa al hombre un galardón por hechos buenos y se le amenace con un castigo por hechos malos, si no posee el poder para obrar independientemente. Tan ajeno al plan de Dios es forzar a los hombres a obrar conforme a la rectitud, como permitir él que los poderes del maligno obliguen a sus hijos a pecar. En los días del Edén, ante el primer hombre fueron colocados el mandamiento y la ley,[b] junto con una explicación del castigo que acompañaría la violación de esa ley. No habría sido justo darle una ley si no hubiese tenido la libertad para obrar por sí mismo. "No obstante, podrás escoger según tu voluntad, porque te es concedido; pero recuerda que yo lo prohibo." Así le dijo Jehová Dios a Adán. En cuanto a sus relaciones con el primer patriarca de la raza humana, Dios ha declarado en estos días: "He aquí, yo le concedí que fuese su propio agente."

Cuando los dos hermanos, Caín y Abel, ofrecieron sus sacrificios, el mayor de ellos se enojó porque no se aceptó su sacrificio. Entonces el Señor razonó con Caín y trató de enseñarle que el resultado de sus hechos correspondería con éstos, ya fueran buenos o malos: "Si bien hicieres, ¿no serás ensalzado? y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta."

El conocimiento del bien y del mal es esencial para el progreso que Dios ha puesto al alcance de sus hijos; y discerniéndose claramente el contraste de lo bueno y de lo malo, se puede ganar mejor este conocimiento por medio de la experiencia. Para eso se ha colocado al hombre sobre la tierra bajo la influencia de las fuerzas benignas y malignas, con un conocimiento de las condiciones que lo rodean y el derecho nacido del cielo de escoger por sí mismo. Las palabras del profeta Lehi son explícitas: "Por lo tanto, el Señor Dios le concedió al hombre que obrara por sí mismo. De modo que el hombre no podía actuar por sí, a menos que lo incitara el uno o el otro . . . Así pues, los hombres son libres según la carne; y les son dadas todas las cosas que para ellos son propias. Y pueden escoger la libertad y la vida eterna, por motivo de la gran mediación para todos los hombres, o escoger la cautividad y la muerte según la cautividad y el poder del diablo, porque éste quiere que todos los hombres sean miserables como él."

Otro de los profetas nefitas, hablando de aquellos que habían muerto, dijo que habían ido a recibir "sus recompensas conforme a sus obras, ya fuesen buenas o malas, para recibir la felicidad eterna o la miseria eterna, según el espíritu que quisieron obedecer, ya un espíritu bueno, ya malo. Pues cada uno recibe su salario de aquel a quien obedece, y esto según las palabras del espíritu de profecía."

Samuel, un lamanita convertido, sobre quien el espíritu de los profetas había descendido, amonestó de esta

manera a sus semejantes: "Así pues, recordad, recordad, mis hermanos, que el que perece, perece por causa de sí mismo; y quien comete iniquidad, lo hace contra sí mismo; pues he aquí, sois libres; se os permite obrar por vosotros mismos, porque Dios os ha dado el conocimiento y os ha hecho libres. El os ha concedido discernir el bien del mal, y escoger la vida o la muerte."

Cuando se discutían en el cielo los planes para crear y poblar la tierra, Lucifer quiso destruir el libre albedrío del hombre, obteniendo el poder para obligar a la familia humana a obedecer su voluntad, y le prometió al Padre que por ese medio él rescataría a todo el género humano sin que ninguno se perdiera. Se rechazó esta proposición, y el proyecto original del Padre—de emplear influencias persuasivas de preceptos sanos y ejemplo sacrificante para con los habitantes de la tierra, dejándolos luego en libertad de escoger por sí mismos—fue aceptado; y el que iba a ser conocido como el Hijo Unigénito fué escogido para ser el instrumento principal en la realización de ese propósito.

La Responsabilidad del Hombre por sus actos individuales es tan completa como lo es su facultad de escoger por sí mismo.[j] El resultado final de las obras buenas es la felicidad, la consecuencia de la maldad es la miseria; así sucede en la vida de todo hombre por motivo de leyes inviolables. Hay un plan para juzgar, divinamente preordinado, mediante el cual cada hombre responderá por sus hechos; y no sólo por sus hechos, sino por sus palabras también y aun por los pensamientos de su corazón. "Mas yo os digo, que toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio."[l] Estas son palabras del Salvador mismo. "Y ninguno de vosotros piense mal en su corazón contra su prójimo, ni améis juramento falso: porque todas éstas son cosas que aborrezco, dice Jehová." A Juan el Revelador le fué permitido enterarse en visión de algunas de las escenas relacionadas con el juicio final; así escribió él: "Y vi los muertos, grandes y pequeños, que estaban delante de Dios; y los libros fueron abiertos: y otro libro fué abierto, el cual es de la vida: y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar dió los muertos que estaban en él; y la muerte y el infierno dieron los muertos que estaban en ellos; y fué hecho juicio de cada uno según sus obras."

Los hechos de los hombres no siempre se ven acompañados de una inmediata ejecución del juicio. Tal vez no se premiarán en el acto los hechos buenos, ni será castigado el mal definitivamente; y esto va de acuerdo con la sabiduría divina, pues de lo contrario, el examen del carácter individual y la prueba de la fe humana, propósitos para los cuales se ordenó principalmente esta probación mortal, disminuirían notablemente, ya que la certeza de un gozo o dolor inmediato determinaría en gran manera las acciones humanas de buscar lo uno y evitar lo otro. De manera que se suspende el juicio a fin de que cada uno se pruebe a sí mismo, aumentando el bueno en justicia, y teniendo el malo la oportunidad de arrepentirse y hacer reparación. En raras ocasiones se ha ejecutado un juicio rápido de una naturaleza temporal —el provecho físico de una bendición terrenal por lo bueno, y la calamidad por los hechos malos"—inmediatamente después del hecho. Poco importa que semejante retribución satisfaga completamente las demandas de la justicia, o que se aplique una medida adicional de juicio en la vida venidera. Dichas ocasiones son excepcionales en la administración divina.

De Cristo es la prerrogativa de juzgar al género humano, y lo hará de la manera en que mejor convenga a sus propios fines, que son los fines de su Padre. San Juan ha anotado así las palabras de Cristo: "Porque el Padre a nadie juzga, mas todo el juicio dió al Hijo; para que todos honren al Hijo como honran al Padre." Y San Pedro, mientras explicaba el evangelio a Cornelio, el gentil devoto, declaró, refiriéndose a Jesucristo, que "él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos". Muchos profetas han testificado del destino de los inicuos, reservado para el día del juicio; y el Juez principal de ese terrible tribunal ha hecho una descripción tan lúcida y expresiva que no queda ni la menor duda que toda alma viviente tendrá que reconocer su historia y aceptar las consecuencias de sus obras. Las palabras del Señor y las de sus profetas son inequívocas: que él no hace acepción de personas, y que desconoce cualquier favoritismo ajeno a la justicia. Nadie, sino los inicuos que no se han arrepentido, debe temer este juicio; para los justos va a ser una época de triunfo.

El Pecado.—¿Qué es la naturaleza del pecado? "El pecado es transgresión de la ley", responde el apóstol Juan. En el idioma original de los escritos bíblicos aparecen varios vocablos, expresados por nosotros con la sola palabra pecado, que comúnmente dan a entender oposición a la voluntad divina. En vista de que en Dios se incorpora la perfección, dicha oposición significa rebelarse contra los principios del desarrollo y adherirse a las prácticas que conducen a la degradación. El pecado es cualquier condición, ya sea omisión de cosas que se precisan o comisión de hechos prohibidos, que tiende a obstruir o impedir el desarrollo del alma humana. Así como una conducta justa conduce a la vida eterna, así también el pecado tiende hacia las tinieblas de la segunda muerte. Satanás trajo el pecado al mundo; sin embargo, es por licencia divina que el género humano llega a

conocer el pecado, aprendiendo así por medio de la experiencia el contraste entre el bien y el mal.

El pecado, según su definición técnica, consiste en la violación de la ley; y en este sentido limitado puede cometerse el pecado inadvertidamente o en la ignorancia. Sin embargo, en vista de la doctrina de las Escrituras relativa a la responsabilidad humana y la justicia infalible de Dios, claro es que en sus transgresiones, así como en sus hechos justos, el hombre será juzgado de acuerdo con la habilidad que tenga para comprender y obedecer la ley. Los requisitos de una ley más alta no se aplican en su totalidad a aquel que no se ha familiarizado con dicha ley. Para los pecados que se cometen por falta de conocimiento, es decir, para las leyes que se infringen en la ignorancia, se ha proveído una propiciación en la expiación efectuada mediante el sacrificio del Salvador; y tales pecadores no están condenados, sino que todavía se les dará la oportunidad de aprender y aceptar, o rechazar, los principios del evangelio.

Jacob enseñó esta doctrina: "Donde no se ha dado ninguna ley, no hay castigo; y donde no hay castigo, no hay condenación; y donde no hay condenación, la clemencia del Santo de Israel los reclama por motivo de la expiación; porque el poder de él los libra. Porque la expiación satisface lo que su justicia demanda de todos aquellos que no han recibido la ley, por lo que son librados de ese terrible monstruo, muerte e infierno, y el diablo, y el lago de fuego y azufre, que es tormento sin fin; y son restaurados a ese Dios que les dió aliento, el cual es el Santo de Israel." Y entonces, como contraste, el profeta añade: "¡ Pero ay de aquel a quien la ley se ha dado; sí, que tiene todos los mandamientos de Dios, como nosotros, y los quebranta, y malgasta los días de su probación! porque su estado es terrible." Esto concuerda en todo senitdo con las enseñanzas de San Pablo a los Romanos: "Porque todos los que sin ley pecaron, sin ley también perecerán; y todos los que en la ley pecaron, por la ley serán juzgados." Y la palabra de la escritura moderna expresa lo mismo, porque nos es dicho, por medio de revelación nueva, dada a la Iglesia, que entre aquellos que van a recibir las bendiciones de la redención, se hallarán "los que murieron sin ley". Entre éstos estarán comprendidas las naciones paganas, cuya redención se promete con la declaración adicional de que "los que no conocieron ninguna ley tendrán parte en la primera resurrección".

El Castigo del Pecado.—Así como se premia el hecho justo en proporción a la obra meritoria, en igual manera se adapta a la ofensa el castigo que se ha prescrito para el pecado. Pero téngase presente que tanto el premio como el castigo son consecuencias naturales. Impónesele el castigo al pecador para fines disciplinarios y reformatorios, de acuerdo con la justicia. Ningún carácter vengativo o deseo de causar sufrimientos se manifiesta en la naturaleza divina; al contrario, nuestro Padre está consciente de todo dolor, y permite que éste aflija únicamente para fines benéficos. La merced de Dios se declara en el dolor retribuyente que él permite, así como en las bendiciones de paz que de él emanan. Es de dudoso beneficio conjeturar la naturaleza precisa del sufrimiento espiritual que se impondrá como castigo por el pecado. La comparación con el dolor físico, por ejemplo, los tormentos del fuego en un lago de azufre, sirve para demostrar que la mente humana no es capaz de entender la extensión de estos castigos. Más han de temerse los sufrimientos comprendidos en la sentencia de condenación, que cualquier imposición probable de tormento físico; la mente, el espíritu, toda el alma está condenada a sufrir, y ninguno de los que están en la carne conoce este tormento.

Considérese la palabra del Señor concerniente a aquellos que son culpables del pecado imperdonable, cuya transgresión los ha llevado allende del horizonte actual de posible redención; aquellos que tanto se han hundido en su iniquidad que han perdido el poder y aun el deseo de intentar reformarse. Llámanse Hijos de Perdición. Son aquellos que, habiendo conocido el poder de Dios, más tarde lo desprecian; aquellos que a la luz del conocimiento pecan con toda intención; aquellos que le abren sus corazones al Espíritu Santo y entonces afrentan al Señor y se burlan de él, negando el Espíritu; aquellos que cometen homicidio virtiendo sangre inocente. Estos son aquellos a quienes el Señor se ha referido declarando que mejor les fuera nunca haber nacido. Estos participarán del castigo del diablo y sus ángeles, un castigo tan terrible que a todos les es vedado saber de él, salvo a aquellos que son relegados a esa condenación, aunque a algunos se les permite una vista pasajera del cuadro. Estos pecadores son los únicos sobre quienes la segunda muerte tendrá poder: "Sí, en verdad, los únicos que no serán redimidos en el debido tiempo del Señor."

La Duración del Castigo.—En cuanto a la duración del castigo, podemos tener la seguridad de que será graduada, según el pecado, y que es falso el concepto de que es interminable toda sentencia que se dicta por hacer lo malo. Aun cuando es grande el efecto que esta vida ejercerá en la venidera, y ciertamente se responderá por haber pasado por alto las oportunidades para arrepentirse, Dios tiene el poder de perdonar más allá de la tumba. No obstante, las Escrituras hablan de un castigo eterno e interminable. Cualquier castigo que Dios ordena es eterno, porque él es eterno." Su sistema es uno de castigo sin fin, porque siempre existirá como lugar o

condición preparado para los espíritus desobedientes; sin embargo, la imposición del castigo terminará cada ocasión que haya arrepentimiento y reparación aceptables. Y el arrepentimiento no es imposible en el mundo espiritual. Sin embargo, como ya se ha visto, hay unos pecados tan graves que sus castigos correspondientes no le son revelados al hombre;[p] estos castigos severos se reservan para los hijos de Perdición.

Se debe considerar como uno de los resultados más perniciosos del erróneo concepto de las Escrituras la falsa doctrina de que el castigo que se va a imponer a las almas pecadoras es sin fin, que cada condena por el pecado es de duración interminable. No es sino un dogma de sectarios errados y desautorizados; y, a la vez, contrario a las Escrituras, irrazonable y repugnante para el que ama la merced y honra la justicia. Es cierto que las Escrituras hablan de fuegos sin fin, condenación eterna y la venganza del fuego eterno como rasgos característicos del juicio preparado para los inicuos; sin embargo, en ninguno de estos casos se puede justificar la conclusión de que el pecador individual tendrá que padecer la ira de la justicia ofendida para siempre jamás. El castigo es suficientemente severo en cualquier caso sin el horror adicional y supremo de una continuación interminable. La justicia debe quedar satisfecha; pero cuando se pague el "último cuadrante", se abrirán las puertas de la prisión y el cautivo quedará libre. Pero la prisión permanece, y la ley que dicta el castigo por las ofensas no se ha de revocar.

Tan generales eran las malas influencias de la comúnmente aceptada doctrina relativa al tormento sin fin que esperaba a todo pecador—no obstante que se opone a las Escrituras y la verdad—que aun antes de quedar formalmente organizada la Iglesia en la dispensación actual, el Señor dió una revelación por conducto del profeta José Smith, concerniente al asunto, en la cual leemos: "Y en verdad, todo hombre tiene que arrepentirse o padecer, porque yo, Dios, soy sin fin. Por tanto, no abrogaré los juicios que pronunciaré, mas habrá lamentos, lloros, gemidos y crujir de dientes entre aquellos que se hallaren a mi izquierda. Sin embargo, no está escrito que no tendrá fin este tormento, sino que está escrito tormento interminable. Además, está escrito condenación eterna . . . Porque, he aquí, yo soy sin fin, y el castigo que por mi mano se da es castigo sin fin, porque Sin Fin es mi nombre. Por consiguiente: Castigo eterno es castigo de Dios. Castigo sin fin es castigo de Dios."[r]

Satanás.—Hemos tenido ocasión de referirnos frecuentemente al autor de la maldad entre los hombres. Este es Satanás, el adversario o antagonista del Señor, el jefe de los espíritus malos, llamado también el Diablo, Belce-bú[u] o el Príncipe de los Demonios, Perdición y Belial. Aplícanse a Satanás los apelativos figurados de dragón y serpiente, cuando se hace alusión a su caída. La palabra revelada nos hace saber que en un tiempo Satanás fué un ángel de luz, conocido entonces como Lucifer, un Hijo de la Mañana; pero su egoísta ambición lo hizo aspirar a la gloria y el poder del Padre, y para lograrlo hizo la perniciosa proposición de redimir a la familia humana por medio de la compulsión. Frustrándosele este proyecto, encabezó una rebelión en contra del Padre y del Hijo, llevándose una tercera parte de las huestes del cielo a su confederación inicua. Fueron desterrados del cielo estos espíritus rebeldes, y desde entonces han seguido los impulsos de sus naturalezas impías, tratando de conducir las almas humanas a la condición de tinieblas en que ellos mismos se hallan. Son el diablo y sus ángeles. El derecho del libre albedrío, sostenido y defendido en la lucha que se verificó en el cielo, quita la posibilidad de que se use de la compulsión en esta labor diabólica de degradación; empléanse, sin embargo, hasta su límite, los poderes de estos espíritus malignos. Satanás tentó a Eva para que transgrediera la ley de Dios;[b] fué él quien impartió a Caín, el fratricida, el secreto de asesinar por lucro."

Satanás ejerce cierto dominio sobre los espíritus que ha contaminado con sus prácticas; es el principal de los ángeles que fueron desterrados y el instigador de la ruina de aquellos que caen en esta vida. Busca la manera de molestar y estorbar al género humano en sus buenas obras, induciendo a pecar, o tal vez provocando enfermedades, y posiblemente la muerte. Sin embargo, en ninguno de estos hechos malignos puede propasarse de lo que las transgresiones de su víctima le permiten, o la sabiduría de Dios consiente; y el poder superior puede contrarrestarlo a cualquier momento. De hecho, hasta se pueden tornar para la realización de fines divinos las manipulaciones de su peor malicia. Las Escrituras nos demuestran que los días del poder de Satanás están contados; dictádose ha su sentencia, y en el debido tiempo del Señor será completamente vencido. Va a ser atado durante el remado milenario, y después de esos mil años de paz quedará suelto por un corto tiempo; entonces se efectuará su derrota completa, y su poder sobre los hijos de Dios será destruido.

LA CAÍDA

Nuestros Primeros Padres en el Edén.— El coronamiento del gran drama de la creación fué la formación del hombre a imagen de Dios, su Padre espiritual. Para recibir al primer hombre, el Creador había preparado especialmente una región escogida de la tierra, y la había adornado con bellezas naturales para alegrar

el corazón del poseedor. "Había Jehová Dios plantado un huerto en Edén al oriente, y puso allí al hombre que había formado." Poco después del advenimiento del hombre a la tierra, el Señor le hizo una compañera o ayuda idónea, declarando que no era bueno que el hombre estuviese solo. De modo que, varón y hembra, Adán y Eva su esposa, fueron colocados en el jardín. Habíaseles dado señorío "en los peces de la mar, y en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra". Acompañaban a este gran poder ciertos mandamientos, el primero de los cuales, en cuestión de importancia, fué: "Fructificad y multiplicad, y henchid la tierra, y sojuzgadla"; luego, que se cuidaran de no comer o siquiera tocar el fruto de cierto árbol, el árbol de la ciencia del bien y del mal que crecía en medio del jardín, aunque de todos los demás podían comer libremente. Las palabras de Dios, concernientes a este mandamiento y el castigo por su violación, fueron: "Y yo, Dios el Señor, le di mandamiento al hombre, diciendo: De todo árbol del jardín podrás comer libremente. Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal, no comerás. No obstante, podrás escoger según tu voluntad, porque te es concedido; pero recuerda que yo lo prohibo, porque el día en que de él comieres, de cierto morirás."

La Tentación de desobedecer este mandato no dilató en manifestarse. Satanás se presentó ante Eva en el jardín y, hablando por la boca de la serpiente, le preguntó acerca de los mandamientos que Dios había dado respecto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Eva le respondió que les era prohibido aun tocar el fruto del árbol, so pena de muerte. Satanás entonces buscó la manera de engañar a la mujer, contradiciendo las palabras del Señor y declarando que no resultaría la muerte por la violación del mandamiento divino; sino, al contrario, haciendo lo que el Señor les había prohibido, ella y su marido serían como los dioses, conociendo para sí mismos el bien y el mal. Estas representaciones cautivaron a la mujer, y, ansiosa de poseer las ventajas que le pintó Satanás, desobedeció el mandamiento del Señor y comió del fruto prohibido. No temía ningún mal, porque no lo conocía. Entonces, participándole a Adán lo que había hecho, lo instó a que también comiera del fruto.

Adán se vió en posición tal que le era imposible obedecer los dos mandamientos precisos dados por el Señor. Habíaseles mandado, a él y a su esposa, multiplicar y henchir la tierra. Adán no había caído al estado mortal todavía, pero Eva sí; en esas condiciones desiguales los dos no podrían permanecer juntos, y, consiguientemente, no podrían cumplir con el mandamiento divino en cuanto a la procreación. Por otro lado, Adán desobedecería el otro mandamiento si cedía a la solicitud de Eva. Deliberada y prudentemente se resolvió a seguir el primer y mayor mandamiento; y comprendiendo, por tanto, la naturaleza de su acción, él también comió del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Las Escrituras afirman el hecho de que Adán obró a sabiendas en este asunto. Escribiendo a Timoteo, San Pablo explicó que "Adam no fué engañado, sino la mujer, siendo seducida, vino a ser envuelta en transgresión". El profeta Lehi, declarándoles las Escrituras a sus hijos. dijo: "Adán cayó para que los hombres existiesen; y existen los hombres para que tengan gozo."

El Árbol de la Vida.—Había en el Edén otro árbol de virtudes especiales; su fruto aseguraba la vida a quien comiera de él. Mientras Adán y Eva vivieron en la inocencia, inmunes contra la muerte, no se les había prohibido dicho árbol. Sin embargo, ahora que habían pecado, ahora que se había expedido el decreto divino que señalaba la muerte como su destino, se precisaba que el fruto del árbol de la vida ya no estuviera a su alcance. De modo que fueron desterrados del jardín, y querubines, con una espada encendida, guardaron el camino para que el hombre no volviera en un estado caído. Por su transgresión, nuestros primeros padres adquirieron un conocimiento que no habían poseído en su condición de inocencia prístina, a saber, el conocimiento del bien y del mal, fundado en la experiencia. El resultado de su caída no podría haber ejercido sino un mal efecto, si inmediatamente hubiesen llegado a una condición de inmortalidad, sin arrepentimiento y sin expiación. En la desesperación que sobrevino, cuando se dieron cuenta del gran cambio que se había efectuado en ellos, y a la luz del conocimiento sobre las virtudes del árbol de la vida que tanto les había costado ganar, habría sido natural que procuraran la aparente ventaja de un escape inmediato, participando del alimento que les daría la inmortalidad. La misericordia impidió que se hiciese tal cosa.

Las palabras del Creador son inequívocas en cuanto a la necesidad de expulsar a Adán y a Eva del, Edén: "Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de Nos sabiendo el bien y el mal: ahora, pues, porque no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre: Sacólo Jehová del huerto de Edén, para que labrase la tierra de que fué tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía a todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida."

Alma, el profeta nefita, comprendió lo que habría resultado si Adán y su esposa hubiesen comido del árbol de la vida. Así explicó él este asunto: "Vemos, pues, que el hombre había llegado a ser como Dios, conociendo el bien y el mal; y para que no extendiera su mano, y tomara también del árbol de la vida, y comiera, y viviera

para siempre, el Señor Dios colocó querubines y la espada encendida, para que el hombre no participara del fruto. Y así vemos que le fué concedido al hombre un plazo para que se arrepintiera; sí, un tiempo de probación, un tiempo para arrepentirse y servir a Dios. Porque he aquí, si Adán hubiese extendido su mano inmediatamente, y participado del árbol de la vida, habría vivido para siempre, según la palabra de Dios, sin tener la oportunidad para arrepentirse; sí, y también habría sido vana la palabra de Dios, y se habría frustrado el gran plan de salvación."

El Resultado Inmediato de la Caída consistió en substituir con la mortalidad y todas sus flaquezas consiguientes, el vigor del primer estado inmortal. Adán sintió de una manera directa los efectos de la transgresión, encontrándose con un terreno infructuoso y desolado, y la tierra relativamente estéril, en lugar de la belleza y fertilidad del Edén. En lugar de plantas agradables y útiles, brotaron espinas y cardos; y el hombre tuvo que trabajar afanosamente, en condiciones de fatiga y sufrimientos físicos, para cultivar la tierra a fin de obtener el alimento necesario. Sobre Eva cayó el castigo de la debilidad corporal. Dolores y angustias, que desde entonces se consideran como la suerte natural de la mujer, vinieron sobre ella y quedó sujeta a la autoridad de su marido. Habiendo perdido su estado de inocencia anterior, se avergonzaron de su desnudez, y el Señor les hizo túnicas de pieles. El castigo de la muerte espiritual cayó sobre el hombre y la mujer, porque ese mismo día fueron desterrados del Edén y echados de la presencia del Señor. La serpiente, habiendo servido el propósito de Satanás, sufrió el desagrado del Señor, y fué sentenciada a arrastrarse para siempre en el polvo y a sufrir por causa de la enemistad que se decretó existiría en los corazones de los hijos de Eva.

Provéese Una Expiación. — Dios no abandonó a sus hijos, ahora mortales, sin una esperanza. Dióle otros mandamientos a Adán, requiriéndole que ofreciera sacrificios en el nombre del Hijo Unigénito, y prometiéndole la redención a él y a todos sus descendientes que cumplieran con las condiciones prescritas. Explíceseles a nuestros padres la oportunidad de ganarse el premio del vencedor, si dominaban el mal, y se regocijaron. Adán dijo: "Bendito sea el nombre de Dios, porque a causa de mi transgresión se han abierto mis ojos, y tendré gozo en esta vida, y en la carne veré de nuevo a Dios." Eva se llenó de alegría, y exclamó: "Si no hubiese sido por nuestra transgresión, jamás habríamos tenido simiente, ni hubiéramos conocido jamás el bien y el mal, ni el gozo de nuestra redención, ni la vida eterna que Dios concede a todos los obedientes."

La Caída No Fué Casualidad.—Sería contrario a la razón suponer que la transgresión de Adán y Eva fué motivo de sorpresa para el Creador. Por medio de su previsión infinita, Dios sabía lo que resultaría de la tentación de Eva por parte de Satanás, y cómo obraría Adán en las circunstancias resultantes. Además, es evidente que estaba prevista la caída como el medio de dar al hombre la oportunidad de tener contacto directo con el bien y el mal, para que de acuerdo con su propio albedrío pudiera escoger el uno o el otro, y así prepararse, por medio de las experiencias de una probación mortal, para la exaltación que en el plan benéfico de su creación se proveía: "Porque, he aquí, ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre", díjole el Señor a Moisés. Dios tuvo por objeto poner al alcance de los espíritus que había engendrado en los cielos el medio de hacer un esfuerzo individual y la oportunidad de ganar no solamente la redención de la muerte, sino también la salvación, y aun la exaltación, con los poderes de progreso y aumento eternos. De ahí que fué necesario que los hijos espirituales de Dios dejaran atrás el ambiente de su niñez primordial, e ingresaran en la escuela de la experiencia mortal para conocer el mal, contender con él y vencerlo, según sus distintos grados de fe y fuerza. Adán y Eva jamás podrían haber sido los padres de una posteridad mortal, a menos que ellos también hubiesen sido mortales; la mortalidad fué un elemento esencial del divino plan relacionado con la tierra y sus habitantes señalados; y a fin de introducir la mortalidad, el Señor puso una ley ante los progenitores de la raza humana, sabiendo lo que sucedería.

Con el papel que representó en el gran drama de la caída, Eva estaba cumpliendo con los fines previstos de Dios; sin embargo, no participó del fruto prohibido con tal intención, sino con el propósito de obrar contra el mandamiento divino, pues fué engañada por las sofisterías de Satanás, quien también, en lo que a eso concierne, dió ímpetu a los fines de Dios, tentando a Eva; no obstante, su objeto fué frustrar el plan del Señor. Terminantemente se nos dice que Satanás "no conocía el propósito de Dios; por consiguiente, intentó destruir el mundo." Sin embargo, su esfuerzo diabólico, lejos de ser el paso inicial hacia una destrucción, contribuyó al plan del progreso eterno del hombre. La parte que Adán representó en el trascendental acontecimiento fué esencialmente distinta de la de su esposa; él no fué engañado; al contrario, deliberadamente se resolvió a hacer lo que Eva quería, a fin de llevar a cabo los designios de su Creador con respecto a la raza humana, cuyo primer patriarca estaba destinado a ser.

Hasta las transgresiones de los hombres se pueden tornar para la realización de propósitos celestiales.

Habíase ordenado la muerte expiatoria de Cristo desde antes de la fundación del mundo; sin embargo, Judas, el que entregó al Hijo de Dios, y los judíos, quienes lo crucificaron, no son menos culpables de ese terrible crimen.

Se ha convertido en costumbre muy común del género humano el colmar de reproches a los progenitores de la familia humana e imaginarse el supuesto estado bendito en que estaríamos viviendo, si no hubiese sido por la caída; cuando que nuestros primeros padres merecen nuestra gratitud más profunda por la herencia que legaron a su posteridad: el medio de ganar un título a la gloria, exaltación y vidas eternas. De no haber sido por esta oportunidad, así proporcionada, los espíritus de los hijos de Dios habrían permanecido para siempre en un estado de niñez inocente, sin pecado, mas no por sus propios esfuerzos; salvos negativamente, no del pecado, sino de la oportunidad de enfrentarse al pecado; incapacitados para ganar los honores de la victoria, porque se les evitaba participar en la lucha. Pero ahora son herederos de la primogenitura de los descendientes de Adán: la mortalidad con sus incontables posibilidades y la libertad de obrar, dada de Dios. Nuestro padre Adán nos ha legado todas las flaquezas que la carne hereda; pero éstas son necesariamente incidentales en el conocimiento del bien y del mal; y mediante este conocimiento, usado debidamente, el hombre puede llegar a ser aun como los Dioses.

REFERENCIAS

Libre Albedrío

Jehová Dios dió un mandamiento a Adán y decretó el castigo por la desobediencia—Gen. 2:16, 17. Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; no obstante, podrás escoger según tu voluntad, porque te es concedido—Moisés 3:17. Y así los probaremos, para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare—-Abrahán 8:25. Si bien hicieres, ¿no serás ensalzado?—Gen. 4:7. He aquí yo pongo hoy delante de vosotros la bendición y la maldición—Deut. 11:26; véase también 30:15. Si oyeres diligente la voz de Jehová tu Dios—'Deut. 28:1; véase también 1 R. 3:14. Escogeos hoy a quién sirváis—Jos. 24:15. ¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? —1 R. 18:21. Se puede escoger la muerte más bien que la vida—Jer. 8:3. El Señor le concedió al hombre que obrara por sí mismo—2 Nefi2:16. Los hombres son libres para escoger la vía de la muerte eterna o la de la vida eterna—2 Nefi 10:23. Un : ay! para aquel que prefiere obedecer el espíritu malo •— Mosíah 2:33. Recibirán la felicidad eterna o la miseria eterna según, el espíritu que quisieron obedecer—Alma 3:26, 27. Los hombres se hallan en condición de obrar según su voluntad y placer, ya para hacer mal, ya para hacer bien—Alma 12:31. Aun los que fueron llamados desde la fundación del mundo tuvieron el derecho de escoger entre lo bueno y lo malo— Alma 13:3. Dios concede a los hombres según sus deseos, y les reparte según la voluntad de ellos—Alma 29:4. El hombre tiene el privilegio de servir a Dios—Alma 30:9. Sois libres; se os permite obrar por vosotros mismos—Helamán 14:30. Adán fue su propio agente—D. y C. 29:35. La tercera parte de las huestes del cielo se tornaron a lo malo a causa de su albedrío—D. y C. 29:36. Fue necesaria la tentación para poner a prueba el albedrío del hombre—D. y C. 29:39. El poder está en los hombres para que sean sus propios agentes —D. y C. 58:28; también 104:17. Satanás buscó la manera de destruir el albedrío de los hombres —Moisés 4:3. Les es concedido a los hombres conocer lo bueno y lo malo para que así puedan ser sus propios agentes—Moisés 6:56. Es preciso que haya una oposición en todas las cosas—2 Nefi 2:11, 15.

La Responsabilidad del Hombre—el Juicio

Pecado es la violación de la ley—1 Juan 3:4; también 5:17. Sobre todas estas cosas te traerá Dios a juicio—Eccles. 11:9; también 12:14. El Señor castiga la iniquidad—Isa. 26:21. Retribuirá a cada quien conforme a sus obras—Isa. 59:18. Cada cual morirá por su maldad—Jer. 31:30. Con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados—Mat. 7:2. Pagará a cada uno conforme a sus obras—Mat. 16:27. Se ha establecido un día para juzgar al mundo—Hech. 17:31. Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará—Gal. 6:7; véase también D. y C. 6:33. Yo vengo presto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según fuere su obra—Apo. 22:12. Es indispensable para la justicia de Dios que los hombres sean juzgados según sus obras—-Alma 41:3, 4. El pago de sus manos vendrá sobre ellos—2 Nefi 13:11. Serán juzgados según sus obras, ya fueren buenas o malas— 3 Nefi 26:4, 5. Sus palabras los juzgarán en el postrer día—2 Nefi 25:18. Todos se levantarán de los muertos para ser juzgados—Alma 11:41. Deben comparecer ante Dios para ser juzgados según sus obras —1 Nefi 15:33; también Alma 5:15 y 11:41. Juzgando a cada hombre de acuerdo con sus obras—D. y C. 19:3. Cada hombre responderá por sus propios pecados—D. y C. 101: 78. El Señor vendrá y con él su galardón; y

recompensará a cada hombre—D. y C. 56:19. Los justos serán separados de los inicuos—D. y C. 29:27. Cada hombre recompensado según sus obras—D. y C. 101:65. A los que guardaren su primer estado les será añadido—Abrahán 3:26. Satanás Fué arrojado a la tierra el gran dragón que también se llama la serpiente antigua, el diablo y Satanás, el cual engaña a todo el mundo—Apo. 12:9; véase también Luc. 10:18. Lucifer, hijo de la mañana, su inicua ambición y destino—Isa. 14:12, en adelante; véase también D. y C. 76:25-28. Llámase también Perdición, y aquellos cuyos pecados no tienen redención son llamados hijos de Perdición—D. y C. 76:26, 32, 43. Tentó a Eva y provocó la caída—Gen. cap. 3; Moisés cap. 4; D. y C. 29:40 Fue pecador desde el principio—1 Juan 3:8; Moisés 4:1-4. Padre de mentiras; mentiroso desde el principio—Juan 8:44; D. y C. 93:25, 37; 2 Nefi 2:18. Tentó a Caín y le enseñó a asesinar—Moisés 5:16-24. Vino con otros a presentarse delante del Señor—Job 1:6-12. Tentó a Cristo—Mat. 4:1-11. Incitó a Judas Iscariote a traicionar a Cristo—Juan 13:2. Será atado durante el milenio—Apo. 20:1-3. Se ha decretado su destino—Apo. 20:7-10; véase también Mat. 25:41. Por haber caído del cielo y por haber llegado a ser miserable, procuró la miseria de todo el género humano — 2 Nefi 2:18, 27. El que ha pecado, es del diablo—1 Juan 3:8. Resistid al diablo, y de vosotros huirá—Sant. 4:7. Vuestro adversario el diablo, cual león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar—1 Ped. 5:8. Llevados según la voluntad y cautividad del diablo—2 Nefi 1:18. Lo que es malo viene del diablo—Moroni 7:12. Satanás desea poseeros—3 Nefi 18:18. El diablo tendrá poder sobre su propio dominio—D. y C. 1:35. Provoca la contención en cuanto a la doctrina—D. y C. 10:63; véase también 3 Nefi 11:28, 29. Enfurecerá los corazones de los hijos de los hombres y los agitará a la ira; a otros pacificará conduciéndolos astutamente—2 Nefi 28:19-23.

La Caída

La tentación de Adán y Eva—Gen. cap. 3; Moisés cap. 4; D. y C. 29:40; véase también 2 Cor. 11:3. El pecado entró en el mundo por un hombre—Rom. 5:12, 18. La caída trajo una muerte espiritual, así como temporal a todo el género humano—Alma 42:9. El discurso de Lehi sobre la caída y sus consecuencias—2 Nefi 2:14-27. Por la caída de Adán la humanidad quedó en un estado caído —Alma 12:20-24; véase también Helamán 14:16. Adán cayó para que los hombres existiesen; y existen los hombres para que tengan gozo—2 Nefi 2:25. La resurrección viene por motivo de la caída—2 Nefi 9:6. La sangre de Cristo expía los pecados de aquellos que han caído por la transgresión de Adán-—Mosíah 3:11. Todos los espíritus de los hombres fueron inocentes en el principio—D. y C. 93:38. Adán se regocijó por motivo de las bendiciones que su transgresión puso a su alcance—Moisés 5:10, 11. Por motivo de que Adán cayó, existimos; y por su caída vino la muerte—Moisés 6:48. Porque así como en Adam todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados—1 Cor. 15:21, 22; véase también Rom. 5:11-19.

CAPITULO 4
LA EXPIACIÓN Y SALVACIÓN

Artículo 3.—Creemos que por la Expiación de Cristo todo el género humano puede salvarse, mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del evangelio.

LA EXPIACIÓN

La Expiación de Cristo se enseña como doctrina principal en todas las sectas que profesan el cristianismo. Tan común es la expresión, y el punto esencial de su significado tan generalmente admitido que tal vez parecerá superflua su definición; no obstante, el uso de la palabra "expiación" en el sentido teológico encierra cierta importancia particular. La doctrina de la expiación abarca pruebas de la divinidad del ministerio terrenal de Cristo y de la naturaleza vicaria de su muerte como sacrificio preordinado y voluntario, que tenía por objeto servir de propiciación eficaz por los pecados del género humano, convirtiéndose así en el instrumento mediante el cual se puede obtener la salvación.

El Nuevo Testamento, propiamente considerado como la escritura de la misión de Cristo entre los hombres, está lleno, desde el principio hasta el fin, de la doctrina de salvación mediante la obra expiatoria efectuada por el Salvador; y sin embargo, la palabra expiación no se halla en esa parte de la narración bíblica. En el Antiguo Testamento ocurre repetidas veces, y con notable frecuencia en el Éxodo, Levítico y Números, tres de los libros del Pentateuco; y el sentido en que se usa es el de un sacrificio propiciatorio, asociado generalmente con la muerte de una víctima aceptable por medio de lo cual se habría de efectuar la reconciliación entre Dios y los hombres.

San Pablo usa el término reconciliación en su epístola a los santos de Roma: "Y no sólo esto, mas aun nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por el cual hemos ahora recibido la reconciliación." Y éste es el significado del sacrificio salvador del Redentor con que él expió la transgresión de la caída—a causa de la cual entró la muerte en el mundo—y dió al hombre el medio disponible y eficaz para realizar la inmortalidad por la reconciliación con Dios.

La Naturaleza de la Expiación.—La expiación efectuada por Jesucristo es una consecuencia necesaria de la transgresión de Adán; y como la previsión infinita de Dios le reveló lo que sucedería aun antes que Adán fuese colocado sobre la tierra, así también la misericordia del Padre preparó a un Salvador para el género humano antes de echarse los cimientos del mundo. A causa de la caída Adán y Eva han transmitido a sus descendientes las condiciones del estado mortal; por consiguiente, todos los seres que nacen de padres terrenales quedan sujetos a la muerte corporal. La sentencia de ser desterrados de la presencia de Dios fué como una muerte espiritual; y en igual manera, ese castigo que se impuso sobre nuestros primeros padres el día de su transgresión ha seguido a la humanidad como herencia común. En vista de que este castigo vino sobre el mundo a causa de un acto individual, sería una injusticia manifiesta hacer que todos sufrieran eternamente dicho castigo sin un medio de rescate. De ahí pues, que se decretó el sacrificio prometido de Jesucristo como propiciación por la ley violada, mediante el cual se podría satisfacer en todo sentido a la Justicia, y así la Merced quedaría en libertad para ejercer su influencia benéfica en las almas de los hombres." Quizá no están al alcance del entendimiento del hombre todos los detalles del glorioso plan por medio del cual se asegura la salvación de la raza humana; pero aun de sus débiles esfuerzos por penetrar las causas primarias de los fenómenos de la naturaleza, el hombre ha aprendido que sus facultades comprensivas están limitadas, y admitirá que el rechazar un efecto, por no poder aclarar su causa, sería renunciar a sus pretensiones de ser un individuo observador y racional.

Aun cuando muy sencillo en sus puntos generales, admítese que el plan de redención, en cuanto a sus detalles, es un misterio para la mente finita. El presidente Juan Táylor ha escrito de esta manera: "De cierto modo misterioso e incomprensible, Jesús asumió la responsabilidad que habría recaído naturalmente sobre Adán; pero que sólo podría efectuarse por la mediación de él mismo, tomando sobre sí las aflicciones, asumiendo las responsabilidades y llevando las transgresiones o pecados de todos. De una manera que para nosotros es incomprensible e inexplicable, él llevó el peso de los pecados de todo el mundo, no sólo de Adán, sino de su posteridad; y haciéndolo, abrió el reino de los cielos no únicamente a todos los creyentes y todos los que obedecieran la ley de Dios, sino a más de la mitad de los de la familia humana que mueren antes de llegar a ser

mayores de edad, como también a los paganos, quienes, habiendo muerto sin ley, resucitarán sin ley, debido a la mediación de Cristo, y serán juzgados sin ley; y de este modo participarán, según su habilidad, obras y valor, de las bendiciones de la expiación de él."

Por incompleto que sea nuestro entendimiento del plan de redención mediante el sacrificio vicario de Cristo en todas sus partes, no podemos rechazarlo sin ser tachados de paganos; porque es la doctrina fundamental de todas las Escrituras, la esencia misma del espíritu de profecía y revelación, la más prominente de todas las declaraciones que Dios ha hecho al hombre.

La Expiación Fué un Sacrificio Vicario.—Motivo de gran asombro es para muchos el hecho de que el sacrificio voluntario de un solo ser pudiera obrar como medio de rescate para el resto del género humano. En esto, como en otras cosas, las Escrituras se entienden por el espíritu de interpretación bíblica. Los escritos sagrados de los tiempos antiguos, las expresiones inspiradas de los profetas de los postreros días, las tradiciones del género humano, los ritos del sacrificio y aun los sacrilegios de las idolatrías paganas, encierran todos el concepto de una expiación vicaria. Dios jamás se ha negado a aceptar una ofrenda hecha por uno que está autorizado, a favor de aquellos que de algún modo están incapacitados para efectuar ellos mismos el servicio requerido. El macho cabrío expiatorio y la víctima del altar entre los antiguos israelitas eran aceptados por el Señor para mitigar los pecados del pueblo, si se ofrecían con arrepentimiento y contrición. Es interesante notar que aun cuando las ceremonias del sacrificio constituían tan grande y esencial parte de los requisitos mosaicos, estos ritos largo tiempo antecedieron el establecimiento de Israel como pueblo separado, porque, como ya se ha visto, Adán ofreció sacrificios sobre el altar. Así pues, el simbolismo de inmolar animales, como prototipo del gran sacrificio que habría de verificarse sobre el Calvario, quedó instituido desde el principio de la historia humana.

Clasifícanse los varios géneros de sacrificios prescritos por la ley de Moisés en sangrientos e incruentos. Solamente los primeros, aquellos que incluían la imposición de la muerte, se aceptaban como propiciación o expiación por el pecado; y la víctima había de ser limpia y sana, y sin mancha o defecto. En igual manera, para el gran sacrificio, cuyos efectos iban a ser infinitos, sólo se podía aceptar una víctima inocente. A Cristo le correspondió el derecho de ser el Salvador, como el único ser sin pecado en el mundo, como el Unigénito del Padre, y sobre todo, como el único ordenado en los cielos para ser el Redentor del género humano; y aunque el ejercicio de este derecho encerraba un sacrificio, cuya extensión el hombre no puede comprender, sin embargo, Cristo se ofrendó gustosa y voluntariamente. Tuvo hasta lo último el medio de poner fin a los tormentos de sus verdugos por el ejercicio de sus poderes inherentes. De cierta manera, a pesar de parecemos inexplicable, Cristo tomó sobre sí la pesada carga de los pecados del género humano. Los medios podrán ser un misterio para nuestras mentes finitas, sin embargo, los resultados son nuestra salvación.

En estos días el Salvador nos ha dicho algo acerca de su agonía mientras gemía bajo esta carga de pecados, la cual en sí debe haber sido para él, el prototipo de la pureza, amarga en extremo: "Porque, he aquí, yo, Dios, he padecido estas cosas por todos, para que no padezcan, si se arrepienten. Mas si no se arrepienten, tendrán que padecer aun como yo he padecido; padecimiento que hizo que yo, aun Dios, el más grande de todos, temblara a causa del dolor, y echara sangre por cada poro, y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu, y deseara no tener que beber la amarga copa y desmayar —sin embargo, gloria sea al Padre, participé, y acabé mis preparaciones para con los hijos de los hombres." En los ritos del bautismo por los muertos,[11] cual se ha enseñado en los días apostólicos y modernos, así como en la institución de otras ordenanzas de los templos en la dispensación actual, se encuentran ejemplos adicionales de la validez del servicio vicario.

El Sacrificio de Cristo Fué Voluntario e Inspirado por el Amor.—Hemos notado de paso que Cristo dió su vida gustosa y voluntariamente por la redención del género humano. Habíase ofrecido a sí mismo en el primordial concilio celestial como el sacrificio expiatorio que la transgresión prevista del primer hombre exigía; y el libre albedrío que él manifestó y ejerció en este paso, el primero de su misión salvadora, lo retuvo hasta el último momento del cumplimiento agonizante del plan aceptado. Aunque en todo detalle que se relaciona con nuestra estimación de él como ejemplo de divinidad entre el género humano, Jesús vivió sobre la tierra como un hombre, sin embargo, se debe tener presente que a pesar de haber nacido de una madre mortal, fué engendrado en la carne por un Padre inmortal; y combinóse así dentro de su ser la facultad para morir y el poder para aplazar la muerte indefinidamente. El entregó su vida; no le fué quitada contra su voluntad. Nótese el significado de su propia declaración: "Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, mas yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar."[J] En otra ocasión Jesús testificó de sí mismo en esta manera: "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así dió tam-

bién al Hijo que tuviese vida en sí mismo: Y también le dió poder de hacer juicio, en cuanto es el Hijo del hombre." En el trágico cuadro de la traición, cuando uno que profesaba ser su discípulo y amigo lo entregó con un beso alevoso en manos de sus enemigos, y cuando Pedro, con una temeridad nacida del celo personal, sacó y usó la espada en defensa del Maestro, éste le dijo: "¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y él me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo, pues, se cumplirían las escrituras, que así conviene que sea hecho?" Y así hasta el amargo fin, señalado por la agonizante aunque triunfante exclamación: "Consumado es", aquel Dios hecho carne sujetó dentro de sí el poder de frustrar a sus verdugos, si lo hubiera deseado.

El motivo que lo inspiró y sostuvo en todas las escenas de su misión, desde el tiempo de su ordenación primordial hasta el momento de la victoriosa consumación sobre la cruz, fué doble en su propósito: primero, el deseo de hacer la voluntad de su Padre, efectuando la redención del género humano; segundo, su amor por la humanidad, de cuyo bienestar y destino él se había encargado. Lejos de sentir el menor rencor hacia aquellos que lo mataron, se compadeció de ellos hasta lo último. Escuchadlo en esa hora de agonía suprema exclamar: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen."™ Ni es menor el amor del Padre, como se ve en su aceptación del sacrificio de su Hijo y en permitir que aquel a quien se deleitaba en llamar su Amado sufriera como sólo un Dios podía sufrir: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para que condene al mundo, mas para que el mundo sea salvo por él."" Además, leemos en las enseñanzas del apóstol a quien Cristo tanto amaba: "En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él."°

La Expiación Fué Preordinada y Predicha.—Como ya se ha demostrado, el concilio celestial, al rechazar el plan de compulsión de Lucifer, había aceptado el plan del Padre, de instituir un medio para la redención del género humano y entonces dejar a todos los hombres en libertad de ejercer su albedrío. Aun desde tan remota época Cristo fué ordenado mediador de todo el género humano; de hecho, "hicieron un convenio él y su Padre, de acuerdo con el cual aquél convino expiar los pecados del mundo, y de este modo, como ya se ha dicho, llegó a ser el Cordero, 'el cual fué muerto desde el principio del mundo.' "[p] Los profetas que vivieron siglos antes del tiempo del nacimiento de Cristo testificaron de él y de la gran obra para la cual había sido ordenado. A estos hombres de Dios se les había permitido contemplar en visiones proféticas muchas de las escenas que sobrevendrían en el curso de la misión terrenal del Salvador, y solemnemente dieron testimonio de las manifestaciones. El testimonio de Cristo es el espíritu de profecía, y sin él ninguno puede con justicia afirmar que goza de la distinción de ser un profeta de Dios. La desesperación que sintió Adán a consecuencia de la caída se convirtió en alegría cuando por medio de revelación supo del plan de redención que efectuaría el Hijo de Dios en la carne. Las mismas verdades enseñó Enoc el justo, verdades que le habían sido declaradas desde los cielos. Moisés, Job, David, Zacarías, Isaías y Miqueas dieron este mismo testimonio. Igual declaración profirió Juan el Bautista, a quien el Señor calificó de ser más que profeta.

Si hubiere duda concerniente a la aplicación de estas profecías, tenemos el testimonio conclusivo de Cristo de que se refieren a él. En aquel día tan memorable, poco después de su resurrección, mientras viajaba de incógnito con dos discípulos por el camino que conducía a Emmaús, él les explicó las Escrituras que habían sido escritas tocante al Hijo de Dios: "Y comenzando desde Moisés, y de todos los profetas, declarábales en todas las Escrituras lo que de él decían." Unas cuantas horas después de este acontecimiento, el Señor se apareció a los once en Jerusalén. Despertó sus sentidos, "para que entendiesen las Escrituras; y díjoles: Así está escrito, y así fué necesario que el Cristo padeciese", con lo cual testificó que estaba cumpliendo un plan previamente ordenado. San Pedro, uno de los compañeros terrenales más íntimos del Salvador, se refiere a él llamándolo "un cordero sin mancha y sin contaminación: ya ordenado de antes de la fundación del mundo". En su epístola a los Romanos, San Pablo hace mención de Cristo, diciendo que es aquel "al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pa-sados".[d] Estas no son sino unas cuantas de las evidencias bíblicas a favor de la preordinación de Cristo; tanto los escritos del Antiguo Testamento, como los del Nuevo, abundan en pruebas de la obra señalada del Mesías.

Distínguense los profetas del Libro de Mormón por lo directo de sus testimonios relativos al Mesías. A causa de su fe le fué permitido al hermano de Jared ver al Salvador veintidós siglos antes del meridiano de los tiempos. Mostrósele que el hombre fué creado a imagen del Señor, y a la vez se le instruyó sobre el propósito del Padre respecto a que el Hijo tomaría sobre sí carne y moraría en la tierra. Obsérvese la declaración personal del Redentor preordinado a este profeta: "He aquí, yo soy el que fui preparado desde la fundación del mundo para

redimir a mi pueblo; he aquí, soy Jesucristo. Soy el Padre y el Hijo. En mí tendrá luz eternamente todo el género humano, sí, cuantos creyeren en mi nombre; y llegarán a ser mis hijos y mis hijas."

Nefi anotó la profecía de su padre Lehi relativa a la futura aparición del Hijo en la carne, su bautismo, muerte y resurrección; y esta declaración profética indica la fecha precisa del nacimiento del Salvador, a saber, seiscientos años después de la salida de Lehi de Jerusalén. Se describe la misión de Juan el Bautista, y aun se designa el lugar del bautismo. Un corto tiempo después de la visión de Lehi, el Espíritu le mostró a Nefi las mismas y muchas otras cosas, algunas de las que ha escrito pero la mayor parte de las cuales se le prohibió escribir, ya que otro, el apóstol Juan, había sido ordenado para escribirlas en un libro que formaría parte de la Biblia. No obstante, por el relato parcial de su visión sabemos que vió a María la Virgen en Nazaret, primero sola y poco después con un niño en sus brazos; y que el manifestador de la visión le informó que la criatura era el Cordero de Dios, el Hijo del Padre Eterno. Entonces Nefi vió al Hijo ejercer su ministerio entre los hijos de los hombres, proclamar la palabra, sanar a los enfermos y efectuar muchos otros grandes milagros; vió a Juan, el profeta del desierto, que iba delante de él; vió al Salvador que era bautizado por Juan, y al Espíritu Santo que descendía sobre él con la señal visible de la paloma. Entonces vió y profetizó que doce apóstoles seguirían al Señor en su ministerio; que el Hijo caería en manos de hombres, quienes lo juzgarían y por último lo matarían. Penetrando lo futuro, aun más allá de la crucifixión, Nefi vió la contienda del mundo contra los apóstoles del Cordero y el triunfo final de la causa de Dios.[1]

Jacob, el hermano de Nefi, profetizó a sus hermanos que Cristo aparecería en la carne entre los judíos, y que éstos lo azotarían y lo crucificarían.[J] El rey Benjamín alzó la voz en apoyo del mismo testimonio, y predicó a su pueblo acerca de la justa condescendencia de Dios.[k] Lo mismo declararon Abinadí,[1] Alma, Amulek y Samuel, el profeta lamanita. El cumplimiento literal de estas profecías proporciona la prueba de su veracidad. Las señales y prodigios que indicaron el nacimiento y la muerte de Cristo se realizaron todos; y después de su muerte y ascención, el Salvador se manifestó en persona a los nefitas mientras el Padre lo proclamaba a la multitud.

Las Escrituras antiguas, por tanto, afirman claramente que Cristo vino a la tierra para efectuar una obra previamente señalada. De acuerdo con un plan que había sido formulado en justicia aun antes que el mundo fuese, vivió, sufrió y murió para la redención de los hijos de Adán. Igual importancia y claridad tiene la palabra de la revelación moderna, por medio de la cual el Hijo ha declarado ser Alfa y Omega, el Principio y el Fin, el Abogado del hombre ante el Padre, el Redentor universal. Consideremos un solo pasaje de las muchas revelaciones concernientes a Cristo que se han dado en la dispensación actual: "Escuchad la voz del Señor vuestro Dios, aun Alfa y Omega, el principio y el fin, cuyo curso es un giro eterno, lo mismo hoy que ayer y para siempre. Soy Jesucristo, el Hijo de Dios, quien fué crucificado por los pecados del mundo, aun por cuantos creyeren en mi nombre, a fin de que llegasen a ser hijos de Dios, aun uno en mí, así como soy uno en el Padre, como el Padre es uno en mí, para que seamos uno."

La Extensión de la Expiación es universal, y aplícase igual a todos los descendientes de Adán. Hasta el incrédulo, el pagano y el niño que muere antes de llegar a la edad de responsabilidad, todos son redimidos de las consecuencias individuales de la caída por el sacrificio personal del Salvador. Las Escrituras muestran que la resurrección del cuerpo es una de las victorias que Cristo logró por medio de su sacrificio expiatorio. El mismo proclamó la verdad eterna: "Yo soy la resurrección y la vida"; y fué el primero de todos los hombres que se levantó del sepulcro a la inmortalidad, las "primicias de los que durmieron". No cabe duda, según las 'Escrituras, que la resurrección será universal. El Salvador anunció a sus apóstoles la iniciación de esta obra de librar de la tumba. He aquí sus palabras: "No os maravilléis de esto; porque vendrá hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron bien, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron mal, a resurrección de condenación"/ o como se ha interpretado por inspiración en estos días la última parte de la declaración: "Los que hubieren hecho bien, en la resurrección de los justos; y los que hubieren hecho mal, en la resurrección de los injustos."

San Pablo predicó la doctrina de una resurrección universal: "Que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos." En otra ocasión escribió: "Porque así como en Adam todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados." Juan el Revelador testifica así de su visión tocante a lo futuro: "Y vi los muertos, grandes y pequeños, que estaban delante de Dios .... Y el mar dió los muertos que estaban en él; y la muerte y el infierno dieron los muertos que estaban en ellos." Es evidente pues que en cuanto a su aplicación a la victoria sobre la muerte temporal o corporal, el efecto de la expiación se extiende a toda la raza humana. Es igualmente claro que a todos se ofrece la libertad de la muerte espiritual, o sea del destierro de la presencia de

Dios; de modo que si hombre alguno pierde la salvación, la pérdida será por causa de él, y en ningún sentido por el efecto inevitable de la transgresión de Adán. Los apóstoles de la antigüedad enseñaron de un modo preciso que el don de la redención efectuada por Cristo es gratuito para todos los hombres. Por eso el apóstol Pablo dice: "Así que, de la manera que por un delito vino la culpa a todos los hombres para condenación, así por una justicia vino la gracia a todos los hombres para justificación de vida." Además: "Porque hay un Dios, asimismo un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre; el cual se dió a sí mismo en precio del rescate por todos." San Juan habló del sacrificio del Redentor, diciendo: "Y él es la propiciación por nuestros pecados: y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo."

Entre los nefitas se enseñaron las mismas verdades. Benjamín, el rey justo, habló de la "expiación que fué preparada desde el principio del mundo para todo el género humano que ha existido desde la caída de Adán, o que existe, o que jamás existirá hasta el fin del mundo." En las revelaciones de estos días leemos del advenimiento de Cristo al mundo para sufrir y morir: "Para que por él pudiesen ser salvos todos aquellos a quienes el Padre había puesto en su poder y hecho por él."

Pero además de esta aplicación universal de la expiación, por medio de la cual se redime a todos los hombres de los efectos de la transgresión de Adán, en lo que respecta tanto a la muerte del cuerpo como al pecado heredado, tiene otra aplicación el mismo gran sacrificio en el sentido de ser una propiciación por los pecados individuales, mediante la fe y buenas obras del pecador. Este doble efecto de la expiación se indica en el artículo de nuestra fe que estamos considerando. El primer efecto es eximir a todo el género humano del castigo de la caída, y así proveer un plan de Salvación General. El segundo efecto consiste en facilitar una Salvación Individual, mediante la cual la humanidad puede obtener la remisión de pecados personales. En vista de que estos pecados son las consecuencias de hechos individuales, justo es que el perdón de ellos sea so condición de cumplir individualmente los requisitos prescritos, la "obediencia a las leyes y ordenanzas del evangelio".

El Efecto General de la Expiación, en lo que se aplica a todos aquellos que han llegado a una edad de responsabilidad y juicio, ya ha quedado demostrado en los pasajes de las Escrituras que se han citado. Su aplicación a los niños puede con propiedad recibir nuestra consideración. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días enseña como doctrina fundada en la razón, la justicia y las Escrituras, que todos los niños son inocentes en la vista de Dios, y que, hasta no llegar a una edad de responsabilidad personal, su bautismo ni es requerido ni es propio; que, en una palabra, son salvos por la expiación de Cristo. Hasta cierto punto, los niños heredan las buenas o malas naturalezas de sus padres; se admiten los efectos biológicos de la herencia. De generación en generación se transmiten buenas y malas tendencias, bendiciones y maldiciones. Por medio de este orden divinamente señalado, cuya justicia patentemente queda manifestada a la luz del conocimiento revelado sobre el estado primordial de los espíritus del género humano, los hijos de Adán son herederos naturales de las adversidades del estado mortal; pero mediante la expiación de Cristo, todos son redimidos de la maldición de este estado caído. La deuda que les es legada se paga, y ellos quedan libres. Los niños que mueren antes de llegar a la edad en que pueden responder por sus hechos son inocentes en los ojos de Dios, aunque sean hijos de pecadores. En el Libro de Mormón leemos: "Los niños pequeñitos no pueden arrepentirse; por consiguiente, es una terrible iniquidad negarles las misericordias puras de Dios, pues todos tienen vida en él a causa de su misericordia. . . . Porque, he aquí, todos los niños pequeñitos viven en Cristo, así como todos aquellos que están sin ley. Porque el poder de la redención alcanza a todos aquellos que se hallan sin ley."

El profeta Mormón, escribiendo a su hijo Moroni, expresó de la siguiente manera su convicción de la inocencia de los niños: "Escucha las palabras de Cristo, tu Redentor, tu Señor y Dios: He aquí, no vine al mundo para llamar a los justos al arrepentimiento, sino a los pecadores; los sanos no necesitan de médico, sino los enfermos; por tanto, los niños pequeños son puros, porque son incapaces de pecar; así pues, la maldición de Adán les ha sido quitada en mí, de modo que no tiene poder sobre ellos. . . „ He aquí, te digo que esto enseñarás: Arrepentimiento y bautismo a los que son responsables y capaces de cometer pecados; sí, enseña a los padres que tienen que arrepentirse y bautizarse, y humillarse como sus niños pequeñitos, y se salvarán todos ellos con sus niños pequeñitos. Y sus niños pequeños no necesitan el arrepentimiento ni el bautismo. He aquí, el bautismo viene del arrepentimiento con objeto de cumplir los mandamientos a fin de lograr la remisión de pecados. Pero los niños pequeñitos viven en Cristo desde la fundación del mundo."

En una revelación dada en esta dispensación por medio del profeta José Smith, el Señor ha dicho: "Pero, he aquí, os digo que los niños pequeños quedan redimidos desde la fundación del mundo, mediante mi Unigénito. Por lo tanto, no pueden pecar, porque no le es dado el poder a Satanás de tentar a los niños pequeños sino

hasta cuando empiezan a ser responsables ante mí." El presidente Juan Táylor, después de citar ejemplos del cariño de Cristo hacia los niños y ofrecer pruebas de la condición de inocencia que en el cielo los distingue, dice: "Sin la transgresión de Adán, esos niños no podrían haber existido; a causa de la expiación son colocados en un estado de salvación sin obra alguna de su parte. Comprenderían, según la opinión de los peritos en estadística, más de la mitad de la familia humana cuya salvación se puede atribuir tan solamente a la mediación y expiación del Salvador."[l]

El Efecto Individual de la Expiación le permite a toda alma, sin excepción, lograr la absolución del efecto de los pecados personales, por la mediación de Cristo; pero tal intercesión salvadora ha de invocarse por su esfuerzo individual, manifestado en la fe, el arrepentimiento y obras continuas de justicia. Cristo ha indicado las leyes de acuerdo con las cuales se puede obtener la salvación, pues a él le corresponde el derecho de decir cómo se han de administrar las bendiciones que su propio sacrificio ha facilitado. Todos los hombres necesitan la mediación del Salvador, porque todos son transgresores. Así enseñaron los apóstoles de la antigüedad: "Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios." Y además: "Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros." [n] Con igual claridad se afirma que la bendición de la redención de los pecados individuales, aunque al alcance de todos, depende, sin embargo, del esfuerzo individual, como que la verdad de la redención incondicional de la muerte vino como consecuencia de la caída. Hay un juicio ordenado para todos, y conforme a sus obras, todos serán juzgados. El libre albedrío del hombre le permite escoger o rechazar, seguir el sendero de la vida o el camino que lleva a la destrucción; por consiguiente, no es sino justo que tenga que responder por el ejercicio de su facultad para escoger, y reciba el resultado de sus hechos.

He ahí, pues, la justicia de la doctrina de las Escrituras, que el individuo alcanza la salvación sólo por medio de la obediencia. Dícese de Cristo: "Vino a ser causa de eterna salud a todos los que le obedecen."[o] Y además: Dios "pagará a cada uno conforme a sus obras: a los que perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, la vida eterna. Mas a los que son contenciosos, y no obedecen la verdad, antes obedecen a la injusticia, enojo e ira; tribulación y angustia sobre toda persona humana que obra lo malo, el Judío primeramente, y también el Griego: mas gloria y honra y paz a cualquiera que obra el bien, al Judío primeramente, y también al Griego. Porque no hay acepción de personas para con Dios."[p] A éstas se pueden agregar las palabras del Señor resucitado: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado."[q]

Consideremos también la profecía que el rey Benjamín proclamó a la multitud nefita: La sangre de Cristo "expía los pecados de aquellos que han caído por la transgresión de Adán, que han muerto no sabiendo la voluntad de Dios concerniente a ellos, o que han pecado por ignorancia. ¡Mas ay de los que sabiéndolo se rebelan contra Dios! Porque ninguno de éstos alcanza salvación sino por el arrepentimiento y la fe en el Señor Jesucristo."[r]

Pero, ¿para qué multiplicar pasajes de las Escrituras, cuando el tenor completo de la documentación sagrada apoya la doctrina? Sin Cristo ningún hombre puede salvarse, y la salvación que se provee a costa de los sufrimientos de Cristo y su muerte corporal, solamente se ofrece a base de ciertas condiciones claramente definidas; y éstas quedan compendiadas en la frase, "obediencia a las leyes y ordenanzas del evangelio."

Salvación y Exaltación.—Para todos aquellos que no hayan perdido su derecho a ello, habrá algún grado de salvación; la exaltación se da solamente a aquellos que por justo esfuerzo han ganado el derecho de pedir la liberalidad misericordiosa de Dios, por medio de la cual se reparte. No todos los que se salven recibirán la exaltación de las glorias más altas; no se darán los galardones en oposición a la justicia; ni se impondrán castigos sin consideración a la misericordia. A nadie se admitirá a ningún orden de gloria, en una palabra, ninguna alma se podrá salvar hasta no dejar satisfecha a la justicia por la ley violada. Nuestra creencia en la aplicación universal de la expiación no encierra ninguna suposición de que todo el género humano se salvará con igual galardón de gloria y poder. En el reino de Dios hay numerosos grados o graduaciones que se han proveído para aquellos que los merecen; en la casa de nuestro Padre muchas moradas hay, a las cuales se admitirá solamente a aquellos que estén preparados. La falsa suposición, basada en los dogmas sectarios, de que en la otra vida no habrá sino dos lugares, estados o condiciones para las almas del género humano—el cielo y el infierno: en uno la misma gloria en toda su extensión, y los mismos horrores en todas partes del otro— no puede sostenerse a la luz de la revelación divina. Por palabra directa del Señor sabemos que hay reinos o glorias graduados.

Grados de Gloria. — Las revelaciones de Dios han especificado los principales reinos o grados de gloria,

que a continuación se dan, los cuales se prepararon, mediante Cristo, para los hijos de los hombres.

1. La Gloria Celestial."—Hay algunos que se han afanado por obedecer todos los mandamientos divinos; que han aceptado el testimonio de Cristo, han obedecido "las leyes y ordenanzas del evangelio", y recibieron el Espíritu Santo; éstos son los que han vencido lo malo con obras santas y, por consiguiente, merecen la gloria más alta; éstos pertenecen a la Iglesia del Primogénito, a quienes el Padre ha dado todas las cosas; son reyes y sacerdotes del Altísimo, según el orden de Melquisedec; éstos poseen cuerpos celestiales, "cuya gloria es la del sol, aun la gloria de Dios, el más alto de todos, de cuya gloria está escrito que el sol del firmamento es típico"; son admitidos al concurso de los glorificados y coronados con la exaltación en el reino celestial.

2. La Gloria Terrestre.—Leemos de otros que reciben una gloria de un orden secundario, que difiere del más alto, así como "la luna es diferente de la del sol, en el firmamento". Estos son aquellos que, aun cuando fueron honorables, no cumplieron con los requerimientos de la exaltación; fueron cegados por las artimañas de los hombres y no pudieron recibir y obedecer las leyes más altas de Dios. Demostraron que no eran "valientes por el testimonio de Jesús" y, por tanto, no merecen la plenitud de gloria.

3. La Gloria Telestial.—Difieren este otro grado y los órdenes más altos así como difieren las estrellas y los astros más luminosos del firmamento; esta gloria es para aquellos que no recibieron el testimonio de Cristo, pero quienes, sin embargo, no negaron al Espíritu Santo; son los que han llevado vidas que los exime del castigo más severo, mas cuya redención, no obstante, se aplazará hasta la última resurrección. En el mundo telestial hay innumerables grados que se pueden comparar a la luz variante de las estrellas. Sin embargo, todos los que recibieren cualquiera de estos grados de gloria se salvarán al fin, y Satanás ningún poder tendrá sobre ellos. Aun la gloria telestial "supera toda comprensión; y ningún hombre la conoce sino aquel a quien Dios la ha revelado". Por último, hay aquellos que han perdido todo derecho a la misericordia inmediata de Dios, cuyos hechos han causado que sean contados con Perdición y sus ángeles.

REFERENCIAS

La Expiación Efectuada por Jesucristo

El sacrificio de Cristo prefigurado por los holocaustos bajo la ley de Moisés: La misma sangre expiará la persona— Lev. 17:11. Por los pecados del pueblo se hacían sacrificios ante el Señor derramando la sangre de animales—Lev. cap. 4; véase también 5:5-10. Se mandó que Adán ofreciese las primicias de sus rebaños a semejanza del sacrificio del Unigénito—Moisés 5:5-8; véase también el versículo 20. Una virgen parirá un hijo, y llamará su nombre Emmanuel—Isa. 7:14; véase también Mat. 1:21-23. Predicción de la vida y obra del Salvador—Isa. 53:3-12. Mi Unigénito es y será el Salvador—Moisés 1:6. El plan de salvación para todos los hombres, mediante la sangre de mi Unigénito—Moisés 6:62. El Hijo Unigénito preparado desde antes de la fundación del mundo—Moisés 5:57. El Hijo de Dios ha expiado el pecado original—Moisés 6:54. Tendréis que ser purificados por sangre, aun la sangre de mi Unigénito—Moisés 6:59. Jesucristo dio su vida en rescate por muchos—Mat. 20:28; véase también 1 Tim. 2:5, 6. El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo—Juan 1:29. Pongo mi vida por las ovejas—Juan 10:15. Mi sangre es derramada por muchos para remisión de los pecados—Mat. 26:28; véanse también los versículos 11 y 15. Fué levantado el Hijo del Hombre para que los hombres tengan vida eterna—-Juan 3:14, 15; véase también 8:28; 12:32. Cristo ensalzado por Príncipe y Salvador, para dar arrepentimiento y remisión de pecados—Hech. 5:31. Necesario que Cristo padeciese—Hech. 17:3; véanse las palabras del Señor—Luc. 24:26, 46. Cristo murió por nosotros; por él seremos salvos de la ira— Rom. 5:8, 9. Cristo murió, resucitó y volvió a vivir, Señor así de los muertos como de los vivos—Eom. 14:9. Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores—-1 Tim. 1:15; un rescate para todos—2:6; Vino para expiar los pecados del pueblo—Heb. 2:17; la causa de salvación eterna—5:9; mediador del nuevo testamento—9:15. Llevó nuestros pecados en su cuerpo—1 Ped. 2:24; ha padecido por nosotros en la carne—4:1. Digno es el Cordero que ha sido sacrificado—Apo. 5:12. Las profecías de Lehi referentes a la venida del Mesías—1 Nefi 10:4-17; la visión de Nefi—cap. 11. El Mesías vendrá para redimir a los hijos de los hombres de la caída—2 Nefi 2:26. Jacob enseña que la expiación es infinita—2 Nefi cap. 9. Levantados de la muerte por el poder de la resurrección; y de la muerte eterna por el de la expiación—2 Nefi 10:25. No hay otro camino, ni nombre dado debajo del cielo por el cual el hombre puede salvarse—2 Nefi 31:21; véase también Helamán 5:9-12; D. y C. 18:23-25. Reconciliaos con él por la expiación de Cristo—Jacob 4:11. Venid a Cristo para participar de su salvación—Omni 26. La ley de Moisés ninguna eficacia tiene sino por la expiación— Mosíah 3:15; la ley de Moisés se cumplió en Cristo quien la dio—3 Nefi 12:17; 15:2-6. Tienen vida eterna por medio de Cristo, el cual

ha quebrantado los lazos de la muerte—Mosíah 15:23; también los versículos 24-28. No podría haber redención para la humanidad sino por la muerte y padecimientos de Cristo, y la expiación—Alma 21:9; véase también Helamán 5:9-11; 14:16, 17. Es necesario que haya una expiación—Alma 34:9-16. La clemencia viene a causa de la expiación.—Alma 42:23. El Señor no vino para redimir a los hombres en sus pecados, sino para redimirlos de ellos—Helamán 5:10. He venido al mundo para traerle la redención—3 Nefi 9:21; véase también D. y C. 49:5. He glorificado al Padre, tomando sobre mí los pecados del mundo—3 Nefi 11:11. Por Jesucristo vino la redención del hombre—Mormón 9:12, 13. Ha llevado a cabo la redención del mundo—7:7. El que dice que los niños pequeñitos tienen necesidad de bautizarse, niega las misericordias de Cristo, y desprecia su expiación—Moroni 8:20. El Señor sufrió las penas de todos los hombres y la muerte, a fin de que todos los hombres viniesen a él—D. y C. 18:11. Jesucristo, el único nombre dado en el cual el hombre puede ser salvo—versículos 23-25. Yo, Dios, he padecido estas cosas por todos, para que no padezcan, si se arrepienten— 19:16; véase también Moisés 6:52. Los hombres en todas las edades pueden alcanzar salvación—D. y C. 20:23-29. Vuestro Redentor, cuyo brazo de misericordia expió vuestros pecados—D. y C. 29:1. Los niños pequeños son redimidos— versículos 46, 47. El Unigénito Hijo mandado al mundo para redimirlo—D. y C. 49:5. Yo, el Señor, quien fuí crucificado por los pecados del mundo— D. y C. 53:2; también 54:1; 76:41. El Señor es Dios, y aparte de él no hay Salvador—D. y C. 76:1; también los versículos 39-42. Mediante la redención se lleva a cabo la resurrección—D. y C. 88:14-17. Mediante la redención de la caída, el hombre volvió a ser inocente—D. y C. 93:38. Mi Unigénito es y será el Salvador—Moisés 1:6; véase también el versículo 39, A semejanza del sacrificio del Unigénito—Moisés 5:7. Puedes ser redimido, también todo el género humano, aun cuantos quisieren—Moisés 5:9. Salvación Llamamiento profético a la salvación-—-Isa. 55:1-7; véase también Luc, 3:3-6. Consigúese mediante Cristo—Isa. 61:10; véase también Luc. 19:10; 24:46, 47; Juan 3:14, 17; Hech. 4:12; 13:38; Rom. 5:15-21; D. y C. 18:23; Moisés 5:15; véanse las referencias bajo Expiación. Una reconciliación con Dios efectuada mediante Jesucristo—2 Cor. 5:18, 19; véase también Col. 1:19-23. El que perseverare hasta el fin será salvo—Mat. 24:13; véase también 10:22; Heb. 3:14; D. y C. 53:7. Depende de la obediencia—Mat. 28:19, 20; Mar. 1:4; 16:16. Trabajad por ella con temor y temblor—Fil. 2:12. La palabra ingerida que puede salvar vuestras almas—Sant. 1:21. La salvación vendrá por vencer a Satanás—Apo. 12:10. La salvación es libre—2 Nefi 2:4; véase también 26:24; será declarada a toda nación—Mosíah 15:28; Mat. 24:14. Véanse las referencias bajo Libre Albedrío, después del capítulo 3 de esta obra. Se puede demorar el día de salvación hasta que sea demasiado tarde—Helamán 13:38, Si han sido buenos, segarán la salvación de sus almas — Alma 9:28. No hay don más grande que el de la salvación—D. y C. 6:13; véase también 11:7. Cómo se gana—D. y C. 49:5. Es imposible que el hombre se salve en la ignorancia—D. y C. 131:6. Salvación sin exaltación—D. y C. 132:17. Salvación graduada; es más alta la exaltación—Juan 14:2; 1 Cor. 15:40-42; D. y C. sec. 76; 132:19-21. Revélase a Adán cómo se gana la salvación—Moisés 5:9-15,

CAPITULO 5
FE Y ARREPENTIMIENTO

Artículo 4.—Creemos que los primeros principios y ordenanzas del evangelio son, primero: Fe en el Señor Jesucristo; segundo: Arrepentimiento; . . .

FE

La Naturaleza de la Fe.—Empléase en las Escrituras la palabra fe con el predominante significado de plena confianza y esperanza en la naturaleza, los fines y las palabras de Dios. Esta confianza, siendo implícita, disipará toda duda en cuanto a las cosas que Dios ha efectuado o prometido, aunque para las facultades ordinarias del ser mortal no sean evidentes ni explicables. De ahí, pues, la definición de la fe según San Pablo: "Es pues la fe la sustancia (es decir, confianza o seguridad) de las cosas que se esperan, la demostración (esto es, la evidencia o prueba) de las cosas que no se ven." Es patente que este sentimiento de confianza puede existir en diversos grados en diferentes personas; en verdad, la fe puede manifestarse desde el estado incipiente que no es sino poco más que una débil creencia, libre apenas de la vacilación y el temor, hasta la fuerza de una confianza firme que desafía a la duda y la sofistería.

Creencia, Fe y Conocimiento. — Suelen considerarse sinónimas las palabras fe y creencia; sin embargo, cada cual tiene un significado particular, aunque las dos palabras se usan sin distinción en muchos pasajes de las Escrituras. La creencia, en uno de sus significados aceptados, puede ser meramente un asentimiento y conformidad intelectual, al paso que la fe implica esa confianza y convicción que impele a la acción. La creencia es, en un sentido, pasiva: un consentimiento o aceptación solamente; la fe es activa y positiva: comprende esa seguridad y confianza que provoca a obrar. Fe en Cristo abarca la creencia en él, combinada con la confianza en él. Uno no puede tener fe sin creer; sin embargo, puede creer y aun así, carecer de fe. Fe es creencia vivificada, activa y viva.

Aun cuando no se admitiese distinción esencial alguna entre las dos en cuanto a clase, ciertamente la hay muy marcada en cuanto a grado. Como en breve se demostrará, la fe en Dios es indispensable para la salvación; es, de hecho, un poder salvador que conduce a quien la posee por los senderos de santidad, mientras que la simple creencia en la existencia y atributos de Dios no constituye semejante poder. Considérense las palabras de Santiago en su epístola universal a los santos, en la que reprendió a sus hermanos por motivo de profesar vanamente ciertas cosas. Dijo en substancia: Con orgullo y satisfacción declaráis vuestra fe en Dios; os jactáis de no ser como los idólatras y paganos porque aceptáis a un Dios; hacéis bien en profesar y, consiguientemente, creer. Mas recordad que otros hacen lo mismo; aun los demonios creen; y creen tan firmemente que tiemblan cuando meditan el destino que esa creencia les revela.

Satanás y sus secuaces creen en Cristo; y su creencia constituye un conocimiento de quién es el Señor, y la parte pasada, presente y futura que desempeña en el plan divino de la existencia y salvación humanas. Tráigase a la memoria el caso del hombre poseído de espíritus inmundos en el país de los gadarenos, un hombre atormentado tan gravemente que llenaba de terror a todo el que se le acercaba. No podía ser dominado ni atado; la gente tenía miedo de acercársele; sin embargo, cuando vió a Cristo, corrió a él y lo adoró, y el espíritu malo dentro de él imploró misericordia al Justo, llamándolo "Jesús, Hijo del Dios Altísimo".[0] Otra ocasión, en la sinagoga de Cafarnaúm, un espíritu malo rogó a Cristo que no empleara su poder, exclamando con temor y agonía: "Sé quién eres, el Santo de Dios." [d] Un día iba tras Jesús una multitud de gente de Idumea y Jerusalén, de Tiro y de Sidón. Entre ellos había muchos que tenían espíritus malos, y éstos, al verlo, se postraban delante de él, "y daban voces, diciendo: Tú eres el Hijo de Dios". ¿Ha habido creyente mortal que haya confesado un conocimiento de Dios y su Hijo Jesucristo más francamente que estos siervos de Satanás? Satanás conoce a Dios y a Cristo; tal vez algo se acuerda de aquella posición que en un tiempo él mismo ocupó como Hijo de la Mañana;' y sin embargo, a pesar de todo este conocimiento, aún sigue siendo Satanás. Ni la creencia, ni un conocimiento real y verdadero, que es superior a la creencia, bastan para salvar, porque ninguno de los dos es fe. Si la creencia es producto de la mente, la fe lo es del corazón; la creencia se basa en la razón, la fe principalmente en la intuición.

Frecuentemente oímos decir que la fe es conocimiento imperfecto; que aquélla desaparece conforme éste la reemplaza; que hoy andamos por fe, pero algún día andaremos en la luz segura del conocimiento. En un

sentido es cierto; sin embargo, debe tenerse presente que el conocimiento puede ser tan muerto y tan infructuoso, en cuanto a obras buenas, como la creencia sin fe. Las confesiones de los demonios, que Cristo era el Hijo de Dios, estaban basadas en conocimiento; sin embargo, la gran verdad que ellos conocían no cambió sus naturalezas inicuas. Qué diferencia entre la confesión que ellos hacían del Salvador y la de San Pedro, quien, respondiendo a la pregunta del Maestro: "Vosotros, ¿quién decís que soy?", contestó casi en los mismos términos que los espíritus inmundos ya mencionados: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". La fe de Pedro ya había manifestado su poder vivificante; lo había hecho abandonar mucho de lo que estimaba; lo había hecho seguir a su Señor en medio de la persecución y el sufrimiento; había dejado las cosas del mundo con sus atracciones por la piedad sacrificadora que su fe tanto lo hacía anhelar. El conocimiento que tenía de Dios como el Padre, y del Hijo como el Redentor, quizá no fué mayor que el de los espíritus inmundos; pero mientras que para éstos aquel conocimiento no era sino causa adicional de condenación, para él fué un medio de salvación.

Con simplemente poseer conocimiento no hay seguridad de que se recibirá beneficio alguno de ello. Se relata que durante. una epidemia de cólera en una ciudad grande, un científico probó por medio de experimentos químicos y microscópicos, a satisfacción de él, que el abastecimiento de agua potable estaba infectado, y que por ese medio se estaba propagando la plaga. Proclamó el hecho por toda la ciudad, y advirtió a todos que no usaran agua sin hervir. Muchos de los habitantes-, aunque sin poder comprender sus métodos de investigación, y mucho menos repetirlos ellos mismos, tuvieron fe en sus palabras de amonestación, obedecieron sus instrucciones y se libraron de la muerte a la cual sucumbieron sus descuidados e incrédulos vecinos. Su fe tuvo el poder para salvarlos. En cuanto al científico, la verdad mediante la cual se habían salvado tantas vidas era para él cuestión de conocimiento. El efectivamente había percibido, por medio del microscopio, pruebas de la existencia de microbios mortíferos en el agua; había demostrado su virulencia; sabía de qué hablaba. No obstante, en un momento de descuido bebió del agua que no había sido hervida, y poco después murió, víctima de la plaga. Su conocimiento no lo salvó a pesar de ser convincente; sin embargo, otros que sólo dependían de la confianza o fe que tenían en la verdad que él había proclamado, se escaparon de la inminente destrucción. El científico tenía conocimiento, pero ¿fué prudente? Conocimiento es para la sabiduría lo que creencia es para la fe: uno es un principio abstracto; el otro, una aplicación viviente. El meramente poseer conocimiento no constituye la sabiduría, sino el uso adecuado de él.

El Fundamento de la Fe. — Primeramente, y en una acepción teológica, estamos considerando la fe en el sentido de una confianza viva e inspiradora en Dios, en la aceptación de su voluntad como nuestra ley y sus palabras como nuestra guía en la vida. Sólo a medida que llegamos a saber que él existe y, además, que es un Ser de noble carácter y atributos, es posible tener fe en Dios.

Sobre este conocimiento de la existencia de Dios, la nobleza de su carácter y la perfección de sus atributos, se establece la fe del hombre en él. De manera que no se puede ejercer la fe en Dios si falta todo conocimiento de él; no obstante, hasta los paganos descarriados manifiestan algunos de los frutos de la fe, porque tienen cuando menos la convicción innata que surge de la intuición natural del hombre en cuanto a la existencia de un poder supremo. En toda alma humana, aun en la del salvaje, existe alguna base para la fe, por limitada e imperfecta que la hayan dejado las tinieblas de la herencia o del pecado voluntario. La fe del pagano podrá ser débil e imperfecta, pues quizá su habilidad para reconocer la evidencia de la que depende la creencia en Dios no es mucha. Aunque las primeras insinuaciones de la fe en Dios pueden ser el producto de la intuición natural, el desarrollo posterior resultará mayormente de investigar y buscar la verdad imparcialmente y con oración.

La fe verdadera brotará de la evidencia fidedigna, interpretada correctamente; de la evidencia falsa sólo nacerá una fe pervertida y mal fundada. El número y verisimilitud de los testigos, o el peso de la evidencia, al investigarlo nosotros mismos, es lo que principalmente determinará nuestras conclusiones respecto al asunto que se esté probando. Si de la veracidad de una declaración afirmasen testigos en quienes tuviéramos confianza, por improbable que tal declaración nos pareciera, nos sentiríamos impulsados a admitirla como cierta, a lo menos provisionalmente. Si testificaran muchos testigos fidedignos y, sobre todo, si apareciese evidencia confirmatoria, podríamos tomar por comprobada la declaración. No obstante, aún no podríamos calificar de competentes para afirmar la verdad de aquello, según nuestro conocimiento personal, sino hasta después que hubiésemos visto y oído por nosotros mismos; de hecho, hasta que cada uno de nosotros se convirtiera en testigo competente por medio de la observación personal. Ilustremos el punto: Relativamente pocos son los que han visitado el centro del gobierno norteamericano en Washington; las masas nada saben, por observación real y efectiva, del Capitolio, de la Casa Blanca y otros edificios de interés e importancia nacionales; muy pocos han conocido

personalmente al Presidente de los Estados Unidos que allí vive. ¿Cómo puede alguno de los de la inmensa multitud que no han visto, por sí mismos, saber de la ciudad de Washington, del Capitolio y del Presidente? Por el testimonio de otros. Quizá entre sus conocidos habrá algunos que han estado en Washington, cuyas declaraciones él acepta como verdaderas; seguramente él ha oído o leído acerca de aquellos que por sí mismos saben. Entonces aprende que allí se formulan leyes, y que se expiden edictos de la cabecera de la nación; sus estudios en la escuela, el uso de sus mapas y libros y muchos otros acontecimientos aumentan la evidencia, que no tarda en volverse decisiva. Multiplícanse sus deducciones, y se desarrollan en una convicción positiva. Llega a tener fe en la existencia de un centro de gobierno nacional, y respeto hacia las leyes que de allí emanan.

Consideremos otra ilustración: Los astrónomos nos dicen que la tierra es de la misma categoría que ciertas de las estrellas; que pertenece a una familia de planetas que giran alrededor del sol, siguiendo órbitas concéntricas, y que el tamaño de algunos de esos planetas es varias veces mayor que el de nuestro globo. Quizá no somos peritos en cuanto a métodos astronómicos de observación y cálculo, y por tanto, no podremos nosotros mismos someter la verdad de estas declaraciones a una prueba; pero hallamos que el testimonio unido de aquellos en cuya habilidad como obreros científicos tenemos confianza, produce tan enorme masa de evidencia, que damos por comprobadas sus conclusiones.

En igual manera, en lo que respecta a la existencia, autoridad y atributos de Dios, los testimonios de muchos santos hombres de los tiempos antiguos y modernos— profetas cuya verisimilitud se basa en el cumplimiento de sus profecías—han llegado a nosotros en una afirmación unida de las verdades solemnes, y la naturaleza nos ofrece testimonio corroborativo por todos lados. Rechazar tal evidencia, sin refutarla, sería menospreciar los métodos más aceptados de investigación y estudio que el hombre conoce. Queda ilustrado, en cierta celebración Pentecostés, cómo creció la evidencia hasta volverse fe. En esa ocasión miles de judíos, imbuidos en el preconcebido prejuicio de que Jesús era un impostor, oyeron el testimonio de los apóstoles y presenciaron las señales acompañantes; tres mil de ellos se convencieron de la verdad y se hicieron discípulos del Hijo de Dios, tornándose en creencia su prejuicio y desarrollándose su creencia en fe, con sus obras correspondientes." De modo que el fundamento de la fe en Dios es una creencia sincera en él, o el conocimiento de él, cual lo comprueban la evidencia y el testimonio.

La Fe es un Principio de Poder.—En su significado general, la fe—la certeza de las cosas que esperamos y la evidencia de las cosas que nuestros sentidos no perciben—es el principio, la fuerza motriz que impele a los hombres a tomar resoluciones y a obrar. Sin el ejercicio de ella no haríamos ningún esfuerzo cuyos resultados fueran futuros. Sin fe en la cosecha del otoño, el hombre no sembraría en la primavera; ni tampoco se esforzaría por construir, si no tuviese la confianza de terminar el edificio y disfrutar de él; si al estudiante le faltase la fe en la posibilidad de terminar satisfactoriamente sus estudios, no daría principio a sus clases. De modo que para nosotros la fe es el fundamento de la esperanza que hace brotar nuestras aspiraciones, ambiciones y confianzas para lo futuro. Privemos al hombre de su fe en la posibilidad de realizar el triunfo que anhela, y lo despojamos del estímulo que lo hace afanarse. No alargaría la mano para asir, si no creyese en la posibilidad de obtener aquello que desea alcanzar. De modo que este esfuerzo se convierte en la fuerza impulsora por medio de la cual los hombres se afanan por lograr la excelencia, frecuentemente soportando vicisitudes y sufrimientos a fin de realizar sus fines. La fe es el secreto de la ambición, el alma del heroísmo, la fuerza motriz del esfuerzo.

Agradable a Dios es el ejercicio de la fe, y con ello se puede granjear su interposición. Fué por la fe que los israelitas, en su éxodo de Egipto, siguieron a su caudillo hasta el fondo del mar; y mediante las agencias protectoras de Dios, que esa fe produjo, éstos se salvaron mientras que los egipcios fueron destruidos cuando quisieron seguirlos. Con íntegra confianza en las instrucciones y promesas de Dios, Josué y sus intrépidos ayudantes sitiaron la ciudad de Jericó; y los muros de esa ciudad inicua se desplomaron ante la fe de los sitiadores, sin necesidad de arietes u otros ingenios de guerra. Por el mismo poder Josué logró la ayuda de los astros del cielo en su triunfo sobre los amorreos. San Pablo también nos cita los ejemplos de Gedeón, Barac, Samsón, Jefté, David, Samuel y los profetas "que por fe ganaron reinos, obraron justicia, alcanzaron promesas, taparon las bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de cuchillo, convalecieron de enfermedades, fueron hechos fuertes en batallas". Fué por la fe que Alma y Amulek se libraron del cautiverio mientras se derrumbaban los muros de la prisión.[8] Por la fe Nefi y Lehi, hijos de Helamán, fueron protegidos de sus enemigos lamanitas por fuego, en medio del cual se les preservó sin que se quemaran; y en los corazones de sus perseguidores se efectuó una obra mayor aún, porque se esclarecieron sus mentes y se arrepintieron. Funcionando la fe, se pueden domar aun las olas del mar; los árboles se sujetan al que manda por la fe;[v] las montañas pueden ser quitadas para cumplir fines justos; se sana a los enfermos, se echan fuera demonios y se

resucita a los muertos. Todas las cosas se efectúan por la fe.

Pero tal vez se dirá que la fe no es, de sí, una fuente de poder; que su efecto se debe a una interposición externa de ayuda divina que la fe no hace sino invocar; y el esceptico podrá añadir que un Dios omnisciente, si fuera cariñoso y amable, obraría independientemente y daría, sin esperar a que se le invocara por medio de la fe o la oración. Suficiente respuesta encierra la abundante prueba que la Escritura provee a favor de que el Todopoderoso obra de acuerdo con la ley, y que toda acción arbitraria y caprichosa es contraria a su naturaleza. Como quiera que se hayan formulado las leyes del cielo, la aplicación de sus medidas benéficas a la humanidad depende de la fe y obediencia de los subditos mortales.

Considérese la derrota de Israel por los hombres de Hai; se había violado una ley de justicia: habían metido un anatema al campamento del pueblo del convenio; esta transgresión resistió la corriente de ayuda divina, y no fué sino hasta cuando se santificó el pueblo que les fué restituido el poder. Además, Cristo sintió la influencia de la fe y de la falta de fe en el pueblo, lo que hasta cierto punto determinó sus milagros. La bendición acostumbrada, "tu fe te ha sanado", con que daba a conocer la interposición sanadora, es evidencia de este hecho. Nos enteramos también de que en cierta ocasión, entre los de su tierra, "no hizo allí muchas maravillas, a causa de la incredulidad de ellos".[d]

Una Condición de Fe Efectiva. — Condición esencial para el ejercicio de una fe viva, creciente y alentadora en Dios, es el conocimiento en el hombre de estar tratando, cuando menos, de vivir de acuerdo con las leyes de Dios, según las ha aprendido. Sabiendo que está pecando intencional y desenfrenadamente contra la verdad, perderá su sinceridad en la oración y la fe, y se distanciará de su Padre. Debe sentir que el rumbo que lleva el curso de su vida es aceptable; que, teniendo en cuenta las debilidades mortales y flaquezas humanas, el Señor aprueba hasta cierto punto de él; de lo contrario, queda vedado de suplicar ante el trono de la gracia con entera confianza. El sentimiento de que uno está esforzándose sinceramente para lograr una conducta piadosa es, en sí, un poder que fortalece en sus sacrificios y persecución al que lo posee, y lo sostiene en toda buena obra. Fué este conocimiento de un contacto seguro con Dios lo que permitió a los santos de la antigüedad soportar lo que aguantaron, aunque sus sufrimientos fueron los más severos. Leemos que unos "fueron estirados, no aceptando el rescate, para ganar mejor resurrección; otros experimentaron vituperios y azotes; y a más de esto prisiones y cárceles; fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a cuchillo, anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; perdidos por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra". Como en los días antiguos, así en la actualidad los santos se han sentido alentados en todas sus tribulaciones por el conocimiento seguro de la aprobación divina; y la fe de los hombres justos siempre ha crecido mediante el conocimiento de sus sinceros y devotos esfuerzos.

La Fe es Esencial para la Salvación. — Por cuanto la salvación se obtiene sólo por la mediación y expiación de Jesucristo, y en vista de que se aplica al pecado individual al grado que se obedecen las leyes de justicia, la fe en Jesucristo es indispensable para la salvación. Pero ninguno puede creer en Jesucristo de una manera efectiva, y a la misma vez negar la existencia del Padre o del Espíritu Santo; por tanto, la fe en toda la Trinidad es esencial para la salvación. San Pablo declara que "sin fe es imposible agradar a Dios; porque es menester que el que a Dios se allega, crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan". Abundan en las Escrituras las promesas de salvación a los que ejercen la fe en Dios y obedecen los requerimientos que esa fe claramente indica. Las palabras de Cristo en este respecto son terminantes: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado." Además: "El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; mas el que es incrédulo al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él."[h] Después de su muerte, sus apóstoles enseñaron doctrinas semejantes todo el tiempo que estuvieron en el ministerio. Una de las consecuencias naturales de la fe implícita en la Trinidad será una confianza creciente en las Escrituras, como el repositorio de la palabra de Dios, y en las palabras y las obras de sus siervos autorizados quienes hablan como sus oráculos vivientes.

La Fe es un Don de Dios.—A pesar de estar al alcance de todos los que diligentemente se esfuerzan para obtenerla, la fe, no obstante, es un don divino. Como corresponde a tan preciosa perla, sólo se da a aquellos que por su sinceridad demuestran que la merecen, y en quienes hay indicaciones de que se someterán a sus dictados. Aunque la fe es conocida como el primer principio del evangelio de Cristo, aunque de hecho es el fundamento de la vida religiosa, sin embargo, la fe misma es precedida de una sinceridad de disposición y humildad del alma, por medio de las cuales la palabra de Dios puede efectuar una impresión en el corazón. Ninguna compulsión se emplea para llevar a los hombres al conocimiento de Dios; sin embargo, en cuanto abrimos nuestros corazones a

las influencias de la justicia, nos será dada del Padre la fe que conduce a la vida eterna.

Fe y Obras.—La fe en un sentido pasivo, es decir, como simple creencia, en la acepción más superficial de la palabra, carece de eficacia como medio de salvación. Cristo y sus apóstoles claramente expresaron esta verdad, y el vigor con que se declaró puede ser indicación del temprano desarrollo de una doctrina sumamente perniciosa: la de justificación únicamente por la creencia. El Salvador enseñó que las obras eran esenciales para la validez de la profesión y eficacia de la fe. Reparemos en sus palabras: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: mas el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos."[l] "El que tiene mis mandamientos, y los guarda, aquél es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él."[m] La explicación de Santiago se destaca por su claridad: "Hermanos míos, ¿qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si el hermano o la hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y hartaos; pero no les diereis las cosas que son necesarias para el cuerpo: ¿qué aprovechará? Así también la fe, si no tuviere obras, es muerta en sí misma. Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras: muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras." ° A las anteriores se pueden agregar las palabras de San Juan:

"Y en esto sabemos que nosotros le hemos conocido, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le he conocido, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y no hay verdad en él; mas el que guarda su palabra, la caridad de Dios está verdaderamente perfecta en él: por esto sabemos que estamos en él." °

Pueden añadirse a estas enseñanzas muchas declaraciones inspiradas de los escritos nefitas" y de las revelaciones modernas, las que sin excepción afirman la necesidad de las obras y niegan la eficacia salvadora de la creencia pasiva. Sin embargo, a pesar de la clara palabra de Dios, se han promulgado dogmas de los hombres, en los cuales se afirma que la salvación puede obtenerse sólo por la fe, y que mediante una profesión verbal de creencia, se le abrirán las puertas del cielo al pecador. Las Escrituras citadas y el sentimiento inherente de justicia que hay en el hombre refutan suficientemente estas falsas aserciones.[s]

ARREPENTIMIENTO

La Naturaleza del Arrepentimiento.—Empléase en las Escrituras la voz arrepentimiento con varios significados distintos, pero cuando representa el deber que es exigido a todo aquel que desea obtener el perdón del pecado, indica un pesar, que es según Dios, por el pecado: un pesar que efectuará una reforma en la manera de vivir, y comprende: (1) una convicción de culpabilidad; (2) un deseo de verse libre de los efectos perjudiciales del pecado; (3) una determinación sincera de abandonar el pecado y hacer lo bueno. De la contrición del alma resulta el arrepentimiento, y esta contrición nace de un sentimiento profundo de humildad, el que a su vez depende del ejercicio de una fe duradera en Dios. Por consiguiente, el arrepentimiento propiamente es el segundo principio del evangelio; se asocia íntimamente con la fe, y es lo que inmediatamente la sigue. En cuanto uno llega a reconocer la existencia y la autoridad de Dios, siente un respeto hacia las leyes divinas y una convicción de su propia indignidad. Su deseo de agradar al Padre, a quien por tan largo tiempo ha despreciado, lo impulsará a abandonar el pecado; y este impulso recibirá más fuerza del natural y loable deseo del pecador, de hacer una reparación, si le es posible, y evitar de esta manera los trágicos resultados de su propia maldad. Inspirado su celo con la nueva convicción, ansiará la oportunidad de manifestar con buenas obras la sinceridad de su fe recién desarrollada; y considerará la remisión de sus pecados la más deseable de las bendiciones. Entonces llegará a saber que este misericordioso don se otorga conforme a ciertas condiciones determinadas. El primer paso hacia el bendito estado del perdón consiste en que el pecador confiese sus pecados; el segundo, en que perdone a los que hayan pecado contra él, y el tercero, en que demuestre que acepta el sacrificio expiatorio de Cristo, cumpliendo con los requerimientos divinos.

1. La Confesión de los Pecados es esencial, porque sin ello quedaría incompleto el arrepentimiento. San Juan nos dice: "Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad." También leemos: "El que encubre sus pecados, no prosperará: mas el que los confiesa y se aparta, alcanzará misericordia."[x] Y a los santos de esta dispensación, el Señor ha dicho: "De cierto os digo, que yo, el Señor, perdono los pecados de aquellos que los confiesan ante mí y piden perdón, si no han pecado de muerte." Y las palabras del Señor muestran que el arrepentimiento comprende este acto de confesión: "Por esto podréis saber si un hombre se arrepiente de sus pecados: He aquí, los confesará y abandonará."

2. El Pecador Debe Estar Dispuesto a Perdonar a otros, si es que él mismo espera obtener perdón. Si no se ablanda el corazón del hombre al grado de manifestar tolerancia hacia las flaquezas de sus semejantes, su arrepentimiento no es sino superficial. Cuando enseñaba a sus oyentes cómo habían de orar, el Salvador dijo que implorasen al Padre: "Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores." No les aseguraba el perdón, si no se perdonaban en sus corazones los unos a los otros. "Porque—les dijo él—si perdonareis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre Celestial. Mas si no perdonareis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas." El perdón entre un hombre y otro, para ser aceptable ante el Señor, no debe tener límites. Contestando la pregunta de Pedro: "Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que pecare contra mí? ¿hasta siete?", el Señor respondió: "No te digo hasta siete, mas aun hasta setenta veces siete", claramente dando a entender que el hombre siempre debe estar presto para perdonar. En otra ocasión impartió las siguientes instrucciones a sus discípulos: "Si pecare contra ti tu hermano, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día se volviere a ti, diciendo, pésame, perdónale."

Ilustrando más ampliamente el propósito divino de medir a los hombres con la medida que hubieren usado para medir a sus semejantes, el Señor les propuso la parábola de un rey, a quien uno de sus súbditos debía una cantidad grande de dinero, diez mil talentos; mas cuando el deudor se humilló e imploró merced, el generoso corazón del rey fué movido a misericordia, y el rey perdonó la deuda del siervo. Pero al salir de delante del rey, aquel mismo siervo encontró a un consiervo que le debía una cantidad muy pequeña. Olvidándose de la misericordia que tan recientemente se había manifestado hacia él, trabó de su consiervo y lo echó a la cárcel, hasta que hubiese pagado la deuda. Entonces el rey, oyendo esto, mandó llamar al siervo malvado y, censurándolo por su falta de gratitud y consideración, lo entregó a sus verdugos.* El Señor no ha prometido escuchar las peticiones ni aceptar las ofrendas de aquel que guarda rencor en su corazón hacia otros: "Vuelve primero en amistad con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu presente." En su palabra revelada a los santos en estos días, el Señor ha expresado con particular énfasis esta condición necesaria: "Por lo tanto, os digo que debéis perdonaros los unos a los otros; porque el que no perdona las ofensas de su hermano, queda condenado ante el Señor; porque en él permanece el mayor pecado"; y entonces, para disipar toda duda en cuanto a quiénes se debe perdonar, agrega: "Yo, el Señor, perdonaré al que quisiere perdonar, mas a vosotros os es requerido perdonar a todos los hombres."

3. La Confianza en el Sacrificio Expiatorio de Cristo constituye la tercera condición esencial para obtener la remisión de los pecados. El nombre de Jesucristo es el único nombre debajo del cielo por el cual los hombres se pueden salvar;[h] y se nos enseña a ofrecer nuestras peticiones al Padre en el nombre del Hijo. Adán recibió esa instrucción de los labios de un ángel, y el Salvador personalmente indicó a los nefitas la misma cosa.[1] Pero nadie puede verdaderamente profesar tener fe en Cristo y negarse a obedecer sus mandamientos; por tanto, la obediencia es esencial para la remisión de pecados; y el pecador realmente arrepentido ansiosamente procurará saber qué se requiere de él.

El arrepentimiento, para merecer ese nombre, debe comprender algo más que una simple admisión personal de estar en error; no consiste en lamentaciones y confesiones verbales, sino en reconocer de todo corazón la culpabilidad. Esto ocasiona el horror hacia el pecado y una determinación resuelta de desagraviar lo pasado y obrar mejor en lo futuro. Si tal convicción fuere genuina, se distinguirá por aquella contrición piadosa que, según San Pablo, "obra arrepentimiento saludable, de que no hay que arrepentirse; mas el dolor del siglo obra muerte". El apóstol Orson Pratt sabiamente ha dicho: "De nada le serviría a un pecador confesar sus pecados a Dios, si no se hubiera resuelto a abandonarlos; nada le beneficiaría sentir pesar por haber hecho lo malo, a menos que tuviera la intención de no volver a hacer lo malo; sería locura para él confesar ante Dios que había perjudicado a sus semejantes, si no hubiese determinado hacer cuanto pudiera para efectuar una restitución. El arrepentimiento, pues, no sólo es confesar los pecados con un corazón penitente y contrito, sino una determinación fija y resuelta de apartarse de todo mal camino."

El Arrepentimiento es Esencial para la Salvación.— De todo el que aspira a la salvación se exige esta evidencia de sinceridad, este comienzo de una vida mejor. Para obtener la misericordia divina, es tan indispensable el arrepentimiento como la fe; debe ser tan general como lo fué el pecado. ¿Dónde podremos hallar un ser mortal sin pecados? Con sabio acierto declaró el Predicador de la antigüedad: "Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga bien y nunca peque."[1] ¿Quién, pues, no tiene necesidad del perdón, o a quién se exime de los requisitos del arrepentimiento? Dios ha prometido el perdón a aquellos que verdaderamente se arrepienten; son éstos a quienes se ofrecen las ventajas de la salvación individual, por medio de la expiación de

Cristo. Isaías, asegurando el perdón, amonesta a todos al arrepentimiento en estos términos: "Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar."

El tema principal de los maestros inspirados de todas las edades ha sido llamar al arrepentimiento. A este fin se oyó la voz de Juan, proclamando en el desierto:

"Arrepentios, que el reino de los cielos se ha acercado."[n] Y el Salvador siguió con estas palabras: "Arrepentios, y creed al evangelio"; ° y: "Si no os arrepintiereis, todos pereceréis igualmente." Así también, los apóstoles antiguos proclamaron que Dios "denuncia a todos los hombres en todos los lugares que se arrepientan".[1] Y en la dispensación actual se ha declarado: "Sabemos que todos los hombres tienen que arrepentirse y creer en el nombre de Jesucristo, y adorar al Padre en su nombre, y perseverar con fe en su nombre hasta el fin, o no pueden ser salvos en el reino de Dios."

El Arrepentimiento es un Don de Dios.—El arrepentimiento es un medio para obtener perdón, y por tanto, es uno de los dones más grandes de Dios para el hombre. No se puede obtener pidiéndolo indiferentemente; no se puede encontrar al lado del camino; sin embargo, se imparte con liberalidad ilimitada a aquellos cuyas obras lo justifican. Es decir, todos los que se preparan para el arrepentimiento serán guiados por la influencia humilladora y ablandante del Santo Espíritu hasta poseer de hecho este gran don. Cuando los compañeros de San Pedro lo acusaron de haber traspasado la ley por haberse asociado con gentiles, les repitió a sus oyentes las manifestaciones divinas que tan recientemente había recibido. Estos lo creyeron y declararon: "De manera que también a los Gentiles ha dado Dios arrepentimiento para ida." En su carta a los Romanos, San Pablo también enseña que el arrepentimiento viene por la gracia de Dios."

No Siempre es Posible Arrepentirse.—Extiéndese a los hombres el don del arrepentimiento conforme se humillan delante del Señor; es el testimonio del Espíritu dentro de sus corazones. Si no lo obedecen, el indicador se apartará de ellos, porque el Espíritu de Dios no contiende para siempre con el hombre. Cuanto más intencional el pecado, tanto más se dificulta el arrepentimiento. Mediante la humildad y un corazón contrito, los pecadores pueden aumentar su fe en Dios y obtener de él, de este modo, el don del arrepentimiento. Al paso que se va demorando el arrepentimiento, la habilidad para arrepentirse se va debilitando; el pasar por alto las oportunidades en cuanto a cosas santas produce la inhabilidad. Cuando impartió sus mandamientos a José Smith, en los primeros días de esta Iglesia, el Señor dijo: "Porque yo, el Señor, no puedo considerar el pecado con el más mínimo grado de tolerancia. No obstante, se perdonará al que se arrepienta y cumpla los mandamientos del Señor; y de quien no se arrepienta, se quitará aun la luz que haya recibido; porque mi Espíritu no luchará siempre con el hombre, dice el Señor de las Huestes." [x]

El Arrepentimiento en Esta Vida y en la Venidera.— Alma, un profeta nefita, refiriéndose al período de la existencia terrenal, lo describe como un estado probatorio que le es concedido al hombre para que se arrepienta. Sin embargo, aprendemos por las Escrituras que, de acuerdo con ciertas condiciones, se puede lograr el arrepentimiento más allá del estado mortal. Durante el tiempo entre su muerte y resurrección, Cristo "fué y predicó a los espíritus encarcelados; los cuales en otro tiempo fueron desobedientes, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé". El Hijo los visitó y les predicó el evangelio "para que pudieran ser juzgados según los hombres en la carne; los que no recibieron el testimonio de Jesús en la carne, mas después lo recibieron".

El alma que demora sus esfuerzos para arrepentirse ninguna justificación hallará en esta promesa de misericordia y longanimidad. No sabemos por completo las condiciones según las cuales se podrá obtener el perdón en la vida venidera; pero es contrario a la razón suponer que aquel que deliberadamente ha rechazado la oportunidad de arrepentirse en esta vida se arrepentirá con más facilidad en la otra. Aplazar el día de nuestro arrepentimiento es entregarnos voluntariamente en manos del adversario. Amulek enseñó y amonestó así a la multitud en la antigüedad: "Porque he aquí, esta vida es cuando el hombre debe prepararse para comparecer ante Dios ... os ruego, por tanto, que no demoréis el día de vuestro arrepentimiento hasta el fin ... No podréis decir, cuando os halléis ante esa terrible crisis: Me arrepentiré; me volveré a mi Dios. No, no podréis decir esto; porque el mismo espíritu que posee vuestros cuerpos al salir de esta vida, ese mismo espíritu tendrá poder para poseer vuestro cuerpo en aquel mundo eterno. Porque si habéis demorado el día de vuestro arrepentimiento, aun hasta la muerte, he aquí, os habéis sujetado al espíritu del diablo que os sellará como cosa suya."

REFERENCIAS

Fe—Al considerar los pasajes aquí citados, se debe tener presente que los términos "fe", "creencia" y "conocimiento", junto con sus verbos y adjetivos, frecuentemente se usan sin distinción, o con casi el mismo significado. Creed a Jehová vuestro Dios, y seréis seguros—2 Cr. 20:20. Para que me conozcáis y creáis—Isa. 43:10. El justo en su fe vivirá. Hab. 2:4; véase también Rom, 1:17; Gal. 3:11; Heb. 10:38. Creyó (Abraham) a Jehová, y contóselo por justicia—Gen. 15:6; véase Rom. 4:3; Gal. 3:6. Ya causa de su fe fué llamado amigo de Dios—Sant. 2:23; véase también Isa. 41:8. Cuando fué llamado, salió sin saber a donde iba -— Gen. 12:1-4; Heb. 11:8. Oh vosotros de poca fe—Mat. 6:30; 8:26. ¿Cómo no tenéis fe? —Mar. 4:40. ¿Qué es de vuestra fe?—Luc. 8:25. No hizo allí muchas maravillas, a causa de la incredulidad de ellos—Mat. 13:58; Mar. 6:5, 6; véase también 3 Nefi 19:35; Ether 12:12. Creo; ayuda mi incredulidad—Mar. 9:24. Las curaciones que efectuó Jesucristo por medio de la fe: Tu fe te ha salvado—Mat. 9:22; Mar. 5:34; Luc. 8:48; véase también Mar. 10:52; Luc. 7:50. Conforme a vuestra fe os sea hecho—Mat. 9:29. Por motivo de su fe el Señor dijo: Hombre, tus pecados te son perdonados—Luc. 5:20; véase también Luc. 7:47. Jesús levantó de los muertos a la hija de Jairo, diciendo: No temas: cree solamente, y será salva—Luc. 8:50. A todos los que creyeron en él, dióles potestad de llegar a ser hijos de Dios—Juan 1:12; véase también Moroni 7:26; Moisés 7:1. Si no creyereis que yo soy, en vuestros pecados moriréis—Juan 8:24. El que en mí cree, las obras que yo hago también él las hará—Juan 14:1£. Creed que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios—Juan 20:31. El que no creyere, será condenado—Mar. 16:16. Cuando el Hijo del hombre viniere, ¿hallará fe en la tierra?— Luc. 18:8. Todo aquel que en él cree no perecerá—Juan 3:16; véase también 5:24. Esta es la vida eterna: que te conozcan el solo Dios verdadero y a Jesucristo—Juan 17:3. Pedid y se os dará, etc.—Luc. 11:9; véase también Enós 15; D. y C. 66:9. Purificando con la fe los corazones de los Gentiles—Hech. 15:9. La fe es por el oír y el oír por la palabra de Dios—Rom. 10:17. Todo lo que no es de fe es pecado—Rom. 14:23. Por fe andamos, no por vista—2 Cor. 5:7. vo en la fe del Hijo de Dios—Gal. 2:20. Salvación por la fe que es en Jesucristo—2 Tim. 3:15. He guardado la fe—2 Tim. 4:7. Mayor que la vista es vivir por la fe; la demostración de las cosas que no se ven; obras poderosas efectuadas por la fe—Heb. cap. 11; véase también Ether caps. S, 12; 4 Nefi 5. Pida en fe, no dudando nada—Sant. 1:6. Por las obras fue perfecta la fe—2:22. La oración de fe salvará al enfermo—-5:15. Sin fe es imposible agradar a Dios—Heb. 11:6; véase también D. y C. 63:11. La fe es un don de Dios: No te lo reveló carne ni sangre, mas mi Padre—Mat. 16:17. Ninguno puede venir a Cristo si el Padre no lo trae—Juan 6:44, 65. El que quisiere hacer la voluntad de Dios conocerá por sí mismo—Juan 7:17. Conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno. A unos es dada fe por el Espíritu de Dios—1 Cor. 12:9. Por la gracia sois salvos por la fe, un don de Dios—Ef, 2:8. Para salvarse es esencial la fe: El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado—Mar. 16:16; véase también Ether 4:18; 3 Nefi 11:33, 34, 35; D. y C. 68:9; Moisés 5:15. El que no cree es condenado, porque no creyó en el nombre del Unigénito Hijo de Dios—Juan 3:18. Obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salud de vuestras almas—1 Ped. 1:9. Mas sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos—Sant. 1:22. Ningún hombre puede ser salvo a menos que tenga fe en Cristo—Moroni 7:38; véase también D. y C. 20:29. El poder del Espíritu Santo, que recibió por la fe en el Hijo de Dios—1 Nefi 10:17. Con perfecta fe en el Santo de Israel—2 Nefi 9:23. Por la palabra de Cristo, con fe inquebrantable en él — 2 Nefi 31:19. Habiendo recibido la remisión de pecados a causa de la fe— Mosíah 4:3. Fe no es tener un conocimiento perfecto de las cosas—Alma 32:21, 26, 40. Exhortados con vehemencia a la fe y el arrepentimiento—Alma cap. 13. Vivirán a esa vida que es eterna, todos los que fijaren la vista en el Hijo de Dios—Helamán 8:15. La remisión de pecados por perseverar en la fe hasta el fin—Moroni 3:3; 8:3. La fe relacionada con la esperanza y la caridad—Moroni, cap. 7. Mediante la fe se adhirieron a toda cosa buena—Moroni 7:25. Dios es misericordioso para con todos los que creen en su nombre—Alma 32:22; 34:15; Mormón 7:5. Para que la salvación pueda llegar a los hijos de los hombres, mediante la fe en su nombre—Mosíah 3:9. Es el que viene a quitar los pecados de todo aquel que cree—Alma 5:48; 11:40; 12:15; 19:36; 22:13; Helamán 14:2. El Espíritu Santo se manifiesta a los hombres según su fe— Jarom 4. Recibiréis todas las cosas por la fe—D. y C. 26:2. Sin la fe no puedes hacer nada—8:10; 18:19. Según tu fe te será hecho—8:11; 10:47; 11:17; 52:20. La fe no viene por las señales, mas las señales siguen a los que creen—D. y C. 63:9; 68:10; 84:65; compárese 63:12. El que tuviere fe será sanado—D. y C. 42:48-52. Se han ofuscado vuestras mentes a causa de la incredulidad— D. y C. 84:54. Vencerán los fieles, y serán preservados—D. y C. 61:9, 10; 63: 47; 75:16; 79:3.

Arrepentimiento

Todo el género humano necesita el arrepentimiento. Si confesamos nuestros pecados, Dios es justo para

perdonar—1 Juan 1:8, 9; véase también Rom. 3:10; Eccles. 7:20. Vuélvase a Jehová, el cual será amplio en perdonar—Isa. 55:7. Apartándose el impío de su impiedad, hará vivir su alma—Eze. 18:27. Proclamado por Juan el Bautista: Arrepentios—Mat. 3:2, 8; Mar. 1:4; Luc. 3:3. Predicado por Jesucristo: Arrepentios, que el reino de los cielos se ha acercado—Mat. 4:17; véase también Mar. 1:15; 2:17. Cristo vino a llamar pecadores al arrepentimiento—Luc. 5:32. Gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente— Luc. 15:7, 10. Predíquese en su nombre el arrepentimiento y la remisión de pecados — Luc. 24:47. Suerte del que no se arrepiente—Apo. 2:5, 16; compárese con 3:19. ¡Ay de los habitantes de toda la tierra, a menos que se arrepientan!—3 Nefi 9:2. Cuántas veces os juntaré si os arrepentís—10:6. Quienes se arrepintieren y fueren bautizados serán salvos—23:5. Predicado por los Apóstoles: Predicaban que los hombres se arrepintiesen—Mar. 6:12. Arrepentios y bautícese cada uno de vosotros—Hech. 2:38; véase también 3:19; 8:22. Dios denuncia a todos los hombres que se arrepientan—Hech. 17:30. Gozo por los que se contristaron para arrepentimiento— 2 Cor. 7:9, 10. Arrepentimiento concedido a los gentiles—Hech. 11:18. Bendito el que trae una alma al arrepentimiento—Sant. 5:20; véase también D. y C. 18:15, 16. El Señor quiere que todos procedan al arrepentimiento—2 Ped. 3:9. La vía ha sido preparada para todos los hombres, si se arrepienten—1 Nefi 10:18. Si los gentiles se arrepienten les irá bien; el que no se arrepienta perecerá—1 Nefi 14:5. Los gentiles que se arrepienten son el pueblo de la alianza; cuantos judíos no se arrepientan serán talados—2 Nefi 30:2; 3 Nefi 16:13. Todas las naciones vivirán con seguridad en el Santo de Israel si se arrepienten—1 Nefi 22:28. Los días de los hombres fueron prolongados para que se arrepintiesen—2 Nefi 2:21. Se le concedió un tiempo al hombre para que se pudiera arrepentir; un estado de probación; un tiempo de preparación para comparecer ante Dios— Alma 12:24; 34:32. El Señor ha mandado a su pueblo que persuada a todos los hombres a que se arrepientan—2 Nefi 26:27. Una maldición sobre el país y destrucción para el pueblo, si no se arrepentían—Jacob 3:3. Creed que debéis arrepentiréis—Mosíah 4:10. Alma predica el arrepentimiento en Mormón—Mosíah 18:7, 20. Dice el Espíritu: Arrepentios, porque a menos que lo hagáis, de ningún modo podréis heredar el reino de los cielos—-Alma 5:51; véase también 7:14. No demoréis el día de vuestro arrepentimiento—Alma 34:32-35. Al que se arrepiente y ejerce la fe le es permitido conocer los misterios de Dios—Alma 26:22. ¡ Ojalá fuese yo un ángel, para proclamar el arrepentimiento a todo pueblo!—-Alma 29:1, 2. El Señor ha recibido poder para redimir a los hombres de sus pecados, por medio del arrepentimiento—Helamán 5:11. ¡Oh arrepentios! ¿Por qué deseáis morir?'—7:17. Quisiera poder persuadir a todos los extremos de la tierra a que se arrepintiesen—Mormón 3:22. El arrepentimiento es para aquellos que se hallan bajo condenación y bajo la maldición de una ley violada—Moroni 8:24. Castigados para que se arrepintieran—D. y C. 1:27. De quien no se arrepienta, se quitará la luz; el Espíritu del Señor no luchará siempre con el hombre—D. y C. 1:33; véase también Moisés 8:17. Todo hombre tiene que arrepentirse o padecer—D. y C. 19:4, 15. Todos los hombres tienen que arrepentirse, creer, adorar al Padre y perseverar, o no pueden ser salvos—D. y C. 20:29. Llamad a las naciones al arrepentimiento—D. y C. 43:20. Podéis saber si un hombre se arrepiente de sus pecados, los confesará y abandonará—D. y C. 58:43. Será grande su tristeza a no ser que luego se arrepientan—D. y C. 136:35. Ninguno puede ser admitido en la Iglesia a no ser que sea capaz de arrepentirse—D. y C. 20:71. La cosa de máximo valor para ti será declarar el arrepentimiento —D. y C. 16:6; véase también 18:15, 16. Adán y sus hijos llamados al arrepentimiento—Moisés 5:8, 14, 15. Adán exhortó a sus hijos a que se arrepintieran—Moisés 6:1. Estos llamaron a todos los hombres a arrepentirse—6:23, 50, 57. Enoc llamó a todo pueblo al arrepentimiento—Moisés 7:12. Si los hombres no se arrepienten, mandaré las aguas sobre ellos —Moisés 8:17; véanse los versículos 20, 24, 25.

CAPITULO 6
EL BAUTISMO

Artículo 4.—Creemos que los primeros principios y ordenanzas del evangelio son: . . . tercero: Bautismo por inmersión para la remisión de pecados; . . .

La Naturaleza del Bautismo. — En la teología de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, el bautismo de agua es el tercer principio y la primera ordenanza esencial del evangelio. El bautismo es la puerta que conduce al redil de Cristo, el portal de la Iglesia, el rito establecido de naturalización en el reino de Dios. Debidamente se requiere de aquel que aspira a ser admitido en la Iglesia, una vez que ha obtenido y profesado la fe en el Señor Jesucristo y se ha arrepentido sinceramente de sus pecados, que presente evidencia de esta santificación espiritual por medio de una ordenanza exterior, autorizadamente prescrita como señal o símbolo de su nueva profesión. Esta ordenanza iniciadora es el bautismo en el agua, al que debe seguir el bautismo más elevado del Espíritu Santo; y como resultado de este acto de obediencia, se otorga la remisión de los pecados.

Verdaderamente sencillos son los medios ordenados para entrar en el redil; están al alcance de los más pobres y los más débiles, como también de los ricos y poderosos. ¿Qué símbolo más expresivo del lavamiento del pecado se pudiera dar que el de bautismo en el agua? El bautismo llega a ser la señal del convenio concertado entre el pecador arrepentido y su Dios, de que desde ese momento en adelante tratará de observar los mandamientos divinos. Refiriéndose a este hecho, Alma el profeta instruyó y amonestó al pueblo de Gedeón de esta manera: "Sí, os digo, venid y no temáis; apartaos de todos los pecados, los cuales fácilmente os asechan, los cuales os ligan hasta la destrucción; sí, venid, adelantaos y manifestad a vuestro Dios que deseáis arrepentiros de vuestros pecados y hacer alianza con él de guardar sus mandamientos, y testificádselo hoy, yendo a las aguas del bautismo."

El pecador humillado, convencido de su transgresión por la fe y el arrepentimiento, gustosamente aceptará cualquier procedimiento que lo limpiará de la contaminación que ahora es tan repugnante en su vista. Todos éstos clamarán como los de aquella multitud compungida del día de Pentecostés: "¿Qué haremos?" Y la voz del Espíritu, por conducto de las Escrituras o por las bocas de los siervos ordenados del Señor, les contesta: "Arrepentios, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados." El bautismo, habiendo nacido de la contrición del alma, muy propiamente ha sido llamado el primer fruto del arrepentimiento.

La Institución del Bautismo data desde el tiempo más remoto de la historia de la raza humana. Cuando el Señor se manifestó a Adán después de la expulsión del Jardín de Edén, le prometió al patriarca de la raza humana: "Si te volvieres a mí y escucharas mi voz, y creyeres y te arrepintieres de todas tus transgresiones, y te bautizares, aun en el agua, en el nombre de Jesucristo, mi Hijo Unigénito, lleno de gracia y de verdad, el único nombre que se dará debajo del cielo mediante el cual vendrá la salvación a los hijos de los hombres, recibirás el don del Espíritu Santo, pidiendo todas las cosas en su nombre, y te será dado cuanto pidieres y cuando el Señor hubo hablado con Adán, nuestro padre, sucedió que Adán clamó al Señor, y lo arrebató el Espíritu del Señor, y fué llevado al agua, y sumergido en el agua, y sacado del agua. Y de esta manera fué bautizado, y el Espíritu de Dios descendió sobre él, y así nació del Espíritu, y fué vivificado el hombre interior." Enoc predicó la doctrina de arrepentimiento y bautismo, y bautizó a los creyentes arrepentidos; y cuantos aceptaron estas enseñanzas y se sujetaron a los requerimientos del evangelio quedaron santificados en la vista de Dios.

El Objeto Especial del Bautismo es proporcionar la entrada a la Iglesia de Cristo con la remisión de pecados. ¿Qué necesidad hay de multiplicar palabras para comprobar el valor de esta ordenanza divinamente señalada? ¿Qué mejor don se podría ofrecer a la raza humana que un medio seguro de obtener perdón de la transgresión? La justicia prohibe que se perdonen universal e incondi-cionalmente los pecados cometidos, salvo mediante la obediencia a la ley decretada; pero se proveen medios sencillos y eficaces por los cuales el pecador arrepentido puede hacer un convenio con Dios — ratificando dicho convenio con la señal que es reconocida en el cielo—de que se sujetará a las leyes de Dios; de esta manera se coloca a sí mismo dentro de los límites de la misericordia, bajo cuya influencia protectora puede ganar la vida eterna.

La Evidencia Bíblica a favor de que el bautismo tiene por objeto asegurarle al hombre la remisión de

sus pecados es mucha. Juan el Bautista fué el predicador especial de esta doctrina y el administrador autorizado de esta ordenanza en los días del ministerio del Salvador en la carne; y la voz de este sacerdote del desierto conmovió a Jerusalén y repercutió por toda Judea, proclamando que la remisión de los pecados era el fruto de un bautismo aceptable.

Saulo de Tarso, el celoso perseguidor de los discípulos de Cristo, mientras se dirigía a Damasco resuelto a ejercer todavía más su celo mal aplicado, recibió una manifestación especial del poder de Dios y fué convertido con señales y prodigios. Oyó y contestó la voz de Cristo, y de esta manera llegó a ser un testigo especial de su Señor. Sin embargo, fué insuficiente esta demostración extraordinaria de gracia divina. Cegado por la gloria que le había sido manifestada, humillado y sincero, dándose cuenta del hecho acusador de que había estado persiguiendo a su Redentor, exclamó con alma angustiada: "¿Qué haré, Señor?" Se le mandó que fuera a Damasco, para que allí aprendiera algo más de la voluntad del Señor en cuanto a él. Gustosamente recibió al mensajero del Señor, el devoto Ananías, quien ejerció su ministerio a favor de él de modo que recuperó la vista, y entonces le enseñó que el bautismo era el medio de obtener el perdón.

Saulo, desde entonces conocido como Pablo, predicador de justicia y apóstol del Señor Jesucristo, enseñó a otros el mismo gran principio salvador: que por el bautismo en el agua viene la regeneración del pecado. Con palabras enérgicas, que se vieron acompañadas de evidencias especiales de poder divino, San Pedro declaró la misma doctrina a la multitud arrepentida. Dominados por el pesar, al oír lo que habían hecho con el Hijo de Dios, exclamaron: "Varones hermanos, ¿qué haremos?" La respuesta, dada con autoridad apostólica, fue inmediata: "Arrepentios, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados."

Los Profetas del Libro de Mormón testificaron en igual manera al redil occidental de Cristo. A este fin Nefi, el hijo de Lehi, dirigió sus palabras a la multitud: "Porque la puerta por la cual debéis entrar es el arrepentimiento y el bautismo en el agua; y entonces sigue la remisión de vuestros pecados por fuego y por el Espíritu Santo." Lo mismo enseñó Alma al pueblo de Gideón, como ya se ha citado. Nefi, el nieto de Helamán, anduvo entre su pueblo, poco antes del advenimiento de Cristo a la tierra, bautizando para arrepentimiento; y su ministerio efectuó una "gran remisión de pecados".[k] Nefi ordenó ayudantes para el ministerio, a fin de que "cuantos viniesen a ellos, fuesen bautizados en el agua; y esto como prueba y testimonio ante Dios, y para el pueblo, de que se habían arrepentido y habían recibido la remisión de sus pecados".[1] Mormón añade su propio testimonio, como se lo comisionó Cristo, en el que exhorta al pueblo a que abandone sus pecados y se bautice para la remisión de ellos.

La Revelación de los Últimos Días, relativa al bautismo y su propósito, demuestra que la misma importancia le atribuye el Señor a la ordenanza en estos días como en los tiempo antiguos. Para no dejar lugar a duda, en cuanto a la aplicación de esta doctrina a la Iglesia en la dispensación actual, se ha reafirmado el principio y se ha revalidado la ley para nuestra dirección. Los élderes de la Iglesia están comisionados para predicar que por medio del bautismo autorizado se obtiene la remisión de pecados.

Quiénes Son Aptos para el Bautismo. — En vista de que el bautismo tiene por objeto principal el proporcionar la entrada en la Iglesia con la remisión de pecados, y como esto no se logra sino por la fe en Dios y el arrepentimiento verdadero ante él, naturalmente se deduce que solamente a los que son capaces de ejercer la fe y de efectuar el arrepentimiento se puede con justicia exigir el bautismo. En una revelación sobre el gobierno de la Iglesia, dada por medio de José el profeta en abril de 1830, el Señor terminantemente expone las condiciones de acuerdo con las cuales una persona se puede recibir en la Iglesia por medio del bautismo: "Todos los que se humillen ante Dios, y deseen bautizarse, y vengan con corazones quebrantados y con espíritus contritos, testificando ante la iglesia que se han arrepentido verdaderamente de todos sus pecados y que están listos para tomar sobre sí el nombre de Jesucristo, con la determinación de servirle hasta el fin, y verdaderamente manifiestan por sus obras que han recibido el Espíritu de Cristo para la remisión de sus pecados, serán recibidos en su iglesia por el bautismo."

Estas condiciones excluyen a todos aquellos que no han alcanzado una edad de discreción y responsabilidad; y por mandamiento directo el Señor le ha prohibido a la Iglesia recibir a cualquiera que no haya llegado a esa edad.[q] El Señor ha designado por revelación que ocho años es la edad en que los niños pueden ser bautizados debidamente en la Iglesia; y se requiere de los padres que preparen a sus hijos para recibir las ordenanzas de la Iglesia, enseñándoles las doctrinas de fe, arrepentimiento, bautismo y la imposición de manos para comunicar el don del Espíritu Santo. La falta de cumplimiento de este mandato, según el Señor, es un pecado que recaerá sobre la cabeza de los padres.

Bautismo de Niños Pequeños. — Los Santos de los Últimos Días se oponen a la práctica de bautizar a los niños, pues realmente lo consideran un sacrilegio. No hay uno que teniendo fe en la palabra de Dios puede tachar a un niño de inicuo; este ser inocente no tiene necesidad de ser iniciado en el redil, porque jamás se ha extraviado de él; no necesita remisión de pecados, porque no ha cometido pecados; y si muriere antes de contaminarse con los pecados del mundo, será recibido en el paraíso de Dios sin necesidad del bautismo. Sin embargo, hay muchos que profesando ser maestros cristianos afirman que como todos los niños nacen en un mundo de iniquidad, son también inicuos, y deben ser limpiados en las aguas del bautismo para hacerlos aceptables ante Dios. Tal doctrina es abominable. ¿Van a ser rechazados los niños — aquellos que el Salvador, aun a los que habían recibido el santo apostolado, les indicó que emularan; a quienes el Señor escogió como tipo de los del reino celestial, espíritus favorecidos cuyos ángeles están continuamente delante del Padre, informándole fielmente de cuanto pueda suceder a aquellos que custodian—serán arrojados al tormento porque sus guardianes terrenales no les dieron el bautismo? Enseñar semejante doctrina falsa es pecado.

La Historia del Bautismo de Niños Pequeños es instructiva porque derrama un poco de luz sobre el origen de esta práctica errónea. Cierto es que ni el Salvador ni sus apóstoles enseñaron el bautismo de criaturas. Algunos se refieren a la ocasión en que Cristo bendijo a los niños y reprendió a aquellos que querían impedir que los pequeñitos llegaran a él, como evidencia a favor del bautismo de los niños; pero, como sabia y concisamente se ha dicho: "Deducir que se debe bautizar a los niños por el hecho de que Cristo los bendijo, nada prueba sino que hace falta un argumento mejor; porque la conclusión más probable sería ésta: Cristo bendijo a los niños, y entonces los despidió, mas no los bautizó; por consiguiente, los niños no han de ser bautizados."

Ningún dato auténtico existe de que se haya practicado el bautismo de criaturas durante los dos primeros siglos después de Cristo, y la costumbre probablemente no se generalizó antes del siglo quinto; sin embargo, desde esta fecha hasta el tiempo de la Reforma, la organización eclesiástica dominante, la Iglesia Católica, la aceptó. Pero aun en esas edades obscuras hubo muchos controversistas teológicos que alzaron la voz en contra de este rito impío.[1] A principios del siglo dieciséis, se hizo prominente en Alemania una secta que llevaba el nombre de Anabaptistas (del griego ana, de nuevo, y baptizein, bautizar) la cual se distinguió por su oposición a la práctica del bautismo de los niños, y cuyo nombre se derivó de que exigían que se bautizasen de nuevo todos sus miembros que habían sido bautizados en su infancia. Los bautistas por lo general se oponen al bautismo de los niños que no han llegado a la edad de responsabilidad, pero no por esto se ha de considerar que ellos y la denominación anabaptista son la misma cosa.

Algunos de los que apoyan el bautismo de los niños han querido comprobar la analogía que el bautismo tiene con la circuncisión, pero sin apoyo de las Escrituras. La circuncisión se convirtió en la señal del convenio entre Dios y Abrahán/ un símbolo que la posteridad de Abra-han tomó como indicación de hallarse libres de la idolatría de los tiempos, y de la aprobación de Dios para con ellos; y en ninguna parte se hace de la circuncisión un medio para obtener la remisión de pecados. Este rito era únicamente para los varones; el bautismo se administra a ambos sexos. Las circuncisión había de efectuarse a los ocho días de nacida la criatura, aunque ese día fuera sábado.[1] En el tercer siglo se convocó un concilio de obispos, dirigido por Cipriano, obispo de Cartago, en el cual solemnemente se acordó que demorar el bautismo hasta los ocho días de haber nacido era peligroso y, consiguientemente, no debería ser permitido.

El Bautismo de los Niños es Prohibido en el Libro de Mormón, y de esto podemos inferir que entre los nefitas habían surgido disputas sobre este mismo punto. Habiendo recibido una revelación especial del Señor relativa al asunto, Mormón escribió una epístola a su hijo Moroni, en la cual aquél condena la práctica de bautizar a los niños, y declara que el que se supone que los niños necesitan el bautismo se halla en la hiel de amargura y en las ligaduras de la iniquidad, y "niega las misericordias de Cristo y desprecia su expiación y el poder de su redención."

El Bautismo Es Esencial Para la Salvación. — Las observaciones que se han hecho respecto del objeto del bautismo se aplican con la misma fuerza a la proposición de que el bautismo es necesario para la salvación; pues como la remisión de pecados constituye un objeto especial del bautismo, y en vista de que no se podrá salvar en el reino de Dios el alma que tenga pecados no remitidos, claro es que el bautismo es esencial para la salvación. Prométese al hombre la salvación basada en su obediencia a las leyes y ordenanzas del evangelio; y el bautismo, como las Escrituras terminantemente lo indican, es uno de los más importantes de estos requerimientos. El bautismo, habiéndolo mandado Dios, debe ser esencial al propósito para el cual fué instituido, porque Dios no se ocupa en formas innecesarias. A todos los que han llegado a la edad de responsabilidad, les es requerido bautizarse; a nadie se exime de esta obligación.

Aun Cristo, un hombre sin pecado en medio de un mundo pecaminoso, se bautizó "para cumplir toda justicia". Este fué el propósito que el Salvador manifestó al sacerdote indeciso, quien no obstante el celo que sentía por su misión, vaciló cuando se le pidió que bautizara a uno que él consideraba sin pecado. Siglos antes del gran acontecimiento, Nefi, profetizando al pueblo del continente occidental, anunció el bautismo del Salvador y explicó cómo iba a cumplir con toda justicia ese acto: "Y si el Cordero de Dios, que es santo, tiene necesidad de ser bautizado en el agua para cumplir con toda justicia, ¿cuánto mayor, entonces, la necesidad que tenemos nosotros, siendo pecadores, de ser bautizados?"

Las palabras del Salvador, durante su ministerio en la carne, declaran que el bautismo es esencial para la salvación. Nicodemo, un príncipe de los judíos, vino a Jesús de noche, y profesó creer en el ministerio de Jesús, a quien llamó un maestro "venido de Dios". Viendo su fe, Jesús le enseñó una de las leyes principales del cielo, diciéndole: "El que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios." La interrogación de Nicodemo dió lugar a esta declaración adicional: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios."[d] Es casi por demás contender que el nacimiento de agua, que aquí se dice ser esencial para entrar en el reino, no es el bautismo. Respecto del parecer de Cristo tocante al bautismo, se nos da a saber también que él requería que cumpliesen con la ordenanza aquellos que deseaban ser sus discípulos." Cuando en su estado resucitado se apareció a los once apóstoles y les confirió su última bendición y comisión final, él les dió este mandamiento: "Por tanto, id, y doctrinad a todos los Gentiles, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo"; y refiriéndose al efecto del bautismo, les dijo que "el que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado".

No obstante lo claro que se expresa el espíritu de estas instrucciones y promesas, hay muchos, sin embargo, que aun cuando dicen estar enseñando la doctrina del Redentor, evaden el significado de sus preceptos y presumen que porque dijo: "El que no creyere será condenado"; en lugar de: "El que no se bautizare será condenado"; el bautismo no es, después de todo, una cosa esencial, sino más bien una mera conveniencia o simple concordancia del plan de salvación. Profesar creer en Cristo y al mismo tiempo negarse a obedecer sus mandamientos es burlarse de la fe. Creer en la palabra de Dios y no cumplir con ella es aumentar nuestra culpabilidad. Esta manera de proceder no hace más que añadir la hipocresía a otros pecados. Sobre el que profesa creer y se niega a obedecer los principios mismos en que se jacta de tener fe, indudablemente caerá el castigo completo que se ha prescrito para la incredulidad voluntaria. Además, ¿qué se puede decir de la sinceridad del que no quiere aceptar los mandamientos divinos a menos que se le especifiquen ciertos castigos si desobedece? ¿Puede ser sincero el arrepentimiento de uno de éstos cuando es sumiso sólo porque teme el castigo? No obstante, cuando expresó este principio para el gobierno de los santos en la dispensación actual, las palabras del Señor son más precisas: "El que creyere y se bautizare, será salvo; y el que no creyere ni se bautizare, será condenado."

Los discípulos de Cristo, particularmente aquellos que se asociaron íntimamente con él en el ministerio, predicaron la misma doctrina concerniente a la necesidad del bautismo. Juan el Bautista testificó que él había sido llamado para bautizar con agua; y hablando de aquellos que habían aceptado las enseñanzas de Juan, el Salvador afirmó que a pesar de ser publícanos, justificaban a Dios, mientras que los fariseos y los sabios de la ley, por rechazar el bautismo, "desecharon el consejo de Dios contra sí mismos'7 con lo cual, según hemos de concluir, perdieron su derecho a la salvación. Como ya se ha indicado, Pedro, el apóstol principal, no tuvo sino una respuesta para la ansiosa multitud que quería saber los puntos esenciales de la salvación: "Arrepentios, y bautícese cada uno de vosotros." [k]

La humilde sumisión de Cristo a la voluntad de su Padre, bautizándose aunque se hallaba sin pecado, declara al mundo en lenguaje más enérgico que el de palabras, que ninguno puede prescindir de este requisito, y que el bautismo es en verdad esencial para la salvación. De manera que ninguna evidencia de gracia divina, ninguna dádiva de dones celestiales exime al hombre de la obediencia hacia ésta y otras leyes y ordenanzas del evangelio. Saulo de Tarso, no obstante que se le permitió escuchar la voz del Redentor, no pudo entrar en la Iglesia de Cristo sino por la puerta del bautismo de agua y del Espíritu Santo.[1] Más tarde predicó el bautismo, declarando que por medio de esa ordenanza "nos vestimos de Cristo", haciéndonos hijos de Dios. A consecuencia de las oraciones y limosnas de Cornelio, reconociólo Dios, y descendió un ángel para instruirle que mandara llamar a Pedro, quien le diría lo que debiese hacer. El apóstol, después de haber sido preparado especialmente por el Señor para esta misión, entró en la casa del gentil arrepentido, aunque aquello era violar la costumbre de los judíos, y les enseñó a él y a su familia concerniente a Cristo Jesús. Aun mientras Pedro hablaba, el Espíritu Santo descendió sobre sus oyentes, de modo que testificaron por el don de lenguas y

glorificaron a Dios en gran manera.™ Con todo, la recepción de tan grandes dones en ningún sentido los eximió de dar cumplimiento a la ley del bautismo; y Pedro les mandó que se bautizaran en el nombre del Señor.

No fueron menos directas las promulgaciones de los ministros de Cristo sobre el hemisferio occidental en cuanto a la doctrina del bautismo. Tanto Lehi como su hijo Nefi testificaron del futuro bautismo del Salvador," y de la necesidad absoluta de ser bautizados con agua y el Espíritu Santo todos los que buscan la salvación. Nefi hace una admirable comparación entre el arrepentimiento y el bautismo de agua y del Espíritu, y la puerta que conduce al redil de Cristo. Alma predicó que el bautismo era indispensable para la salvación, y exhortó al pueblo a testificar ante el Señor que mediante la observancia de este principio hacían convenio de guardar sus mandamientos. Alma el segundo, hijo del anterior, proclamó que el bautismo era un medio de salvación, y consagró ministros para que bautizaran.

Durante el siglo que precedió el nacimiento de Cristo, se inició la obra de Dios entre los lamanitas, predicándose la fe, el arrepentimiento y el bautismo. Hallamos que Ammón proclamó esta doctrina al rey Lamoni y su pueblo. Helamán predicó el bautismo, y en los días de su ministerio, faltando menos de cincuenta años para que naciera Cristo, leemos que decenas de millares se unieron a la Iglesia por medio del bautismo. Así predicaron los hijos de Helamán," y lo mismo hizo su nieto Nefi. Estos bautismos se hacían en el nombre del Mesías que iba a venir; pero después que vino a su redil occidental, les indicó que habían de bautizarse en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y confirió a doce hombres la autoridad para administrar la ordenanza,[u] prometiendo la salvación a todos aquellos que cumplieran con su ley, y a tales solamente.

Existe abundante evidencia de que, para el Salvador, el ser bautizados es un requisito esencial para ser miembros de su Iglesia; de manera que al instituir el sacramento del pan y vino entre los nefitas, instruyó a sus discípulos que lo administrasen únicamente a aquellos que se habían bautizado debidamente.[v] Además, se nos da a saber que los que se bautizaron como Jesús lo indicó eran conocidos como la Iglesia de Cristo.[x] Conforme a la promesa del Salvador, el Espíritu Santo descendió sobre aquellos que fueron bautizados por su autoridad prescrita, y de esta manera se añadió el bautismo más alto del Espíritu Santo al bautismo de agua.[y] Muchos de ellos recibieron manifestaciones particulares de aprobación divina, viendo y oyendo cosas inexplicables que no les fué lícito escribir. La fe del pueblo se manifestó en buenas obras,[z] por la oración y el ayuno,[a] y respondiendo a ello, Cristo se volvió a aparecer, manifestándose en esta ocasión a los discípulos que él había llamado al ministerio. Reiteróles las promesas anteriores con respecto a todos los que por él llegaran a bautizarse, y agregó que si perseveraban hasta el fin, se hallarían sin culpa el día del juicio. En esa ocasión les repitió el mandamiento que, si es obedecido, promete la salvación: "Arrepentios, todos vosotros, extremos de la tierra, y venid a mí y bautizaos en mi nombre, para que seáis santificados por la recepción del Espíritu Santo, a fin de que en el postrer día os halléis en mi presencia, limpios de toda mancha." [c]

Casi cuatro siglos después se oyó la misma proclamación de labios de Mormón.[d] Entonces Moroni, su hijo, el único sobreviviente de la que en un tiempo fué una grande nación, lamentando la destrucción de sus hermanos, dejó lo que él suponía ser su último testimonio de la verdad de esta doctrina;[e] pero habiendo escapado a la muerte, contrario a lo que había esperado, de nuevo habla del sagrado tema; y entendiendo que la doctrina sería de valor incalculable para el que leyera sus páginas, testifica, en lo que se pueden considerar sus últimas palabras, que el bautismo del agua y del Espíritu es el medio de ganar la salvación.[f]

Este principio fundamental, proclamado en la antigüedad, se conserva hoy sin alteración alguna; es verdad y no cambia. Los élderes de la Iglesia de los últimos días han sido comisionados con casi las mismas palabras que se usaron para autorizar a los apóstoles de la antigüedad: "Id por todo el mundo, y predicad el evangelio a toda criatura, obrando mediante la autoridad que yo os he dado, bautizando en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; y el que no creyere, será condenado."[g] Y además, la voz del Señor dirigida a los élderes de la Iglesia por conducto de José el profeta: "Por consiguiente, así como dije a mis apóstoles, os digo de nuevo que toda alma que creyere en vuestras palabras y se bautizare en el agua para la remisión de los pecados, recibirá el Espíritu Santo." Pero: "En verdad, en verdad os digo que aquellos que no creyeren en vuestras palabras, ni se bautizaren en el agua en mi nombre para la remisión de sus pecados a fin de recibir el Espíritu Santo, serán condenados; y no entrarán en el reino de mi Padre, donde yo y mi Padre estamos." [h] Obedeciendo estos mandamientos, los élderes de esta Iglesia han seguido proclamando el evangelio entre las naciones, predicando que la fe, el arrepentimiento, y el bautismo del agua y del Espíritu Santo son esenciales para la salvación.

Hemos examinado las doctrinas relativas al bautismo, las cuales se han usado entre los judíos, los nefitas y

en la Iglesia de Jesucristo en esta época, y hemos visto que los principios que se han enseñado son siempre los mismos. Por cierto, nos hemos remontado hasta la historia más remota de la raza humana, y hemos visto que se proclamó que el bautismo era un principio salvador mediante el cual se prometió a Adán el perdón y la salvación. Ninguno tiene razón para esperar alcanzar la salvación si no cumple con la ley de Dios, de la cual el bautismo es parte esencial.

REFERENCIAS

El Bautismo para la Remisión de Pecados

Juan el Bautista bautizó, y predicó el bautismo de arrepentimiento para la remisión de pecados—Mar. 1:4; véase también Liuc. 3:3 y compárese con 1:76, 77. Arrepentios, y bautizaos en el nombre de Jesucristo para la remisión de los pecados—Hech. 2:38; véase también 22:16; D. y C. 33:11. La puerta por la cual se debe entrar es el arrepentimiento y el bautismo, y entonces sigue la remisión de vuestros pecados —2 Nefi 31:17. Bautizaos arrepentidos, para que podáis ser lavados de vuestros pecados—Alma 7:14. Administraron el bautismo de arrepentimiento, efectuando una gran remisión de pecados—3 Nefi 1:23. Cristo enseñó a los nefitas que por el bautismo recibirían la remisión de pecados—3 Nefi 12:2; véase también 30:2. El Sacerdocio de Aarón posee la autoridad de bautizar por inmersión para la remisión de los pecados—D. y C. 13:1. Declararás el arrepentimiento y la remisión de pecados por el bautismo—D. y C. 19:31; también 55:2. Bautícese cada uno de vosotros para la remisión de sus pecados—D. y C. 33:11. El evangelio de arrepentimiento, y del bautismo, y de la remisión de pecados—D. y C. 84:27.

El Bautismo Esencial para la Salvación

El que no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios—Juan 3:5. El que creyere y fuere bautizado, será salvo—Marcos 16:16; 3 Nefi 11:33; D. y C. 112:29. Los fariseos y los sabios de la ley desecharon el consejo de Dios, no siendo bautizados de Juan—Luc. 7:30. Por un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo—1 Cor. 12:13. Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis vestidos—Gal. 3:27. A la figura de la cual el bautismo nos salva—1 Ped. 3:21. Un Señor, una fe, un bautismo—Ef. 4:5. Manda a todos los hombres que se arrepientan y se bauticen, o no pueden salvarse en el reino de Dios—2 Nefi 9:23. Bautizaos en mi nombre; porque el que creyere y fuere bautizado se salvará—Ether 4:18; también Moroni 7:34; 3 Nefi 21:6. Cuidaos de ser bautizados indignamente—Mormón 9:29. Todos los que se arrepintieren, bautizándose en mi nombre, y perseveraren, serán salvos—D. y C. 18:22. Se le enseñó a Adán que el bautismo es esencial—Moisés 6:52. El bautismo de Adán—versículos 64-68.

Jesucristo Fue Bautizado

Para cumplir toda justicia—Mat. 3:15. Así se demuestra que el bautismo se requiere de todos; véase también Mar. 1:9; Luc. 3:21. Si el Cordero de Dios, que es santo, tiene necesidad de ser bautizado, cuánto mayor la necesidad que tenemos nosotros— 2 Nefi 31:5.

Preparación para el Bautismo

Por lo citado se muestra que la fe en el Señor Jesucristo, y un arrepentimiento efectivo son requerimientos anteriores al bautismo. Se necesita pues, el conocimiento, y se requiere la instrucción. Cristo mandó a los apóstoles que doctrinaran a todas las naciones, bautizándolas entonces, y después enseñándoles aún más—Mat. 28:19, 20. Los que recibieron las instrucciones de San Pedro fueron bautizados—Hech. 2:41. Los que creyeron las enseñanzas de Felipe concernientes al reino de Dios se bautizaron—Hech. 8:12. San Pedro instruyó a Cornelio y su familia, antes que se bautizaran—Hech. 8:12. San Pablo enseñó al carcelero y los de su casa antes de su bautismo-Hech. 16:29-33. Juan el Bautista pidió evidencia de un arrepentimiento antes de bautizar—Luc. 3:7-14. Un resumen de las condiciones requeridas—Moroni 6:1-4. Los niños pequeñitos, por no poder entender ni arrepentirse, no deben ser bautizados—Moroni, cap. 8. Los padres deben enseñar a sus hijos, y prepararlos para el bautismo cuando tengan ocho años de edad—D. y C. 68:25. Ninguno puede ser admitido en la Iglesia a no ser que haya llegado a la edad de responsabilidad y sea capaz de arrepentirse.—D. y C. 20:71; véase también el versículo 37.

CAPITULO 7
EL BAUTISMO—Cont.

Artículo 4.—Creemos que los primeros principios y ordenanzas del evangelio son: . . . tercero: Bautismo por inmersión para la remisión de pecados; . . .

LA MANERA DE BAUTIZAR

El Modo de Administrar el Bautismo es Importante.— Ya hemos visto, al considerar el objeto y la necesidad del bautismo, la importancia con que el Señor considera este rito iniciador. No causa admiración que esté categóricamente prescrito el modo de administrar la ordenanza. Muchas sectas cristianas tienen algún rito iniciador establecido en el que el agua entra como elemento necesario; aunque para algunos la ceremonia no consiste sino en colocar el dedo húmedo del sacerdote sobre la frente de la persona, o en verter o rociar agua sobre la cara, al paso que para otros se precisa la inmersión de todo el cuerpo. Los Santos de los Últimos Días afirman que las Escrituras no encierran ambigüedad alguna en cuanto al modo aceptable de efectuar el bautismo, y sin temor declaran su creencia de que la única forma verdadera consiste en la inmersión del cuerpo por un siervo o representante del Salvador, debidamente comisionado. Sus razones en apoyo de su creencia se pueden compendiar de la siguiente manera: La derivación y uso antiguo de la palabra bautismo y sus formas análogas, indican inmersión. De ninguna otra manera se conserva el simbolismo del rito. La autoridad de las Escrituras, la palabra revelada de Dios proferida por las bocas de sus profetas de los días antiguos y postreros, señala la inmersión como la verdadera forma del bautismo.

El Verbo "Bautizar", que viene del griego bapti-zein, baptizo, literalmente significaba hundir o sumergir. Como sucede con toda lengua viva, las palabras pueden sufrir grandes cambios en su significado, y algunos escritores declaran que la palabra de que estamos tratando puede aplicarse al acto de rociar o mojar con agua así como a la inmersión misma. Tórnase en un asunto interesante, pues, escudriñar el significado que el término tenía en los días de Cristo o más o menos en esa época, porque en vista de que el Salvador evidentemente consideró innecesario ampliar el significado de la palabra en el curso de sus instrucciones sobre el bautismo, claro es que ésta transmitía un significado bien preciso a aquellos que recibían sus enseñanzas. Por el uso que de la palabra original hicieron los autores griegos y latinos," se aclara que ellos entendieron que el significado verdadero era efectivamente una inmersión en el agua. Los griegos modernos entienden que bautismo quiere decir sumergir en el agua y, por tanto, al adoptar el cristianismo, la inmersión, como forma debida del bautismo, es lo que practican. En este género de argumentos debe tenerse presente que la evidencia filológica no es la más decisiva. Pasemos, pues, a considerar otras razones más potentes.

El Simbolismo del Rito Bautismal en ninguna otra forma se conserva sino en la de la inmersión. El Salvador comparó el bautismo a un nacimiento y declaró que era esencial para la vida que conduce al reino de Dios.[c] Ninguno puede decir que se simboliza un nacimiento rociando la cara con agua. Una de las causas principales que han contribuido a la preeminencia de Cristo como maestro de maestros fué su lenguaje preciso y vigoroso: sus comparaciones y metáforas son siempre expresivas; sus parábolas, convincentes; y tan inadecuada similitud, como la que se pretende en semejante tergiversación del nacimiento, sería completamente ajena de los métodos del Señor.

El bautismo también ha sido comparado de un modo impresionante a un entierro, seguido de una resurrección; y en este símbolo de la muerte corporal y resurrección de su Hijo, Dios ha prometido otorgar la remisión de pecados. San Pablo dice a los Romanos: "¿No sabéis que todos los que somos bautizados en Cristo Jesús, somos bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él a muerte por el bautismo; para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si fuimos plantados juntamente en él a la semejanza de su muerte, así también lo seremos a la de su resurrección." Y también escribe el apóstol: "Sepultados juntamente con él en el bautismo, en el cual también resucitasteis con él, por la fe de la operación de Dios que le levantó de los muertos." De todas las distintas formas de bautismo que el hombre practica, únicamente la inmersión simboliza un nacimiento que señala el principio de una nueva carrera, o el sueño de la tumba con su consiguiente victoria sobre la muerte.

La Autoridad de las Escrituras no admite forma alguna sino la inmersión. Jesucristo fué bautizado por inmersión. Leemos que después de la ordenanza "subió luego del agua". Que el bautismo del Salvador fue acep-

table en la vista de su Padre, abundantemente lo comprueban las manifestaciones subsiguientes como el descenso del Espíritu Santo y la declaración del Padre: "Este es mi Hijo Amado, en el cual tengo contentamiento." Juan, llamado el Bautista por motivo de su comisión divina, bautizaba en el río Jordán;[g] y poco después se dice que "bautizaba también Juan en Enón junto a Salim, porque había allí muchas aguas"; sin embargo, si hubiera estado bautizando por aspersión, le habría bastado una cantidad pequeña de agua para una multitud.

Leemos del bautismo que siguió la conversión algo rápida del eunuco etíope, tesorero de la reina Candace. Felipe le predicó la doctrina de Cristo mientras iban juntos en el carro del eunuco. Este, creyendo las palabras de su instructor inspirado, quiso bautizarse, y aceptando Felipe, "mandó parar el carro: y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco; y bautizóle. Y como subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe; y no le vio más el eunuco, y se fué por su camino gozoso."

La Historia, Aparte de la Bíblica, hace constar que durante más de dos siglos después de Cristo, la inmersión fue la forma de bautismo que generalmente practicaban los que profesaban el cristianismo, y que no fué sino hasta a fines del siglo xii que se generalizaron otras formas.[J] La perversión de las ordenanzas instituidas por autoridad es cosa que debe esperarse, si se practica la forma exterior de tales ordenanzas cuando falta la autoridad para administrarlas. Sin embargo, esta corrupción es de desarrollo gradual: las imperfecciones que resultan de enfermedades orgánicas no se desarrollan en un día. Como sucede con todas las ordenanzas que Cristo instituyó, hemos de buscar lo que más se asemeja a la forma verdadera del bautismo en la época inmediatamente después de su ministerio personal y el de sus apóstoles. Más tarde, al aumentar las tinieblas de la incredulidad, habiendo desaparecido de la tierra con sus siervos martirizados la autoridad que Cristo dejó, brotaron muchas innovaciones, y los dignatarios de las varias iglesias se convirtieron en ley para sí y para sus adherentes. A principios del tercer siglo, el obispo de Cartago determinó que las personas de salud delicada podrían bautizarse aceptablemente por aspersión y, dada esta licencia, la forma verdadera del bautismo gradualmente se fué haciendo impopular, y las prácticas desautorizadas inventadas por el hombre la reemplazaron.

El Bautismo Entre los Nefitas, solamente por inmersión se administraba. Ya se ha demostrado hasta qué grado se predicó y se practicó el bautismo entre el pueblo, desde Lehi hasta Moroni. Cuando el Salvador apareció a su pueblo del continente occidental, les dió instrucciones muy explícitas en cuanto a la manera en que habían de administrar esta ordenanza. He aquí sus palabras: "De cierto os digo que de este modo bautizaréis a quien se arrepintiere de sus pecados a causa de vuestras palabras, y deseare ser bautizado en mi nombre: He aquí, iréis y entraréis en el agua, y en mi nombre lo bautizaréis. Y he aquí las palabras que pronunciaréis, llamando a cada Uno por su nombre: Habiéndoseme dado autoridad de Jesucristo, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén. Y entonces lo sumergiréis en el agua, y volveréis a salir del agua."

El Bautismo en los Últimos Días, de acuerdo con lo prescrito por revelación, sigue el mismo modelo. Los primeros bautismos en la dispensación actual fueron los de José Smith y Oliverio Cówdery, quienes se bautizaron el uno al otro de conformidad con las instrucciones del ángel que les había conferido la autoridad para administrar esta santa ordenanza, el cual no fué otro sino Juan el Bautista de una dispensación anterior, el precursor del Mesías. José Smith relata el acontecimiento de esta manera: "Por consiguiente, fuimos y nos bautizamos. Yo lo bauticé (a Oliverio Cówdery) primero, y luego me bautizó él a mí. . . . Inmediatamente después de salir del agua, luego que nos hubimos bautizado, sentimos grandes y gloriosas bendiciones."

En una revelación sobre el gobierno de la Iglesia, fechada abril de 1830, el Señor señaló el modo exacto de efectuar el bautismo cual él quiere que se haga en la dispensación actual. Dijo así: "El bautismo se debe administrar de la siguiente manera a todos los que se arrepientan: La persona que es llamada de Dios, y que tiene autoridad de Jesucristo para bautizar, entrará en el agua con el o la que se haya presentado para el bautismo, y dirá, llamándolo o llamándola por nombre: Habiendo sido comisionado por Jesucristo, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén. Entonces lo sumergirá, o la sumergirá, en el agua, y saldrán otra vez del agua."

El Señor no habría prescrito las palabras de esta ordenanza si no hubiese tenido por objeto que no se usara sino esta forma. Por consiguiente, los élderes y presbíteros de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días ninguna autoridad personal tienen para cambiar con aditamentos, omisiones o alteraciones de cualquier especie, la forma que Dios ha dado.

REPETICIÓN DEL BAUTISMO

Se Repite la Ordenanza Bautismal en un mismo individuo de acuerdo con ciertas condiciones determinadas. De manera que si uno, después de haber entrado en la Iglesia por medio del bautismo, se retira o es excomulgado de ella, y después se arrepiente y desea volver a la Iglesia, sólo puede hacerlo por medio del bautismo. Este, sin embargo, es una repetición de la ordenanza iniciadora cual previamente se administró. No hay en la Iglesia ordenanza alguna para rebautizar, que en naturaleza, forma o propósito sea distinta del otro bautismo; y, por tanto, al administrar el bautismo a una persona que se ha bautizado anteriormente, la forma de la ordenanza es exactamente igual que la del primer bautismo. Ni la expresión "yo te rebautizo" en lugar de "yo te bautizo", ni los aditamentos "para la renovación de tus convenios" o "para la remisión de tus pecados", están autorizados. Los dictados de la razón concuerdan con la voz de las autoridades generales de la Iglesia para desaprobar cualquier cambio en el orden que el Señor ha instituido; sólo mediante la autoridad se pueden efectuar cambios en las ordenanzas dadas por autoridad.

De Los Que Han Sido Rebautizados, las Escrituras citan pocos ejemplos; y en cada uno de estos casos quedan manifestadas las circunstancias especiales que justificaron el hecho. Así pues leemos que San Pablo bautizó a ciertos discípulos en Efeso, aunque ya se habían bautizado conforme al bautismo de Juan. Pero en este caso el apóstol tenía razón para dudar de que el bautismo de que hablaban les había sido administrado por personas autorizadas, o después de la debida preparación preliminar; por-que cuando puso a prueba la eficacia de su bautüsmo, preguntándoles: "¿Habéis recibido el Espíritu Santo después que creísteis?", ellos le contestaron: "Antes ni aun hemos oído si hay Espíritu Santo." Entonces Pablo, sorprendido, les preguntó: "¿En qué pues sois bautizados? Y ellos dijeron: En el bautismo de Juan." Pero él sabía, como nosotros sabemos, que aun cuando Juan predicó el bautismo de arrepentimiento por agua, declaró que aquello no era sino el paso preliminar del bautismo mayor del Espíritu Santo que Cristo habría de traer. Por consiguiente, en vista de esta evidencia inaceptable de la validez de su bautismo, el apóstol hizo que se administrara el bautismo en el nombre del Señor Jesús a estos doce efesios devotos, después de lo cual puso sus manos sobre ellos, y recibieron el Espíritu Santo.

El bautismo que Cristo instituyó entre los nefitas consistió principalmente en rebautizar; porque, como ya hemos visto, se había enseñado y practicado la doctrina del bautismo entre el pueblo desde los días de Lehi; e indudablemente Nefi, el primero a quien el Señor dió la autoridad para bautizar después de su partida, debe haber sido bautizado previamente, porque él y sus colaboradores en el ministerio habían sido sumamente celosos en predicar la necesidad del bautismo. Sin embargo, en este caso probablemente también había surgido cierta incongruencia en la manera de administrar la ordenanza y quizá en el espíritu con que se hacía, porque el Salvador, al darles instrucciones detalladas concernientes a la manera de bautizar, los reprendió a causa del espíritu de contención y disputa que anteriormente había existido entre ellos en cuanto a la ordenanza." Se validó pues el bautismo de estas personas por medio de una administración autorizada, de conformidad con la manera prescrita por el Señor.

El Bautizar Repetidas Veces a la Misma Persona no es permitido en la Iglesia. Es un error suponerse que el bautismo será el medio de obtener el perdón cuantas veces se repita. Semejante creencia tiende más bien a disculpar el pecado que a impedirlo, ya que parece que se pueden evitar fácilmente los efectos perjudiciales. Ni la ley escrita ni las instrucciones del Sacerdocio viviente indican que el bautismo es un medio por el cual pueden obtener el perdón aquellos que ya se encuentran dentro del redil de Cristo. Se ha prometido el perdón del pecado a éstos so condición de que confiesen y se arrepientan con íntegro propósito de corazón; no les es requerido repetir el rito bautismal, y aunque se bautizaran repetidas veces estas personas, de ninguna manera recibirían la remisión de los pecados, si no se arrepintieran sinceramente. Las flaquezas del estado mortal y nuestra inclinación hacia el pecado nos conducen continuamente hacia el error, pero si hacemos convenio con el Señor en las aguas del bautismo, y desde entonces en adelante procuramos observar su ley, él es misericordioso para perdonar nuestras pequeñas transgresiones por medio de un arrepentimiento sincero y verdadero; y sin tal arrepentimiento el bautismo de nada nos serviría.

EL BAUTISMO POR LOS MUERTOS

A Todos Se Exige El Bautismo.—Ya se ha tratado la universalidad de la ley del bautismo. Se ha demostrado que el cumplir con la ordenanza es esencial para la salvación, y a todo el género humano se aplica esta condición. En ningún lugar de las Escrituras se hace distinción alguna, en este particular, entre los vivos y los muertos. Los muertos son aquellos que han vivido en el estado mortal sobre la tierra; los vivos son los

mortales que aún tienen que sufrir el cambio decretado que llamamos muerte. Todos son hijos del mismo Padre, todos serán juzgados y premiados o castigados por la misma justicia infalible, con la misma intervención de merced benigna. No sólo por los cuantos que vivían sobre la tierra mientras él estuvo en la carne se ofreció el sacrificio expiatorio de Cristo, ni por todos aquellos que habrían de nacer en el estado mortal después de su muerte, sino por todos los habitantes de la tierra, pasados, presentes y futuros. El Padre lo ordenó a él para ser juez, tanto de vivos como de muertos; es Señor así de los vivos como de los muertos, según la distinción que hacen los hombres entre vivos y muertos, aunque todos van a estar en una sola condición, porque para él todos viven.

Muchos Todavía No Conocen el Evangelio.—De las multitudes de seres humanos que ya han vivido y muerto, pocos son los que han oído las leyes del evangelio, y más pocos todavía los que las han obedecido. En el curso de la historia del mundo, ha habido largos períodos de obscuridad espiritual en que no se predicó el evangelio entre los hombres, en que no hubo un representante autorizado del Señor que oficiara en las ordenanzas salvadoras del reino. Esta condición jamás ha existido sino como consecuencia de la incredulidad y la iniquidad. Cuando el género humano con persistencia ha hollado las perlas de la verdad en el fango y ha tratado de matar y destruir a los portadores de las joyas, estos tesoros del cielo han sido llevados y guardados, tanto en justicia como en misericordia, hasta que pudiera levantarse una generación que los apreciara más. Con mucha razón se podrá preguntar: ¿Qué disposición se ha tomado en la providencia de Dios para que por fin se puedan salvar los que de esta manera han desatendido los requerimientos del evangelio, y aquellos que nunca lo han oído?

Según ciertos dogmas que durante la obscuridad de la noche espiritual han prevalecido entre muchas sectas, dogmas que todavía se promulgan celosamente, el destino de toda alma va a ser un castigo sin fin o una dicha interminable, invariable en cuanto a especie o grado; y se pronunciará el juicio de acuerdo con la condición del espíritu al tiempo de la muerte corporal. Una vida de pecado, según esto, quedará completamente nulificada mediante el arrepentimiento a la hora de la muerte; y una carrera honorable, si no va acompañada de las ceremonias de las sectas establecidas, será condenada a los tormentos del infierno sin esperanza de rescate. Semejante concepto debe clasificarse con la temible herejía que proclama la condenación de los niños inocentes que no han sido rociados por la autoridad asumida del hombre.

Es una blasfemia así atribuirle a la Naturaleza Divina el capricho y el rencor. De acuerdo con la justicia de Dios, ninguna alma va a ser condenada por ley alguna que no se le haya dado a conocer. Es cierto que se ha decretado el castigo eterno como el destino de los impíos; pero el Señor mismo ha interpretado esta expresión: [u] Castigo eterno es castigo de Dios; castigo sin fin es castigo de Dios, porque "Sin Fin" y "Eterno" son dos de sus nombres, y son expresiones típicas de sus atributos. No habrá alma que permanecerá en la prisión o seguirá en tormento más del tiempo requerido para efectuar la reformación necesaria y vindicar a la justicia, que son los únicos fines por los que se impone el castigo. Y a nadie se le permitirá entrar en ningún reino de gloria, si no lo ha merecido por medio de su obediencia a la ley.

El Evangelio Predicado a los Muertos.—Es claro, pues, que se debe proclamar el evangelio en el mundo espiritual; y las Escrituras abundantemente prueban que se ha estipulado esta obra. Hablando de la misión del Redentor, San Pedro expresa esta verdad así: "Porque por esto también ha sido predicado el evangelio a los muertos; para que sean juzgados en carne según los hombres, y vivan en espíritu según Dios."[x] Cristo inauguró esta obra entre los muertos en el intervalo entre su muerte y su resurrección. Mientras su cuerpo yacía en la tumba, su espíritu ministró a favor de los espíritus de los difuntos: "En el cual también fué y predicó a los espíritus encarcelados; los cuales en otro tiempo fueron desobedientes, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, cuando se aparejaba el arca; en la cual pocas, es a saber, ocho personas fueron salvas por agua."

Otras Escrituras apoyan la proposición de que mientras estuvo en un estado desincorporado, Cristo fué a otro lugar distinto del que generalmente se conoce como cielo—la morada de su Padre—y que obró entre los muertos quienes urgentemente necesitaban su ministerio. Uno de los malhechores que fué crucificado junto con él recibió, a causa de su humildad, esta promesa de los labios del Salvador moribundo: "Hoy estarás conmigo en el paraíso." Y tres días después, el Señor, ya un ser resucitado, declaró a la Magdalena entristecida: "Aún no he subido a mi Padre."

Si se consideró justo y propio que se llevase el evangelio a los espíritus que fueron desobedientes en los días de Noé, razonable es concluir que se colocarán oportunidades semejantes al alcance de otros que han

rechazado la palabra en diversas ocasiones. Porque el mismo espíritu de negligencia, desobediencia y oposición hacia la ley divina que señaló los días de Noé, ha existido desde entonces. Además, si en el plan de Dios se ha proveído para la redención de los que voluntariamente son desobedientes, aquellos que de hecho desprecian la verdad, ¿podremos creer que las aún mayores multitudes de espíritus que jamás han oído el evangelio van a permanecer eternamente en el castigo? No; Dios ha decretado que aun las naciones paganas y aquellos que no conocieron ninguna ley serán redimidos.[0] Los dones de Dios no se limitan a esta esfera de actividad, sino que se conferirán en justicia por toda la eternidad. Los castigos estipulados caerán sobre todos los que rechazaren la palabra de Dios en esta vida, pero después de quedar pagada la deuda se abrirán las puertas de la prisión, y los espíritus que en un tiempo estuvieron encerrados en sufrimiento, para entonces castigados y limpios, saldrán a participar de la gloria proveída para los de su clase.

Predíjose la Obra de Cristo Entre los Muertos.—Siglos antes que Cristo viniera en la carne, los profetas se gozaron en el conocimiento de que por medio de él se llevaría la salvación tanto a los muertos como a los vivos.

Hablando de la retribución que habría de alcanzar a los orgullosos y soberbios de la tierra, Isaías declara: "Y serán amontonados como se amontonan encarcelados en mazmorra, y en prisión quedarán encerrados, y serán visitados después de muchos días."[d] El mismo profeta testifica de la obra del futuro Redentor de este modo: "Para que abras ojos de ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que están de asiento en tinieblas." [e] David, cantando con la música de la inspiración, exclama concerniente a la redención de la tumba: "Alegróse por tanto mi corazón, y se gozó mi gloria: también mi carne reposará segura. Porque no dejarás mi alma en el sepulcro; ni permitirás que tu santo vea corrupción. Me mostrarás la senda de la vida: hartura de alegrías hay con tu rostro; deleites en tu diestra para siempre."

La Obra de los Vivos a Favor de los Muertos. — De acuerdo con la ley de Dios se efectuará la redención de los muertos, la cual ley se ha escrito en justicia e ideado en misericordia. Es imposible que espíritu alguno, ya en la carne, ya desincorporado, obtenga la promesa de gloria eterna, sino con la condición de que rinda obediencia a las leyes y ordenanzas del evangelio. Y así como el bautismo es esencial para la salvación de los vivos, es igualmente indispensable para los muertos. Los santos de los días antiguos sabían esto, y, por consiguiente, se enseñaba entre ellos la doctrina del bautismo por los muertos. En una epístola dirigida a la iglesia en Corinto, San Pablo explicó el principio de la resurrección, mediante la cual los cuerpos de los muertos se han de levantar de los sepulcros—Cristo las primicias, y luego los que son de Cristo—y como prueba de que el evangelio, cual lo habían recibido, abrazaba esta doctrina de la resurrección, el apóstol pregunta: "De otro modo, ¿qué harán los que se bautizan por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan? ¿Por qué, pues, se bautizan por los muertos?" Estas palabras no son ambiguas, y el hecho de que se presentan sin explicación o comentarios indica que entre aquellos a quienes se dirigía esta carta se entendía el principio del bautismo por los muertos.

Manifiéstase en esto la necesidad de la obra vicaria: los vivos obrando a favor de los muertos, los hijos efectuando por sus progenitores lo que éstos no tienen el poder de hacer por sí mismos. Muchas y variadas son las interpretaciones que ofrece la falible sabiduría humana sobre esta sencilla pregunta de San Pablo; sin embargo, el estudiante ingenuo y sincero comprende el significado sin mucha dificultad. En las últimas palabras del Antiguo Testamento, el profeta Malaquías predijo la gran obra que se llevaría a cabo a favor de los muertos en los postreros días: "He aquí, yo os envío a Elias el profeta, antes que venga el día de Jehová grande y terrible. El convertirá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres: no sea que yo venga, y con destrucción hiera la tierra." Entre muchos estudiantes bíblicos comúnmente se cree que esta profecía se refiere al nacimiento y ministerio de Juan el Bautista,' sobre quien efectivamente reposó y moró el espíritu y poder de Elias, como el ángel había anunciado, pero ninguna constancia tenemos de que Elias el Profeta haya visitado a Juan; y además, los resultados de la misión de éste no permiten la conclusión de que en él se realizó cabalmente la profecía.

Hemos de buscar, pues, en una fecha posterior de la historia, el cumplimiento de la profecía de Malaquías. El 21 de septiembre de 1823, José Smith recibió la visitación de un ser resucitado quien dijo ser Moroni, un ser enviado de la presencia de Dios. En el curso de sus instrucciones al joven, Moroni citó la profecía de Malaquías, a la cual ya se ha hecho referencia, pero en palabras algo distintas, y ciertamente más expresivas que las que aparecen en la Biblia. La versión del ángel es la siguiente: "Porque, he aquí, viene el día que arderá como un horno, y todos los soberbios, sí, y todos los que obran inicuamente arderán como rastrojo, porque los que vienen los quemarán, dice el Señor de los Ejércitos, de modo que no les quedará ni raíz ni rama . . . He aquí, yo os

revelaré el sacerdocio por la mano de Elias el Profeta, antes de la venida del grande y terrible día del Señor ... Y él plantará en los corazones de los hijos las promesas hechas a los padres, y los corazones de los hijos se volverán a sus padres. De no ser así, toda la tierra sería destruida totalmente a su venida."

En una manifestación gloriosa concedida a José Smith y a Oliverio Cówdery en el templo de Kírtland, el día 3 de abril de 1836, aparecióseles Elias el Profeta, el mismo que había sido llevado de la tierra sin gustar la muerte, quien les declaró: "He aquí, ha llegado el tiempo preciso anunciado por boca de Malaquías—quien testificó que él (Elias) sería enviado antes que viniera el día grande y terrible del Señor, para convertir los corazones de los padres a los hijos, y los hijos a los padres, para que no fuera herido el mundo entero con una maldición—por tanto, se entregan en vuestras manos las llaves de esta dispensación, y por esto podréis saber que el día grande y terrible del Señor está cerca, aun a las puertas."™

Los Padres y los Hijos Dependen Mutuamente Uno del Otro,—Uno de los grandes principios que sirve de fundamento a la doctrina de la salvación para los muertos es el de la dependencia mutua de los padres y los hijos, de antepasados y posteridad. Como el profeta José Smith enseñó a los santos," si no fuera por el establecimiento de un eslabón comunicante entre los padres muertos y los hijos que viven, la tierra sería herida con una maldición. El plan divino dispone que ni los hijos ni los padres pueden perfeccionarse solos; y se efectúa la unión necesaria por medio del bautismo y otras ordenanzas asociadas que los vivos administran a favor de los muertos. Queda aclarada en estas Escrituras la manera en que los corazones de los hijos y los de los padres se vuelven unos a otros. Al paso que los hijos van aprendiendo que sin sus progenitores ellos no pueden alcanzar la perfección, se abrirán sus corazones, se fortalecerá su fe y procurarán las buenas obras para la redención de sus muertos; y éstos, por lo que han aprendido de los ministros del evangelio que obran entre ellos, sabiendo que dependen de sus hijos como salvadores vicarios, procurarán sostener a sus representantes mortales con fe y oraciones, para la perfección de esas obras de amor.

De esta manera, el amor, en sí un poder, se intensifica. Aparte de las emociones que en el alma suscita la presencia de lo divino, pocos son los anhelos más fuertes y puros que el amor hacia los parientes. El cielo no podría ser todo lo que deseamos si no se conociera allí el amor de la familia.º La afección allá se distinguirá de la terrenal, porque será más profunda, más fuerte y más pura. De modo que en la misericordia de Dios, sus hijos mortales errantes que han tomado sobre sí el nombre de Cristo en la tierra pueden, cada cual, llegar a ser, dentro de una esfera limitada, un salvador en la casa de sus padres mediante una labor y sacrificio vicarios, efectuados en humildad y como están representados en la ordenanza bautismal, típica de la muerte, sepultura y resurrección del Redentor.

La Obra Por los Muertos Tiene Doble Propósito.—Lo que se hace en la tierra quedaría incompleto si no fuera por un suplemento y obra análoga allende de la tumba. Allá se está efectuando un trabajo misionero por medio del cual se llevan las nuevas del evangelio a los espíritus de los difuntos, quienes por este medio se enteran de la obra que por ellos se ha hecho sobre la tierra. En lo que toca a la ley divina que ha sido revelada, se requiere que las ordenanzas exteriores como el bautismo en el agua, la imposición de manos para conferir el Espíritu Santo y las investiduras más avanzadas que siguen, se hagan en la tierra, obrando vicariamente por los muertos un representante apropiado en la carne. Los resultados de estas obras se deben dejar al Señor. No se debe suponer que por motivo de estas ordenanzas los espíritus de los difuntos se verán precisados en modo alguno a aceptar la obligación, ni que se les va a estorbar en lo más mínimo en el ejercicio de su libre albedrío. Aceptarán o rechazarán, según su estado de humildad u hostilidad, en lo que toca al evangelio pero la obra ya hecha por ellos en la tierra estará a su disposición cuando la enseñanza sana y la contrición efectiva les hayan mostrado su posición verdadera.

TEMPLOS

Templos u Otros Lugares Sagrados son necesarios para la administración de las ordenanzas que atañen a la salvación de los muertos, y ciertas ordenanzas para los vivos. No es sino propio que estos edificios sean lo mejor que la gente pueda construir. En todas las edades del mundo el pueblo del convenio ha construido templos. Poco después de emanciparse Israel de la esclavitud egipcia, el Señor mandó que el pueblo construyera un santuario en su nombre, el plan del cual él especificó minuciosamente. Aunque no fué más que una tienda, se amuebló y se diseñó elegantemente, empleándose lo más escogido de las posesiones del pueblo en su construcción. El Señor aceptó esta ofrenda manifestando en ella su gloria y revelándose allí. Después que el

pueblo se hubo establecido en la tierra prometida, diósele al Tabernáculo del Testimonio un sitio más permanente, aunque siguieron honrándolo por motivo de su propósito sagrado hasta que el Templo de Salomón lo reemplazó como santuario del Señor.

Este templo, uno de los edificios más imponentes que el hombre jamás ha construido para servicios sagrados, se dedicó con ceremonias solemnes. Sin embargo, su esplendor fué de corta duración, porque en menos de cuarenta años de la fecha de su terminación, su gloria menguó, y por último fué destruído por fuego. Después que los judíos volvieron de su cautividad, se efectuó una restauración parcial del templo, y mediante la influencia amistosa de Ciro y Darío se dedicó el templo de Zorobabel. En el espíritu que motivó a sus oficiales, entre ellos Zacarías, Ageo y Malaquías, claramente se ve que el Señor aceptó este esfuerzo por parte de su pueblo de conservar un santuario a su nombre. Este templo duró casi cinco siglos, y unos cuantos años antes del nacimiento del Salvador, Herodes el Grande inició la reconstrucción del edificio, y el Templo de Herodes comenzó a figurar en la historia. Al tiempo de la crucifixión se partió el velo de este templo, y en el año 70 de la era cristiana, como se había predicho, Tito consumó la destrucción del edificio.

Los Templos en los Últimos Días.—Desde ese tiempo hasta la dispensación presente no se ha edificado otro templo sobre el continente oriental. Es cierto que se han construido suntuosos edificios para adorar en ellos, pero una estructura colosal no es necesariamente un templo. Un templo es más que una casa de oración, un lugar donde congregarse, un tabernáculo o sinagoga. Es un lugar especialmente preparado, mediante su dedicación al Señor, y señalado por su aceptación, para solemnizar ordenanzas que pertenecen al Santo Sacerdocio. Los Santos de los Últimos Días, siguiendo las características del pueblo del convenio, han sido desde el principio una organización que se ha dedicado a la construcción de templos. Unos cuantos meses después del establecimiento de la Iglesia en la dispensación actual, el Señor se refirió a un templo que había de ser construido. En julio de 1831 el Señor designó un sitio en Independence, Estado de Misurí, como el lugar de un templo futuro;[2] pero aún no se ha consumado su construcción, ni la del templo en Far West, del cual se colocaron las piedras angulares el 4 de julio de 1838 y se repusieron el 26 de abril de 1839. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días ha construido templos, cada uno de ellos un edificio majestuoso y costoso, en Kírtland, Estado de Ohio; Nau-voo, Estado de Illinois; Saint George, Logan, Manti y Salt Lake City en el Estado de Utah; Cardston, en Canadá; Laie en las Islas Hawaianas, Mesa, Estado de Arizona e Idaho Falls, Estado de Idaho. Los templos de Kírtland y Nauvoo quedaron abandonados cuando los miembros de la Iglesia, quienes los habían construido a costa de sacrificios aún incalculables, fueron arrojados hacia el oeste por la fuerza de la persecución. Actualmente usa el edificio en Kírtland, como casa de oración común, una pequeña secta que no manifiesta actividad alguna en las labores sagradas para las cuales se precisan los templos. El templo de Nauvoo fué destruido por un incendio maliciosamente provocado. La magnitud y majestuosidad de las labores sagradas efectuadas en los templos de la dispensación actual para la salvación tanto de los vivos como de los muertos aseguran la misericordiosa aceptación del Señor.[a]

REFERENCIAS

El Bautismo por Inmersión

Jesús, después que fué bautizado, subió luego del agua—Mat. 3:16. Vinieron a Juan personas de todas partes de Judea y de Jerusalén, y eran todos bautizados por él en el río Jordán. Jesús fué bautizado por Juan en el Jordán; y luego subió del agua-Mar. 1:5, 9, 10. Y bautizaba también Juan en Enón junto a Salim, porque había allí muchas aguas—Juan 3:23. Felipe y el eunuco descendieron ambos al agua; y subieron del agua—Hech. 8:38. Levántate, y bautízate, y lava tus pecados—Hech. 22:16; también D. y C. 39:10. Mas ya sois lavados—1 Cor. 6:11. Adán fué llevado al agua, y sumergido en el agua, y sacado del agua, cuando se bautizó—Moisés 6:64, 65. Relación de los bautismos en las aguas de Mormón; Alma, Helam y los demás se sepultaron en el agua—Mosíah 18: 8-16. Muchos fueron bautizados en las aguas de Sidón — Alma 4:4. Instrucciones a los nefitas del Señor resucitado: Entraréis en el agua ... y entonces lo sumergiréis en el agua — 3 Nefi 11:22-26. Se han dado en la dispensación actual instrucciones parecidas—D. y C. 20:72-74. Nefi entró en el agua, y fué bautizado, y salió del agua—3 Nefi 19:11-13. La inmersión mejor representa el simbolismo del nacimiento y sepultura, a los cuales se compara el bautismo. Jesús declaró: El que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios—Juan 3:3; también versículo 5. Sepultados con él a muerte por el bautismo—Rom. 6:4; véase también Col. 2:12. Los que reciben la gloria celestial tendrán que ser sepultados en el agua en el nombre de Cristo—D. y C. 76:51. Y nacerán de mí, aun del agua y del Espíritu—D. y C. 5:16.

El Bautismo por los Muertos

De otro modo, ¿qué harán los que se bautizan por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan? ¿Por qué pues se bautizan por los muertos?—1 Cor. 15:29. Se enviará a Elias el Profeta en los últimos días para convertir el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres—Mal. 4:5; también 3 Nefi 25:5, 6; P. de G. P., pág. 49; D. y C. sec. 2. La misión de Elias el Profeta encierra el servicio vicario de los vivos a favor de los muertos.—D. y C. 27:9. Ha venido Elias y entregado su comisión—D. y C. 110:13-16. El bautismo por los muertos es una ordenanza de la Casa del Señor; de ahí, la necesidad de Templos—D. y C. 124:28-31, 36, 39. Se instituyó esta ordenanza antes de la fundación del mundo— versículo 33. Se debe llevar un registro de los bautismos por los muertos— D. y C. 127:6; 128:1-7. Instrucciones respecto al bautismo por los muertos—D. y C. 128:15-18. Entre su muerte y resurrección Cristo predicó a los muertos. También fue y predicó a los espíritus encarcelados—1 Ped. 8.:18-20; también 4:6; a esto se le había preordinado— véase Isa. 24:22. Por cuanto el bautismo es esencial para la salvación del hombre y es una ordenanza relacionada con la vida mortal, se debe administrar vicariamente a favor de los muertos.

CAPITULO 8
EL ESPÍRITU SANTO

Artículo 4.—Creemos Que los primeros principios y ordenanzas del evangelio son: . . . cuarto: Imposición de manos para comunicar el don del Espíritu Santo.

Prométese el Espíritu Santo. — Juan el Bautista, al proclamar en el desierto el arrepentimiento y el bautismo en el agua, vaticinó un segundo y mayor bautismo que él calificó de ser de fuego y del Espíritu Santo. Debería venir después del que él administraba, y habría de darlo aquel Más Poderoso, la correa de cuyo zapato el Bautista no se consideraba digno de desatar. El solemne testimonio de Juan demuestra que el poseedor de esta autoridad superior no era otro sino Cristo: "He aquí el Cordero de Dios .... Este es del que dije: Tras de mí viene un varón, el cual es antes de mí .... Y yo no le conocía; mas el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien vieres descender el Espíritu, y que reposa sobre él, éste es el que bautiza con Espíritu Santo."

Cuando el Salvador le declaró a Nicodemo la necesidad del bautismo, no se refirió al nacimiento de agua solamente, ya que éste quedaría incompleto sin la influencia vivificante del Espíritu. "Nacer del agua y del Espíritu", es el requisito necesario que debe cumplir aquel que quiere ganar la entrada al reino de Dios. Muchos de los pasajes de las Escrituras que se citan para comprobar el propósito y la necesidad del bautismo muestran que el bautismo del Espíritu Santo y la ordenanza prescrita de inmersión en el agua están estrechamente ligados.

En las instrucciones de Cristo a los apóstoles se encierran repetidas promesas concernientes a la venida del Consolador y el Espíritu de Verdad, nombres expresivos con que se designa al Espíritu Santo. En su última conversación con los apóstoles, a la conclusión de la cual ascendió al cielo, el Señor repitió estas promesas de un bautismo espiritual que habría de verificarse en breve. Efectuóse el cumplimiento de esta gran profecía el día de Pentecostés, cuando los apóstoles, hallándose reunidos, fueron investidos con gran poder de lo alto, llenándolos a tal grado el Espíritu Santo que hablaron en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen. Entre otras manifestaciones de esta investidura espiritual, se puede mencionar la aparición de llamas de fuego como lenguas, que se asentaron sobre cada uno de ellos. Los apóstoles reiteraron esa promesa, tan milagrosamente cumplida en ellos, a los que buscaban sus instrucciones. Dirigiéndose ese mismo día a los judíos, San Pedro les declaró, con la condición de que manifestaran un arrepentimiento aceptable y se bautizaran: "Recibiréis el don del Espíritu Santo."

No es menos conclusiva la evidencia del Libro de Mormón en lo que atañe a la visita del Espíritu Santo a aquellos que obedecen los requisitos del bautismo de agua. Nefi, el hijo de Lehi, dió testimonio solemne de esta verdad que le reveló la voz de Dios. Y las palabras del Salvador resucitado a los nefitas, expresadas con claridad indisputable y con autoridad indiscutible, proclaman el bautismo de fuego y del Espíritu Santo para todos aquellos que obedecen los requerimientos preliminares.

La misma gran promesa es para los santos de la dispensación del cumplimiento de los tiempos. "Os digo de nuevo—declaró el Señor a ciertos élderes de la Iglesia— que toda alma que creyere en vuestras palabras, y se bautizare en el agua para la remisión de los pecados, recibirá el Espíritu Santo."

La Persona y los Poderes del Espíritu Santo. — El Espíritu Santo está asociado con el Padre y el Hijo en la Trinidad. Sabemos, por revelación, que el Espíritu Santo es una persona distinta. Es un ser do-tado de los atributos y poderes de Dios, y no una simple fuerza o esencia. El término Espíritu Santo y sus sinónimos comunes, Espíritu de Dios, Espíritu del Señor, o sencillamente Espíritu, Consolador y Espíritu de Verdad," aparecen en las Escrituras con significados claramente distintos, refiriéndose en algunos casos a la persona de Dios el Espíritu Santo, y en otros al poder o autoridad de este gran Personaje, o a los medios por los cuales él obra. El contexto de tales pasajes indica cuál de estos significados le corresponde.

El Espíritu Santo indudablemente posee facultades y afectos personales, y estos atributos existen en él en un grado perfecto. De manera que él instruye y guía, testifica del Padre y del Hijo, redarguye del pecado, habla, manda y comisiona, intercede por los pecadores, se aflige, busca y escudriña, persuade y sabe todas las cosas. Estas no son expresiones figurativas, sino declaraciones patentes de los atributos y características del Espíritu Santo. La maravillosa entrevista que celebró Nefi con el Espíritu Santo indica que el Espíritu del Señor tiene la habilidad para manifestarse en la forma y figura de un hombre. En ella se reveló al profeta, lo interrogó tocante a sus deseos y creencias, y lo instruyó en cuanto a las cosas de Dios, conversando cara a cara con él. "Hablaba con

él—dice Nefi—como habla un hombre; porque vi que tenía la forma de un hombre. No obstante, yo sabía que era el Espíritu del Señor; y me habló como un hombre habla con otro." Sin embargo, el Espíritu Santo no posee un cuerpo de carne y huesos como lo tienen el Padre y el Hijo, sino es un personaje de espíritu.

Mucha de la confusión que existe en los conceptos humanos concernientes a la naturaleza del Espíritu Santo se debe a la falta común de no distinguir entre su persona y sus poderes. Las expresiones "estar llenos del Espíritu Santo" y "descender el Espíritu Santo" sobre esta persona o aquella, evidentemente se refieren a los poderes e influencias que emanan de Dios, y los cuales lo distinguen; porque así el Espíritu Santo puede obrar simultáneamente en varias personas, aunque éstas se encuentren en lugares muy distintos; mientras que la persona real y efectiva del Espíritu Santo no puede estar sino en un solo lugar a la vez. No obstante, leemos que en su labor creadora y en sus relaciones en general con la familia humana, el Padre y el Hijo obran por medio del poder del Espíritu Santo. Se podría decir que el Espíritu Santo es el ministro de la Trinidad, el que da cumplimiento a las decisiones del Supremo Consejo.

En la ejecución de estos grandes propósitos, el Espíritu Santo dirige y gobierna las fuerzas variadas de la naturaleza, de las cuales realmente pocas—y éstas quizá de un orden menor, por maravillosa que al hombre le parezca la más pequeña de ellas—los seres mortales hasta hoy han investigado. La gravitación, el sonido, el calor, la luz y la fuerza aún más misteriosa y al parecer sobrenatural de la electricidad, no son sino siervos comunes del Espíritu Santo en sus funciones. Ningún pensador serio, ningún investigador sincero se supone que ya ha comprendido todas las fuerzas que existen en la materia o que actúan sobre ella; en verdad, los fenómenos observados de la naturaleza, que para él todavía son completamente inexplicables, exceden en gran manera a aquellos que ha podido explicar siquiera parcialmente. Existen poderes y fuerzas al mando de Dios que al compararlos con la electricidad, ésta viene a ser como el animal de carga al lado de la locomotora, el mensajero de a pie al lado del telégrafo y la balsa rústica al lado del vapor moderno. Con todo su conocimiento científico, el hombre muy poco sabe de la ingeniería de la creación; y sin embargo, las contadas fuerzas que conoce han efectuado milagros y maravillas que si no fuera porque efectivamente se realizan, no se podrían creer. Estas poderosas agencias, y aquéllas más poderosas aún que el hombre todavía no conoce, y muchas, quizá, que la mente en su estado actual no puede concebir, no constituyen el Espíritu Santo, sino más bien son las agencias que han sido decretadas para servir sus fines.

Más sutiles que toda o cualquier fuerza física de la naturaleza, más poderosas y más misteriosas son aquellas que actúan sobre los organismos conscientes, y de las cuales se valen las fuerzas espirituales para vigorizar k mente, el corazón y el alma del hombre. Ignorando la naturaleza verdadera de la electricidad, podemos decir que es un fluido; y así, por analogía, han sido llamadas fluidos espirituales las fuerzas, mediante las cuales se gobierna la mente. La naturaleza verdadera de estas manifestaciones de energía nos es desconocida porque faltan los elementos de analogía y comparación, tan necesarios para nuestro razonamiento humano; sin embargo, todos sienten los efectos. Así como el medio conductor de un circuito eléctrico no puede llevar sino una corriente limitada, según la capacidad máxima de resistencia que ofrezca el conductor, y así como diferentes circuitos de diversos grados de conductibilidad pueden llevar corrientes de intensidad muy variada, en igual manera varía la capacidad de las almas respecto de los poderes más elevados. Pero al paso que se va purificando el medio y se van quitando los obstáculos, la resistencia a la energía disminuye y las fuerzas se manifiestan con mayor intensidad. Por procedimientos análogos de purificación, nuestros espíritus se pueden hacer más susceptibles, en lo que respecta a las fuerzas de la vida, las cuales son emanaciones del Espíritu Santo. Por consiguiente, se nos recomienda suplicar, con palabras y hechos, que se nos conceda una porción cada día mayor del Espíritu, es decir, el poder del Espíritu, que es una medida de este don de Dios a nosotros.

El Oficio del Espíritu Santo, en cuanto a su ministerio entre los hombres, queda explicado en las Escrituras. Es un maestro enviado del Padre, y revelará, a aquellos que son dignos de su instrucción, todas las cosas necesarias para el progreso del alma. Por medio de las influencias del Espíritu Santo, se pueden vivificar y aumenta." los poderes del entendimiento humano para que vengan a la memoria cosas pasadas. A todos aquellos que lo obedecieren, servirá de guía en todas las cosas divinas: dando luz a cada hombre a la medida de su humildad y obediencia; descubriendo los misterios de Dios, a fin de que el conocimiento así revelado pueda efectuar un crecimiento espiritual mayor; impartiendo conocimiento de Dios al hombre; santificando a aquellos que han sido limpiados por obedecer los requerimientos del evangelio;' manifestando todas las cosas, y dando testimonio a los hombres de la existencia e infalibilidad del Padre y del Hijo.

El Espíritu Santo no sólo hace recordar lo pasado y explica las cosas presentes, sino que su poder se manifiesta en profecías concerniente? a lo futuro. "El os hará saber las cosas que han de venir", declaró el Salvador a

sus apóstoles cuando prometió el advenimiento del Consolador. Adán, el primer profeta del mundo, bajo la influencia del Espíritu Santo, "predijo todo cuanto habría de sobrevenir a su posteridad hasta la última generación". De manera que el poder del Espíritu Santo es el espíritu de profecía y revelación: su oficio es iluminar la mente, vivificar el entendimiento y santificar el alma.

¿A Quiénes Es Dado el Espíritu Santo?—No se da a todos sin distinción. Jesucristo declaró a los apóstoles de la antigüedad: "Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: al Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce." Es claro, pues, que se requiere cierta condición del candidato antes que pueda conferírsele el Espíritu Santo, es decir, antes que la persona pueda tener el derecho de recibir el compañerismo y ministerio del Espíritu Santo. Dios concede el don del Espíritu Santo a los obedientes; y se confiere este don después de la fe, el arrepentimiento y el bautismo en el agua.

Los apóstoles de la antigüedad prometieron el ministerio del Espíritu Santo solamente a aquellos que habían recibido el bautismo en el agua para la remisión de pecados. Juan el Bautista aseguró que el Espíritu Santo visitaría a aquellos que se bautizaran para arrepentimiento." Ya se ha hablado de la ocasión en que San Pablo rebautizó a los doce convertidos en Efeso por motivo de la falta probable de conformidad o autoridad en su primer bautismo, antes de conferirles el Espíritu Santo. Leemos de una notable manifestación de poder entre los de Samaria, a quienes fué Felipe y predicó al Señor Jesús. Aceptaron unánimes su testimonio y solicitaron el bautismo. Entonces vinieron a ellos Pedro y Juan, por medio de quienes descendió el Espíritu Santo sobre los recién convertidos, ya que ninguno de ellos había recibido anteriormente el Espíritu, aunque todos habían sido bautizados.

El Espíritu Santo no mora en habitaciones inadecuadas o indignas. Pablo da voz a la sublime declaración de que el hombre puede llegar a ser el templo de Dios, morando el Espíritu de Dios dentro de él; y el apóstol estipula el castigo prescrito para el que deshonra un edificio que esta divina presencia ha santificado. La fe en Dios conduce al arrepentimiento del pecado; a éste sigue el bautismo de agua para la remisión de pecados, después de lo cual se confiere el Espíritu Santo o el derecho de gozar de la asociación personal y ministerio inspirador del Espíritu Santo, por medio de cuyo poder vienen la santificación y los dones particulares de Dios.

Una Excepción a Esta Regla se nota en el caso de Cornelio, el devoto gentil, sobre quien, en compañía de su familia, descendió el Espíritu Santo con tanto poder que todos hablaron en nuevas lenguas glorificando a Dios; y esto sucedió antes de ser bautizados.* Pero se ve razón suficiente para este desvío del orden usual en el prejuicio que manifestaban los judíos hacia los de otras naciones, el que, de no haber sido por las instrucciones directas del Señor a Pedro, habría impedido que el apóstol ejerciera su ministerio a favor de los gentiles. Aun así, su propio pueblo censuró lo que había hecho; mas él contestó sus críticas refiriéndoles la lección que de Dios había aprendido, y la evidencia irrefutable de la divina voluntad manifestada cuando Cornelio y su familia recibieron el Espíritu Santo antes de bautizarse.

En otro sentido, el Espíritu Santo con frecuencia ha obrado benéficamente por conducto de personas no bautizadas. En verdad, todo el género humano disfruta de cierta medida de su poder, porque como ya se ha visto, es por el medio del Espíritu Santo que hay inteligencia, dirección prudente, desarrollo y vida. Las manifestaciones del poder de Dios, reveladas en las obras del Espíritu, se ven en los triunfos del arte que ennoblece, en los descubrimientos de la ciencia y los acontecimientos históricos, cosas en que, según los conceptos humanos, Dios no se interesa directamente. Ninguna verdad ha llegado a ser propiedad del género humano sino por el poder de ese gran Espíritu que existe para obedecer la voluntad del Padre y del Hijo. No obstante, solamente a aquel que aspira a la salvación, es fiel, se arrepiente y se bautiza, le es dado, por posesión permanente y personal, el compañerismo efectivo del Espíritu Santo, el divinamente concedido derecho de recibir su ministerio, el bautismo santificador de fuego; y con todos éstos permanecerá este don, a no ser que lo dejen perder por causa de transgresión.

La Comunicación del Espíritu Santo, que ha de considerarse como un derecho que se confiere para recibir sus administraciones, se efectúa pronunciando sobre la cabeza del candidato una bendición oral mediante la autoridad expresa del Santo Sacerdocio y acompañada de la imposición de manos de aquel o aquellos que estén oficiando. Las Escrituras hebreas hacen constar que éste era el modelo que seguían los apóstoles antiguos; la historia demuestra que así lo practicaron los primeros padres cristianos; el Libro de Mormón claramente testifica que era el método admitido entre los nefitas, y en la dispensación actual la autoridad para continuar la misma práctica ha venido directamente del cielo.

De los ejemplos que se hallan anotados en el Nuevo Testamento, podemos mencionar los siguientes: Pedro y Juan confirieron el Espíritu Santo a los que Felipe había convertido en Samaría, efectuándose por la oración y la imposición de manos. En igual manera Pablo ejerció su ministerio a favor de los efesios que había hecho bautizar: "Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban." El mismo apóstol se refiere otra vez a esta ordenanza cuando amonesta a Timoteo que no descuide el don de Dios que había recibido de esa manera. Además, leemos en la epístola a los Hebreos que los principios y ordenanzas cardinales de la Iglesia de Cristo incluyen la imposición de manos después de efectuarse el bautismo.[1] Así fué como Alma invocó el poder del Espíritu Santo sobre sus colaboradores. "Puso las manos sobre todos aquellos que estaban con él. Y he aquí, al imponerles las manos, fueron llenos del Espíritu Santo." El Salvador dió autoridad a los doce discípulos nefitas, tocándolos uno por uno, y así quedaron comisionados para conferir el Espíritu Santo.

En la dispensación actual, uno de los deberes del Sacerdocio es "confirmar por la imposición de manos para el bautismo de fuego y del Espíritu Santo ... a aquellos que se bauticen en la iglesia"/ El Señor ha prometido que el Espíritu Santo seguirá estos hechos autorizados de sus siervos. La ordenanza de la imposición de manos para comunicar el Espíritu Santo está asociada con la de confirmar en la Iglesia. El élder que oficia, obrando en el nombre y por la autoridad de Jesucristo, dice: "Recibe el Espíritu Santo", y "te confirmo miembro de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días". Aunque ni estas palabras están prescritas, sí se debe expresar su substancia, y a ellas se pueden agregar otras palabras de bendición e invocación conforme a lo que el Espíritu del Señor le indique al élder que esté oficiando.

La autoridad para conferir de esta manera el Espíritu Santo corresponde al Sacerdocio Mayor o de Melquisedec, mientras que un presbítero que está oficiando en las ordenanzas del Sacerdocio Menor o Aarónico puede administrar el bautismo de agua. Este orden de autoridad que se ha dado a conocer por medio de revelación explica que aun cuando Felipe tuvo la autoridad para administrar la ordenanza del bautismo a los samaritanos convertidos, se hizo necesario enviar a otros que tuvieran el Sacerdocio mayor para conferirles el Espíritu Santo.

Dones del Espíritu.—Como ya se ha indicado, el oficio especial del Espíritu Santo es iluminar y ennoblecer la mente, purificar y santificar el alma, persuadir a obras buenas y revelar las cosas de Dios. Pero además de estas bendiciones generales, se han prometido ciertas gracias particulares que se relacionan con los dones del Espíritu Santo. El Salvador dijo: "Estas señales seguirán a los que creyeren: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; quitarán serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les dañará; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán."

Los dones del Espíritu se reparten, de acuerdo con la sabiduría de Dios, para la salvación de sus hijos. San Pablo los explica de esta manera: "Acerca de los dones espirituales, no quiero, hermanos, que ignoréis . . . Empero hay repartimiento de dones; mas el mismo Espíritu es ... A cada uno le es dada manifestación del Espíritu para provecho. Porque a la verdad, a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo

Espíritu; a otro, operaciones de milagros; y a otro, profecía; y a otro, discreción de espíritus; y a otro, géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Mas todas estas cosas obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo particularmente a cada uno como quiere."

REFERENCIAS

El Espíritu Santo Es Uno de los Personajes de la Trinidad

El bautismo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo—Mat. 28:19; 3 Nefi 11:25; D. y C. 20:73; 68:8. Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo—-1 Juan 5:7. La blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada—Mat. 12:31, 32; también D. y C. 132:27. La voz del Hijo declara que el Padre dará el Espíritu Santo—2 Nefi 31:12; véase también el versículo 13. Padre, Hijo y Espíritu Santo son un Dios—D. y C. 20:28. El Espíritu Santo es un personaje de Espíritu—D. y C. 130:22.

Prométese y Se Da el Espíritu Santo a los Apóstoles

No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo—Mar. 13:11; véase también Mat. 10:19, 20; Luc. 21:14, 15. Porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que será necesario decir—Luc. 12:11, 12. El Señor resucitado a los once apóstoles: Tomad el Espíritu Santo—Juan 20:22. La promesa del Señor referente al

Consolador que vendría— Juan 14:16, 17, 26; 15:26; 16:7-14; Hech. 1:5, 8. Pedro y otros fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaron la palabra de Dios con confianza—Hech. 4:31; véase también 5:12, 32; 7:51. Los apóstoles fueron llenos del Espíritu Santo el día de Pentecostés—Hech. 2:1-4.

El Ministerio del Espíritu Santo Viene Después del Bautismo en el Agua

Descendió en forma corporal sobre Jesucristo después de su bautismo—Luc. 3:22; véase también Mat. 3:16; Mar. 1:9-11; compárese con Juan 1:32, 33; 1 Nefi 11:27. Yo a la verdad os he bautizado con agua, mas él os bautizará con Espíritu Santo—Mar. 1:8; véase también Hech. 1:5; 11:16; 19:5, 6. Después del arrepentimiento y bautismo: Recibiréis el don del Espíritu Santo—Hech. 2:38. Se bautizaron como unos doce en Efeso, y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo—Hech. 19:1-7. A quien se bautizare, el Padre dará el Espíritu Santo—2 Nefi 31: 12; véase también 31:13; 3 Nefi 11:33-36. El que se arrepintiere y se bautizare según el santo mandamiento recibirá el don del Espíritu Santo—D. y C. 49:12-14; véase también 33:15. La remisión de pecados por el bautismo y por fuego, sí, aun el Espíritu Santo—D. y C. 19:31. Noé prometió el Espíritu Santo después de creer, arrepentirse y bautizarse—Moisés 8:24.

Se Invoca el Espíritu Santo por la Imposición de Manos Autorizadas Pedro y Juan impusieron las manos sobre los convertidos de Samaría quienes recibieron el Espíritu Santo—Hech. 8:14-17. Se notará que aunque Felipe tenía la autoridad para predicar y bautizar, mandóse a otros, con la autoridad mayor, para conferir el Espíritu Santo a los que se habían convertido en Samaría. Se nota aquí la distinción entre la autoridad menor, la de Aarón, y el Sacerdocio mayor o de Melquisedec.

De la doctrina de bautismos, y de la imposición de manos— Heb. 6:2. Por el contacto físico del Cristo resucitado, los discípulos nefitas quedaron comisionados para conferir el Espíritu Santo— 3 Nefi 18:36, 37. A aquellos sobre quienes impongáis las manos, tendréis el poder de comunicar el Espíritu Santo—Moroni, cap. 2. El te impondrá sus manos y recibirás el Espíritu Santo—D. y C. 25:8. El que se bautizare recibirá el don del Espíritu Santo por la imposición de las manos—D. y C. 49:14. Prométese el don del Espíritu Santo después de la confirmación por la imposición de manos—D. y C. 33:15.

Algunos de los Atributos y Funciones del Espíritu Santo

El Espíritu Santo os enseñará—Luc. 12:12 El Consolador, el Espíritu Santo ... él os enseñará — Juan 14:26; véase también Juan 16:7-15. Por el Espíritu Santo, Cristo dio mandamientos a los apóstoles —Hech. 1:2. Recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros—Hech. 1:8. El Espíritu Santo, es testigo del Cristo—Hech. 5:32; Heb. 10:15; 1 Nefi 12:18; 3 Nefi 28:11. Dirige la obra del ministerio—Hech. 13:2-4; 16:6. Los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo— Hech. 13:52. Esto dice el Espíritu Santo—Hech. 21:11. Habló el Espíritu Santo por el profeta Isaías—Hech. 28:25. Santificada por el Espíritu Santo—Rom. 15:16. Cosas que enseña el Espíritu Santo--1 Cor. 2:13. Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo— 1 Cor. 12:3. En ciencia, en longanimidad, en bondad, en Espíritu Santo— 2 Cor. 6:6. Testificando Dios con repartimientos del Espíritu Santo—Heb. 2:4. Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados del Espíritu Santo—2 Ped. 1:21. Los élderes hablan hoy conforme los inspira el Espíritu Santo—D. y C. 68:3. Bendición del Espíritu Santo sobre los gentiles—3 Nefi 20:27. Es el espíritu de revelación—D. y C. 8:2, 3. Enseña las cosas pacíficas del reinen—D. y C. 39:6. Hablaron los santos profetas conforme fueron inspirados por el don del Espíritu Santo—D. y C. 20:26. Da testimonio del Padre y del Hijo—D. y C. 20:27; Moisés 1:24; 5:9. Se ordenará a los oficiales por el poder del Espíritu Santo— D. y C. 20:60. Inspira a hombres ordenados para hablar lo que será escritura —D. y C. 68:4. Se dará conocimiento por el inefable don del Espíritu Santo— D. y C. 121:26; véase también 124:5. Dio testimonio a Adán—Moisés 5:9. En los días de Adán el Señor llamó a los hombres por el Espíritu Santo—Moisés 5:14. A José Smith y Oliverio Cówdery el Espíritu Santo les manifestó su poder cuando se bautizaron.—P. de G. P., pág. 54.

CAPITULO 9
EL SACRAMENTO DE LA SANTA CENA
(Se Relaciona con el Artículo 4)

El Sacramento.—En el curso de nuestro estudio de los principios y ordenanzas del evangelio, según los especifica el cuarto de los Artículos de Fe, el tema del Sacramento de la Cena del Señor[a] muy propiamente merece nuestra atención, pues se requiere que observen esta ordenanza todos los que se han hecho miembros de la Iglesia de Cristo, cumpliendo con los requisitos de fe, arrepentimiento, bautismo en el agua y el del Espíritu Santo.

La Institución del Sacramento Entre los Judíos.—El Sacramento de la Cena del Señor data desde la noche en que se celebró la Pascua,[b] poco antes de la crucifixión del Salvador. En esa ocasión solemne Cristo y los apóstoles se hallaban reunidos en Jerusalén, observando la fiesta en un aposento alto que se había preparado por orden expresa de él.[c] Como judío, Cristo parece haber sido fiel a las costumbres establecidas de su pueblo; y debe haber sido con emoción extraordinaria que participó de aquella fiesta conmemorativa, la última de su clase que encerraba el significado del prototipo de un sacrificio futuro así como un recuerdo de las bendiciones del Señor dadas a Israel en tiempos pasados. Bien enterado de las terribles experiencias que en seguida lo esperaban, Jesús, con el alma acongojada, conversó con los doce alrededor de la mesa pascual, profetizando su entrega que pronto habría de efectuarse por conducto de uno de los que con él comían allí. Entonces tomó pan, lo bendijo y lo dio a los otros, diciendo: "Tomad, comed: esto es mi cuerpo";[d] "haced esto en memoria de mí."[e] Entonces, tomando el vaso, bendijo su contenido y se lo administró con estas palabras: "Bebed de él todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, la cual es derramada por muchos para remisión de los pecados."[f] Es instructivo advertir que las indicaciones de San Pablo concernientes al sacramento y su propósito son tan parecidas a las narraciones de los evangelistas, que son casi idénticas. Ninguno de los otros escritores bíblicos, aparte de San Pablo, da el nombre de la Cena del Señor al sacramento.[g]

La Institución del Sacramento Entre los Nefitas.—Al tiempo de su visita a los nefitas, que ocurrió poco después de la ascención del monte de las Olivas, Cristo instituyó el sacramento entre los de este grupo de su redil. Mandó a los discípulos que él había escogido, que le llevasen pan y vino. Entonces tomando el pan, lo partió, lo bendijo y se lo dio, indicándoles que comieran y luego dieran a la multitud. Prometió impartirles la autoridad para administrar esta ordenanza: "Y siempre procurareis hacer esto— dijoles—así como yo he hecho ... y haréis esto en memoria de mi cuerpo que os he mostrado. Y será un testimonio al Padre de que siempre os acordáis de mí. Y si os acordáis siempre de mí, mi Espíritu estará con vosotros."[h] En la misma manera se administró el vino: primero a los discípulos, después al pueblo por conducto de ellos. Esto también debería ser parte de la ordenanza permanente entre ellos: "Y lo haréis en memoria de mi sangre que he vertido por vosotros, para que podáis testificar al Padre de que siempre os acordáis de mí." Entonces se reitera la promesa tan significativa: "Y si os acordáis siempre de mí, mi Espíritu estará con vosotros."

Participantes Dignos del Sacramento.—Las instrucciones divinas concernientes al carácter sagrado de esta ordenanza son explícitas; y es obvia la necesidad consiguiente de ejercer un cuidado escrupuloso para no participar de ella indignamente. Escribiendo a los santos de Corinto, San Pablo hizo solemne amonestación de no participar inadvertida o indignamente del sacramento, y declaró que aquellos que se burlan de estos sagrados requerimientos sufren el castigo de enfermedades y aun la muerte: "Porque todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que venga. De manera que, cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así de aquel pan, y beba de aquella copa. Porque el que come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí, no discerniendo el cuerpo del Señor. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros; y muchos duermen."

Cuando instruyó a los nefitas, Jesús declaró enfáticamente que aquellos que participaran del sacramento deberían ser dignos, y no sólo eso, sino que a los oficiales de la Iglesia, cuyo deber era administrarlo, impuso la responsabilidad de no permitir que nadie participara de la ordenanza, si sabían que era indigno: "Y he aquí, éste es el mandamiento que os doy: No permitiréis que nadie, sabiéndolo, participe indignamente de mi carne y de mi sangre cuando los administréis. Porque quienes comen mi carne y beben mi sangre indignamente, comen y beben condenación para sus almas; por tanto, si sabéis que una persona no es digna de comer y beber de mi

carne y de mi sangre, se lo prohibiréis."

La palabra directa del Señor a los santos de esta dispensación les da instrucciones de no permitir que nadie participe del sacramento, si está en pecado, sino hasta que se haya reconciliado; no obstante, se manda a los santos ejercitar abundante caridad hacia sus hermanos errantes, no desechándolos de las asambleas, pero sí prohibiéndoles el sacramento.[l] En nuestro sistema de organización eclesiástica, los oficiales locales de la Iglesia tienen la responsabilidad de administrar el sacramento, y le es requerido a la gente conservarse digna de participar de los sagrados emblemas.

No hay en las Escrituras autorización para dar el sacramento a los que no son miembros, con todos sus derechos, de la Iglesia de Jesucristo. El administró la ordenanza a los apóstoles sobre el continente oriental, y hay constancia de que ellos lo daban únicamente a los que habían tomado sobre sí el nombre de Cristo. Entre los de su redil occidental, Cristo instituyó la ley de que sólo los que efectivamente fueran miembros de su Iglesia deberían participar. Cuando prometió delegar a uno de ellos el poder para oficiar en el sacramento, el Señor especificó que aquel que fuese escogido lo daría a los de su Iglesia, a todos aquellos que creyesen y se bautizaran en su nombre.[m] Solamente los que de esta manera se habían bautizado eran conocidos como la Iglesia de Cristo.[n] Continuando sus instrucciones a sus discípulos, respecto del sacramento, el Salvador dijo: "Siempre haréis esto por todos los que se arrepienten y se bautizan en mi nombre."

La misma ley rige hoy día. Se exhorta a los miembros de la Iglesia[p] a juntarse frecuentemente para participar del sacramento; y no hay en la Iglesia miembros mayores de edad que no se hayan bautizado por la autoridad del Santo Sacerdocio.

El Propósito del Sacramento.—A juzgar por los pasajes de las Escrituras que se han citado, se hace patente que se administra el sacramento para conmemorar la expiación del Señor Jesús, cual se consumó en su agonía y muerte. Es un testimonio ante Dios de que tenemos presente el sacrificio de su Hijo que se hizo para nuestro beneficio; que todavía profesamos el nombre de Cristo y estamos resueltos a tratar de guardar sus mandamientos, confiando en que siempre podremos tener su Espíritu con nosotros. De manera que, el participar dignamente del sacramento puede verse como un medio de renovar nuestros votos ante el Señor, de reconocer nuestra confraternidad mutua entre los miembros y de testificar solemnemente que afirmamos y profesamos ser miembros de la Iglesia de Jesucristo. No se ha establecido el sacramento con el propósito expreso de obtener la remisión de pecados, ni con el fin de recibir ninguna otra bendición especial aparte de la de una emanación continua del Espíritu Santo, en la cual, sin embargo, están comprendidas todas las bendiciones que se necesitan. Si el sacramento se hubiese instituido expresamente para la remisión de pecados, no se negaría a aquellos que más necesidad tienen del perdón; sin embargo, el participar de la ordenanza se limita a aquellos cuyas conciencias están libres de ofensas serias, aquellos, consiguientemente, que le son aceptables al Señor, aquellos que tienen, en verdad, la menor necesidad posible de un perdón especial.

Los Emblemas Sacramentales.—Al instituir la Santa Cena, tanto entre los judíos como entre los nefitas, Cristo usó pan y vino como los emblemas de su cuerpo y su sangre,[r] y en ésta, la dispensación del cumplimiento de los tiempos, él ha revelado que es su voluntad que los santos se congreguen a menudo para participar del pan y vino en esta ordenanza conmemorativa.[s] Pero también ha indicado que se pueden usar otras formas de comida y de bebida aparte del pan y el vino. Poco después de haber sido organizada la Iglesia en la dispensación actual, el profeta José Smith estaba a punto de comprar vino para fines sacramentales, cuando lo encontró un mensajero de Dios y le dio las siguientes instrucciones: "Porque, he aquí, te digo que no importa lo que se come o lo que se bebe al participar del sacramento, con tal que lo hagáis con un deseo sincero de glorificarme, recordando ante el Padre mi cuerpo que fué sacrificado por vosotros y mi sangre que se virtió para la remisión de vuestros pecados. Por lo tanto, un mandamiento os doy, de que no compraréis vino, ni bebidas alcohólicas de vuestros enemigos. De modo que, no participaréis de ninguno a menos que sea recién hecho por vosotros; sí, en este reino de mi Padre que se edificará sobre la tierra."[t] De acuerdo con esta autorización, los Santos de los Últimos Días usan el agua en su servicio sacramental más bien que el vino.

La Manera de Administrar el Sacramento.—Acostúmbrase entre los Santos de los Últimos Días, en todos los barrios o ramas debidamente organizadas de la Iglesia, celebrar servicios sacramentales cada domingo. Se precisa la autoridad del presbítero del orden aaronico para la consagración de los emblemas; y, por supuesto, cualquiera que ha recibido el orden mayor del Sacerdocio tiene la autoridad para oficiar en ello. Primeramente se parte el pan en pedazos pequeños y se coloca en platos adecuados sobre la mesa sacramental; entonces, conforme a las instrucciones del Señor, el élder o presbítero lo consagrará de esta manera: "Se hincará con la

iglesia y pedirá al Padre en solemne oración, diciendo: Oh Dios, Padre Eterno, en el nombre de Jesucristo, tu Hijo, te pedimos que bendigas y santifiques este pan para las almas de todos los que participen de él, para que lo coman en memoria del cuerpo de tu Hijo, y den testimonio ante ti, oh Dios, Padre Eterno, que desean tomar sobre sí el nombre de tu Hijo y recordarle siempre, y guardar sus mandamientos que él les ha dado, para que siempre tengan su Espíritu consigo. Amén."[u]

Después de repartirse el pan a la congregación—y en este servicio los maestros y diáconos pueden ayudar, bajo la dirección del presbítero que está oficiando—se consagra el vino o el agua en la siguiente manera:

"Oh Dios, Padre Eterno, en el nombre de Jesucristo, tu Hijo, te pedimos que bendigas y santifiques este vino (o agua) para las almas de tcdos los que lo beban, para que lo hagan en memoria de la sangre de tu Hijo que fue vertida para ellos; para que den testimonio ante ti, oh Dios, Padre Eterno, de que siempre se acuerdan de él, para que tengan su Espíritu consigo. Amén."

La claridad de las instrucciones del Señor a los santos respecto de esta ordenanza no da ningún lugar a disputas en cuanto a la manera correcta, porque ciertamente ninguno de los que ofician en estos santos ritos puede creerse justificado para cambiar las formas alterando siquiera una sola palabra. Los anales de los nefitas nos muestran que el modo de administrar el sacramento en sus días[x] es el mismo que se ha revelado para la orientación de los santos en la dispensación del cumplimiento de los tiempos.

REFERENCIAS

El Sacramento de la Cena del Señor

Instituido por el Señor entre los judíos la noche que fué entregado—Mat. 26:26-28; Mar. 14:22-25; Luc. 22:19, 20. Instituido entre los nefitas por el Señor resucitado—3 Nefi 18:1-11. Administrado por el Salvador a los nefitas por segunda vez— 3 Nefi 20:3-5; y a menudo después de esto—26:13. Prefiguración del sacramento—Juan 6:52-56. Pablo lo llama la Cena del Señor—1 Cor. 11:20. Perseveraban los judíos convertidos en la doctrina de los apóstoles y en el partimiento del pan—Hech. 2:42; véase el versículo 46. El día primero de la semana, juntos los discípulos a partir el pan, Pablo les enseñaba—Hech. 20:7. A Pablo le es revelado cómo instituyó Cristo el sacramento—1 Cor. 11:23-25. El pecado de tomarlo indignamente y su castigo—1 Cor. 11:26-34. Procurad no participar del sacramento de Cristo indignamente—Mormón 9:29. La comunión de la sangre y el cuerpo de Cristo—1 Cor. 10:16; la copa y mesa del Señor—versículo 21. El que come y bebe del cuerpo y la sangre del Señor, lo hace para su alma—3 Nefi 20:8. Uno será ordenado para administrar el sacramento—3 Nefi 18:5. Sólo los miembros de la iglesia participarán—3 Nefi 18:11. No permitiréis que nadie, sabiéndolo, participe indignamente de mi carne y de mi sangre—3 Nefi 18:28, 29. Se reunían frecuentemente para participar—Moroni 6:6. El modo prescrito entre los nefitas para administrar los emblemas—Moroni, caps. 4 y 5; entre los santos en la dispensación actual—D. y C. 20:75-79. Los emblemas del cuerpo y sangre de Cristo—D. y C. 20:40. Los presbíteros pueden administrar el sacramento—D. y C. 20: 46; pero los maestros y diáconos no tienen tal autoridad-— versículo 58. Deben participar los miembros recién bautizados, después de recibir la instrucción debida—D. y C. 20:68. Se puede usar el vino—D. y C. 89:5, 6; pero no es esencial— 27:1-5.

CAPITULO 10
AUTORIDAD EN EL MINISTERIO

Artículo 5.— Creemos que el hombre debe ser llamado de Dios, por profecía y la imposición de manas, por aquellos que tienen la autoridad para predicar el evangelio y administrar sus ordenanzas.

HOMBRES LLAMADOS POR DIOS

Ejemplos en las Escrituras. — Concuerda con los dictados de la razón humana no menos que con el plan de organización perfecta que caracteriza la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, el que todos aquellos que administran las ordenanzas del evangelio deben ser llamados y comisionados para sus deberes sagrados por autoridad divina. Las Escrituras sostienen este concepto de una manera terminante. Nos dan a conocer una infinidad de hombres cuyos llamamientos divinos son atestiguados, cuyas portentosas obras manifiestan un poder más grande que el de la mera facultad humana. Por otra parte, no aparece en el Libro Sagrado un solo caso en que, atribuyéndose alguno la autoridad para oficiar en ordenanzas sagradas, el Señor lo haya reconocido en tal administración.

Considérese el caso de Noé, quien "halló gracia en los ojos de Jehová" en medio de un mundo impío. Anunciando su enojo contra los inicuos moradores de la tierra y el divino intento respecto del diluvio, el Señor le habló y le dio instrucciones en cuanto a la manera de construir y abastecer el arca. Queda comprobado que Noé proclamó la palabra de Dios a sus perversos contemporáneos, por lo que San Pedro declara tocante a la misión de Cristo en el mundo de los espíritus: que el Salvador predicó a aquellos que fueron desobedientes durante el período de la paciencia de Dios en los días de Noé, a consecuencia de lo cual habían padecido, en el intervalo, las privaciones de la prisión.[b] Nadie puede poner en duda el origen divino de la autoridad de Noé, o la justicia del castigo retribuyen-te que sobrevino a causa de aquel desprecio intencional de sus enseñanzas, porque sus palabras fueron las palabras de Dios.

Así fué con Abrahán, al cual el Señor llamó y con quien hizo convenio por todas sus generaciones. En igual manera distinguióse a Isaac;[d] asimismo a Jacob, a quien el Señor se manifestó mientras dormía sobre su cabecera de piedras en el desierto. A Moisés le habló la voz de Dios de en medio del calor del fuego, llamándolo y comisionándolo para ir a Egipto y sacar de allí al pueblo cuyos clamores habían ascendido con tal efecto hasta el Señor. Aarón fué llamado para ayudar a su hermano en esta obra; y más tarde, por instrucción divina, se escogió a Aarón y sus hijos de entre todos los descendientes de Israel para obrar en el oficio sacerdotal. Cuando Moisés' vio que sus días estaban contados, le pidió al Señor que nombrara un sucesor a la santa posición que ocupaba, y Josué, hijo de Nun, fué llamado por mandamiento a ese servicio particular.

Samuel, quien llegó a ser un gran profeta en Israel, comisionado para consagrar, mandar y reprender reyes, para acaudillar ejércitos y declarar los oráculos de Dios al pueblo, fué escogido desde su niñez y llamado por la voz del Señor.[J] Fué tan grande el poder que acompañó este llamamiento que todo Israel desde Dan hasta Ber-sabee conoció que Samuel era profeta del Señor.[1] Las Escrituras hablan de muchos otros hombres de valor que recibieron su poder de Dios, y cuyas historias demuestran con cuanta honra el Señor estima a sus ministros autorizados. Considérese la visión celestial por medio de la cual Isaías fué llamado e instruido para los deberes de su oficio profético;[1] a Jeremías, a quien la palabra del Señor llegó en los días de Josías;[m] al sacerdote Ezequiel, quien primeramente recibió el mensaje divino en el país de los caldeos y, subsiguientemente, en otras ocasiones; a Oseas, y a todos los demás profetas hasta Zacarías y Malaquías.

Por su propia voz el Señor llamó a los apóstoles durante su ministerio; y la autoridad del Salvador es indisputable, pues halla justificación tanto en las poderosas obras de la expiación, efectuada con dolor y la congoja de la muerte, como en las declaraciones del Padre. Mientras echaban sus redes al mar, Pedro y Andrés, su hermano, fueron llamados con la instrucción: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres";[r] y poco después, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, fueron designados en igual manera. Así fué con todos los Doce que sirvieron con el Maestro; y después de su resurrección se apareció a los once apóstoles que habían sido fieles y les confirió comisiones especiales para la obra del reino." Cristo expresamente afirmó que él había escogido y ordenado a sus apóstoles para sus altas posiciones.

Después de la misión terrenal de Cristo, en los días que inmediatamente la siguieron, se llamaba y comisionaba a los ministros del evangelio por autoridad indisputable. Matías fue escogido al caer la suerte sobre

él, después de haberse invocado la dirección del Señor, para ocupar el lugar vacante que existía en el cuerpo de los Doce, el cual fué ocasionado por la muerte de Judas Iscariote. Saulo de Tarso, más tarde Pablo el apóstol, habiendo sido convertido con señales maravillosas y manifestaciones asombrosas, tuvo que ser comisionado formalmente para la obra que el Señor deseaba que efectuara; y se nos dice que el Espíritu Santo habló a los profetas y doctores de la Iglesia en Antioquía, mientras ayunaban delante del Señor, diciéndoles: "Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra para la cual los he llamado."

La Ordenación de los Hombres Para el Ministerio, sancionada por antecedente bíblico e instituida por revelación directa de la voluntad de Dios, ha de efectuarse, mediante el don de profecía y la imposición de manos, por aquellos que tienen la autoridad. Por profecía se entiende el derecho de recibir y el poder para interpretar las manifestaciones de la voluntad divina. En varios de los casos ya citados, se ha visto que se acostumbraba la imposición de manos como parte de la ordenanza; no obstante, las Escrituras refieren numerosas ocasiones en que se confirieron oficios del Sacerdocio sin especificar la imposición de manos u otros detalles. No ofrecen justificación estos casos para concluir que se omitió la imposición de manos; y a la luz de la revelación moderna, se aclara que la imposición de manos usualmente acompañaba esta ordenación, así como la confirmación de bendiciones y el don del Espíritu Santo.

De esta manera descendió el Santo Sacerdocio desde Adán hasta Noé, por conducto de los patriarcas. Enós fue ordenado por Adán; así como lo fueron Mahalaleel, Jared, Enoc y Matusalén. Lamec fué ordenado por Set; Noé recibió su autoridad de manos de Matusalén. Y así se puede seguir la línea del Sacerdocio, conferido de uno a otro conforme a las indicaciones del espíritu de profecía, hasta el tiempo de Moisés. Melquisedec, quien confirió esta autoridad a Abrahán, la recibió por descendencia directa de sus padres desde Noé. Esaías, contemporáneo de Abrahán, recibió su ordenación de Dios. Por conducto de Esaías la autoridad pasó a Gad, y de él a Jeremy, Eliú, Caleb y luego a Jetro, el sacerdote de Madián, por cuya mano Moisés fué ordenado. Josué, el hijo de Nun, fué apartado como Dios lo indicó, por la imposición de manos de Moisés.*

En los días de los apóstoles, las circunstancias dictaron la prudencia de nombrar oficiales especiales en la Iglesia para velar por los pobres y encargarse de la distribución de víveres; escogieron a éstos con mucho cuidado, y los ordenaron con oración y la imposición de manos. Timoteo fué ordenado en igual manera, según constan las admoniciones que recibió de Pablo: "No descuides el don que está en ti, que te es dado por profecía con la imposición de las manos del presbiterio"; y también: "Te aconsejo que despiertes el don de Dios, que está en ti por imposición de mis manos." El Señor se ha obligado por convenio a reconocer los hechos de sus siervos autorizados. El Espíritu Santo vendrá sobre aquellos a quienes lo prometan los élderes de la Iglesia, después de un bautismo aceptable. Lo que el Sacerdocio ligare o desatare en la tierra, de acuerdo con los mandamientos del Señor, será ligado o desatado en los cielos; los enfermos sobre quienes los élderes pongan las manos han de sanar,[g] y muchas otras señales han de seguir a los que creyeren. Tan celoso es el Señor del poder de oficiar en su nombre, que durante el juicio todos los que hayan ayudado o perseguido a sus siervos serán premiados o castigados como si le hubieran hecho esas cosas a él.

El Oficiar Desautorizadamente en las funciones sacerdotales es un acto no sólo inválido, sino gravemente perverso también. En sus relaciones con la raza humana, Dios reconoce y honra el Sacerdocio establecido bajo su dirección, pero no tolera ninguna arrogación desautorizada de potestad. Ofrece una lección el caso de Coré y sus compañeros cuando se rebelaron contra la autoridad del Sacerdocio, falsamente profesando tener el derecho de obrar en el oficio del sacerdote. El Señor prontamente los castigó a causa de sus pecados, haciendo que se abriera la tierra y se los tragara con todas sus posesiones.

Considérese también la aflicción que cayó sobre María, la hermana de Moisés, una profetisa entre el pueblo. Junto con Aarón murmuró contra Moisés, diciendo: "¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿no ha hablado también por nosotros? Y oyólo Jehová." Jehová descendió en una nube y se puso a la puerta del tabernáculo. Llamando a los dos, les reprendió su presunción y justificó la autoridad de Moisés, su portavoz. Cuando la nube hubo pasado del tabernáculo, María estaba leprosa, su carne blanca como la nieve, y conforme a la ley fue desterrada del campo de Israel. Sin embargo, por motivo de las sinceras peticiones de Moisés el Señor sanó a la mujer, y más tarde se le permitió volver al real.

Reflexiónese la suerte de Oza, el israelita que murió repentinamente, cuando se encendió contra él la ira de Dios por extender la mano para sostener el arca del convenio.[1] Hizo esto aunque la ley estipulaba que nadie sino los sacerdotes debería tocar los sagrados enseres del arca, y leemos que ni los portadores señalados del santuario podían tocar sus partes más sagradas, so pena de muerte.

Considérese también el caso de Saúl, a quien se había llamado del campo para ser rey de la nación. Hallándose los filisteos dispuestos para la batalla contra Israel en Macmas, Saúl esperaba a Samuel, de cuyas manos había recibido su unción regia[0] y a quien había ido en los días de su humildad para pedir orientación. Saúl había rogado al profeta que ofreciera holocaustos al Señor por el pueblo, pero impacientándose porque Samuel no llegaba, Saúl mismo preparó el holocausto, olvidándose de que aunque ocupaba el trono, lucía la corona y portaba el cetro, estas insignias de poder real ningún derecho le daban para oficiar, ni como diácono, en el Sacerdocio de Dios; y por éste y otros ejemplos de su injusta presunción, Dios lo rechazó y fué puesto otro rey en su lugar.

Un notable ejemplo del celo divino, celo justo, en cuanto a las funciones sacerdotales, se ve en el caso de Ozías o Uzzías, rey de Judá. Habíanlo puesto sobre el trono cuando no tenía sino dieciséis años, y mientras había seguido al Señor había prosperado de tal manera que su nombre causaba espanto en sus enemigos. Pero permitió que se le ensoberbeciera el corazón y se dejó llevar por la ilusión de que como rey, era supremo. Entró en el templo y quiso quemar perfumes sobre el altar. Asombrados por este sacrilegio, Azarías, el sumo sacerdote del templo, y ochenta sacerdotes que lo acompañaban, se lo prohibieron, diciendo: "No a ti, oh Uzzías, el quemar perfume a Jehová, sino a los sacerdotes hijos de Aarón, que son consagrados para quemarlo: sal del santuario, porque has prevaricado." Ante esta reprensión y censura de sus subditos, aunque eran sacerdotes del Señor, el rey se llenó de ira; pero inmediatamente el castigo de la lepra cayó sobre él y le salieron en la frente las señales de la terrible enfermedad; y hallándose ahora físicamente impuro, su presencia con más razón profanaba el santo lugar. Por tanto, Azarías y sus compañeros en el sacerdocio lo echaron fuera del templo, y él, herido de Jehová, huyó de la casa de Dios para jamás volver a pisar sus sagrados recintos. En cuanto al resto de su castigo, leemos: "Así el rey Uzzías fué leproso hasta el día de su muerte, y habitó en una casa apartada, leproso, por lo que había sido separado de la casa de Jehová."

Una ilustración muy potente de la inutilidad de las ceremonias falsas, o de la mera forma de las ordenanzas sagradas cuando falta la autoridad, se ve en la narración del Nuevo Testamento de los siete hijos de un tal Sceva. Estos y otros se habían maravillado del prodigioso poder que poseía San Pablo, a quien el Señor había bendecido de tal manera en su apostolado que por el contacto que tenían con los sudarios y pañuelos que les enviaba. los enfermos sanaban y los espíritus malos salían de ellos.

Los hijos de Sceva, a quienes el sagrado cronista describe como judíos exorcistas vagabundos, también trataron de echar fuera un espíritu malo: "Os conjuro — dijeron — por Jesús, el que Pablo predica"; mas el espíritu malo se mofó de ellos por su falta de autoridad, y respondióles: "A Jesús conozco, y sé quién es Pablo: mas vosotros ¿quiénes sois? Y el hombre en quien estaba el espíritu malo, saltando en ellos, y enseñoreándose de ellos, pudo más que ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa desnudos y heridos."

Maestros Legítimos y Falsos.—Ninguno sino aquellos que están debidamente autorizados para enseñar, puede ser considerado verdadero expositor de la palabra de Dios. Las enseñanzas de San Pablo referentes a los sumos sacerdotes se pueden aplicar a cada uno de los oficios del Sacerdocio: "Nadie toma para sí la honra, sino el que es llamado de Dios, como Aarón"; y como ya hemos visto, Aarón fué llamado por Moisés, a quien el Señor había revelado lo que debía hacer. Únicamente a aquellos que son escogidos de Dios se da esta autoridad para obrar en el nombre del Señor; no se puede recibir con sólo pedirla; no se puede comprar por dinero. Leemos que Simón el mago, codiciando el poder que los apóstoles poseían, ofrecióles dinero, diciendo: "Dadme también a mí esta potestad, que a cualquiera que pusiere las manos encima, reciba el Espíritu Santo." Mas se le contestó con justificada indignación: "Tu dinero perezca contigo, que piensas que el don de Dios se gane por dinero. No tienes tú parte ni suerte en este negocio; porque tu corazón no es recto delante de Dios."

Los apóstoles de la antigüedad sabían que los hombres tratarían de arrogarse el derecho de oficiar en cosas divinas, convirtiéndose así en siervos de Satanás. Dirigiéndose a una conferencia de élderes en Efeso, San Pablo profetizó estos malévolos acontecimientos y exhortó a los pastores del redil a tener mucho cuidado de sus rebaños;' y en una epístola a Timoteo, el apóstol reiteró esta profecía. Instando la diligencia en la predicación de la palabra, dijo: "Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina; antes, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído, y se volverán a las fábulas." Igual de claras son las palabras de San Pedro sobre este tema. Hablando a los santos de sus días, hace referencia a los falsos profetas de la antigüedad, y agrega: "Habrá entre vosotros falsos doctores, que introducirán encubiertamente herejías de perdición, y negarán al Señor que los rescató ... y muchos seguirán sus disoluciones, por los cuales el camino de la verdad será blasfemado.""

La Autoridad Divina en la Dispensación Actual.— Nosotros afirmamos que la autoridad para oficiar en el nombre de Dios está obrando en la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en la actualidad, y que este poder o comisión fue conferido por ordenación a los primeros oficiales de la Iglesia por aquellos que habían tenido el mismo poder en dispensaciones anteriores. Las Escrituras indican que se iba a retirar de la tierra la autoridad del Santo Sacerdocio al morir los antiguos apóstoles, y que por necesidad tendría que ser restaurada del cielo antes que pudiera ser restablecida la Iglesia. El día 15 de mayo de 1829, mientras José Smith y Oliverio Cówdery se ocupaban en orar sinceramente, pidiendo instrucciones sobre el bautismo para la remisión de pecados —acerca del cual José Smith había leído en las planchas, de las que en ese tiempo estaba traduciendo el Libro de Mormón—descendió un mensajero del cielo en una nube de luz. Dijo que era Juan, llamado el Bautista en la antigüedad, y que había venido bajo la dirección de Pedro, Santiago y Juan, quienes tenían las llaves del Sacerdocio mayor. El ángel puso sus manos sobre los dos jóvenes y les confirió la autoridad, diciendo: "Sobre vosotros, mis consiervos, en el nombre del Mesías confiero el Sacerdocio de Aarón, el cual tiene las llaves de la ministración de ángeles, y del evangelio de arrepentimiento, y del bautismo por inmersión para la remisión de pecados; y este sacerdocio nunca más será quitado de la tierra, hasta que los hijos de Leví de nuevo ofrezcan al Señor un sacrificio en justicia."

Un corto tiempo después de este acontecimiento, Pedro, Santiago y Juan les aparecieron a José Smith y Oliverio Cówdery, a los cuales confirieron el Sacerdocio mayor, o sea el de Melquisedec, entregándoles las llaves del apostolado que estos mensajeros celestiales habían poseído y ejercido en la dispensación anterior del evangelio. Este orden del Sacerdocio tiene autoridad en todos los oficios de la Iglesia y comprende el poder para administrar en asuntos espirituales. Por consiguiente, todas las autoridades y poderes necesarios para el establecimiento y desarrollo de la Iglesia fueron restaurados en la tierra mediante esta visita.

Nadie puede oficiar en ninguna de las ordenanzas de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, si no le han conferido un orden u oficio particular del Sacerdocio aquellos que poseen la autoridad requerida. De manera que, ningún hombre recibe el Sacerdocio sino de uno que ya tiene dicho Sacerdocio; y éste debe haberlo recibido de otros que previamente fueron comisionados. Así, cada uno de los portadores del Sacerdocio en estos días puede seguir la línea de su autoridad hasta llegar al profeta José Smith, quien recibió su ordenación de los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, a los cuales el Señor Jesucristo había ordenado. Según las Escrituras, es evidente que los hombres que Dios llama a la autoridad del ministerio sobre la tierra, pudieron haber sido escogidos a dicho nombramiento aun antes de tomar sobre sí cuerpos mortales. Muy propiamente se puede considerar este asunto en relación con el tema presente, y su estudio nos conduce a los sujetos que siguen.

PREORDINACION Y PREEXISTENCIA

Preordinación.--En una entrevista que tuvo con Abra-hán, el Señor reveló muchas cosas que ordinariamente les son vedadas a los mortales. Refiriéndose a esto, el patriarca escribió: "Y el Señor me había mostrado a mí, Abra-hán, las inteligencias que fueron organizadas antes que el mundo fuese; y entre todas éstas había muchas de las nobles y grandes; y Dios vio estas almas, y eran buenas, y estaba en medio de ellas, y dijo: A éstos haré mis gobernantes—pues estaba entre aquellos que eran espíritus, y vio que eran buenos—y él me dijo: Abrahán, tú eres uno de ellos; fuiste escogido antes de nacer."[a] Esta es una de las muchas pruebas de las Escrituras a favor de que los espíritus del género humano existieron antes de su probación terrenal: un estado en el que estas inteligencias vivieron y ejercieron su libre albedrío antes de tomar sobre sí habitaciones corporales. De manera que, las naturalezas, disposiciones e inclinaciones de los hombres le son conocidas al Padre de sus espíritus, aun antes de nacer ellos en el estado mortal. La palabra del Señor llegó a Jeremías, diciéndole que antes de ser concebido en la carne ya había sido ordenado por profeta a las naciones

Abunda la evidencia de que Jesucristo fué escogido y ordenado para ser el Redentor del mundo aun desde el principio. Leemos de su posición superior entre los hijos de Dios, cuando se ofreció como sacrificio para llevar a cabo la voluntad del Padre. El verdaderamente fué "ordenado de antes de la fundación del mundo".

San Pablo enseñó de esta manera la doctrina de selección y preordinación divinas: "Porque a los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo ... Y a los que predestinó, a éstos también llamó." Y además: "No ha desechado Dios a su pueblo, al cual antes conoció."

Alma, el profeta nefita, hablando de los sacerdotes que habían sido ordenados según el orden del Hijo, declaró: "Y ésta es la manera conforme a la cual fueron ordenados: De acuerdo con la presciencia de Dios, fueron llamados y preparados desde la fundación del mundo por causa de su gran fe y buenas obras,

habiéndoseles concedido primeramente escoger el bien o el mal; y por haber escogido el bien y ejercido una fe sumamente grande, son llamados con una santa vocación, sí, con esa santa vocación, que con una redención preparatoria, y de conformidad con ella, se dispuso para tales seres."

La Preordinación No Implica Compulsión.—La doctrina de la predestinación absoluta que resulta en la nulificación del libre albedrío del hombre, ha recibido el apoyo, con varias modificaciones, de distintas sectas. Sin embargo, para estas enseñanzas ninguna justificación se halla ni en la letra ni en el espíritu de los sagrados anales. La precognición de Dios, con respecto a las naturalezas y habilidades de sus hijos, le permite ver el fin de sus carreras terrenales aun desde su principio: "Conocidas son a Dios desde el siglo todas sus obras."[g] Muchas personas han llegado a creer que esta precognición de Dios es una predestinación por medio de la cual quedan señaladas las almas para gloria o condenación aun antes de su nacimiento en la carne, y sin consideración al mérito o indignidad del individuo. Esta doctrina herética trata de despojar a Dios de su merced, justicia y amor; presentaría a Dios como un ser caprichoso y egoísta, dirigiendo y creando todas las cosas únicamente para su propia gloria, sin importarle los sufrimientos de sus víctimas. ¡Qué terrible! ¡Cuán ilógico este concepto de Dios! Conduce a la absurda conclusión de que el simple conocimiento de sucesos futuros va a obrar como fuerza determinante para efectuar dichas cosas. El conocimiento que Dios tiene de la naturaleza espiritual y humana le permite saber con exactitud lo que sus hijos harán en determinadas condiciones; sin embargo, este conocimiento ninguna fuerza compulsiva ejerce en aquel hijo.[h]

El indudablemente conoce algunos espíritus que sólo esperan la oportunidad de poder escoger entre el bien y el mal para escoger éste y llevar a cabo su propia destrucción. Estos son aquellos de quienes San Judas dice: "Los cuales desde antes habían estado ordenados para esta condenación." Para evitarles este destino, habría sido necesario privarlos de su libre albedrío; sólo por la fuerza se pueden salvar; y las leyes del cielo prohiben la compulsión, ya sea para salvación o condenación. Hay otros cuya integridad y fidelidad se ha manifestado en su estado primordial; el Padre sabe hasta qué punto se puede confiar de ellos, y muchos son llamados, aun en su juventud mortal, a obras especiales y exaltadas como siervos comisionados del Altísimo.

Preexistencia de los Espíritus.—Los hechos anteriormente presentados, respecto de la preordinación, indican que los espíritus del género humano pasaron por una existencia antes de su probación terrenal. Este período anterior al mortal, a veces es llamado la niñez primordial o el primer estado. Por lo que el Señor le dijo a Abrahán, se aclara que estos espíritus existieron como inteligencias organizadas y que ejercitaron su libre albedrío durante esa condición primordial: "Y a los que guardaren su primer estado, les será añadido; y aquellos que no guardaren su primer estado no recibirán gloria en el mismo reino con los que lo hayan guardado; y quienes guardaren su segundo estado, recibirán aumento de gloria sobre sus cabezas para siempre jamás."

No hay quien, al aceptar a Jesucristo como el Hijo de Dios, lógicamente pueda negar su preexistencia o poner en duda su posición en la Trinidad antes de venir a la tierra como el Hijo de María. La interpretación común que se da a las primeras palabras del Evangelio de San Juan sostiene el concepto de la Divinidad primordial de Cristo: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios." Más adelante leemos: "Y aquel Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros." Las afirmaciones del Salvador apoyan esta verdad. Cuando sus discípulos disintieron respecto de su doctrina tocante a sí mismo, les dijo así: "¿Pues qué, si viereis al Hijo del hombre que sube donde estaba primero?"[1] En otra ocasión les declaró: "Salí del Padre, y he venido al mundo: otra vez dejo el mundo, y voy al Padre."™ Y sus discípulos, complacidos con esta clara expresión que confirmaba la creencia que quizá sus corazones ya abrigaban, respondieron: "He aquí, ahora hablas claramente, y ningún proverbio dices . . . en esto creemos que has salido de Dios." A ciertos judíos inicuos que se jactaban de ser del linaje de Abrahán, y trataban de ocultar sus pecados bajo el manto protector del nombre del gran patriarca, el Salvador afirmó: "De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy." ° En oración solemne el Hijo imploró: "Ahora pues, Padre, glorifícame tú cerca de ti mismo con aquella gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo fuese." Sin embargo, Cristo nació como niño entre los mortales; y es lógico suponer que si su nacimiento terrenal fué la unión de un espíritu preexistente y un cuerpo mortal, así también es el nacimiento de todo miembro de la familia humana.

Pero no tenemos que depender de una simple suposición basada en la analogía. Las Escrituras claramente enseñan que Dios conoce y tiene contados los espíritus del género humano desde antes de su advenimiento terrenal. En su última administración entre Israel, Moisés cantó: "Acuérdate de los tiempos antiguos .... Cuando el Altísimo hizo heredar a las gentes, cuando hizo dividir los hijos de los hombres, estableció los términos de los pueblos según el número de los hijos de Israel."" Por esto aprendemos que la tierra fué repartida a las naciones, según el número de los hijos de Israel; y por tanto, es evidente que se sabía dicho número antes de la existencia

de la nación israelita en la carne; esto fácilmente se explica desde el punto de vista de una existencia anterior, en la cual eran conocidos los espíritus de la nación futura.

Por consiguiente, es imposible que se haya dejado a la ventura el número o extensión de las creaciones temporales de Dios. Se ha fijado la población de la tierra de acuerdo con el número de espíritus señalados para recibir cuerpos de carne sobre este planeta. Cuando todos éstos hayan venido en su orden y tiempo señalados, entonces, y sólo hasta entonces, vendrá el fin.

REFERENCIAS

Autoridad en el Ministerio

Antes de la dispensación mosaica: La comisión de Adán de enseñar—Moisés 6:57, 58; fué según el orden de Dios—versículo 67. El Señor mandó a Noé—Gen. 6:13, 14, 22; 7:1. Y el Señor consagró a Noé según su propio orden—Moisés 8:19. El Señor mandó a Abrahán—Gen. 12:1; 15:9; 17:1-9. Abrahán llegó a ser un Sumo Sacerdote—Abrahán 1:2, 3. Véase el Libro de Abrahán en la P. de G. P. El Señor hizo convenio con Abrahán en cuanto al Sacerdocio—Abrahán 2:9-11. Melquisedee, sacerdote del Dios alto—Gen. 14:18-20; véase también Alma 13:18. Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec—Sal. 110:4; Heb. 5:6-10; 6:20; 7:1-3. El Señor hizo convenio con Isaac—Gen. 26:2-5; y con Jacob—Gen. 28:10-15.

Autoridad dada a Moisés y otros: Moisés comisionado para librar a los hijos de Israel—Exo. 3:4-17. Yo te he constituido dios para Faraón—Exo. 7:1. Jetro, sacerdote de Madián—Exo. cap. 18; confirió a Moisés el Santo Sacerdocio— D. y C. 84:6. Josué fue ordenado por Moisés — Núm. 27:18-23; Deut. 34:9. Nótese la retribución que alcanzó a aquellos que intentaron oficiar sin autoridad—Núm. cap. 16; 1 Cr. 13:10; 1 Sam. 13:5-14; 2 Cr. cap. 26. Sacerdotes ungidos y consagrados para administrar—Núm. 3:3; se nombran levitas—versículo 9. Setenta varones de los élderes de Israel—Núm. 11:16, 25. A ellos escogió Jehová para administrar—Deut. 21:5. Vosotros seréis llamados sacerdotes de Jehová—Isa. 61:6. Jeremías fue ordenado profeta; las palabras de Jehová en su boca—Jer. 1:4-9. Fue palabra de Jehová expresamente a Ezequiel el sacerdote— Eze. 1:3. Entonces habló Haggeo, enviado de Jehová—Hag. 1:13, Palabra de Jehová a Zacarías—Zac. 1:1. El sacerdote es el mensajero de Jehová de los ejércitos—Mal. 2:7.

Autoridad Conferida por Jesucristo Durante su Vida Mortal

Dio potestad a sus doce apóstoles—Mat. 10:1. Estableció doce—Mar. 3:14; a estos doce llamó apóstoles—Luc. 6:13. Yo os elegí a vosotros, y os he ordenado—Juan 15:16; véase también 17:18. Designó el Señor aun otros setenta, los cuales envió—Luc. 10:1,17. A ti (Pedro) daré las llaves del reino de los cielos—Mat. 16:19. Se manda a los apóstoles bautizar y enseñar—Mat. 28:19, 20. Los apóstoles recibieron autoridad para remitir o retener los pecados—Juan 20:21-23.

Ordenación en los Días de los Apóstoles

Matías fue contado con los apóstoles—Hech. 1:21-26. A siete hombres escogieron y ordenaron por la imposición de manos—Hech. 6:2-6. Felipe obró con autoridad, y siguieron señales—Hech. 8:5-12; compárese con 6:5. Nótese que los apóstoles Pedro y Juan administraron las ordenanzas mayores a los samaritanos que por el ministerio de Felipe se habían convertido—Hech. 8:14-17. Bernabé y Saulo recibieron la imposición de manos—-Hech. 13:1-3. Ordenáronse ancianos (élderes) en cada iglesia—Hech. 14:23; véase también Tito 1:5. Pablo, llamado a ser apóstol—Kom. 1:1; 1 Cor. 1:1; véase también Rom. 1:5. ¿Cómo predicarán si no fueren enviados?—Eom. 10:14, 15. De lo que yo soy puesto por predicador y apóstol—1 Tim. 2:7; también 2 Tim. 1:11. El don que te es dado por profecía con la imposición de las manos del presbiterio—1 Tim. 4:14; también 2 Tim. 1:6. Sois linaje escogido, real sacerdocio—1 Ped. 2:9. Y él dio unos apóstoles, y otros profetas—Ef. 4:11. Jesucristo pontífice (sumo sacerdote) según el orden de Melquisedec—Heb. 5:1-8. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios—1 Ped. 4:11. Neñ llamado para ser jefe y maestro—1 Nefi 2:22; 3:29; 2 "Nefi 5:19. Nefi consagró a Jacob y a José sacerdotes—2 Nefi 5:26. Jacob, llamado por Dios y ordenado conforme a su santo orden—2 Nefi 6:2. Alma, consagrado sumo sacerdote de la Iglesia—Alma 4:4; 8:23; 16:5. Sumo sacerdocio según el orden del Hijo de Dios—Alma 13:1-19. Alma ordenó sacerdotes y élderes por la imposición de manos —Alma 6:1. Por todos los que habían sido ordenados según el santo orden de Dios—Alma 49:30. Los de la antigüedad fueron llamados según el santo orden de Dios—Ether 12:10. El Señor tocó con su mano a los discípulos que había elegido y les dio el poder para conferir el Espíritu Santo—3 Nefi 18:36, 37; Moroni, cap. 2. Fueron ordenados otros discípulos—4 Nefi 14. Los discípulos ordenaron presbíteros y maestros—Moroni, cap.3.

Juan el Bautista confiere a José Smith y Oliverio Cówdery el Sacerdocio de Aarón—D. y C. sec. 13. He aquí, ésta es mi autoridad, y la autoridad de mis siervos— D. y C. 1:6. Os revelaré el Sacerdocio por la mano de Elias el profeta— D. y C. 2:1. José Smith y Oliverio Cówdery se ordenan el uno al otro, según el mandamiento dado—P. de G. P. p. 54, versículo 71. Requiérense las ordenaciones; toda ordenación debe ser hecha por uno que tuviere autoridad—D. y C. 42:11. Los obispos serán sumos sacerdotes a menos que fueren descendientes literales de Aarón; derechos de los descendientes literales de Aarón—D. y C. 68:14-21. Por medio de esté Sacerdocio, salvador a mi pueblo Israel—D. y C. 86:11.

Revelación sobre el Sacerdocio, dando el linaje de los patriarcasantiguos y los deberes de los distintos oficios del Sacerdocio —D. y C. sec. 84. El que es enviado por mí y enviado a predicar la palabra de verdad—D. y C. 50:17. Predicad el evangelio, obrando mediante la autoridad que yo os he dado—D. y C. 68:8. El Señor llevó a Moisés de entre Israel, y el Santo Sacerdocio también; y continuó el Sacerdocio menor—D. y C. 84:25, 26. Los que son fieles hasta obtener estos dos Sacerdocios, llegan a ser los hijos de Moisés y de Aarón y la simiente de Abrahán—D. y C. 84:33, 34. Ay de todos aquellos que no aceptan este Sacerdocio—D. y C. 84:42. Los Doce llamados para ir por todo el mundo y predicar el evangelio—D. y C. 18:27-29. Instrucciones a los Doce—versículos 31-36.

Los Doce, un Sumo Consejo Administrativo Viajante, que edificará la Iglesia—D. y C. 107:33; los Setenta obrarán bajo la dirección de los Doce;—versículo 34. Los Doce Apóstoles son testigos especiales del nombre de Cristo en todo el mundo—D. y C. 107:23. Revelación sobre los quórumes del Sacerdocio y sus deberes— D. y C. sec. 107. Un solo hombre a la vez sobre la tierra que tiene las llaves del poder para ligar—D. y C. 132:7. El mismo Sacerdocio que existió en el principio existirá también al fin del mundo—Moisés 6:7. El Señor dijo a Abrahán: Te llevaré para poner sobre ti mi nombre, aun el Sacerdocio de tu padre—Abrahán 1:18. Los anales de los padres, aun los patriarcas, concernientes al derecho del Sacerdocio—Abrahán 1:31.

Preexistencia y Preordinación

Dios es el Padre de los espíritus de toda carne—Heb. 12:9; véase también Núm. 16:22; 27:16; Job 12:10. Después de la muerte el espíritu se vuelve a Dios que lo dio— Eccles. 12:7. Jeremías, antes que naciese, fue conocido de Dios y ordenado por él—Jer. 1:5. ¿Qué, si viereis al Hijo del hombre que sube donde estaba primero?—Juan 6:62. Salí del Padre; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre—Juan 16:28. Cristo oró que fuera glorificado con la gloria que tuvo cerca del Padre antes que el mundo fuese—Juan 17:5. ¿Quién pecó, éste o sus padres, para que naciese ciego?—Juan 9:2.

Considérense las muchas ocasiones en que Jehová o Jesucristo, se manifestó a los profetas antiguos de ambos hemisferios antes de nacer en la carne.

El Señor Omnipotente, que reina, que era, y que es desde todas las eternidades, descenderá y morará' en un tabernáculo de barro; y su madre se llamará María—Mosíah 3:5-8. El Señor mostró a Abráhán las inteligencias que fueron organizadas antes que el mundo fuese, para quienes se creó la tierra—Abrahán 3:22-26. El Señor resucitado declaró a los nefltas que él creó los cielos y la tierra, y que fué con el Padre desde el principio—3 Nefi 9:15. La noche antes de su nacimiento el Señor declaró a Nefi, hijo de Nefi: Mañana vendré al mundo—3 Nefi 1:13. De acuerdo con la presciencia de Dios, fueron llamados y preparados desde la fundación del mundo—Alma 13:3; preparado de eternidad en eternidad, según la presciencia de Dios—versículo 7. Cristo, preparado desde la fundación del mundo—Mosíah 18:13. Yo soy el que fui preparado desde la fundación del mundo —Ether 3:14. Elegidos según la presciencia de Dios—-1 Ped. 1:2. Nos escogió en él antes de la fundación del mundo—Ef. 1:4. Habiendo sido predestinados conforme al propósito del Señor— Ef. 1:11. Dios dispuso que los hombres anduviesen en buenas obras— Ef. 2:10. Sois herederos legales, y habéis sido escondidos del mundo con Cristo en Dios—D. y C. 86:9, 10. Cosas de Dios que existieron desde el principio, antes que el mundo fuese—D. y C. 76:13. Decretado en el Concilio del Dios Eterno antes que existiera este mundo—D. y C. 121:32. De entre los espíritus incorpóreos, el Señor escogió a aquellos que haría sus gobernantes en la carne—Abrahán 3:23.

CAPITULO 11
LA IGLESIA Y SU PLAN DE ORGANIZACIÓN

Artículo 6.—Creemos en la misma organización que existió en la Iglesia primitiva, esta es, apóstoles, profetas, pastores, maestros, evangelistas, etc.

LA IGLESIA EN LOS DÍAS ANTERIORES Y EN LOS POSTREROS

La Iglesia Primitiva.—En la dispensación del meridiano de los tiempos," Jesucristo estableció su Iglesia sobre la tierra, señalándole los oficiales necesarios para llevar a efecto los propósitos del Padre. Toda persona así nombrada quedaba divinamente comisionada con la autoridad para oficiar en las ordenanzas de su llamamiento. Después de la ascensión de Cristo se continuó la misma organización, y aquellos que habían recibido la autoridad llamaban a otros a los varios oficios del Sacerdocio. De esta manera se instituyeron en la Iglesia apóstoles, profetas, evangelistas, pastores, sumos sacerdotes, setentas, élderes o ancianos, obispos, presbíteros o sacerdotes, maestros y diáconos.

Además de estos oficios particulares del Sacerdocio, había otros llamamientos de un carácter más temporal a los cuales los hombres también eran nombrados por autoridad; como por ejemplo, el caso de los siete varones de buen testimonio que en los días de los apóstoles fueron nombrados al ministerio entre los pobres, dejando así a los Doce con más libertad para atender a los deberes particulares de sus oficios. Este nombramiento especial revela la naturaleza de los auxilios y gobernaciones, puestos en la Iglesia para ayudar en la obra bajo la dirección de los oficiales regulares del Sacerdocio.

Los ministros así nombrados y los miembros entre quienes trabajan constituyen la Iglesia de Cristo, la cual tan hermosamente ha sido comparada a un cuerpo perfecto, en el que los individuos representan los varios miembros, cada cual con sus propias funciones, cada cual cooperando para el bienestar del cuerpo entero.[1] Todo oficio así establecido, todo oficial que de esta manera ha sido comisionado, es necesario para el desarrollo de la Iglesia y el cumplimiento de su obra. Una organización establecida por Dios no comprende superfluidades: el ojo, el oído, la mano, el pie, cada uno de los miembros del cuerpo es esencial para la simetría y perfección de la estructura física. En la Iglesia ningún oficial puede justificadamente decirle a otro: "No te he menester."

La existencia de estos oficiales — y particularmente sus obras, acompañadas de ayuda y poder divinos— se puede considerar como singularidad característica de la Iglesia en cualquiera época del mundo: una prueba decisiva por medio de la cual se puede determinar la validez o falsedad de toda pretensión a la autoridad divina. El evangelio de Jesucristo es el evangelio eterno: sus principios, leyes y ordenanzas, y organización eclesiástica que en él se fundan, para siempre deben ser los mismos. Por consiguiente, al pretender la Iglesia verdadera, uno debe buscar una organización que comprenda los oficios establecidos en la antigüedad, los llamamientos de apóstoles, profetas, evangelistas, sumos sacerdotes, setentas, pastores, obispos, élderes, presbíteros, maestros, diáconos—no oficiales meramente de nombre, sino ministros que pueden justificar su posición como oficiales en el servicio del Señor por las manifestaciones de poder y autoridad que acompañan su ministerio.

La Apostasía de la Iglesia Primitiva.—Puede surgir en la mente del investigador sincero la pregunta que si estas autoridades, junto con los dones testificativos del Espíritu Santo, han permanecido entre los hombres desde la época apostólica hasta la actual, en una palabra, si ha existido la Iglesia de Jesucristo sobre la tierra durante este largo intervalo. Por vía de respuesta considérense los siguientes hechos. Desde el período que inmediatamente siguió el ministerio de los antiguos apóstoles, y hasta el siglo xix, ninguna organización había afirmado tener revelación directa de Dios; por cierto, los que profesan ser ministros del evangelio han enseñado y declarado por siglos que esos dones de Dios han cesado, que los días de los milagros han pasado y que la época actual no tiene más guía que lo pasado. Dando a la historia una interpretación natural, es muy patente que ha habido una desviación muy grande del camino de la salvación que el Salvador prescribió, una apostasía general de la Iglesia de Cristo. No bien hubo organizado el Salvador la Iglesia cuyo nombre lleva, cuando los poderes de la obscuridad se dispusieron para la batalla contra el cuerpo organizado. Aun en los días del ministerio personal de nuestro Señor en la carne, se manifestaba la persecución en contra de él y sus discípulos. Comenzando entre los judíos, y dirigida primeramente contra el Maestro y el puñado de sus asociados íntimos, esta ola de oposición en corto tiempo envolvió a todo adepto conocido del Salvador, a tal grado que el nombre mismo de cristiano se usaba como epíteto denigrante.

Sin embargo, en la primera parte del siglo iv, se manifestó un cambio en la actitud del paganismo hacia el cristianismo, debido a la así llamada conversión de Constantino el Grande, bajo cuyo patrocinio aumentó la influencia de la profesión de fe cristiana y se convirtió, por cierto, en la religión del estado. Pero, ¡que profesión, qué religión había llegado a ser para entonces! Su sencillez había desaparecido; la franca devoción y abnegada sinceridad no distinguían ya a los ministros de la Iglesia. Aquellos que profesaban ser creyentes del humilde Profeta de Nazaret, aquellos que a sí mismos se nombraban representantes del Señor, cuyo reino no era terrenal, aquellos ruidosamente aclamados amantes del Varón de Dolores vivían en condiciones muy extrañamente distintas de las de la vida de su Divino Ejemplar. Se aspiraba a las posiciones eclesiásticas por la distinción de honor y riquezas que las acompañaba; los ministros del evangelio afectaban el estado de dignatarios seculares; los obispos ostentaban la pompa de príncipes, los arzobispos vivían como reyes y los papas como emperadores. Con estas innovaciones se introdujeron muchos cambios en las ceremonias de la así llamada iglesia: fueron pervertidos los ritos del bautismo; alteróse el sacramento de la Santa Cena; la adoración pública se transformó en una exhibición de arte; se canonizó a los hombres; convirtióse a los mártires en objetos de adoración y la blasfemia aumentó rápidamente, pues hombres sin autoridad intentaron ejercer las prerrogativas de Dios. Siglos de tinieblas envolvieron la tierra; el poder de Satanás parecía ser casi supremo.

Para una consideración especial de la evidencia de una apostasía general de la Iglesia de Cristo, el estudiante deberá, consultar autoridades en materia de historia eclesiástica. Aunque pocos de estos escritores admiten el hecho de la apostasía, los acontecimientos históricos que ellos anotan nos revelan la terrible verdad. Desde los días de los apóstoles hasta fines del siglo diez se puede percibir un cambio en la forma de la organización de la Iglesia, la cual para esta última fecha casi ningún parecido tenía ya a la Iglesia que el Salvador estableció. Algunos historiadores admiten esta decadencia y, como veremos en breve, fué definitivamente anunciada por profecías autorizadas.

Juan Wesley, fundador de una secta influente, declaró que los dones distintivos del Espíritu Santo no estaban ya con la Iglesia, pues habían sido quitados por no ser dignos aquellos que profesaban ser cristianos, a quienes caracterizó de paganos que no tenían sino una forma muerta de adoración.[0] En la Homilía Contra el Peligro de la Idolatría de la Iglesia de Inglaterra, leemos lo siguiente: "De manera que, legos y clero, doctos e indoctos, todas edades, sectas y clases de hombres, mujeres y niños de toda la cristiandad—cosa terrible y horrorosa en que pensar—se han hundido a un mismo tiempo en una idolatría abominable, de todos los vicios el más aborrecido de Dios y el más detestable para el hombre; y esto tiene más de ochocientos años de estar así." El Libro de las Homilías data desde como a mediados del siglo xvi; y en él oficialmente se afirma que la así llamada Iglesia y todo el mundo religioso habían estado en una condición de apostasía completa durante ocho siglos o más antes del establecimiento de la Iglesia de Inglaterra.

Esta Gran Apostasía Fué Predicha. — La precognición de Dios le reveló, aun desde el principio, esta desviación de la verdad; y los profetas de la antigüedad por medio de la inspiración pronunciaron solemnes amonestaciones de los peligros que se aproximaban. Isaías vió esta época de obscuridad espiritual cuando declaró: "Y la tierra se inficionó bajo sus moradores; porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, rompieron el pacto sempiterno." Causan profunda impresión las palabras del Señor dadas por boca de Jeremías: "Porque dos males ha hecho mi pueblo: dejáronme a mí, fuente de agua viva, por cavar para sí cisternas, cisternas rotas que no detienen aguas."

Las profecías de los apóstoles relativas a los falsos maestros que al poco tiempo afligirían el rebaño nos muestran que en aquella época temprana la apostasía se aproximaba con rapidez. San Pablo aconsejó a los santos de Tesalónica que no se dejaran engañar por aquellos que entonces anunciaban que la segunda venida de Cristo estaba ya próxima. "Porque—declaró el apóstol —no vendrá sin que venga antes la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, oponiéndose, y levantándose contra todo lo que se llama Dios, o que se adora; tanto que se asiente en el templo de Dios como Dios, haciéndose parecer Dios." Esta apostasía había empezado aun en los días de los apóstoles: "Así también — dice Juan — al presente han comenzado a ser muchos anticristos." Y San Pablo, dirigiéndose a los Galatas, dice: "Hay algunos que os inquietan, y quieren pervertir el evangelio de Cristo." °

No menos conclusivas son las profecías referentes a esta gran apostasía que el Libro de Mormón contiene. Nefi, el hijo de Lehi, predijo la opresión de los indios de las Américas bajo los gentiles, y declaró que en ese tiempo el pueblo se llenaría de orgullo, apartándose de las ordenanzas de la casa de Dios; que edificarían muchas iglesias, pero en ellas predicarían su propia sabiduría en medio de envidias, contiendas y malicia, negando el poder y milagros de Dios.

La Restauración de la Iglesia. — Por los hechos ya expuestos, es evidente que la Iglesia fué literalmente expulsada de la tierra. En los primeros diez siglos inmediatamente posteriores al ministerio de Cristo, se perdió de entre los hombres la autoridad del Santo Sacerdocio, y ningún poder humano pudo restaurarla. Mas el Señor en su misericordia dispuso el restablecimiento de su Iglesia en los últimos días, y por la última vez; y los profetas de los tiempos antiguos previeron esta época de nuevo esclarecimiento, y con voces alegres cantaron de su venida.[1] El Señor efectuó esta restauración por conducto del profeta José Smith, quien, junto con Oliverio Cówdery, recibió el Sacerdocio de Aarón en 1829, de Juan el Bautista, y más tarde el Sacerdocio de Melquisedec, de los apóstoles de los días antiguos, Pedro, Santiago y Juan. Por esta autoridad que de ese modo se confirió, la Iglesia de nuevo ha sido organizada con toda su perfección anterior, y el género humano una vez más disfruta de los inestimables privilegios de los consejos de Dios. Los Santos de los Últimos Días afirman tener la verdadera organización de la Iglesia, igual en todos sus puntos esenciales a la organización que Cristo efectuó entre los judíos. Este pueblo de los últimos días profesa tener el Sacerdocio del Todopoderoso, el poder de obrar en el nombre de Dios, el poder que se respeta tanto en el cielo como en la tierra.

PLAN DE GOBIERNO EN LA IGLESIA RESTAURADA

Ordenes y Oficios del Sacerdocio. — La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días reconoce dos órdenes de Sacerdocio: El menor, que es llamado el Aarónico, y el mayor, conocido como el orden de Melquisedec.

El Sacerdocio Aarónico se llama así por Aarón, quien fué dado por boca a Moisés, para obrar bajo su dirección, a fin de llevar a cabo los fines de Dios respecto de Israel. Por esta razón a veces le dicen el Sacerdocio Menor; pero aunque menor, no es ni pequeño ni insignificante. Mientras Israel viajaba por el desierto, Aarón y sus hijos fueron llamados por profecía y nombrados para los deberes del oficio de sacerdote.

Más tarde el Señor escogió a la tribu de Leví para ayudar a Aarón en las funciones sacerdotales, y fueron los deberes especiales de los levitas guardar los instrumentos y encargarse del servicio del tabernáculo. Los levitas iban a reemplazar a los primogénitos de todas las tribus, a los cuales el Señor había apartado para su servicio desde la ocasión de la última y terrible plaga en Egipto, cuando murió el primogénito de todas las casas de los egipcios mientras que el hijo mayor de cada familia israelita fué santificado y preservado. Esta comisión dada a los levitas a veces es llamada el Sacerdocio Levítico. Debe considerarse como dependencia del Sacerdocio de Aarón, y no comprende los poderes más altos del Sacerdocio. El Sacerdocio Aarónico, cual ha sido restaurado a la tierra en esta dispensación, incluye el orden levítico. El Sacerdocio de Aarón posee las llaves de la ministración de ángeles y la autoridad para oficiar en las ordenanzas exteriores, la letra del evangelio. Comprende los oficios de diácono, maestro y presbítero, y el obispado tiene las llaves de su presidencia.

El Sacerdocio de Melquisedec lleva el nombre del rey de Salem, un gran sumo sacerdote.' Antes de la época de dicho rey, "se llamaba el Santo Sacerdocio según el Orden del Hijo de Dios. Mas por respeto o reverencia al nombre del ser Supremo, ellos, la Iglesia en los días antiguos, para evitar la tan frecuente repetición del nombre de Dios, le dieron a ese sacerdocio el nombre de Melquisedec." Este Sacerdocio tiene el derecho de presidir todos los oficios de la Iglesia. Sus funciones especiales consisten en la administración de cosas espirituales, y comprende las llaves de todas las bendiciones espirituales de la Iglesia, el derecho de "ver manifestados los cielos (hablando de los que tienen este sacerdocio) , comunicarse con la asamblea general y la Iglesia del Primogénito, y gozar de la comunión y la presencia de Dios el Padre y de Jesús, el mediador del nuevo convenio". Los oficios especiales del Sacerdocio de Mel-quisedec son: Apóstol, patriarca o evangelista, sumo sacerdote, setenta y élder o anciano. Las revelaciones de Dios han señalado los deberes de cada uno de estos llamamientos; y esta misma alta autoridad ha dirigido el nombramiento de oficiales administrativos, escogidos de entre aquellos que son nombrados a los varios oficios de estos dos Sacerdocios.'

Deberes Especiales del Sacerdocio. — El oficio de Diácono es el primero o el menor en el Sacerdocio de Aarón. Los deberes de este llamamiento son principalmente de carácter temporal, y tienen que ver con el cuidado de las casas de oración, la comodidad de los presentes y prestar servicio a los miembros de la Iglesia conforme a las instrucciones del obispo. Sin embargo, el diácono puede ser llamado en todas las cosas para ayudarle al maestro en sus deberes. Doce diáconos forman un quorum, al cual presiden un presidente y dos consejeros, escogidos de entre los del grupo.

Los Maestros son oficiales locales cuya función es asociarse con los santos para exhortarlos en cuanto a sus deberes, y fortalecer a la Iglesia por medio de su ministerio constante. Deben ver que no haya iniquidad en la

Iglesia ni que los miembros abriguen malos sentimientos unos contra otros, sino que observen la ley de Dios respecto de sus deberes en la Iglesia. Pueden dirigir los servicios a falta de algún presbítero u otro oficial mayor. Tanto los maestros como los diáconos pueden predicar la palabra de Dios cuando propiamente se les indique, pero no tienen el poder para oficiar independientemente en ninguna ordenanza espiritual, como bautizar, administrar la Santa Cena o imponer las manos.[1] Veinticuatro maestros, incluyendo un presidente y dos consejeros, constituyen un quórum.

Los Presbíteros son comisionados para predicar, enseñar, exponer las Escrituras, bautizar, administrar la Santa Cena y visitar las casas de los miembros para exhortarlos a ser diligentes. Debidamente nombrado, el presbítero puede ordenar diáconos, maestros y otros presbíteros; y puede ser llamado para ayudarle al élder en su obra. Un quórum de presbíteros consta de cuarenta y ocho miembros, y se halla bajo la presidencia personal de un obispo.

Los Élderes o ancianos están facultados para oficiar en cualquiera de los deberes de los oficios menores del Sacerdocio, o en todos ellos; además, pueden ordenar otros élderes, confirmar miembros de la Iglesia a aquellos que han sido bautizados debidamente, y conferirles el Espíritu Santo.™ Los élderes tienen la autoridad para bendecir a los niños en la Iglesia y hacerse cargo de los servicios, dirigiéndolos conforme a los dictados del Espíritu Santo. El élder puede oficiar en lugar del sumo sacerdote si éste no estuviere presente. Noventa y seis élderes integran un quorum, y tres de ellos constituyen la presidencia del cuerpo."

Los Setenta son principalmente élderes viajantes, ordenados especialmente para promulgar el evangelio entre las naciones de la tierra, "primeramente a los gentiles, y también a los judíos". Deben obrar bajo la dirección de los apóstoles en esta obra particular. Un quorum completo se compone de setenta miembros, entre ellos siete presidentes.

Los Sumos Sacerdotes son ordenados y facultados para oficiar en todas las ordenanzas y bendiciones de la Iglesia, cuando son nombrados o de alguna otra manera autorizados para ello. Pueden viajar como lo hacen los setenta, llevando el evangelio a las naciones, pero no tienen esa responsabilidad especial. Su llamamiento particular consiste en presidir y servir en un lugar fijo. Los sumos sacerdotes de cualquiera de las estacas de la Iglesia pueden organizarse en un quorum, y éste no tiene límites en cuanto a su número. Tres de los miembros, un presidente y dos consejeros, presiden este quorum.

Los Patriarcas o Evangelistas se encargan de la responsabilidad de bendecir a los miembros de la Iglesia, aunque por supuesto, tienen la autoridad para oficiar también en otras ordenanzas. Hay un "Patriarca para la Iglesia" conocido oficialmente como el Patriarca Presidente, cuya jurisdicción es general en toda la organización. Este tiene las llaves del oficio patriarcal, y las ejercita para que aquel "a quien él bendijere sea bendito, y a quien maldijere sea maldito; para que lo que ligare en la tierra sea ligado en los cielos, y lo que soltare en la tierra quede suelto en los cielos".

Concerniente a la autoridad patriarcal, el Señor ha dicho: "Estableciόse el orden de este sacerdocio para descender de padre a hijo; y por derecho pertenece a los descendientes literales de la simiente escogida, a la cual se hicieron las promesas. Este orden fue instituido en los días de Adán, y descendió por linaje." Pero además de este oficio de poder patriarcal general, hay un número de patriarcas locales que son nombrados en las ramas de la Iglesia, los cuales están sujetos al consejo e instrucción del Patriarca General, así como él se halla bajo la dirección de la Primera Presidencia o el Consejo de los Doce. Estos patriarcas locales poseen los mismos privilegios y autoridad, dentro de sus distritos respectivos, que los que tiene el Patriarca Presidente en toda la Iglesia. "Es el deber de los Doce ordenar ministros evangelistas en todas las ramas grandes de la iglesia, según les fueren designados por revelación."

Los Apóstoles son llamados para ser testigos especiales del nombre de Cristo en todo el mundo. Están facultados para edificar y organizar las ramas de la Iglesia, y pueden oficiar en cualquiera de las sagradas ordenanzas, o en todas. Deben viajar entre los miembros para poner en orden los asuntos de la Iglesia dondequiera que fueren, pero con particularidad donde no hubiere una organización local completa. Están autorizados para ordenar patriarcas y otros oficiales del Sacerdocio bajo la inspiración del Espíritu de Dios. En todo su ministerio han de obrar bajo la dirección de la Primera Presidencia de la Iglesia. Doce Apóstoles, debidamente ordenados, constituyen el Quórum o Consejo de los Doce.

La Presidencia y Organizaciones de los Quórumes— La palabra revelada de Dios ha dispuesto el establecimiento de oficiales administradores que deben proceder o ser nombrados de "entre los que son ordenados a los varios oficios de estos dos sacerdocios". De acuerdo con los principios prevalecientes de orden

que caracterizan toda su obra, el Señor ha mandado que se organicen en quórumes todos los portadores del Sacerdocio para que puedan aprender los deberes de sus llamamientos respectivos y cumplir con ellos. Algunos de estos quórumes son generales en su extensión y autoridad, otros son de jurisdicción local. Las Autoridades Generales de la Iglesia y todos los oficiales de jurisdicción general o local, deben ser apoyados en sus varias posiciones mediante el voto de aquellos a quienes van a presidir. De modo que en las organizaciones locales se vota a favor de los oficiales de la estaca y del barrio, y la Iglesia, reunida en conferencia, vota por las autoridades y oficiales generales. Las conferencias generales de la Iglesia se celebran dos veces por año, mientras que las conferencias de las estacas y barrios se convocan cada tres meses; y en estas conferencias el voto de los miembros a favor o en contra de los que son nombrados a los varios oficios es un elemento importante. Así es como se observa el principio de común acuerdo en las organizaciones de la Iglesia.

La Primera Presidencia constituye el cuerpo administrativo de la Iglesia. Por dirección divina, uno de los miembros del Sumo Sacerdocio es nombrado presidente para que gobierne a toda la Iglesia. Es conocido como el Presidente del Sumo Sacerdocio de la Iglesia, o el Sumo Sacerdote que preside el Sumo Sacerdocio de la Iglesia.

Es nombrado "un vidente, un revelador, un traductor y un profeta, teniendo todos los dones que Dios confiere sobre la cabeza de la iglesia." Según el Señor, este oficio es semejante al de Moisés de antaño, quien fué el portavoz de Dios para con Israel. En su elevada labor en la Iglesia, este Sumo Sacerdote Presidente cuenta con la ayuda de otros dos que poseen el mismo Sacerdocio, y estos tres Sumos Sacerdotes, cuando son debidamente nombrados y ordenados, y apoyados por la confianza, fe y oraciones de la Iglesia, "forman el quórum de la Presidencia de la Iglesia".

El Quórum de los Doce Apóstoles.—Doce hombres nombrados al apostolado, debidamente organizados, constituyen el Quórum de los Doce Apóstoles, también llamado el Consejo de los Doce. El Señor los ha llamado "los doce consejeros viajantes". Estos forman el Sumo Consejo Administrativo Viajante y ofician bajo la dirección de la Primera Presidencia en todas partes del mundo. Forman un quórum cuyas decisiones unánimes son de igual valor y poder que las de la Primera Presidencia de la Iglesia. Cuando queda desorganizada la Primera Presidencia, debido a la muerte o inhabilidad del Presidente, la autoridad administrativa inmediatamente recae en el Quórum de los Doce Apóstoles, por medio de quienes se hace el nombramiento del siguiente Presidente.

El Quórum Administrativo de Setenta. — El primer quórum de Setenta integra un cuerpo cuyas decisiones unánimes serían tan válidas como las de los Doce Apóstoles en los asuntos que fuesen debidamente presentados a los Setenta para su decisión oficial. En la obra de la Iglesia puede haber necesidad de muchos quórumes de setentas. Cada quorum tiene siete presidentes. Sin embargo, los siete presidentes del Primer Quórum de Setenta presiden a todos los demás quórumes y sus presidentes.

El Obispado General, en su organización actual, se compone del Obispo General de la Iglesia y dos consejeros. La jurisdicción de este cuerpo se extiende a los deberes de todos los demás obispos de la Iglesia, y a todas las actividades y organizaciones que corresponden al Sacerdocio de Aarón. El representante viviente de mayor edad entre los hijos de Aarón tiene derecho a esta presidencia, si es que en todo sentido llena los requisitos y es digno. Sin embargo, primeramente debe ser nombrado y ordenado por la Primera Presidencia de la Iglesia. Si fuere hallado y ordenado tal descendiente directo de Aarón, podrá obrar sin consejeros, salvo cuando tuviere que juzgar a uno de los Presidentes del Sumo Sacerdocio; y en este caso le han de ayudar doce sumos sacerdotes. Pero no habiendo un descendiente directo de Aarón debidamente calificado, la Primera Presidencia puede llamar y ordenar a un Sumo Sacerdote del Sacerdocio de Mel-quisedec para el oficio de Obispo General; y lo ayudarán como consejeros otros dos sumos sacerdotes debidamente ordenados y nombrados.

Las Organizaciones Locales del Sacerdocio.— Donde los miembros se han radicado permanentemente, se organizan Estacas de Sión. Cada estaca comprende un número de barrios o ramas. Para cada estaca se nombra una Presidencia de la Estaca, la cual consta de un presidente y dos consejeros quienes son sumos sacerdotes designados para este oficio. En sus funciones judiciales, la Presidencia de la Estaca cuenta con la ayuda de un Sumo Consejo Residente constituido por doce sumos sacerdotes escogidos y ordenados para ese oficio. La Presidencia de la Estaca preside este consejo y juntos forman el tribunal judiciario más alto de la estaca.

Los presidentes de las estacas y los obispos de los barrios son los pastores del rebaño. Son análogos sus deberes y aquellos que tenían los pastores en dispensaciones anteriores. Los sumos sacerdotes y los élderes de cada estaca se organizan en quórumes, como ya se ha explicado, aquéllos sin límite en cuanto a número, éstos en uno o más quórumes de noventa y seis miembros cada uno. También se nombran patriarcas para obrar en su

oficio entre los miembros de la estaca.

Un Obispado existe en todo barrio completamente organizado de la Iglesia. Este cuerpo está constituido por tres sumos sacerdotes, a uno de los cuales se ordena obispo y se nombra para presidir el barrio, mientras que los otros dos son designados consejeros del obispo. Quedan bajo la jurisdicción del obispo los quórumes del sacerdocio menor que hubiere en su barrio, igual que los portadores del sacerdocio mayor, como miembros de su barrio; pero no ejerce presidencia directa en los quórumes del orden de Melquisedec, en su carácter de quórumes, que hubiere dentro de sus términos. Como sumo sacerdote presidente, propiamente dirige a todo su barrio. El barrio incluye quórumes de presbíteros, maestros y diáconos, uno o más, según el número de los miembros del barrio, y también comprende organizaciones auxiliares como más adelante veremos.

Las Organizaciones Auxiliarles de la Iglesia.—Además de estas autoridades y oficios constituidos del Sacerdocio, existen organizaciones secundarias, establecidas para fines morales, educativos y benevolentes. Estas comprenden las siguientes:

Las Asociaciones Primarias que proveen instrucción y preparación morales para los niños.

Las Asociaciones de Mejoramiento Mutuo que comprenden organizaciones separadas para los dos sexos, y tienen por objeto la educación y preparación de la juventud mediante temas de interés práctico. La literatura y la historia, el drama y la música, las ciencias y las artes, las leyes de la salud y otras numerosas ramificaciones de conocimientos útiles proveen la instrucción. También hay facilidades para participar en actividades recreativas de muchas y diversas clases.

Las Escuelas Dominicales tienen departamentos graduados para estudiar las Escrituras, e instruirse en teología, en deberes morales y religiosos y en la disciplina de la Iglesia. Las Escuelas Dominicales, aunque principalmente para los menores, son para todos, y en ellas hay clases para los párvulos, adultos y edades intermedias.

Las Escuelas de la Iglesia imparten instrucción tanto seglar como religiosa a los estudiantes de cualquier edad, desde párvulos hasta clases universitarias.

Clases de Religión.—En éstas se ofrecen cursos graduados de instrucción teológica y religiosa para ayudar y completar las enseñanzas seglares de las escuelas no religiosas. También hay seminarios para los estudiantes de las escuelas preparatorias y universidades.

Sociedades de Socorro.—Estas se componen de mujeres, cuyos deberes se relacionan con el cuidado de los pobres y el alivio de los que sufren.

La mayor parte de estas organizaciones auxiliares funcionan en cada uno de los barrios de la Iglesia, así como entre sus misiones por todo el mundo. Los oficiales que son nombrados para presidir las varias organizaciones auxiliares del barrio, a pesar de estar bajo la dirección general del obispado del barrio, reciben de las Directivas de la Estaca y de las Mesas Directivas de sus organizaciones respectivas, instrucciones detalladas en cuanto a los proyectos y métodos de su obra particular. De conformidad con el principio de común acuerdo que caracteriza la administración de la Iglesia en general, aunque los oficiales de las instituciones auxiliares son nombrados con o mediante la aprobación de los oficiales administradores del Sacerdocio, deben ser apoyados por el voto de los miembros de las unidades locales o generales en las que se les ha llamado a servir.

REFERENCIAS

La Iglesia Antes del Nacimiento de Cristo.—Significante es el hecho de que la palabra "iglesia" no aparece en el Antiguo Testamento. Desde la época de Moisés hasta la venida de Cristo, el pueblo vivió bajo la jurisdicción de la Ley. Entre ésta y el Evangelio, cual se halla en la Iglesia establecida por Jesucristo, hay una distinción importante. Sin embargo, entre los nefitas que vivían aparte sobre el continente occidental, la Iglesia existió como cuerpo organizado antes del advenimiento del Señor Jesucristo.

Cuantos bautizaba pertenecían a la Iglesia de Dios—Mosíah 25:18; véase también 26:28. Persecución de los que pertenecían a la Iglesia de Dios—Alma 1:19. Por vía de mandamiento a vosotros que pertenecéis a la Iglesia— Alma 5:62. Alma había consagrado maestros, sacerdotes y élderes en la Iglesia—Alma 4:7; Alma retuvo el oficio de Sumo Sacerdote—versículo 18; Alma fué Sumo Sacerdote de la Iglesia de Dios—Alma 8:23. Los miembros de la iglesia se llenaron de alegría—Helamán 6:3; la iglesia se extendió por todo el país—Helamán 11:21.

La Iglesia Primitiva Sobre el Hemisferio Oriental

Sobre esta piedra edificaré mi iglesia—Mat. 16:18. Y si no oyere a ellos, dilo a la iglesia—Mat. 18:17. Y el Señor añadía cada día a la iglesia—Hech. 2:47. Se hizo una grande persecución en la iglesia que estaba en Jerusalén—Hech. 8:1. Herodes echó mano a maltratar algunos de la iglesia—Hech. 12:1. Habiéndoles constituido ancianos en cada una de las iglesias—Hech. 14:23. Entonces pareció bien a los apóstoles y a los ancianos, con toda la iglesia—Hech. 15:22. Pablo envió a Efeso e hizo llamar a los ancianos de la iglesia —Hech. 20:17; les instruyó que apacentaran la Iglesia del Señor—versículo 28. Y así enseñó en todas las iglesias—1 Cor. 7:17. A unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, etc.—1 Cor. 12:28. Cristo es cabeza de la iglesia—Ef. 5:23; como la iglesia está sujeta a Cristo—versículo 24; así como Cristo amó a la iglesia—versículo 25. Llame a los ancianos de la iglesia—Sant. 5:14. Juan a las siete iglesias que están en Asia—Apo. 1:4. Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias—Apo. 22:16.

En el Hemisferio Occidental Cristo Regula y Continúa la Iglesia

Se administrará el sacramento a la Iglesia de Cristo—3 Nefi 18:5. Así oraréis en mi iglesia—3 Nefi 18:16. Si se arrepienten los gentiles, se establecerá la Iglesia de Cristo en medio de ellos—3 Nefi 21:22. La iglesia será conocida y llamada por el nombre de Jesucristo —3 Nefi 27:1-8. La iglesia se reunía a menudo . . . para participar del pan y vino—Moroni 6:5, 6; véanse también los versículos 2, 4, 7, 9.

La Iglesia de Jesucristo Establecida en la Dispensación Actual

Escuchad, oh pueblo de mi iglesia—D. y C. 1:1. Autoridad para poner los cimientos de la iglesia, y de sacarla de la obscuridad—D. y C. 1:30; siendo la única iglesia verdadera y viviente sobre toda la faz de la tierra—el mismo versículo. Ahora cuando empieza a levantarse mi iglesia, y a salir de) desierto—D. y C. 5:14. Si los de esta generación no endurecen sus corazones, estableceré entre ellos mi iglesia—D. y C. 10:53. Quienes pertenezcan a mi iglesia no deben temer—versículo 55. Quienes se arrepientan y vengan a mí, son mi iglesia—versículo 67; véanse también los versículos 68-70. Concernientes al fundamento de mi iglesia, mi evangelio y mi roca—D. y C. 18:4, 5. La Iglesia de Cristo organizada y establecida el seis de abril de 1830—D. y C. 20:1. Primer y segundo élderes de la-Iglesia—D. y C. 20:2, 3. Concerniente a los deberes de los varios oficiales de la Iglesia— D. y C. secs. 20 y 84. Revelación dada al organizarse la Iglesia—D. y C. sec. 21. Ninguno de los que pertenecen a la Iglesia queda exento de la ley—D. y C. 70:10. Es deber de la Iglesia predicar el evangelio — D. y C. 84:76; así fue como los apóstoles antiguos edificaron la Iglesia-— versículo 108. Revélase el nombre de la Iglesia: La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días—D. y C. 115:4. La Primera Presidencia recibirá oráculos para toda la Iglesia— D. y C. 124:126,

CAPITULO 12
DONES ESPIRITUALES

Artículo 7.—Creemos en el don de lenguas, profecía, revelación, visiones, sanidades, interpretación de lenguas, etc.

Los Dones Espirituales Caracterizan la Iglesia.—Ya se ha afirmado que todos los hombres que quieren oficiar debidamente en las ordenanzas del evangelio tienen que ser comisionados con autoridad del cielo para sus altos deberes. Con tal investidura, estos siervos del Señor no carecerán de pruebas respecto de su comisión divina, porque es rasgo típico de las vías de Dios que él manifieste su poder, concediendo una variedad de gracias ennoble-cedoras que apropiadamente se llaman dones del Espíritu. Con frecuencia se manifiestan éstos de una manera tan distinta del orden común de las cosas, que se les califica de milagrosos y sobrenaturales. De ese modo se dio a conocer el Señor en los tiempos primitivos de la historia bíblica; y desde los días de Adán hasta la actualidad, los profetas de Dios generalmente se han visto investidos con tal poder. Siempre que la autoridad del Sacerdocio ha obrado mediante la Iglesia organizada sobre la tierra, los miembros han sido fortalecidos en su fe y bendecidos de varias otras maneras análogas por la posesión de estos dones. Podemos sin peligro alguno considerar la existencia de estos poderes espirituales como una de las características esenciales de la Iglesia. Donde no existen, el Sacerdocio de Dios no funciona.

El profeta Mormón" solemnemente declaró que los días de los milagros no pasarán de la Iglesia mientras hubiere sobre la tierra aun cuando fuere un solo hombre que salvar. "Porque—dice él—es por la fe que se obran milagros, y es por la fe que aparecen ángeles y ejercen su ministerio a favor de los hombres; por lo tanto, si han cesado estas cosas, ¡ay de los hijos de los hombres!, porque es a causa de la incredulidad, y todo es inútil." Y Moroni, con el presentimiento de que no duraría mucho sobre la tierra, testificó independientemente que los dones y gracias del Espíritu jamás desaparecerían mientras durase la tierra, sino por la incredulidad del género humano .

Escuchad las palabras de este profeta, dirigidas a "vosotros que negáis las revelaciones de Dios y decís que ya han cesado, que no hay revelaciones, ni profecías, ni dones, ni sanidades, ni hablar en lenguas, ni interpretación de lenguas. He aquí, os digo que aquel que niega estas cosas, no conoce el evangelio de Cristo; sí, no ha leído las Escrituras; y si las ha leído, no las comprende. Pues ¿no leemos que Dios es el mismo ayer, hoy y para siempre, y que en él no hay variación, ni sombra de cambio? Empero si os habéis imaginado un dios variable, y en quien hay sombra de cambio, entonces os habéis imaginado un dios que no es un Dios de milagros. Pero he aquí que yo os mostraré un Dios de milagros, sí, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob; y es el mismo Dios que creó los cielos y la tierra, y todas las cosas que hay en ellos."

Naturaleza de los Dones Espirituales.—Los dones de que aquí se habla son esencialmente investiduras de poder y autoridad por medio de las cuales se realizan los propósitos de Dios, y algunas veces se ven acompañados de situaciones que pueden parecer sobrenaturales. Por este medio son curados los enfermos, las influencias malignas son vencidas, los espíritus de tinieblas dominados; los santos, humildes y débiles, proclaman sus testimonios y de otras maneras alaban a Dios en lenguas nuevas y extrañas mientras otros interpretan sus palabras; el entendimiento humano recibe el vigor del contacto celestial de visiones y sueños espirituales para ver y comprender cosas que ordinariamente les son vedadas a los sentidos mortales; se establece comunicación directa con la fuente de toda sabiduría, y se obtienen las revelaciones de la divinidad.

El Señor ha prometido estos dones a quienes creyeren en su nombre, y han de venir después de la obediencia a los requisitos del evangelio. Entre los creyentes, deben servir de ánimo y aliciente para buscar una comunicación más elevada con el Espíritu. No se dan como señales para gratificar la curiosidad carnal ni para satisfacer una sed malsana de cosas aparatosas. Ha habido hombres que por medio de manifestaciones milagrosas han sido guiados a la luz; pero los sucesos en las vidas de estos hombres indican que son de los que habrían llegado al conocimiento de la verdad de algún otro modo, o de los que sólo están interesados superficialmente, y en cuanto se acaba la novedad de la nueva sensación, se extravían una vez más entre las tinieblas de las cuales momentáneamente habían salido. Los milagros no son principalmente, ciertamente. no se necesitan, para dar pruebas del poder de Dios; los acontecimientos más sencillos, las obras más comunes de la creación hacen eso. Pero al corazón ya enternecido y purificado por el testimonio de la verdad, al entendimiento

iluminado por el poder del Espíritu y dispuesto para servir obedientemente en los requerimientos del evangelio, llega la voz de los milagros con alegres nuevas, con evidencias adicionales y más abundantes de la magnanimidad de un Dios lleno de misericordia.

Sin embargo, el testimonio de los milagros debería llamar la atención aun del incrédulo, cuando menos al grado de incitarlo a investigar el poder mediante el cual se efectúan; y en estos casos los milagros son como "una voz fuerte dirigida a los que son duros de oído". En una revelación del Señor dada por medio de José Smith, se expone claramente el objeto de los dones espirituales: "Por lo tanto, cuidaos a fin de que no os engañen; y para que no seáis engañados, buscad diligentemente los mejores dones, recordando siempre para qué se dan. Porque de cierto os digo que se dan para el beneficio de los que me aman y guardan todos mis mandamientos, y del que procura hacerlo; para que se beneficien todos los que de mí buscan y piden, mas no una señal para satisfacer sus concupiscencias."

Los Milagros comúnmente se consideran como acontecimientos que se oponen a las leyes de la naturaleza. Semejante concepto es obviamente erróneo, porque las leyes de la naturaleza son inviolables. Pero en vista de que el conocimiento humano de estas leyes está muy lejos de ser perfecto, ciertos acontecimientos parecerán oponerse a la ley natural cuando concuerdan estrictamente con ella. Toda la constitución de la naturaleza se funda en sistema y orden; sin embargo, las leyes de la naturaleza están graduadas como lo están las leyes del hombre. La operación de una ley superior en cualquier caso particular no destruye la realidad de una ley inferior. Por ejemplo, la, sociedad ha promulgado una ley que le prohibe a cualquier hombre adueñarse de la propiedad de otro; no obstante, los representantes de la ley a menudo se apoderan por la fuerza de las posesiones de sus semejantes contra quienes se hubiere dictado algún fallo; y se hace esto para satisfacer, no para violar, la justicia. Jehová ordenó: "No matarás"; y el género humano ha reiterado la ley, prescribiendo castigos por su violación. Con todo, la sagrada historia testifica que en determinados casos el mismo Autor de la Ley ha mandado directamente que se haga justicia, tomándose la vida humana. Ni el juez que dicta la sentencia capital contra un asesino culpado de homicidio, ni el verdugo que lleva a cabo la disposición, obran contra la ley de "no matarás", sino al contrario, en apoyo de este decreto.

Hasta cierto punto estamos familiarizados con algunos de los principios conforme a los cuales obran algunas de las fuerzas de la naturaleza; ninguna sorpresa nos causa verlos, aunque una reflexión más detenida mostrará que aun los fenónemos más comunes son poco entendidos. Sin embargo, cualquier suceso fuera de lo común es, para el desentendido, una cosa milagrosa, sobrenatural y hasta contranatural. Cuando el profeta Eliseo hizo que el hacha flotara sobre el río, se valió de una fuerza superior a la de la gravedad. Indudablemente el hierro pesaba más que el agua; pero mediante la operación de esta fuerza superior, quedó apoyado, suspendido o de alguna otra manera se mantuvo a flor de agua como si lo estuviera sosteniendo allí una mano humana, o conservando a flote boyas invisibles.

El vino ordinariamente se compone de cuatro quintas partes de agua, y el resto de una variedad de compuestos químicos, cuyos elementos existen abundantemente en el aire y en la tierra. El método común—lo que nosotros llamamos el método natural—de combinar propiamente estos elementos consiste en sembrar la uva, luego cultivar la vid hasta que el fruto está listo para entregar su jugo en el lagar. Mas por un poder que sobrepuja toda capacidad netamente humana, Jesucristo unió estos elementos en la fiesta de bodas en Caná y efectuó una transmutación química dentro de las tinajas de agua que resultó en la producción del vino. En igual manera, cuando dio de comer a las multitudes, por su contacto sacerdotal y bendición autorizada, la substancia de los panes y los peces aumentó, efectuándose un crecimiento que habría tardado meses, siguiendo lo que nosotros consideramos el orden natural. En la curación de los leprosos, los paralíticos y los inválidos, las partes enfermas del cuerpo fueron restauradas de nuevo a su estado normal y sano; las impurezas que envenenaban los órganos fueron desterradas más rápida y eficazmente que aquellas que tienen que depender del efecto de la medicina.

Ningún observador sincero, ninguna alma razonante, puede dudar de la existencia de inteligencias y organismos que los sentidos del hombre no pueden percibir sin ayuda. Este mundo es la incorporación material de cosas espirituales. El Creador nos ha dicho que él formó todas las cosas en el espíritu antes que fuesen temporales. Los capullos que florecen y mueren en la tierra, quizá los representarán flores imperecederas, bellas y fragantes. El hombre ha sido formado a imagen de su Dios; su mente, aunque ofuscada por costumbres y debilitada por hábitos perjudiciales, aún es un tipo caído del pensamiento inmortal; y aunque el espacio que separa a lo humano de lo divino, en cuanto a pensamientos, deseos y hechos, es tan inmenso como el que hay entre el mar y el cielo, pues como las estrellas se elevan sobre la tierra así las vías de Dios superan a las del

hombre, sin embargo, podemos afirmar que lo espiritual tiene analogía con lo temporal. Cuando le fueron abiertos los ojos, el siervo de Elíseo vió las huestes de guerreros celestiales que cubrían las montañas alrededor de Dotan: hombres de a pie, carros y hombres de a caballo aparejados para la lucha contra los sirios. ¿Acaso no podremos creer que el capitán de la hueste del Señor y su compañía celestial estaban presentes cuando Israel circundó a Jericó, y que ante su agencia sobrehumana, apoyada por la fe y la obediencia del ejército mortal, se derrumbaron los muros?

Algunas de las realizaciones más recientes y más notables del hombre, en cuanto a la utilización de fuerzas naturales, van llegando a la categoría de manifestaciones espirituales. Poder oír el tic tac de un reloj a miles de millas de distancia; hablar en tono moderado y ser oído en todo el continente; enviar señales desde un hemisferio y ser entendidas en otro, aunque entre ellos los océanos se agitan y rugen; traer los relámpagos a nuestras casas para usarlos como fuego e iluminación; navegar por el aire y viajar bajo la superficie del océano; hacer que las energías químicas y atómicas obedezcan nuestra voluntad, ¿acaso no son milagros? Su posibilidad no habría sido aceptada con crédito antes de realizarse. No obstante, por medio de la operación de las leyes de la naturaleza, que son las leyes de Dios, se efectúan éstos y otros milagros.

Una Enumeración de los Dones del Espíritu, el hombre no puede hacer en forma completa; sin embargo, los escritores inspirados y la palabra de revelación han señalado las más comunes de estas manifestaciones espirituales. San Pablo, cuando escribe a los santos de Corinto, Mo-roni, al redactar su última súplica a los lamanitas, y la voz del Señor, dirigida al pueblo de su Iglesia en esta dispensación, mencionan muchos de los dones particulares del Espíritu. Por estas Escrituras aprendemos que todo hombre ha recibido algún don de Dios; y en la gran diversidad de dones, no todos reciben el mismo. "El Espíritu Santo da a saber a algunos las diferencias de administración ... y además, a algunos les es dado por el Espíritu Santo discernir las diversidades de operaciones, si es que son de Dios, para que las manifestaciones del Espíritu sean dadas a cada hombre para su provecho. Y además, de cierto os digo que a algunos les es dada, por el Espíritu de Dios, la palabra de sabiduría; a otros, la palabra de conocimiento, para que todos sean enseñados a ser sabios y a tener conocimiento. Y además, a algunos les es dada fe para ser sanados; y a otros, fe para sanar. Y además, a algunos les es concedido obrar milagros; y a otros, profetizar; y a otros, discernir espíritus. Y además, a algunos les es concedido hablar en lenguas; y a otros, interpretarlas; y todos estos dones vienen de Dios, para el beneficio de los hijos de Dios."

El Don de Hablar e Interpretar Lenguas—El don de lenguas fué una de las primeras manifestaciones milagrosas del Espíritu Santo a los antiguos apóstoles. El Salvador lo nombró entre las señales especiales que habían de seguir al creyente: "En mi nombre—dijo él—hablarán nuevas lenguas." El rápido cumplimiento de esta promesa, en el caso de los apóstoles, se realizó el día de Pentecostés, cuando llenos del Espíritu Santo empezaron a hablar en lenguas desconocidas. La ocasión en que por primera vez se abrió la puerta del evangelio a los gentiles, los convertidos se regocijaron en el Espíritu Santo que había descendido sobre ellos y les había concedido que hablasen en lenguas. Junto con otros, este don se manifestó entre ciertos discípulos de Efeso cuando recibieron el Espíritu Santo. En la dispensación actual, este don, nuevamente prometido a los santos, no es una manifestación rara. Se emplea principalmente para alabar, más bien que para instruir y predicar; y esto concuerda con las enseñanzas de San Pablo: "Porque el que habla en lenguas, no habla a los hombres, sino a Dios." Se presenció una manifestación extraordinaria de este don al tiempo de la conversión de los judíos, el día de Pentecostés, a lo cual ya se ha hecho referencia, cuando toda la multitud entendió a los apóstoles, y cada cual oyó en su propia lengua. En este caso, el don fué acompañado de otras investiduras más elevadas de poder, y la ocasión fué una de instrucción, amonestación y profecía. El que habla en lenguas podrá tener el don de interpretación, aunque más comúnmente se manifiestan los poderes separados en diferentes personas.

El Don de Sanar se ejerció extensamente en los días del Salvador y sus apóstoles; de hecho, las curaciones constituyen la mayor parte de los milagros que en esa época se efectuaron. Por el ejercicio autorizado del ministerio eran abiertos los ojos de los ciegos; se hacía hablar a los mudos, oír a los sordos, saltar de gozo a los cojos; los mortales afligidos, agobiados por la enfermedad, eran levantados y gozaban del vigor de la juventud; sanaba el paralítico y quedaba limpio el leproso; la impotencia era desterrada y las fiebres aliviadas. En la época actual, la dispensación del cumplimiento de los tiempos, la Iglesia posee este poder, y su manifestación es de frecuente ocurrencia entre los Santos de los Últimos Días. Miles de personas pueden testificar del cumplimiento de la promesa del Señor, que si sus siervos ponen las manos sobre los enfermos, éstos sanarán.

El método usual de bendecir a los afligidos es por la imposición de manos de aquellos que poseen la autoridad indispensable del Sacerdocio, cosa que concuerda con las instrucciones del Salvador en los días

anteriores" y con la revelación divina en el tiempo actual. Esta parte de la ordenanza generalmente va precedida de una unción con aceite previamente consagrado. Los Santos de los Últimos Días afirman obedecer el consejo dado por Santiago en la antigüedad: "¿Está alguno enfermo entre vosotros? llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si estuviere en pecados, le serán perdonados."

Aunque la autoridad para bendecir a los enfermos pertenece a los élderes de la Iglesia en general, algunos gozan de este poder en grado extraordinario, habiéndolo recibido como investidura especial del Espíritu. Con éste se relaciona el don de tener fe para ser sanado, el cual se manifiesta en varios grados. La bendición de los élderes no siempre se ve acompañada de un alivio inmediato; quizá se permitirá que los afligidos sufran en el cuerpo, tal vez para la realización de buenos propósitos, y al tiempo señalado todos tendrán que padecer la muerte corporal. Pero debe considerarse la voluntad de Dios al ungir y bendecir a los enfermos; entonces si sanan, viven para el Señor; y se ha añadido la promesa consoladora de que aquellos que mueren en estas condiciones, mueren para el Señor.

Las Visiones y Sueños han constituido un medio de comunicación entre Dios y los hombres en toda dispensación del Sacerdocio. Por lo general, las visiones se manifiestan a los sentidos despiertos, mientras que los sueños vienen cuando uno está dormido. En la visión, sin embargo, pueden impresionarse los sentidos hasta el grado de dejar al individuo casi inconsciente, cuando menos no se da cuenta de las ocurrencias ordinarias, aunque sí puede discernir la manifestación celestial. En dispensaciones anteriores el Señor a menudo se comunicaba por medio de sueños y visiones, revelando frecuentemente acontecimientos futuros a los profetas, aun hasta las últimas generaciones. Considérese el caso de Enoc, a quien el Señor habló cara a cara, mostrándole el curso que había de seguir la familia humana no sólo hasta la segunda venida del Salvador, sino aún más allá. El hermano de Jared fue tan bendecido de Dios por motivo de su rectitud, que le fueron mostrados todos los habitantes de la tierra, tanto los que ya habían existido previamente como los que habrían de seguir. A Moisés se dió a conocer la voluntad de Dios con la manifestación visible del fuego. Lehi recibió en sueños sus instrucciones de salir de Jeru-salén; y en muchas ocasiones subsiguientes el Señor se comunicó con este patriarca del mundo occidental por medio de sueños y visiones. Así generalmente se favorecía a los profetas del Antiguo Testamento, v.gr.: Jacob, el padre de todo Israel, Job, el paciente sufridor, Jeremías, Ezequiel," Daniel, Habacuc y Zacarías.

La dispensación de Cristo y los apóstoles se vió señalada por manifestaciones similares. El nacimiento de Juan el Bautista fué anunciado a su padre mientras desempeñaba su oficio sacerdotal. José, desposado con la virgen, recibió por conducto de la visita de un ángel las nuevas del Cristo que aún estaba por nacer; y en ocasiones subsiguientes recibió en sueños amonestaciones e instrucciones relativas al bienestar del Santo Niño. Cuando volvían de su peregrinación, los magos del oriente fueron advertidos en sueños de los planes alevosos de Herodes." Saulo de Tarso vió en visión al mensajero que Dios estaba a punto de mandarle para administrar las ordenanzas del Sacerdocio, después de lo cual siguieron otras visiones. San Pedro fué preparado para el ministerio entre los gentiles por medio de una visión, y tan favorecido de Dios fué San Juan en este sentido que el testimonio de ello llena el libro del Apocalipsis.

La mayor parte de las visiones y sueños que se hallan anotados en las Escrituras se han dado por medio del Sacerdocio ministrante; pero hay casos excepcionales en que se dieron estas manifestaciones a algunos que, al tiempo de recibirlas, no eran aún del redil. Tenemos como ejemplos las visiones de Saulo y Cornelio, aunque en estos casos las manifestaciones divinas fueron los preliminares que inmediatamente antecedieron su conversión. Recibieron sueños de particular importancia Faraón, Nabucodonosor y otros; pero se hizo necesario un poder superior al de ellos para interpretarlos, y José y Daniel fueron llamados para ese fin. El sueño del soldado madianita y la interpretación que le dió su compañero, como símbolo de la victoria de Gedeón, fueron manifestaciones verdaderas, así como el sueño de la esposa de Pilato, en el cual se le comunicó la inocencia del Cristo acusado.

El Don de Profecía califica a su poseedor de profeta: literalmente, uno que habla por otro; expresamente, uno que habla por Dios. San Pablo lo considera como uno de los más deseables de los dones espirituales, y discute extensamente su preeminencia sobre el don de lenguas. Profetizar es recibir y manifestar la palabra de Dios, y declarar su voluntad al pueblo. La obra de profetizar, que tan frecuentemente se considera como el único rasgo esencial de la profecía, no es sino una de las muchas características de este poder divinamente dado. El profeta tiene tanto que ver con lo pasado, como con lo que toca a lo presente y lo futuro; puede utilizar su don para enseñar, valiéndose de la experiencia de acontecimientos pasados, así como para predecir lo que sucederá.

Dios confía sus secretos a sus profetas, quienes tienen el privilegio de enterarse de su voluntad y fines. Se ha declarado que el Señor no hará nada sin que revele sus secretos a sus siervos los profetas. Estos portavoces actúan como mediadores entre Dios y los seres mortales, instando a favor o en contra del pueblo.

No se precisa nombramiento especial en el Sacerdocio para que el hombre reciba el don de profecía. Adán, Noé, Moisés y gran número de otros que tuvieron el Sacerdocio de Melquisedec fueron profetas, pero tan verdaderamente lo fueron otros a quienes se llamó particularmente al orden aarónico, como por ejemplo en el caso de Juan el Bautista. Los ministerios de María y Débora indican que las mujeres también pueden poseer este don. En los días de Samuel se organizó a los profetas en un orden especial para facilitar sus proyectos de estudio y desarrollo.

Tan plenamente se disfruta de este don en la dispensación corriente como en cualquiera de las épocas anteriores. La voluntad del Señor relativa a los deberes presentes se da a conocer por las bocas de profetas, y se han predicho acontecimientos de importancia trascendental. La actual existencia y vitalidad de la Iglesia son un testimonio irrefutable de la realidad de la profecía de los últimos días. Hoy la Iglesia cuenta con miles que testifican a favor de este don, uno de los más grandes de Dios.

Revelación es la comunicación o manifestación de la voluntad de Dios directamente al hombre. En las circunstancias que mejor convengan a los divinos propósitos, ora por sueños cuando uno duerme, ora por visiones cuando las facultades están despiertas, ora por medio de voces sin aparición visible, ora por manifestaciones patentes de la Santa Persona, Dios da a conocer sus propósitos e instruye a sus reveladores. Bajo la influencia de la inspiración, o su manifestación más potente, la revelación, el entendimiento del hombre es iluminado y sus energías son vivificadas hasta realizar maravillas en el trabajo del progreso humano. Tocado por una chispa del fuego del altar celestial, el revelador conserva la llama sagrada dentro de su alma y la imparte a otros de conformidad con lo que se le manda; es el conducto mediante el cual se transmite la voluntad de Dios. Las palabras de aquel que habla por revelación en su grado máximo no son suyas; son la voz de Dios mismo; el intérprete mortal no es sino el portador de confianza de estos mensajes celestiales. Con la expresión autorizada "Así dice el Señor", el revelador comunica lo que le fué confiado.

El Señor observa los principios de orden y aptitud cuando da revelaciones a sus siervos. Aunque cualquiera tiene el privilegio de llevar la clase de vida que lo hará digno de recibir este don, en lo que toca a los asuntos de su llamamiento particular, solamente aquellos que son ordenados y nombrados para presidir, pueden ser reveladores para todo el pueblo. Refiriéndose al Presidente de la Iglesia, quien en la época de la revelación que aquí citamos era el profeta José Smith, el Señor ha dicho a los élderes de la Iglesia: "Y esto lo sabréis de seguro—que no habrá ningún otro que os será nombrado para recibir mandamientos y revelaciones, hasta que él fuere llevado, si es que perseverare en mí ... Y esto os será por ley: No recibiréis como revelaciones o mandamientos las enseñanzas de ninguno que viniere ante vosotros; y esto os lo doy para que no seáis engañados, y para que sepáis que no son de mí."

El Testimonio de los Milagros. — La promesa del Señor en los días anteriores, así como en la dispensación actual, es precisa en el sentido de que ciertos dones determinados del Espíritu seguirán al creyente como señales de aprobación divina. Por consiguiente, la posesión de tales dones se puede considerar como un rasgo esencial de la Iglesia de Jesucristo. No obstante, no hay justificación para ver en la evidencia de los milagros prueba de autoridad celestial. Por otra parte, las Escrituras afirman que algunas fuerzas espirituales del género más vil han obrado milagros y seguirán obrándolos, engañando a muchos que carecen de discernimiento. Si se aceptan los milagros como evidencia infalible de poder divino, los magos de Egipto, en vista de las maravillas que efectuaron al oponerse al plan ordenado para el rescate de Israel, merecen nuestro respeto tanto como Moisés. Juan el Revelador vio en visión un poder inicuo que obraba milagros, engañando a muchos, efectuando grandes maravillas y aun haciendo descender fuego del cielo. Además, vió espíritus inmundos que él sabía eran "espíritus de demonios, que hacen señales".

Junto con esto, considérese la profecía del Señor: "Se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y darán señales grandes y prodigios; de tal manera que engañarán, si es posible, aun a los escogidos." Refiriéndose a lo que acontecerá durante el gran juicio, estas palabras de Jesucristo indican que los milagros, como prueba de un ministerio divinamente señalado, carecen de validez: "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?

Y entonces les protestaré: Nunca os conocí: apartaos de mí, obradores de maldad." Los judíos, a quienes se impartieron estas enseñanzas, sabían que se podían efectuar maravillas por poderes malignos, porque acusaron

a Cristo de hacer milagros mediante la autoridad de Beelzebub, príncipe de los demonios.

Si el obrar milagros fuera exclusivamente una característica del Santo Sacerdocio, buscaríamos el testimonio de manifestaciones maravillosas en la obra de todo profeta y ministro autorizado del Señor; sin embargo, no encontramos milagro alguno anotado durante los ministerios de Zacarías, Malaquías y algunos otros profetas. De Juan el Bautista, a quien Cristo señaló de ser más que un profeta, claramente se dijo que ningún milagro hizo; no obstante, cuando rechazaron la doctrina de Juan, los incrédulos desecharon el consejo de Dios contra sus propias almas. Para que sean válidos, como testimonio de la verdad, deben hacerse los milagros en el nombre de Jesucristo, y para honra suya, a fin de extender más el plan de salvación. Como ya se ha dicho, no son dados para satisfacer a los curiosos y concupiscentes, ni como un medio de hacerse popular aquel que los realiza. Estos dones del Espíritu verdadero se manifiestan para apoyar el mensaje del cielo, para corroborar las palabras declaradas con autoridad y para bendecir al individuo.

Imitaciones de los Dones Espirituales.—Los casos, citados ya, de milagros que efectuaron los poderes que no eran de Dios, y las profecías de las Escrituras relativas a estas manifestaciones falaces en los últimos días deberían ser una advertencia efectiva contra las imitaciones espurias de los dones del Espíritu Santo. Satanás ha demostrado que es un estratégico consumado y hábil imitador; las más deplorables de sus victorias se deben a su imitación del bien, y es por este medio que los de poco discernimiento han sido llevados cautivos. Nadie se engañe creyendo que un acto cualquiera, cuyo resultado inmediato parezca ser benéfico, por fuerza producirá el bien permanentemente. Quizá será útil a los tenebrosos planes de Satanás valerse del concepto que la humanidad tiene de lo bueno, aun hasta el grado de sanar el cuerpo y aparentemente frustrar la muerte.

La restauración del Sacerdocio a la tierra en esta época del mundo se vio acompañada de un desarrollo extraordinario de los desvarios del espiritismo, lo que motivó que muchos pusieran su confianza en la falsificación del poder eterno de Dios que logró Satanás. Hasta cierto punto, comparable con el que alcanzaron los magos cuando simularon los milagros de Moisés, las varias curaciones de fe y sus numerosas modificaciones están imitando el desarrollo del don de sanar en la Iglesia hoy día. Para quienes las señales y milagros constituyen todo lo necesario, lo imitado les será tan útil como lo genuino; pero el que considera el milagro en su verdadera naturaleza como solamente uno de los elementos del sistema de Cristo, cuyo valor como criterio positivo depende de su asociación con las demás características numerosas de la Iglesia, esa alma no será engañada.

Los Dones Espirituales en la Iglesia Hoy Día.-Los Santos de los Últimos Días afirman tener dentro de la Iglesia todos los dones que como señales se ha prometido que heredará el creyente. Llaman la atención a los intachables testimonios de miles que han sido bendecidos con manifestaciones directas y personales de poder celestial: los que en otro tiempo estuvieron ciegos, sordos, mudos, cojos y achacosos; a los que por medio de un dominio extraordinario de otros idiomas han demostrado tener el don, cuando en el cumplimiento de sus deberes como predicadores de la palabra de Dios se ha precisado; a los muchos que han tenido comunicación personal con seres celestiales: a otros cuyas palabras proféticas han hallado rápida justificación en un cumplimiento literal, y por último, a la Iglasia misma, cuyo desarrollo ha sido dirigido por la voz de Dios y manifestado por el don de revelación.

REFERENCIAS

Los Dones Espirituales Caracterizan la Iglesia de Cristo.

Y estas señales seguirán a los que creyeren: En mi nombre echarán fuera demonios, etc.—Mar. 16:16-18. La promesa del Señor: El que en mí cree, las obras que yo hago también él las hará; y mayores que éstas hará—Juan 14:12. Y acerca de los dones espirituales—1 Cor. 12:1-11, 27-31; véase también 14:1, 12. Los apóstoles hablaron en otras lenguas, como el Espíritu les daba que hablasen — Hech. 2:4-8; véanse también los versículos 9-18. Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios—Hech. 10:46. Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban— Hech. 19:6. A otro, operaciones de milagros; y a otro, profecía; y a otro, discreción de espíritus; y a otro, géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas—1 Cor. 12:10; véanse también los versículos 28, 30 y 13:1; 14:2-28. Las palabras de Joel respecto de los dones de profecía, visiones y sueños—Hech. 2:16, 17; véase también Joel 2:28, 29. Gran valor del don de profecía—1 Cor. 14:1-5, 24-39. Entonces el Señor dijo de noche en visión a Pablo—Heeh. 18:9. Y la noche siguiente, presentándosele el Señor, le dijo: Confía, Pablo—Hech. 23:11; véase también Hech. 27:23, 24. Se le comunica a San Pedro en visión la voluntad del Señor—

Hech. 10:10, 17; véase también 11:5. La revelación de Jesucristo a Juan su siervo—Apo. 1:1. Sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán—Mar. 16:18. En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda—Hech. 3:6. Saulo recobró la vista por ministración de Ananías—Hech. 9:17, 18. Sanidades por conducto de San Pablo—Hech. 14:9-11; 28:8. ¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor—Sant. 5:14, 15. Cristo dio a sus doce discípulos potestad contra los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y sanasen toda enfermedad y toda dolencia—Mat. 10:1. Alma sana a Zeezrom arrepentido—Atoa 15:6-12. Entre los nefitas arrepentidos se sanaron enfermos y fueron librados de demonios—3 Nefi 7:22. Al Cristo resucitado le trajeron los enfermos y afligidos, y fueron sanados—3 Nefi 17:9, 10. Ascendió el Cristo resucitado después de haber efectuado toda clase de curaciones y de haber levantado a un hombre de entre los muertos—3 Nefi 26:15. Timoteo levantado de entre los muertos por su hermano Nefi— 3 Nefi 19:4. La ordenanza de sanar cuando lo pide el afligido—D. y C. 24: 13, 14. Manera de administrar la ordenanza de sanar—D. y C. 42:44. Se requiere la fe antes de manifestarse el poder de sanar—D. y C. 42:48. El don de la fe para ser sanado, y el de la fe para sanar—D. y C. 46:19, 20; enuméranse otros dones espirituales en los versículos 8-18 y 21-31. Para que no seáis engañados, buscad diligentemente los mejores dones—D. y C. 46:8. En la dispensación actual el Señor ha prometido a sus siervos que en su nombre harán muchas obras maravillosas—D. y C. 84:64-73. Hay muchos dones, y a cada hombre le es dado un don por el Espíritu de Dios—D. y C. 46:11. Para que a algunos les pueda ser concedido tener todos estos dones, y haya una cabeza—D. y C. 46:29. Es multiplicada la abundancia por las manifestaciones del Espíritu—D. y C. 70:13. El Espíritu da luz a cada ser que viene al mundo—D. y C. 84:46. Por el Espíritu vuestros cuerpos enteros se llenarán de luz— D. y C. 88:66, 67. Si no sois iguales en cosas temporales, se retendrá la abundancia de las manifestaciones del Espíritu—D. y C. 70:14. Todas las manifestaciones espirituales tienen que ser hechas en el nombre de Cristo—D. y C. 46:31. Ningún hombre ha visto a Dios jamás, excepto que haya sido vivificado por el Espíritu de Dios—D. y C. 67:11. A cuantos me recibieron les di el poder de hacer muchos milagros—D. y C. 45:8. Obrar milagros es un don de Dios—D. y C. 46:21. Dios no ha cesado de ser un Dios de milagros—Mormón 9:15. Se predice una época en que se dirá que se han suprimido los milagros—Mormón 8:26. Dios afirma que mostrará milagros, señales y maravillas—D. Y C. 35:8.

CAPITULO 13
LA SANTA BIBLIA

Artículo 8.—Creemos que la Biblia es la palabra de Dios hasta donde esté traducida correctamente. . . .

Nuestra Aceptación de la Biblia.—La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días acepta la Santa Biblia como el principal de sus libros canónicos, el primero entre los libros que han sido proclamados como sus normas escritas en cuanto a fe y doctrina. En el respeto y santidad con que estiman la Biblia, los Santos de los Últimos Días profesan lo mismo que las denominaciones cristianas en general, pero se distinguen de ellas en que también admiten como auténticas y santas otras Escrituras que concuerdan con la Biblia y sirven para apoyar y hacer resaltar sus hechos y doctrinas.

Los Santos de los Últimos Días aceptan los antecedentes históricos y demás datos sobre los cuales la fe cristiana de hoy se basa, en lo que respecta a la autenticidad de los anales bíblicos, tan incondicionalmente como los miembros de cualquier otra secta; y en cuanto a literalidad de interpretación, esta Iglesia probablemente sobresale.

No obstante, tratándose de una traducción errónea, cosa que puede suceder como resultado de la incapacidad humana, la Iglesia anuncia una excepción; y ni aun en esta medida de precaución somos los únicos, porque los que están versados en materias bíblicas generalmente admiten la existencia de errores, tanto en la traducción como en la transcripción del texto. Los Santos de los Últimos Días creen que los escritos originales son la palabra de Dios al hombre, y consideran igualmente auténticas las traducciones de dichos escritos hasta donde se han traducido correctamente. La Biblia declara ser una traducción efectuada mediante la sabiduría del hombre; se ha buscado a los más doctos para su preparación, y sin embargo, no se ha publicado una sola versión en la que se admita no haber errores. Con todo, el investigador imparcial tiene más motivo para maravillarse de la escasez de errores que de su existencia.

Nó habrá, no puede haber, una traducción absolutamente fidedigna de éstas u otras Escrituras, a menos que se haga por medio del don de traducción, como una de las dádivas del Espíritu Santo. El traductor debe tener el espíritu del profeta, si desea expresar en otro idioma las palabras del profeta; y la sabiduría humana, de sí, no conduce a esta posesión. Léase pues la Biblia reverentemente y con cuidado y oración, buscando el lector la luz del Espíritu siempre para poder distinguir entre la verdad y los errores de los hombres.

El Nombre "Biblia".—En el uso corriente, el término Santa Biblia significa la colección de escritos sagrados, llamados también las Escrituras Hebreas, en los cuales se encierra la historia de las relaciones de Dios para con la familia humana, historia que por completo se limita, salvo en lo que respecta a hechos antidiluvianos, al hemisferio oriental. La palabra Biblia, que en español se emplea en forma singular, viene del mismo vocablo griego que en esa lengua es plural y significa literalmente libros. El uso de la palabra data probablemente desde el siglo iv, cuando Crisóstomo' empleó el término para indicar las Escrituras que los cristianos griegos aceptaban como canónicas en aquel tiempo. Debe notarse que en cada uno de los primeros usos de la palabra Biblia predomina el concepto de una colección de libros. Las Escrituras se componían, como en efecto se componen, de los escritos especiales de muchos autores, en épocas muy separadas; y de la armonía y unidad que prevalece en estas diversas obras, se puede aducir una fuerte evidencia a favor de su autenticidad.

Así pues, la voz Biblia recibió un significado especial en griego, el de libros santos, para distinguir las Escrituras Sagradas de otros escritos; y no tardó en generalizarse la palabra en latín, en el que desde el principio se empleó con su significado especial. Debido al uso que se le dió en esa lengua, la expresión llegó a ser considerada, probablemente durante el siglo xiii, como sustantivo singular que significa el libro. Esta desviación del significado plural, invariablemente asociado con el término en el griego original, tiende a obscurecer los hechos. Parecerá que la derivación de una palabra es de poca importancia, pero en este caso la forma original y el primer uso que tuvo el título que hoy lleva el volumen sagrado deben ser de interés instructivo, ya que derrama un poco de luz sobre la recopilación del libro en su forma presente.

Es evidente que la voz Biblia, con el significado que actualmente tiene, no puede ser un término bíblico. Su uso como nombre o designación de las escrituras hebreas nada tiene que ver con las Escrituras mismas. En su aplicación más antigua, que data desde los días posteriores a los de los apóstoles, se le hacía incluir todos o casi todos los libros del Antiguo y el Nuevo Testamento. Antes del tiempo de Cristo los libros del Antiguo

Testamento no tenían un solo nombre colectivo, sino eran designados por grupos como (1) el Pentateuco o los cinco libros de la Ley; (2) los Profetas, y (3) los Hagiógrafos, en los cuales estaban comprendidos todos los demás escritos sagrados no incluidos en las otras divisiones. Pero podemos estudiar mejor las partes de la Biblia si consideramos las divisiones principales separadamente. Ocurre una división muy natural de la narración bíblica debido al ministerio terrenal de Jesucristo; las cosas escritas en los días antes de la era cristiana llegaron a ser conocidas como el Antiguo Pacto o Convenio, y como Nuevo Pacto las del tiempo del Salvador y los días que inmediatamente siguieron. Gradualmente se fué favoreciendo la palabra Testamento hasta que las designaciones Antiguo Testamento y Nuevo Testamento llegaron a ser de uso corriente.

EL ANTIGUO TESTAMENTO

Su Origen y Desarrollo.-Al tiempo del ministerio de nuestro Señor en la carne, los judíos poseían ciertas Escrituras que tenían por canónicas o autorizadas. No puede haber mucha duda en cuanto a la autenticidad de esas obras, porque Cristo, así como sus apóstoles, frecuentemente las citaban, llamándolas "las Escrituras". El Salvador expresamente se refería a ellas conforme a la clasificación aceptada, designándolas la ley de Moisés, los profetas y los salmos. Los libros que el pueblo aceptaba en los días de Cristo a veces son llamados el canon judío de escrituras. La palabra canon que hoy es de uso corriente no indica libros que son simplemente creíbles, auténticos o aun inspirados, sino aquellos que son aceptados como guías autorizadas de profesión y práctica. El derivado del término es instructivo. La voz original griega, kanon, significaba una vara para medir, y así llegó a representar una norma de comparación, una regla, una prueba que se puede aplicar tanto a sujetos morales como a objetos materiales.

En cuanto a la composición del canon judío o el Antiguo Testamento, leemos que Moisés escribió la primera parte, a saber, la ley; que la dejó en manos de los sacerdotes o levitas, mandándoles que la guardasen dentro del arca del pacto como testimonio contra Israel en sus transgresiones. Previendo que algún día un rey gobernaría a Israel, Moisés mandó que el monarca hiciera una copia de la ley para su instrucción. Josué, sucesor de Moisés en algunas de las funciones que tenían que ver con el mando de Israel, escribió algo más sobre lo que Dios había hecho con el pueblo y sobre los preceptos divinos, y evidentemente añadió este documento a los libros de la ley que Moisés había escrito. Tres siglos y medio después de los días de Moisés, habiendo suplantado la monarquía a la teocracia, Samuel, el profeta reconocido del Señor, escribió acerca del cambio "en un libro, el cual guardó delante de Jehová". De manera que posteriormente se aumentó la ley de Moisés con estos anales autorizados. Por los escritos de Isaías aprendemos que el Libro de Jehová estaba al alcance del pueblo, porque el profeta les amonestó que lo buscaran y lo leyeran.' Es evidente, pues, que en los días de Isaías el pueblo tenía una autoridad escrita en cuanto a doctrina y práctica.

Casi cuatro siglos después, entre 640 y 630 años antes de Cristo, cuando el justo rey Josías ocupaba el trono de Judá, como parte de Israel dividido, Helcías, el sumo sacerdote y padre del profeta Jeremías, encontró en el templo "el libro de la ley de Jehová" que se leía delante de los reyes. Durante el quinto siglo antes de Cristo, en los días de Esdras, el edicto de Ciro permitió que volviese a Jerusalén el pueblo cautivo de Judá — un resto de la que en un tiempo fué la nación israelita unida — para reedificar allí el templo del Señor, conforme a la ley de Dios que entonces estaba en manos de Esdras. De esto podemos deducir que en esos días se conocía la ley escrita; y generalmente se atribuye a Esdras la recopilación de los libros del Antiguo Testamento que entonces existían, a los cuales él añadió lo que él mismo había escrito. Probablemente lo ayudaron en esta tarea Nehemías y los miembros de la Gran Sinagoga, un colegio judío de ciento veinte sabios." Se supone que Nehemías escribió, durante la vida de Esdras, cuando menos una parte del libro que lleva su nombre, el cual es una continuación de los anales de Esdras. Entonces un siglo después, Malaquías, el último de los profetas importantes que existieron antes de inaugurarse la dispensación de Cristo, añadió su mensaje, completando, y en realidad cerrando el canon anterior a Cristo con la promesa profética del Mesías y del mensajero cuya misión consistiría en preparar la vía del Señor, particularmente en lo que concierne a los últimos días en que ahora nos encontramos.

Claro está, entonces, que el Antiguo Testamento creció con los anales sucesivos de escritores autorizados e inspirados, desde Moisés hasta Malaquías, y que su recopilación fué un procedimiento natural y gradual, pues se depositó cada aditamento, o como lo expresa el santo libro, se "guardó delante de Jehová", para relacionarlo con los escritos anteriores. No cabe duda que los judíos tenían conocimiento de muchos otros libros que no se hallan en el Antiguo Testamento que hoy tenemos. En las mismas Escrituras abundan las referencias a dichos libros, y éstas indican que se atribuía no poca autoridad a estos documentos que no están comprendidos en el canon. De esto hablaremos más al considerar los libros apócrifos. Dan fe de la autenticidad aceptada del Antiguo

Testamento las numerosas referencias que sus libros posteriores hacen a los primeros, así como las muchas citas del Antiguo Testamento que aparecen en el Nuevo. Se han contado unas doscientas treinta citas o referencias directas, y aparte de éstas se encuentran centenares de alusiones menos directas.

El Lenguaje del Antiguo Testamento. — Casi todos los libros del Antiguo Testamento fueron escritos originalmente en el idioma hebreo. Personas versadas en materias bíblicas afirman haber descubierto evidencias de que unas partes pequeñas de los libros de Esdras y Daniel se escribieron en el idioma caldeo; pero por prevalecer el hebreo como el lenguaje de las escrituras originales, se le ha dado al Antiguo Testamento el nombre común de canon judío o hebreo. Se han reconocido dos versiones del Pentateuco, la hebrea y la samaritana, preservada esta última por los samaritanos en los caracteres más antiguos de los hebreos, entre quienes existía gran enemistad hacia los samaritanos.

La Versión de los Setenta y la Versión Siríaca.— Reconocemos en primer lugar la importante traducción del canon hebreo conocida como la Versión de los Setenta. Esta fué una versión griega del Antiguo Testamento, traducida del hebreo a instancias de un monarca egipcio, probablemente Ptolomeo Filadelfo, aproximadamente en el año 286 antes de Cristo. Se dice que la versión lleva ese nombre porque un cuerpo de setenta y dos ancianos, setenta en números redondos, hizo la traducción; o, según otras tradiciones, porque se efectuó la obra en setenta o setenta y dos días; o, como dice otra explicación, porque la versión recibió la aprobación del consejo eclesiástico judío, el Sanedrín, que estaba integrado por setenta y dos miembros. Cierto es que la Versión de los Setenta, indicada a veces por los números romanos LXX, fué la versión de uso corriente entre los judíos en los días del ministerio terrenal de Cristo, y la que citaban el Salvador y sus apóstoles al referirse al canon antiguo. Se considera como la más auténtica de las versiones antiguas, y en la actualidad la aceptan los católicos griegos y otras iglesias del este. De manera que es evidente que desde unos trescientos años antes de Cristo, el Antiguo Testamento ha existido tanto en el idioma hebreo como en el griego; y esta duplicación ha sido una protección efectiva contra las alteraciones.

Conforme a la tradición, se hizo otra colección, la Versión Siríaca, en una fecha antigua aunque indeterminada. Contiene los libros canónicos del Antiguo Testamento y muchos de los libros del Nuevo, pero omite la segunda epístola de San Pedro, la segunda y tercera de San Juan, la de San Judas y el Apocalipsis. Los estudiantes estiman mucho el gran valor crítico de esta versión.

La Recopilación Actual reconoce treinta y nueve libros en el Antiguo Testamento. Originalmente se hallaban combinados en veintidós, para corresponder a las veintidós letras del alfabeto hebreo. Los treinta y nueve libros, cual hoy los tenemos, propiamente pueden agruparse de la siguiente manera:

El Pentateuco o Libros de la Ley 5

Los Libros Históricos 12

Los Libros Poéticos 5

Los Libros de los Profetas 17

Los Libros de la Ley.—Los primeros cinco libros de la Biblia llevan el nombre colectivo de Pentateuco (pente que significa cinco y teukos, volumen) y entre los primeros judíos se conocían como Torah o la Ley. Tradicionalmente se atribuye su origen a Moisés, y a ese motivo deben su otra designación común, los "Cinco Libros de Moisés". Relatan la historia, aunque breve, de la raza humana, desde la creación hasta el diluvio, y desde Noé hasta Israel; luego sigue una relación más detallada de los israelitas durante la época de su esclavitud en Egipto; entonces su viaje de cuarenta años por el desierto hasta establecerse de la otra parte del Jordán.

Los Libros Históricos, doce en número, comprenden: Josué, Jueces, Ruth, los dos libros de Samuel, los dos de los Reyes, los dos de las Crónicas, Esdras, Ne-hemías y Ester. Refieren, la llegada de los israelitas a la tierra prometida y su historia durante tres períodos distintos de su existencia como nación: (1) como pueblo teocrático, organizado en tribus, unidos todos por vínculos de religión y parentezco; (2) como monarquía, al principio un reino unido, más tarde una nación dividida contra sí misma; (3) como nación vencida en parte, su independencia restringida por sus conquistadores.

Los Libros Poéticos son cinco: Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés y los Cantares de Salomón. Frecuentemente se les dice libros doctrinales o didácticos, y aún se les aplica la designación griega Hagiógrafos' (hagios que significa santo y grapho, un escrito). Escribiéronse estos libros en épocas muy separadas, y los han incluido en la Biblia probablemente porque se usaban de ordinario como guías de devoción en las iglesias judías.

Los Libros de los Profetas contienen las obras mayores: Isaías, Jeremías, incluyendo Lamentaciones, Eze-

quiel y Daniel, que comúnmente se conocen como los Profetas Mayores; y los doce libros más pequeños: Oseas, Joel, Amos, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Haggeo, Zacarías y Malaquías, llamados los libros de los Profetas Menores. Estos comunican el peso de la palabra del Señor a su pueblo; animan, amonestan y reprenden, conforme a la ocasión, antes de su cautividad, durante su cautiverio y después de su repatriación."

Los Apócrifos comprenden un número de libros de autenticidad dudosa, aunque en ocasiones han sido altamente estimados. De modo que se añadieron a la Versión de los Setenta, y por un tiempo los judíos alejandrinos los admitieron. Sin embargo, nunca se han admitido generalmente, por ser de origen incierto. En el Nuevo Testamento no aparece referencia alguna a ellos. Jerónimo fue el primero que dió a estos libros el nombre de apócrifos, que quiere decir oculto o secreto. La Iglesia Romana profesa reconocerlos como escritura, pues así se decidió en el Concilio de Trento en 1546, aunque parece que todavía existe duda entre las autoridades católicas romanas en cuanto a la autenticidad de las obras. El sexto artículo de la Liturgia de la Iglesia de Inglaterra expresa la posición ortodoxa de dicha iglesia respecto del significado y propósito de las Santas Escrituras; y después de especificar los libros del Antiguo Testamento que se aceptan como canónicos, sigue diciendo: "Y los otros libros (como lo ha dicho Jerónimo), la Iglesia los lee como ejemplos de vida e instrucción en cuanto a costumbres, pero no los aplica para establecer ninguna doctrina; éstos son los siguientes: El Libro Tercero de Esdras; el Libro Cuarto de Esdras; el Libro de Tobías; el Libro de Judit; el resto del Libro de Ester; el Libro de la Sabiduría; Jesús, el hijo de Sirac; Baruc el Profeta; el Cantar de los Tres Hijos; la Historia de Susana; Bel y el Dragón; la Oración de Manases; el Libro Primero de los Macabeos; el Libro Segundo de los Macabeos."

EL NUEVO TESTAMENTO

Su Origen y Autenticidad.—Desde a fines del siglo iv de nuestra era, no ha surgido casi ningún problema importante respecto de la autenticidad de los libros del Nuevo Testamento cual lo conocemos hoy. Durante estos siglos los cristianos han aceptado el Nuevo Testamento como escritura canónica. En el cuarto siglo ya circulaban varias listas de los libros del Nuevo Testamento como los tenemos en la actualidad. De éstas se pueden mencionar los catálogos de Atanasio, Epifanio, Jerónimo, Rufino, Agustín de Hipona y la lista que proclamó el tercer Concilio de Cartago. A las anteriores se pueden añadir otras cuatro que se distinguen de aquéllas en que se omite el Apocalipsis de San Juan en tres de ellas, y la epístola a los Hebreos en la otra.

Esta abundante evidencia a favor de la composición del Nuevo Testamento en el siglo iv vino a consecuencia de la persecución anticristiana de esa época. A principios del citado siglo las medidas opresivas de Diocle-ciano, emperador de Roma, no sólo tuvieron por blanco a los cristianos, individualmente y como grupo, sino también sus sagrados escritos que el fanático monarca quiso destruir.[1] Se manifestaba cierta clemencia hacia aquellos que entregaban los libros santos que se les habían confiado, y no pocos se valieron de esta oportunidad de salvar sus vidas. Cuando disminuyeron los rigores de la persecución, las iglesias empezaron a juzgar a aquellos miembros que por haber entregado las Escrituras habían mostrado su falta de lealtad hacia la fe, y a todos estos anatematizaron de traidores. En vista de que no se habían aceptado como libros santos muchos de los que so pena de muerte se entregaron, el asunto que más urgía era resolver precisamente qué libros gozaban de tal santidad que su entrega calificaría a una persona de traidora. Por tanto, Eusebio dividió los libros de los días del Mesías y de los apóstoles en dos grupos: (1) Los de autenticidad aceptada: los Evangelios, las Epístolas de San Pablo, los Hechos, la primera Epístola de San Juan, la primera de San Pedro y probablemente el Apocalipsis; (2) los de autenticidad disputada: la Epístola de Santiago, la segunda de San Pedro, la segunda y tercera de San Juan, y la de San Judas. A estos dos añadió un tercer grupo de libros que eran admitidamente espurios.

La lista publicada por Atanasio, que data desde como a mediados del siglo iv, expone el contenido del Nuevo Testamento cual lo tenemos actualmente, y parece que ya para ese tiempo había desaparecido toda duda en cuanto a la exactitud de la lista. Además, hallamos que el Nuevo Testamento gozaba de aceptación común entre los cristianos de Roma, Egipto, África, Siria, Asia Menor y Galia. Los testimonios de Orígenes y Tertuliano, quienes vivieron en los siglos III y II respectivamente, fueron examinados por escritores posteriores, quienes los declararon conclusivos a favor de la autenticidad de los evangelios y las epístolas apostólicas. Juzgaron cada uno de los libros según su propio mérito, y por común acuerdo los declararon autorizados y obligatorios para con las iglesias.

Si hay necesidad de ir más allá, podemos presentar el testimonio de Ireneo, a quien la historia eclesiástica señala como Obispo de Lyón. Vivió a fines del segundo siglo y es conocido como discípulo de Policarpo, el mismo que se había asociado personalmente con Juan el Revelador. Sus voluminosos documentos

afirman la autenticidad de la mayor parte de los libros del Nuevo Testamento y nombran como sus autores a aquellos que en la actualidad reconocemos. A éstos se pueden agregar los testimonios de los santos de Galia, quienes escribieron a los que también sufrían en Asia Menor, citando abundantemente de los Evangelios, las Epístolas y el Apocalipsis;* las declaraciones de Melitón, obispo de Sardis, quien emprendió un viaje por el Oriente para determinar cuáles eran los libros canónicos, particularmente los del Antiguo Testamento, y el solemne testimonio de Justino Mártir, quien abrazó el cristianismo después de sinceras y sabias investigaciones y padeció la muerte por causa de sus convicciones. Además de los testimonios individuales tenemos los de concilios eclesiásticos y cuerpos oficiales que juzgaron y resolvieron el asunto de la autenticidad. Respecto de esto, se pueden mencionar el Concilio de Nicea en el año 325, el Concilio de Laodicea en 363, el Concilio de Hipona en 393 y el tercero y sexto Concilios de Cartago en 379 y 419 respectivamente.

Desde esta última fecha no ha surgido disputa en cuanto a la autenticidad del Nuevo Testamento que llame mucho la atención. En la actualidad es ya muy tarde, y la distancia que separa demasiado extensa, para que vuelva a suscitarse el asunto. Se debe aceptar el Nuevo Testamento por lo que afirma ser; y aunque tal vez se hayan suprimido o perdido muchas partes preciosas, aun cuando se hayan insinuado algunas alteraciones en el texto e inadvertidamente se hayan introducido errores, debido a la incapacidad de los traductores, el libro en general debe aceptarse como auténtico y fidedigno, y como parte esencial de las Santas Escrituras.

Clasificación del Nuevo Testamento.—El Nuevo Testamento comprende veintisiete libros, dispuestos por conveniencia de la siguiente manera:

Históricos 5

Didácticos..... 21

Proféticos 1

Los Libros Históricos comprenden los cuatro Evangelios y los Hechos de los Apóstoles, Los autores de estos libros son conocidos como los evangelistas Mateo, Marcos, Lucas y Juan. San Lucas es reconocido como el autor de los Hechos.

Los Libros Didácticos abarcan las epístolas; y podemos dividirlas de este modo: (1) Las Epístolas de San Pablo: Sus cartas doctrinales dirigidas a los Romanos, Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, Tesalonicenses y Hebreos; y sus comunicaciones pastorales a Timoteo, Tito y Filemón. (2) Las Epístolas Generales de Santiago, San Pedro, San Juan y San Judas.

Las Obras Proféticas se componen de la Revelación de Juan, conocida también como el Apocalipsis.

LA BIBLIA EN GENERAL

Las Primeras Versiones de la Biblia.—En diversos tiempos han aparecido muchas versiones del Antiguo Testamento y de los Testamentos combinados. Ya se ha hecho referencia al texto hebreo, a la copia samaritana del Pentateuco y a la traducción griega o Versión de los Setenta, así como a la Versión Siríaca. Hubo varias revisiones y traducciones modificadas que compitieron con la Versión de los Setenta durante los primeros años de la era cristiana. Teodosiano, Aquila y Simmaco publicaron, cada cual, versiones nuevas. Una de las primeras traducciones al latín fue la Versión Itálica, preparada probablemente en el siglo II; posteriormente modificada y mejorada, llegó a ser conocida como la Vulgata. Esta es la que la Iglesia Católica Romana aún acepta como la versión auténtica. Esta comprende tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento.

Versiones de la Biblia en Español.—Son varias las versiones en español, tanto manuscritas como impresas, que se conocen de la Biblia. El rey de Castilla, Alfonso X, fué el primero de los reyes de España que hizo que los libros de la Biblia se tradujesen en lengua castellana por los años de 1260. El rey Alfonso V de Aragón mandó hacer otra traducción española de la Biblia a principios del siglo quince; y la misma gloria se atribuye a Juan II, rey de Castilla, que reinó por el mismo tiempo. Aparte de éstas existen traducciones muy estimadas de algunas partes de la Biblia, como las de Fray Luis de Granada, quien puso en castellano muchos Evangelios, Epístolas y otros libros sagrados; las de Fray Luis de León, quien tradujo el Libro de Job y el Cantar de los Cantares; la del Salterio, obra de Antonio de Cáceres y Sotomayor, y algunas otras.

Las principales versiones impresas de la Biblia en español son:

1. La que vulgarmente se llama de Ferrara, por haber sido impresa la primera vez en aquella ciudad, en un tomo en folio en caracteres góticos. La acompaña este título: Biblia en lengua española, traducida palabra por palabra de la verdad Hebrayca por muy escelentes letrados: vista y examinada por el Oficio de la Inquisición. Fué "estampada en Ferrara" el primero de marzo de 1553. En 1630 apareció otra versión, que se puede decir es

la misma de Ferrara. Se le halla esta nota al final: "Al loor y gloria de Dios fué reformada por Menasse Ben Israel 15 de Sebath 5390. Chr. 1630." Esta versión se diferencia poco de la Biblia Ferrariense. Sólo se substituyeron en ella algunas palabras corrientes en lugar de las anticuadas que abundaban en la otra. Se reimprimió con algunas revisiones en Amsterdam en el año de 1661, en casa de José Athias.

2. La Biblia Española del Antiguo y Nuevo Testamento de Casiodoro de Reyna, sevillano, que se publicó en 1569 con este título: La Biblia, que es los Sacros Libros del Viejo y Nuevo Testamento, traducida en español.

3. La versión castellana de la Biblia, principalmente una revisión de la anterior, que se publicó en Amsterdam el año de 1602 por Cipriano de Valera, bajo el título: La Biblia, que es los Sacros Libros del Viejo y Nuevo Testamento: segunda edición, revista, y conferida con los textos hebreos y griegos, y con diversas traducciones, por Cipriano de Valera.

4. La versión de Felipe Scio de San Miguel, titulada: La Sagrada Biblia, traducida al español de la Vulgata latina y anotada conforme al sentido de los santos padres y expositores católicos por el Ilmo. Sr. D. Felipe Scio de San Miguel. Esta se publicó por primera vez en la ciudad de Madrid en 1794.

5. La Sagrada Biblia, versión castellana del Ilmo. Sr. Félix Torres Amat. Fué traducida de la Vulgata latina por José Miguel Petisco, aunque se conoce por la Biblir de Félix Torres Amat, por haber sido él quien la dispuso y publicó. Salió a luz el año de 1823 en Madrid.

Otras traducciones menos conocidas son: Un Nuevo Testamento de Francisco de Encinas, publicado en Am-beres en 1543, y una versión luterana de la Biblia conocida como la Biblia del Oso, publicada por Juan de Valdez entre los años 1567 y 1569 en Basilea.

La Legitimidad y Autenticidad de la Biblia.—Por muy interesantes e instructivos que sean estos datos históricos y literarios de las escrituras hebreas, su consideración es de menor importancia que la autenticidad de los libros, pues ya que nosotros, así como el resto del mundo cristiano, los hemos aceptado como la palabra de Dios, propiamente conviene que investiguemos la autenticidad de los anales sobre los cuales nuestra fe principalmente se funda. Todas las evidencias que la Biblia misma proporciona, como su lenguaje, detalles históricos y correspondencia de su contenido, apoyan en conjunto su afirmación de ser precisamente obra de los autores a quienes se atribuyen sus diversas partes. En multitud de casos fácilmente se pueden comparar la relación bíblica y la historia profana, particularmente en asuntos de biografía y genealogía, y cuando esto se ha hecho, se ha descubierto una conformidad general. Hallamos evidencia adicional en la individualidad que conserva cada escritor, de lo cual resulta una diversidad marcada de estilo, mientras que la unidad que se manifiesta en toda la obra revela la acción de una influencia guiadora durante las edades en que fué creciendo el volumen; y esto no puede ser otra cosa que el poder de inspiración que obró en todos aquellos que fueron aceptados como instrumentos en la mano divina para preparar este libro de libros. La tradición, historia, análisis literario y más que todo, la prueba de un escudriñamiento devoto e investigación de la verdad, se unen para comprobar la autenticidad de este conjunto de escrituras y para indicar el camino, bien marcado entre sus hojas, que lleva al hombre de vuelta a la Eterna Presencia.

Testimonio del Libro de Mormón, Concerniente a la Biblia.—Los Santos de los Últimos Días aceptan el Libro de Mormón como escritura sagrada, en el cual, así como en la Biblia, se encierra la palabra de Dios. En el siguiente capítulo el Libro de Mormón recibirá particular atención. Sin embargo, puede resultar provechoso referirnos aquí a la evidencia corroborativa que esta obra presenta concerniente a la autenticidad de las Escrituras judías y la integridad general de éstas en su forma actual. Según la historia del Libro de Mormón, seiscientos años antes de Cristo, el profeta Lehi, con su familia y algunos otros, salió de Jerusalén por mandato de Dios durante el primer año del reinado de Sedecías, rey de Judá. Antes de salir de su país natal los viajeros consiguieron ciertos anales que estaban grabados sobre planchas de bronce. Entre éstos se hallaba una historia de los judíos y algunas de las Escrituras que en aquellos días eran aceptadas como auténticas.

Lehi examinó los anales "y vió que contenían los cinco libros de Moisés, los cuales relataban la historia de la creación del mundo, y la de Adán y Eva, nuestros primeros padres; también la historia de los judíos desde su origen hasta el principio del reinado de Sedecías, rey de Judá; también las profecías de los santos profetas desde el principio, aun hasta comenzar el reinado de Sedecías, y muchas profecías de Jeremías." Esta referencia directa al Pentateuco y a ciertos profetas judíos es importante evidencia externa a favor de la autenticidad de esas porciones de la Biblia.

A Nefi, el hijo de Lehi, comunícesele en una visión el futuro plan de Dios tocante a la familia humana, y vió que un libro de gran valor, en el cual se hallaba la palabra de Dios y los convenios del Señor con Israel, iría

de los judíos a los gentiles. Dice además que Lehi y su grupo, quienes, como después veremos, fueron conducidos a través de las aguas al continente occidental, donde se establecieron y más tarde llegaron a ser un pueblo poderoso y numeroso, solían estudiar las Escrituras que estaban grabadas sobre las planchas de bronce; y por otra parte, los historiadores de este pueblo incorporaron muchas de sus palabras en sus propios anales. Esto basta en cuanto a lo que el Libro de Mormón dice del Antiguo Testamento, o cuando menos aquellas partes del canon judío que se hallaban completas cuando la colonia de Lehi salió de Jerusalén, durante el ministerio del profeta Jeremías.

Por otra parte, esta voz del occidente no permanece muda respecto de las Escrituras del Nuevo Testamento. En visión profética muchos de los profetas nefitas vieron y entonces predijeron el ministerio de Cristo en el meridiano de los tiempos, y escribieron las profecías relativas a los sucesos principales de la vida y ministerio del Salvador con notable exactitud y detalle. Existen estos testimonios escritos de Nefi, de Benjamín, que fué profeta así como rey, de Abinadí, de Samuel, el lamanita convertido, y otros. Aparte de éstas y muchas otras profecías concernientes a la misión de Jesucristo, las cuales sin excepción concuerdan con lo que el Nuevo Testamento dice de su cumplimiento, encontramos en el Libro de Mormón una relación del ministerio del Señor resucitado entre el pueblo nefita, en el curso del cual estableció entre ellos su Iglesia conforme al modelo anotado en el Nuevo Testamento; y no sólo eso, sino también les impartió instrucciones en casi los mismos términos que los de sus enseñanzas entre los judíos en el oriente.[1]

REFERENCIAS

Las Sagradas Escrituras

Erráis ignorando las Escrituras, y el poder de Dios—Mat. 22:29. Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna—Juan 5:39; véase también el versículo 46. Abraham le dice: A Moisés y a los profetas tienen—Luc. 16:29. Cristo cita de las Escrituras—Mat. 4:4; Mar. 12:10; Luc. 24:27. Escritura dada por el Espíritu Santo—Hech. 1:16. Toda Escritura es inspirada divinamente y útil—2 Tim. 3:16. La profecía no fué traída por voluntad humana, sino los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados del Espíritu Santo—2 Ped. 1:21. Las Escrituras testifican de Cristo—Juan 5:39; Hech. 10:43;18:28; 1 Cor. 15:3. Para que por la paciencia y por la consolación de las Escrituras tengamos esperanza—Rom. 15:4. Mas manifestado ahora, y por las Escrituras de los profetas—Rom. 16:26. Porque aun no sabían la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos—Juan 20:9. Estas empero son escritas, para que creáis que Jesús es el Cristo-Juan 20:31. Los apóstoles recurren a las Escrituras y las citan—Hech. caps. 2 y 3; 8:32; 17:2; véase también 18:24; 28:23. Ninguna profecía de la Escritura es de particular interpretación —2 Ped. 1:20. Las Sagradas Escrituras las cuales te pueden hacer sabio para la salud por la fe—2 Tim. 3:15. ¿Qué significan las Escrituras, que dicen que Dios colocó querubines?—Alma 12:21. Porque así dicen las Escrituras: Escogeos hoy a quién deseáis servir—Alma 30:8. Nefi leyó al pueblo del libro de Moisés, y de Isaías, aplicando todas las Escrituras a sus condiciones—1 Nefi 19:23. Porque mi alma se deleita en las Escrituras, y las medita mi corazón—2 Nefi 4:15. Este pueblo no entiende las Escrituras—Jacob 2:23. Y díjele: ¿Crees tú las Escrituras?-—Jacob 7:10. Alma confundió a Zeezrom explicándole las Escrituras—-Alma, cap. 12. Tenéis las Escrituras por delante, y, si queréis pervertirlas, será para vuestra destrucción—Alma 13:20. Os equivocáis gravemente, y debéis escudriñar las Escrituras— Alma 33:2. Erraron por no haber entendido las Escrituras—3 Nefi 1:24. Después que Jesús hubo explicado todas estas Escrituras a los nefitas—3 Nefi 23:6; véase también el versículo 14. ¿No han leído las Escrituras que dicen que debéis tomar sobre vosotros el nombre de Cristo?—3 Nefi 27:5. Escrituras que están grabadas sobre las Planchas de Bronce —2 Nefi 4:15. Se hace referencia a la Biblia en una revelación divina a Nefi: Tendrán una Biblia; y vendrá de los judíos—2 Nefi 29:3-6. Saldrán otras Escrituras—versículos 7-14. No por tener una Biblia, debéis suponer que contiene todas mis palabras—2 Nefi 29:10. Parte de la narración bíblica se hallaba sobre las Planchas de Bronce que se trajeron de Jerusalén—1 Nefi 5:10-13. Anales antiguos que contienen Escrituras acerca de las que se ha hablado por la manifestación del Espíritu—D. y C. 8:1. Y lo que hablaren cuando fueren inspirados por el Espíritu Santo será escritura—D. y C. 68:4. Por influencia de Satanás las personas contienden sobre las Escrituras y no las entienden—D. y C. 10:63. Amonestaciones del día actual de estudiar las Escrituras—D. Y C. 11:22. Probando al mundo que las Santas Escrituras son verdaderas— D. y C. 20:11. Principios del evangelio que se encuentran en la Biblia y el Libro de Mormón—D. y C. 42:12. Se dan las Santas Escrituras para la instrucción; y el poder del Espíritu vivifica todas las cosas—D. y C. 33:16. El ángel Moroni cita las Santas Escrituras a José Smith—P. de G. P. pág. 49. Se llevaba un libro de memorias, en el cual se inscribía en el lenguaje de Adán—Moisés 6:5; escrito de acuerdo con el modelo dado por el dedo de Dios—versículo 46.

CAPITULO 14
EL LIBRO DE MORMÓN

Artículo 8.— . . . también creemos que el Libro de Mormón es la palabra de Dios.

DESCRIPCIÓN Y ORIGEN

¿Qué es el Libro de Mormón?—El Libro de Mormón es un documento histórico divinamente inspirado, escrito por los profetas de los antiguos pueblos que por el espacio de algunos siglos antes y después de la venida de Cristo habitaron el continente americano. Esta Escritura se ha traducido en esta generación mediante el don de Dios y por nombramiento especial de él. El traductor autorizado e inspirado de estas Sagradas Escrituras es José Smith, por medio de quien han llegado al mundo en un lenguaje moderno. En el primer capítulo de esta obra se mencionó cómo supo él de las planchas por primera vez. Allí se dijo que durante la noche del 21 de septiembre de 1823 y la madrugada del día siguiente, un personaje resucitado," que se dió a conocer como Moroni, visitó a José Smith en respuesta a su ferviente oración. En revelaciones subsiguientes se aclaró que este personaje era el último de una larga sucesión de profetas, cuyos escritos traducidos constituyen el Libro de Mormón. El había concluido los antiguos anales, había depositado en la tierra las planchas grabadas y por conducto de él llegaron a las manos del profeta y vidente de los últimos días, cuya obra traducida está ante nosotros.

En su primera visita, Moroni le reveló a José Smith la existencia de la historia que, según le dijo, estaba grabada sobre unas planchas de oro que entonces yacían enterradas en la ladera de un cerro que se hallaba cerca de la casa de José. Este cerro, que uno de los pueblos antiguos conocía con el nombre de Cumora y el otro como Rámah, está situado cerca de Palmyra, Estado de Nueva York. El lugar preciso en donde estaban las planchas le fué mostrado a José en visión, y ninguna dificultad tuvo el joven en dar con el sitio al día siguiente de la visita mencionada. José Smith refiere lo siguiente respecto de Moroni y las planchas: "Dijo que se hallaba depositado un libro, escrito sobre planchas de oro, que daba una relación de los antiguos habitantes de este continente, así como del origen de su procedencia. También declaró que en él se encerraba la plenitud del evangelio eterno cual el Salvador lo había entregado a los antiguos habitantes; asimismo, que junto con las planchas estaban depositadas dos piedras en aros de plata, las cuales aseguradas a una pieza que se ceñía alrededor del pecho, formaban lo que se llamaba el Urim y Tumim; que la posesión y uso de estas piedras era lo que constituía a los 'videntes' de los días antiguos o anteriores, y que Dios las había preparado para la traducción del libro."

José encontró una piedra grande en el lugar indicado en el cerro de Cumora, debajo de la cual estaba una caja, también de piedra. Levantó la tapa de la caja con la ayuda de una palanca, y dentro de la caja vió las planchas y el peto con el Urim y Tumim, tal como lo había indicado el ángel. Estaba a punto de sacar el contenido de la caja, cuando Moroni de nuevo se le apareció y le prohibió sacar las cosas sagradas en esa ocasión, diciéndole que no podría hacerse cargo personal de aquello sino hasta después de transcurridos cuatro años, y que mientras tanto José tendría que visitar el sitio anualmente. El joven revelador lo hizo, y en cada visita recibía instrucciones adicionales relativas a la historia y lo que Dios tenía dispuesto hacer con ella. José recibió del ángel Moroni las planchas y el Urim y Tumim con el peto el 22 de septiembre de 1827. Mandósele que las cuidara con la mayor diligencia, y le fué prometido que si procuraba protegerlas lo mejor que pudiera, quedarían seguras en sus manos, y que al terminar la traducción Moroni de nuevo lo visitaría para recibir las planchas. No tardó en manifestarse porqué se le advirtió a José que cuidara bien las planchas y demás objetos, porque recorriendo el corto trayecto del cerro a su casa fué asaltado mientras llevaba las cosas sagradas; pero con ayuda divina pudo resistir a los asaltantes, y por fin llegó a su casa sin que hubieran sufrido daño alguno las planchas y demás objetos. Este ataque desató una plaga de persecuciones que incesantemente lo acosaron mientras estuvo custodiando las planchas. No dilató en cundirse la noticia de que tenía las planchas en su posesión, y numerosas veces, algunas acompañadas de violencia, se intentó quitárselas de las manos. Sin embargo, fueron preservadas; y lentamente, y con muchas interrupciones, motivadas por las persecuciones de los malvados y las circunstancias de su pobreza que lo obligaban a buscar trabajo, dejándole muy poco tiempo libre para la tarea señalada, José continuó la traducción, y en 1830 se publicó el Libro de Mormón al mundo por primera vez.

La Portada del Libro de Mormón.—Nuestra mejor respuesta a la pregunta: ¿Qué es el Libro de Mormón?, se encuentra en la portada del libro. Allí leemos:

EL LIBRO DE MORMÓN

Un Relato Escrito por LA MANO DE MORMÓN

SOBRE PLANCHAS

Tomado de las Planchas de Nefi

Por tanto, es un compendio de los anales del pueblo de Nefi, así como de los lamanitas.—Escrito a los lamani-tas, quienes son un resto de la casa de Israel, y también a los judíos y a los gentiles.—Escrito por vía de mandamiento, y por el espíritu de profecía y revelación.— Escrito y sellado, y escondido para los fines del Señor, con objeto de que no fuese destruido.—Ha de aparecer por el don y el poder de Dios para su interpretación.—Sellado por Moroni, y escondido para los propósitos del Señor, a fin de que apareciese en el debido tiempo por medio de los gentiles, y fuese interpretado por el don de Dios.

También un compendio tomado del Libro de Ether, el cual es una relación del pueblo de Jared, que fue esparcido al tiempo que el Señor confundió el lenguaje del pueblo, en la época en que estaban edificando una torre para llegar al cielo.—Lo cual sirve para mostrar al resto de la casa de Israel cuán grandes cosas el Señor ha hecho por sus padres; y para que conozcan las alianzas del Señor, de que no son ellos desechados para siempre.—Y también para convencer al judío y al gentil de que JESÚS es el CRISTO, el ETERNO DIOS, que se manifiesta a sí mismo a todas las naciones.—Y ahora, si hay faltas, son equivocaciones de los hombres; por tanto, no condenéis las cosas de Dios para que aparezcáis sin mancha ante el tribunal de Cristo.

Esta combinación de portada y prefacio es la traducción de la última hoja de las planchas, y se presume que fué obra de Moroni, quien, como ya se ha dicho, selló y escondió los anales en los días antiguos.

Las Divisiones Principales del Libro.—Según consta en la portada, hallamos en el Libro de Mormón las historias de dos naciones que florecieron en América. Estos pueblos nacieron de colonias pequeñas que bajo dirección divina llegaron aquí del continente oriental. Convenientemente nos referiremos a ellos como nefitas y jareditas.

La Nación Nefita fué la última, y desde el punto de la copiosidad de sus anales, la más importante. Los progenitores de este pueblo salieron de Jerusalén en el año 600 antes de Cristo bajo la dirección de Lehi, un profeta judío de la tribu de Manasés. Cuando partió de Jerusalén, su familia se componía de Saríah, su esposa, y sus hijos Laman, Lemuel, Sam y Nefi. Más adelante se habla de hijas, pero de que si nacieron antes o después del éxodo de la familia, nada se dice. Además de la propia familia de Lehi, acompañaban a esta colonia Zoram e Ismael, este último un israelita de la tribu de Efraín. Ismael y su familia se unieron a la compañía de Lehi en el desierto, y sus descendientes fueron contados entre los de la nación de que estamos tratando. Parece que la compañía viajó hacia el sudeste, siguiendo la costa del mar Rojo; entonces, alterando su curso hacia el este, atravesó la península árabe y allí, a orillas del mar de Omán, construyeron y abastecieron un barco en el cual se lanzaron al mar, encomendándose a la divina providencia. Se cree que viajaron hacia el Este, cruzando el océano Indico, después el Pacífico, llegando por fin a la costa occidental de América donde desembarcaron más o menos en el año 590 antes de Cristo. El libro no da detalles suficientes del sitio donde desembarcaron para justificar conclusiones definitivas.

El pueblo se estableció en lo que para ellos era la tierra prometida; nacieron muchos hijos, y en unas cuantas generaciones una posteridad numerosa habitaba el país. Después de la muerte de Lehi ocurrió una división. Unos aceptaron como director a Nefi, quien había sido debidamente nombrado al oficio profético, mientras que los demás proclamaron jefe a Laman, el mayor de los hijos de Lehi. Desde entonces estos pueblos divididos se llamaron nefitas y lamanitas, respectivamente. Había ocasiones en que se observaba una apariencia de relaciones amistosas entre unos y otros, pero generalmente estaban en pugna, y los lamanitas manifestaban un odio y hostilidad implacable hacia sus hermanos nefitas. Los nefitas impulsaron las artes de la civilización, construyendo grandes ciudades y estableciendo comunidades muy prósperas; sin embargo, con frecuencia caían en transgresión, y el Señor, para castigarlos, permitía que sus enemigos hereditarios triunfaran sobre ellos. Tradicional-mente se cree que se extendieron hacia el Norte, ocupando una región considerable de Centro América, después de lo cual se esparcieron hacia el Este y el Norte hasta llegar a lo que en la actualidad es parte de los Estados Unidos. Los lamanitas, aun cuando aumentaron en número, sufrieron el anatema del desagrado de Dios; su cutis se tornó obscuro, su espíritu se descarrió, se olvidaron del Dios de sus padres, se entregaron a una vida salvaje y nómada y degeneraron en el estado caído en que encontraron a los indios de América—sus descendientes directos—aquellos que volvieron a descubrir el continente occidental en una época posterior.

Las últimas batallas entre nefitas y lamanitas se libraron alrededor del Cerro de Cumora, en lo que hoy es el Estado de Nueva York, de las cuales resultó la destrucción de los nefitas como nación, unos 400 años después de Cristo. El último representante nefita fué Moroni, quien, huyendo de un lugar a otro para preservar su vida,

diariamente esperando morir a manos de los lamanitas victoriosos, escribió la última parte del Libro de Mormón y escondió la historia en el Cerro de Cumora. Este mismo Moroni, como ser resucitado, fué quien entregó los anales a José Smith en la dispensación actual.

La Nación Jaredita.—De las dos naciones cuyas historias constituyen el Libro de Mormón, la primera, en cuestión de tiempo, fué la del pueblo de Jared que, bajo la dirección de su caudillo, salió de la torre de Babel al tiempo de la confusión de lenguas. Ether, el último de sus profetas, escribió su historia sobre veinticuatro planchas de oro y, previendo la destrucción de su pueblo a causa de su iniquidad, escondió las planchas históricas. Más tarde, las encontró una expedición enviada por el rey Limhi, un monarca nefita, aproximadamente en el año 122 antes de Cristo. Moroni subsiguientemente compendió la historia que se hallaba grabada sobre estas planchas y agregó el relato condensado a los anales del Libro de Mormón. En la traducción moderna lleva el nombre del Libro de Ether.

En la historia, cual la tenemos, no se da el nombre del primero y principal profeta de los jareditas, sino solamente se conoce como el hermano de Jared. En cuanto a su pueblo, nos enteramos de que en medio de aquella confusión en Babel, Jared y su hermano rogaron ante el Señor que ellos y sus compañeros fuesen librados de la dispersión inminente. Se escuchó su oración, y junto con un grupo considerable que, como ellos, no se había contaminado con la adoración de ídolos, el Señor los llevó de sus casas, prometiendo conducirlos a un país escogido sobre todos los demás. No se sabe con exactitud la ruta que siguieron; sólo sabemos que llegaron al océano y que allí construyeron ocho naves o barcos, en los cuales se hicieron a la mar. Estos barcos eran pequeños y carecían de luz por dentro, pero el Señor hizo luminosas ciertas piedras, las cuales dieron luz a los viajeros encerrados. Después de un viaje de trescientos cuarenta y cuatro días, la colonia desembarcó en las costas de América.

Aquí la colonia llegó a ser una nación floreciente; pero, cediendo con el tiempo a disensiones internas, se dividieron en bandos que combatieron entre sí hasta que el pueblo quedó totalmente destruido. Esta destrucción que ocurrió cerca del cerro Rámah, al que los nefitas más tarde dieron el nombre de Cumora, se verificó más o menos al tiempo de la llegada de Lehi, aproximadamente 590 años antes de Cristo. El último representante de esta malaventurada nación fué el rey Coriántumr, acerca del cual Ether había profetizado que habría de sobrevivir a todos sus subditos y viviría para ver a otro pueblo tomar posesión del país. Esta profecía se cumplió cuando el rey, cuyo pueblo había sido exterminado, llegó en el curso de sus solitarios recorridos a una región que había ocupado el pueblo de Mulek, la tercera colonia antigua de emigrantes del continente oriental.

Mulek era hijo dé Sedecías, rey de Judá, y se hallaba en su infancia cuando ocurrieron las muertes violentas de sus hermanos y el cruel tormento de su padre a manos del rey de Babilonia. Once años después que Lehi partió de Jerusalén, salió de dicha ciudad otro grupo en el cual iba Mulek. La colonia tomó el nombre del príncipe, probablemente porque era reconocido como el jefe, en virtud de su sangre real. El Libro de Mormón muy poco dice de Mulek y su pueblo; nos enteramos, sin embargo, de que la colonia fué traída a través de las aguas y que tal vez desembarcó en el norte del continente americano. Los nefitas bajo Mosíah descubrieron a los descendientes de esta colonia. Habían llegado a ser muy numerosos, pero como no tenían Escrituras para guiarse, habían caído en una condición de obscuridad espiritual. Se unieron a los nefitas, y su historia está comprendida en la de la nación mayor. Los nefitas dieron el nombre de Mulek a una parte de Norteamérica.

LAS PLANCHAS ANTIGUAS Y LA TRADUCCIÓN

Las Planchas del Libro de Mormón que el ángel Moro-ni entregó a José Smith, según la descripción que el profeta ha dado, eran de oro, de tamaño uniforme, de unas siete pulgadas de ancho por ocho de largo (17x20 cms.), y su espesor poco menos que el de la hoja de lata común. Las sujetaban tres anillos que las atravesaban cerca de una de las márgenes, y en conjunto formaban un libro de casi seis pulgadas (quince centímetros) de grueso. No se ha traducido todo, porque una parte estaba sellada. Sobre ambos lados de las planchas se habían grabado caracteres pequeños que, según los que los examinaron, eran de maestría curiosa y tenían la apariencia de ser de origen antiguo.

En la portada del Libro de Mormón se mencionan tres clases de planchas:

1. Las Planchas de Nefi que, como se verá, eran de dos clases: (a) las planchas mayores; (b) las planchas menores.

2. Las Planchas de Mormón que contenían un compendio de las planchas de Nefi y aditamentos de Mormón y su hijo Moroni.

3. Las Planchas de Ether que contenían la historia de los jareditas.

A éstas puede agregarse otra colección de planchas que menciona el Libro de Mormón, y que en cuanto a tiempo son las más antiguas:

4. Las Planchas de Bronce de Labán que el pueblo de Lehi trajo de Jerusalén, las cuales contenían las Escrituras y genealogías de los judíos. De éstas aparecen muchos extractos en los anales nefitas. Nos falta ahora considerar con más particularidad las planchas de Nefi y el compen dio que de ellas hizo Mormón.

Las Planchas de Nefi se llaman así porque Nefi, el hijo de Lehi, las preparó y sobre ellas empezó su historia. Estas planchas eran de dos clases, y las podemos distinguir designándolas las planchas mayores y las planchas menores. Nefi inició su labor de historiador grabando sobre sus planchas una narración histórica de su pueblo desde el tiempo en que su padre salió de Jerusalén. Esta narración refería sus viajes, prosperidad y aflicciones, los remados de sus reyes y las guerras y contenciones del pueblo, con carácter de historia secular. Estas planchas pasaron de un historiador a otro por todas las generaciones del pueblo nefita; de manera que cuando las compendió Mormón, estos anales abarcaban un período de aproximadamente mil años, empezando desde el año 600 antes de Cristo, cuando salió Lehi de Jerusalén. Aunque estas planchas recibieron el nombre del primero que escribió en ellas, la obra individual de cada uno de los historiadores generalmente lleva su propio nombre, de manera que el volumen se compone de varios libros distintos. Mandado por el Señor, Nefi hizo otras planchas sobre las cuales particularmente escribió lo que se podría llamar, en términos generales, la historia eclesiástica de su pueblo, refiriéndose únicamente a los acontecimientos históricos cuando se hacía necesario darle la debida continuidad a la narración. "Recibí un mandato del Señor— dice Nefi—de hacer estas planchas con el objeto especial de que se grabase una relación del ministerio de mi pueblo." Nefi ignoraba el propósito de estas dos historias; para él fué suficiente que el Señor le requiriese esa obra. Más adelante se verá que fué para un sabio propósito.

El Compendio de Mormón.—Con el transcurso del tiempo, las planchas que se habían ido acumulando llegaron a manos de Mormón,' quien emprendió la tarea de compendiar estas obras extensas sobre planchas que él había hecho con sus propias manos.[1] De esta manera se preparó una relación más concisa y más uniforme en su estilo, lenguaje y tema, de lo que se habría logrado con los distintos escritos de los muchos autores que contribuyeron a la gran historia durante los siglos de su crecimiento. Mormón reconoce la inspiración de Dios que obró en él para emprender la gran obra, y de ello da testimonio. En la preparación de esta historia más pequeña, Mormón conservó la división del volumen en libros, de acuerdo con el orden de los originales, y así, aunque el lenguaje es el de Mormón, salvo cuando se cita directamente de las planchas de Nefi, como sucede en numerosas ocasiones, hallamos que en los Libros de Nefi, el Libro de Alma, el Libro de Helamán, etc., generalmente se conserva la forma de expresión que se llama de primera persona.

En el curso del compendio de los voluminosos anales, habiendo llegado al reinado del rey Benjamín, Mormón quedó profundamente impresionado con la relación que las planchas menores de Nefi daban de los hechos de Dios con el pueblo durante un período de unos cuatro siglos, desde la salida de Lehi de Jerusalén hasta los días del rey Benjamín. Mormón manifestó gran reverencia hacia esta narración que contenía tantas profecías sobre la misión del Salvador. No intentó transcribir estas planchas, sino que puso los originales junto con su propio compendio de las planchas mayores, haciendo de las dos un solo libro. De manera que los anales, cual fueron recopilados por Mormón, contenían un relato doble de los descendientes de Lehi durante los primeros cuatrocientos años de su historia, a saber, la breve narración secular condensada de las planchas mayores y el texto completo de las planchas menores. En palabras solemnes, y con un énfasis cuya importancia los hechos subsiguientes han destacado, Mormón expresa la prudencia oculta del Señor en esta duplicación: "Y hago esto para un sabio propósito; pues así me lo susurran las impresiones del Espíritu del Señor que hay en mí. Y he aquí, no sé todas las cosas; mas el Señor sabe todo lo que ha de suceder; por tanto, él obra en mí para que yo proceda conforme a su voluntad."

El Propósito del Señor en la preparación y preservación de las planchas menores, de lo cual testifican Mormón así como Nefi, se ha manifestado en esta dispensación de los últimos días, en ciertas circunstancias que sobrevinieron en el curso de la traducción de las planchas cual fué efectuada por José Smith. Después de haber traducido la primera parte de los escritos de Mormón, se logró desposeer al profeta del manuscrito debido a la injusta insistencia de Martín Harris, a quien creía deber algunos favores por motivo de la ayuda material que éste le suministraba mientras dedicaba su tiempo a la obra. Este manuscrito, de ciento dieciséis páginas por todo, jamás fué devuelto a José, sino que mediante las tenebrosas maquinaciones de poderes malignos cayó en manos de sus enemigos, quienes inmediatamente fraguaron un perverso plan para ridiculizar al traductor y frustrar los designios de Dios. Dicho proyecto consistía en que los conspiradores iban a esperar hasta que José tradujese de

nuevo la materia perdida, y entonces presentar el manuscrito robado, que mientras tanto iban a alterar a fin de que expresara lo contrario de la relación verdadera, y así demostrar que el profeta no podía traducir igual, por segunda vez, los mismos pasajes. Pero la sabiduría del Señor intervino para hacer fracasar estos malévolos designios.

Habiendo castigado al profeta, privándolo por cierto tiempo de su don de traducir así como del cargo que tenía de los sagrados anales, por su negligencia en haber permitido que los escritos llegaran a manos de quienes no deberían, el Señor misericordiosamente concedió su gracia otra vez a su siervo arrepentido y le reveló las intrigas de sus enemigos, demostrándole al mismo tiempo cómo iban a ser frustrados esos malvados artificios. Instruyóse a José que no intentara traducir de nuevo aquella parte del compendio de Mormón, cuya traducción se había perdido, sino que en su lugar tradujera la historia de la misma época, tomándola de las planchas de Nefi, las planchas pequeñas que Mormón había incorporado con sus propios escritos. De modo que esta traducción se publicó como la relación de Nefi y no como parte de los escritos de Mormón; por tanto, no se hizo una segunda traducción de las partes que se hallaban en el manuscrito robado.

La Traducción del Libro de Mormón se efectuó mediante el poder de Dios, que se manifestó en la recepción del don de revelación. El libro no pretende depender de la sabiduría o el entendimiento del hombre; su traductor no era versado en idiomas; sus capacidades eran de un orden diferente y más eficiente. Además de las planchas, José Smith recibió del ángel otros tesoros sagrados que incluían un peto, al cual estaban sujetos el Urim y Tumim,° llamados Intérpretes por los nefitas. Con la ayuda de éstos pudo traducir los antiguos anales a una lengua moderna. No se han revelado los detalles de la obra de la traducción aparte del hecho de que el traductor examinaba los caracteres grabados por medio de los sagrados instrumentos, y entonces dictaba al escribiente las frases en inglés.

Inició su tarea con las planchas copiando pacientemente varios de los caracteres y añadiendo su traducción a algunas de las páginas así preparadas. El primer ayudante del profeta, Martín Harris, recibió permiso de llevar algunas de estas copias con el fin de presentarlas a hombres instruidos en idiomas antiguos para que las examinaran. Llevó unas hojas al profesor Carlos Anthon del Colegio de Columbia, quien después de estudiarlas certificó que los caracteres eran por lo general del antiguo orden egipcio, y que las traducciones que las acompañaban parecían estar correctas. Al saber cómo habían llegado los anales antiguos a manos de José, el profesor Anthon le dijo al Sr. Harris que le llevara el libro original para examinarlo, declarando que él se comprometería a traducir el libro; mas oyendo que parte del libro estaba sellado, dijo: "No puedo leer un libro sellado". Así fué como, sin saberlo, este hombre cumplió la profecía de Isaías concerniente a la venida de este volumen: "Y os será toda visión como palabras de libro sellado, el cual si dieren al que sabe leer, y le dijeren: Lee ahora esto; él dirá: No puedo, porque está sellado." Otro lingüista, un profesor Mítchell, de Nueva York, después de haber examinado los caracteres, dió un testimonio de ellos que correspondía en todos los detalles importantes con el del profesor Anthon.

El Orden del Libro de Mormón.—El Libro de Mormón comprende quince partes separadas, que con una sola excepción se llaman libros, y se distinguen por los nombres de sus autores principales. Los primeros seis libros, a saber, Primer y Segundo Nefi, Jacob, Enós, Jarom y Omni, son traducciones literales de partes correspondientes de las planchas menores de Nefi. El resto del volumen, desde el Libro de Mosíah hasta el séptimo capítulo de Mormón, inclusive, es la traducción del compendio que Mormón hizo de las planchas mayores de Nefi. Entre los libros de Omni y Mosíah se encuentran las "Palabras de Mormón" que enlazan la relación de Nefi, grabada sobre las planchas menores, y el compendio hecho por Mormón de las planchas mayores. Puede decirse que las Palabras de Mormón son una breve explicación de la primera porción de la obra, a la vez que un prefacio de las partes subsiguientes. La última división del Libro, desde el principio del capítulo ocho de Mormón hasta el fin del libro, es obra de Moroni, hijo de Mormón, quien primeramente concluye la relación de su padre y luego añade el bosquejo de las planchas que contenían la historia de los jareditas. Este resumen se conoce como el Libro de Ether.

En la época en que escribió estas cosas, Moroni se encontraba solo: el único representante que quedaba vivo de su pueblo, con excepción del gran número que se había aliado con los lamanitas. La última de las guerras fratricidas entre nefitas y lamanitas había resultado en la exterminación de aquéllos como pueblo, y Moroni había creído que su compendio del Libro de Ether sería su última obra literaria; pero viendo que milagrosamente había sido preservado a la conclusión de aquella tarea, agregó la parte que conocemos como el Libro de Moroni, la cual contiene la manera de proceder en las ordenaciones, bautismos y administración de la Santa Cena, y algunas palabras y escritos de Mormón, su padre.

La Autenticidad del Libro de Mormón se hará más patente después de una investigación imparcial de las circunstancias que acompañaron su venida. Las fantásticas teorías propuestas por enemigos predispuestos sobre el origen del libro son, por lo general, demasiado incongruentes, y en la mayor parte de los casos sumamente pueriles, para merecer una consideración seria. Las suposiciones de que el Libro de Mormón es la obra de un solo autor o de un grupo de hombres que trabajaron en combinación, o que es una novela o una composición moderna, solas se refutan. El carácter sagrado de las planchas impidió que se exhibieran para satisfacer la curiosidad personal; sin embargo, un número de testigos honrados las examinó, y estos hombres han testificado solemnemente de ello al mundo. Las profecías relativas a los testigos, cuyos testimonios habrían de ser el medio de establecer la palabra de Dios cual se halla en el Libro de Mormón, se cumplieron en junio de 1829, en una manifestación de poder divino que demostró la autenticidad de las planchas a tres hombres, cuyas afirmaciones acompañan todas las ediciones del libro.

EL TESTIMONIO DE TRES TESTIGOS

CONSTE a todas las naciones, familias, lenguas y pueblos, a quienes llegare esta obra, que nosotros, por la gracia de Dios el Padre, y de nuestro Señor Jesucristo, hemos visto las planchas que contienen esta relación, la cual es una historia del pueblo de Nefi, y también de los lamanitas, sus hermanos, y también del pueblo de Jared que vino de la torre de que se ha hablado. Y también sabemos que han sido traducidas por el don y el poder de Dios, porque así su voz nos lo declaró; por tanto, sabemos con certeza que la obra es verdadera. También testificamos haber visto los grabados sobre las planchas; y se nos han mostrado por el poder de Dios y no por el de ningún hombre. Y declaramos con palabras solemnes que un ángel de Dios bajó del cielo, y que trajo y puso las planchas delante de nuestros ojos, de manera que las vimos y contemplamos, así como los grabados que contenían; y sabemos que es por la gracia de Dios el Padre, y de nuestro Señor Jesucristo, que vimos y testificamos que estas cosas son verdaderas. Y es maravilloso en nuestra vista. Sin embargo, la voz del Señor mandó que testificásemos de ello; por tanto, para ser obedientes a los mandatos de Dios, testificamos de estas cosas. Y sabemos que si somos fieles en Cristo, nuestros vestidos quedarán limpios de la sangre de todos los hombres, y nos hallaremos sin mancha ante el tribunal de Cristo, y moraremos eternamente con él en los cielos. Y sea la honra al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, que es un Dios. Amén.

OLIVERIO COWDERY

DAVID WHITMER

MARTIN HARRIS

El testimonio anterior jamás ha sido revocado, ni siquiera modificado por ninguno de los testigos cuyos nombres aparecen junto con la declaración, a pesar de que todos se alejaron de la Iglesia, y sus sentimientos hacia el profeta José Smith casi se convirtieron en odio. Hasta el fin de sus vidas sostuvieron la misma declaración solemne de la visita angélica y del testimonio que había quedado grabado en sus corazones. Poco después de haber presenciado estos tres las planchas, concedióseles a ocho personas más ver y palpar los antiguos anales; y en esto también se cumplieron las profecías, pues en la antigüedad se declaró que además de los tres, "Dios envía más testigos", cuyo testimonio sería agregado al de los tres. José Smith enseñó las planchas, probablemente en julio de 1829, a los ocho, cuyos nombres acompañan el siguiente certificado:

EL TESTIMONIO DE OCHO TESTIGOS

CONSTE a todas las naciones, familias, lenguas y pueblos, a quienes llegare esta obra, que José Smith, hijo, el traductor de ella, nos ha mostrado las planchas de que se ha hablado, las que tienen la apariencia de oro; y hemos palpado con nuestras manos cuantas hojas el referido Smith ha traducido; y también vimos los grabados que contenían, todo lo cual tiene la apariencia de una obra antigua y de hechura exquisita. Y testificamos de esto con palabras solemnes, y de que el citado Smith nos ha mostrado las planchas de que hemos hablado, porque las hemos visto y palpado, y con certeza sabemos que el susodicho Smith las tiene en su poder. Y damos nuestros nombres al mundo en testimonio de lo que hemos visto. Y no mentimos, pues Dios es nuestro testigo.

CRISTIAN WHITMER

JACOB WHITMER

PEDRO WHITMER, HIJO

JUAN WHITMER

HIRAM PAGE

JOSÉ SMITH, PADRE

HYRUM SMITH

SAMUEL H. SMITH

Tres de los ocho testigos murieron fuera de la Iglesia; sin embargo, jamás se ha sabido que alguno de ellos haya negado su testimonio respecto del Libro de Mormón.

Aquí, pues, hay pruebas de varias clases respecto de la veracidad de este volumen. El traductor relata sencilla y circunstancialmente cómo aparecieron las antiguas planchas, y afirma que la traducción se efectuó mediante el poder de Dios; notables lingüistas declaran la autenticidad de los caracteres; once hombres de buena reputación, aparte del traductor, hacen una solemne aserción con respecto a la apariencia de las planchas, y la naturaleza del libro mismo apoya la afirmación de que no es otra cosa sino la traducción de anales antiguos.

CAPITULO 15
EL LIBRO DE MORMÓN—Cont.

Artículo 8.— . . . también oreemos que el Libro de Mormón es la palabra de Dios.

SU AUTENTICIDAD

La Autenticidad del Libro de Mormón constituye nuestra consideración más importante de la obra. Este tema es de interés vital para todo investigador formal de la palabra de Dios, para todo aquel que sinceramente busca la verdad. Ya que afirma ser, en lo que toca a la dispensación actual, una nueva escritura; en vista de que presenta profecías y revelaciones que hasta esta época no se habían reconocido en la teología moderna, y anuncia al mundo el mensaje de un pueblo desaparecido, escrito por vía de mandamiento y por el espíritu de profecía y revelación, este libro merece el más detenido e imparcial examen. No solamente merece el Libro de Mormón esta consideración, sino que la pide y aun la exige; porque uno que profesa creer en' el poder y la autoridad de Dios no puede recibir con indiferencia la promulgación de una nueva revelación que afirma llevar el sello de la autoridad divina. De modo que el asunto de la autenticidad del Libro de Mormón es uno que concierne al mundo.

Los Santos de los Últimos Días basan su creencia en la autenticidad del libro en las siguientes pruebas:

1. La concordancia general del Libro de Mormón y la Biblia en toda materia análoga.
2. El cumplimiento de profecías antiguas realizado en la publicación del Libro de Mormón.
3. La estricta concordancia y correspondencia del Libro de Mormón en sí mismo.
4. La verdad patente de las profecías que contiene.

A éstas se pueden añadir ciertas evidencias externas aparte de las de la Escritura, entre ellas:

5. El testimonio corroborativo que ofrecen la arqueo logía y la etnología.

1. EL LIBRO DE MORMÓN Y LA BIBLIA

Las Escrituras Nefitas y Judías, por lo visto, concuerdan en todo asunto de tradición, historia, doctrina y profecía que las dos obras tratan. Estos dos volúmenes fueron preparados en hemisferios opuestos, en circunstancias sumamente diferentes; sin embargo, entre ellos existe una armonía sorprendente, seña confirmatoria de la inspiración divina que en ambos hay. En el Libro de Mormón se citan numerosos pasajes de las antiguas Escrituras judías, de las cuales se trajo una copia al continente occidental como parte de la historia que se hallaba grabada sobre las planchas de Labán, y hasta donde se habían recopilado cuando Lehi salió de Jeru-salén. No hay en estos pasajes diferencias notables entre las versiones de la Biblia y el Libro de Mormón, salvo donde ocurre un error probable de traducción, que generalmente se destaca por la falta de continuidad o claridad en la narración bíblica. No obstante, hay numerosas variaciones menores en las partes correspondientes de los dos escritos; y cuando se examinan, usualmente queda manifestada la claridad superior de la relación nefita.

Si se hace una comparación detenida de las profecías de la Biblia y las predicciones correspondientes que contiene el Libro de Mormón, es decir, las que se refieren al nacimiento, ministerio terrenal, muerte expiatoria y segunda venida de Cristo Jesús, así como otras que tratan el esparcimiento y subsiguiente recogimiento de Israel y las que se relacionan con el establecimiento de Sión y la reedificación de Jerusalén en los últimos días, se verá que las dos historias se corroboran mutuamente. Es cierto que hay muchas profecías en uno que no se encuentran en el otro, pero en ningún caso se ha notado contradicción o falta de correspondencia. Entre las partes doctrinales de las dos Escrituras prevalece la misma armonía perfecta.

2. PROFECÍAS CONCERNIENTES AL LIBRO DE MORMÓN

Las Profecías Antiguas se cumplieron literalmente cuando salió a luz el Libro de Mormón. Una de las más antiguas declaraciones que se refieren directamente a este sujeto es la de Enoc, un profeta antediluviano, a quien el Señor reveló sus propósitos por todos los siglos. Presenciando en visión la corrupción del género humano después de la ascensión del Hijo del Hombre, Enoc clamó a su Dios: "¿No vendrás otra vez a la tierra? ... Y el Señor respondió a Enoc: Como vivo yo, aun así vendré en los últimos días ... y llegará el día en que descansará la tierra, pero antes de ese día se obscurecerán los cielos, y un manto de tinieblas cubrirá la tierra; y temblarán los cielos así como la tierra; y habrá grandes tribulaciones entre los hijos de los hombres, mas preservaré a mi pueblo; y enviaré justicia desde los cielos y haré brotar la verdad de la tierra para testificar de mi Unigénito ... y

haré que la justicia y la verdad anieguen la tierra como un diluvio, a fin de recoger a mis escogidos de las cuatro partes de la tierra a un lugar que yo he de preparar." Los Santos de los Últimos Días ven en la publicación del Libro de Mormón y la restauración del Sacerdocio por medio del ministerio directo de mensajeros celestiales el cumplimiento de ésta y otras profecías similares que se hallan en la Biblia.

David, quien entonó sus salmos más de mil años antes del "meridiano de los tiempos", anunció: "La verdad brotará de la tierra; y la justicia mirará desde los cielos." Lo mismo declaró Isaías. Ezequiel vió en visión la unión del palo de Judá y el palo de José, significando la Biblia y el Libro de Mormón. El pasaje al que acabamos de referirnos dice, conforme a las palabras de Ezequiel: "Y fué a mí palabra de Jehová, diciendo: Tú, hijo del hombre, tómate ahora un palo, y escribe en él: A Judá, y a los hijos de Israel sus compañeros. Toma después otro palo, y escribe en él: A José, palo de Ephraim, y a toda la casa de Israel sus compañeros. Júntalos luego el uno con el otro, para que sean en uno, y serán uno en tu mano."

Si recordamos la antigua costumbre de hacer libros —se escribía en tiras largas de pergamino que entonces enrollaban en varas o palos—se hace patente el uso de la palabra "palo" como equivalente de "libro" en el pasaje anterior. Al tiempo de esta declaración los israelitas se habían dividido en dos naciones, conocidas como el reino de Judá y el reino de Israel o Efraín. Claro es que aquí se está hablando de los anales distintos de Judá y José. Como ya hemos visto, en la nación nefita estaban comprendidos los descendientes de Lehi, quien pertenecía a la tribu de Manases, los hijos de Ismael, el cual era de la tribu de Efraín, y los de Zoram, de cuyo linaje nada se dice definitivamente. De manera que los nefitas eran de las tribus de José; y tan verdaderamente representa el Libro de Mormón su historia o "palo" como la Biblia el "palo" de Judá.

Por lo que el Señor manifiesta en la visión de Ezequiel, es evidente que saldría a luz la historia de José o Efraín por medio del poder directo de Dios. Leemos que él dice: "He aquí, yo tomo el palo de José ... y pondrélos con él, con el palo de Judá." En vista de que se profetiza un acontecimiento que habría de efectuarse inmediatamente después, a saber, el recogimiento de las tribus de entre las naciones a las que fueron esparcidas, se aclara que esta unión de las dos historias sería una de las señales distintivas de los postreros días. Si se compara con otras profecías que se refieren al recogimiento, quedará conclusivamente demostrado que se predijo ese importante acontecimiento para los últimos días, como preparación para la segunda venida de Cristo.

Volviendo a los escritos de Isaías, hallamos que ese profeta da voz a las amonestaciones del Señor contra Ariel o Jerusalén, "ciudad donde habitó David". Ariel había de ser puesta en apretura, había de verse desconsolada y triste. Entonces el profeta habla de un pueblo, aparte de Judá quien habitaba en Jerusalén, porque lo compara a este último, diciendo: "Y será a mí como Ariel." Y de lo que estaba decretado contra esta otra nación, leemos: "Serás humillada, hablarás desde la tierra, y tu habla saldrá del polvo; y será tu voz de la tierra como de pythón, y tu habla susurrará desde el polvo."

Hablando del cumplimiento de éstas y otras predicciones análogas, un apóstol de los últimos días ha escrito: "Estas profecías de Isaías no podían referirse a Ariel o Jerusalén, porque su voz no ha 'salido de la tierra' ni su habla ha 'subido desde el polvo'. Más bien hablan del resto de José que fué destruido en América hace más de mil cuatrocientos años. El Libro de Mormón relata su caída, y en verdad fué grande y terrible. Al tiempo de la crucifixión de Cristo, 'la multitud de los fuertes'—cual Isaías lo predijo—llegó a ser 'como tamo que pasa,' y sucedió, como dice más adelante, 'repentinamente, en un momento' .... Este resto de José, en su congoja y destrucción, llegó a ser como Ariel. Así como el ejército romano sitió a Ariel, causándole grandes tribulaciones y amargura, en igual manera las naciones contenciosas de la América antigua trajeron sobre sí las más lamentables escenas de sangre y mortandad. Por lo tanto, el Señor, con toda propiedad, al referirse a este acontecimiento, declaró que 'será a mí como Ariel.'"

La notable predicción de Isaías, de que la nación así humillada hablaría "desde la tierra" y su habla susurraría "desde el polvo", se cumplió literalmente cuando apareció el Libro de Mormón, cuyo original salió de la tierra, y la voz de esta historia es como la de uno que habla desde el polvo. Leemos más adelante en la misma profecía: "Y os será toda visión como palabras de libro sellado, el cual si dieren al que sabe leer, y le dijeren: Lee ahora esto; él dirá: No puedo, porque está sellado. Y si se diere el libro al que no sabe leer, diciéndole: Lee ahora esto; él dirá: No sé leer." Se afirma que en la presentación de una transcripción tomada de las planchas—las "palabras de libro sellado", no el libro mismo—al sabio profesor Carlos Anthon, cuya respuesta, en casi las mismas palabras del pasaje, ya consideramos en el capítulo anterior, así como en la entrega del libro a José Smith, el joven sin instrucción, se realizó el cumplimiento de esta profecía.

3. CONFORMIDAD DEL LIBRO DE MORMÓN

La Conformidad Interna del Libro de Mormón apoya la creencia en su origen divino. Sus varias partes presentan evidencia de haber sido escritas en diferentes épocas y en condiciones completamente distintas. El estilo de los libros que lo componen concuerda con los tiempos y circunstancias en que se escribieron. Las partes que se tomaron de las planchas sobre las cuales se hallaba el compendio de Mormón contienen numerosas interpolaciones en forma de comentarios y explicaciones del transcriptor; pero en los primeros seis libros que son, como ya se ha explicado, la historia traducida palabra por palabra de las planchas menores de Nefi, no ocurren dichas interpolaciones. El libro conserva su conformidad desde el principio hasta el fin; no se le han hallado ni contradicciones ni discrepancias.

La Diversidad de Estilo caracteriza los distintos libros." De lo que se ha dicho concerniente a las varias colecciones de planchas que constituyen la acumulación original de los anales de que se tradujo el Libro de Mormón, es evidente que la obra contiene los escritos recopilados de una larga sucesión de autores inspirados. Estos escritos abarcan un período de mil años, sin contar los años de la historia jaredita. No se debe esperar unidad de estilo en estas circunstancias.

4. EL LIBRO DE MORMÓN CONFIRMADO POR EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECÍAS QUE CONTIENE

Las Predicciones del Libro de Mormón son numerosas e importantes. Una de las pruebas más conclusivas de la autenticidad del libro es la que nos proporciona la verdad demostrada de las profecías que contiene. La mejor manera de poner a prueba la profecía es a la luz de su propio cumplimiento. Las predicciones que contiene el Libro de Mormón se pueden dividir en dos clases: (1) Las profecías que se refieren al tiempo que el libro mismo abarca, y cuyo cumplimiento se halla detallado en él; y (2) las que se relacionan con épocas que exceden los límites de la historia narrada en el libro.

La Profecías de la Primera Clase que se ha nombrado, cuyo cumplimiento la relación del Libro de Mormón atestigua, son de poco valor como prueba de la autenticidad de la obra, porque si con intento humano se hubiese escrito el libro como novela, habríase proveído tanto la profecía como el cumplimiento con igual cuidado e ingeniosidad. No obstante, para el lector estudioso y concienzudo, la autenticidad del libro será patente; y el cumplimiento literal de las numerosas y variadas profecías referentes al entonces futuro destino del pueblo cuya historia se halla en la obra, así como la realización de las que anuncian los detalles del nacimiento y muerte del Salvador y su visita a este pueblo en una condición resucitada, deben, por motivo de su exactitud y conformidad, considerarse como prueba de la inspiración y autoridad que hay en la obra.

Las Profecías de la Segunda Clase, que se refieren a un tiempo que para muchos de los escritores representaba un futuro muy lejano, son numerosas y explícitas. Muchas de ellas hablan especialmente de los últimos días—la dispensación del cumplimiento de los tiempos —y algunas de éstas se han efectuado ya literalmente, otras se están realizando, mientras que otras esperan su cumplimiento de acuerdo con determinadas condiciones que hoy parecen estar aproximándose con rapidez. Entre las profecías más notables del Libro de Mormón que se relacionan con la última dispensación, se encuentran aquellas que se refieren a su propia divulgación y el efecto que su publicación causaría en el género humano. Ya se ha examinado la profecía de Ezequiel relativa a la unión de los "palos" o Escrituras de Judá y Efraín. Consideremos la promesa hecha a José, quien fué vendido en Egipto, promesa que Lehi repitió a su hijo José: una predicción que enlaza la profecía que se refiere al libro y la que habla del vidente por medio de quien habría de efectuarse el milagro: "Pero del fruto de tus lomos levantaré un vidente, y le daré el poder para divulgar mi palabra a tus descendientes; no solamente para divulgar mi palabra, dice el Señor, sino para convencerlos de mi palabra que ya se habrá divulgado entre ellos. Por lo tanto, el fruto de tus lomos escribirá, y el fruto de los lomos de Judá escribirá; y lo que escriba el fruto de tus lomos, y también lo que escriba el fruto de los lomos de Judá, crecerán juntamente para confundir las falsas doctrinas, para poner fin a las contenciones, para establecer la paz entre tus descendientes y para llevarlos, en los últimos días, al conocimiento de sus padres y de mis alianzas, dice el Señor. Y en debilidad será hecho fuerte, el día en que empiece mi obra entre todo mi pueblo, para restaurarte, oh casa de Israel, dice el Señor." Claramente se ve el cumplimiento literal de estas palabras en la publicación del Libro de Mormón por conducto de José Smith.

El Señor le indicó a Nefi uno de los efectos de la nueva publicación, declarando que en el día del recogimiento de Israel—indudablemente, pues, en el día del cumplimiento de los tiempos, cual lo testifican las Escrituras judías — se darían al mundo las palabras de los nefitas, y resonarían "hasta los extremos de la tierra, por

estandarte" a los de la casa de Israel; y que entonces los gentiles, olvidándose hasta de su deuda hacia los judíos, de quienes habían recibido la Biblia en la que profesaban tener tanta fe, despreciarían y maldecirían a esa rama del pueblo del convenio y rechazarían la nueva escritura, diciendo: "¡Una Biblia! ¡Una Biblia! Tenemos una Biblia, y no puede haber más Biblia." ¿No es éste el tema principal de las frenéticas objeciones que el mundo gentil hace al Libro de Mormón: que por no esperarse nueva revelación, forzosamente carece de validez?

En los días antiguos se requería que hubiese dos testigos para establecer la verdad de una afirmación, y respecto del testimonio que ambos escritos daban de él, el Señor dijo: "¿Por qué murmuráis por tener que recibir más de mis palabras? ¿Acaso no sabéis que el testimonio de dos naciones os es un testigo de que yo soy Dios, y que me acuerdo tanto de una nación como de otra? Por tanto, hablo las mismas palabras, así a una como a otra nación. Y cuando las dos naciones se junten, su testimonio se juntará también."

Con estas predicciones del testimonio unido de las Escrituras judías y nefitas se relaciona otra profecía, cuyo cumplimiento los fieles esperan pacientemente en la actualidad. Se han prometido Escrituras adicionales, precisamente los anales de las Tribus Perdidas. Notemos esta promesa: "Así que no por tener una Biblia debéis suponer que contiene todas mis palabras; ni tampoco suponer que no he hecho escribir otras más . . . Porque he aquí, hablaré a los judíos, y lo escribirán; y hablaré también a los nefitas, y éstos lo escribirán; y también hablaré a las otras tribus de la casa de Israel que he conducido lejos, y lo escribirán; y también hablaré a todas las naciones de la tierra, y ellas lo escribirán. Y acontecerá que los judíos tendrán las palabras de los nefitas, y los nefitas las de los judíos; y los nefitas y los judíos poseerán las palabras de las tribus perdidas de Israel, y éstas poseerán las de los nefitas y los judíos."

5. LA EVIDENCIA CORROBORATIVA QUE PRESENTAN LOS DESCUBRIMIENTOS MODERNOS

La Arqueología y Etnología del continente occidental ofrecen cierta evidencia corroborativa en apoyo del Libro de Mormón. Estas ciencias admiten que no pueden explicar de una manera conclusiva el origen de las razas nativas americanas. Sin embargo, las investigaciones realizadas en este campo han producido resultados que son más o menos definitivos, y la narración del Libro de Mormón concuerda con las más importantes. No se intentará presentar aquí un tratado extenso, ya que esto requeriría un espacio mucho más amplio que el de nuestros límites presentes. El estudiante que busca una consideración detallada del tema deberá consultar las obras que se dedican especialmente a ello. De los descubrimientos más significantes que se relacionan con los habitantes originales, nos referimos a los siguientes:

1. América fué poblada en tiempos muy remotos, probablemente poco después de la construcción de la Torre de Babel.

2. Sucesivamente han ocupado el continente diferentes pueblos, por lo menos dos clases o así llamadas razas, en épocas muy separadas.

3. Los habitantes originales vinieron del Este, probablemente de Asia, y los ocupantes posteriores, o sea los de la segunda época, eran muy parecidos a los israelitas, si bien no eran idénticos.

4. Las razas nativas existentes de América forman un mismo tronco.

Por el bosquejo que se ha dado ya de la parte histórica del Libro de Mormón, se ve que la obra apoya completamente cada uno de estos descubrimientos. Dice en él:

1. Que América fué poblada por los jareditas, quienes vinieron directamente de la Torre de Babel.

2. Que los jareditas ocuparon el país cerca de mil ochocientos cincuenta años, y que más o menos al tiempo de su destrucción, aproximadamente 590 años antes de Cristo, Lehi y su colonia llegaron a este continente, donde se desarrollaron en las naciones separadas de los nefitas y lamanitas, desapareciendo aquéllos cerca del año 385 de nuestra era—unos mil años después de la llegada de Lehi a este país—mientras que éstos han continuado en una condición degenerada hasta el tiempo presente, y los representan las tribus indias.

3. Que Lehi, Ismael y Zoram, los progenitores tanto de los nefitas como de los lamanitas, fueron indudablemente israelitas — Lehi era de la tribu de Manases, mientras que Ismael era de la tribu de Efraín — y que la colonia vino directamente de Jerusalén, en el continente asiático.

4. Que las tribus indias existentes descienden de los inmigrantes cuya historia se encierra en el Libro de Mormón, y por consiguiente, han nacido de progenitores que fueron de la casa de Israel.

Examinemos ahora algunas de las evidencias que se relacionan con estos puntos presentados por los investigadores, la mayor parte de los cuales nada sabía del Libro de Mormón mientras que ninguno de ellos

acepta el libro como auténtico.

1. Concerniente a la Colonización Antigua de las Amé-ricas.—Un perito reconocido en materia de antigüedades americanas ofrece la siguiente evidencia y deducción: "Una de las artes que los edificadores de Babel conocían era la fabricación de ladrillo. También era conocida por aquellos que construyeron sobre el continente occidental. Los pueblos de los llanos de Shinar tenían conocimiento del cobre, porque Noé debe habérselo comunicado, ya que él vivió entre ellos trescientos cincuenta años después del diluvio. Los antediluvianos también conocían el cobre. Los constructores de los monumentos del Oeste llegaron a conocerlo también. Los antediluvianos conocían el hierro. También los antiguos del Oeste lo conocieron. Sin embargo, es evidente que hubo muy poco hierro entre ellos, pues son contados los casos en que se ha descubierto entre sus obras; y por esta razón misma llegamos a la conclusión de que llegaron a este país poco después de la dispersión."

En su "Respuesta a preguntas oficiales respecto de los aborígenes de América," Lowry, refiriéndose a la población del continente occidental, concluye "que la primera colonización se efectuó poco después de la confusión de lenguas, al tiempo de la construcción de la Torre de Babel."

El profesor Wáterman de la Universidad de Boston dijo de los progenitores del indio americano: "¿Cuándo y de dónde vinieron? Albert Galatin, uno de los filólogos más eminentes de la época, concluyó que hasta donde el idioma lo indicaba, el tiempo de su llegada no pudo haber sido mucho después de la dispersión de la familia humana."

Hablando de los antiguos habitantes de América, Prítchard ha escrito que "el tiempo de su existencia como raza distinta y separada debe datar desde aquella ocasión en que se separaron en naciones los habitantes del mundo antiguo y se dió a cada rama de la familia humana su lenguaje e individualidad primitivos".[7]

Ixtlilxochitl, un escritor nativo de México, "fija la fecha de la primera población de América como por el año 2000 antes de Cristo. Esta fecha concuerda con la que da el Libro de Mormón, el cual declara positivamente que ocurrió al tiempo de la dispersión, cuando Dios en su ira esparció el pueblo sobre la faz de toda la tierra". "Refiriéndonos a las palabras de Ixtlilxochitl, se dice que transcurrieron mil setecientos dieciséis años desde la creación hasta el diluvio. Según Moisés, fueron mil seiscientos cincuenta y seis, una diferencia de solamente sesenta años. Concuerdan perfectamente en el número de codos, quince, que se alzaron las aguas sobre las montañas más altas. Semejante coincidencia no puede conducir sino a una conclusión: la identidad del origen de los dos relatos."

Juan T. Short, citando las palabras de Clavijero, dice: "Si damos crédito a sus tradiciones, los habitantes de Chiapas fueron los primeros pobladores del Nuevo Mundo. Dicen que Votan, nieto del venerable anciano que construyó la grande arca para salvarse él y su familia del diluvio, y uno de los que emprendieron la construcción de aquel alto edificio que iba a llegar hasta el cielo, salió para poblar esa tierra por mandamiento expreso del Señor. Dicen también que los primeros habitantes vinieron del Norte y que al llegar a Soconusco se separaron: unos se fueron a vivir al país de Nicaragua y otros permanecieron en Chiapas."

2. Tocante a Ocupaciones Sucesivas de América por Diferentes Pueblos en Tiempos Antiguos.—Eminentes estudiantes de arqueología americana han declarado que dos grupos distintos, llamados por algunos razas separadas del género humano, habitaron este continente en tiempos antiguos. El profesor F. W. Pútnam es aún más preciso en su afirmación de que una de estas razas antiguas se extendió del Norte, la otra del Sur. En un artículo titulado "Copan, la Ciudad de los Muertos", Enrique C. Walsh presenta muchos detalles interesantes de excavaciones y otras obras que Gordon emprendió por cuenta de la expedición Peabody, y añade: "Todo esto indica épocas sucesivas de ocupación, respecto de lo cual existen otras evidencias."

3. Concerniente a la Procedencia Oriental de Cuando Menos una División de los Americanos Antiguos, Probablemente de Asia; y su Origen Israelita.—En la similitud de los anales y tradiciones de los dos continentes sobre la creación, el diluvio y otros grandes acontecimientos históricos, se halla evidencia confirmatoria de la creencia de que los aborígenes americanos salieron de entre los pueblos del hemisferio oriental. Boturini, a quien suelen referirse los escritores de arqueología americana, dice: "No hay nación gentil que trate los acontecimientos primitivos con la certeza con que lo hacen los indios. Nos dan una relación de la creación del mundo, del diluvio,[11] de la confusión de lenguas en la torre de Babel, de todos los otros períodos y edades del mundo y de las largas peregrinaciones que sus antepasados conocieron en Asia, y representan los años exactos por medio de sus grabados; y en el año de siete conejo (tochtli) nos dicen del gran eclipse que ocurrió al tiempo de la muerte de Cristo nuestro Señor."

Las obras de Short, a quien ya se ha hecho referencia, y las de Baldwin, Clavijero, Kingsborough, Sahagún, Prescott, Schoolcraft, Squiers y otros proporcionan evidencia similar del origen común de las tradiciones orientales y occidentales que se refieren a los grandes acontecimientos de los tiempos primitivos.

Juan T. Short añade su testimonio a la evidencia de que los habitantes aborígenes de América son originalmente del Viejo Mundo, pero admite que no puede precisar cuándo o por dónde vinieron a este continente. Wáterman, a quien nos hemos referido ya, dice: "Este pueblo no pudo haberse originado en África, porque sus habitantes eran muy diferentes de los de América; ni en Europa, donde no había un pueblo nativo que en algo se pareciera a las razas americanas; de manera que solamente en Asia podían buscar el origen de los americanos."

En su comprensiva y acreditada obra, Lord Kings-borough se refiere a un manuscrito de Fray Bartolomé de las Casas, obispo español de Chiapas, documento que se halla preservado en el convento de Santo Domingo en México, y en el cual el obispo declara que se descubrió que entre los indios de Yucatán se sabía de la Trinidad. Uno de los emisarios del obispo escribió "que había hallado un Señor principal, que inquiriéndole de su creencia y religión antigua, que por aquel reino solían tener, le dijo que ellos conocían y creían en Dios, que estaba en el cielo, y que este Dios era Padre, e Hijo, y Espíritu Santo; y que el Padre se llamaba Izona, que había creado a los hombres y todas las cosas; y el Hijo tenía por nombre Bacab, el cual nació de una doncella virgen llamada Chibirias, que está en el cielo con Dios, y que la madre de Chibirias se llamaba Ischel; y al Espíritu Santo llamaban Echuah. De Bacab (que es el Hijo) dicen que lo mató Eopuco, y lo hizo azotar, y le puso una corona de espinas, y que le puso tendidos los brazos en un palo, y no entendían que estaba crucificado, sino atado, y allí murió; y estuvo tres días muerto, y al tercero tornó a vivir, y se subió al cielo, y que allá está con su Padre; y después de esto, luego vino Echuah, que es el Espíritu Santo, y hartó la tierra de todo lo que había menester".

Rosales habla de una tradición entre los chilenos de que un personaje maravilloso, lleno de gracia y poder, visitó a sus antepasados, obró muchos milagros entre ellos y les enseñó acerca del Creador que vivía en los cielos en medio de huestes glorificadas. Prescott hace mención del símbolo de la cruz que los compañeros de Cortés hallaban tan frecuentemente entre los nativos de México y la América Central. Además de esta señal de una creencia en Cristo, los invasores presenciaron asombrados una ceremonia que tenía cierta analogía con el sacramento de la santa cena. Veían que los sacerdotes aztecas preparaban una torta de harina, amasada con sangre, que consagraban y daban de comer a los presentes, quienes "la recibían con gran reverencia, humillación y lágrimas, diciendo que comían la carne de su Dios".

Los mexicanos antiguos reconocían a Quetzalcoatl como un Dios. El relato tradicional de su vida y muerte es tan parecido a nuestra historia del Cristo, que el presidente Juan Taylor dice: "No podemos llegar a otra conclusión sino que Quetzalcoatl y Cristo son la misma persona."" Lord Kingsborough, refiriéndose al Códice Borgiano, declara que en la lámina setenta dos aparece Quetzalcoatl en "la posición de una persona crucificada, con las marcas de los clavos en sus manos y pies, aunque no estaba precisamente sobre la cruz". Este mismo escritor también dice: "La septuagésima tercera placa del Manuscrito Borgiano es la más notable de todas, porque no sólo se representaba allí a Quetzalcoatl crucificado sobre una cruz griega, sino que su sepultura y descenso al infierno están igualmente representados de una manera muy curiosa." Además: "Los mexicanos creen que Quetzalcoatl tomó sobre sí naturaleza humana, participando de todas las debilidades del hombre, y conoció las aflicciones, dolor y muerte que sufrió voluntariamente para expiar los pecados del hombre."

El estudiante del Libro de Mormón desde luego percibe la fuente de este conocimiento de Dios y la Trinidad. Dicha Escritura nos da a saber que durante varios siglos antes del nacimiento de Cristo, los progenitores de las razas americanas nativas vivieron bajo la luz de revelación directa, la que, llegándoles por conducto de sus profetas autorizados, les indicaba los propósitos de Dios respecto a la redención del género humano; y además, que el Redentor resucitado los visitó en persona y estableció entre ellos su Iglesia con todas sus ordenanzas esenciales. Ese pueblo ha caído en un estado de degeneración espiritual; muchas de sus tradiciones se hallan lamentablemente pervertidas y alteradas por haberse mezciado con supersticiones e invenciones humanas; sin embargo, el origen de su conocimiento es manifiestamente auténtico.

4. Acerca de un Origen Común de las Bazas Nativas Americanas.—Generalmente se admite que las muchas tribus y naciones indias provienen de una misma familia. La conclusión se basa en la evidente relación íntima que hay en sus idiomas, tradiciones y costumbres. Baldwin dice que el Sr. Luis H. Morgan encuentra evidencias de que los aborígenes americanos tuvieron un origen común en lo que él llama el "sistema de consanguinidad y afinidad" que ellos tenían. Dice así: "Las naciones indias desde el Atlántico hasta las

Montañas Rocosas, y desde el océano Ártico hasta el Golfo de México, con excepción de los esquimales, tienen el mismo sistema. Es extenso y complicado tanto en su forma general como en sus detalles; y aunque ocurren desviaciones de esta uniformidad en los sistemas de diferentes familias, las características fundamentales son por lo general constantes. Esta identidad en las particularidades esenciales de un sistema tan notable sirve para demostrar que debe haberse transmitido de una misma fuente original a cada familia, junto con la sangre. Presenta la evidencia más conclusiva, hasta ahora descubierta, de unidad de origen de las naciones indias dentro de las regiones señaladas."

El resumen hecho por Brádford de las conclusiones que se refieren al origen y características de los americanos antiguos afirma "que todos eran del mismo origen, ramas de la misma raza, y tenían costumbres e instituciones parecidas".

El Idioma Escrito de los Americanos Antiguos.- A estas evidencias seculares de la autenticidad del Libro de Mormón, se puede agregar la conformidad que existe entre el libro y los descubrimientos relativos a los idiomas escritos de estos pueblos antiguos. El profeta Nefi declara que grabó su relato sobre las planchas en "el idioma de los egipcios", y también se nos dice que las planchas de bronce de Labán estaban escritas en el mismo idioma. Mormón, quien compendió los voluminosos escritos de sus predecesores y preparó las planchas de las cuales se hizo la traducción moderna, también se valió de caracteres egipcios. Su hijo Moroni, quien terminó la obra, así lo afirma; pero, reconociendo la diferencia que había entra el idioma escrito de sus días y el que se hallaba sobre las primeras planchas, atribuyó el cambio a la alteración natural causada por el transcurso del tiempo y dijo que su propia narración y la de su padre habían sido escritas en el "egipcio reformado".

Pero el egipcio no es el único lenguaje oriental que está representado entre las reliquias de las antigüedades americanas; el hebreo ocurre a lo menos con igual significación en lo que a esto respecta. Es del todo natural que los descendientes de Lehi hayan usado la lengua hebrea, ya que eran de la casa de Israel y habían sido trasladados al continente occidental directamente de Jerusalén. Por lo que Moroni dice acerca del idioma que se usó en las planchas de Mormón, es evidente que los nefitas no perdieron la habilidad para leer y escribir dicho idioma: "Y he aquí, hemos escrito estos anales según nuestro conocimiento, en caracteres que entre nosotros se llaman egipcio reformado; y han sido transmitidos, y los hemos alterado conforme a nuestra manera de hablar. Y si nuestras planchas hubiesen sido suficientemente amplias, habríamos escrito en hebreo; pero también hemos alterado el hebreo."

Se han tomado los siguientes ejemplos de una recopilación muy instructiva que hizo Jorge Reynolds. Muchos de los primeros escritores españoles declaran que los nativos de ciertas partes del país hablaban un hebreo corrupto. "Las Casas así lo asegura, refiriéndose a los habitantes de la isla de Haití. Lafitu escribió una historia en la que afirma que el idioma caribe era esencialmente hebreo. Isaac Nasci, un erudito judío de Surinam, hablando del idioma de los habitantes de las Guayanas, dice que todos sus sustantivos son hebreos." Los historiadores españoles han anotado el descubrimiento de caracteres hebreos en el continente occidental. "Malvenda dice que los nativos de San Miguel tenían unas lápidas, desenterradas por los españoles, que contenían varias inscripciones en hebreo."

En todos estos escritos, los caracteres y lenguaje son semejantes a la forma más antigua del hebreo, y no tienen ninguno de los símbolos de vocales y letras finales que se introdujeron en el hebreo del continente oriental después que los judíos regresaron de la cautividad babilónica. Esto va de acuerdo con el hecho de que Lehi y su colonia salieron de Jerusalén poco antes de la cautividad y, por consiguiente, antes que se hubiera efectuado cambio alguno en el idioma escrito.

Otra Prueba.—Ningún lector del Libro de Mormón debe quedar conforme con evidencias como las que se han citado, en lo que respecta a la autenticidad de esta obra que se tiene por Escritura Sagrada. Se ha prometido un medio más seguro y eficaz para determinar la verdad o falsedad de este volumen. Igual que las otras Escrituras, el Libro de Mormón sólo por el espíritu de la Escritura se puede entender; y este espíritu no se obtiene sino como un don de Dios. Sin embargo, se ha prometido este don a todos los que lo buscan. Recomendamos, pues, a todos el consejo del último escritor de la obra, Moroni, el cronista solitario que selló el libro, y quien más tarde fué el ángel que lo reveló: "Y cuando recibáis estas cosas, quisiera exhortaros a que le preguntéis a Dios, el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo; y por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas."

REFERENCIAS

Alusiones Bíblicas al Libro de Mormón

Porque saldrán de Jerusalem reliquias, y los que escaparán, del monte de Sión: el celo de Jehová de los ejércitos hará esto—2 R. 19:31. Será toda visión como palabras de libro sellado; éste se dará al que sabe leer y al que no sabe leer—Isa. 29:11, 12. Nótese que la gente se habría desviado de las doctrinas de Dios al tiempo predicho de la salida del libro, por motivo de los preceptos de los hombres—Isa. 29:13; compárese con las palabras del Señor Jesucristo a José Smith: Enseñan como doctrinas mandamientos de hombres—P. de G. P. pág. 46. El pueblo de que se habla en el libro sería humillado, y su habla saldría del polvo—Isa. 29:4. Compárese: La verdad brotará de la tierra; y la justicia mirará desde los cielos— Sal. 85:11. El palo o historia de Judá, y los hijos de Israel sus compañeros; también el palo de José, llamado el palo de Efraín, y toda la casa de Israel sus compañeros: éstos serán uno en la mano del Señor—Eze. 37:16-19. También tengo otras ovejas que no son de este redil; ellas oirán mi voz—Juan 10:16. Compárense éstas con las palabras del Señor resucitado a los nefitas, diciéndoles que eran las otras ovejas de otro redil—3 Nefi 15:17-24.

Testimonio del Libro de Mormón Concerniente a Sí Mismo

Las palabras del Señor a Nefi, hijo de Lehi, respecto de la venida de otras Escrituras, aparte de la Santa Biblia: En aquel día recibirían los gentiles mucho del evangelio, claro y precioso; los nefitas escribirían muchas cosas que después de su destrucción como nación quedarían ocultas para ser descubiertas a los gentiles; estos escritos contendrían el evangelio—1 Nefi 13:34-37. A Nefi, quien había preservado los anales de su pueblo, le mandó el Señor hacer otras planchas y grabar sobre ellas lo que se le indicara—2 Nefi 5:29-33. La palabra del Señor a Nefi, hijo de Lehi: Aquellos que serían destruidos aún hablarían desde la tierra, y su habla susurraría del polvo; saldría su libro el día en que los gentiles hubieran edificado muchas iglesias.—2 Nefi 26:16-22. Compárese con Sal. 85:10-13, que ya se ha citado. Enós oró que el Señor preservara la historia de su pueblo y la revelara en el debido tiempo—Enós 13-18. Mormón, que compendió y compiló los anales antiguos, predice su aparición—Mormón 5:12-15. Moroni, hijo de Mormón, termina la historia de su padre, y testifica de su venida—Mormón 8:13-17; 25:32. Nefi, hijo de Lehi, predice la divulgación de un libro en que se hallarán las palabras de los que han dormido; el que es nombrado para divulgarlo entregará las palabras del libro, no el libro mismo, a otro—2 Nefi 27:6-11. El libro mismo quedará oculto del mundo, pero se mostrará a tres testigos, y después a otros pocos según la voluntad de Dios. La parte que no está sellada será traducida, y la parte sellada quedará así por un tiempo—2 Nefi 27:12-25. El libro aparecerá entre los gentiles para establecer la verdad del primero o sea la Santa Biblia; y los dos serán reunidos en uno—1 Nefi 13:39-42. Concerniente a aquel que quedó nombrado para manifestar el libro en los últimos días—2 Nefi 3:6-16; 27:9-12, 15, 19; Mormón 8:14-16.

Muchos de los gentiles rechazan el libro, diciendo: ¡ Una Biblia! ¡Una Biblia! Tenemos una Biblia, y no puede haber más Biblia — 2 Nefi, capítulo 29. Nótese que el mundo gentil con desprecio llama el Libro de Mormón, la "Biblia Mor-mona". El Cristo resucitado mandó a los nefitas que escribieran las palabras que, él les había declarado—3 Nefi 16:4; léase el capítulo entero.

Revelación de los Últimos Días Tocante al Libro de Mormón

A José Smith se le dio el poder de traducir los anales antiguos que constituyen el Libro de Mormón—D. y C. 1:29; véase también 20:8-12; 135:3. Tocante a la pérdida de ciertos manuscritos que contenían partes de los escritos de Mormón—D. y C. sec. 3. Compárese con 2 Nefi 5:30; 1 Nefi, cap. 9; Palabras de Mormón 7. Tocante al testimonio de los tres testigos del Libro de Mormón D. y C. 5:1-18. José Smith llamado y escogido para publicar el Libro de Mormón —D. y C. 24:1. Y con Moroni a quien envié para revelaros el Libro de Mormón—D. y C. 27:5. Los élderes de la Iglesia enseñarán los principios de mi evangelio que se encuentran en la Biblia y el Libro de Mormón —D. y C. 42:12. Revelación dada a José Smith concerniente a la existencia de los anales antiguos, y los incidentes que se relacionarían con su traducción—P. de G. P. págs. 48-53. Y ha traducido aquella parte del libro que le mandé; y como vive vuestro Señor y vuestro Dios, es verdadero—-D. y C. 17:6; léase toda la sección, que se dirige a los tres testigos antes de ver éstos las planchas. Un conocimiento del Salvador, de quien dan testimonio la Biblia y el Libro de Mormón—D. y C. 3:16-20.

CAPITULO 16
REVELACIÓN PASADA, PRESENTE Y FUTURA

Artículo 9.—Creernos todo lo que Dios ha revelado, todo lo que actualmente revela, y creemos que aún revelará muchos grandes e importantes asuntos pertenecientes al reino de Dios.

Revelación e Inspiración.—Hablando teológicamente, la palabra revelación significa dar a conocer la verdad divina por medio de comunicación con los cielos. La palabra griega apocalypsis, cuyo significado tiene mucha analogía con el de nuestra palabra revelación, indica un descubrimiento o divulgación de aquello que había estado oculto totalmente o en parte: el descorrer de un velo. La forma castellanizada apocalipsis se usa para designar la Revelación particular de Juan en la Isla de Patmos, cuya relación constituye el último libro del Nuevo Testamento. Revelación divina, según se ve por los numerosos ejemplos de las Escrituras, puede consistir en manifestaciones o declaraciones de los atributos de Dios, o en una expresión de la voluntad de Dios con respecto a los asuntos del hombre.

La interpretación que a veces se le da a la palabra inspiración, y la que tiene la palabra revelación, son casi idénticas, aunque aquélla por su origen y uso primitivo tuvo un significado particular. Inspirar significa literalmente animar con el espíritu; un hombre está inspirado cuando se halla bajo la influencia de una fuerza aparte de la suya. Se puede decir que la inspiración divina es una operación menor de la influencia espiritual en el hombre, una manifestación no tan directamente intensa como la que se muestra en la revelación. De modo que la diferencia consiste más bien en el grado que en la clase.

Por ninguno de estos dos métodos dirigentes priva el Señor al individuo humano de su albedrío o individualidad," como lo comprueban las peculiaridades tan señaladas de estilo y método que caracterizan a los varios libros de las Escrituras. No obstante, obra en el recibidor humano una influencia más directa cuando se da una revelación, que bajo el efecto menor, aunque igualmente divino, de la inspiración.

De las condiciones receptivas de la persona depende lo directo y sencillo de la comunicación de Dios. Uno podrá tener la susceptibilidad para percibir la inspiración en sus fases menores y más sencillas solamente, mientras que otro podrá responder tan completamente a este poder que queda capacitado para recibir la revelación directa; y esta influencia superior podrá a su vez manifestarse en varios grados, encubriendo ora más, ora menos, la personalidad divina. Notemos las palabras del Señor a Aarón y María, culpables de falta de respeto hacia Moisés el revelador: "Entonces Jehová descendió en la columna de la nube, y púsose a la puerta del tabernáculo, y llamó a Aarón y a María; y salieron ellos ambos. Y él les dijo: Oíd ahora mis palabras: si tuviereis profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él. No así a mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa: boca a boca hablaré con él, y a las claras, y no por figuras; y verá la apariencia de Jehová." °

Ya hemos visto que una de las pruebas más conclusivas de la existencia de un Ser Supremo es la que nos provee la revelación directa que viene de él; y que cierto conocimiento de los atributos y personalidad divinos es esencial para ejercer racionalmente la fe en Dios. No podemos respetar debidamente a una autoridad cuya existencia misma es para nosotros cosa incierta. Por consiguiente, si vamos a confiar implícitamente en nuestro Creador, y a verdaderamente reverenciarlo, debemos saber algo acerca de él. Aunque el velo de la mortalidad con su densa niebla podrá evitar que la luz de la divina presencia llegue al corazón pecador, esa cortina separadora se puede descorrer y la luz celestial brillar en el alma justa. El oído atento, sintonizado con la música celestial, ha escuchado la voz de Dios declarar su personalidad y voluntad; el ojo, libre de las motas y vigas del pecado, sin otra mira que la de buscar la verdad, ha visto la mano de Dios; dentro del alma debidamente purificada por la devoción y la humildad se ha revelado la voluntad de Dios.

Comunicación de Dios al Hombre.—No se sabe de época alguna en que, viviendo un ministro autorizado de Cristo sobre la tierra, el Señor haya dejado de revelar a este siervo su voluntad divina relativa al ministerio señalado de dicha persona. Ningún hombre puede arrogarse el honor y la dignidad del ministerio. Para que pueda ser un ministro autorizado del evangelio, "el hombre debe ser llamado de Dios, por profecía y la imposición de manos, por aquellos que tienen la autoridad", y los "que tienen la autoridad" deben haber sido llamados de la misma manera. Cuando de ese modo el hombre es comisionado, habla en virtud de una potestad mayor que la suya cuando predica el evangelio y administra sus ordenanzas; puede en toda verdad llegar a ser un profeta al pueblo. El Señor constantemente ha reconocido y honrado a sus siervos que conforme a ese modelo han sido llamados. Ha magnificado, en proporción a su mérito, el oficio que ocupan, haciéndolos receptores

vivientes de los oráculos de la voluntad divina. Así ha sucedido en cada una de las dispensaciones de la obra de Dios.

El Santo Sacerdocio tiene el privilegio de comunicarse con los cielos y conocer la voluntad directa del Señor. Esta comunicación se lleva a cabo por el medio de sueños y visiones, el Urim y Tumim, visitas de ángeles o la investidura más elevada de una comunicación personal con el Señor. Las palabras inspiradas de los hombres que hablan por el poder del Espíritu Santo son Escritura para el pueblo. Antiguamente se prometió en términos precisos que el Señor se valdría del medio de la profecía para revelar su voluntad y fines al hombre: "Porque no hará nada el Señor Jehová, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas." No todos los hombres alcanzan esta posición de reveladores especiales: "El secreto de Jehová es para los que le temen; y a ellos hará conocer su alianza." Estos hombres son receptores de oráculos de verdad, consejeros privilegiados, amigos de Dios.[h]

La Revelación en Tiempos Antigfuos.—A Adán, el patriarca de la raza humana, aquel a quien se entregaron las llaves de la primera dispensación, Dios manifestó su voluntad y dió mandamientos. Mientras se conservó en un estado de inocencia, antes de la caída, Adán gozó de comunicación directa con el Señor; luego, a causa de su transgresión, el hombre fué expulsado del Edén, pero llevó consigo algunos recuerdos de su feliz estado anterior, entre ellos un conocimiento personal de la existencia y atributos de su Creador. Mientras que en el sudor de su rostro labraba la tierra para ganarse su pan, según el castigo sobre él impuesto y en él cumplido, Adán continuó invocando el nombre del Señor. Según oraban y se afanaban, Adán y su esposa "oyeron que les hablaba la voz del Señor en dirección del Jardín de Edén, mas no lo vieron, porque estaban excluidos de su presencia"; y les dió mandamientos.

Los patriarcas que sucedieron a Adán fueron bendecidos con el don de revelación en distintos grados. Enoc, "el séptimo desde Adán", recibió una investidura particular. Según el Génesis, "caminó Enoc con Dios", y al llegar a la edad de trescientos sesenta y cinco años, "desapareció, porque le llevó Dios". El Nuevo Testamento nos revela algo más tocante a su ministerio, y los Escritos de Moisés nos proporcionan un relato más abundante todavía de los hechos del Señor con este vidente tan altamente favorecido. Le fué revelado el plan de redención y la historia futura de la raza humana hasta el meridiano de los tiempos, y de allí hasta el milenio y el juicio final. El Señor le comunicó a Noé sus intenciones respecto del diluvio que se aproximaba; por conducto de esta voz pro-fética se amonestó al pueblo, instándosele a que se arrepintiera; no habiendo hecho caso y habiendo rechazado el mensaje, fueron destruidos en su iniquidad. Estableció entonces Dios su pacto con Abrahán, a quien le fueron divulgados los acontecimientos relacionados con la creación; y el mismo convenio fué confirmado sobre Isaac y Jacob.

Por medio de revelaciones, Dios comisionó a Moisés para que sacara a Israel de la esclavitud. Desde la zarza que ardía sobre el monte Horeb, el Señor declaró a aquel que había sido escogido: "Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob." ° En todas las turbulentas entrevistas de Moisés y Faraón, el Señor continuó comunicándose con su siervo, quien en medio de la gloria de la investidura divina se presentó como un verdadero dios ante el rey pagano. Y durante la abrumadora marcha de cuarenta años por el desierto, el Señor jamás cesó de honrar a su profeta. Así también podemos seguir la línea de reveladores—hombres que han sido, cada cual en su tiempo, intermediarios entre Dios y el pueblo, hombres que han recibido instrucciones de los cielos y las han transmitido a las masas—desde Moisés hasta Josué, y de allí a los Jueces hasta David y Salomón, luego a Juan, el precursor del Mesías.

Cristo Mismo Fue un Revelador.—A pesar de su autoridad personal, aunque había sido Dios y aún lo era, mientras vivió como hombre entre los hombres, Jesucristo manifestó que su obra era la de uno mayor que él, uno que lo había enviado y de quien recibía instrucciones. Reparemos en sus palabras: "Porque yo no he hablado de mí mismo: mas el Padre que me envió, él me dió mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna: así que, lo que yo hablo, como el Padre me lo ha dicho, así hablo." Además: "No puedo yo de mí mismo hacer nada: como oigo, juzgo: y mi juicio es justo; porque no busco mi voluntad, mas la voluntad del que me envió, del Padre." ˙ Y más adelante: "Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo: mas el Padre que está en mí, él hace las obras ... y como el Padre me dió el mandamiento, así hago."

También los Apóstoles, con quienes quedó la responsabilidad de la Iglesia después de irse el Maestro, buscaron orientación del cielo, esperaron la palabra de revelación que los guiaría en su ministerio exaltado, y la recibieron. Dirigiéndose a los Corintios, San Pablo escribió: "Empero Dios nos lo reveló a nosotros por el Espíritu: porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque, ¿quién de los hombres sabe las

cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado."

San Juan afirma que el libro conocido como El Apocalipsis no fué escrito de su propia sabiduría, sino que más bien fué: "La revelación de Jesucristo, que Dios le dió, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder presto; y la declaró, enviándola por su ángel a Juan su siervo."[u]

La Revelación Continua es Necesaria.—Las Escrituras terminantemente afirman el hecho de que desde Adán hasta Juan el Revelador, Dios dirigió los asuntos de su pueblo por medio de comunicaciones personales que daba a sus siervos comisionados. A medida que con el tiempo iba creciendo la palabra escrita—la recopilación de revelaciones dadas anteriormente—se iba convirtiendo en ley para el pueblo; pero en ningún caso se consideró suficiente. Aun cuando las revelaciones de épocas pasadas son indispensables como guías para el pueblo, y aclaran el plan y objeto de los hechos de Dios en condiciones particulares, no por eso pueden aplicarse universal y directamente a las circunstancias de épocas subsiguientes. Muchas de las leyes reveladas son de aplicación general para todos los hombres en todas las edades; v.gr.: los mandamientos: No hurtarás; no matarás; no hablarás falso testimonio, así como otras instrucciones relativas al deber del hombre hacia sus semejantes. La mayor parte de éstas son tan manifiestamente justas que la conciencia humana las aprueba aun sin la palabra directa de un mandato divino. Otras leyes podrán tener semejante aplicación general; sin embargo, su validez como ordenanzas decretadas por Dios procede del hecho de que autorizadamente han sido instituidas para tal objeto. Consideremos, como ejemplos de estas últimas, los mandamientos que tienen que ver con la santificación del día de reposo, la necesidad del bautismo, por medio del cual se recibe el perdón de los pecados, ordenanzas como la confirmación, la santa cena y otras. En los anales se hallan revelaciones de una tercera clase, a saber, aquellas que se han dado para resolver las condiciones de un período determinado. Estas se pueden clasificar como revelaciones especiales o circunstanciales, como por ejemplo, las instrucciones dadas a Noé con respecto a la construcción del arca y su amonestación al pueblo; la intimación hecha a Abrahán de abandonar su país natal e irse a una tierra desconocida; el mandamiento a Moisés, y por conducto de él a Israel, tocante al éxodo de Egipto; las revelaciones dadas a Lehi que orientaron su salida de Jerusalén junto con su compañía, sus jornadas en el desierto, la construcción de un barco y el viaje sobre las grandes aguas a otro hemisferio.

Irrazonable es, desde luego, y directamente contrario a nuestro concepto de la justicia inmutable de Dios, creer que él bendecirá a la Iglesia con una revelación actual y viviente de su voluntad en una dispensación, y en otra dejará que la Iglesia, a la cual da su nombre, marche lo mejor que pueda de acuerdo con las leyes de una edad ya pasada. Es cierto que debido a la apostasía se ha quitado del mundo la autoridad del Sacerdocio por un tiempo, dejando al pueblo en un estado de obscuridad, con las ventanas del cielo cerradas para ellos; pero en estas ocasiones Dios no ha reconocido ninguna iglesia terrenal como suya, ni a profeta alguno que declare con autoridad: "Así dice el Señor."

En apoyo de la doctrina de que es propio de las obras de Dios dar revelaciones que especialmente se adaptan a las condiciones existentes, tenemos el hecho de que se han decretado leyes, y subsiguientemente revocado, cuando se alcanzó un estado más avanzado del plan divino. Así pues, la Ley de Moisés estuvo en estricto vigor entre Israel desde la época del éxodo hasta la del ministerio de Cristo; pero el Salvador mismo declaró su cumplimiento, y en su lugar se instituyó algo mayor que la ley de mandamientos carnales, la cual, a consecuencia de las transgresiones, se había impuesto.

Por los pasajes citados, así como por otras numerosas afirmaciones de las Sagradas Escrituras, es evidente que la revelación de Dios al hombre ha sido un atributo fundamental de la Iglesia viviente. Es igualmente claro que la revelación es esencial para que la Iglesia exista en una condición organizada sobre la tierra. Si el hombre, a fin de poder tener la autoridad para predicar el evangelio y administrar sus ordenanzas, debe ser llamado de Dios "por profecía", es patente que, faltando la revelación directa, la Iglesia quedaría sin oficiales autorizados y, como consecuencia, desaparecería. Los profetas y patriarcas de la antigüedad, los jueces, los sacerdotes y todo siervo autorizado desde Adán hasta Malaquías, fueron llamados por revelación directa, manifestada mediante la palabra especial de profecía. Igual cosa se puede decir de Juan el Bautista, de los apóstoles y de otros oficiales menores de la Iglesia, mientras existió sobre la tierra una organización reconocida por Dios. Sin el don de la revelación continua no puede haber ministerio organizado en el mundo; y sin oficiales debidamente comisionados, no puede haber Iglesia de Cristo.

Es esencial la revelación en la Iglesia, no sólo para llamar y ordenar debidamente a sus ministros, sino

para que los oficiales así escogidos puedan ser orientados en sus obras de enseñar con autoridad las doctrinas de salvación, amonestar, animar y, si se hiciere necesario, reprender al pueblo, y por medio de la profecía declarar la voluntad de Dios en lo que respecta a la Iglesia en lo presente y lo futuro. La promesa de la salvación no conoce límites de tiempo, lugar o personas. Así lo enseñó San Pedro el día de Pentecostés, asegurando a la multitud que tenía derecho a esa bendición: "Porque para vosotros es la promesa—les dijo—y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare." [c] La salvación, con todos los dones de Dios, era en la antigüedad tanto para el judío como para el griego;[d] es el mismo Señor de todos, generoso, sin distinción, para con todos aquellos que lo buscan.

Presuntas Objeciones Bíblicas.—Los enemigos de la doctrina de la revelación continua, pervirtiendo exageradamente su significado, citan ciertos pasajes de las Escrituras para apoyar su herejía, algunos de los cuales son los siguientes:

Las palabras con que San Juan concluye su libro son éstas: "Porque yo protesto a cualquiera que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios pondrá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad, y de las cosas que están escritas en este libro." La aplicación de estas palabras a toda la Biblia, cual quedó recopilada más tarde, en ningún sentido se justifica, porque Juan no escribió su libro para finalizar semejante conjunto de escrituras como las que componen la Biblia. Juan se refería a sus propias profecías que, habiéndolas recibido por revelación, eran sagradas; y la alteración de éstas, por omisión o adición, sería modificar las palabras de Dios. Igualmente grave resultaría el pecado de cambiar cualquiera otra parte de la palabra revelada. Además, en este pasaje tan frecuentemente citado no hay ninguna indicación de que el Señor no aumentará o disminuirá la palabra que la revelación contiene; se declara que ningún hombre podrá mudar esas palabras sin incurrir en el castigo. Más de quince siglos antes de la escritura de San Juan, y con una aplicación igualmente limitada, Moisés amonestó de una manera parecida contra la alteración del mensaje de los mandamientos divinos.

Otra de estas supuestas objeciones a la revelación moderna se hace basar en las palabras de San Pablo a Timoteo respecto de las Escrituras que "te pueden hacer sabio para la salud", y sirven "para enseñar, para redargüir, para corregir, para instituir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruido para toda buena obra". Con la misma intención se hace referencia a lo que el apóstol declara a los élderes de Efeso: "Vosotros sabéis . . . cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas . . . porque no he rehuido de anunciaros todo el consejo de Dios."[l] Se pretende que si las Escrituras que Timoteo conoció fueron todo lo que necesitaba para hacerlo "sabio para la salud", y el hombre de Dios "perfecto, enteramente instruido para toda buena obra", las mismas Escrituras bastan para todos los hombres en cualquiera época; y que si las doctrinas predicadas a los élderes de Efeso representaban "todo el consejo de Dios", no debe esperarse consejo adicional. Como respuesta, quizá no se precisa sino decir que aquellos que impugnan la revelación continua, y por medio de tan forzada interpretación de los pasajes anteriores defienden su posición contraria a las Escrituras, tendrán que rechazar, si no ha de haber incongruencia en ellos, todas las revelaciones que por conducto de los apóstoles se recibieron después de la fecha de las palabras del apóstol, entre ellas hasta la revelación de San Juan.

Igualmente carece de conformidad la aserción de que la exclamación de Cristo al morir, "Consumado es", significaba que había terminado la revelación; porque hallamos que el mismo Jesús se reveló como el Señor resucitado, prometió revelación adicional a los apóstoles y les aseguró que estaría con ellos hasta el fin. Además, si en las palabras del Crucificado se percibiera tal intención, habría que tachar de impostores a los apóstoles, pues mientras vivieron enseñaron de acuerdo con lo que directa y expresamente les dictaba la revelación.

Para justificar el anatema con el cual los antagonistas de la revelación moderna tratan de perseguir a aquellos que creen en la emanación continua de la palabra de Dios a su Iglesia, se invoca la siguiente profecía de Zacarías: "Y será en aquel día, dice Jehová de los ejércitos, que talaré de la tierra los nombres de las imágenes, y nunca más vendrán en memoria: y también haré talar de la tierra los profetas, y espíritu de inmundicia. Y será que cuando alguno más profetizare, diránle su padre y su madre que lo engendraron: No vivirás, porque has hablado mentira en el nombre de Jehová: y su padre y su madre que lo engendraron, le alancearán cuando profetizare. Y será en aquel tiempo, que todos los profetas se avergonzarán de su visión cuando profetizaren." [m] El día que aquí se menciona parece ser futuro aún, porque todavía se siente la influencia de los ídolos y los espíritus inmundos; y no sólo eso, sino que por haberlos relacionado Zacarías con ídolos y espíritus inmundos, queda comprobado que se trata de profetas falsos.

Estos intentos que se han hecho para rebatir la doctrina de la revelación continua, basados en la autoridad de los pasajes citados, son sumamente fútiles; solos se refutan y dejan intacta la verdad de que la creencia en la revelación continua es enteramente razonable y conforme a las Escrituras en todo sentido.

Revelación de los Últimos Días.—A la luz del conocimiento que tenemos sobre la revelación continua, como característica esencial de la Iglesia, es tan razonable esperar nueva revelación en la actualidad como creer en la realidad de este don durante los días antiguos. "Sin profecía el pueblo será disipado",[0] se afirmó en la antigüedad; y sería propio incluir la revelación, ya que este don suele manifestarse por medio de sueños, visiones y profecías. A pesar del abundante y sumamente explícito testimonio de las Escrituras, las así llamadas sectas cristianas del día casi sin excepción declaran que la revelación directa cesó con los apóstoles o aun antes de ellos; que son innecesarias más comunicaciones de los cielos, y que el esperar esas cosas no concuerda con las Escrituras. Por asumir semejante actitud, las sectas discordantes del día no hacen más que seguir el camino que los incrédulos recorrieron en los días antiguos. Los judíos apóstatas rechazaron al Salvador porque vino a ellos con una revelación nueva. ¿Acaso no tenían a Moisés y a los profetas para que los guiaran? ¿qué más necesitaban? Públicamente se jactaban de ser "discípulos de Moisés", y añadían: "Nosotros sabemos que a Moisés habló Dios: mas éste no sabemos de dónde es."

Las Escrituras, lejos de declarar que la revelación cesará en los postreros tiempos, expresamente afirman la restauración y funcionamiento de ese don en los últimos días. El Revelador previo la restauración del evangelio en los postreros días por ángeles ministrantes y, habiendo visto en visión lo que entonces era futuro, se expresó en tiempo pasado como si ya se hubiera realizado: "Y vi otro ángel volar por en medio del cielo, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los que moran en la tierra, y a toda nación y tribu y lengua y pueblo." También sabía que en los últimos días se oiría la voz de Dios llamando a su pueblo que saliera de Babilonia a un lugar seguro: "Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, porque no seáis participantes de sus pecados, y que no recibáis de sus plagas."

El Libro de Mormón asegura con igual claridad que la revelación directa ha de permanecer como bendición sobre la Iglesia en los postreros tiempos. Considérese la profecía de Ether el jaredita; el contexto indica que se refiere a la última dispensación: "Y el día en que (los gentiles) ejerzan la fe en mí, dice el Señor, así como lo hizo el hermano de Jared, para poder santificarse en mí, entonces les manifestaré las cosas que vió el hermano de Jared, hasta descubrirles todas mis revelaciones, dice Jesucristo, el Hijo de Dios, el Padre de los cielos y de la tierra y de todas las cosas que en ellos hay . . . Pero al que creyere estas cosas que he anunciado, yo visitaré con las manifestaciones de mi Espíritu, y sabrá y dará testimonio."

Lehi, instruyendo a sus hijos, citó una profecía de José, el hijo de Jacob, que no se encuentra en la Biblia. Se refiere particularmente a la obra de José, el profeta moderno: "Sí, José verdaderamente dijo: Así me dice el Señor: Levantaré a un vidente escogido del fruto de tus lomos, y él gozará de gran estimación entre los de tu simiente. Y le mandaré ejecutar una obra para el fruto de tus lomos, sus hermanos, que será de mucho valor para ellos, aun hasta hacerles conocer las alianzas que yo he hecho con tus padres."

Nefi, el hijo de Lehi, habló proféticamente de los últimos días, cuando los gentiles habrían de recibir un testimonio de Cristo con muchas señales y manifestaciones prodigiosas: "Se manifiesta por el poder del Espíritu Santo a cuantos en él creen; sí, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, obrando grandes milagros, señales y maravillas entre los hijos de los hombres según su fe. Mas he aquí, os profetizo acerca de los postreros días, de los días en que el Señor Dios manifestará estas cosas a los hijos de los hombres."

El mismo profeta, amonestando en tono amenazante a los incrédulos de los últimos días, predijo que aparecerían Escrituras adicionales: "Y acontecerá que el Señor Dios os manifestará las palabras de un libro; y serán las palabras de los que han dormido. Y he aquí, el libro estará sellado; y en él habrá una revelación de Dios, desde el principio hasta el fin del mundo."

Dirigiéndose a los nefitas, el Salvador repitió las palabras de Malaquías concernientes a la revelación que se daría por conducto de Elias, antes de la segunda venida del Señor: "He aquí, os mandaré a Elias el profeta antes de la venida del día grande y terrible del Señor; y él volverá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a sus padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con una maldición."

Por revelaciones dadas en la época actual, el Señor ha confirmado y cumplido sus promesas anteriores, y expresamente ha reprendido a aquellos que quieren taparle la boca y alejar de él a su pueblo. En estos días se oye su voz "probando al mundo que las santas escrituras son verdaderas, y que Dios inspira a los hombres y los llama a su santa obra en esta edad y generación, tanto como en las de la antigüedad; demostrando así que él es el

mismo Dios ayer, hoy y para siempre".

Revelación Aún Futura.—En vista del hecho comprobado de que la revelación entre Dios y el hombre siempre ha sido y es una de las características de la Iglesia de Jesucristo, es razonable esperar confiadamente que se recibirán otros mensajes del cielo, aun hasta el fin de la probación del hombre sobre la tierra. La Iglesia tan verdaderamente se funda, y seguirá fundándose, sobre la roca de revelación como en el día en que Cristo pronunció su bendición profética sobre Pedro, quien por medio de este don de Dios pudo testificar de la divinidad de su Señor. La revelación moderna, igual que la antigua, con bastante claridad predice las aún futuras manifestaciones de Dios por medio de esta forma indicada. El canon de las Escrituras todavía se halla abierto; quedan por agregarse muchas líneas, muchos preceptos; aún están por venir a la Iglesia y ser declaradas al mundo revelaciones que excederán en importancia y gloriosa plenitud todas las que se han conocido.

¿Con qué justifica o finge disculpar el hombre su incongruencia en negar el poder y los designios de Dios de revelarse a sí mismo y divulgar su voluntad en estos días como ciertamente lo hizo en los pasados? En todo departamento del conocimiento y actividad humanos, en todo aquello en que se arroga la gloria para sí, el hombre se jacta de las posibilidades de crecer y desarrollar; sin embargo, en la divina ciencia de la teología él afirma que es imposible el progreso y que está prohibido el adelanto. Contra esta herejía y blasfema negación de las divinas prerrogativas y poder, Dios ha proclamado con palabras de significado penetrante: "¡Ay del que dijere: Hemos recibido la palabra de Dios, y no necesitamos más de sus palabras, porque ya tenemos suficientes!" "No niegues el espíritu de revelación ni el espíritu de profecía, porque ¡ay de aquel que niega estas cosas!"

REFERENCIAS

Comunicación Directa de Dios al Hombre.—Ya se han citado muchos pasajes de las Escrituras que se relacionan con este tema; véanse las referencias del Capítulo 12. El Señor se reveló a Adán, antes y después de la caída—Gen. caps. 2, 3, y otros; Moisés, caps. 4, 5, etc. No hará nada el Señor Jehová sin que revele su secreto a sus siervos los profetas—-Amos 3:7. Cristo declaró a Pedro que edificaría su Iglesia sobre la revelación—Mat. 16:15-19. Levantará el Dios del cielo un reino que nunca jamás se corromperá—Dan. 2:44. Predijo el Señor revelación futura a su pueblo—Jer. 31:33, 34. Anunció el Señor que litigaría con su pueblo cara a cara—Eze. 20:35, 36. Prométese revelación por Elias el profeta—Mal. 4:5, 6; compárese con P. de G. P. pág. 49; D. y C. 2:1; 27:9; 110:14, 15; 128:17; 110:13. Promesa de que el Espíritu de verdad mostrará las cosas venideras—Juan 16:13. Que Dios os dé espíritu de sabiduría y de revelación—Efe. 1:17. San Pablo testifica de la revelación que recibió personalmente —Efe. 3:3-5. El Señor dió gracias al Padre por las revelaciones que le había manifestado—Mat. 11:25. Empero Dios nos lo reveló a nosotros por el Espíritu—1 Cor. 2:10. Pues ni yo lo recibí, ni lo aprendí de hombre, sino por revelación de Jesucristo—Gal. 1:12. Se puede recibir una revelación divina para corregir errores— Fil. 3:15. Guardados en la virtud de Dios por fe, para alcanzar la salud que está aparejada para ser manifestada en el postrimero tiempo—1 Ped. 1:5; véase también 4:13. La revelación de Jesucristo a su siervo Juan — el Libro del Apocalipsis. Todas las cosas que Abrahán recibió fueron por revelación y mandamiento—D. y C. 132:29. Se prometen revelaciones de Dios como en los tiempos pasados—1Nefi 10:19. Consúltense las Referencias que siguen el Capítulo 15—"Testimonio del Libro de Mormón Concerniente a Sí Mismo." No cesarán los dones del Espíritu, entre ellos la sabiduría, el conocimiento y la profecía, sino por la incredulidad del pueblo—Moroni 10:24; considérese todo el capítulo. Dios dará su palabra, línea por línea, precepto por precepto—2 Nefi 28:29, 30. Manifestaciones del Eterno Padre y su Hijo Jesucristo a José Smith en el año de 1820—P. de G. P. págs. 45, 46. Os hablaré y profetizaré, como con los hombres de la antigüedad—D. y C. 45:15. Revelará el Señor las cosas del reino, desde los días antiguos y por siglos futuros—D. y C. 76:7-10. Ordenado para enseñar aquellas revelaciones que habéis recibido y que recibiréis—D. y C. 43:7. Las revelaciones de Dios que vendrán después—D. y C. 20:35. Revelaré a mi iglesia cosas que han estado escondidas desde antes de la fundación del mundo—D. y C. 124:40-42. Una ocasión futura en la que nada se retendrá, todo será manifestado—D. y C. 121:28-32. La revelación que se dió a José Smith y a Sídney Rigdon, en el año de 1832—D. y C. sec. 76. Revelación y manifestaciones personales a José Smith y a Oliverio Cówdery en el Templo de Kírtland, Edo. de Ohio, 1836—D. y C. sec. 110. Hombres investidos con el Sacerdocio hablarán conforme los inspire el Espíritu Santo—D. y C. 68:3-6. Revelación que se refiere especialmente a los asuntos de los santos en Sión, Distrito de Jackson, Edo. de Misurí—D. y C, sec. 97. No niegues el espíritu de revelación ni el espíritu de profecía, porque, ¡ay de aquel que niega estas cosas!—D. y C. 11:25.

CAPITULO 17
LA DISPERSIÓN DE ISRAEL

Artículo 10.—Creemos en la congregación literal del pueblo de Israel y en la restauración de las diez tribus; , . .

Israel.—Este nombre y título combinado de Israel indicaba o daba a entender, en el sentido original de la palabra, uno que había logrado su petición ante el Señor; sus equivalentes más comunes son "soldado de Dios", "uno que contiende con Dios", "príncipe de Dios". El nombre aparece en las Sagradas Escrituras por primera vez como el título que le fué conferido a Jacob, cuando triunfó en su determinación de recibir una bendición de su visitante celestial en el desierto, y fuéle prometido: "No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel: porque has peleado con Dios y con los hombres, y has vencido."* Leemos más adelante: "Y apareciόse otra vez Dios a Jacob, cuando se había vuelto de Padan-aram, y bendíjole; y díjole Dios: Tu nombre es Jacob; no se llamará más tu nombre Jacob, sino Israel será tu nombre; y llamó su nombre Israel."

Pero este nombre y título, otorgado bajo condiciones de solemne dignidad, alcanzó una aplicación más extensa y llegó a representar la posteridad de Abrahán, por el linaje de Isaac y Jacob,[0] con quienes el Señor había hecho convenio de que todas las naciones de la tierra serían bendecidas mediante sus posteridad. De modo que el nombre del patriarca individual llegó a designar a un pueblo que comprendía las doce tribus, y el cual se deleitaba en el título de Israelitas o hijos de Israel. Fueron conocidos por estos nombres en los tenebrosos días de la esclavitud egipcia, durante los cuarenta años del éxodo y el viaje a la tierra prometida, en el período de su existencia como un pueblo poderoso bajo el gobierno de los Jueces y como nación unida durante los ciento veinte años que abarcaron los reinados sucesivos de Saúl, David y Salomón.

A la muerte de Salomón, probablemente cerca del año 975 antes de J. C, se dividió el reino. La tribu de Judá y parte de la tribu de Benjamín aceptaron por rey a Roboam, hijo y sucesor de Salomón, mientras que los demás, de quienes comúnmente se habla como las Diez Tribus, se rebelaron contra Roboam y deshaciendo su alianza con la casa de David, eligieron por rey a Jero-boam. Bajo éste, las Diez Tribus conservaron el nombre del Reino de Israel, aunque al reino era conocido también como Efraín, a causa de su tribu más prominente; mientras que Roboam y sus subditos se distinguieron por el título del Reino de Judá. Los dos reinos conservaron una existencia separada más o menos unos doscientos cincuenta años, después de lo cual, aproximadamente en el año 721 antes de Cristo, fué destruido el estado independiente del reino de Israel, y los asirios bajo Sal-manasar lo redujeron al cautiverio. El reino de Judá duró un siglo más antes de llegar a su fin bajo Nabuco-donosor, quien inauguró la cautividad babilónica. Setenta años sufrió el pueblo la servidumbre, conforme a la profecía de Jeremías; entonces el Señor ablandó el corazón de los soberanos reinantes, y Ciro el Persa inició la obra de la emancipación. Fuéle permitido al pueblo hebreo volver a Judea y reconstruir el templo en Jerusalén.

El pueblo, comúnmente conocido entonces como hebreos o judíos, retuvo el apelativo "Israel" para designar la nación, aunque escasamente comprendía dos tribus completas de las doce. El nombre Israel, conservado con justificado orgullo por el resto de una nación, en otro tiempo poderosa, se usó en un sentido figurado para indicar el pueblo del convenio que constituía la Iglesia de Cristo;[k] y aún se usa de esta manera. Cuando la historia nos presenta a los israelitas por primera vez, los conocemos como un pueblo unido. A fin de comprender el verdadero valor del recogimiento de Israel al cual se hace referencia en el décimo de los Artículos de Fe, se precisa que primeramente consideremos el esparcimiento y dispersión que el pueblo ha sufrido. Abundan en las Escrituras las profecías, sobre estas dispersiones; y por lo general, la historia profana y las Escrituras ofrecen testimonio unido del cumplimiento de estas profecías.

La Dispersión de Israel Predicha.—Se ha dicho que "si se llegara a escribir la historia completa de la casa de Israel, sería la historia de historias, la llave a la historia mundial de los últimos veinte siglos".[1] Esta afirmación tan comprensiva encuentra justificación en el hecho de que los israelitas han sido esparcidos tan completamente entre las naciones, que este pueblo disperso es considerado uno de los factores principales que han contribuido al origen y desarrollo de casi toda división principal de la familia humana. Esta obra de la dispersión se fué efectuando a través de muchas etapas y durante miles de años. Los antiguos profetas la previeron; y durante todas las generaciones, hasta la época del Mesías, y aun en las que inmediatamente siguieron, otros profetas vaticinaron la dispersión del pueblo como resultado decretado de su creciente iniquidad, o se refirieron al cumplimiento de profecías anteriores relativas a la diseminación ya efectuada, y anunciaron un nuevo y más completo esparcimiento de la nación.

Profecías Bíblicas.—Durante el éxodo de Egipto, donde los israelitas habían vivido como esclavos, y su jornada a Canaán, la tierra de su herencia prometida, el Señor les dió muchas leyes y estableció preceptos para su gobierno en asuntos temporales y espirituales. Repasó, para su contemplación, bendiciones que la mente humana a solas es incapaz de concebir, basándolas sobre su obediencia a las leyes de la rectitud y su homenaje a él como Dios y Rey. Por vía de contraste, después de ese cuadro de prosperidad bendita, el Señor describió con terrible claridad y espantoso detalle el estado de servil desgracia y agobiante sufrimiento en el que con toda certeza incurrirían, si se apartaban del sendero de la rectitud y adoptaban las inicuas prácticas de los pueblos idólatras con quienes se asociarían. Las partes más sombrías de esta imponente escena eran aquellas que pintaban el futuro esparcimiento de la nación y la dispersión del pueblo entre aquellos que no conocían a Dios. Sin embargo, esas intensas calamidades caerían sobre Israel solamente en caso de que otros castigos menos severos resultaran ineficaces.[m]

Ya para terminar el viaje que empezó con el éxodo, mientras los israelitas se preparaban para pasar el Jordán y tomar posesión de la tierra prometida, cuando Moisés estaba para ascender al monte de Nebo, de donde iba a ver aquella buena tierra para después abandonar este mundo, el patriarca, legislador y profeta les repitió la historia de las bendiciones y maldiciones contrapuestas, las cuales era imposible separar del convenio de Dios con el pueblo. "Jehová te entregará herido delante de tus enemigos", se les dijo; y además: "Jehová llevará a ti y a tu rey que hubieres puesto sobre ti, a gente que no conociste tú ni tus padres; y allá servirás a dioses ajenos, al palo y a la piedra. Y serás por pasmo, por ejemplo y por fábula, a todos los pueblos a los cuales te llevará Jehová." También: "Jehová traerá sobre ti gente de lejos, del cabo de la tierra, que vuele como águila, gente cuya lengua no entiendas; gente fiera de rostro que no tendrá respeto de ancianos, ni perdonará al niño ... Y Jehová te esparcirá por todos los pueblos, desde el un cabo de la tierra hasta el otro cabo de ella; y allí servirás a dioses ajenos que no conociste tú ni tus padres, al leño y a la piedra."

Conforme se va desarrollando la historia de la Sagrada Escritura, se hace patente el hecho de que Israel había elegido el sendero de la maldad, abandonando las bendiciones y segando las maldiciones. Cuando el hijo del inicuo Jeroboam se enfermó de muerte, el acongojado rey envió a su esposa disfrazada para hablar con Ahías, el profeta ciego de Israel, concerniente a la suerte del niño. El profeta, penetrando el velo de la ceguedad física de su vejez, predijo la muerte del niño y la destrucción de la casa de Jeroboam; y luego añadió: "Jehová sacudirá a Israel, al modo que la caña se agita en las aguas: y él arrancará a Israel de esta buena tierra que había dado a sus padres, y esparcirálos de la otra parte del río, por cuanto han hecho sus bosques, enojando a Jehová."[0]

Por boca de Isaías el Señor justifica sus juicios sobre el pueblo, al cual compara a una viña infructuosa que, a pesar del seto protector y cultivo esmerado, no había producido sino uvas silvestres, y sólo servía para ser consumida. "Por tanto — sigue diciendo — mi pueblo fué llevado cautivo."[p] Todavía habrían de seguir otras tribulaciones; y a fin de que el pueblo no se alejara por completo del Dios de sus padres, se les amonestó: "¿Y qué haréis en el día de la visitación? ¿y a quién os acogeréis que os ayude, cuando viniere de lejos el asolamiento?" El profeta hace ver a su pueblo desviado que sus aflicciones vendrían del Señor: "¿Quién dió a Jacob en presa, y quién entregó a Israel a saqueadores? ¿No fué Jehová, contra quien pecamos? y no quisieron andar en sus caminos, ni oyeron su ley. Por tanto derramó sobre él el furor de su ira, y fuerza de guerra."

Después de la cautividad de Efraín, o sea el reino de Israel, el pueblo de Judá tuvo necesidad de aún más amonestaciones. Por medio de Jeremías se trajo a su memoria la suerte de sus hermanos; y entonces, a consecuencia de su continua y creciente iniquidad, díjoles el Señor: "Os echaré de mi presencia como eché a todos vuestros hermanos, a toda la generación de Ephraim." Su tierra sería despojada; todas las ciudades de Judá quedarían desoladas y el pueblo sería esparcido entre los reinos de la tierra. Otros profetas revelaron las palabras de ira y solemne advertencia del Señor; y el divino decreto quedó anotado: "Haré que la casa de Israel sea zarandeada entre todas las gentes, como se zarandea el grano en un harnero." También: "Los sembraré entre los pueblos, aun en lejanos países se acordarán de mí."[r]

Predicciones del Libro de Mormón.—En la historia grabada por la división de la casa de Israel que salió de Jerusalén y llegó al continente occidental aproximadamente en el año 600 antes de J. C, repetidas veces se hace referencia a las dispersiones que ya se habían verificado, y a la continuación del esparcimiento que para los escritores del Libro de Mormón era aún futuro. Durante el viaje hacia la costa, y mientras se hallaba acampado con su compañía en el valle de Lemuel, en las inmediaciones del mar Rojo, el profeta Lehi declaró lo que por revelación había llegado a saber tocante a la futura "caída de los judíos en la incredulidad", la crucifixión del Mesías y la dispersión de ese pueblo "por toda la superficie de la tierra".[1] Comparó la casa de Israel a un olivo cuyas ramas iban a ser desgajadas y esparcidas; y vió en el éxodo y lejano viaje de su colonia un episodio

incidental en el curso general de la dispersión. Nefi, hijo de Lehi, también vió en visión el esparcimiento del pueblo del convenio, y sobre este punto añadió su testimonio al de su padre el profeta. También vió que la descendencia de sus hermanos, conocida posteriormente como lamanitas, sería castigada por su incredulidad; y que estaba destinada a ser vencida por los gentiles y ser dispersada ante ellos.[d] En esa visión profética de las edades también vió que salían libros sagrados, además de los que hasta entonces se conocían, "para convencer a los gentiles y al resto de la posteridad de mis hermanos, y también a los judíos que se hallaban esparcidos sobre toda la superficie de la tierra".

Después de llegar a la tierra prometida, la colonia al mando de Lehi recibió más información tocante a la dispersión de Israel. Según Nefi, el profeta Zenós había predicho la incredulidad de la casa de Israel, y como consecuencia, vagarían en la carne "y perecerán, y serán un escarnio y oprobio, y los aborrecerán en todas las naciones"." Los hermanos de Nefi con escepticismo le preguntaron si las cosas de que él hablaba se iban a realizar en un sentido espiritual o más literalmente, y les fué dicho que "la casa de Israel será dispersada, tarde o temprano, sobre toda la superficie de la tierra, y también entre todas las naciones"; y con respecto a las dispersiones ya efectuadas, se añadió que "se han llevado a la mayor parte de todas las tribus; y se encuentran esparcidas acá y allá sobre las islas del mar". Entonces, por vía de predicción sobre una dispersión y división adicional, Nefi agrega que los gentiles tendrían dominio sobre el pueblo de Israel, y por ellos "serán esparcidos nuestros descendientes". Aunque mediaba un océano entre su tierra natal y el país al cual milagrosamente habían sido conducidos, los hijos de Lehi, mediante una revelación, declarada por Jacob, hermano de Nefi, supieron de la cautividad de los judíos que habían permanecido en Jerusalén.[k] Nefi les dijo algo más de las calamidades que se cernían sobre la ciudad en que habían nacido, y de una nueva dispersión de sus hermanos los judíos.

Los lamanitas, una división de la posteridad de Lehi, también iban a ser deshechos y esparcidos, según lo indican las palabras de Samuel, un profeta de ese pueblo errante.[m] Nefi, el tercer profeta de ese nombre y nieto de Helamán, hace destacar la dispersión de su pueblo, declarando que sus "habitaciones quedarán desoladas". Jesús mismo, después de su resurrección, y mientras ejercía su ministerio entre aquella parte de su redil que se hallaba sobre el hemisferio occidental, se refiere solemnemente al resto "que será esparcido sobre la faz de la tierra a causa de su incredulidad".

Por estos pasajes claramente se ve que los que acompañaban a Lehi — entre ellos su propia familia, Zoram, e Ismael y su familia, de quienes nacieron los poderosos pueblos de los nefitas, exterminados como nación a causa de su infidelidad, y los lamanitas, quienes, conocidos en la actualidad como indios americanos, han continuado su existencia agitada hasta el día de hoy— supieron por revelación que sus antiguos compatriotas en la tierra de Palestina habían sido esparcidos, y que a ellos los amenazaba una segura destrucción si seguían desobedeciendo las leyes de Dios. Hemos dicho que el traslado de Lehi y su colonia del hemisferio oriental al occidental fué parte de la dispersión general. No se debe olvidar la otra colonia de judíos que, partiendo de Jerusalén unos once años después de la salida de Lehi, también vino al oeste. Dirigía este segundo grupo Mulek, hijo de Sedecías, el último rey de Judá. Salieron de Jerusalén inmediatamente después de la toma de la ciudad por Nabucodonosor, aproximadamente en el año 588 antes de J. C.[r]

El Cumplimiento de Estas Profecías.—Las Sagradas Escrituras, junto con otros documentos que no pretenden inspiración directa, testifican del cumplimiento literal de las profecías relativas a la desolación de la casa de Israel. La división de la nación en reinos separados de Judá e Israel ocasionó la caída de ambos. Al paso que el pueblo menospreciaba las leyes de sus padres, se permitía que sus enemigos los vencieran. Después de muchas pérdidas pequeñas en el campo de batalla, los asirios derrotaron por completo al reino de Israel como en el año 721 antes de J. C. Leemos que Salmanasar IV, rey de Asiría, sitió a Samaría, la tercera y última capital del reino, y que después de tres años, Sargón, el sucesor de Salmanasar, tomó la ciudad. El pueblo de Israel fué llevado cautivo a Asiría y dividido entre las ciudades de los medos. Así fué como se cumplió la trágica profecía que Ahías profirió a la esposa de Jeroboam. Israel fué esparcido de la otra parte del río, probablemente el Eufrates, y desde esa época hasta el día de hoy las Diez Tribus han estado perdidas para la historia.

Tan lamentable destino del reino de Israel sirvió para medio infundir en el pueblo de Judá un presentimiento de su propia e inminente destrucción. Ezequías, quien reinó veintinueve años, mostró ser una destacada excepción en la sucesión de reyes impíos que lo habían precedido. Nos es dicho que "hizo lo recto en ojos de Jehová". Durante su reinado, los asirios, al mando de Senaquerib, invadieron el país; mas la gracia de Jehová para con el pueblo en parte se había restaurado, y Ezequías instó a sus súbditos a confiar en Dios, exhortándolos a que tuvieran valor y no temieran al asirio ni sus huestes, "porque—dijo este príncipe justo—más son con nosotros que con él. Con él es el brazo de carne, mas con nosotros Jehová nuestro Dios para ayudarnos,

y pelear nuestras batallas".[1] El ejército asirio fué milagrosamente destruí-do. Ezequías murió y Manases reinó en su lugar. Este rey hizo lo malo en los ojos de Jehová, y la iniquidad del pueblo continuó otro medio siglo o más, interrumpida solamente por las buenas obras del justo rey Josías.

Estando Sedecías sobre el trono, Nabucodonosor, rey de Babilonia, sitió a Jerusalén, tomó la ciudad como en el año 588 antes de Cristo y poco después llevó cautivo al pueblo y lo transportó a Babilonia, con lo que dió fin al reino de Judá. Los cautivos fueron esparcidos por todas las ciudades de Asia y gimieron bajo la carga de la cautividad babilónica casi setenta años. Entonces Ciro el Persa, quien había conquistado a los babilonios, dió permiso a los judíos de volver a Jerusalén. Multitudes de los judíos desterrados aprovecharon esa oportunidad, aunque muchos permanecieron en los países de su cautiverio; y aun cuando los que volvieron trataron sinceramente de restablecerse en la misma escala de su poderío anterior, jamás volvieron a ser un pueblo realmente independiente. Siria y Egipto los acometieron, y más tarde fueron tributarios de Roma. En esta condición se hallaban durante el ministerio personal de Jesucristo entre ellos.

La profecía de Jeremías aún estaba sin cumplirse totalmente, pero con el tiempo se vió que no se perdería ni una sola palabra. "Toda Judá fué trasportada, trasportada fué toda ella." Tal fué la profecía. Un alboroto sedicioso entre los judíos dió un ligero pretexto a sus amos romanos para imponerles un castigo, que resultó en la destrucción de Jerusalén en el año 71 de la era cristiana. La ciudad cayó, después de un sitio de seis meses, ante los ejércitos romanos acaudillados por Tito, hijo del emperador Vespasiano. Josefo, el famoso historiador, por quien hemos llegado a saber la mayoría de los detalles de la contienda, vivía en Galilea en esa época, y fué llevado a Roma entre los cautivos. Su historia nos refiere que más de un millón de judíos murieron a causa del hambre que resultó del sitio. Muchos otros fueron vendidos como esclavos e incontables multitudes sufrieron un destierro forzado. La ciudad quedó enteramente destruida, y los romanos, en busca de tesoro, araron el sitio donde se había levantado el templo. Así fué como se cumplieron al pie de la letra las palabras de Cristo: "No será dejada aquí piedra sobre piedra, que no sea destruida."

Desde la destrucción de Jerusalén y la desorganización final de la autonomía judaica, los judíos han ido errantes sobre la faz de la tierra, un pueblo sin patria, una nación sin hogar. La profecía del antiguo profeta Amós se ha cumplido literalmente. La casa de Israel verdaderamente ha sido cernida entre las naciones "como se zarandea el grano en un harnero"." Sin embargo, debe tenerse presente que parte de esta temible predicción promete que "no cae un granito en tierra".

Las Tribus Perdidas.-Como ya se ha dicho, cuando se dividieron los israelitas a la muerte de Salomón, diez de las tribus se establecieron como reino separado. Este, el reino de Israel, desapareció de la historia con la cautividad asiria en el año 721 antes de J. C. Fueron trasportados a Asiria y más tarde desaparecieron tan completamente que se conocen como las Tribus Perdidas. Parece que partieron de Asiria, y aun cuando nos falta información precisa respecto de su destino final y paradero actual, existe abundante evidencia de que su viaje fué hacia el norte. La palabra que el Señor habló por boca de Jeremías promete que el pueblo volverá de "la tierra del aquilón"; y por revelación divina se ha declarado algo parecido en la dispensación actual.[6]

En los escritos de Esdras, aquellos que no se aceptan como libros canónicos de la Biblia, sino que entran en la categoría de apócrifos, hallamos que se hace referencia a la migración que las Diez Tribus emprendieron hacia el norte de conformidad con su plan de escapar de entre los idólatras e ir a "una tierra más lejana, donde jamás ha morado hombre alguno, a fin de guardar allí sus estatutos que nunca observaron en su propio país".' El mismo escritor nos informa que viajaron un año y medio hacia las regiones del norte, pero ofrece evidencias de que muchos permanecieron en los países de su cautividad.

El Cristo resucitado, durante su ministerio entre los nefitas en este hemisferio, habló particularmente de "las otras tribus de la casa de Israel, que el Padre ha conducido fuera del país"; y dijo además que eran "otras ovejas que no son de esta tierra, ni de la tierra de Jerusalén, ni ninguna de las partes del país inmediato donde he estado para ejercer mi ministerio". Cristo reveló el mandamiento que su Padre le había dado de manifestarse a ellas. El lugar en donde actualmente se hallan las Tribus Perdidas no ha sido revelado.

REFERENCIAS

Predíjose la Dispersión de Israel—Profecías Bíblicas Predicción que los descendientes de José serían como los vastagos que se extienden sobre el muro—Gen. 49:22. Y a vosotros os esparciré por las gentes—esto dependería de la iniquidad del pueblo—Lev. 26:33; véase también Deut. 4:27. Israel huiría delante de sus enemigos, y sería sacudido a todos los reinos de la tierra—Deut. 28:25. El pueblo sería por pasmo, por ejemplo y por fábula, a todas las naciones a las cuales lo llevaría Jehová—versículo 37. Y Jehová te esparcirá por todos los

pueblos, desde el un cabo de la tierra hasta el otro—versículo 64. Por sus iniquidades Jehová sacudiría a Israel, y lo arrancaría de la buena tierra, y lo esparciría de la otra parte del río—1 R. 14:15. Jehová quitó a Israel de delante de su rostro, como lo había él dicho por mano de todos los profetas sus siervos: e Israel fue transportado de su tierra a Asiría—2 E. 17:23. Al reino de Judá el Señor declaró: Os echaré de mi presencia como eché a todos vuestros hermanos, a toda la generación de Ephraim—Jer. 7:15. Toda Judá fue trasportada, trasportada fue toda ella—13:19; véase también 15:1-4. Judá sería entregada, sería por escarnio a todos los reinos de la tierra, por maldición y por espanto, y por silbo y por afrenta a todas las gentes a las cuales el Señor los hubiere arrojado —29:16-19. Y yo te esparciré por las gentes, y te aventaré por las tierras— Eze. 22:15. Haré que la casa de Israel sea zarandeada entre todas las gentes, como se zarandea el grano en un harnero, y no cae un granito en la tierra—Amos 9:9. Bien que los sembraré entre los pueblos, aun en lejanos países se acordarán de mí—Zac. 10:9. Angustias caerían sobre el pueblo en el día de visitación, y en la desolación que de lejos vendría—Jer. 5:15. Israel será traspasado de su tierra—Amos 7:17. Los que permanecieran hasta el tiempo de Cristo serían esparcidos aún más. Serían llevados cautivos a todas las naciones: y Jerusalén sería hollada de los gentiles hasta que los tiempos de los gentiles fuesen cumplidos.—Luc. 21:24.

Profecías en el Libro de Mormón Sobre la Dispersión

Lehi predijo la cautividad de Babilonia, y que sería esparcido el pueblo por toda la faz de la tierra; y vió en la llegada de él y su colonia al continente occidental parte de la dispersión decretada—1 Nefi 10:3, 12-14. A Nefi se mostró en visión la dispersión de los descendientes de Lehi—1 Nefi 13:14, 15. Jacob vaticina la dispersión de los judíos después de la crucifixión de Cristo—2 Nefi 10:5, 6; compárese con el versículo 22. Proclama la Voz del cielo una dispersión aún más extensa a menos que se arrepienta el pueblo—3 Nefi 10:7. Los gentiles también harían dispersar la casa de Israel— 3 Nefi 20:27; véase también Mormón 5:9, 20. El Esparcimiento Se Efectuó Sucesivamente Fué quitado el reino de Israel, y no se quedaron los de Judá; entregóse toda la simiente de Israel en manos de saqueadores—2 R. 17:20. Y el rey de Asiría traspuso a Israel a Asiria—2 R. 18:9-11. Jehová dió a Jacob en presa, y entregó a Israel a saqueadores por causa de los pecados del pueblo—Isa. 42:24. Sión es un desierto, Jerusalem una soledad—Isa. 64:10, 11. También les alcé yo mi mano en el desierto, que los esparciría entre las gentes, y que los aventaría por las tierras—Eze. 20:23, 24; véase también 36:19; compárese con 34:5, 6. Los que quedaron del cuchillo, pasáronlos a Babilonia—2 Cr. 36:17-20. Los esparcí con torbellino por todas las gentes que ellos no conocían—Zac. 7:13, 14; compárese con Joel 3:2; Sant. 1:1. Proclamó Nefi que ya se había efectuado parte del esparcimiento, y predijo aún más—1 Nefi 22:3-5, 7, 8. El Señor manifestó a Jacob que se habían llevado cautivos a los judíos—2 Nefi 6:8. La alegoría del olivo y la poda de la viña—Jacob, caps. 5, 6.

CAPITULO 18
EL RECOGIMIENTO DE ISRAEL

Artículo 10.—Creemos en la congregación literal del pueblo de Israel y en la restauración de las diez tribus; . . .

Predícese el Recogimiento. — Aun cuando fué espantoso el castigo decretado sobre Israel a causa de su rebelión, que resultó, como ya se ha visto, en su desmembramiento como nación, a pesar de la severidad con que los denunció aquel Ser que se deleitaba en llamarlos su pueblo, sin embargo, en todos sus sufrimientos y privaciones, mientras han vagado como parias entre naciones extranjeras que no han cesado de tratarlos con injurias e insultos, cuando su nombre mismo se ha convertido en un escarnio y oprobio sobre la tierra, todavía los ha sustentado la palabra profética más permanente relativa al día de glorioso rescate y bendita restauración que los espera. Los anatemas, bajo los cuales sufrieron y gimieron, contenían promesas de bendiciones. Del corazón del pueblo, así como del alma de su rey en los días de su aflicción, ha surgido un cántico de gozo envuelto en lágrimas: "No dejarás mi alma en el sepulcro".* Los sufrimientos de Israel no han sido sino el castigo necesario de un afligido pero amante Padre, quien por estos medios eficaces determinó purificar a sus hijos de las manchas del pecado. Les ha declarado sin reserva el fin que persigue con permitir que sean afligidos; y ellos, en su castigo, han visto su amor: "Porque el Señor al que ama castiga" y "bienaventurado el hombre a quien tú, Jah, castigares."

Aunque han sido heridos de los hombres y muchos de ellos han desaparecido del conocimiento del mundo, los de Israel no están perdidos para su Dios. El sabe dónde los han llevado o echado; su corazón aún se inclina hacia ellos con amor paternal; y ciertamente él los ha de traer en el debido tiempo y por los medios señalados a una posición de prosperidad e influencia como corresponde a su pueblo del convenio. A pesar de sus pecados, y no obstante las tribulaciones que ellos mismos amontonaban sobre sus cabezas, el Señor dijo: "Y aun con todo esto, estando ellos en tierra de sus enemigos, yo no los desecharé, ni los abominaré para consumirlos, invalidando mi pacto con ellos: porque yo Jehová soy su Dios."[d] Tan completo como fué la dispersión será el recogimiento de Israel.

Profecías Bíblicas Concernientes al Recogimiento.— Hemos examinado algunas de las profecías bíblicas relativas a la dispersión de Israel; y en todos los casos la bendición de una restauración consiguiente acompaña la maldición. En una de las antiguas profecías el Señor declara que acontecerá que cuando tú, Israel, "te convirtieres a Jehová tu Dios, y obedecieres su voz conforme a todo lo que mando hoy, tú y tus hijos, con todo tu corazón y con toda tu alma, Jehová también volverá tus cautivos, y tendrá misericordia de ti, y tornará a recogerte de todos los pueblos a los cuales te hubiere esparcido Jehová tu Dios. Si hubieres sido arrojado hasta el cabo de los cielos, de allí te recogerá Jehová tu Dios, y de allá te tomará: y volverte ha Jehová tu Dios a la tierra que heredaron tus padres, y la poseerás; y te hará bien, y te multiplicará más que a tus padres."

Nehemías suplicó con oración y ayuno que el Señor se acordara de su promesa de restaurarlos, si el pueblo se tornaba a la rectitud. Isaías habló en términos positivos del seguro regreso y reunión de Israel esparcido, diciendo: "Asimismo acontecerá en aquel tiempo, que Jehová tornará a poner otra vez su mano para poseer las reliquias de su pueblo que fueron dejadas ... Y levantará pendón a las gentes, y juntará los desterrados de Israel, y reunirá los esparcidos de Judá de los cuatro cantones de la tierra."

La restauración va a ser comprensiva; habrá un pueblo unido; no serán por más tiempo dos reinos enemigos, porque "se disipará la envidia de Ephraim, y los enemigos de Judá serán talados. Ephraim no tendrá envidia contra Judá, ni Judá afligirá a Ephraim". Hablando como padre cariñoso, el Señor se refiere a la manera en que ha tratado a Israel, y disipa las sombras de su desolación con el destello de esta promesa: "Por un pequeño momento te dejé; mas te recogeré con grandes misericordias. Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; mas con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo tu Redentor Jehová."

Después de hacer una espantosa relación de los pecados del pueblo y los castigos que seguirían, Jeremías expresó de esta manera la voluntad y propósito de Dios respecto de la liberación consiguiente: "He aquí, vienen días, dice Jehová, que no se dirá más: Vive Jehová, que hizo subir a los hijos de Israel de tierra de Egipto; sino: Vive Jehová, que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra del aquilón, y de todas las tierras a donde los había arrojado: y volverélos a su tierra, la cual di a sus padres.

He aquí que yo envío muchos pescadores, dice Jehová, y los pescarán; y después enviaré muchos

cazadores, y los cazarán de todo monte, y de todo collado, y de las cavernas de los peñascos."[j] Y añade: "He aquí yo los vuelvo de tierra del aquilón, y los juntaré de los fines de la tierra . . . Oíd palabra de Jehová, oh gentes, y hacedlo saber en las islas que están lejos, y decid: El que esparció a Israel lo juntará y guardará, como pastor a su ganado. Porque Jehová redimió a Jacob, redimiólo de mano del más fuerte que él. Y vendrán, y harán alabanzas en lo alto de Sión, y correrán al bien de Jehová."

"Rebelde Israel", "desleal Judá", fué el duro reproche que el Señor dirigió a su pérfido pueblo. Entonces dió mandamiento al profeta, diciendo: "Ve, y clama estas palabras hacia el aquilón, y di: Vuélvete, oh rebelde Israel, dice Jehová; no haré caer mi ira sobre vosotros: porque misericordioso soy yo, dice Jehová, no guardaré para siempre el enojo. Conoce empero tu maldad, porque contra Jehová tu Dios has prevaricado, y tus caminos has derramado a los extraños debajo de todo árbol umbroso, y no oíste mi voz, dice Jehová. Convertios, hijos rebeldes, dice Jehová, porque yo soy vuestro esposo: y os tomaré uno de una ciudad, y dos de una familia, y os introduciré en Sión; y os daré pastores según mi corazón, que os apacienten de ciencia e inteligencia. Y acontecerá, que cuando os multiplicareis y creciereis en la tierra en aquellos días, dice Jehová, no se dirá más: Arca del pacto de Jehová; ni vendrá al pensamiento, ni se acordarán de ella, ni la visitarán, ni se hará más. En aquel tiempo llamarán a Jerusalem Trono de Jehová, y todas las gentes se congregarán a ella en el nombre de Jehová en Jerusalem; ni andarán más tras la dureza de su corazón malvado. En aquellos tiempos irán de la casa de Judá a la casa de Israel, y vendrán juntamente de tierra del aquilón a la tierra que hice heredar a vuestros padres."

También a Ezequiel el Señor reveló el plan de la restauración de Israel: "Así ha dicho el Señor Jehová: He aquí, yo tomo a los hijos de Israel de entre las gentes a las cuales fueron, y los juntaré de todas partes, y los traeré a su tierra: y los haré una nación en la tierra, en los montes de Israel; y un rey será a todos ellos por rey; y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos."

En la revelación dada por medio de Amós se hace evidente que el restablecimiento ha de ser estable, pues leemos que el Señor dijo: "Y tornaré el cautiverio de mi pueblo Israel, y edificarán ellos las ciudades asoladas, y las habitarán; y plantarán viñas, y beberán el vino de ellas; y harán huertos, y comerán el fruto de ellos. Pues los plantaré sobre su tierra, y nunca más serán arrancados de su tierra que yo les di, ha dicho Jehová Dios tuyo."

Para concluir dignamente nuestra selección de profecías bíblicas, reflexionemos las palabras que Jesús de Nazaret pronunció cuando vivió entre los hombres: "Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán sus escogidos de los cuatro vientos, de un cabo del cielo hasta el otro."

Profecías del Libro de Mormón.—El tema del recogimiento de Israel captó la atención de muchos profetas cuyas enseñanzas se encuentran en el Libro de Mormón; y no es poca la revelación directa sobre este asunto que se halla escrita entre las páginas de dicho libro. Ya nos hemos referido a las palabras de Lehi en el valle de Lemuel, cuando este profeta y patriarca comparó la casa de Israel a un olivo cuyas ramas iban a ser desgajadas y esparcidas. Vamos ahora a agregar su profecía de la subsiguiente restitución de las ramas. Enseñó que "después que la casa de Israel fuese esparcida, sería de nuevo recogida; o por último, después que los gentiles hubiesen recibido la plenitud del evangelio, las ramas naturales del olivo o los restos de la casa de Israel serían injertados o llegarían al conocimiento del verdadero Mesías, su Señor y Redentor".

Nefi, citando las profecías de Zenós, hace hincapié en la afirmación de que Israel, luego que haya sido purificado por medio de sus sufrimientos, de nuevo volverá a la gracia del Señor y será recogido de las cuatro partes de la tierra; y las islas del mar no serán olvidadas, Jacob, el hermano de Nefi, testificó de la verdad de las profecías de Zenós e indicó que el tiempo del recogimiento sería una de las señales características de los últimos días. Notemos sus palabras: "Y el día en que el Señor vuelva a extender su mano por segunda vez para restablecer a su pueblo, será el día, sí, la última vez que los siervos del Señor saldrán con potestad de él para cultivar y podar su viña, y después de esto, pronto vendrá el fin."

Una de las predicciones más comprensivas, respecto de la restauración de los judíos, es esta expresión de Nefi: "Por tanto, los judíos serán dispersados entre todas las naciones; sí, y también Babilonia será destruida; por consiguiente, otras naciones dispersarán a los judíos. Y después de haber sido dispersados, y el Señor Dios los haya castigado por otros pueblos durante muchas generaciones, sí, de generación en generación, hasta ser persuadidos a creer en Cristo, el Hijo de Dios, y en la expiación que es infinita para todo el género humano; y cuando llegue el día en que crean en Cristo y adoren al Padre en su nombre, con corazones puros y manos limpias, y no esperen más a otro Mesías, entonces en esa época llegará el día en que será oportuno que crean estas cosas. Y el Señor volverá a extender su mano por segunda vez para restaurar a su pueblo de su estado

perdido y caído. Por tanto, él efectuará una obra maravillosa y un prodigio entre los hijos de los hombres."

Comentando las palabras de Isaías sobre los sufrimientos y triunfo subsiguiente del pueblo de Israel, Jacob expone las condiciones según las cuales se efectuará su recogimiento, y dice que Dios las "ha declarado a los judíos por boca de sus santos profetas, aun desde el principio, de generación en generación, hasta que llegue la época de su restauración a la verdadera iglesia y redil de Dios, cuando serán juntados en el país de su herencia, y serán establecidos en todas sus tierras de promisión."

A juzgar por estas Escrituras y otras, es evidente que la época del rescate o redención completa de los judíos dependerá de su aceptación de Cristo como su Señor. Cuando llegue ese día, serán recogidos al país de sus padres; y los gentiles, según hacen constar las siguientes palabras de Jacob, están destinados a desempeñar un papel grande y honorable en la obra de la congregación: "Pero he aquí, así dice el Señor Dios: Cuando llegue el día en que crean en mí y que yo soy Cristo, he pactado con sus padres que entonces serán restaurados, en la carne, a los países de su herencia, sobre la tierra. Y acontecerá que serán reunidos de su larga dispersión, desde las islas del mar y desde las cuatro partes de la tierra; y serán grandes a mis ojos las naciones de los gentiles, dice Dios, en llevarlos a las tierras de su herencia. Sí, los reyes de los gentiles les serán por ayos, y sus reinas por nodrizas; por tanto, grandes son las promesas del Señor a los gentiles, porque él lo ha dicho, y ¿quién puede disputarlo?"

Varios profetas del Libro de Mormón declaran que los gentiles han de ayudar a preparar a los judíos y al resto de la casa de Israel que estará sobre el continente occidental; y también se detallan las bendiciones que por ese medio los gentiles podrán granjearse.[1] Para el presente objeto nos bastará una sola referencia, esta declaración del Señor resucitado, durante su breve ministerio entre los nefitas: Pero si (los gentiles) se arrepienten, y escuchan mis palabras, y no endurecen sus corazones, estableceré mi iglesia entre ellos; y entrarán en el convenio y serán contados entre este resto de Jacob, al cual he dado este país por herencia. Y ayudarán a mi pueblo, el resto de Jacob, y también cuantos vengan de la casa de Israel, a construir una ciudad que será llamada la Nueva Jerusalén. Y entonces ayudarán a mi pueblo que está dispersado por toda la superficie del país, a congregarse en la Nueva Jerusalén. Y entonces el poder del cielo descenderá entre ellos, y también yo estaré en medio. Y en ese día empezará la obra del Padre, sí, cuando sea predicado este evangelio al resto de este pueblo. De cierto os digo que en ese día empezará la obra del Padre entre todos los dispersos de mi pueblo, sí, entre las tribus perdidas que el Padre ha sacado de Jerusalén. Sí, la obra empezará entre todos los dispersos de mi pueblo, mediante el Padre, para preparar la vía por la cual pueden venir a mí, a fin de que invoquen al Padre en mi nombre. Sí, y entonces empezará, mediante el Padre, la obra de preparar la vía, entre todas las naciones, por la cual su pueblo podrá volver al país de su herencia."

Revelación de los Últimos Días Relativa al Recogimiento.—Hemos hallado abundante prueba del cumplimiento estrictamente literal de las profecías que se refieren a la dispersión de Israel. Las que hablan del recogimiento sólo en parte se han cumplido; porque, aun cuando se ha iniciado favorablemente la obra de la congregación y actualmente goza de un progreso activo, la consumación es aún futura. Es razonable, pues, hallar revelación y profecía respecto de este asunto tanto en las escrituras modernas como en los escritos inspirados de la antigüedad. Dirigiéndose a los élderes de la Iglesia en esta dispensación, el Señor da a conocer su propósito de juntar a su pueblo "como la gallina junta a sus pollos debajo de sus alas", y añade: "Sois llamados para efectuar el recogimiento de mis electos; porque mis elegidos escuchan mi voz y no endurecen sus corazones. Por lo tanto, el Padre ha decretado que serán recogidos en un solo lugar sobre la faz de la tierra, a fin de preparar sus corazones y prepararse ellos mismos en todas las cosas, para el día cuando se derramarán tribulación y desolación sobre los malvados."

Escuchemos también la palabra del Señor a la Iglesia en la época actual que no sólo profetiza el recogimiento de los santos en Sión, sino anuncia que ha llegado la hora de esa congregación: "Por tanto, preparaos, preparaos, oh mi pueblo; santifícaos, juntaos, vosotros, oh pueblo de mi iglesia ... Sí, de cierto os digo otra vez, el tiempo ha llegado cuando la voz del Señor se dirige a vosotros: Salid de Babilonia; congregaos de entre las naciones, de los cuatro vientos, desde un cabo del cielo hasta el otro."

Extensión y Propósito del Recogimiento.—Algunas de las profecías ya citadas se relacionan particularmente con la restauración de las Diez Tribus; otras hablan del regreso del pueblo de Judá a la tierra de su herencia; todavía otras se refieren a la rehabilitación de Israel en general, sin mencionar tribus u otras divisiones, mientras que muchos pasajes de las revelaciones de la dispensación actual tienen que ver con el recogimiento de aquellos que se han unido a la Iglesia de Cristo cual ha sido restablecida. Es evidente, pues, que

el plan del recogimiento abarca:

1. La congregación del pueblo de Israel en la tierra de Sión, de entre todas las naciones de la tierra.
2. El regreso de los judíos a Jerusalén.
3. La restauración de las Tribus Perdidas.

La manera en que se han enumerado estos acontecimientos es más bien por conveniencia, y nada tiene que ver con el orden en que se efectuarán los varios recogimientos. La primera división constituye una parte muy importante de la labor actual de la Iglesia, aunque también incluye o abraza la obra de ayudar en la restauración de las Tribus Perdidas. Una revelación dada en el templo de Kírtland nos informa que con toda solemnidad se entregó a la Iglesia el nombramiento y la autoridad para efectuar la obra. Y por conducto de nadie se podría conferir más dignamente esta autoridad que mediante aquel que por comisión divina la recibió en una dispensación anterior de Israel unido. Moisés, quien fué el representante del Dios de Israel cuando el Señor extendió su mano la primera vez para guiar a su pueblo a la tierra de su herencia señalada, ha venido en persona y ha entregado a la Iglesia de los últimos días la autoridad para oficiar en la obra, ahora cuando el Señor "ha extendido su mano por la segunda vez" para rescatar a su pueblo.

José Smith y Oliverio Cówdery, a quienes se había conferido debidamente el apostolado, testifican en estos términos de las manifestaciones que recibieron: "Los cielos de nuevo se abrieron ante nosotros. Se nos manifestó Moisés, y nos entregó las llaves de la congregación de Israel de las cuatro partes de la tierra, y de la conducción de las diez tribus, del país del norte." En una revelación posterior se hizo resaltar la importancia de esta obra que se requería de la Iglesia. En ella el Señor dió este mandamiento: "Enviad los élderes de mi iglesia a las naciones que se encuentran lejos; a las islas del mar; enviadlos a los países extranjeros; llamad a todas las naciones, primeramente a los gentiles y después a los judíos. He aquí, éste será su pregón y la voz del Señor a todo pueblo: Id a la tierra de Sión . . . Huyan, pues, a Sión los que se hallan entre los gentiles. Y huyan los que son de Judá a Jerusalén, al monte de la casa del Señor. Salid de en medio de las naciones, aun de Babilonia, de en medio de la iniquidad que es la Babilonia espiritual."

La última frase del pasaje anterior indica el propósito para el cual se ha decretado esta obra de reunir a los santos de entre las naciones de la tierra. El Señor desea que los de su pueblo se aparten de los pecados del mundo y salgan de la Babilonia espiritual para que lleguen a conocer las vías de Dios y puedan servirle más cabalmente. Juan el Revelador vió en visión, durante su destierro en Patmos, el destino del mundo pecador. Descendió un ángel del cielo, "y clamó con fortaleza en alta voz, diciendo: Caída es, caída es la grande Babilonia, y es hecha habitación de demonios, y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de todas aves sucias y aborrecibles ... Y oí otra voz del cielo, que decía; Salid de ella, pueblo mío, porque no seáis participantes de sus pecados, y que no recibáis de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades."

La fe de los Santos de los Últimos Días enseña que en el día del justo enojo del Señor, solamente en Sión habrá seguridad. En la gran magnitud del trabajo misionero que este pueblo está efectuando en la actualidad queda ampliamente demostrado cuán importante estiman ellos la obra del recogimiento, y con cuanta fidelidad se empeñan por cumplir con el deber que les ha sido impuesto por autoridad divina, deber que consiste en amonestar al mundo de los peligros inminentes que se describen en la visión del Revelador.

Israel, el Pueblo del Convenio.—El Señor ha llamado al pueblo de Israel particularmente suyo. Hizo convenio con Abrahán, diciendo: "Haré de ti una nación grande, y bendecirte he, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición: y bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré: y serán benditas en ti todas las naciones de la tierra."[h] Este pacto habría de ser eterno. Se confirmó sobre Isaac y a su vez sobre Jacob, quien fué llamado Israel. Literalmente se han cumplido las promesas de una posteridad numerosa, entre la cual habría muchas personas de alta categoría; y no menos cabal ha sido el cumplimiento de la segunda parte de la profecía, que en los descendientes de Abrahán, y por conducto de ellos, serían bendecidas todas las familias de la tierra. Porque a causa de su esparcimiento universal, los hijos de Israel se han mezclado con las naciones; y la sangre del pueblo del convenio se ha derramado entre las naciones. Y hoy, en este día del recogimiento, cuando el Señor de nuevo está juntando a su pueblo para honrarlo y bendecirlo con mucho más de todo cuanto el mundo puede dar, toda nación que tenga la sangre de Israel en las venas de sus ciudadanos participará de las bendiciones.

Pero hay otra prueba, más notable aún, de las bendiciones que emanan hacia todas las naciones por medio de la casa de Israel. El Redentor nació en la carne del linaje de Abrahán; y las bendiciones de ese nacimiento no sólo se extienden a las naciones y familias de la tierra colectivamente, sino a todo individuo en el estado mortal.

La Restauración de las Diez Tribus.-De los pasajes de las Escrituras que se han considerado, claramente se desprende que aun cuando muchos de aquellos que pertenecen a las Diez Tribus están esparcidos entre las naciones, fué llevado un número suficientemente grande, como grupo, para justificar la retención del nombre original; y actualmente está viviendo en algún lugar donde el Señor lo ha escondido. Como se ha dicho antes, después de visitar a los nefitas el Cristo resucitado fué a ellos. Su regreso representa una parte muy importante del recogimiento, una de las características de la dispensación del cumplimiento de los tiempos.

A las Escrituras ya citadas, que hablan de su vuelta, se debe agregar lo siguiente. Nos es dicho que en el día de la restauración distinguirá la obra de Dios el hecho de que: "El Señor se acordará de los que estuvieren en los países del norte; y sus profetas oirán su voz, y no se contendrán por más tiempo; y herirán las peñas, y el hielo se desvanecerá en su presencia. Y se levantará una calzada en medio del gran mar. Sus enemigos llegarán a serles por presa, y en los yermos brotarán pozos de aguas vivas; y la tierra reseca no volverá a tener sed. Y traerán sus ricos tesoros a los hijos de Efraín, mis siervos. Y los confines de las cordilleras eternas temblarán ante su presencia. Y allí se postrarán y serán coronados de gloria, aun en Sión, por las manos de los siervos del Señor, aun los hijos de Efraín. Y serán llenos de cantos de gozo sempiterno. He aquí, ésta es la bendición del eterno Dios sobre las tribus de Israel, y la bendición más rica sobre la cabeza de Efraín y sus compañeros."

Según la expresa y repetida afirmación de que en su éxodo del norte las Diez Tribus serán conducidas a Sión, donde recibirán honores de aquellos que son de Efraín, quienes necesariamente deben haberse congregado allí previamente, claro está que Sión ha de ser fundada primero. Del establecimiento de Sión hablaremos en el siguiente capítulo.

REFERENCIAS

Profecías Bíblicas Concernientes al Recogimiento de Israel

Estando Israel en tierra de sus enemigos, yo no los desecharé— Lev. 26:44. Entonces Jehová volverá tus cautivos, y tendrá misericordia de ti, y tornará a recogerte de todos los pueblos a los cuales te hubiere esparcido Jehová tu Dios—Deut. 30:1-5. Súplica al Señor de que se acuerde de sus palabras: De allí os juntaré; y traerlos he al lugar que escogí para hacer habitar allí mi nombre—Neh. 1:8, 9. Cuando Jehová torne la cautividad de su pueblo, se gozará Jacob, y alegraráse Israel—Sal. 14:7; véase también 107:3. Y alzará pendón a gentes de lejos, y silbará al que está en el cabo de la tierra; y he aquí que vendrá pronto y velozmente —Isa. 5:25, 26. Acontecerá en aquel tiempo que Jehová tornará a poner otra vez su mano para poseer las reliquias de su pueblo—Isa. 11:11, 12. Y los redimidos de Jehová volverán, y vendrán a Sión—Isa. 35:10. Porque Jehová tendrá piedad de Jacob, y todavía escogerá a Israel, y les hará reposar en su tierra—Isa. 14:1; véase también 35:4; 43:5; 54:7; 61:4. Promete el Señor restaurar la casa de Judá y la de Israel-— Jer. 3:12-18. Y será que, después que los hubiere arrancado, tornaré y tendré misericordia de ellos, y harélos volver cada uno a su heredad, y cada cual a su tierra—Jer. 12:14, 15. Vive Jehová, que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra del aquilón, y de todas las tierras a donde los había arrojado—Jer. 16:15, 16. Y yo recogeré el resto de mis ovejas de todas las tierras a donde las eché, y harélas volver a sus moradas—Jer. 23:3. Tornaré la cautividad de mi pueblo Israel y Judá, ha dicho Jehová, y harélos volver a la tierra que di a sus padres— Jer. 30:3; véase también 31:7-12; 32:37, 38; 33:7-11; 50:4. Yo os recogeré de los pueblos, y os allegaré de las tierras en las cuales estáis esparcidos—Eze. 11:17; véase también 20 -34. La promesa del Señor de grandes bendiciones cuando hubiere juntado a la casa de Israel de los pueblos entre los cuales se halla esparcido — Eze. 28:25, 26; 34:13; 37:21-27; Amós 9:14, 15. En aquel tiempo yo os traeré, en aquel tiempo os reuniré yo— Sol 3:20.

Y serán como si no los hubiera desechado—Zac. 10:6. Angeles juntarán a los escogidos del Señor de los cuatro vientos, de un cabo del cielo hasta el otro—Mat. 24:31. Salid de ella, pueblo mío, porque no seáis participantes de sus pecados, y que no recibáis de sus plagas—Apo. 18:4. Profecías del Libro de Mormón Concernientes al Recogimiento de Israel Y después que la casa de Israel fuese esparcida, sería de nuevo recogida—1 Nefi 10:14. Reuniré a todos los pueblos de la casa de Israel, dice el Señor —1 Nefi 19:15, 16. Los sacará otra vez de su cautividad, y se juntarán en la tierra de su herencia—1 Nefi 22:11, 12; véase el versículo 25. Cuando lleguen (los judíos) al conocimiento de su Redentor, serán reunidos de nuevo en las tierras de su herencia—2 Nefi 6:11; véase también 9:2; 10:7. El Señor extenderá su mano por segunda vez, para restablecer a su pueblo—Jacob 6:2. Serán reunidos de su larga dispersión, desde las islas del mar y desde las cuatro partes de la tierra—2 Nefi 10:8. Un resto de la simiente de José será reunido de las cuatro partes de la tierra—3 Nefi 5:23-26. Será establecida la casa de Israel en el continente occidental; a los nefitas reitera el Señor sus promesas

anteriores respecto del recogimiento—3 Nefi 20:21, 29-33. El recogimiento de Israel en los últimos días será señal de otros sucesos grandes—3 Nefi 21:1-7. Propósito del Padre: Restaurar a los judíos o toda la casa de Israel, al país de su herencia—Mormón 5:14.

Revelación Moderna Tocante a la Congregación de Israel

La Iglesia llamada para efectuar el recogimiento de los electos a un solo lugar sobre la faz de esta tierra—D. y C. 29:7, 8. El pueblo del convenio se congregará como uno—D. y C. 42:36. Será demostrada la restauración de Israel disperso—D. y C. 45:17; véanse también los versículos 25, 43, 69. La tierra de Misurí señalada y consagrada para el recogimiento de los santos—D. y C. 57:1, 2. Y los que estuvieren esparcidos serán congregados—D. y C. 101:13. Moisés se manifestó en el Templo de Kírtland y entregó a José Smith y a Oliverio Cówdery las llaves de la congregación de Israel de las cuatro partes de la tierra—D. y C. 110:11. Este es Elias, quien había de venir a congregar las tribus de Israel y a restaurar todas las cosas—D. y C. 77:9; véase también el versículo 14. Huyan a Sión los que se hallan entre los gentiles, y los que son de Judá a Jerusalén—D. y C. 133:12, 13.

Se Restaurarán las Tribus Perdidas

Vendrán juntamente de tierra del aquilón—Jer. 3:18; véase también 31:8. Otras ovejas aparte de los judíos y los nefitas—3 Nefi 16:1-3. El Cristo resucitado anunció que iba a mostrarse a las tribus perdidas de Israel—3 Nefi 17:4. La obra del Padre se efectuará entre las tribus que se han perdido—3 Nefi 21:26. Los nefitas y judíos poseerán las palabras de las tribus perdidas de Israel—2 Nefi 29:13. Condiciones benditas después del regreso de las tribus de los países del Norte—Ether 13:11. A José Smith y Oliverio Cówdery entregó Moisés las llaves de la autoridad para conducir a las diez tribus del país del norte—D. y C. 110:11. El Señor se acordará de los que estuvieren en los países del norte—D. y C. 133:26-34; compárese con Isa. 35:3-10.

CAPITULO 19
SION

Artículo 10.—Creemos . . . que Sión será edificada sobre este continente (de América); . . .

Dos Sitios de Reconcentración.—De los pasajes que se han citado con respecto a la dispersión y subsiguiente recogimiento de Israel, algunos se refieren a Jerusalén que se va a restablecer, y a Sión que se va a edificar. Es cierto que en muchos casos este segundo nombre se usa como sinónimo del primero, debido a que una cierta colina dentro de los confines de la Jerusalén antigua era conocida como Sión o monte de Sión; y con frecuencia se emplea en sentido figurado el nombre de una parte para indicar el todo; pero en otros pasajes claramente se ve el significado separado y distinto de los términos. El profeta Miqueas, "lleno de fuerza del espíritu de Jehová, y de juicio, y de fortaleza", predijo la destrucción de Jerusalén y la Sión relacionada con ella. Esta, dice el profeta, será "arada como campo", mientras que aquélla "será majanos". Entonces anunció una nueva condición que ha de existir en los últimos días, cuando otro "monte de la casa de Jehová será constituido"; y éste se llamará Sión. En la profecía se habla separadamente de los dos lugares: "Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra de Jehová."

Joel añade este testimonio concerniente a los dos lugares, desde los cuales el Señor gobernará a su pueblo: "Y Jehová bramará desde Sión, y dará su voz desde Jerusalem." Con el triunfo de Israel por tema, Sofonías prorrumpe en cánticos y apostrofa a las hijas de ambas ciudades: "Canta, oh hija de Sión: da voces de júbilo, oh Israel; gózate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalem." Luego el profeta predice separadamente de cada uno de estos lugares: "En aquel tiempo se dirá a Jerusalem: No temas: Sión, no se debiliten tus manos."[f] También Zacarías expresa el precepto revelado en estas palabras: "Y aun consolará Jehová a Sión, y escogerá todavía a Jerusalem." [s]

Cuando el pueblo de la casa de Jacob esté preparado para recibir al Redentor como su rey legítimo, cuando las ovejas dispersas de Israel se hayan humillado lo suficiente por medio del sufrimiento y la aflicción para conocer y seguir a su Pastor, entonces vendrá él, en verdad, a reinar entre ellos. Se establecerá entonces un reino literal que abarcará todo el mundo, y el Rey de reyes ocupará el trono; y las dos capitales de este poderoso imperio serán Jerusalén en el oriente y Sión en el occidente. Isaías habla de la gloria del reino de Cristo en los últimos días, y atribuye separadamente a Sión y a Jerusalén las bendiciones del triunfo: "Súbete sobre un monte alto, anunciadora de Sión; levanta fuertemente tu voz, anunciadora de Jerusalem; levántala, no temas; di a las ciudades de Judá: ¡Veis aquí el Dios vuestro!"

El Título "Sión" se usa en varios sentidos distintos. Por derivación la palabra Sión probablemente significaba brillante o refulgente, pero esta acepción común se pierde en el más profundo y conmovedor significado que esta voz, como nombre y título, ha llegado a adquirir.

Como ya se ha dicho, un cerro particular que se hallaba dentro de la ciudad de Jerusalén se llamaba Sión. Con su victoria sobre los jebuseos, David capturó y ocupó "la fortaleza de Sión", y le dió el nombre de la Ciudad de David. De manera que "Sión" era el nombre de un lugar; y se ha aplicado la designación:

1. Al cerro mismo o monte de Sión, y por extensión a toda Jerusalén.

2. Al sitio del "monte de la casa de Jehová", el cual, conforme a la profecía de Miqueas, será establecido en los últimos días, aparte de Jerusalén. A estas aplicaciones del nombre podemos añadir otra que nos ha sido divulgada por revelación moderna, a saber:

3. A la Santa Ciudad fundada por Enoc, el séptimo patriarca desde Adán, y que él llamó Sión.

4. Un uso más de la palabra hay que considerar, un uso metafórico por medio del cual se da el nombre de Sión a la Iglesia de Dios, que comprende, según la propia definición del Señor, a los puros de corazón.

Jerusalén.—Por vía de introducción adecuada a nuestro estudio de la nueva Sión que aún está por construirse, como más adelante veremos, sobre el continente occidental, consideraremos brevemente la historia y destino de Jerusalén,[1]" la Sión del continente oriental. Generalmente se cree que por derivación "Jerusalén" significa el fundamento o ciudad de paz. La conocemos por vez primera como Salem, donde moraba Melquisedec, sumo sacerdote y rey, a quien Abram pagó diezmos." En Antigüedades Judaicas hallamos una afirmación directa de Josefo[0] referente a la identidad de Salem y de Jerusalén. Como ya se ha dicho, David arrebató

la ciudad a los jebuseos como en el año 1048 antes de J. C. Durante los reinados de David y Salomón, la ciudad, como capital del reino de Israel unido, gozó de gran fama a causa de sus riquezas, belleza y fuerza, y su atracción principal era el imponente Templo de Salomón que coronaba el monte Moria. Después de la división del reino, Jerusalén continuó siendo la capital del reino menor de Judá.

De las muchas y variadas vicisitudes, consiguientes a la fortuna de las armas, que la ciudad ha sufrido, se pueden mencionar: Su destrucción y el cautiverio de sus habitantes bajo Nabucodonosor, entre los años 588 y 585 antes de J. C.;[s] su restablecimiento a la conclusión de la cautividad babilónica, unos 515 años antes de Cristo, y su ruina final con la destrucción de la nación judía por los romanos en los años 70 y 71 de nuestra era. En cuanto a la importancia y cariño con que los hebreos la estimaban, la ciudad era el alma de la raza judía; y en el concepto de los cristianos, está revestida de santidad. Desempeñó un importante papel en las obras terrenales del Redentor, y presenció su muerte, resurrección y ascensión. Es indisputable la gran estimación del Salvador por la ciudad principal de su pueblo. Prohibió que se jurase por Jerusalén, "porque es la ciudad del gran Rey"; y a consecuencia de sus pecados lloró por ella como un padre que lamenta a un hijo descarriado. Pero por grande que ha sido Jerusalén en lo pasado, la espera un porvenir mayor aún. La ciudad llegará a ser una vez más un centro real, su trono el del Rey de reyes, y su gloria permanente será segura.

La Sión de los Últimos Días; la Nueva Jerusalén.— Las afirmaciones bíblicas relativas a la Sión de los últimos días, distinta de la Jerusalén antigua así como de la restablecida, nada dicen del sitio -geográfico de esta segunda y posterior capital del reino de Cristo. No obstante, la Biblia nos da a saber algo de la naturaleza física de la región en que Sión ha de ser edificada. Y así, Miqueas, después de predecir la desolación del monte de Sión y de Jerusalén en general, da, como contraste, una descripción de la Nueva Sión, en la cual se va a edificar la casa del Señor en los últimos días. He aquí sus palabras: "Y acontecerá en los postreros tiempos, que el monte de la casa de Jehová será constituido por cabecera de montes, y más alto que los collados, y correrán a él pueblos. Y vendrán muchas gentes, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, y a la casa del Dios de Jacob; y enseñarános en sus caminos, y andaremos por sus veredas: porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusa-lem la palabra de Jehová."

No es menos explícita la profecía de Isaías en cuanto al carácter montañoso del país de la Sión moderna. Este escritor nos asegura, además, que sólo el justo podrá morar entre el ardiente resplandor de esta nueva habitación, y, refiriéndose a él, el profeta dice: "Este habitará en las alturas: fortalezas de rocas serán su lugar de acogimiento"; y añade que "verán la tierra que está lejos."[z] Habla en otro pasaje de un lugar de recogimiento que "está tras los ríos de Etiopía" y "en los montes", donde el Señor va a levantar un pendón al mundo.

Las enseñanzas del Libro de Mormón concernientes a la Sión de los últimos días, así como las verdades manifestadas por revelación en la dispensación actual, además de concordar con el relato bíblico en lo que respecta a la descripción general de la posición y gloria de la ciudad, son también más precisas en cuanto a lugar. En estas Escrituras se usan sin distinción los nombres Sión y Nueva Jerusalén, este último en honor de la Jerusalén oriental. Juan el Revelador vió en visión una Nueva Jerusalén como tipo de los postreros tiempos. Escribiendo como profeta de los jareditas—un pueblo que había habitado partes de América siglos antes que Lehi y su compañía llegasen a este hemisferio—Ether predijo el establecimiento de la Nueva Jerusalén sobre este continente y destacó la diferencia entre esta ciudad y la Jerusalén antigua. Moroni, el profeta nefita, en su resumen de los escritos de Ether, dice, hablando de este país: "Que era el lugar de la Nueva Jerusalén que descendería del cielo, y del santo santuario del Señor." Y agrega: "He aquí, Ether vió los días de Cristo, y habló de una Nueva Jerusalén sobre este país. Y habló también concerniente a la casa de Israel y la Jerusalén de donde Lehi habría de venir: que después de ser destruida, sería reconstruida de nuevo, una ciudad santa para el Señor; por tanto, no podría ser una Nueva Jerusalén, por haber existido ya en la antigüedad; mas sería reconstruida, y llegaría a ser una ciudad santa de Señor; y sería edificada para la casa de Israel; y que en este país se edificaría una Nueva Jerusalén para el resto de la posteridad de José, de lo cual ha habida un tipo. Porque como José había llevado a su padre al país de Egipto, donde murió, el Señor, por tanto, sacó a un resto de la descendencia de José del país de Jerusalén para manifestar su misericordia hacia la posteridad de José a fin de que no pereciera, así como fué misericordioso con el padre de José para que no muriese. Por lo tanto, el resto de la casa de José se establecerá en este país; y será la tierra de su herencia; y levantarán una ciudad santa para el Señor, semejante a la Jerusalén antigua; y no serán confundidos más hasta que llegue el fin, cuando la tierra será consumida."

Jesucristo visitó a los nefitas en América poco después de su resurrección, y en el curso de sus enseñanzas dijo: "Y he aquí, estableceré a este pueblo en esta tierra, para cumplir el convenio que hice con Jacob, vuestro padre; y será una Nueva Jerusalén. Y los poderes del cielo estarán entre este pueblo; sí, yo mismo estaré en

medio de vosotros." Predijo también, como se ha indicado ya en un capítulo anterior, que si los gentiles se arrepentían de sus pecados y no endurecían sus corazones, podrían entrar en el convenio y se les permitiría ayudar en la construcción de una ciudad que se llamaría la Nueva Jerusalén.

Aunque transcurrieron más de seis siglos entre uno y otro, y profetizaron en hemisferios opuestos, Ether el jaredita y Juan el Revelador vieron, cada cual, la Nueva Jerusalén descender del cielo, "dispuesta—dice el apóstol judío—como una esposa ataviada para su marido". Nos hemos referido ya a la Sión de Enoc, cuyos habitantes fueron tan justos que también ellos fueron llamados "Sión", "porque eran uno de corazón y voluntad". Junto con su director patriarcal fueron llevados de la tierra, o, como leemos: "Aconteció que Sión no fué más, porque Dios la llevó a su propio seno, y desde entonces se extendió el dicho: Sión ha huido." Pero antes de este suceso, el Señor le había revelado a Enoc sus propósitos respecto del género humano, aun hasta lo postrero de los tiempos. Grandes acontecimientos señalarán los últimos días; se ha de juntar a los escogidos de las cuatro partes de la tierra a un lugar preparado para ellos; allí será establecido el tabernáculo del Señor, y el lugar "se llamará Sión, una Nueva Jerusalén". Entonces Enoc y su pueblo volverán a la tierra para juntarse con los escogidos en el lugar santo.

Hemos visto que los nombres Sión y Nueva Jerusalén se usan indistintamente; y además, que se aplica el nombre Sión tanto a un pueblo justo como a lugares santificados; porque según la palabra especial del Señor, Sión, para él, quiere decir "los puros de corazón". La Iglesia enseña en la actualidad que la Nueva Jerusalén que Juan y el profeta Ether vieron descender del cielo en gloria es el regreso de Enoc y su justo pueblo exaltados, y que el pueblo o Sión de Enoc, y la Sión moderna o los santos reunidos sobre el continente occidental, serán un pueblo.

El Libro de Mormón predice el establecimiento de Sión sobre el continente occidental, pero el sitio preciso no fué revelado sino hasta después de la restauración del Sacerdocio en la dispensación presente. En 1831 el Señor dió mandamientos a los élderes de su Iglesia en estos términos: "Id al oeste, llamad a los habitantes al arrepentimiento, y si se arrepienten, estableced iglesias para mí. Y con corazones y mentes unánimes, juntad vuestras riquezas para que podáis comprar una heredad que más adelante os será designada. Y se llamará la Nueva Jeru-salén, una tierra de paz, una ciudad de refugio, un lugar de seguridad para los santos del Más Alto Dios; y la gloria del Señor estará allí, y el terror del Señor también estará allí; de tal manera que los inicuos no entrarán en ella, y será llamada Sión."

En otras revelaciones posteriores se instruyó a los élderes de la Iglesia que se juntaran en la parte occidental de Misurí, y quedó designado ese lugar como la tierra indicada y consagrada para el recogimiento de los santos: "Por lo tanto, ésta es la tierra prometida, y el sitio para la ciudad de Sión." El pueblo de Independence fué llamado "el punto céntrico", se indicó el sitio para el templo y se aconsejó a los santo que compraran tierras allí "a fin de obtenerlo por herencia eterna". El 3 de agosto de 1831, el profeta José Smith, junto con sus compañeros en el Sacerdocio, consagró el lugar para el templo, previamente señalado. También se consagró la región circunvecina para que allí se recogiera el pueblo de Dios.

Esta, pues, es la creencia de los Santos de los Últimos Días; éstas son las enseñanzas de la Iglesia. Pero aún no se ha consumado el plan de edificar a Sión. No se permitió que los santos tomaran posesión inmediata de la tierra que les fué prometida por herencia perpetua. Así como transcurrieron muchos años entre la ocasión en que el Señor prometió a Israel antiguo que Canaán sería la tierra de su herencia, y el día en que entraron en ella para poseerla—años dedicados a la afanosa y dolorosa preparación del pueblo para realizar el cumplimiento—también en estos postreros días está en suspenso la voluntad divina, mientras es santificado el pueblo para el gran don y las responsabilidades consiguientes. Mientras tanto, se están congregando los de corazón íntegro en los valles de los Montes Rocosos; y allí, en las cumbres de las montañas, elevándose sobre los montes, se han erigido templos; y todas las naciones corren hacia esa región. Pero Sión aún será establecida en su sitio escogido; "no será quitada de su lugar", y los puros de corazón volverán "con cantos de gozo sempiterno, para poblar los lugares desolados de Sión".

Pero Israel, cuando se haya recogido, no estará limitado al "punto céntrico" ni a la región inmediata; se han nombrado otros lugares y seguirán nombrándose. Estos se llaman Estacas de Sión. Se han establecido muchas estacas en las regiones que los Santos de los Últimos Días han poblado como posesiones permanentes, y allí irán los que fueren considerados dignos de tomar posesión de sus herencias. Sión será castigada, pero será solamente por un corto tiempo, y entonces llegará la hora de su redención.

Dios indicará el tiempo; sin embargo, la fidelidad del pueblo lo determinará. La iniquidad es la razón

porque el Señor se demora, pues ha dicho: "Por tanto, a causa de las transgresiones de mi pueblo, me parece conveniente que mis élderes esperen un corto tiempo la redención de Sión."" Y además: "Sión será redimida en mi propio y debido tiempo." Pero el tiempo que el Señor dilatará para conferir sus bendiciones depende de los que esperan recibirlas. Ya para 1834 se había dado a la Iglesia esta palabra del Señor: "He aquí, os digo que si no fuera por las transgresiones de mi pueblo, hablando de la iglesia y no de individuos, bien podrían haber sido redimidos ya."

REFERENCIAS

Dos Lugares de Recogimiento.—Nótese que las dos capitales del reino del mundo, sobre el cual reinará Cristo, se designan Sión y Jerusalén; obsérvese también que a veces los nombres de estas ciudades se usan distintamente, y a veces indistintamente en un sentido figurado. Se establecerá el monte de la casa de Jehová, y correrán a él todas las gentes—Isa. 2:2,3. El que quedare en Sión y el que fuere dejado en Jerusalén será llamado santo—Isa. 4:3. Súbete sobre un monte alto, anunciadora de Sión; levanta tu voz, anunciadora de Jerusalén—Isa. 40:9. Vístete tu fortaleza, oh Sión; vístete tu ropa de hermosura, oh Jerusalén—Isa. 52:1. En el monte de Sión y en Jerusalén habrá salvación—Joel 2:32. Jehová bramará desde Sión, y dará su voz desde Jerusalén— Joel 3:16, 17. Aun consolará Jehová a Sión, y escogerá todavía a Jerusalén— Zac. 1:17; véase también 2:7-12. Se nombra la Nueva Jerusalén expresamente: Mas os habéis llegado al monte de Sión, y a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial—Heb. 12:22. El nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo de con mi Dios—Apo. 3:12. El cielo nuevo, una tierra nueva y la santa ciudad, Jerusalén nueva—Apo. cap. 21. Ether vio los días de Cristo, y habló de una Nueva Jerusalén sobre el continente occidental—Ether 13:4-8. El Señor resucitado confirma las profecías anteriores respecto del establecimiento de una Nueva Jerusalén sobre el continente occidental—3 Nefi 20:22. Si se arrepienten las gentiles, ayudarán al resto de Jacob a construir una ciudad que será llamada la Nueva Jerusalén—3 Nefi 21:14-24. El tiempo será revelado cuándo ha de ser preparada la ciudad de la Nueva Jerusalén—D. y C. 42:9; véanse también los versículos 62 y 67. Se comprarán terrenos para edificar la Nueva Jerusalén— D. y C. 42:35. Características de la Nueva Jerusalén; será llamada Sión— D. y C. 45:66-71. El Señor dará prisa a la fundación de la ciudad en su tiempo— D. y C. 52:43. Los santos se juntarán sobre el monte de Sión, el cual será la ciudad de la Nueva Jerusalén—D. y C. 84:2-5. Se demoró la construcción de la Nueva Jerusalén—D. y C. 124:51, 52. Profecía de que sólo en Sión habrá seguridad—D. y C. 45:68, 69. Benditos son aquellos cuyos pies descansan sobre la tierra de Sión—D. y C. 59:3. Los rebeldes no heredarán la tierra de Sión—D. y C. 64:35. Los puros de corazón volverán a Sión con cantos de gozo sempiterno—D. y C. 101:18. Estacas organizadas de Sión—D. y C. 68:26; fundamento de la estaca de Sión—94:1. Se llamarán estacas, para las cortinas o la fuerza de Sión—D. y C. 101:21; véase también 109:59; Sión y sus estacas— 115:6, también el versículo 18; se juntará el pueblo para que sean fortificadas las estacas de Sión—133:9. La Sión de Enoc: Porqué llamó el Señor así a su pueblo—Moisés 7:18; fue llevada al cielo—versículo 23; llevada al seno del Señor—versículo 31; véase también el versículo 69.

CAPITULO 20
EL REINO DE CRISTO SOBRE LA TIERRA

Artículo 10.—Creemos . . . que Cristo reinará personalmente sobre la tierra; . . .

Los Advenimientos Primero y Segundo.—Acéptanse como historia comprobada los hechos del nacimiento de nuestro Señor en la carne, sus treinta y tres años de vida entre los mortales, y su ministerio, padecimientos y muerte. Los documentos que el mundo cristiano tiene por sagrados e inspirados no son los únicos que dan testimonio de estas cosas, sino que la historia escrita por el hombre, y por contraste llamada profana, concuerda generalmente con la narración bíblica. Aun aquellos que rechazan la doctrina de la divinidad de Cristo y se niegan a aceptarlo como su Redentor, admiten los hechos de su vida maravillosa y reconocen el efecto incalculable de sus preceptos y ejemplo en la vida humana.

En el "meridiano de los tiempos" Cristo vino al mundo en humildes circunstancias—a la verdad, nadie lo supo sino los contados fieles que esperaban el acontecimiento prometido. Se había proclamado su venida durante los siglos anteriores, aun desde la alborada de la existencia humana. Los profetas de Dios habían testificado de los grandes sucesos que habrían de señalar su advenimiento. Todo incidente importante que se relacionaba con su nacimiento, vida, muerte, resurrección triunfal y gloria final como Rey, Señor y Dios, estaba predicho; y aun los detalles circunstanciales habían sido anunciados con exactitud. Tanto a Judá como a Israel les fué dicho que se prepararan para la venida del Ungido; y sin embargo, cuando vino a los suyos, no lo recibieron. Perseguido y despreciado, recorrió la escabrosa senda del deber, "varón de dolores, experimentado en quebranto"; y por último, condenado por su pueblo, que a gritos pedía a una potencia extranjera la autoridad para ejecutar su propia injusta sentencia sobre su Señor, padeció la dolorosa muerte de crucifixión destinada para los malhechores.

Debe haberle parecido al criterio humano que se había invalidado la misión de Cristo, que su obra se había frustrado y que el príncipe de las tinieblas había triunfado. Ciegos, sordos, y de corazón obstinado fueron aquellos que no quisieron ver, oír o entender el significado de la misión del Salvador. En semejante estado de desorientación se hallan aquellos que menosprecian la evidencia profética de su segunda venida y pasan por alto las señales de los tiempos, las cuales declaran que el acontecimiento, glorioso y terrible a la vez, está a las puertas. Antes y después de su muerte, Cristo predijo su regreso señalado a la tierra, y sus fieles creyentes vigilan y esperan en la actualidad las señales del gran cumplimiento. Los cielos resplandecen con estas señales, y de nuevo se oye el mensaje de enseñanzas inspiradas: "Arrepentios, arrepentios, porque el reino de los cielos se acerca."

La Segunda Venida de Cristo y Sus Señales; Profecías Bíblicas.—Los profetas del Antiguo Testamento y los del Libro de Mormón que vivieron y escribieron antes del tiempo de Cristo, hablaron muy poco de la segunda venida del Señor, sumamente poco por cierto, si lo comparamos con sus numerosas y explícitas predicciones relativas a su primer advenimiento. Al contemplar ellos el cielo de lo futuro, les deslumhró la visión el resplandor del sol meridiano, y muy poco vieron de la gloriosa luz más allá, cuya magnitud y brillo la distancia disminuía. Unos cuantos pudieron percibir, y testificaron de ello, según nos lo indican los pasajes que siguen. El Salmista cantó: "Vendrá nuestro Dios, y no callará: fuego consumirá delante de él. y en derredor suyo habrá tempestad grande." [b] Estas condiciones no se realizaron a la venida del Niño de Belén, y todavía son futuras.

Isaías exclamó: "Decid a los de corazón apocado: Confortaos, no temáis: he aquí que vuestro Dios viene con venganza, con pago; el mismo Dios vendrá, y os salvará." [c] Aparte del hecho evidente de que estas situaciones no señalaron la primera venida de Cristo, el contexto de las palabras del profeta denota que él las estaba aplicando a los últimos días, el tiempo de la restitución, el día de los "redimidos de Jehová", y del triunfo de Sión. También dijo Isaías: "He aquí que el Señor Jehová vendrá con fortaleza, y su brazo se enseñoreará: he aquí que su salario viene con él, y su obra delante de su rostro."

Veinte siglos antes del primero de los dos cuyas palabras acabamos de citar, el profeta Enoc habló vigorosamente sobre el tema. Sus enseñanzas no se hallan en la Biblia, aunque San Judas, uno de los escritores del Nuevo Testamento, las cita. Los Escritos de Moisés nos proporcionan la revelación dada a Enoc: "Y el Señor respondió a Enoc: Como vivo yo, aun así vendré en los últimos días, en los días de iniquidad y venganza, para cumplir el juramento que te he hecho concerniente a los hijos de Noé."

Jesús enseñó a los discípulos que su misión en la carne sería de corta duración y que de nuevo vendría a la

tierra, porque hallamos que le hacen la siguiente pregunta: "Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del mundo?"[h] Nuestro Señor detalló en su respuesta muchas de las señales de los postreros tiempos, y expresó la última y mayor de todas, de esta manera: "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, por testimonio a todos los Gentiles; y entonces vendrá el fin." ' Con gran claridad Jesús habló de la iniquidad en que los hijos de los hombres se habían hundido, aun hasta la víspera del diluvio y el día de la ardiente destrucción que cayó sobre las ciudades de la llanura, y añadió: "Como esto será el día en que el Hijo del hombre se manifestará."

Otra de las profecías de nuestro Señor tocante a su segunda venida es la siguiente: "Y (los discípulos) le preguntaron, diciendo: Maestro, ¿cuándo será esto? ¿y qué señal habrá cuando estas cosas hayan de comenzar a ser hechas? El entonces dijo: Mirad, no seáis engañados; porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy; y, El tiempo está cerca: por tanto, no vayáis en pos de ellos. Empero cuando oyereis guerras y sediciones, no os espantéis; porque es necesario que estas cosas acontezcan primero: mas no luego será el fin. Entonces les dijo: Se levantará gente contra gente, y reino contra reino; y habrá grandes terremotos, y en varios lugares hambres y pestilencias; y habrá espantos y grandes señales del cielo. Mas antes de todas estas cosas os echarán mano, y perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, siendo llevados a los reyes y a los gobernadores por causa de mi nombre. Y os será para testimonio. Poned pues en vuestros corazones no pensar antes cómo habéis de responder: porque yo os daré boca y sabiduría, a la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se os opondrán. Mas seréis entregados aun de vuestros padres, y hermanos, y parientes, y amigos; y matarán a algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre . . . Entonces habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas; y en la tierra angustia de gentes por la confusión del sonido de la mar y de las ondas: secándose los hombres a causa del temor y expectación de las cosas que sobrevendrán a la redondez de la tierra: porque las virtudes de los cielos serán conmovidas. Y entonces verán al Hijo del hombre, que vendrá en una nube con potestad y majestad grande. Y cuando estas cosas comenzaren a hacerse, mirad, y levantad vuestras cabezas, porque vuestra redención está cerca."

Muchas de estas terribles profecías se cumplieron al tiempo de la destrucción de Jerusalén; y el tantas veces repetido capítulo 24 de Mateo indudablemente tiene aplicación doble: al juicio que cayó sobre Israel en la ruina completa de la autonomía judaica, y a los acontecimientos, hoy corrientes, que precederán la venida del Señor, cuando ocupará su lugar correspondiente como Rey.

Además, por vía de advertencia, el Señor dijo: "Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adulterina y pecadora, el Hijo del hombre se avergonzará también de él, cuando vendrá en la gloria de su Padre con los santos ángeles."

Al tiempo de la ascensión, mientras los apóstoles se hallaban con la vista fija en el firmamento, donde una nube había ocultado al Señor resucitado de sus ojos, se dieron cuenta de la presencia de dos personajes en vestidos blancos, quienes dijeron: "Varones Galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? este mismo Jesús que ha sido tomado desde vosotros arriba en el cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo." [m] San Pablo dio instrucciones a las iglesias tocante al segundo advenimiento de Cristo y describió la gloria de su venida.[11] Lo mismo hicieron algunos de los otros apóstoles.[0]

De las Profecías del Libro de Mormón relacionadas con el presente tema, basta con examinar aquí las afirmaciones personales de Cristo durante su ministerio entre los nefitas en su estado resucitado. Explicó muchas cosas a la multitud "desde el principio hasta la época en que viniera en su gloria".[p] Cuando concedió a los tres discípulos el deseo de sus corazones—que se les permitiese vivir en la carne para continuar la obra del ministerio—el Señor les dijo: "Viviréis hasta ver todos los hechos del Padre para con los hijos de los hombres, aun hasta que se cumplan todas las cosas según la voluntad del Padre, cuando yo venga en mi gloria con los poderes del cielo."

La Palabra de la Revelación Moderna no es menos positiva en cuanto al advenimiento señalado del Redentor. A siervos especialmente comisionados se impartieron instrucciones como las siguientes: "Por lo tanto, sed fieles, orando siempre, llevando aderezadas y encendidas vuestras lámparas, y con suficiente aceite, para que estéis listos al tiempo de la venida del Esposo. Porque, he aquí, de cierto, de cierto os digo que vendré pronto." Y más adelante manda que se proclame "el arrepentimiento a una corrupta y perversa generación, preparando la vía del Señor para su segunda venida. Porque, he aquí, de cierto, de cierto te digo, la hora está próxima cuando vendré en una nube con poder y gran gloria."

En una revelación dirigida al pueblo de la Iglesia, el día 7 de marzo de 1831, el Señor habla de las señales

de su venida y aconseja la diligencia: "Miráis y observáis la higuera, y la veis con vuestros ojos; y cuando empieza a retoñar, y sus hojas todavía están tiernas, decís que el verano se acerca. Así será en aquel día, cuando vean todas estas cosas, entonces sabrán que la hora se acerca. Y acontecerá que el que me teme estará esperando la venida del gran día del Señor, aun las señales de la venida del Hijo del Hombre. Y verán señales y maravillas, porque se mostrarán arriba en los cielos y abajo en la tierra; y verán sangre, y fuego, y vapores de humo. Y antes que venga el día del Señor, el sol se obscurecerá, y la luna se tornará en sangre, y las estrellas caerán del cielo. Y el resto será juntado en este lugar; y entonces me buscarán, y, he aquí, vendré; y me verán en las nubes del cielo, investido con poder y gran gloria, con todos los santos ángeles; y el que no me esté esperando, será desarraigado."

Uno de los rasgos particulares de las revelaciones concernientes a la segunda venida de nuestro Señor, dadas en la dispensación actual, es la enfática y tan repetida declaración de que el acontecimiento está próximo: "Preparaos, preparaos, para lo que viene, porque el Señor está cerca." En lugar de ser una la voz que clama en el desierto, se oyen las voces de miles que autorizadamente amonestan a las naciones y las invitan a que se arrepientan y huyan a Sión donde estarán seguras. La higuera rápidamente se está cubriendo de hojas; las señales en el cielo y la tierra van en aumento; el día grande y terrible del Señor está cerca.

El Tiempo Preciso de la Venida de Cristo no ha sido divulgado al hombre. Aprendiendo a interpretar las señales de los tiempos, observando el desarrollo de la obra de Dios entre las naciones y notando el rápido cumplimiento de profecías significantes, podemos percibir la evidencia progresiva del acontecimiento cercano. '"Mas la hora y el día ningún hombre sabe, ni los ángeles del cielo, ni lo sabrán hasta que venga." Su venida sorprenderá a aquellos que han menospreciado sus amonestaciones, y no se han preocupado por velar. "Como ladrón en la noche" [y] será la venida del día del Señor para los inicuos. "Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del hombre ha de venir."

El Reinado de Cristo: El Reino.—Hemos visto que conforme a las palabras de los santos profetas, antiguos y modernos, Cristo va a venir literalmente y se manifestará en persona en los últimos días. Ha de morar entre sus santos. Al pueblo de este continente, al cual prometió establecer en el país de la Nueva Jerusalén, él declaró: "Yo mismo estaré en medio de vosotros"; y por boca de los profetas del oriente se hicieron afirmaciones semejantes.' En este futuro ministerio entre sus santos congregados, Jesucristo será a la vez su Dios y su Rey. Su gobierno será una teocracia perfecta; las leyes de la justicia constituirán el código, y la administración estará bajo una sola autoridad, irrefutable porque será irrebatible.

En las Escrituras abundan afirmaciones de que el Señor aún ha de reinar sobre su pueblo. Así lo dio a entender Moisés en su cántico ante las huestes de Israel después de su milagroso pasaje a través del mar Rojo: "Jehová reinará por los siglos de los siglos"; y el Salmista hace resonar el coro: "Jehová, Rey eterno y perpetuo." [d] Jeremías lo llama un "Rey eterno", ante cuya ira la tierra temblará y las naciones se rendirán; y Nabucodonosor, humillado por la tribulación, con regocijo honró al Rey del cielo, "porque su señorío es sempiterno, y su reino por todas las edades".

Ni Israel, el pueblo del convenio, estuvo siempre dispuesto a aceptar al Señor como su rey. Recordemos cómo se quejaron de que Samuel, el profeta y juez ungido, había envejecido—un pretexto de poco mérito, ya que "en su vejez" juzgó entre ellos con vigor otros treinta y cinco años más—y cómo clamaron que se les diera rey que los gobernase y pudieran ser como las demás naciones. Observemos con cuanto sentimiento el Señor contestó la oración de Samuel concerniente a la solicitud del pueblo: "Oye la voz del pueblo en todo lo que te dijeren: porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos."[h] Pero el Señor no será menospreciado para siempre por su pueblo. Al tiempo señalado él vendrá con poder y gran gloria, y ocupará su legítima posición de autoridad como Rey de la tierra.

Daniel interpretó el sueño de Nabucodonosor, y habló dejos muchos reinos y divisiones de reinos que serían establecidos; entonces añadió: "Y en los días de estos reyes, levantará el Dios del cielo un reino que nunca jamás se corromperá: y no será dejado a otro pueblo este reino; el cual desmenuzará y consumirá todos estos reinos, y él permanecerá para siempre." Refiriéndose a la extensión del gran reino que iba a ser establecido, el mismo profeta dijo: "Y el reino, y el señorío, y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo; cuyo reino es reino eterno, y todos los señoríos le servirán y obedecerán."

Hablando de la restauración de Judá e Israel en los últimos días, Miqueas profetizó: "Y Jehová reinará sobre ellos en el monte de Sión desde ahora para siempre." Al tiempo de la anunciación a la Virgen, el ángel, refiriéndose al Cristo que estaba por nacer, declaró: "Y reinará en la casa de Jacob por siempre; y de su reino no

habrá fin." En las visiones de Patmos, el apóstol Juan vió la gloriosa consumación, y una aceptación universal del Rey eterno: "Y el séptimo ángel tocó la trompeta, y fueron hechas grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser los reinos de nuestro Señor, y de su Cristo: y reinará para siempre jamás." [m] Abunda en la revelación moderna la evidencia de que está próximo un reinado de justicia, con Cristo como Rey; por ejemplo: "Y también el Señor tendrá poder sobre sus santos, y reinará entre ellos." " "Porque en mi propio y debido tiempo vendré sobre la tierra en juicio, y mi pueblo será redimido y reinará conmigo sobre la tierra."[0]

Reino e Iglesia.—En el Evangelio según San Mateo, ocurre con frecuencia la frase "reino de los cielos"; en los libros de los demás evangelistas y en todas las epístolas, la expresión equivalente es "reino de Dios", "reino de Cristo" o simplemente "reino". Es evidente que se pueden usar indistintamente estos términos sin alterar el significado verdadero. No obstante, la palabra reino se usa en diferentes sentidos, y tal vez sea preciso estudiar cuidadosamente el contexto en cada caso para entender debidamente el significado del escritor. Los usos más comunes son dos: Uno cuyo significado y el de "la Iglesia" son sinónimos, y se refiere a los adherentes de Cristo sin distinción en cuanto a sus organizaciones temporales; y otro que designa el reino literal que Jesucristo administrará sobre la tierra en los últimos días.

Cuando se aplica este último y más general significado al reino, la Iglesia debe ser considerada como parte de él; de hecho, algo indispensable, porque es el germen del cual se ha de desarrollar el reino, y constituye el corazón o centro mismo de la organización. La Iglesia ha existido, y en la actualidad continúa en forma organizada, sin el reino como poder establecido con autoridad temporal en el mundo; pero no puede mantenerse el reino sin la Iglesia.

En la revelación moderna las expresiones "reino de Dios" y "reino de los cielos" se emplean a veces con significados distintos: la primera con referencia a la Iglesia, y la segunda al reino literal que ha de reemplazar y comprender toda división nacional o racial. En este sentido el reino de Dios se ha fundado ya en estos postreros días. En la dispensación actual, y para ella, se ha iniciado dicho reino con el establecimiento de la Iglesia sobre su fundamento permanente de los últimos días. Esto concuerda con nuestro concepto de que la Iglesia es el órgano fundamental del reino en general; y los poderes y autoridad conferidos a la Iglesia son, por tanto, las llaves del reino. Esta interpretación se ve aclarada en la siguiente revelación dada a la Iglesia: "Las llaves del reino de Dios han sido entregadas al hombre sobre la tierra, y de allí rodará el evangelio hasta los confines del mundo, como la piedra cortada del monte, no con manos,[p] hasta que haya henchido toda la tierra . . . Implorad al Señor, a fin de que se extienda su reino sobre la faz de la tierra, para que los habitantes de ella lo reciban y estén preparados para los días que han de venir, en los cuales el Hijo del Hombre descenderá del cielo, envuelto en el resplandor de su gloria, para recibir el reino de Dios establecido sobre la tierra. Por tanto, extiéndase el reino de Dios, para que venga el reino del cielo, a fin de que tú, oh Dios, seas glorificado en los cielos así como en la tierra, para que tus enemigos sean vencidos; porque tuya es la honra, y el poder, y la gloria, para siempre jamás."

Al tiempo de su glorioso advenimiento, Cristo vendrá acompañado de las huestes de los justos que ya habrán salido de este mundo; y los santos que aún estén vivos sobre la tierra serán vivificados y arrebatados para recibirlo, y luego descenderán con él como partícipes de su gloria. Con él vendrán también Enoc y su gente de corazón puro, y se efectuará una unión con el reino de Dios o aquella porción del reino de los cielos establecida previamente sobre la tierra como la Iglesia de Jesucristo; y el reino de la tierra será uno con el del cielo. Entonces se realizará el cumplimiento de la propia oración del Señor que se dió como modelo para todo aquel que ha de orar: "Venga tu reino. Sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra."

A la tan discutida pregunta: ¿Está ya establecido el reino sobre la tierra, o hemos de esperar su fundación hasta el tiempo del futuro advenimiento de Cristo el Rey?, propiamente puede dársele una respuesta afirmativa o negativa, conforme a la interpretación que se le dé a la palabra "reino". El reino de Dios, con idéntico significado que la Iglesia de Cristo, ha sido establecido; su historia es la de la Iglesia en estos días postreros; sus oficiales han sido comisionados divinamente con el poder del Santo Sacerdocio. Afirman tener una autoridad que es espiritual; aunque es también temporal en su aplicación a los miembros de la organización—Iglesia o reino, como uno quiera decirle—pero no tratan, ni asumen el derecho, de censurar o modificar los gobiernos existentes ni intervenir en ellos de manera alguna; mucho menos subyugar naciones o establecer sistemas rivales de gobierno. El reino de los cielos, que comprende la Iglesia y abarca todas las naciones, será establecido con poder y gran gloria cuando el Rey triunfante venga con sus huestes celestiales a gobernar y a reinar personalmente sobre la tierra que ha redimido con el sacrificio de su propia vida.

Como ya se ha visto, el reino de los cielos comprenderá más que la Iglesia. Los hombres honorables y

honrados gozarán de protección y de los privilegios de ciudadanía bajo el sistema perfecto de gobierno que Cristo administrará, sean miembros de la Iglesia o no. Los que infrinjan las leyes y los de corazón impuro serán juzgados de acuerdo con sus pecados; pero los que vivan conforme a la verdad, hasta donde la hayan podido recibir y comprender, disfrutarán de la libertad más completa bajo la benigna influencia de una administración perfecta. Los privilegios y bendiciones especiales relacionados con la Iglesia, el derecho de poseer y ejercer el Sacerdocio con sus ilimitadas posibilidades y poderes eternos serán, como hoy lo son, únicamente para aquellos que entren en el convenio y lleguen a formar parte de la Iglesia de Jesucristo.

El Milenio.—Frecuentemente se especifica un período de mil años en los pasajes de las Escrituras que mencionan el reinado de Cristo sobre la tierra. Aunque no lo podemos considerar como indicación de que la existencia del reino está limitada, o de que hay un plazo determinado en el que el Salvador administrará su poder, hallamos justificación para creer que los mil años que vendrán inmediatamente después del establecimiento del reino serán particularmente señalados, y se distinguirán de la época anterior así como posterior a ese período. Ha de efectuarse el recogimiento de Israel y el establecimiento de Sión por vía de preparación para su venida. La destrucción de los inicuos y la inauguración de una época de paz señalarán su advenimiento. El Revelador vió que las almas de los mártires y de otros hombres justos vivieron y reinaron, con poder, mil años con Cristo. Satanás será atado al principiar esta época "porque no engañe más a las naciones, hasta que mil años sean cumplidos". Algunos de los muertos no volverán a vivir hasta que pasen los mil años, mientras que los justos "serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años". Una de las revelaciones más antiguas concernientes al milenio es la que fué dada a Enoc: "Y aconteció que Enoc vió el día de la venida del Hijo del Hombre, en los últimos días, para morar en justicia sobre la tierra por el espacio de mil años."

Es claro, pues, que al hablar del Milenio se tiene que considerar un período preciso, cuyo principio y fin señalarán acontecimientos trascendentales, y durante el cual existirán condiciones de dicha extraordinaria. Será una época sabática: mil años de paz. Cesará la enemistad entre el hombre y las bestias, se acabará la ferocidad y veneno de la creación animal y reinará el amor. Más tarde prevalecerá una nueva condición, conforme a lo que el Señor declaró a Isaías: "Porque he aquí que yo crío nuevos cielos y nueva tierra: y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento."

En cuanto al estado de paz, prosperidad y duración de la vida humana, típicos de este período, leemos que "no habrá más allí niño de días, ni viejo que sus días no cumpla; porque el niño morirá de cien años, y el pecador de cien años, será maldito. Y edificarán casas, y morarán en ellas; plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas. No edificarán y otro morará; no plantarán, y otro comerá: porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo, y mis escogidos perpetuarán las obras de sus manos. No trabajarán en vano, ni parirán para maldición: porque son simiente de los benditos de Jehová, y sus descendientes con ellos. Y será que antes que clamen, responderé yo; aun estando ellos hablando, yo habré oído. El lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey; y a la serpiente el polvo será su comida. No afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte, dijo Jehová."

La voz del Señor se oye en la actualidad declarando las mismas verdades proféticas, según hacen constar las revelaciones respecto al Milenio dadas en la dispensación actual de la Iglesia. En 1831 el Señor se dirigió en estos términos a los élderes de su Iglesia: "Porque vendrá el gran Milenio de que yo he hablado por la boca de mis siervos. Porque Satanás será atado; y cuando de nuevo quede libre, reinará tan solamente una corta temporada, y entonces vendrá el fin de la tierra." ' En otra ocasión se pronunciaron estas palabras: "Porque con poder y gran gloria yo me revelaré desde los cielos con todas sus multitudes, y moraré en justicia con los hombres sobre la tierra por mil años, y los malvados no permanecerán . . . Y además, de cierto, de cierto os digo que cuando hayan terminado los mil años y empezaren de nuevo los hombres a negar a su Dios, entonces perdonaré la tierra por tan solamente un corto tiempo. Y entonces vendrá el fin."

Durante la era milenaria, las condiciones favorecerán la rectitud; el poder de Satanás será restringido, y los hombres, libres hasta cierto punto de la tentación, servirán con celo a su Rey y Señor. Sin embargo, el pecado no quedará abolido por completo, ni será desterrada la muerte; aunque los niños vivirán hasta cumplir sus años en la carne, y entonces podrán ser cambiados en "un abrir y cerrar de ojos" a una condición de inmortalidad. Seres mortales, así como inmortales, ocuparán la tierra, y habrá frecuente comunicación con los poderes celestiales. Los Santos de los Últimos Días creen que tendrán el privilegio de continuar, durante el período milenario, la obra vicaria por los muertos, la cual constituye tan importante y sobresaliente característica de sus obligaciones, y que las facilidades para comunicarse directamente con los cielos les permitirá efectuar esa obra de amor sin

interrupción. Cuando hayan terminado los mil años, se le permitirá a Satanás ejercer su poder otra vez, y los que en esa ocasión no fueren contados entre los puros de corazón, cederán a su influencia. Pero esta libertad que recuperará el "príncipe de la potestad del aire" será de corta duración; su destino final seguirá prestamente, y todos los que son suyos irán con él al castigo que es eterno. Entonces la tierra llegará a su condición celestial y se convertirá en habitación adecuada para los hijos e hijas glorificados de nuestro Dios.

REFERENCIAS

Profecías Sobre la Venida del Señor y las Condiciones que la Acompañarán

Y el Señor respondió a Enoc: Como vivo yo, aun así vendré en los últimos días—Moisés 7:60; Enoc vio el día de la venida del Hijo del Hombre, en los últimos días, para morar en justicia sobre la tierra por el espacio de mil años—versículo 65. Profetizó Enoc, diciendo: He aquí, el Señor es venido con sus santos millares—Judas 14, 15. Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo— Job 19:25. Vendrá nuestro Dios, y no callará—Sal. 50:3; los versículos 4 y 5 hablan de condiciones que acompañarán la venida futura del Señor. Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los cabos de la tierra—Sal. 72:8; véase también el versículo 17; 82:8. Por cuanto Jehová habrá edificado a Sión, y en su gloria será visto—Sal. 102:16. Cuando Jehová de los ejércitos reinare en el monte de Sión, y en Jerusa_lem—Isa. 24:23. El Señor Jehová vendrá con fortaleza—Isa. 40:10. Jehová reinará sobre ellos en el monte de Sión desde ahora para siempre—Mi. 4:7; véase también Zac. 14:9, 20, 21. Y luego vendrá el Señor; ¿y quién podrá sufrir el tiempo de su venida?—Mal. 3:1-4. Será enviado Elias el profeta antes que venga el día de Jehová grande y terrible—Mal. 4:5, 6. El Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre—Mat. 16:27. El Hijo del hombre vendrá en gloria y juzgará a las naciones—Mat. 25:31-46. Entonces se mostrará la señal del Hijo del hombre en el cielo—Mat. 24:30. Del día y hora nadie sabe—Mat. 24:36. Entonces verán al Hijo del hombre, que vendrá en las nubes con mucha potestad y gloria—Mar. 13:26; véanse también los versículos 32, 33, 37. El Hijo del hombre se avergonzará también de él, cuando vendrá en la gloria de su Padre con los santos ángeles—8:38. Después de muchas tribulaciones, verán al Hijo del hombre, que vendrá en una nube con potestad y majestad grande— Luc. 21:27; también del versículo 10 en adelante; también 17:26-30. Vosotros pues también, estad apercibidos; porque a la hora que no pensáis, el Hijo del hombre vendrá—Luc. 12:40. Mas el día del Señor vendrá como ladrón en la noche—2 Ped. 3:10; véase también 1 Tes. 5:2. Este mismo Jesús así vendrá como le habéis visto ir al cielo— Hech. 1:11. Y enviará a Jesucristo, que os fue antes anunciado—Hech. 3:20. Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor—I Cor. 4:5; compárese con 11:26. De donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo—Fil. 3:20. Para la venida, de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos —1 Tes. 3:13; véase también 2:19. Porque el mismo Señor con aclamación, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo—1 Tes. 4:16. Cuando se manifestará el Señor Jesús del cielo con los ángeles de su potencia—2 Tes. 1:7; véase también 2:1; 1 Tim. 6:14; Tito 2:13; Heb. 9:28. Confirmad vuestros corazones: porque la venida del Señor seacerca—Sant. 5:8. Para que tengamos confianza y no seamos confundidos de él en su venida—1 Juan 2:28; véase también 3:2. He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron—Apo. 1:7; véase también 6:12-17. El Santo de Israel tiene que reinar con potestad, y fuerza, y poder, y gran gloria—1 Nefi 22:24; véase también el versículo 26. Los lazos de la muerte serán deshechos y el Hijo reinará— Mosíah 15:20. Vendrá Elias el profeta antes de la venida del día grande y terrible del Señor—3 Nefi 25:5. A los nefitas Cristo explicó todas las cosas hasta la época en que él viniera en su gloria—3 Nefi 26:3. El poder del cielo bajará junto con Cristo—3 Nefi 21:25; compárese con 20:22; véase también 24:1-3. Los tres nefitas permanecerán en la carne hasta que el Señor venga en su gloria con los poderes del cielo—3 Nefi 28:7. No tendréis que decir que el Señor demora su venida—3 Nefi 29:2. Con poder y gran gloria Cristo se revelará desde los cielos con todas sus multitudes—D. y C. 29:11; véase también 45:44; 65:5. La hora está próxima cuando vendré en una nube con poder y gran gloria—D. y C. 34:7, 8, 12. Cuando él venga en las nubes del cielo para reinar en la tierra sobre su pueblo—D. y C. 76:63. El Señor estará en medio de los santos, y su gloria estará sobre ellos, y él será su rey y su legislador—D. y C. 45:59; véase también 1:36. El Hijo del Hombre ahora reina en los cielos, y reinará sobre la tierra—D. y C. 49:6. El Señor bajará de la presencia del Padre, y consumirá a los malvados con un fuego inextinguible—D. y C. 63:34. Preparando la vía del Señor para su segunda venida—D. y C. 34:6; véase también 39:20; 77:12. El Hijo del Hombre vendrá en una hora que no sospecháis— D. y C. 61:38. La hora de su venida ya está próxima—D. y C. 35:15; 43:17; 133:17. La hora y el día de la venida del Señor ningún hombre sabe, ni los ángeles del cielo—D. y C. 49:7; 39:21; 133:11. Los pobres y mansos esperarán la hora de la venida del Señor— D. y C. 35:15. El que me teme estará esperando la venida del gran día del Señor—D. y C. 45:39; véanse también los versículos 40-56, y 74, 75. A unos les será permitido conocer las señales de

la venida del Hijo del Hombre—D. y C. 68:11. Vengo prestamente—D. y C. 34:12; 35:27; 39:24; 41:4; 49:28; 51:20; 54:10; 68:35; 87:8; 99:5; 112:34.

El Milenio

Condiciones que existirán durante el Milenio—Isa. 11:6-9; véase también 65:25. Satanás será atado durante los mil años—Apo. 20:1-7. Y vivieron y reinaron con Cristo mil años—Apo. 20:4. Mas los otros muertos no tornaron a vivir hasta que sean cumplidos mil años—versículo 5. Y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra—Apo. 5:10. Por el espacio de mil años la tierra descansará—Moisés 7:64. Enoc vió el día de la venida del Hijo del Hombre para morar sobre la tierra por mil años-—versículo 65. Morará el Señor con los hombres sobre la tierra por mil años— D. y C. 29:11. Porque vendrá el gran Milenio de que yo he hablado—D. y C. 43:30: véanse también los versículos 31-35. Condiciones cuando hayan terminado los mil años. D. y C. 29:22, 23. Satanás estará atado por el espacio de mil años, entonces juntará sus ejércitos—D. y C. 88:110-116.

CAPITULO 21
REGENERACIÓN Y RESURRECCIÓN

Artículo 10.—Creemos . . . que la tierra será renovada y recibirá su gloria paradisíaca.

LA RENOVACIÓN DE LA TIERRA

La Tierra Bajo el Anatema.—Las benditas condiciones en las que existirá la tierra y el hombre vivirá durante la época milenaria casi sobrepujan toda facultad humana de comprensión, por ser tan diferentes de todo aquello que la historia testifica y la experiencia confirma. La raza caída del hombre jamás ha conocido un reinado de justicia en toda la tierra. Tan señalada ha sido la maldición universal; tan grande el poder del tentador; tan enconada la egoísta contienda entre un hombre y otro, y entre las naciones; tan general ha sido la enemistad de la creación animal entre los de su propia esfera y hacia el ser que, no obstante su estado caído, aún tiene la comisión divina de la autoridad del dominio; tan abundantemente ha producido la tierra espinas, cardos y hierbas nocivas, que la descripción del Edén es para nosotros como la historia de otro mundo, un astro de un orden superior de existencia, enteramente diferente de este triste planeta. Sin embargo, se nos hace saber que el Edén era en realidad parte de nuestro planeta, y que la tierra está destinada a convertirse en un cuerpo glorificado, dispuesto para la morada de las inteligencias más exaltadas. El Milenio, con todo su esplendor, no es sino un paso más avanzado de preparación mediante el cual la tierra y sus habitantes se acercarán a la perfecciór preordinada.

La Regeneración de la Tierra.—La palabra regeneración, traducida del vocablo griego palingenesia—que significa nuevo nacimiento o, más literalmente, nacer de nuevo—aparece dos veces en el Nuevo Testamento," aunque se hallan otras expresiones de significado equivalente. Los términos, sin embargo, se aplican generalmente a la renovación del alma del hombre mediante el nacimiento espiritual, por medio del cual se puede obtener la salvación; aunque el uso que nuestro Señor hizo de la palabra, al declarar la promesa de futura gloria que sobre los apóstoles él confirmaba, probablemente se refiere a la restauración de la tierra, sus habitantes e instituciones, en lo que respecta a la época milenaria: "Os digo, que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando se sentará el Hijo del hombre en el trono de su gloria, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel."

Se ha predicho una época de restitución. Consideremos las palabras de San Pedro, dirigidas a aquellos que, maravillados de la milagrosa curación del cojo en la Puerta Hermosa, se habían reunido en el Pórtico de Salomón: "Así que, arrepentios y convertios, para que sean borrados vuestros pecados; pues que vendrán los tiempos del refrigerio de la presencia del Señor, y enviará a Jesucristo, que os fué antes anunciado: al cual de cierto es menester que el cielo tenga hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde el siglo."

Según las enseñanzas de San Pablo, en su epístola a los Romanos, es evidente que el cambio a un estado más cerca de la perfección ha de afectar a la naturaleza así como al hombre: "También las mismas criaturas serán libradas de la servidumbre de corrupción en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que todas las criaturas gimen a una, y a una están de parto hasta ahora. Y no sólo ellas, mas también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, es a saber, la redención de nuestro cuerpo."

Durante el milenio continuará la regeneración. La sociedad será purificada; las naciones existirán en paz; cesarán las guerras; la ferocidad de las bestias será vencida; la tierra, aliviada en sumo grado del anatema de la caída, dará abundantemente al labrador, y el planeta será redimido.

Las últimas fases de esta regeneración de la naturaleza no se consumarán sino hasta después que el Milenio haya acabado su bendita carrera. Hablando de los acontecimientos que se efectuarán después de concluidos los mil años, Juan el Revelador escribió: "Y vi un cielo nuevo, y una tierra nueva: porque el primer cielo y la primera tierra se fueron, y el mar ya no es ... Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será su Dios con ellos. Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y la muerte no será más; y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor: porque las primeras cosas son pasadas." [e] Otra profecía parecida fué la dé Ether, el jaredita: "Y habrá un cielo nuevo y una tierra nueva; y serán semejantes a los antiguos, salvo que los antiguos habrán desaparecido, y todas las cosas se habrán vuelto nuevas."' Este acontecimiento se verificará después de los

sucesos milenarios, como nos lo hace ver el contexto.

En nuestra época actual, en el año de 1830, el Señor dijo: "Cuando hayan terminado los mil años y empezaren de nuevo los hombres a negar a su Dios, entonces perdonaré la tierra por tan solamente un corto tiempo. Y entonces vendrá el fin, y el cielo y la tierra serán consumidos y pasarán, y habrá nuevo cielo y nueva tierra. Porque todas las cosas viejas pasarán, y todo será nuevo, aun el cielo y la tierra, y toda la plenitud de ellos, tanto hombres, como bestias, aves del aire, y peces del mar; y ni un pelo ni una mota se perderán, porque todo es la hechura de mis manos."

Según las Escrituras, la tierra tiene que pasar por un cambio análogo a la muerte, y ha de ser regenerada de un modo semejante a una resurrección. Muchos de los ya citados pasajes de las Escrituras, al referirse a que los elementos se fundirán a causa del calor y que la tierra será consumida y dejará de ser, sugieren una muerte; y la tierra nueva, en realidad el planeta renovado o regenerado, se puede comparar a un organismo resucitado. Se ha dicho que este cambio es una transfiguración." Todo objeto creado que alcanza o realiza el objeto de su creación avanzará por la escala del progreso, sea un átomo o un mundo, sea un animálculo o el hombre, hijo directo y literal de Dios. Hablando de los grados de gloria que se han preparado para sus creaciones, así como de las leyes de regeneración y santificación, el Señor, en una revelación dada en 1832, habla en palabras claras sobre la muerte próxima y subsiguiente vivificación de la tierra: "Y además, de cierto os digo que la tierra obedece la ley de un reino celestial, porque llena la medida de su creación, y no traspasa la ley; así que, será santificada; sí, a pesar de que morirá, será revivificada, y se sujetará al poder que la vivifica, y los justos la heredarán." '

Durante el Milenio, ocuparán la tierra tanto seres mortales como inmortales; pero después de consumada la regeneración, no se conocerá más la muerte entre sus habitantes. Entonces el Redentor de la tierra entregará el reino, y lo presentará "sin mancha al Padre, diciendo: He vencido". Antes de lograrse esta victoria y obtenerse el triunfo, deben ser subyugados los enemigos de la justicia; el último enemigo que ha de ser vencido será la muerte. "Luego el fin; cuando entregará el reino a Dios y al Padre, cuando habrá quitado todo imperio, y toda potencia y potestad. Porque es menester que él reine. hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será deshecho, será la muerte. Porque todas las cosas sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice: Todas las cosas son sujetadas a él, claro está exceptuado aquel que sujetó a él todas las cosas. Mas luego que todas las cosas le fueren sujetas, entonces también el mismo Hijo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todas las cosas en todos."

En esta dispensación, el profeta José Smith ha dado la siguiente descripción parcial de la tierra en su estado regenerado: "Esta tierra, en su estado santificado e inmortal, llegará a ser semejante al cristal, y será un Urim y Tumim para los habitantes que moren en ella, mediante el cual todas las cosas pertenecientes a un reino inferior, o a todos los reinos de un orden menor, serán aclaradas a los que la habitaren; y esta tierra será de Cristo."

Se ha procurado demostrar que las enseñanzas de la ciencia concernientes al destino de la tierra concuerdan con las profecías de las Escrituras relativas a la regeneración decretada de nuestro planeta, por medio de lo cual será convertido en una morada propia para almas inmortales. Sin entrar en un estudio detallado de la evidencia que se pretende a favor de un apoyo mutuo entre la ciencia y la palabra revelada sobre este asunto, baste decir que la así llamada evidencia no es satisfactoria y que la ciencia casi nada dice del tema. El geólogo considera la tierra como un cuerpo que continuamente está cambiando, y su superficie como una masa heterogénea de materia fragmentaria; lee en sus páginas de piedra la historia de un desarrollo anterior, el que a través de muchos grados sucesivos de progreso fué dejando el mundo mejor preparado para ser la habitación del hombre; observa la obra de agencias constructivas y destructivas en movimiento: masas de tierra que ceden a la acción desintegrante del aire y el agua, y proveen con su destrucción la materia para otras formaciones que actualmente están en construcción, todo lo cual, arrasando los montes y levantando los valles, produce el efecto general de anivelar la superficie. Por otro lado, ve obrar fuerzas volcánicas y otras agencias que aumentan la escabrosidad del terreno llano por medio de erupciones violentas y la elevación o depresión de la capa terrestre. Basado en sus observaciones de lo presente y sus conclusiones relativas a lo pasado de la tierra, admite su inhabilidad para predecir siquiera un futuro probable. La trascendental declaración de uno cuya autoridad es reconocida en el mundo de la ciencia es pertinente: La geología no provee "ningún indicio de un principio, ninguna indicación de un fin."

El astrónomo que estudia las condiciones variadas de otros mundos podrá intentar descubrir, por analogía, el probable destino del nuestro. Estudia el espacio con visión grandemente aumentada y ve, dentro del sistema al

cual la tierra pertenece, planetas que manifiestan una escala de progreso muy variada: unos en su estado primordial, habitaciones inadecuadas para seres semejantes a nosotros; otros en un estado que más se aproxima al de la tierra, y todavía otros que parecen ser muy antiguos y estar desprovistos de vida. Aparte del hecho de su existencia, muy poco sabe él de los vastos sistemas que hay más allá del comparativamente pequeño grupo que nuestro sol rige. Pero en ninguna parte ha descubierto un mundo glorificado; y el ojo mortal no podría distinguir semejante orbe aunque estuviera, en lo que a distancia concierne, al alcance de su visión, ya con la ayuda de un telescopio, ya sin él. Fácilmente podemos creer en la existencia de otros mundos, aparte de aquellos que son de composición tan densa que nuestros torpes ojos los perciben. Respecto de la palabra revelada sobre la regeneración de la tierra y la gloria celestial que nuestro planeta alcanzará, la ciencia nada tiene que ofrecer, ni a favor ni en contra. No por esto vayamos a menospreciar la ciencia, ni censurar la labor de sus discípulos. Nadie mejor que un cerebro acostumbrado a métodos científicos comprende lo mucho que no sabemos.

LA RESURRECCIÓN DEL CUERPO

La Resurrección de los Muertos.—Estrechamente se asocia y tiene analogía con el rejuvenecimiento ordenado de la tierra, mediante el cual nuestro planeta avanzará de su presente condición triste y quebrantada a un estado de perfección glorificada, la resurrección de los cuerpos de todos los seres que sobre ella han existido. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días enseña la doctrina de una resurrección literal: una reunión efectiva de los espíritus de los muertos y los cuerpos que los cubrieron durante su probación mortal; y también una transición de lo mortal a lo inmortal de aquellos que vivan todavía en la carne al tiempo del advenimiento del Señor, y quienes, por motivo de su justicia individual, no dormirán en la tumba. Abundan en la Biblia los testimonios concernientes a la vivificación de los muertos. El conocimiento que el ser humano tiene de la resurrección se basa enteramente sobre la revelación. Los pueblos paganos tienen un concepto sumamente limitado de una resurrección efectiva de muerte a vida, o carecen de él por completo.

Al aceptar la doctrina de una resurrección, nos ha de guiar la fe, la que, sin embargo, recibe el apoyo de abundantes revelaciones dadas de una manera inequívoca y segura. La ciencia, que no es sino el resultado de la investigación humana, ninguna indicación nos ofrece de un acontecimiento semejante en la historia de las cosas vivientes, y los hombres en vano han buscado en la naturaleza externa una analogía exacta. Es cierto que se han hecho comparaciones, se han empleado metáforas y buscado similitudes para mostrar que la naturaleza tiene algo que corresponde o se asemeja al cambio de lo mortal a lo inmortal que el alma cristiana espera con firme confianza; pero todas estas imágenes son imperfectas en su aplicación y sus supuestas analogías son inexactas.

El regreso de la primavera después del sueño invernal semejante a la muerte; la transformación de la oruga en crisálida cadavérica y la subsiguiente metamorfosis en alada mariposa; el pájaro vivo que emerge del interior sepulcral del huevo, éstos y otros pasos naturales de desarrollo se han usado como ilustraciones de la resurrección. Todos son defectuosos, porque en ninguno de estos despertamientos ha ocurrido una muerte verdadera. Si el árbol muere, no se vuelve a cubrir de follaje al regresar el sol; si se le quita la vida a la crisálida dentro del capullo, o al germen de vida dentro del huevo, no sale la mariposa ni emerge el pájaro. Cuando sin distinción nos valemos de estas ilustraciones, estamos propensos a formar el concepto de que el cuerpo predestinado a resucitar no está verdaderamente muerto y, por consiguiente, la vivificación que sigue no es lo que declara la palabra revelada. Se ha comprobado, por observación, que cuando el espíritu se separa del cuerpo, éste queda verdaderamente inanimado y no puede resistir por más tiempo la acción de una descomposición física y química. El cuerpo, abandonado por su inquilino inmortal, está literalmente muerto; se desintegra en sus componentes naturales, y su substancia vuelve otra vez al giro de la circulación universal de la materia. Sin embargo, la resurrección de los muertos es segura; quedará justificada la fe de aquellos que confían en la palabra de la verdad revelada, y se cumplirá cabalmente el decreto divino.

Profecías Concernientes a la Resurrección.—Los profetas de épocas pasadas de la historia del mundo han previsto y predicho la victoria final sobre la muerte. Algunos testificaron particularmente de la victoria de Cristo sobre la tumba; otros han hablado de la resurrección en términos generales. Job, varón de paciencia en la tribulación, cantó gozosamente, aun en su agonía: "Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo: y después de deshecha esta mi piel, aun he de ver en mi carne a Dios." ° Enoc, a quien el Señor reveló su plan para redimir al género humano, previó la resurrección de Cristo, la de los muertos justos que con él se levantarían y la resurrección final de todos los hombres.

Jacob testificó a sus hermanos que la muerte del Redentor era un requisito preordinado, y que fué proveído para proporcionar al hombre la resurrección de los muertos. He aquí sus palabras: "Porque como la

muerte ha pasado a todo hombre para cumplir el misericordioso designio del Gran Creador, también es necesario que haya un poder de resurrección, y la resurrección debe venir al hombre por motivo de la caída; y la caída vino a causa de la transgresión; y por haber caído el hombre, fué desterrado de la presencia del Señor ... Y la muerte de que he hablado, que es la muerte espiritual, entregará sus muertos; y esta muerte espiritual es el infierno. De modo que la muerte y el infierno han de entregar sus muertos: el infierno ha de entregar sus espíritus cautivos, y la tumba sus cuerpos cautivos, y los cuerpos y los espíritus de los hombres serán restaurados el uno al otro; y se hará por el poder de la resurrección del Santo de Israel. ¡Oh cuán grande es el plan de nuestro Dios! Porque por otro lado, el paraíso de Dios ha de entregar los espíritus de los justos, y la tumba los cuerpos de los justos; y los espíritus y los cuerpos serán restaurados de nuevo unos a otros, y todos los hombres se tornarán incorruptibles e inmortales; y serán almas vivientes, con un conocimiento perfecto parecido al que tenemos en la carne, salvo que nuestro conocimiento será perfecto."

Samuel, el profeta lamanita, predijo el nacimiento. ministerio, muerte y resurrección del Salvador, y explicó la resurrección consiguiente del género humano: "Pues he aquí, de cierto tiene que morir para que pueda venir la salvación; sí, conviene y se hace necesario que muera para efectuar la resurrección de los muertos, a fin de que por este medio los hombres puedan volver a la presencia del Señor. Sí, he aquí que esta muerte trae la resurrección y redime a todo el género humano de la primera muerte, que es la muerte espiritual; porque, hallándose desterrados de la presencia del Señor por la caída de Adán, todos los hombres son considerados como si estuvieran muertos, tanto en lo que respecta a cosas temporales como a espirituales. Pero he aquí, la resurrección de Cristo redime al género humano, sí, a toda la humanidad, y los lleva otra vez a la presencia del Señor"

El Nuevo Testamento muestra que durante el tiempo de la misión terrenal de Cristo, y en la época apostólica que siguió, se entendía la doctrina de la resurrección. El Maestro mismo proclamó estas enseñanzas. Respondiendo a los hipercríticos Saduceos, él dijo; "Y de la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os es dicho por Dios, que dice: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos."[u] A los judíos que querían matarlo por motivo de sus hechos y doctrina, habló de esta manera: "De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me ha enviado, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas pasó de muerte a vida. De cierto, de cierto os digo: Vendrá hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios: y los que oyeren vivirán."

Las palabras mismas que Cristo pronunció mientras estaba aún en la carne indican que él plenamente comprendía el objeto de su martirio y subsiguiente resurrección. A Nicodemo declaró lo siguiente: "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado; para que todo aquel que en él creyere, no se pierda, sino que tenga vida eterna." Y a Marta, quien lloraba por la muerte de su hermano, dijo: "Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá." También profetizó extensamente de su propia resurrección, y señaló el tiempo que su cuerpo estaría sepultado.

Dos Resurrecciones Generales se mencionan en las Escrituras, y podemos designarlas la primera y la última, o la resurrección de los justos y la resurrección de los injustos. La primera quedó inaugurada con la de Jesucristo, e inmediatamente después de su resurrección muchos de los santos se levantaron de sus sepulcros. La resurrección de los justos, continuación de la anterior, se ha estado efectuando desde entonces, y aumentará grandemente o se llevará a cabo en una manera general a la venida de Cristo en su gloria. Se aplazará la última resurrección hasta el fin de los mil años de paz, y se dejará para el juicio final.

La Primera Resurrección; la Resurrección de Cristo, y la que El Inició. — Del hecho de la resurrección de Cristo de entre los muertos testifican tan numerosas pruebas de las Escrituras, que no hay duda de su realidad en las mentes de quienes creen en los anales sagrados. A las mujeres que fueron muy de mañana a la tumba, el ángel que había quitado la piedra de la entrada del sepulcro habló, diciendo: "No está aquí: porque ha resucitado, como dijo." Más tarde, el Señor resucitado se manifestó a muchos en el intervalo de cuarenta días entre su resurrección y ascensión. Después de la ascensión se manifestó a los nefitas sobre el hemisferio occidental, como ya se ha dicho en otro lugar. Los apóstoles, según veremos más adelante, no cesaron de testificar acerca de la realidad de la resurrección del Señor, ni dejaron de proclamar las resurrecciones futuras.

Cristo, "primicias de los que durmieron",[1] "el primogénito de los muertos", fué el primero de todos los hombres en salir de la tumba con un cuerpo inmortal; pero poco después de su resurrección, muchos de los santos se levantaron de sus tumbas: "Y abriéronse los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y salidos de los sepulcros, después de su resurrección, vinieron a la santa ciudad, y

aparecieron a muchos."

Alma, el profeta nefita que escribió algunos años antes del nacimiento de Cristo, claramente entendió que no habría resurrección anterior a la del Redentor, pues declara: "He aquí, te digo que no hay resurrección, o en otras palabras, quiero decir que esta parte mortal no se reviste de inmortalidad, esta corrupción no se vuelve incorrupción sino hasta después de la venida de Cristo."

Alma también previó una resurrección general relacionada con la resurrección de Cristo de entre los muertos, como lo indica el contexto del pasaje citado. Entre los nefitas, hubo hombres inspirados que hablaron de la muerte y resurrección de Cristo aun mientras él ejercía su ministerio en la carne; y confirmó estas enseñanzas la aparición del Señor entre ellos,[J] como lo habían predicho los profetas anteriores.

En los últimos días el Señor se ha manifestado de nuevo y ha declarado los hechos de su muerte y resurrección: "Porque, he aquí, el Señor vuestro Redentor padeció la muerte en la carne; por tanto, sufrió las penas de todos los hombres, a fin de que todos los hombres se arrepintiesen y viniesen a él. Y se ha levantado de nuevo de los muertos, a fin de traer a todos los hombres a él, con la condición de que se arrepientan."

La Kesurrección al Tiempo de la Segunda Venida de Cristo.—Poco después de haber partido Cristo de la tierra, los apóstoles, con quienes entonces quedó la responsabilidad directa de dirigir la Iglesia, empezaron a predicar la doctrina de una resurrección futura y universal. Esta enseñanza parece haber sido parte muy prominente de sus instrucciones, porque de ello se quejaron los Sadu-ceos, quienes se apoderaron de los apóstoles aun dentro de los sagrados confines del templo, "resentidos de que enseñasen al pueblo, y anunciasen en Jesús la resurrección de los muertos". San Pablo ofendía por el celo con que predicaba la resurrección, como lo hace constar su contienda con ciertos filósofos de los epicúreos y los estoicos: "Y algunos . . . disputaban con él; y unos decían: ¿Qué quiere decir este palabrero? Y otros: Parece que es predicador de nuevos dioses: porque les predicaba a Jesús y la resurrección." Continuó la discusión en el cerro de Marte o Areópago, donde el apóstol predicó el evangelio del Dios verdadero y viviente, y la doctrina de la resurrección. "Y así como oyeron de la resurrección de los muertos, unos se burlaban, y otros decían: Te oiremos acerca de esto otra vez." La misma verdad le declaró a Félix, el gobernador de Judea,[P] y cuando lo llevaron atado ante el rey Agripa, preguntó, como si se tratara de una de las acusaciones principales en contra de él: "¡Qué! ¿Júzgase cosa increíble entre vosotros que Dios resucite los muertos?"

La resurrección fué uno de los temas favoritos de San Pablo, y en sus epístolas a los santos se refería a ella frecuente y prominentemente. El también nos hace saber que se va a observar cierta precedencia en la resurrección: "Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adam todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Mas cada uno en su orden: Cristo las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida."

Expresamente se afirma que muchos sepulcros entregarán sus muertos al tiempo del advenimiento glorioso de Cristo, y que los justos que han dormido, junto con muchos que no habrán muerto, serán arrebatados para recibir al Señor. Esto fué escrito a los santos de Tesa-lónica: "Así también traerá Dios con él a los que durmieron en Jesús . . . Porque el mismo Señor con aclamación, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero: luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, juntamente con ellos seremos arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire."

A los tres discípulos nefitas que habían pedido la bendición de Juan, el apóstol amado, Cristo prometió: "Y nunca padeceréis los dolores de la muerte; sino que cuando yo venga en mi gloria, seréis cambiados de la mortalidad a la inmortalidad en un abrir y cerrar de ojos".

Por medio de la revelación de los postreros días, el Señor ha dicho: "He aquí, vendré; y me verán en las nubes del cielo, investido con poder y gran gloria, con todos los santos ángeles; y el que no me esté esperando, será desarraigado. Pero antes que cayere el brazo del Señor, un ángel sonará su trompeta, y los santos que hubieren dormido saldrán para recibirme en la nube." Respecto de las muchas señales y prodigios que acompañarán la gloriosa venida del Señor, hallamos esta descripción parcial: "Y la faz del Señor será descubierta.

Y los santos que se hallen sobre la tierra, que estén vivos, serán vivificados y arrebatados para recibirlo.

Y aquellos que han dormido en sus sepulcros saldrán, porque sus sepulcros serán abiertos; y ellos también serán arrebatados para recibirlo en medio del pilar del cielo. Ellos son de Cristo, las primicias, los que con él descenderán primero, y los que se encuentren en la tierra y en sus sepulcros, quienes son los primeros que

serán arrebatados para recibirlo."

Estas son algunas de las glorias que han de acompañar la resurrección de los justos. En esta santa compañía quedarán incluidos todos aquellos que fielmente han vivido de acuerdo con las leyes de Dios, hasta donde las han conocido, los niños que han muerto en su inocencia y aun los justos de entre las naciones paganas que vivieron en obscuridad comparativa mientras buscaban palpando la luz, y murieron en la ignorancia. La revelación moderna aclara esta doctrina: "Y entonces serán redimidas las naciones paganas, y los que no conocieron ninguna ley tendrán parte en la primera resurrección." El Milenio, pues, será inaugurado con el glorioso rescate de los justos del poder de la muerte; y se ha escrito de esta compañía de los redimidos: "Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección: la segunda muerte no tiene potestad en éstos; antes serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años."

La Resurrección Final.—"Mas los otros muertos no tornaron a vivir hasta que sean cumplidos mil años."[a] Así testifica el Revelador después de haber descrito las gloriosas bendiciones de los justos que tendrán parte en la primera resurrección. Los injustos serán llamados al juicio de condenación, cuando el mundo regenerado esté listo para ser presentado al Padre.

Es muy notable el contraste entre aquellos cuya participación en la primera resurrección es segura, y aquellos cuyo destino es esperar hasta el tiempo del juicio final; y no hay pasaje de las Escrituras que lo atenué. Nos es dicho que hacemos bien en llorar por los que mueren, "y más particularmente por aquellos que no tienen esperanza de una resurrección gloriosa".[0] En la época actual se ha oído la voz de Jesucristo advertir solemnemente: "Escuchad, porque, he aquí, el gran día del Señor está a las puertas. Porque el día viene cuando el Señor hablará desde el cielo; los cielos se estremecerán y la tierra temblará, y sonará la trompeta de Dios a gran voz y luengamente, y dirá a las naciones dormidas: ¡Levantaos, santos, y vivid; quedaos, pecadores, y dormid hasta que os llame otra vez!"

Juan nos pinta de esta manera el cuadro final: "Y vi los muertos, grandes y pequeños, que estaban delante de Dios; y los libros fueron abiertos: y otro libro fué abierto, el cual es de la vida: y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar dió los muertos que estaban en él; y la muerte y el infierno dieron los muertos que estaban en ellos; y fué hecho juicio de cada uno según sus obras." [e] Como las Escrituras conclusivamente lo demuestran, la resurrección ha de ser universal. Aun cuando es cierto que los muertos se levantarán por orden, cada cual conforme a su preparación para una época primera o postrera, sin embargo, todo aquel que ha vivido en la carne tomará de nuevo su cuerpo; y reunidos su espíritu y cuerpo, será entonces juzgado.

El Libro de Mormón ofrece una descripción precisa de la resurrección literal y universal: "Hay pues una muerte que se llama la muerte temporal; y la muerte de Cristo desatará las ligaduras de esta muerte temporal para que todos se levanten de ella. El cuerpo y el espíritu serán reunidos otra vez en su perfecta forma; los miembros así como las coyunturas se verán restableciclos a su propia forma, tal como nos hallamos ahora; y seremos llevados ante Dios; y conoceremos como ahora conocemos, y tendremos un vivo conocimiento de toda nuestra culpa. Esta restauración vendrá sobre todos, sean viejos o jóvenes, esclavos o libres, varones o hembras, malvados o justos; y no se perderá ni un solo pelo de sus cabezas, sino que todo será restablecido a su perfecta forma, o en el cuerpo, cual se encuentra ahora; e irán para comparecer ante el tribunal de Cristo el Hijo, y Dios el Padre, y el Espíritu Santo, que es un eterno Dios, para ser juzgados según sus obras, sean buenas o malas. He aquí, te he hablado acerca de la muerte del cuerpo mortal, y también de la resurrección del cuerpo mortal. Te digo que este cuerpo mortal se levantará cuerpo inmortal, es decir, de la muerte, sí, de la primera muerte a vida".

Considérese también lo siguiente: "La muerte de Cristo efectúa la resurrección, por medio de la cual viene una redención de un sueño eterno, del que todos los hombres despertarán, por el poder de Dios, cuando suene la trompeta; y saldrán, grandes así como pequeños, y se presentarán ante el tribunal de Dios, redimidos y libres de esta eterna cadena de la muerte, que es una muerte temporal. Entonces se pronunciará el juicio del Santo sobre ellos; y entonces será cuando el que es impuro continuará en su impureza, y el que es justo continuará en su justicia; el que es feliz permanecerá feliz, y el que es miserable continuará en su miseria".

La palabra de la verdad revelada ha ensanchado hasta este punto nuestro conocimiento concerniente al destino de la raza humana. Aparte de la regeneración de la tierra y del juicio final de justos e inicuos, muy poco sabemos, salvo que se ha proveído un plan de progreso eterno.

REFERENCIAS

La Tierra Regenerada

Yo crío nuevos cielos y nueva tierra—Isa. 65:17; véase también 51:16 y 66:22; 2 Pedro 3:13; léanse los versículos 4-13. Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra se fueron—Apo. 21:1; véase también Ether 13:9. La tierra obedece la ley de un reino celestial y será revivificada —D. y C. 88:25, 26. Los justos recibirán la tierra por heredad—D. y C. 45:58; véase también 56:20. Todas las cosas viejas pasarán, y todo será nuevo, aun el cielo y la tierra—D. y C. 29:24; véase también 101:24. La tierra en su estado santificado, inmortal y eterno—D. y C. 77:1. Esta tierra en su estado santificado e inmortal, llegará a ser semejante al cristal, y será un Urim y Tumim—D. y C. 130:9. Condición bendita de los habitantes de la tierra santificada— D. y G. 101:26-31; compárese con Isa. 65:20-25. Reinará aquel cuyo derecho es reinar—D. y C. 58:22. El Señor mostró a Enoc todas las cosas, aun hasta el fin del mundo, y vio la redención de los justos—Moisés 7:67.

La Resurrección de los Muertos

Aun he de ver en mi carne a Dios—Job 19:26; véanse también los versículos 25 y 27, y 14:13, 14. Dios redimirá mi vida del poder de la sepultura—Sal. 49:15. Tus muertos vivirán; junto con mi cuerpo muerto resucitarán —Isa. 26:19; véase también 25:8. La visión de Ezequiel del valle de huesos secos y la resurrección que vendría—Eze. 37:1-14. Muchos serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua—Dan. 12:2. De la mano del sepulcro los redimiré; librarélos de la muerte— Oseas 13:14. Dios no es Dios de muertos, sino de vivos—Mat. 22:32; léanse los versículos 23-32. Te será recompensado en la resurrección de los justos—Lucas 14:14. Porque como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida—el Padre dió al Hijo que tuviese vida en sí mismo—todos los que estaban en los sepulcros oirían su voz, y saldrían: algunos a resurrección de vida, y otros a resurrección de condenación—Juan 5:21-29. La promesa del Señor de resucitar a los justos de la muerte— Juan 6:35-64. Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá—Juan 11:23. Cristo predice su propia muerte y resurrección: declaró a los discípulos que sería muerto y resucitaría al tercer día— Mat. 16:21; véase también 17:22, 23; 20:17-19; Marcos 8:31; 9:9; Lucas 18:31-34; Juan 2:19-22; 12:23-33. Otras predicciones de la resurrección de Cristo: Sufre esto a fin de que todos los hombres resuciten—2 Nefi 9 :22. Pero he aquí, la resurrección de Cristo redime al género humano —Helarnán 14:17. Cristo llevará a efecto la resurrección de los muertos—Mosíah 15:20. El Mesías da su vida y la vuelve a tomar para efectuar la resurrección de los muertos-2 Nefi 2:8, 9. Le son reveladas a Enoc la muerte y resurrección del Señor—Moisés 7:55-57.

Realidad de la Resurrección de Cristo

El ángel junto al sepulcro dijo: No está aquí; porque ha resucitado, como dijo—Mat. 28:6; léanse los versículos 5-18. Buscáis a Jesús Nazareno, el que fue crucificado; resucitado ha; no está aquí—Marcos 16:6; léanse los versículos 1-14. Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón —Lucas 24:34; léanse los versículos 30-46. El Señor levantado apareció a los discípulos en Jerusalén, y mostróles las manos y su costado—Juan 20:19, 20; léanse los versículos 15-29. Yo soy el que vivo, y he sido muerto—Apo. 1:18. El Señor resucitado apareció a los nefitas, y el Padre lo proclamó—3 Nefi 11:7. Mostró al pueblo las heridas que recibió de los que lo crucificaron—versículos 14-16; véase también el versículo 11. Uno que sea hecho testigo con nosotros de su resurrección— Hechos 1:22. Al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte—Hechos 2:24; léanse los versículos 22-32. Que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos—Hechos 24:15. ¿Júzgase cosa increíble entre vosotros que Dios resucite los muertos?—Hechos 26:8; véase también el versículo 23. Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó— Rom. 8:34; véase también 14:9; 1 Cor. 6:14. El testimonio de San Pablo que Cristo murió, fué sepultado y de nuevo resucitó—1 Cor. 15:3-8; léanse los versículos 3-55; véase también 2 Cor. 4:14. Cristo, el primogénito de los muertos-—Col. 1:18; Apo. 1:5; véase también Hechos 26:23; primicias de los que durmieron—1 Cor. 15:20. Y se ha levantado de nuevo de los muertos—D. y C. 18:12; véase también 20:23.

Resurrecciones Pasadas y Futuras en su Orden Establecido

Y abriéronse los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido se levantaron—Mat. 27:52, 53; compárese con Helamán 14:25; 3 Nefi 23:9. Resurrecciones entre los nefitas, inmediatamente después de la de Cristo—3 Nefi 23:11; léanse los versículos 9-13. surrección de justos e injustos—Dan. 12:2; Juan 5:29; Hechos 24:15; Alma 33:22; Helamán 14:18; Mormón 7:6; D. y C. 76:15-17, 39, 50, 65, 85;

43:18. uellos que han dormido en sus sepulcros saldrán—D. y C. 88:97; 133:56; el resto de los muertos no volverán a vivir sino hasta que pasen los mil años—88:101. La inteligencia que logramos en esta vida se levanta con nosotros en la resurrección—D. y C. 130:18. Sólo los contratos y convenios que son ligados por la eternidad serán reconocidos después de la resurrección—D. y C. 132:7. Todos serán resucitados, mas cada hombre en su orden—1 Cor. 15:22, 23; léanse también los versículos 22-24. El estado del alma entre la muerte y la resurrección—Alma, cap. 40.

CAPITULO 22
LIBERTAD Y TOLERANCIA RELIGIOSAS

Artículo 11.—Nosotros reclamamos el derecho de adorar a Dios Todopoderoso conforme a los dictados de nuestra propia conciencia, y concedemos a todos los hombres el mismo privilegio: adoren cómo, dónde o lo que deseen.

El Derecho del Hombre de Adorar Sin Restricción.— Los Santos de los Últimos Días declaran que se adhieren incondicionalmente a los principios de libertad y tolerancia religiosas. Afirman que la libertad de adorar a Dios conforme a los dictados de la conciencia es uno de los derechos inherentes e inalienables de la humanidad. Los inspirados fraguadores de la constitución norteamericana proclamaron al mundo, como verdad patente, que el común patrimonio del género humano le otorga a todo individuo el derecho a la vida, la libertad y la felicidad. Para aquel a quien le es negada la libertad de adorar como desea, la felicidad es cosa extraña, la libertad sólo un nombre y la vida un desengaño. Ninguna persona que siente respeto hacia Dios puede estar conforme si lo restringen en el cumplimiento del deber más noble de su existencia. ¿Podría uno ser feliz, aunque viviera en un palacio, rodeado de toda comodidad material y toda facilidad para su placer intelectual, si se le impidiera comunicarse con el ser que más amara?

¿Qué es Adoración?—La derivación de la palabra ofrece una respuesta. Se compone de dos voces latinas, ad, que quiere decir a o hacia, y orare, cuyo significado es el mismo que orar, en castellano. La indicación es, entonces, orar hada, orar a cierto objeto. La capacidad del individuo para adorar. Dará orar a, depende de cómo entiende el mérito con que está revestido el objeto de su reverencia. La habilidad del hombre para adorar constituye la medida de su conocimiento de Dios. Cuanto más completa esta interpretación y más íntima la comunicación entre Dios y el adorador, tanto más completo y sincero será su homenaje. Cuando decimos que uno adora lo bueno, lo hermoso, lo verdadero, queremos decir que ese hombre tiene un concepto más profundo del mérito que señala el objeto de su adoración, que otro cuya percepción no tiende a hacerlo reverenciar esas virtudes ennoblecedoras.

De manera que el hombre adorará conforme al concepto que tenga de los poderes y atributos divinos; y dicho concepto se aproxima al verdadero en proporción a la luz espiritual que ha recibido. No puede haber adoración verdadera donde no hay reverencia o amor hacia el objeto. Esta reverencia podrá estar mal fundada; la adoración podrá ser una especie de idolatría; el objeto podrá, por cierto, carecer de mérito; sin embargo, debe decirse que el devoto está adorando, si su conciencia ha revestido al ídolo con ese atributo de mérito. Hemos hablado de "adoración verdadera", aunque la expresión es un pleonasmo. Adoración, como se ha afirmado ya, es la reverencia, nacida del corazón, que se le tributa al objeto como consecuencia de un concepto sincero que se tiene de su mérito; si la manifestación de reverencia es ocasionada por una convicción inferior, no es sino una imitación. Puede ser tachada de falsa tal adoración, si así se desea, pero téngase presente que la adoración es por fuerza verdadera; no es menester añadir un adjetivo a la palabra para ampliar su significado o atestiguar su legitimidad. Adoración, así como la oración, no es cosa de forma. No consiste en postura, ni en ademanes, ni en rituales o credos. Se puede rendir la más profunda adoración sin ninguno de los accesorios artificiales de la ritualidad: puede servir de altar la piedra del desierto; los picos de los collados eternos son como torres de templos; la bóveda del cielo es, de todas las cúpulas de catedrales, la más admirable.

El hombre es, en su corazón, expresión parcial de lo que adora. El salvaje que no conoce mayor triunfo que el de la sangrienta victoria sobre su enemigo, que considera las hazañas y la fuerza física como las cualidades más deseables de su raza y quien ve en la venganza y la represalia las gratificaciones de la vida, atribuye estas cualidades a su dios, y le tributa su más profunda reverencia en sanguinarios sacrificios. Las repugnantes prácticas de la idolatría emanan de los pervertidos conceptos que se tienen del mérito humano, y se reflejan en las horrendas creaciones, inspiradas del diablo y fabricadas por el hombre, que hacen llamar deidades. Por otro lado, el hombre cuya alma iluminada ha recibido la impresión del amor puro e inmaculado atribuirá a su Dios las cualidades de ternura y cariño, y dirá en su corazón: "Dios es amor". Por consiguiente, el conocimiento es esencial a la adoración; el hombre no puede, en la ignorancia, servir a Dios como conviene, y cuanto mayor su conocimiento de la personalidad divina, tanto más completa y verdadera será su adoración. Puede aprender a conocer al Padre, y al Hijo que fué enviado; y este conocimiento es la garantía que el hombre tiene de la vida eterna.

Adoración es el homenaje voluntario del alma. Por compulsión, o para fines de ostentación, uno podrá hipócritamente cumplir con todas la ceremonias exteriores de un sistema establecido de adoración; podrá recitar las palabras de oraciones prescritas y profesar un credo con los labios. Sin embargo, este intento no es sino burlarse de la adoración, y la práctica, un pecado. Dios no pide homenaje maldispuesto ni alabanza forzada. Se acepta el formalismo en la adoración únicamente al grado que lo acompaña una devoción inteligente, y es genuino sólo cuando sirve de ayuda a la devoción espiritual que conduce a la comunicación con Dios. La oración expresada no es sino un sonido hueco, si en todo sentido no es una indicación del volumen del justo anhelo del alma. Las comunicaciones que van dirigidas al Trono de la Gracia deben llevar el sello de la sinceridad, si es que van a llegar a su exaltado destino. La forma de adoración más aceptada es aquella que se basa en un cumplimiento ilimitado de las leyes de Dios, según el adorador se va enterando del significado de ellas.

Intolerancia Religiosa.—La Iglesia sostiene que el derecho de adorar conforme a los dictados de la conciencia es algo que el hombre ha recibido de una autoridad superior a cualquiera que hay en el mundo, y, por tanto, ningún poder terrenal puede impedir, con justicia, su ejercicio. Los Santos de los Últimos Días tienen por inspirado el decreto constitucional que defiende la libertad religiosa en los Estados Unidos norteamericanos: que jamás se expedirá ninguna ley "concerniente al establecimiento de religión, o que prohiba el libre ejercicio de la misma"; y con toda confianza creen que al irse extendiendo la luz por todo el mundo, toda nación ofrecerá una garantía semejante. La intolerancia ha sido el mayor obstáculo del progreso en todas las épocas; sin embargo, bajo el manto aterciopelado de un celo religioso pervertido, las naciones, mientras se jactan de su civilización, y los que profesan ser ministros del Evangelio de Cristo han manchado las páginas de la historia del mundo con el relato de tan atroces actos de persecución que arrancan lágrimas a los cielos. En este sentido, el así llamado cristianismo debería esconder la cara de vergüenza ante las crónicas de la tolerancia pagana. Mientras Roma fué, bien que arrogantemente pero con toda eficacia, el ama del mundo, concedió a sus subditos vencidos el derecho de la libertad de culto, exigiéndoles solamente que se refrenaran de molestar a otros o a sí mismos en el ejercicio de dicha libertad.

Los hijos de Israel prosperaron, mientras efectivamente fueron adoradores de Jehová; pero no tardaron en hacerse intolerantes, considerándose seguros de una posición exaltada, y despreciando como inferiores a todos aquellos que no eran del pueblo del pacto. Durante su ministerio entre ellos, Cristo vió con tristeza compasiva la esclavitud espiritual e intelectual de aquellos tiempos, y les declaró la palabra salvadora: "La verdad os libertará". Oyendo esto, ciertos provocadores, justificadores de sí mismos, se airaron y respondieron con jactancia: "Simiente de Abraham somos, y jamás servimos a nadie: ¿cómo dices tú: Seréis libres?" Entonces el Maestro censuró su fanatismo: "Sé que sois simiente de Abraham, mas procuráis matarme, porque mi palabra no cabe en vosotros."

No debe causar mucho asombro el que los primeros cristianos, llenos de celo por la nueva fe en que se habían bautizado, y recién convertidos de la idolatría y supersticiones paganas, se hayan considerado superiores al resto del género humano que aún yacía en las tinieblas y la ignorancia. Aun San Juan, conocido tradicionalmente como el Apóstol de Amor, pero quien, sin embargo, junto con su hermano Santiago, recibió del Señor el sobrenombre Boanerges, o Hijos del Trueno, manifestó intolerancia así como rencor hacia aquellos que no seguían su camino; y en más de una ocasión fué reprendido por su Maestro. Notemos este suceso: "Y respondióle Juan, diciendo: Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba fuera los demonios, el cual no nos sigue; y se lo prohibimos, porque no nos sigue. Y Jesús dijo: No se lo prohibáis; porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre que luego pueda decir mal de mí. Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es. Y cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, de cierto os digo que no perderá su recompensa." En otra ocasión, mientras viajaban con su Señor por Samaría, los apóstoles Santiago y Juan se enojaron por la falta de respeto de los samaritanos hacia el Maestro, y le imploraron que les permitiese llamar fuego del cielo para consumir a los incrédulos; pero el Señor inmediatamente corrigió su deseo vengativo, diciéndoles: "Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas."

Las Escrituras Ni Autorizan Ni Apoyan la Intolerancia.—Las enseñanzas de nuestro Señor exhalan el espíritu de indulgencia y amor, aun hacia los enemigos. Toleró, pero sin aprobar, a los paganos en sus prácticas idólatras; a los samaritanos y sus costumbres degeneradas de adorar; a los Saduceos, amantes de los lujos, y a los Fariseos, ceñidos a la ley. Ni contra los enemigos permitió el odio. Sus instrucciones fueron: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos: que hace que su sol salga sobre malos y

buenos, y llueve sobre justos e injustos."[1] Mandó a los Doce saludar con su bendición la casa donde solicitaran hospedaje. Muy cierto, si el pueblo los rechazaba a ellos y el mensaje, tendría que sobrevenir una retribución; sin embargo, la imposición de este anatema habría de ser prerrogativa divina. En la parábola del trigo y la cizaña, Cristo enseñó la misma lección de la indulgencia. Los siervos ansiosos querían arrancar la hierba en el acto, pero les fue prohibido porque no arrancasen con ella el trigo, y se les aseguró que se efectuaría una separación al tiempo de la cosecha.

A pesar del sobresaliente espíritu de tolerancia y amor que tan palpablemente se manifiesta en las enseñanzas del Salvador y sus apóstoles, se ha intentado justificar la intolerancia y la persecución por medio de las Escrituras. A las duras palabras de San Pablo a los Gála-tas se ha dado una interpretación enteramente distinta del espíritu que las provocó. Amonestando a los santos en contra de los falsos maestros, dijo así: "Como antes hemos dicho, también ahora decimos otra vez: Si alguno os anunciare otro evangelio del que habéis recibido, sea anatema." Basándose en esta enérgica advertencia y denunciación, algunos han tratado de justificar la persecución por motivo de diferencias de religión; pero esta interpretación errada debe imputarse a la lectura superficial y el prejuicio inicuo. ¿Acaso no fué, o no es lógico decir que cualquier hombre o grupo de hombres, cualquier secta, denominación o iglesia que predica sus propios conceptos como el Evangelio auténtico de Jesucristo, incurre en una blasfemia y merece la maldición de Dios? San Pablo inequívocamente expresa la naturaleza del evangelio que con tanto brío defendió, como lo hacen constar sus siguientes palabras: "Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio que ha sido anunciado por mí, no es según hombre; pues ni yo lo recibí, ni lo aprendí de hombre, sino por revelación de Jesucristo." Téngase presente que al Señor corresponden la venganza y la retribución.

La intención de las palabras de consejo que San Juan dirigió a la señora elegida también ha sido pervertida, y los perseguidores y fanáticos han convertido en refugio las enseñanzas del autor de la epístola. Previniéndola contra los ministros del Anticristo que afanosamente diseminaban sus herejías, el apóstol escribió: "Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡bienvenido! Porque el que le dice bienvenido, comunica con sus malas obras." Ninguna interpretación justa puede hallar en estas palabras licencia para la intolerancia, la persecución y el odio.

Un renombrado escritor cristiano de nuestros días ha presentado con lucidez y vigor el verdadero significado del apóstol. Después de lamentar "la estrecha intolerancia de un dogmatismo ignorante", dice lo siguiente: "El Apóstol de Amor habría contradicho todas las cosas sublimes de sus propias enseñanzas si a sabiendas hubiera disculpado, más aún, fomentado la furiosa intolerancia . . . Por otro lado, esta expresión incidental de la breve epístola de San Juan no se presta a tan enorme perversión. Lo que San Juan en verdad dice, y realmente da a entender, es algo completamente diferente. Abundaban los falsos maestros, quienes, profesando ser cristianos, despojaban a la naturaleza de Cristo de todo aquello que daba su eficacia a la expiación y su significado a la encarnación. Estos maestros, así como otros misioneros cristianos, viajaban de pueblo en pueblo y, no habiendo mesones públicos, se hospedaban en las casas de los convertidos cristianos. San Juan amonesta a esta señora cristiana a quien se dirige, que con ofrecer su hospitalidad a aquellos peligrosos emisarios que corrompían las verdades fundamentales del cristianismo, estaría manifestándoles públicamente su aprobación; y haciendo eso y deseándoles felicidades, ella tomaría parte directa en el perjuicio que causaban. Esto es razonable, y no hay en ello ninguna falta de benevolencia. Nadie está obligado a apoyar la propagación de enseñanzas que tiene por erróneas, en lo que respecta a las doctrinas más esenciales de su propia fe. Menos oportuno habría resultado hacer esto en los días cuando los centros cristianos eran tan pequeños y débiles. Pero interpretar estas palabras como casi en todas las edades las han interpretado—pervirtiéndolas en una especie de mandamiento de exagerar las pequeñas diferencias en opiniones religiosas, y perseguir a aquellos cuyas opiniones no concuerdan con las nuestras — convertir nuestras ideas en prueba conclusiva de la herejía, y decir, como Corne-lio a Lapide, que estas palabras condenan 'toda conversación, toda relación, todo trato con herejes', es interpretar las Escrituras con el deslumbramiento de la parcialidad y la vanidad espiritual, y no leerlas a la luz del amor santo."

Tolerancia No es Aceptación.—La flaqueza humana de pasar de un extremo a otro, en lo que concierne a pensamientos y hechos, pocos ejemplos más notorios puede hallar que aquellos en que se ven las relaciones del hombre con sus semejantes en asuntos religiosos. Por un lado, está propenso a juzgar que la fe de otros no solamente es inferior a la suya, sino que ni siquiera merece ser respetada; o, por otro lado, se hace creer a sí mismo que para todas las sectas hay igual justificación en cuanto a sus enseñanzas y prácticas, y por tanto, no existe un orden distintamente verdadero de religión. En ningún sentido es incompatible el que los Santos de los Últimos Días proclamen con valor la convicción de que su Iglesia es la aceptada, la única que merece la

designación "Iglesia de Jesucristo", el único repositorio terrenal del Sacerdocio eterno en la época actual, y sin embargo, que estén tan bien dispuestos a ser benevolentes y a reconocer la sinceridad de propósito de toda alma o secta que honradamente profesa a Cristo, o que simplemente muestra respeto hacia la verdad y manifiesta un deseo sincero de vivir de acuerdo con la luz que ha recibido. La fidelidad del autor de la presente obra a la Iglesia que ha elegido se basa sobre una convicción de la validez y legitimidad de su alta afirmación de ser la única Iglesia que posee la autoridad dada por Dios. Sin embargo, considera otras sectas como sinceras hasta que manifiesten lo contrario, y está dispuesto a defenderlas en sus derechos.

José Smith, el primer profeta de la dispensación actual, reprendiendo a algunos de los hermanos por mostrarse intolerantes hacia las creencias que otros estimaban, les enseñó que hasta el idólatra debería ser protegido en su adoración; que, aun cuando era el riguroso deber de cualquier cristiano encauzar sus esfuerzos a la instrucción de almas tan extraviadas, no habría justificación para que por la fuerza se privara aun a los paganos de su libertad de adorar. En la vista de Dios la idolatría es sumamente detestable; sin embargo, él es tolerante con aquellos que, no conociéndolo, ceden a su instinto heredado de adorar y rinden homenaje aun a los palos y las piedras. Por grave que le parezca a aquel a quien ha llegado la luz, el pecado de la adoración de ídolos, aquello podrá representar, para el salvaje, la adoración más sincera de que es capaz. La voz del Señor ha declarado que los paganos que no han conocido ninguna ley tendrán parte en la primera resurrección.

El Hombre es Responsable de sus Hechos.—La ilimitada liberalidad y tolerancia que la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días extiende a otras denominaciones religiosas, y las enseñanzas de la Iglesia relativas a la certeza de la redención final de todos los hombres — salvo los cuantos que habrán cometido el pecado imperdonable, por lo que han llegado a ser hijos de Perdición — pueden sugerir la errónea conclusión de que nosotros creemos que todos los redimidos recibirán igual poder, privilegios y gloria en el reino de los cielos. Todo lo contrario, la Iglesia proclama la doctrina de muchos y diversos grados de gloria que los redimidos heredarán conforme a sus méritos. Nosotros no creemos en ningún plan general de perdón o recompensa universales, mediante el cual todos aquellos que cometieron pecados, ya graves ya leves, quedarán exentos de los efectos de sus hechos, mientras que por otro lado, los justos son recibidos en el cielo, todos glorificados en igual medida. Como se ha dicho ya, los paganos, cuyos pecados son los de la ignorancia, se levantarán con los justos en la primera resurrección; mas esto no indica que esos hijos de razas menos civilizadas van a heredar la gloria preparada para los capaces, los valientes y fieles en la causa de Dios sobre la tierra.

Nuestra condición en el mundo venidero será estrictamente una consecuencia de la vida que llevemos durante esta probación, así como sabemos, por la luz de la verdad revelada sobre el estado preexistente, que nuestra situación actual queda determinada por la fidelidad que manifestamos en nuestro primer estado. Las Escrituras declaran que el hombre segará el fruto natural de sus hechos durante su vida, sean buenos o sean malos, o como lo ha expresado el Padre en el eficaz lenguaje con que anima y aconseja a sus débiles hijos: Cada uno será premiado o castigado según sus obras. En la eternidad el hombre disfrutará o abominará "el fruto de sus manos".

Glorías Graduadas.—Las enseñanzas de Cristo indican que los privilegios y glorias del cielo serán graduados para corresponder a las varias capacidades de los bienaventurados. A los apóstoles expresó: "En la casa de mi Padre muchas moradas hay: de otra manera os lo hubiera dicho: voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere, y os aparejare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo: para que donde yo estoy, vosotros también estéis."

Esta declaración es reforzada por las palabras de San Pablo, quien en estos términos habla de condiciones graduadas en la resurrección: "Y cuerpos hay celestiales, y cuerpos terrestres; mas ciertamente una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrestres. Otra es la gloria del sol, y otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas: porque una estrella es diferente de otra en gloria. Así también es la resurrección de los muertos." [q]

En la dispensación actual se ha impartido un conocimiento más completo de este tema. Una revelación dada en 1832[r] nos hace saber que se han establecido tres grandes reinos o grados de gloria, conocidos como el Celestial, el Terrestre y el Telestial. Muy lejos del último y más pequeño de éstos, queda el estado de castigo eterno preparado para los hijos de Perdición.

La Gloria Celestial es para aquellos que merecen los honores más altos del cielo. En la revelación ya mencionada leemos: "Estos son los que recibieron el testimonio de Jesús, y creyeron en su nombre, y fueron bautizados según la manera de su entierro, siendo sepultados en el agua en su nombre — y esto de acuerdo con el mandamiento que él ha dado, de que por guardar los mandamientos pudiesen ser lavados y limpiados de todos

sus pecados, y recibir el Espíritu Santo por la imposición de las manos de aquel que ha sido ordenado y confirmado para ejercer este poder—y son los que vencen por la fe, y los que sella el Santo Espíritu de la promesa, el cual el Padre derrama sobre todos los que son justos y fieles. Ellos son la Iglesia del Primogénito. Son aquellos en cuyas manos el Padre ha entregado todas las cosas—son sacerdotes y reyes, quienes han recibido de su plenitud y de su gloria, y son sacerdotes del Altísimo, según el orden de Melquisedec, que fué según el orden de Enoc, que fué según el orden del Hijo Unigénito. De modo que, como está escrito, ellos son dioses, aun los hijos de Dios — por consiguiente, todas las cosas son suyas, sea vida o muerte, cosas presentes o cosas futuras, todas son suyas, y ellos son de Cristo, y Cristo es de Dios . . . Estos morarán en la presencia de Dios y de su Cristo para siempre jamás. Son los que él traerá consigo cuando venga en las nubes del cielo para reinar en la tierra sobre su pueblo. Estos son los que tendrán parte en la primera resurrección, y quienes saldrán en la resurrección de los justos. . . . Son hombres justos hechos perfectos mediante Jesús, el mediador del nuevo convenio, quien obró esta perfecta expiación derramando su propia sangre. Son aquellos cuyos cuerpos son celestiales, cuya gloria es la del sol, aun la gloria de Dios, el más alto de todos, de cuya gloria está escrito que el sol del firmamento es típico."

La Gloria Terrestre.—Habrá muchos, cuyas obras no merecen el óptimo premio, que alcanzarán este grado menor. Leemos que éstos "son los de lo terrestre, cuya gloria se distingue de la gloria de la Iglesia del Primogénito, quienes han recibido de la plenitud del Padre, aun así como la gloria de la luna es diferente de la del sol en el firmamento. He aquí, éstos son los que murieron sin ley; y son también los espíritus encerrados en prisión, a quienes visitó el Hijo y predicó el evangelio, para que pudieran ser juzgados según los hombres en la carne; los que no recibieron el testimonio de Jesús en la carne, mas después lo recibieron. Estos son los hombres honorables de la tierra que fueron cegados por las artimañas de los hombres. Estos son los que reciben de su gloria, mas no de su plenitud; los que reciben de la presencia del Hijo, mas no de la plenitud del Padre. Por consiguiente, son cuerpos terrestres y no son cuerpos celestiales, y difieren en gloria como la luna es diferente del sol. Estos no son valientes por el testimonio de Jesús; así que, no obtienen la corona en el reino de nuestro Dios."

La Gloria Telestial.—La revelación sigue diciendo: "Y además, vimos la gloria de lo telestial, que es la gloria de lo menor, así como la gloria de las estrellas es diferente de la gloria de la luna en el firmamento. Estos son los que no recibieron el evangelio de Cristo, ni el testimonio de Jesús; los que no niegan al Espíritu Santo; los que son arrojados al infierno. Estos son los que no serán redimidos del diablo, sino hasta la última resurrección, hasta que el Señor, aun Cristo el Cordero, haya cumplido su obra." También se nos informa que los habitantes de este reino van a ser divididos en grados, pues se componen de todos los indoctos de las diversas sectas y divisiones contendientes de los hombres, y de los pecadores de muchas clases cuyas ofensas no son de completa perdición: "Porque como una estrella es diferente de otra en gloria, aun así difieren uno y otro en gloria en el mundo telestial; porque son los que dicen ser de Pablo, y de Apolos, y de Cefas; aquellos que declaran ser unos de uno y otros de otro—algunos de Cristo, otros de Juan, unos de Esaías, otros de Elias, éstos de Moisés, ésos de Isaías, aquéllos de Enoc—mas no recibieron el evangelio, ni el testimonio de Jesús, ni a los profetas, ni el convenio sempiterno." Evidentemente, una parte muy considerable de la familia humana no alcanzará más gloria que la de un reino telestial, porque nos es dicho: "Mas, he aquí, vimos la gloria de los habitantes del mundo telestial, y eran tan innumerables como las estrellas en el firmamento del cielo, o las arenas sobre las playas del mar." Por tanto, no son desechados totalmente; cada uno de sus méritos será respetado: "Porque serán juzgados de acuerdo con sus obras, y cada hombre recibirá, conforme a sus propias obras, su dominio correspondiente en las mansiones que son preparadas; y serán siervos del Altísimo; mas a donde Dios y Cristo moran, no podrán venir, mundos sin fin."

El hecho de que toda alma hallará su lugar en la otra vida, y que será juzgada y asignada de conformidad con lo que es, concuerda con las Escrituras así como con la razón. Heredará según su capacidad para recibir, disfrutar y utilizar. Una revelación, dada en 1832, aclara esto sublimemente: "Porque el que no puede sujetarse a la ley de un reino celestial, no puede sufrir una gloria celestial. Y el que no puede sujetarse a la ley de un reino terrestre, no puede sufrir una gloria terrestre. Y el que no puede sujetarse a la ley de un reino telestial, no puede sufrir una gloria telestial, por tanto, no es digno de un reino de gloria. Por consiguiente, tendrá que sufrir un reino que no es de gloria."

Los Reinos Con Respecto el Uno del Otro.-Los tres reinos de glorias tan diversas están individualmente organizados conforme a un plan de graduación. En el reino telestial hay subdivisiones; lo mismo sucede, según nos es dicho, en el celestial, y, por analogía, concluímos que una condición similar prevalece en el terrestre. De

manera que se ha dispuesto una infinidad de glorias graduadas para los innumerables grados de mérito entre los del género humano. El reino celestial será infinitamente honrado con el ministerio personal del Padre y del Hijo; por conducto del más alto será administrado el reino terrestre, sin una plenitud de gloria, mientras que el telestial será gobernado por ministración del terrestre, por conducto de "ángeles que son nombrados para ejercer su ministerio en favor de ellos".

A falta de revelación directa, sin la cual no se puede tener conocimiento absoluto del asunto, es razonable creer que de acuerdo con el plan de Dios de progreso eterno, habrá desarrollo dentro de cada uno de los tres reinos designados. Sin embargo, en cuanto a la posibilidad de progresar de un reino a otro, las Escrituras no hacen ninguna afirmación positiva. Es concebible el progreso eterno por diversas líneas. Podemos concluir que los grados y divisiones serán para siempre una de las características de los reinos de nuestro Dios. La eternidad es progresiva; la perfección, relativa. El atributo esencial del propósito viviente de Dios es el poder de aumento eterno que lo acompaña.

Los Hijos de Perdición.—Tenemos conocimiento de otra clase de almas cuyos pecados los dejan fuera de la posibilidad actual de arrepentimiento y salvación. Estos se llaman hijos de Perdición, hijos del ángel caído que en un tiempo fué Lucifer, el Hijo de la Mañana, ahora Satanás o Perdición. Estos son los que han violado la verdad a la luz del conocimiento, los que, después de haber recibido el testimonio de Cristo y habiendo sido confirmados por el Espíritu Santo, entonces lo niegan y desafían el poder de Dios, crucificando de nuevo a Cristo y exponiéndolo a vituperio. Este, el pecado imperdonable, lo pueden cometer solamente aquellos que han recibido el conocimiento y la convicción de la verdad, contra la cual entonces se rebelan: son comparables su pecado y la traición de Lucifer, cuando quiso usurpar el poder y la gloria de su Dios. Tocante a ellos y su terrible destino, el Señor ha dicho: "Estos son los hijos de perdición, de quienes digo que mejor hubiera sido para ellos no haber nacido; porque son vasos de enojo, condenados a padecer la ira de Dios con el diablo y sus ángeles en la eternidad; concerniente a los cuales he dicho que no hay perdón en este mundo ni en el venidero. ... Y los únicos sobre los cuales tendrá poder alguno la segunda muerte. . . . Estos irán al suplicio sempiterno, que es suplicio sin fin, suplicio eterno, para reinar con el diablo y sus ángeles por las eternidades, en donde su gusano no muere y el fuego no se apaga, lo cual es su tormento—Y ningún hombre sabe ni su fin, ni su lugar, ni su tormento; ni tampoco fué, ni es, ni será revelado al hombre, salvo a quienes participan de ello; sin embargo, yo, el Señor, lo enseño en visión a muchos, pero luego lo retiro; por consiguiente, no comprenden su fin, su anchura, su altura, su profundidad o su miseria, ni tampoco hombre alguno, sino aquellos que son ordenados para esta condenación."[1]

Las doctrinas de la Iglesia explícitamente definen la relación entre la probación mortal y el estado futuro, y en igual manera enseñan la responsabilidad individual y el libre albedrío del hombre. La Iglesia afirma que en vista de la reponsabilidad que todo hombre tiene, como director de su propio curso, el individuo debe estar, y está libre para escoger en todas las cosas: desde la vida que conduce a la mansión celestial, hasta la carrera que no es sino la entrada a las miserias de la perdición. La libertad de adorar o de negarse a adorar es un derecho dado por Dios, y toda alma tendrá que someterse a las consecuencias de su elección.

REFERENCIAS

Se Requiere la Adoración del Verdadero Dios Viviente.-

Véanse las referencias bajo Libre Albedrío, después del capítulo 3, para las Escrituras que se relacionan con el derecho del hombre de adorar y su capacidad para obedecer o desobedecer los mandamientos divinos, con la certeza de que sufrirá las consecuencias de su elección.

No tendrás dioses ajenos delante de mí—Exo. 20:3; léanse los versículos 1-6; véase también 34:14. El Señor mandó a Moisés y otros que subieran y lo adorasen—Exo. 24:1. Si los israelitas servían a dioses ajenos, de cierto perecerían— Deut. 8:19. Lo dejarás delante de Jehová tu Dios, e inclinarte has delante de Jehová tu Dios—Deut. 26:10. A Jehová temeréis, y a éste adoraréis, y a éste haréis sacrificio —2 Reyes 17:36.

Tributad a Jehová la gloria debida a su nombre; postraos delante de Jehová en la hermosura de su santidad—1 Cron. 16:29; véase también Sal. 45:11. No habrá en ti dios ajeno, ni te encorvarás a dios extraño—Sal, 81:9. Ensalzad a Jehová nuestro Dios, y encorvaos al estrado de sus pies: él es santo—Sal. 99:5; véase también el versículo 9. Vendrá toda carne a adorar delante de mí, dijo Jehová—Isa.66:23.

Cristo dijo a Satanás: Escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás—Mat. 4:10. Así sirvo al Dios de mis padres—Hechos 24:14. Los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren—

Juan 4:24. Juan el Revelador vio en visión a los ancianos delante del trono que adoraban al que vive para siempre jamás—Apo. 4:10; compárese con 5:14; 7:11; 11:16; 19:4. Adora a Dios: porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía—Apo. 19:10.

A los pobres que no podían entrar en las sinagogas, Alma dijo que se aceptaría su adoración, dondequiera que se ofreciese, si era sincera—Alma, cap. 32; 33:2; 34:38. Los neñtas hicieron sacrificios para poder adorar a Dios según sus deseos—Alma 43:9-11.

Los nefitas y los lamanitas convertidos tomaron las armas para mantener sus derechos, los privilegios de su iglesia y de su culto, y su independencia y libertad—3 Nefi 2:12. La multitud nefita adoró al Cristo resucitado—3 Nefi 17:10; véase también 11:17. Los santos profetas adoraron al Padre en el nombre de Cristo, como también lo hicieron los nefitas—Jacob 4:4, 5. Y os postraréis y adoraréis al Padre en mi nombre—D. y C. 18:40. Todos los hombres tienen que adorar al Padre en el nombre del Hijo—D. y C. 20:29. Para que podáis comprender y saber cómo habéis de adorar y a quién; y para que podáis venir al Padre en mi nombre— D. y C. 93:19. Adorad a aquel que ha hecho el cielo, la tierra, el mar y las fuentes de las aguas—D. y C. 133:39; Apo. 14:7. Moisés se. negó a adorar a Satanás declarando que Dios le había dicho: Adora a Dios, porque a él solo servirás—Moisés 1:15, y también 12-20. Abrahán adoró al Dios viviente, aunque sus padres se habían tornado a los ídolos—Abrahán 1:5.

Para las Escrituras relacionadas con la adoración de ídolos, véanse las referencias bajo Idolatría, después del capítulo 2. Para las que se refieren a los diferentes grados en la vida venidera, véanse las referencias bajo Salvación que siguen el capítulo 4.

CAPITULO 23
OBEDIENCIA A LA AUTORIDAD SECULAR

Artículo 12.—Creemos en estar sujetos a los reyes, presidentes, gobernadores y magistrados; en obedecer, honrar y sostener la ley.

Preámbulo.—Razonablemente se debe esperar que un pueblo que profesa el evangelio de Jesucristo y afirma pertenecer a la única Iglesia aceptada y autorizada divinamente, manifieste en práctica las virtudes que sus preceptos inculcan. Es cierto que en vano podremos buscar la perfección, aun entre aquellos que declaran llevar la más completa vida religiosa; pero sí se debe esperar que en sus creencias haya abundantes requerimientos concernientes al modo más aceptado de obrar, y que en sus vidas se manifieste un esfuerzo sincero y diligente encauzado hacia la realización práctica de sus profesiones. Para ser útil y digna de ser aceptada, la religión debe ejercer una influencia sana en las vidas individuales y asuntos temporales de sus adherentes. Entre otras virtudes, la Iglesia necesita hacer resaltar en sus instrucciones el deber de seguir un curso de obediencia a la ley; y el pueblo debería mostrar el efecto de estos preceptos en su probidad como ciudadanos de la nación y comunidad a que pertenecen.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días hace enfática declaración de su creencia y preceptos relativos al deber de sus miembros hacia las leyes del país en que viven, y sostiene su posición por la autoridad de revelaciones precisas, tanto de épocas antiguas como modernas. Por otra parte, el pueblo tiene la confianza de que al llegarse a saber por completo la historia verdadera de su origen y progreso, como cuerpo establecido de adoradores religiosos, el mundo en general vindicará y elogiará la lealtad de la Iglesia y la devoción patriótica de sus miembros, como hoy lo hacen los contados investigadores imparciales que han estudiado con propósito sincero la historia de esta notable organización.

Las Escrituras Requieren la Obediencia a las Autoridades.—Durante el período patriarcal, cuando el padre de la familia tenía la facultad virtual de juez y rey en cuanto a los de su casa, se respetaba la autoridad del que gobernaba, así como los derechos de la familia. Consideremos el caso de Agar, la esposa "plural" de Abram y sierva de Sarai. Entre Agar y su ama, la primera esposa de Abram, habían surgido celos y malos sentimientos. Este escuchó la queja de Sarai, y reconociendo la autoridad de ésta sobre Agar, quien, aunque esposa suya, era sin embargo sierva de Sarai, le dijo: "He ahí tu sierva en tu mano, haz con ella lo que bien te pareciere." Entonces, al ser maltratada por su ama, Agar huyó al desierto. Allí la visitó un ángel del Señor, quien le habló de esta manera: "Agar, sierva de Sarai, ¿de dónde vienes tú, y a dónde vas? Y ella respondió: Huyo de delante de Sarai, mi señora. Y dijole el ángel de Jehová: Vuélvete a tu señora, y ponte sumisa bajo de su mano." Debe observarse que el mensajero celestial reconoció la autoridad de la ama sobre la esclava, a pesar de que ésta había sido recibida como esposa dentro de la familia.

La sumisión filial de Isaac a la voluntad de su padre, aun al grado de estar dispuesto a dejarse sacrificar[11] sobre el altar, es prueba de la santidad con que se consideraba la autoridad del jefe de la familia. Parecerá, como en verdad ya se ha alegado, que lo que el Señor requirió de Abrahán para probar su fe, exigiéndole la vida de su hijo como sacrificio, fué una violación de la ley y por lo mismo, contrario al gobierno justo. Esta afirmación no es de mucha importancia en vista de que el jefe patriarcal ejercía plena autoridad sobre los miembros de su familia, y tenía poder aun para conceder la vida o quitarla.

En los días del éxodo, cuando el pueblo de Israel estaba viviendo bajo una teocracia, el Señor dió diversas leyes y mandamientos para que se gobernase la nación, entre los que se hallaba éste: "No denostarás a los jueces, ni maldecirás al príncipe de tu pueblo." [d] Los jueces eran nombrados por dirección divina, y probablemente a esto se debe que en el original hebreo aparece en lugar de jueces la palabra Elohim que significa literalmente dioses. Moisés, reiterando los mandatos del Señor, impuso sobre el pueblo esta responsabilidad: "Jueces y alcaldes te pondrás en todas tus ciudades que Jehová tu Dios te dará en tus tribus, los cuales juzgarán al pueblo con justo juicio."" Es significante el hecho de que tan altamente eran estimados los jueces que se les llamaba dioses; y a esto se refería Jesús cuando amenazaron apedrearlo porque les había dicho que él era el Hijo de Dios.

Cuando el pueblo se cansó de la administración directa de Dios y pidió rey, Jehová accedió a su deseo y confirió la autoridad sobre el nuevo rey por medio de una santa unción.' David, aun cuando había sido ungido para suceder a Saúl como rey, reconoció la santidad de la persona del rey y severamente se censuró a sí mismo porque en una ocasión había mutilado el manto del monarca. En esos días Saúl quería matar a David, y éste

solamente buscaba el medio de mostrar que ninguna intención tenía de herir a su enemigo real. Sin embargo, leemos que "el corazón de David le golpeaba, porque había cortado la orilla del manto de Saúl. Y dijo a los suyos: Jehová me guarde de hacer tal cosa contra mi señor, el ungido de Jehová, que yo extienda mi mano contra él; porque es el ungido de Jehová".

Debemos notar también las siguientes amonestaciones bíblicas que se hallan en el Antiguo Testamento: "Teme a Jehová, hijo mío, y al rey."[h] "Yo te aviso que guardes el mandamiento del rey y la palabra del juramento de Dios." ' "Ni aun en tu pensamiento digas mal del rey."

Ejemplos Que Dieron Cristo y sus Apóstoles.—Caracterizó toda la obra de nuestro Salvador sobre la tierra su reconocimiento de las autoridades constituidas del país, tanto judías como romanas, a pesar de que éstas habían sido impuestas tras cruel conquista y se ejercían injustamente. Cuando el cobrador de tributos llegó por las contribuciones que la jerarquía demandaba, Cristo, sin admitir la legalidad del cobro, ordenó que se pagara el impuesto, y aun provocó una circunstancia milagrosa para proveer el dinero. Dirigiéndose a Pedro, le preguntó: "¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quién cobran los tributos o el censo? ¿de sus hijos o de los extraños? Pedro le dice: De los extraños. Jesús le dijo: Luego los hijos son francos. Mas porque no los escandalicemos, ve a la mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que viniere, tómalo, y abierta su boca, hallarás un estatero: tómalo y dáselo por mí y por ti."

Instigado por ciertos fariseos malvados, se fraguó un vil complot para hacer aparentar que Cristo no estaba obedeciendo a las autoridades regentes. Quisieron enredarlo con la pregunta casuística: "¿Qué te parece? ¿es lícito dar tributo a César, o no?" Su respuesta fué una afirmación inequívoca de la obediencia a la ley: "Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. Entonces les dice: ¿Cúya es esta figura, y lo que está encima escrito? Dícenle: De César. Y díceles: Pagad pues a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios.'"

En todas las trágicas situaciones de su juicio y condena, Cristo manifestó una actitud sumisa aun hacia los principales sacerdotes y miembros del concilio que estaban tramando su muerte. Estos oficiales, por inmerecida que era su potestad sacerdotal, constituían, no obstante, las autoridades, y tenían cierta jurisdicción en asuntos seculares así como eclesiásticos. Cuando se hallaba ante Caifas, agobiado por el peso de tanto vituperio y acusaciones falsas, el Señor guardó un silencio decoroso. A la pregunta del pontífice, "¿No respondes nada? ¿qué testifican éstos contra ti?" no se dignó dar respuesta. Entonces el sumo sacerdote añadió: "Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, Hijo de Dios." [m] A esta solemne conjuración, pronunciada con autoridad oficial, el Salvador respondió en seguida y de esta manera reconoció el oficio del sumo pontífice, aunque el hombre no era digno del puesto.

Mientras se hallaba preso ante el tribunal eclesiástico, San Pablo manifestó un respeto análogo hacia el oficio del sumo sacerdote. Sus palabras desagradaron al pontífice, quien mandó a los que estaban junto al apóstol que le hiriesen en la boca. Este, enojado, exclamó: "Herirte ha Dios, pared blanqueada: ¿y estás tú sentado para juzgarme conforme a la ley, y contra la ley me mandas herir? Y los que estaban presentes dijeron: ¿Al sumo sacerdote de Dios maldices? Y Pablo dijo: No sabía, hermanos, que era el sumo sacerdote; pues escrito está: Al príncipe de tu pueblo no maldecirás."

Enseñanzas de los Apóstoles.—Cuando le escribe a Tito, a quien había dado el cargo de la Iglesia entre los cretenses, San Pablo le advierte de las flaquezas de su rebaño y le aconseja que les enseñe a ser ordenados y obedientes a la ley: "Amonéstales que se sujeten a los príncipes y potestades, que obedezcan, que estén prontos a toda buena obra." En otro lugar expone con énfasis el deber de los santos hacia las potestades civiles, porque esta autoridad es ordenada por Dios. Indica la necesidad de un gobierno secular y de oficiales autorizados, cuyo poder solamente los malhechores deben temer. Llama "ministros de Dios" a las autoridades civiles, y justifica la recaudación de impuestos por parte del estado con una amonestación a los santos que no dejen de cumplir con sus deberes.

Sus palabras, dirigidas a la Iglesia en Roma, dicen: "Toda alma se someta a las potestades superiores; porque no hay potestad sino de Dios; y las que son, de Dios son ordenadas. Así que, el que se opone a la potestad, a la ordenación de Dios resiste: y los que resisten, ellos mismos ganan condenación para sí. Porque los magistrados no son para temor al que bien hace, sino al malo. ¿Quieres pues no temer la potestad? haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es ministro de Dios para tu bien. Mas si hicieres lo malo, teme: porque no en vano lleva el cuchillo; porque es ministro de Dios, vengador para castigo al que hace lo malo. Por lo cual es necesario que le estéis sujetos, no solamente por la ira, mas aun por la conciencia. Porque por esto pagáis

también los tributos; porque son ministros de Dios que sirven a esto mismo, Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que pecho, pecho; al que temor, temor; al que honra, honra."

En una de sus cartas a Timoteo, el mismo apóstol enseña que los santos deben recordar en sus oraciones a los reyes y a todos los que ocupan posiciones de autoridad, y añade que esta solicitud es agradable a Dios: "Amonesto pues, ante todas las cosas, que se hagan rogativas, oraciones, peticiones, nacimientos de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador."'

En las epístolas a los Efesios y los Corintios se detalla más el deber de someterse voluntariamente a las autoridades, y se aplican algunos ejemplos a las relaciones de la vida social y doméstica. Se instruye a las esposas que se sujeten a sus maridos, "porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia". Pero este deber dentro de la familia ha de ser recíproco, por tanto, se enseña a los esposos la manera en que deben ejercer su autoridad. Los hijos deben obedecer a sus padres; no obstante, se aconseja a los padres que no provoquen, o de alguna otra manera ofendan injustamente a sus niños. Se aconseja a los siervos que den servicio fiel y sincero a sus amos y que reconozcan la autoridad superior en todas las cosas, mientras que a los amos se imparten instrucciones relativas a sus obligaciones hacia sus siervos, con la amonestación de no incurrir en amenazas y otro tratamiento áspero, pues deben recordar que también tendrán que responder a su Señor que está sobre ellos.

Con igual vehemencia San Pedro, hablando de la santidad que debería atribuirse al poder civil, amonestó a los santos en estas palabras: "Sed pues sujetos a toda ordenación humana por respeto a Dios: ya sea al rey, como a superior; ya a los gobernadores, como de él enviados para venganza de los malhechores, y para loor de los que hacen bien. Porque ésta es la voluntad de Dios; que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres vanos: como libres, y no como teniendo la libertad por cobertura de malicia, sino como siervos de Dios. Honrad a todos. Amad la fraternidad. Temed a Dios. Honrad al rey."

Estas reglas referentes a la obediencia hacia las autoridades, él, igual que San Pablo, aplicó a las condiciones de la vida doméstica. Los siervos deben ser obedientes aunque sus amos sean estrictos y severos: "Porque esto es agradable, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente. Porque ¿qué gloria es, si pecando vosotros sois abofeteados, y lo sufrís? mas si haciendo bien sois afligidos, y lo sufrís, esto ciertamente es agradable delante de Dios." Las esposas, aunque sus maridos no eran de su fe, no deberían ensoberbecerse ni desafiar la autoridad, sino ser sumisas y buscar otros medios más moderados y efectivos de influir en aquellos con quienes se habían casado.[1] Asegura que los inicuos serán juzgados e indica que se reservará para la condenación "principalmente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia, y desprecian la potestad; atrevidos, contumaces, que no temen decir mal de las potestades superiores"

Indudablemente hubo motivos muy buenos para estos explícitos y repetidos consejos contra el espíritu de rebelión, por medio de los cuales los apóstoles de la antigüedad procuraron dirigir y fortalecer la Iglesia. Los santos se regocijaban con el testimonio de la verdad que había anidado en sus corazones — la verdad que debía libertarlos — y para ellos habría sido fácil considerar a los demás como sus inferiores, y rebelarse contra toda autoridad humana para rendir su homenaje a una potestad superior. Existía el peligro constante de que su celo los impulsaría a cometer hechos indiscretos, y con ello dar pretexto, si no motivo, para ser atacados por sus perseguidores, quienes los habrían acusado de transgresión y sedición. Ni tampoco hubiera convenido una obediencia reacia a las potestades civiles, en vista de la enemistad que los paganos contemporáneos manifestaban hacia la Iglesia. Por tanto, se oía la voz de sus directores inspirados aconsejando oportunamente la humildad y la sumisión. Pero hubo en esa época, como siempre ha habido, razones más poderosas que las de seguir un sistema de obediencia a las potestades constituidas. Tal es la ley no sólo del hombre sino de Dios. Los gobiernos son esenciales para la existencia humana. El Señor los reconoce, en verdad, los dispone; y su pueblo tiene la obligación de apoyarlos.

Las Enseñanzas del Libro de Mormón concernientes al deber del pueblo, como subditos que son de la ley del país, ocurren frecuentemente en todo el volumen. Sin embargo, ya que la investidura de las potestades civil y eclesiástica usualmente quedaba en manos de uno, pues el Rey o Juez Superior era generalmente el Sumo Sacerdote también, se hallan comparativamente pocas amonestaciones contra la deslealtad hacia la autoridad civil que no estén relacionadas con el Sacerdocio. Desde los días de Nefi, hijo de Lehi, hasta la muerte de

Mosíah—un período que abarca casi quinientos años—los nefitas fueron gobernados por una sucesión de reyes, y durante el resto de su historia, más de quinientos años, se sometieron a jueces que ellos mismos eligieron. En cada una de estas formas de gobierno, estrictamente se hicieron observar las leyes seculares; y la autoridad de la Iglesia completaba y reforzaba la del Estado. En la sentencia que Alma pronunció sobre Nehor, un asesino y promulgador de sedición y superchería, queda demostrado con cuanta santidad se estimaba la ley. "Por tanto, se te condena a morir— díjole el juez—conforme a la ley que nos ha dado Mosíah, nuestro último rey, y la cual este pueblo ha reconocido; por tanto, el pueblo debe sujetarse a la ley."

Las Revelaciones de los Últimos Días requieren que los santos de la dispensación actual obedezcan estrictamente las leyes civiles. En una comunicación fechada agosto 1 de 1831, el Señor dijo a la Iglesia: "Ninguno quebrante las leyes del país, porque quien guarda las leyes de Dios no tiene necesidad de infringir las leyes del país.

Sujetaos, pues, a las potestades existentes, hasta que reine aquel cuyo derecho es reinar, y sujete a todos sus enemigos debajo de sus pies." En una fecha posterior, el 6 de agosto de 1833, de nuevo se oyó la voz del Señor respecto de este asunto: "Y ahora, de cierto os digo concerniente a las leyes del país, es mi voluntad que mi pueblo procure hacer todo cuanto yo le mande. Y aquella ley del país, que fuere constitucional, que apoyare ese principio de libertad en la preservación de derechos y privilegios, pertenece a toda la humanidad, y es justificable ante mí. Por tanto, yo, el Señor, os justifico, así como a vuestros hermanos de mi iglesia, por apoyar la que fuere la ley constitucional del país."

Muchas veces se ha preguntado más o menos lo siguiente a la Iglesia y a sus miembros individuales: En caso de haber un conflicto entre lo que requiere la palabra revelada de Dios y lo que impone la ley secular, ¿cuál de estas autoridades obedecerían los miembros de la Iglesia? Por vía de respuesta se pueden citar las palabras de Cristo: Es el deber del pueblo dar a "César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios". En la actualidad no se ha establecido sobre la tierra el reino de los cielos, como poder terrenal, con un rey soberano que ejerza autoridad directa y personal en asuntos temporales. Las ramas de la Iglesia, como tales, y los miembros que las integran, son subditos de los varios gobiernos dentro de cuyos distintos confines existen las organizaciones de la Iglesia. En esta época de comparativa cultura y libertad no hay razón para creer que de una manera directa se obstruirá el derecho de la adoración privada y la devoción individual. En todas las naciones civilizadas se concede a la gente el derecho de orar, y este derecho está protegido por lo que propiamente puede llamarse una ley común del género humano. Ninguna alma sincera queda privada de la comunicación con su Dios; y, estando abierta esta vía de comunicación, se puede pedir un alivio de leyes gravosas, así como retribución por ultrajes sufridos, a aquel Poder que domina las naciones.

Hasta que la Providencia intervenga a favor de la libertad religiosa, todos los santos tienen el deber de someterse a las leyes de su país. No obstante, deben procurar por todo medio correcto, como ciudadanos o subditos de sus países respectivos, obtener para ellos, así como para todos los hombres, la libertad de cultos. No les es requerido que sin protestar sufran abusos causados por perversos acosadores o por leyes injustas; pero sus protestas deben ser presentadas legal y ordenadamente. Los santos han demostrado de una manera práctica que aceptan la doctrina de que es mejor sufrir el mal, que transgredir por medio de una oposición meramente humana a una autoridad injusta. Y si el pueblo, al someterse de esta manera a las leyes del país — dado el caso que dichas leyes fueren injustas y restringieren las libertades humanas—es obstruido en el cumplimiento de la obra que Dios les hubiere señalado, no tendrán que responder por no haber obrado conforme a la ley mayor. La palabra del Señor ha explicado la posición y deber del pueblo en una contingencia semejante: "De cierto, de cierto os digo, que si yo doy un mandamiento a cualquiera de los hijos de los hombres de hacer una obra en mi nombre, y éstos, con todas sus fuerzas y con todo lo que tienen, procuran hacer aquel trabajo, no cesando en su diligencia; y si sus enemigos vienen sobre ellos y les evitan dar cumplimiento a aquella obra, he aquí, me conviene no exigir más tal obra de las manos de estos hijos de los hombres, sino aceptar sus sacrificios. Y la iniquidad y la violación de mis santos mandamientos y leyes, visitaré sobre las cabezas de aquellos que impidieron mi obra, hasta la tercera y la cuarta generación, mientras no se arrepientan y mientras me aborrezcan, dice Dios el Señor."

Un Ejemplo de esta suspensión de la ley divina se ve en la decisión de la Iglesia tocante al asunto del matrimonio plural. Se estableció esta práctica como consecuencia de una revelación directa;[d] y el sentimiento de muchos de aquellos que la obedecieron fué que les había sido mandado divinamente que así lo hicieran. Durante diez años, después de haberse introducido el matrimonio plural en Utah como práctica de la Iglesia, no hubo ninguna ley que se opusiera a la práctica. Sin embargo, empezando en 1862, se establecieron estatutos federales

que declaraban ilícita la práctica y estipulaban las sanciones correspondientes. La Iglesia dijo que estas leyes eran anticonstitucionales y consiguientemente nulas, pues violaban la disposición de la Constitución Nacional que prohibía que el gobierno decretara leyes respecto del establecimiento de cualquiera religión o el libre ejercicio de ella. Se apeló repetidas veces a la Corte Suprema, y por fin se dictó un fallo que declaró estas leyes constitucionales y por lo mismo, vigentes. De modo que por conducto de su presidente, la Iglesia cesó la práctica del matrimonio plural, y anunció su intención de ello al mundo, solemnemente fijando la responsabilidad del cambio sobre la nación cuyas leyes habían hecho forzosa la renunciación. La Iglesia, reunida en conferencia, ha aprobado y confirmado este hecho por voto oficial.

Las Enseñanzas de la Iglesia.—Tal vez no se podría presentar en esta obra un resumen mejor de las enseñanzas de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días concernientes a su relación con las potestades civiles y el respeto que se debe a las leyes del país, que la declaración oficial que ha sido publicada e incorporada en el tomo de Doctrinas y Convenios, uno de los libros canónicos de la Iglesia, adoptado por el voto de la Iglesia como una de las guías aceptadas en cuanto a fe, doctrina y práctica. La manifestación de referencia dice así:

DECLARACIÓN DE CREENCIA EN CUANTO A GOBIERNOS Y LEYES EN GENERAL

1. Creemos que Dios instituyó los gobiernos para el beneficio del hombre, y que él tiene al hombre por responsable de sus hechos con relación a dichos gobiernos, tanto en formular leyes como en administrarlas para el bien y la protección de la sociedad.

2. Creemos que ningún gobierno puede existir en paz si no se formulan, y se guardan invioladas, leyes que garantizarán a cada individuo el libre ejercicio de la conciencia, el derecho de tener y administrar propiedades y la protección de su vida.

3. Creemos que todo gobierno necesariamente requiere oficiales y magistrados civiles que pongan en vigor las leyes del mismo; y que se debe buscar y sostener, por la voz del pueblo si fuere república, o por la voluntad del soberano, a quienes administren la ley con equidad y justicia.

4. Creemos que la religión es instituida por Dios; y que los hombres son responsables ante él, y él solo, por el ejercicio de ella, a no ser que sus opiniones religiosas los impulsen a infringir los derechos y las libertades de otros; pero no creemos que las leyes humanas tengan el derecho de intervenir prescribiendo reglas de adoración para ligar las conciencias de los hombres, ni de dictar fórmulas para la devoción pública o privada; que el magistrado civil debería restringir el crimen, pero nunca dominar la conciencia; que debería castigar el delito, pero nunca suprimir la libertad del alma.

5. Creemos que todos los hombres están obligados a sostener y apoyar los gobiernos respectivos de los países en que residen, mientras las leyes de dichos gobiernos los protejan en sus derechos inherentes e inalienables; que la sedición y la rebelión no convienen a los ciudadanos así protegidos, y deben ser castigadas como corresponde; y que todo gobierno tiene el derecho de promulgar leyes que en su propio juicio estime ser las que mejor garantizarán los intereses del público, conservando sagrada la libertad de la conciencia al mismo tiempo.

6. Creemos que todo hombre debe ser respetado en su posición, los gobernantes y magistrados como tales, ya que han sido puestos para proteger a los inocentes y castigar a los culpables; que todo hombre debe respeto y deferencia a las leyes, porque sin ellas la paz y la armonía serían reemplazadas por la anarquía y el terror; que se han instituido leyes humanas para el propósito expreso de ajustar nuestros intereses como individuos y naciones, entre hombre y hombre; que del cielo se han dado leyes divinas que prescriben reglas sobre asuntos espirituales, concernientes a la fe y adoración, por las cuales el hombre responderá a su Creador.

7. Creemos que los gobernantes, estados y gobiernos tienen el derecho de promulgar leyes, y han de hacerlo, para proteger a todo ciudadano en el libre ejercicio de su creencia religiosa; pero no creemos que tengan el derecho, en justicia, de privar a los ciudadanos de este privilegio, ni de proscribirlos por sus opiniones, en tanto que muestren consideración y reverencia hacia las leyes, y sus opiniones religiosas no justifiquen la sedición ni la cons-piración.

8. Creemos que la comisión de crímenes debe ser castigada de acuerdo con la naturaleza de la ofensa; que el homicidio, la traición, el robo, el hurto y la violación de la paz en general, en todo sentido, deben ser castigados por las leyes de aquel gobierno contra el cual se cometiere la ofensa, de acuerdo con su criminalidad y su mala influencia entre los hombres; y que en bien de la paz y la tranquilidad públicas, todo hombre debería adelantarse y emplear su habilidad en procurar que se castigara a los que infringieren las leyes buenas.

9. No creemos que sea justo confundir influencias re ligiosas con el gobierno civil, resultando en que una sociedad religiosa es amparada mientras que a otra le son proscritos sus privilegios espirituales y negados los derechos individuales de sus miembros como ciudadanos.

10. Creemos que toda sociedad religiosa tiene el derecho de disciplinar a sus miembros por su conducta desordenada, de acuerdo con los estatutos y reglamentos de dichas sociedades, si es que tal procedimiento atañe a su confraternidad y buen comportamiento como miembro; pero no creemos que sociedad religiosa alguna tenga la autoridad para juzgar a los hombres en cuanto a sus derechos sobre la propiedad o la vida, ni para quitarles los bienes de este mundo, ni poner en peligro sus vidas o cuerpos, ni imponer sobre ellos castigos físicos. Tan solamente pueden excomulgarlos de su sociedad y retirar de ellos la mano de confraternidad.

11. Creemos que en donde existen tales leyes, el hombre debe acudir a la ley civil para exigir reparación por todas las injusticias y agravios, cuando se haya sufrido atropello personal, o se hayan violado los derechos de la propiedad o del carácter; pero creemos que todo hombre queda justificado si se defiende a sí mismo, a sus amigos, su propiedad y el gobierno, de ataques y abusos ilícitos por parte de cualquiera persona, en tiempos de emergencia, cuando es imposible apelar inmediatamente a la ley y obtener amparo.

12. Creemos que es justo predicar el evangelio a las naciones de la tierra, y amonestar a los justos que se salven de la corrupción del mundo; pero no creemos que sea justo meterse con los esclavos, ni predicarles el evangelio, ni bautizarlos contra la voluntad y deseos de sus amos, ni de mezclarse en sus asuntos, o influir en ellos en lo más mínimo, causando que queden descontentos con su situación en esta vida, poniendo en peligro con ello las vidas de los hombres; creemos que tal intervención es ilícita e injusta, y peligrosa para la paz de todo gobierno que permite la esclavitud de seres humanos.

REFERENCIAS

Es Necesario y Divinamente Reconocido el Gobierno Secular

Dios mostró a Faraón lo que iba a hacer—Gen. 41:25-57. Se establecieron escuelas de preparación bajo la dirección del rey Nabucodonosor—Dan. 1:3-5. Bajo el gobierno real se promovió la educación pública—2 Crón. 17:7-9. Moisés previo que los israelitas establecerían reyes para que los gobernasen, y dio instrucciones de que se les proveyera una copia de la ley de Moisés para guiarlos—Deut. 17:14-20.

Cuando se ungió a David por rey sobre Israel, hizo una alianza algo semejante a una garantía constitucional — 2 Sam. 5:3. Sedecías, rey de Israel, hizo concierto con el pueblo, proclamándole la libertad—Jer. 34:8; léanse los versículos 8-11. Véase donde se menciona la ley de Media y Persia, "la cual no se revoca"—Dan. 6:8, 12; Esther 1:19. Cristo reconoció el pago de impuestos y lo observó—Mat. 22: 17-22. San Pablo enseñó la obediencia al poder civil y mandó que los miembros de la Iglesia pagasen sus tributos y obligaciones —Rom. 13:1-7. En esta dispensación el Señor requiere que si alguno de su pueblo violare la ley civil, sea entregado a las leyes del país—D. y C. 42:79, 85, 86. Se organizaría la Iglesia conforme a las leyes del hombre—D. y C. 44:4. Y así confirmarán todas las cosas de acuerdo con las leyes del país—D. y C. 51:6. Ninguno quebrante las leyes del país—D. y C. 58:21. Nótese el versículo 23 en que el Señor dice: He aquí, las leyes que habéis recibido de mi mano son las leyes de la iglesia, y en esta luz las habéis de presentar. La ley constitucional, que apoyare el principio de libertad en la preservación de derechos y privilegios, es justificable ante el Señor—D. y C. 98:5. De acuerdo con las leyes y la constitución del pueblo, que yo he consentido que sean establecidas—D. y C. 101:77. Declaración de Creencia en cuanto a gobiernos y leyes en general—D. y C. sec. 134.

CAPITULO 24
RELIGIÓN PRACTICA

Artículo 13.—Creemos en ser honrados, verídicos, castos, benevolentes, virtuosos y en hacer bien a todos los hombres; en verdad, podemos decir que seguimos la admonición de Pablo: Todo lo creemos, todo lo esperamos; hemos sufrido muchas cosas, y esperamos poder sufrir todas las cosas. Si hay algo virtuoso, bello, o de buena reputación o digno de alabanza, a esto aspiramos.

Religión de la Vida Diaria.—En este artículo de su fe, los Santos de los Últimos Días declaran aceptar una religión práctica, una religión que debe consistir no sólo en profesar cosas espirituales y creer en las condiciones de la vida venidera, la doctrina del pecado original y la realidad de un cielo o infierno futuros, sino también, y con más particularidad, en las obligaciones de hoy y de todos los días, en las que el debido respeto hacia uno mismo, el amor para con el prójimo y la devoción a Dios, son los principios orientadores. Religión sin moralidad, profesar santidad sin caridad, ser miembro de una iglesia sin responsabilidad adecuada, en lo que atañe a la conducta individual en la vida diaria, son como metal que resuena y címbalo que retiñe: ruido sin música, palabras sin el espíritu de la oración. "La religión pura y sin mácula delante de Dios y Padre es ésta: Visitar los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha de este mundo." * La sinceridad de propósito, la integridad del alma, la pureza individual, la libertad de conciencia, el deseo de hacer bien a todos los hombres, aun a los enemigos, la benevolencia pura, estas cosas son algunos de los frutos que distinguen la religión de Cristo; y sobrepujan en importancia y valor la promulgación de dogmas y la declaración de teorías. Sin embargo, no por esto deja de ser una característica de la Iglesia verdadera conocer, además de las cosas temporales, doctrinas de asuntos espirituales, fundadas en la revelación y no sobre la arena de las débiles hipótesis de los hombres.

La Amplitud de Nuestra Fe debe llamar la atención de todo el que sinceramente investiga los principios que la Iglesia enseña, y más todavía del que imparcialmente observa los resultados que se manifiestan en el modo de vivir típico de los Santos de los Últimos Días. Dentro de los límites de la Iglesia hay lugar para toda la verdad, para todo lo que es loable, virtuoso, agradable o de buena reputación. La liberalidad con que la Iglesia considera otras denominaciones religiosas; la sinceridad de sus enseñanzas relativas a que Dios no hace acepción de personas, sino que juzgará a todos los hombres conforme a sus hechos; la extensión y profundidad de sus preceptos concernientes al estado de inmortalidad y los distintos grados de gloria eterna que esperan a los de corazón íntegro de entre todas las naciones, tribus e iglesias, sean civilizados o paganos, doctos o indoctos, son asuntos que ya se han tratado. Hemos visto, además, que las creencias de los miembros de esta Iglesia los impulsan hacia adelante, más allá todavía de los límites del conocimiento que hasta hoy ha sido revelado, y les enseña a esperar con firme confianza otras revelaciones, verdades por añadir, mayores glorias que aquellas que han sido divulgadas hasta hoy, eternidades de potencias, dominios y progreso que la imaginación del hombre no ha podido concebir, ni el alma contener. Creemos en un Dios que es progresivo, cuya majestad es la inteligencia, cuya perfección consiste en progreso eterno;[b] un Ser que ha llegado a esa condición exaltada por un sendero que a sus hijos les es permitido recorrer, y de cuya gloria éstos participarán como herederos. No obstante la oposición de las sectas, a pesar de ser acusada directamente de estar blasfemando, la Iglesia proclama esta eterna verdad: "Cual el hombre es, Dios en un tiempo fué; como Dios es, el hombre puede llegar a ser."

Siendo éste su destino, el hombre bien puede dar cabida en su pecho a la corriente de revelación pasada, presente y futura; y con toda verdad deberíamos poder decir de cada hijo instruido de Dios: "Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta." Se relacionan con la declaración que este Artículo encierra, muchos temas concernientes a la organización, preceptos y práctica de la Iglesia. De éstos, podemos considerar los siguientes.

Benevolencia.—La benevolencia se basa en el amor hacia el prójimo; abarca la caridad, aunque la sobrepuja, en el sentido ordinario en que se usa esta segunda palabra. Cristo le dio el segundo lugar, después del amor hacia Dios. En una ocasión ciertos fariseos vinieron a Cristo para tentarlo con preguntas doctrinales, esperando poder confundirlo a fin de acusarlo de haber traspasado la ley. El portavoz del grupo era un abogado, un intérprete de la ley. Fijémonos en su pregunta y en la respuesta del Salvador: "Maestro, ¿cuál es el mandamiento grande en la ley? Y Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de toda tu mente. Este es el primero y el grande mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas." Los dos

mandamientos, designados aquí el primero y el segundo, están entrelazados tan estrechamente que casi son uno, y éste es: "Amaras". El que cumple con uno, cumplirá con los dos; porque si no sentimos amor hacia nuestros semejantes, es imposible agradar a Dios. Por eso San Juan, el Apóstol de Amor, escribió lo siguiente: "Carísimos, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Cualquiera que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no conoce a Dios; porque Dios es amor . . . Si alguno dice, Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Porque el que no ama a su hermano al cual ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: Que el que ama a Dios, ame también a su hermano."

Pero tal vez la mayor y la más sublime de las declaraciones apostólicas sobre al amor es la que se halla en la epístola de San Pablo a los miembros de Corinto. En las versiones actuales de nuestra Biblia, la virtud que el apóstol declara ser superior a todos los dones milagrosos, y la cual continuará aun después que todas las demás cosas hayan perecido, lleva el nombre de caridad; pero la palabra original quería decir amor, y el apóstol estaba refiriéndose a algo mayor que la mera limosna, según se hace patente por sus palabras: "Y si repartiese toda mi hacienda para dar de comer a pobres . . . y no tengo caridad, de nada me sirve". Aunque un hombre hable con lengua angélica; aunque tenga el poder para profetizar, el mayor de los dones ordinarios; aunque sea versado en conocimiento y entienda todos los misterios; aunque su fe le permita mover montañas; y aunque dé todo, aun su vida, sin embargo, si no hay amor, de nada sirve. Aunque vaya acompañada de los motivos más sinceros, aun cuando se halle libre de todo deseo de alabanza o esperanza de recompensa, la caridad o limosna no es sino una débil manifestación del amor que ha de causar que el prójimo sea tan estimado como la persona misma de uno; ese amor que es longánimo; que no es envidioso; que no hace sinrazones; que no se ensancha; que domina el egoísmo; que se huelga de la verdad. Cuando "venga lo que es perfecto", serán quitados los dones que hasta entonces sólo en parte se habrán recibido. "Entonces la perfección hará desvanecer la imperfección; el poder de sanar será entonces quitado, porque no habrá allí enfermedad; cesarán las lenguas y la interpretación, porque se hablará un solo lenguaje puro; no habrá necesidad de echar fuera demonios ni de potestad contra venenos mortíferos, porque las condiciones celestiales los harán innecesarios. Pero la caridad, que es el amor puro de Dios, nunca deja de ser; quedará entronizada en medio de la hueste glorificada, vestida en toda la gloria y esplendor de su cielo nativo."[g] Si un hombre desea ganar la vida eterna, no puede desatender la obligación de amar a su prójimo, porque "el cumplimiento de la ley es la caridad".

Obras Benevolentes de la Iglesia.—La Iglesia de la época actual puede llamar la atención a una estupenda obra de benevolencia que ya se ha realizado y que todavía sigue efectuándose. En la labor misionera, que siempre ha sido un rasgo característico de sus actividades, se ve uno de los monumentos más gloriosos de su obra. Sin más motivos que el del amor puro hacia la humanidad, y el deseo de cumplir los mandamientos de Dios respecto del género humano, la Iglesia envía anualmente centenares de misioneros para proclamar al mundo el evangelio de vida eterna, no por dinero ni por precio. Multitudes de estos devotos siervos han sufrido ultrajes e insultos de aquellos a quienes intentaron beneficiar; y no pocos han dado sus vidas, sellando con su martirio su testimonio y obra.

La Iglesia no pasa por alto la caridad que se manifiesta en contribuciones materiales; por cierto, en todo Santo de los Últimos Días se inculca esta forma de benevolencia como deber sagrado. Aun cuando se insta a cada cual a repartir de sus bienes al necesitado, de acuerdo con su capacidad individual, también se ha desarrollado dentro de la Iglesia un sistema ordenado de prestar ayuda, y algunos de sus detalles merecen consideración especial.

Ofrendas Voluntarias. — Siempre ha distinguido a la Iglesia y pueblo de Dios el asumir la responsabilidad de velar por los pobres, si los hubiere entre ellos. Para ayudar a este fin, así como para fomentar un espíritu de liberalidad, bondad y benevolencia, se han pedido dádivas y ofrendas voluntarias a aquellos que declaran estar viviendo de acuerdo con las leyes de Dios. Funciona actualmente en la Iglesia un plan sistemático para ayudar a los pobres, y casi en todo barrio o rama existe una organización de mujeres conocida como la Sociedad de Socorro. Su objeto, en parte, es recaudar de la sociedad y de los miembros de la Iglesia en general, contribuciones de dinero y otros bienes, particularmente artículos de primera necesidad, y distribuirlos, bajo la dirección de los oficiales locales del Sacerdocio, entre quienes no los tienen y los merecen. Pero también la Sociedad de Socorro funciona de acuerdo con un plan de visitas regulares a las casas de los afligidos para ayudar a velar por los enfermos, para administrar consuelo a los que lloran y procurar, de cuanta manera fuere posible, aliviar la aflicción. La buena obra de esta organización se ha ganado la admiración de muchos que no admiten relación alguna con la Iglesia. Varias asociaciones benévolas han seguido sus métodos, y la Sociedad ha sido

reconocida oficialmente en los Estados Unidos.

Las Ofrendas del Día de Ayuno representan un sistema de donativos más general aún. La Iglesia enseña que la oración continua y los ayunos periódicos son un medio eficaz de adquirir aquella humildad que se puede ganar la aprobación divina; y se ha señalado un día de ayuno mensual que se observa en toda la Iglesia. El primer domingo de cada mes es el día señalado. Se pide a los miembros que manifiesten la sinceridad de su ayuno haciendo una ofrenda ese día para el beneficio de los pobres, y por común acuerdo esta contribución es, cuando menos, el valor de las comidas de que se privó la familia al ayunar. Estas ofrendas pueden consistir en dinero, alimento u otros artículos útiles; el obispado las recibe, y por conducto de la misma autoridad se reparten entre los fieles miembros pobres del barrio o rama. Las autoridades que presiden designan ayunos especiales, según las circunstancias, como en tiempos de mucha enfermedad, condiciones de guerra u otras emergencias, para hacer resaltar estas épocas de suplicación. De esta y varias otras maneras los Santos de los Últimos Días contribuyen de sus bienes para los necesitados, entendiendo que los pobres que hay entre ellos pueden ser "los pobres del Señor", y que se precisa aliviar la necesidad y la angustia, sin consideración a la falta de mérito del que va a recibir. El pueblo cree que la armonía de sus oraciones se tornará en disonancia, si el clamor de los pobres asciende con sus súplicas al trono de la gracia.

Diezmos.—La Iglesia sigue en la actualidad la doctrina del pago de los diezmos, semejante en todas sus disposiciones generales a la que se enseñaba y se practicaba en la antigüedad. Antes de pasar al sistema autorizado de proceder que hoy rige en este asunto, quizá nos beneficiaría estudiar la antigua práctica de pagar diezmos. Hablando en términos precisos, el diezmo es una décima parte; y parece que antiguamente esta proporción de la propiedad individual era lo que se consideraba como la parte que le correspondía al Señor. La institución del diezmo antecede aun la dispensación mosaica, pues vemos que tanto Abrahán como Jacob pagaron diezmos. Abrahán volvía triunfante de una batalla cuando le salió al encuentro Melquisedec, rey de Salem y "sacerdote del Dios alto"; y, reconociendo su autoridad sacerdotal, "dióle Abram los diezmos de todo". Jacob voluntariamente pactó con el Señor darle la décima parte de todo lo que llegara a sus manos.[1]

Los estatutos mosaicos explícitamente indicaban el pago de los diezmos: "Y todas las décimas de la tierra, así de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles, de Jehová son: es cosa consagrada a Jehová ... y toda décima de vacas o de ovejas, de todo lo que pasa bajo la vara, la décima será consagrada a Jehová."' Se pagaba el diezmo conforme se recibía, sin buscarle bueno o malo; sin embargo, según ciertas condiciones una persona podía redimir el diezmo si pagaba su valor de algún otro modo, aunque en estos casos tenía que agregarle una quinta parte al diezmo. La décima parte de toda la propiedad de Israel había de entregarse como herencia a los levitas, en reconocimiento de sus servicios, y éstos, a su vez, pagaban diezmos de lo que recibían, y este diezmo del diezmo era para los sacerdotes. Israel entregaba un segundo diezmo que se destinaba para las fiestas fijas, y un tercer diezmo, pagadero cada tres años, que se usaba para el mantenimiento y hospedaje de los pobres, las viudas, los huérfanos, y para los levitas.

Es evidente que aun cuando no se prescribió un castigo preciso para los que desobedecieran la ley de los diezmos, la observancia debida del mandamiento se consideraba como deber sagrado. Durante la reforma de Ezequías, el pueblo manifestó su arrepentimiento cumpliendo inmediatamente con el pago de los diezmos, y con tanta liberalidad que se acumuló un gran excedente. Al observar esto, Ezequías preguntó el motivo de tanta abundancia, "y respondióle Azarías, sumo sacerdote, de la casa de Sadoc, y dijo: Desde que comenzaron a traer la ofrenda a la casa de Jehová, hemos comido y saciádonos, y nos ha sobrado mucho: porque Jehová ha bendecido su pueblo, y ha quedado esta muchedumbre." Nehemías no se olvidó de regular el sistema del pago de los diezmos," y tanto Amos" como Malaquías' amonestaron al pueblo por desatender a ese deber. Por boca de este último profeta, el Señor acusa al pueblo de haberlo robado; pero luego le promete tantas bendiciones que no las podrían contener, si volvían a serle fieles: "¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? Los diezmos y las primicias. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado. Traed todos los diezmos al alfolí, y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y vaciaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde." " Mientras estuvo entre los nefitas, después de su resurrección, el Salvador les hizo saber estas palabras de Malaquías, repitiendo las cosas que había dicho este profeta hebreo. Durante el ministerio de Cristo, los fariseos, con particular escrupulosidad se esforzaban tanto en el pago de los diezmos que dejaban a un lado "lo más grave de la ley"; y por esta falta los reprendió el Maestro.

En la dispensación actual, la ley de los diezmos ocupa un lugar de mucha importancia, y se han prometido bendiciones particulares si se observa fielmente. El Señor ha declarado que esta época "es un día de sacrificio y

de requerir el diezmo de mi pueblo, porque el que es diezmado, no será quemado"/ En una revelación dada por medio del profeta José Smith, el 8 de julio de 1838, el Señor declaró explícitamente lo que. se exige al pueblo en este sentido.

Consagración y Mayordomía.-La ley de los diezmos, que la Iglesia actualmente observa, es, después de todo, solamente una ley menor dada por el Señor como consecuencia de las debilidades, envidia, codicia y avaricia humanas que impidieron a los santos aceptar los principios más elevados, conforme a los cuales el Señor quería que viviesen. En 1838 se establecieron, por revelación, ciertas instrucciones precisas concernientes al pago de los diezmos. Sin embargo, siete años antes de esta fecha, ya se había oído la voz del Señor sobre el tema de la consagración o dedicación de toda la propiedad que uno posee, junto con su tiempo y talentos, al servicio de Dios, para emplearse según las circunstancias lo exijan. Esto tampoco es cosa nueva, pues aun cuando en la dispensación actual se ha revalidado la ley de consagración, en los tiempos antiguos se aceptó y se observó con éxito. Aun durante el período apostólico ya era vieja la doctrina de consagrar y tener bienes en común, porque treinta y cuatro siglos antes, el patriarca Enoc y su pueblo habían practicado el mismo principio con tanto éxito que "el Señor vino y habitó con su pueblo. ... y el Señor llamó a su pueblo Sión, porque eran uno de corazón y voluntad, y vivían en justicia; y no había pobres entre ellos". En cada uno de los ejemplos citados—el del pueblo de Enoc y el de los santos de los primeros días de la era cristiana—se ve la unidad de propósito y fuerza consiguiente que alcanzaba el pueblo que vivía en este estado social: "eran uno de corazón y voluntad". Mediante este poder espiritual así realizado, los apóstoles pudieron hacer muchas grandes obras;[b] y en cuanto a Enoc y su pueblo, leemos que el Señor los tomó para sí.

También el pueblo de que habla el Libro de Mormón alcanzó el bendito estado de igualdad, y con resultados correspondientes. Los discípulos que Cristo personalmente había comisionado enseñaron con poder, "y tenían todas las cosas en común y obraban en justicia unos con otros".[0] Leemos, más adelante, que hubo una conversión general por motivo de lo cual el pueblo realizó una condición ideal de paz: "No había contiendas ni disputas entre ellos ... y todas las cosas tenían en común entre ellos; por tanto, no había ricos ni pobres, esclavos ni libres, sino que todos eran libres y partícipes del don celestial."[d] Fueron tan bendecidos que el profeta dijo de ellos: "Ciertamente no podía haber pueblo más dichoso entre todos los que habían sido creados por la mano de Dios". Pero después de casi dos siglos de esta bendita condición, el pueblo se dejó llevar por el orgullo: unos cedieron a la tentación de vestir ropas lujosas; ya no más quisieron tener sus bienes en común, e inmediatamente surgieron diferentes clases sociales; se establecieron sectas contenciosas y entonces se inició un rápido curso de desorganización que resultó en la extinción de la nación nefita.

La Mayordomía en la Iglesia.—En esta época se ha revelado a la Iglesia un sistema de unidad en asuntos temporales conocido como la Orden de Enoc o la Orden Unida,[11] la cual está fundada en la ley de consagración. Como ya se ha dicho, el pueblo demostró, en los primeros días de esta Iglesia, que no era capaz de obedecer esta ley en su plenitud y se impuso la ley menor de los diezmos; pero los santos confiadamente esperan el día en que consagrarán no únicamente la décima parte de sus bienes, sino todo lo que tienen y todo lo que son al servicio de Dios; un día en el que ningún hombre hablará de lo mío y lo tuyo, sino que todas las cosas serán del Señor y de ellos. Con esta esperanza no se forjan vagas ilusiones de un comunismo que fomenta la irresponsabilidad individual, dándole al perezoso un pretexto para creer que podrá vivir a costa del industrioso; es más bien una tranquila confianza de que en el orden social prometido, digno de la aprobación de Dios, todo hombre recibirá una mayordomía con el privilegio de hacer lo que bien le parezca con los talentos que le fueren encargados, entendiendo claramente que tendrá que rendir cuentas de su mayordomía. Según lo que se ha revelado sobre este futuro plan de organización, una persona, al entrar en la sociedad, debe consagrar al Señor todo cuanto tiene, sea mucho o poco, entregando a la Iglesia un título o escritura de su propiedad con el sello de un convenio inviolable.' La persona que de esta manera haya entregado todo cuanto tiene, será designado mayordomo de una parte de la propiedad de la Iglesia, de acuerdo con su habilidad para utilizarla.

Seguirán existiendo los varios grados de ocupación. Habrá obreros cuyas cualidades los habilitarán mejor para desempeñar trabajos que no exigen experiencia; gerentes que han dado pruebas de capacidad para guiar y dirigir; unos que mejor podrán servir la causa de Dios con la pluma; otros, con el arado; habrá ingenieros y mecánicos, artesanos y artistas, labriegos y catedráticos; maestros, profesores y autores, y hasta donde sea práctico, cada cual obrará en lo que haya escogido; pero todos tendrán que trabajar, dónde y del modo en que más útil sea. Un título o escritura le asegurará su mayordomía, y mientras sea fiel a su cargo ninguno se la podrá quitar. Cada uno tomará del fruto de su trabajo, según sus necesidades, para su mantenimiento y el de su familia, mientras que el sobrante será entregado a la Iglesia para trabajos públicos y generales, y para ayudar a aquellos

que por razones justas no tienen lo suficiente. Otra ilustración de los usos a que será dedicado este sobrante se halla en estas palabras: "Todos los niños tienen derecho de recibir sostén de sus padres hasta que sean mayores de edad. Y después, si sus padres no tienen con que darles heredades, pueden pedirlo a la iglesia, o en otras palabras, al alfolí del Señor. Y el alfolí será abastecido con las consagraciones de la iglesia; y se proveerá lo necesario a las viudas y huérfanos, así como a los pobres." Cualquier mayordomo fiel que necesitare capital adicional para mejorar su obra tendrá derecho de recibirlo para tal objeto, de los que se encargan del fondo general, quienes a su vez responden por su gerencia; y esto constituye su mayor-domía.

Todos gozarán de derechos iguales. El Señor dijo: "Y seréis iguales, o en otras palabras, tendréis el mismo derecho a los bienes, para el mejor manejo de los asuntos de vuestras mayordomías, cada hombre según sus menesteres y necesidades, si es que son justos sus menesteres— y todo esto para el beneficio de la iglesia del Dios viviente, a fin de que todo hombre mejore su talento y gane otros talentos, sí, aun cien tantos, para almacenarlos en el alfolí del Señor, llegando a ser bienes comunes de toda la iglesia."

Todo individuo gozará de su libre albedrío. Si no fuere fiel, será juzgado conforme a las reglas prescritas de la disciplina de la Iglesia. Las varias estacas u otras divisiones de la Iglesia ejercerán un poder correspondiente de autonomía, y cada cual tendrá jurisdicción sobre sus propios alfolíes y asuntos administrativos, y todos estarán sujetos a las Autoridades Generales de la Iglesia. Sólo el perezoso sufriría en un sistema como el que se ha bosquejado. A éstos se dirige el edicto del Omnipotente: "No serás ocioso; porque el ocioso no comerá el pan, ni vestirá el vestido del trabajador."[p] "No habrá lugar en la iglesia para el ocioso, a no ser que se arrepienta y enmiende sus costumbres." "Y en vista de que se les manda trabajar, los habitantes de Sión también han de recordar sus labores con toda fidelidad, porque se tendrá al ocioso en memoria ante el Señor." [r]

Orden Social de los Santos.—En vista de las condiciones de inquietud social que prevalecen y las enérgicas protestas contra los sistemas existentes que están causando una distribución cada vez más desigual de las riquezas—el rico haciéndose más rico a costa de la pobreza cada día mayor del pobre, la mano de la opresión agobiando más y más a las masas, el descontento consiguiente con los gobiernos y el fuego latente del anarquismo que se percibe en casi todas las naciones—¿no hemos de consolarnos con la promesa de un proyecto mejor, un plan que sin fuerza o violencia busca la manera de fundar una igualdad estable, de ayudar al humilde y al pobre," y dar a todo hombre la oportunidad de vivir y trabajar en la esfera a la cual se ha adaptado? La verdad libertará al hombre de la tiranía de la riqueza mal empleada y de cualquiera otra forma de opresión. Para poder participar de esta libertad, el género humano debe dominar el egoísmo, que es uno de los enemigos más potentes de la santidad.

La Iglesia enseña la necesidad de una organización social adecuada que no sea contraria a las leyes del país; la santidad de la institución y convenio del matrimonio como cosa esencial para la estabilidad de la sociedad; el cumplimiento de la ley divina respecto de la perpetuación de la familia humana, y la importancia de una rígida pureza personal.

Matrimonio.—Las enseñanzas de las Escrituras concernientes a la necesidad del matrimonio son numerosas y explícitas. "Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo." Esta amplia declaración respecto de Adán se pronunció inmediatamente después que fué colocado en el Edén. Diósele a Eva; y el hombre, reconociendo la necesidad de una asociación continua de los sexos mediante el matrimonio, dijo: "Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y allegarse ha a su mujer, y serán una sola carne." [u] Ninguno de los sexos constituye en sí mismo la imagen completa o perfecta de Dios. Expresamente nos es dicho que Dios es el Padre de los espíritus, y si vamos a comprender el carácter literal de esta verdad solemne, nos es preciso entender que debe existir una madre de estos espíritus.[1] En cuanto a la creación del género humano, leemos: "Y crió Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo crió; varón y hembra los crió." [y] El doble propósito de esta creación queda explicado en el siguiente versículo de la sagrada narrativa: "Y los bendijo Dios; y díjoles Dios: Fructificad y multiplicad, y henchid la tierra."' Este mandamiento habría carecido tanto de significado como de eficacia si se hubiera dado a cualquiera de los dos sexos solo; y sin la facultad para perpetuar su especie, la gloria y majestad del hombre sería insignificante, porque pocas son, en verdad, las cosas que un individuo realiza en el estado mortal.

Por importante que parezca ser lo que efectúa un hombre verdaderamente grande, la culminación de su gloriosa carrera consiste en dejar una posteridad que continúe y ensanche los triunfos de su padre. Y si es así con los seres mortales, respecto de las cosas de la tierra, el poder de aumento eterno, visto a la luz de la verdad

revelada sobre el progreso interminable del estado futuro, es de mucho mayor trascendencia. Con acertado discernimiento dijo el apóstol: "Mas ni el varón sin la mujer, ni la mujer sin el varón, en el Señor."

Los Santos de los Últimos Días aceptan la doctrina de que el matrimonio es honorable, y es exigido a todo aquel cuyos defectos físicos u otras incapacidades no le impiden asumir las sagradas responsabilidades del estado conyugal. Consideran que forma parte del patrimonio de todo hombre digno, el tener el privilegio y obligación de estar a la cabeza de una familia y ser padre de una posteridad que mediante las bendiciones de Dios, quizá jamás dejará de ser; e igualmente importante es el derecho de toda mujer digna, de ser esposa y madre en la familia del género humano. No obstante lo sencillo, lo razonable y natural que son estas enseñanzas, se han levantado entre los hombres falsos maestros que predican la perniciosa doctrina de que el matrimonio no es sino una necesidad carnal, heredada por el hombre como consecuencia de su naturaleza degradada; y que el celibato es señal de un estado superior, más aceptable ante los ojos de Dios. Referente a éstos, el Señor ha declarado en estos días: "Quien prohibiere el matrimonio, no es ordenado de Dios; porque el matrimonio es instituido de Dios para el hombre .... para que la tierra cumpla el objeto de su creación; y para que sea henchida con la medida del hombre, conforme a la creación de éste antes que el mundo fuera formado." [c]

Matrimonio Celestial.—El matrimonio, en la estimación de los Santos de los Últimos Días, ha sido decretado por Dios, y tiene como fin ser una relación eterna de los sexos. Para esta gente no representa simplemente un contrato temporal cuya eficacia terminará con la existencia mortal de los contrayentes, sino un convenio solemne que ha de continuar más allá de la tumba. La ordenanza completa del matrimonio requiere que el hombre y la mujer hagan convenio de fidelidad mutua no solamente "hasta que la muerte os separe," sino "por tiempo y por toda la eternidad". Tan trascendental contrato, eficaz no sólo en esta vida sino también en los dominios de la venidera, exige una autoridad superior a la terrenal para darle validez; esta autoridad se halla en el Santo Sacerdocio que, dado por Dios, es eterno. Cualquier poder menor que éste, aun cuando eficaz en esta vida, ningún valor tiene en cuanto al estado del alma humana más allá de la tumba.

El Señor ha dicho: "Todos los convenios, contratos, vínculos, compromisos, juramentos, votos, efectuaciones, uniones, asociaciones o aspiraciones que por el Santo Espíritu de la promesa, bajo las manos del que es ungido, no se hacen, se celebran y se ligan, tanto por esta vida como por toda la eternidad, y eso también de la manera más santa, por revelación y mandamiento, mediante la instrumentalidad de mi ungido, al que he señalado sobre la tierra para tener este poder .... ninguna eficacia, virtud o fuerza tienen en la resurrección de los muertos, ni después de ella; porque todo contrato que no se hace con este fin, termina cuando mueren los hombres."

Refiriéndose a la aplicación del principio de autoridad terrenal para las cosas de la tierra y autoridad eterna para las cosas más allá de la tumba, al sagrado convenio del matrimonio, la revelación sigue diciendo: "Por consiguiente, si un hombre se casa con una mujer en el mundo, y no se casa con ella ni por mí ni por mi palabra, pactando con ella mientras estuviere él en el mundo, y ella con él, ninguna validez tendrán su convenio y matrimonio cuando mueran y estén fuera del mundo; por tanto, no quedan ligados por ninguna ley cuando ya no están en el mundo. Así que, ya fuera del mundo, ni se casan ni se dan en matrimonio, sino que son nombrados ángeles del cielo, siervos ministrantes que sirven a aquellos que son dignos de un peso de gloria mucho mayor, extraordinario y eterno. Porque estos ángeles no obedecieron mi ley; por tanto, no pueden tener aumento, sino que permanecen separados y solteros, sin exaltación, en su estado de salvación, por toda la eternidad; y en adelante no son dioses, sino ángeles de Dios para siempre jamás."

Este sistema de santo matrimonio que comprende convenios por tiempo y por la eternidad se distingue con el nombre de Matrimonio Celestial, el régimen que existe en los mundos celestiales. La ordenanza del matrimonio celestial se reserva para aquellos miembros de la Iglesia que son considerados dignos de participar de las bendiciones de la Casa del Señor, porque esta ordenanza, junto con otras de eficacia eterna, debe efectuarse en templos que han sido erigidos y consagrados para este sacrosanto servicio. Los hijos que nacen de padres que han contraído este matrimonio celestial son herederos naturales del Sacerdocio; son llamados "hijos del convenio"; ningún rito de adopción o ligamiento se necesita para asegurarles lugar entre los de la posteridad de la promesa. Para aquellos que no pueden entrar en los templos, o voluntariamente prefieren un orden inferior y provisional, la Iglesia aprueba de matrimonios que se efectúan únicamente para el tiempo de esta vida, y les confiere la bendición del Sacerdocio. Ningún ser viviente puede contraer matrimonio conforme a las ordenanzas de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, si no ha cumplido fielmente con todo requisito de la ley civil sobre el matrimonio.

Las Relaciones Ilícitas de los Sexos, según el Señor, es uno de los pecados más graves; y la Iglesia en la actualidad estima que la pureza individual, respecto de las relaciones sexuales, es una de las condiciones indispensables que deben cumplir los que quieren ser miembros. Los Santos de los Últimos Días aceptan sin modificación las enseñanzas de Alma, el profeta nefita, concernientes a la enormidad de las ofensas contra la virtud y la castidad.

Las palabras de referencia declaran "que estas cosas son abominables a los ojos del Señor; sí, más abominables que todos los pecados, salvo derramar sangre inocente o negar al Espíritu Santo". El mandamiento: "No cometerás adulterio", que en un tiempo fué escrito por el dedo de Dios entre los truenos y relámpagos del Sinaí, se ha reiterado como precepto particular en estos últimos días, y el castigo de excomunión ha sido prescrito para el ofensor.[11] Por otra parte, es incongruente para el Señor que aquellos que profesan haber recibido el Espíritu Santo incurran en cualquier pecado sexual, pues ha declarado que "el que mirare a una mujer para codiciarla, o si alguien cometiere adulterio en su corazón, no tendrá el Espíritu, sino que negará la fe".

Santidad del Cuerpo. — La Iglesia enseña que cada cual debe estimar su cuerpo como el "templo de Dios"; y por lo mismo, conservarlo puro y santo. Le enseñan que el Espíritu del Señor no ocupa habitaciones inmundas, por lo que se requiere de él que viva de acuerdo con las leyes de salubridad que son parte de la ley de Dios, Como orientación especial para sus santos, el Señor ha revelado lo siguiente: [k]

1. Una Palabra de Sabiduría, para el beneficio del Consejo de sumos sacerdotes reunido en Kírtland, la iglesia y también los santos en Sión—

2. Para ser enviada por vía de salutación; no por mandamiento ni compulsión, sino por revelación y palabra de sabiduría, demostrando el orden y la voluntad de Dios tocante a la salvación temporal de todos los santos en los últimos días—

3. Dada como un principio con promesa, adaptada a la capacidad del débil y del más débil de todos los santos, que son, o que pueden ser llamados santos.

4. He aquí, de cierto, así os dice el Señor: Por motivo de las maldades y los designios que existen y que existirán en los corazones de hombres conspiradores en los últimos días, os he amonestado, y os prevengo, dándoos esta palabra de sabiduría por revelación:

5. Que si entre vosotros hay quien beba vino o bebidas alcohólicas, he aquí, no es bueno ni propio en la vista de vuestro Padre, sino cuando os juntáis para ofrecerle vuestros sacramentos.

6. Y, he aquí, éste debe ser vino; sí vino puro de la uva de la vid, de vuestra propia hechura.

7. Y además, los licores no son para el vientre, sino para el lavamiento de vuestros cuerpos.

8. Y además, el tabaco no es para el cuerpo, ni para el vientre, y no es bueno para el hombre; sino es una hierba para magulladuras y todo ganado enfermo, que se ha de usar con juicio y destreza.

9. Y además, las bebidas calientes no son para el cuerpo ni el vientre.

10. Y además, de cierto os digo, Dios ha decretado toda hierba saludable para la constitución, naturaleza y uso del hombre—

11. Cada hierba en su sazón, y cada fruta en su sazón; para que se usen todas éstas con prudencia y acción de gracias.

12. Sí, yo, el Señor, también he designado la carne de las bestias y la de las aves del aire para el uso del hombre, con acción de gracias; sin embargo, deben usarse limitadamente;

13. Y a mí me complace que no se usen, sino solamente en la estación del invierno, o en épocas de frío o hambre.

14. Todo grano ha sido destinado para el uso del hombre y de las bestias, como el sostén de la vida; no tan solamente para el hombre, sino para las bestias del campo y las aves del cielo, y todo animal silvestre que anda o se arrastra sobre la tierra;

15. Y éstos, Dios los ha hecho para el uso del hombre sólo en tiempo de carestía y hambre excesiva.

16. Todo grano es bueno para aumentar al hombre; así como también el fruto de la vid; lo que produce fruto, ya dentro de la tierra, ya arriba de la tierra—

17. Sin embargo, el trigo para el hombre, el maíz para el buey, la avena para el caballo, el centeno para las aves, para los puercos y para toda bestia del campo, y la cebada para todo animal útil y para bebidas

moderadas, así como también otros granos.

18. Y todos los santos que se acuerden de guardar y hacer estas cosas, rindiendo obediencia a los mandamientos, recibirán salud en sus ombligos, y médula en sus huesos;

19. Y hallarán sabiduría y grandes tesoros de conocimiento, aun tesoros escondidos;

20. Y correrán sin cansarse, y no desfallecerán al andar.

21. Y yo, el Señor, les hago una promesa, que el ángel destructor pasará de ellos como de los hijos de Israel, y no los matará. Amén.

El Día de Reposo. — La Iglesia acepta el domingo como el día de reposo cristiano y proclama la santidad de ese día. Admitimos sin argumento que bajo la ley mosaica se había designado y se observaba el séptimo día como el día santo, y que el cambio de sábado a domingo fué una particularidad de la administración apostólica que siguió al ministerio personal de Jesucristo. De mayor importancia que la designación de este o aquel día de la semana, es la realidad del día de reposo semanario que debe observarse como día de especial y particular devoción en el servicio del Señor.

Si no se especificó definitivamente, sí se prefiguró el sábado o día de reposo en el relato de la creación, donde leemos que después de seis días de obra creadora, "bendijo Dios al día séptimo, y santificólo, porque en él reposó de toda su obra que había Dios creado y hecho".

En los primeros días del éxodo, les fué mandado a los israelitas que recogieran una porción doble de maná el sexto día, porque el séptimo estaba consagrado como día de reposo; y así quedó señalado, porque el Señor no les daba maná ese día. No existe prueba de que en esta fecha tan temprana la observancia del sábado por parte de Israel fuera una innovación; y razonablemente se puede interpretar como el reconocimiento de un sistema ya establecido, pero revalidado en la nueva dispensación. Más tarde, cuando se codificó y se promulgó el decálogo desde el Sinaí, se hizo hincapié particular en la ley del sábado y se citó como su fundamento el reposo del Señor: "Acordarte has del día del reposo, para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día será reposo para Jehová tu Dios: no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas: porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día: por tanto, Jehová bendijo el día del reposo y lo santificó."

La observancia del sábado como día en que se dejaba de trabajar y se rendía devoción particular llegó a ser peculiaridad nacional de los israelitas, que los distinguía de las naciones paganas; y con toda razón, porque la observancia del día santo quedó por señal del convenio entre Jehová y su pueblo.

En el curso de la historia israelita, los profetas, uno tras otro, amonestaron y reprendieron al pueblo por menospreciar o profanar el sábado. Nehemías imputó los sufrimientos de la nación al hecho de que habían perdido la protección divina por haber violado el sábado. Por boca de Ezequiel el Señor reafirmó que el sábado era señal de su convenio con Israel, y severamente censuró a los que no observaban el día." Para la rama desgajada de Israel, la que según afirma el Libro de Mormón, fue trasplantada a tierra americana, la observancia del día del sábado fué un requisito igualmente imperativo.

Mucho antes del nacimiento de Cristo, los judíos casi habían perdido de vista tanto el propósito original del sábado como el espíritu de su servicio, y los reglamentos rabínicos con sus numerosos detalles transformaban el día en uno de incomodidad y austeridad. Nuestro Señor denunció vigorosamente esta condición, cuando respondió a aquellos que lo acusaban de curar y efectuar otras obras buenas durante el sábado: "El sábado por causa del hombre es hecho; no el hombre por causa del sábado"; y entonces añadió esta profunda afirmación: "El Hijo del hombre es Señor aun del sábado."

Cristo no vino para destruir la ley de Moisés, sino para cumplirla; y por medio de él, el evangelio reemplazó la ley. El Salvador se levantó de la tumba el primer día de la semana, y ese domingo particular, así como el siguiente, para siempre se convirtió en día memorable por motivo de la visita corporal que hizo el Señor resucitado a los apóstoles y a otros que se hallaban reunidos. Para los creyentes del Salvador crucificado y resucitado, el domingo llegó a ser el día del Señor, y con el tiempo substituyó el séptimo día como el sábado semanal en las iglesias cristianas.

La Iglesia de Jesucristo, basada en la autoridad de revelación directa que señala el domingo como el día del Señor, enseña que dicho día es el que se acepta para observar el reposo. En ésta, una dispensación nueva, y en verdad la última, la Dispensación del Cumplimiento de los Tiempos, se ha reiterado la ley del día de reposo

para la Iglesia. Debe notarse que la revelación, parte de la cual sigue a continuación, fué dada a la Iglesia el domingo 7 de agosto de 1831.

"Y para que te conserves más limpio de las manchas del mundo, irás a la casa de oración y ofrecerás tus sacramentos en mi día santo; Porque, en verdad, éste es un día que se te ha señalado para descansar de todas tus obras y rendir tus devociones al Altísimo. Sin embargo, tus votos se rendirán en justicia todos los días y a todo tiempo; pero recuerda que en éste, el día del Señor, ofrecerás tus ofrendas y tus sacramentos al Altísimo, confesando tus pecados a tus hermanos, y ante el Señor. Y en este día no harás ninguna otra cosa, sino preparar tus alimentos con sencillez de corazón, a fin de que tus ayunos sean perfectos, o, en otras palabras, que tu gozo sea cabal."

Creemos que un día de descanso semanario es tan necesario para el bienestar físico del hombre como para su desarrollo espiritual. Pero principal y esencialmente estimamos que el día de reposo ha sido instituido divinamente, y que su observancia es un decreto de aquel que fué, que es y que será para siempre, el Señor del Sábado.

REFERENCIAS

Religión, Un Asunto Personal

Si alguno piensa ser religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, etc., la religión del tal es vana—Sant. 1:26; léase el versículo 27. Para un resumen de los deberes religiosos y la naturaleza de la religión práctica o genuina, léase toda la Epístola de Santiago. Pablo al rey Agripa: Conforme a la más rigurosa secta de nuestra religión he vivido Fariseo—Hechos 26:5. Los nefitas pugnaban para defenderse a sí mismos, sus familias, sus tierras, su país, sus derechos y su religión—Alma 43:47. Las bendiciones de Dios resultan de la devota observancia de la religión—Alma 44:3; léanse los versículos 4 y 5 también. El estandarte de la libertad: En memoria de nuestro Dios, nuestra religión y nuestra libertad, etc.—Alma 46:12, 13. Los hombres libres habían hecho alianza de mantener los derechos y privilegios de su religión mediante un gobierno libre —Alma 51:6. Considérense las características de la religión verdadera cual se exponen en el Sermón del Monte—Mateo, caps. 5, 6, 7. Creemos que la religión es instituida por Dios—D. y C. 134:4; véanse los versículos 9 y 10 también. Fe, esperanza, caridad y amor, con un deseo sincero de glorificar a Dios, lo califican para la obra—D. y C. 4:5. Nadie puede ayudar en esta obra salvo que sea humilde y lleno de amor, teniendo fe, esperanza y caridad, etc.—D. y C. 12:8. Y si no tuviereis fe, esperanza y caridad, no podréis hacer nada —D. y C. 18:19. Y sobre todo, vestios con el vínculo de la caridad, como con un manto—D. y C. 88:125. Ten caridad hacia todos los hombres y hacia la casa_ de fe, y deja que la virtud engalane tus pensamientos incesantemente—D. y C. 121:45. Lo que hacéis a los pobres, al Señor lo hacéis—D. y C. 42:38; léase también el versículo 29; 44:6; 52:40. Ay de vosotros, hombres ricos, que no queréis dar de vuestra substancia a los pobres—D. y C. 56:16. Ay de vosotros, los pobres, cuyos corazones no están quebrantados, etc.—versículo 17. Búsquense los pobres para suministrarles sus necesidades—D. y C. 84:112. La orden de la Iglesia para el beneficio de los pobres—D. y C. sec. 104. El que no impartiere su porción a los pobres alzará sus ojos desde el infierno—D. y C. 104:18. Desagrado del Señor con aquellos que no imparten de su substancia a los pobres y afligidos—D. y C. 105:3.

Diezmos y Ofrendas

Abrahán pagó diezmos a Melquisedec—Gen. 14:20. Jacob hizo convenio de pagar diezmos al Señor—Gen. 28:22. Toda la décima de la tierra es cosa consagrada a Jehová—Lev. 27:30; véase también el versículo 32. Disposición de los diezmos de los hijos de Israel—Núm. 18:24. Allí llevaréis vuestros sacrificios y vuestros diezmos—Deut. 12:6. Indispensablemente diezmarás todo el producto de tu simiente —Deut. 14:22, 23. Se comisiona a ciertos hombres para cuidar del diezmo—Neh. 13:11-13. En los días de Malaquías el pueblo había robado a Dios en el asunto de los diezmos y las primicias—Mal. 3:8; véanse también los versículos 9-12. La repetida mención de las ofrendas, como cosa distinta de los diezmos, en Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Véase lo que dice el Libro de Mormón de los diezmos—Alma 13:15; 3 Nefi 24:8-10. Y de las ofrendas—1 Nefi 5:9; 7:22; 2:7. Se requiere pagar diezmos en la dispensación actual—D. y C, sec. 119. En verdad, es un día de sacrificio y de requerir el diezmo de mi pueblo—D. y C. 64:23. La Casa del Señor se edificará con los diezmos del pueblo— D. y C. 97:11, 12. Nótese que los nefitas obedecieron estrictamente la ley de Moisés hasta que fue reemplazada bajo la dirección del Cristo resucitado, quien los visitó en persona y les declaró que él mismo había dado la ley. Como se ve por las referencias bíblicas aquí citadas, los diezmos y las ofrendas son una parte significante de la ley mosaica. Prueba de que los nefitas observaron lo que requería la ley de Moisés se halla en los pasajes siguientes: Mosíah 3:14, 15; 12: 28-37; 13:27-33; Helamán 15:5; 3 Nefi 15:2-10.

El Día del Reposo

Mañana es el santo sábado, el reposo de Jehová—Exo. 16:23. Acordarte has del día del reposo, para santificarlo—Exo. 20: 8-11. Nótese en el versículo 11 que los sucesos de la creación prefiguran la institución del sábado: Y Jehová bendijo el día séptimo y lo santificó — Gen. 2:2, 3; también Moisés 3:2; Abrahán 5:1-3. Seis días trabajarás, y en el séptimo descansarán el hombre y los animales—Exo. 23:12. La observancia del sábado era señal entre Jehová y su pueblo Israel—Exo. 31:13-17; Eze. 20:12. El día séptimo será uno de descanso, aun en la arada y en la siega—Exo. 34:21; véase también 35:2; Lev. 23:3. Se ofrecerían sacrificios especiales en el día de reposo—Núm. 28:9, 10. Se mandó a los israelitas en el desierto que el sexto día recogieran maná para dos días y que el séptimo no salieran —Exo. 16:16-31; véanse los versículos 4 y 5. Bienaventurado el hombre que guardare el sábado—Isa. 56:2; véase también 58:13, 14. Bajo la ley de Moisés el castigo por violar el día de reposo era la muerte—Exo. 35:2; Núm. 15:32-36; compárese con Jer. 17:27. Las enseñanzas de Cristo concernientes al día de reposo, sus acciones en ese día y las acusaciones contra él de violar el sábado—Mateo 12:1-8; también los versículos 10-14; compárese con Lucas 6:1-11, y Marcos 2:23-28. Véase el incidente de la mujer que fue sanada en sábado—Lucas 13:11-17. Un hombre hidrópico fue sanado en sábado — Lucas 14: 1-6. Véanse otros incidentes—Juan 5:5-18; 7:21-24. Así que el Hijo del Hombre es Señor aun del sábado—Marcos 2:28; véase también Mateo 12:8. El sábado por causa del hombre es hecho; no el hombre por causa del sábado—Marcos 2:27. Pablo disputaba en la sinagoga todos los sábados—Hechos 18:4; véase también 17:2. Obsérvese que el día primero de la semana, y no el séptimo, se juntaban los discípulos a partir el pan—Hechos 20:7. El primer día de la semana, siendo domingo, fue el día en que Cristo resucitó—Mateo 28:1; Marcos 16:9. El primer día de la semana en lugar del séptimo llegó a observarse como el día de reposo—1 Cor. 16:2. Yo fui en el Espíritu en el día del Señor—Apo. 1:10. Nadie os juzgue de sábados—Colos. 2:16. Los nefitas santificaban al Señor el día de reposo—Jarom 5; véase también Mosíah 13:16-19. Alma mandó que observaran el día del sábado y lo santificaran —Mosíah 18:23. Nótese que la observancia del día de reposo fue parte importante de la ley de Moisés; y repárese también en que los nefitas observaron estrictamente la ley de Moisés hasta que el evangelio que les dejó el Cristo resucitado la reemplazó—2 Nefi 5:10; 25:24-30; Jarom 5; Mosíah 2:3; Alma 30:3; 3 Nefi 1:24. Irás a la casa de oración y ofrecerás tus sacramentos en mi día santo—D. y C. 59:9, 10. Recuerda que en éste, el día del Señor, ofrecerás tus ofrendas y tus sacramentos al Altísimo—versículos 12-14. Y los habitantes de Sión también observarán el día del Señor para santificarlo—D. y C. 68:29.

APÉNDICE

SE COMPONE DE NOTAS A LOS CAPÍTULOS ANTERIORES

APÉNDICE I

Notas Relacionadas con el Capítulo 1

1. Los Artículos de Fe datan desde el primer día de marzo de 1842. Se publicaron los Artículos de Fe. en la Historia de José Smith, en el Millennial Star, tomo 19, pág. 120 y en Times and Seasor.s, tomo 3, pág. 709. Como ya se dijo, la Iglesia formalmente ha adoptado los Artículos como resumen autorizado desús doctrinas principales.

2. Los Libros Canónicos de la Iglesia.—De la Biblia y el Libro de Mormón, los dos primeros libros canónicos de la Iglesia, se habla en los capítulos 13, 14 y 15 de esta obra. Doctrinas y Convenios es una recopilación de revelaciones modernas que se han dado a la Iglesia en la dispensación actual. La Perla de Gran Precio comprende: (1) Visiones y escritos de Moisés, revelados a José Smith; (2) el Libro de Abrahán, traducción hecha por José Smith de ciertos papiros antiguos, y (3) otros escritos de José Smith. Los miembros de la Iglesia, oficialmente reunidos en conferencia, han adoptado estas obras como sus Libros Canónicos.

3. Tributo a José Smith.—Aunque pocas personas fuera de la Iglesia han elogiado a este profeta moderno, cabe aquí observar que ha habido algunas excepciones notables. Josías Quincy, un norteamericano prominente, conoció a José Smith poco antes que éste fuese martirizado; y ocurrida la tragedia, escribió: "No es del todo improbable que en algún libro futuro, escrito para las generaciones que aún están por nacer, se halle una pregunta más o menos como ésta: ¿Qué americano histórico del siglo xix ha ejercido la influencia más potente en los destinos de sus compatriotas? Y no es del todo imposible que la respuesta a esa interrogación sea la siguiente: José Smith, el Profeta Mormón. Y la contestación, por absurda que indudablemente ha de parecer a la mayor parte de los que hoy viven, podrá ser verdad obvia para sus descendientes. La historia contiene sorpresas y paradojas tan extraordinarias como ésta. Con lanzar epítetos injuriosos contra la memoria del hombre que estableció una religión en esta época de debates libres, que fué y es hoy aceptado por decenas de millares como emisario directo del Altísimo, no va uno a desembarazarse de tan extraordinario ser humano. . . . Las preguntas más importantes que los ciudadanos del país están discutiendo en la actualidad están relacionadas con este hombre y con lo que nos ha legado , . . Son preguntas trascendentales que darán un lugar destacaao en la historia del país a este vigoroso afirmador a quien visité en Nauvoo. Afirmando ser un maestro inspirado, José Smith luchó contra una adversidad como pocos han tenido que combatir, disfrutó de una corta temporada de prosperidad como pocos hombres han conocido y por último, cuarenta y tres días después que lo vi, gustosamente fue a su martirio. Cuando se entregó al gobernador Ford, a fin de evitar el derrame de sangre, el profeta presentía la suerte que lo esperaba. 'Voy como un cordero al matadero—se dice que declaró—pero me siento tan tranquilo como una mañana veraniega. Mi conciencia se halla libre de ofensas, y moriré inocente,' " Figures of the Past, por Josías Quincy, pág. 376.

4. El Linaje de José Smith.—"José Smith fue de familia humilde. Sus padres y los progenitores de ellos fueron labradores: sin embargo, eran de carácter piadoso y guardaron sus nombres sin mancha. A mediados del siglo XVII, Roberto Smith, un robusto labriego de Inglaterra, emigró al Nuevo Mundo, la tierra de promisión. El y su esposa, María, se establecieron en Essex, Estado de Massachusetts. Los numerosos descendientes de esta buena pareja se casaron con muchas de las familias más estables e industriosas de la Nueva Inglaterra. Samuel, hijo de Roberto y María, nació el 26 de enero de 1666 y se casó con Rebeca Curtís el 25 de enero de 1707. Su hijo, Samuel segundo, nació el 26 de enero de 1714. Se casó con Priscilla Gould, y fue padre de Asael, quien nació el primero de marzo de 1744. Asael Smith tomó por esposa a María Duty, y su hijo José nació el 12 de julio de 1771. El 24 de enero de 1796, José y Lucía Mack contrajeron matrimonio en Tunbridge, Estado de Vermont. Ella era hija de Salomón Mack y Lidia Gates, y nació el 8 de julio de 1776." The Life OT Joseph Smith, the Prophet, por Jorge Q. Cannon, cap. 1. José el Profeta fué el tercer hijo y cuarto niño de José Smith y Lucía Mack de Smith. Nació en Sharon, Estado de Vermont, el 23 de diciembre de 1805.

5. Las Primeras Persecuciones de José Smith.—El Profeta escribió lo siguiente acerca de las persecuciones que se desataron cuando por primera vez mencionó su visión del Padre y del Hijo; "En aquel tiempo me fue motivo de seria reflexión, y frecuentemente lo ha sido desde entonces: cuán extraño que un

muchacho desconocido de poco más de catorce años, y además uno que estaba bajo la necesidad de ganarse un escaso sostén con su trabajo diario, fuese considerado un individuo de influencia suficiente para llamar la atención de los grandes personajes de las sectas más populares del día; y a tal grado que provocaba en ellos un espíritu de la más rencorosa persecución y vilipendio. Pero extraño o no, así fue; y a menudo ha sido la causa de mucha tristeza para mí. Como quiera que sea, era, no obstante, un hecho que yo había visto una visión. Se me ha ocurrido desde entonces que me sentía igual que San Pablo, cuando presentó su deíensa ante el rey Agripa y contó la visión que había visto, en la cual vio una luz y oyó una voz. A pesar de eso, fueron pocos los que lo creyeron; unos dijeron que estaba mintiendo, otros, que estaba loco; y se burlaron de él y lo vituperaron. Pero aquello no destruyó la realidad de su visión. Había visto una visión, sabía que la había visto, y toca la persecución debajo del cielo no podría cambiar aquello; y aunque lo persiguieran hasta la muerte, con todo eso, sabía, y sabría hasta su último suspiro que había visto una luz tanto como oído una voz que le habló; y el mundo entero no podría hacerlo pensar o creer lo contrario. Así era conmigo. Efectivamente había visto una luz; en medio de la luz vi a dos Personajes, y ellos en realidad me hablaron; y aunque se me odiaba y perseguía por decir que había visto una visión, no obstante, era cierto; y mientras me perseguían, me censuraban y decían toda clase de falsedades en contra de mí por afirmarlo, yo pensaba en mi corazón: ¿Por qué me persiguen por decir la verdad? En realidad he visto una visión, y ¿quién soy yo para oponerme a Dios?" Perla de Gran Precio, págs. 47, 48; History ,of the Church, tomo 1, pág. 7.

6. El Sello del Martirio.—"La evidencia más elevada de sinceridad que un hombre puede manifestar a sus semejantes, la prueba mayor de que ha hablado la verdad, es que persevere en ello hasta la muerte y selle su testimonio con su sangre . . . De tanta importancia era para San Pablo este testimonio que dijo: 'Porque donde hay testamento, necesario es que intervenga muerte del testador. Porque el testamento con la muerte es confirmado; de otra manera no es válido entre tanto que el testador vive.' (Hebreos 9:16, 17) A la luz de este principio, y cuando se considera la importancia del gran testimonio que dio al mundo, no debe causar admiración que se haya requerido que José Smith sellara su obra con su martirio. Con toda probabilidad su obra se habría calificado de incompleta, si eso hubiese faltado; mas ahora no es así; su carácter de profeta quedó completo cuando cayó mártir, acribillado por las balas del populacho en Cartago, Estado de Illinois." .4 New Wit-ness for God, por B. H. Eoberts, págs. 477 y 478.

7. José Smith, un Profeta Verdadero.—José Smith, el hombre de quien hablamos, el profeta del evangelio de Cristo en los últimos días, el hombre por medio de cuyo ministerio se inició la dispensación más reciente de la obra del Señor—una dispensación llamada nueva, aunque señalada por la restauración de la autoridad y poderes de. todas las épocas anteriores —es un individuo que los hombres no pueden olvidar o despreciar, por más que quieran. Su lugar en la historia está seguro; se reconoce su obra como una misión que únicamente a él le fue delegada ... Un profeta o revelador verdaderamente enviado de Dios llevará el poder y autoridad para administrar las ordenanzas del evangelio de Cristo. Ningún enviado de las cortes celestiales, ningún embajador del trono del Gran Rey, será delegado sin las credenciales que autenticarán su nombramiento; ni se presentará tal mensajero entre los hombres para declarar sus derechos, desprovisto de las insignias de su oficio. En el eficaz cumplimiento de sus deberes, el profeta verdadero testificará de su nombramiento y ordenación autorizados no sólo con palabras, sino que manifestará que efestivamente posee los dones espirituales y poderes particulares que pertenecen al oficio profético, ejerciéndolos debidamente, según las condiciones lo requieran . . . Por lo anterior, y por todas las demás pruebas que se relacionan con las características que son esenciales al exaltado llamamiento y oficio del profeta, afirmamos que José Smith fue un Profeta del Dios Viviente.—De un artículo por el autor, Im-provement Era, tomo 9, pág. 155.

8. La Restauración del Evangelio.—Es claro que la visión y profecía de Juan (Apoc. 14:6, 7) concerniente a la restauración del evangelio a la tierra, no podría referirse a los anales evangélicos que se conservan en la Santa Biblia, porque esa historia ha permanecido con el género humano. Como se dijo en el texto, se ve un cumplimiento parcial en la visita de Moroni y la restauración del Libro de Mormón, que es para nosotros" en estos días modernos, una escritura nueva que con-tiene una historia más completa del "evangelio eterno". Sin embargo, la historia del evangelio no es el evangelio. La autoridad para administrar las ordenanzas salvadoras del evangelio es esencial para la eficaz predicación y administración de dicho evangelio. Esta, autoridad fue restaurada por medio de Juan el Bautista, quien trajo el Sacerdocio Aarónico, y mediante los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, por quienes vino a la tierra el Sacerdocio de Melquisedec. Un comentario sobre Apocalipsis 14:6, 7, aparece en The Great Apostasy, -pág. 168, por el autor de la presente obra.

9. Elias.—Como claramente se ve en algunas de las revelaciones recibidas por José Smith (D. y C. 27:6,

9; 110:12, 13). son dos los personajes, y dos los oficios que este nombre representa. El Profeta hizo una distinción muy clara entre- el espíritu y oficio de los dos, y retuvo para uno el nombre de Elijali. que es la forma hebrea de la palabra, mientras que al otrc señaló con el equivalente griego, Elias. En español, sin embargo, no hay sino una forma para ambos; y se ha intentado hacer la distinción llamando Elias el Profeta al que José Smith designa como Elijan, y simplemente Elias, al otro. Respecto de este último, todo lo que sabemos de él es que se apareció en el templo de Kírtland a José Smith y a Oliverio Cówdery y, según ellos. "entregó la dispensación del evangelio de Abrahán, diciendo que en nosotros y en nuestra simiente, todas las generaciones después de nosotros serían bendecidas". (D. y C. 110:12.) Concerniente a Elias el Profeta o Elijah, lo que se sabe de su vida se halla en la Biblia (Véase 1 R. caps. 17, 18, 19, 21; 2 E. caps. 1 y 2).

Refiriéndose a la diferencia que existe entre el espíritu y oficio de los dos, el profeta José Smith ha explicado: "El espíritu de Elias (Elias) es preparar el camino para una revelación mayor de Dios. Es el Sacerdocio de Elias, o el Sacerdocio que fue conferido a Aarón. Y cuando Dios envía a un hombre al mundo con las llaves del poder de Elias, a fin de preparar para una obra mayor, se ha llamado la doctrina de Elias, aun desde las primeras edades del mundo ....

"El espíritu, poder y llamamiento de Elias el Profeta (Elijah) es que tenéis el poder para poseer las llaves de la revelación, ordenanzas, oráculos, potestades e investiduras de la plenitud del Sacerdocio de Melquisedec y del Reino de Dios sobre la tierra; y de recibir, obtener y efectuar todas las ordenanzas que pertenecen al Reino de Dios, aun tornar el corazón de los padres a los hijos y el corazón de los hijos a sus padres, aun los que están en el cielo .....

"Esta es la diferencia entre el espíritu y poder de uno y otro; pues mientras que el espíritu de Elias es un precursor, el poder de Elias el Profeta basta para asegurar nuestra vocación y elección .... El espíritu de Elias (Elias) es primero, Elias el Profeta (Elijah), segundo y el Mesías al final. Elias es un precursor para preparar el camino, y el espíritu y poder de Elias el Profeta ha de venir después . . . luego vendrá a su templo el Mesías, al final de todo." (History of the Church, tomo 6, págs. 250, 251.)

APÉNDICE II

Notas Relacionadas con el Capítulo 2

1. La Creencia en Dios es Natural.—"La gran y principal verdad de que hay un Dios ha existido casi umversalmente entre los hombres en todas las edades; por tanto, las Santas Escrituras, que hablan de Dios en cada una de sus páginas y se refieren a los sentimientos del género humano durante un período de unos cuatro mil años, siempre asumen la admisión de esta verdad. De hecho, en las primeras edades del mundo no aparece evidencia positiva de que. el teísmo especulativo haya tenido partidarios; y si en una época subsiguiente, 'dijo el necio en su corazón: No hay Dios,' tal concepto se manifiesta más en sus afecciones que en su criterio; y aun con todo esto, tan débilmente influía en los pensamientos de los hombres que los escritores sagrados jamás consideraron que era necesario combatir el error, ora por discusiones formales, ora por invocación de obras milagrosas. El pecado de politeísmo, no ateísmo, era el que prevalecía; por consiguiente, el objeto de hombres inspirados, más bien que comprobar la existencia de un Dios, fue mostrar la inexistencia de otros, preservar su autoridad y poner en vigor sus leyes, a fin de excluir a todo pretendiente contrario." Cassell's Bible Dictionary; artículo "Dios".

2. Importancia de la Creencia en Dios.—"La existencia de un Ser Supremo es sin duda el concepto más sublime que puede penetrar la mente humana, y ni aun como problema científico puede tener igual, porque pretende proporcionar la causa de causas, el gran último hecho en filosofía, la postrera y más sublime generalización de verdad científica. Sin embargo, éste es el requisito mínimo que presenta para nuestra consideración, porque sobre él descansa el fundamento mismo de la moralidad, la virtud y la religión; apoya la estructura social y unifica todas sus partes; envuelve el trascendental problema de la inmortalidad del hombre y su responsabilidad hacia la autoridad suprema, y está inseparablemente unida a las esperanzas más halagadoras y gozo más sublime del individuo. De hecho, no solamente es una verdad fundamental, sino la gran verdad central de todas las otras verdades. Toda otra verdad científica, ética y religiosa emana de ésta. Es el manantial del cual todas fluyen, el centro hacia el cual todas convergen y la única proposición

sublime de la cual todas testifican. De manera que en su solemne majestuosidad y trascendentales consecuencias, es sin igual." Cassell's Bible Dictionary; artículo "Dios".

3. La Creencia en Dios es Natural y Necesaria.—El doctor José Le Conté, que en un tiempo fue profesor de geología e historia natural en la Universidad de California, ha escrito: "Teísmo o la creencia en Dios o dioses, o en algún agente sobrenatural a los que están sujetos los fenómenos que nos rodean, constituye la base y condición fundamentales de toda religión, y es, por consiguiente, universal, necesaria e intuitiva. De manera que no trataré de dar pruebas de aquello que sirve de fundamento a toda prueba y que por ningún método de razonamiento se puede hacer ya más real. La causa de esta creencia estriba en la naturaleza misma del hombre; es el fundamento y base misma de la razón. Esto y solamente esto es lo que da expresión a la naturaleza; sin ello, ni la religión, ni la ciencia, de hecho, ni la vida humana, existirían. Observemos qué es lo que caracteriza al hombre en su relación con la naturaleza externa. Para el ser irracional, los fenómenos de la naturaleza no son sino fenómenos sensorios; pero el hombre, en proporción al uso de sus facultades humanas, instintivamente progresa del fenómeno a su causa. Esto es inevitable debido a una ley de nuestra naturaleza, pero la manera de ascender no es igual en las razas cultas e incultas. El hombre inculto, al ocurrir un fenómeno cuya causa no se percibe inmediatamente, pasa de una vez del fenómeno sensorio a la causa primera, en tanto que el hombre culto, y sobre todo el científico, avanza por una serie de causas secundarias de los fenómenos sensorios a la causa primera. La región de la causa segunda, y ésta solamente, es el reino de la ciencia. Se puede decir, por cierto, que la ciencia es el estudio del modo de obrar de la causa primera. Claro está, pues, que por reconocer las causas segundas no se va a excluir la idea de la existencia de Dios. . . . De manera que el Teísmo es necesario, intuitivo y consiguientemente, universal. No podríamos deshacernos de él aunque quisiéramos. Se echa fuera, como muchos lo hacen, por 1E puerta delantera, y vuelve a entrar, quizá sin ser reconocido, por la puerta de atrás. Lo expulsamos en sus formas más nobles cual lo manifiestan las Escrituras, y vuelve otra vez en sus formas innobles, ora como magnetismo, ora como electricidad, gravedad o algún otro supuesto agente eficaz que rige la naturaleza. En alguna forma, noble o innoble, se hospedará en el corazón humano. Repito, por tanto, el Teísmo ni requiere ni admite pruebas. Mas en estos postreros tiempos el Teísmo tiende a convertirse en Panteísmo, con lo que la creencia religiosa queda despojada de toda su influencia sobre el corazón humano. Luego se precisa que yo trate de demostrar, no la existencia real, sino la personalidad de Dios. . . . Entre algunos eruditos, particularmente entre los científicos, existe un concepto cada día más fuerte—expresado abiertamente en algunas ocasiones mientras que en otras sólo vagamente se percibe—de que lo que llamamos Dios no es sino un principio universal que todo lo penetra, que anima la naturaleza; un principio general de evolución, una fuerza vital inconsciente e impersonal, conforme a la cual lentamente se desarrolla todo el cosmos. Ésta forma de Teísmo posiblemente satisfará las exigencias de una filosofía puramente especulativa, pero no puede satisfacer los anhelos del corazón humano. ... El argumento a favor de la personalidad de Dios se deriva de las evidencias del inteligente plan y designio de la naturaleza, o se ve en la manera en que se acomodan las partes para un propósito definitivo e inteligente. La fuerza de este argumento inmediatamente, se hace sentir de un modo intuitivo en todas las mentes, y su efecto es irresistible y dominante para toda alma sincera, honrada, libre de sutilezas metafísicas." Religión and Science, artículo por el profesor José Le Conté, págs. 12 a 14.

4. Dios en la Naturaleza.-—Isaac Newton, al escribir a su amigo, el doctor Bentley, en 1692, dijo, refiriéndose al universo natural: "Para crear semejante sistema, con todos sus movimientos, se precisaba una Causa que entendiera y comparara en conjunto las cantidades de materia en los diversos cuerpos del sol y los planetas, así como las fuerzas gravitantes que de ellos emanan, las distancias respectivas entre los planetas de primer orden y el sol, y entre los de orden secundario y Saturno, Júpiter y la tierra, y las velocidades con que estos planetas podrían girar alrededor de estas cantidades de materia en los cuerpos centrales; y el comparar y ajustar todas estas cosas en tan gran variedad de cuerpos da fe de que esta Causa no es ciega ni fortuita, sino sumamente diestra en mecánica y geometría."

5. Indicaciones Naturales de la Existencia de Dios.—"Ni puede ser, ni es probable que se pueda hallar a Dios con microscopios y escalpelos, con la probeta o la redoma, con el goniómetro o el telescopio; sin embargo, con la ayuda de estos instrumentos, el estudiante que trabaja con empeño no puede menos que reconocer una fuerza que no alcanza a ver, y con todo, una fuerza cuyas pulsaciones y movimientos son inconfundibles. El hombre en otra época consideró más limitada la extensión de nuestro sistema solar que en la actualidad; y el descubrimiento del más lejano miembro de la familia planetaria se debió a la admisión de una fuerza de atracción que no se podía explicar sino sobre la suposición de la existencia de otro planeta. El astrónomo, siguiendo el curso de los cuerpos conocidos sobre sus órbitas, podía sentir la atracción, veía el hilo

que los sacaba de un curso más estrecho. No podía ver a Neptuno en los montones de hojas que llenaba con sus cálculos; pero claramente se manifestaba la existencia del astro, y atendiendo a estas indicaciones, lo buscó y lo descubrió. La teoría sola jamás lo habría podido revelar. Aunque la teoría estaba incompleta, no estaba satisfecha sin él; pero la investigación práctica, instigada por la teoría, resultó en la gran demostración. ¿Y qué es toda la ciencia sino teoría, cuando la comparamos con la influencia práctica de una confianza piadosa en la ayuda de un poder omnipotente y omnisciente? No se deben menospreciar las indicaciones de vuestra obra científica: el movimiento trémulo de la aguja que revela la influencia magnética; el instinto interior que habla de una vida y un Autor de la vida que la facultad humana ni puede explicar ni comprender. Al sentaros bajo la bóveda estrellada, meditando en el silencio de la noche las zozobras, los anhelos que el alma no puede pasar por alto, volveos en la dirección indicada por estos impulsos, y con el penetrante lente de la oración y fe que no reconoce ni espacio ni tiempo buscad el manantial de esa fuerza penetrante." University of Utah Quarterly de septiembre, 1895, artículo del autor.

6. Teísmo, Ateísmo, Etc.—Conforme al uso común, Teísmo significa creer en Dios, la aceptación de un Ser viviente y eterno que se ha revelado al hombre. El Deísmo profesa creer en Dios, mas le niega a la Divinidad el poder de revelarse y afirma no creer en el Cristianismo. Se usa este término en diferentes sentidos, y son los principales: (1) Creer en Dios como Ser inteligente y eterno, negando a la vez todo cuidado providencial; (2) Creer en Dios, pero no en el estado futuro del alma; (S) lo propuesto por Kant, negar la existencia de un Dios personal, pero al mismo tiempo afirmar creer en una fuerza infinita que está inseparablemente relacionada con la materia y obra como la gran causa primera. El Panteísmo considera la materia y el espíritu como uno, dentro de lo cual está comprendido todo lo finito y lo infinito, y llama a esta existencia universal Dios. En su fase filosófica, el Panteísmo cuenta con tres formas genéricas y sus variaciones: (1) El panteísmo de la substancia única que le señala al ser universal los atributos del espíritu así como de la materia, de pensamiento así como de extensión, como en el sistema de Espinosa; (2) El panteísmo materialista que le señala sólo los atributos de la materia como en el sistema de Strauss; (3) El panteísmo idealista que le señala solamente la existencia del espíritu, como en el sistema de Hegel. En su fase doctrinal, el panteísmo comprende "la adoración de la naturaleza y la humanidad, basado en la doctrina de que el universo con sus manifestaciones, entre ellas el hombre y la naturaleza, es la demostración siempre variable. de Dios". Politeísmo es la doctrina de la pluralidad de dioses, los cuales generalmente son considerados como personificaciones de fuerzas o manifestaciones_ de la naturaleza. Monoteísmo es la doctrina de que no hay sino un Dios. Ateísmo significa no creer en Dios, o negar la existencia de Dios: el ateísmo dogmático niega, mientras que el ateísmo positivo pasa por alto, la existencia de un Dios. Infidelidad y ateísmo se usan a veces como sinónimos, aunque expresamente la infidelidad significa una forma menor de incredulidad que se manifiesta en escepticismo en cuanto a asuntos religiosos, falta de fe hacia la religión de la Biblia y una actitud negativa hacia las doctrinas del Cristianismo. El Agnosticismo_ sostiene que ni se conoce ni se puede conocer a Dios; que ni se puede probar ni refutar su existencia; ni afirma ni niega la existencia de un Dios personal; es la doctrina de "No Sabemos".

7. Prácticas Idólatras en General.—El alma del hombre, una vez que se entrega a la depravación, está muy propensa a apartarse de Dios y sus instituciones. "Por lo que — según Burder—se han levantado los altares y demonios de la antigüedad pagana, sus extravagantes ficciones y abominables orgías. Así pues, encontramos entre los babilonios y árabes la adoración de astros celestiales, la más antigua forma de idolatría; entre los cananeos y sirios la adoración de Baal, Tammuz, Magog, y Astarte; entre los fenicios la inmolación de, niños a Moloc; entre los egipcios, se conferían honores divinos a los animales, aves, insectos, puerros y cebollas; entre los persas se rendía reverencia religiosa al fuego, y entre el culto griego, su sistema de fe admitía treinta mil dioses. Además, en el tiempo actual, entre la mayoría de las tribus paganas, hallamos las supersticiones más destructivas, los ritos más sangrientos y crueles y el más espantoso libertinaje y vicio que se llevan"a cabo con el nombre de religión." History of All Religións, pág. 12.

8. Ejemplos de Idolatría Atroz.—La adoración de Moloc generalmente se cita como ejemplo de la idolatría más cruel y más repugnante conocida al hombre. Moloc, conocido también como Molec, Malcam, Melcom, Baal-Melec, etc., era un ídolo amonita. Las Escrituras hacen mención de él en relación con sus crueles ritos (Lev. 18:21; 20:2-5; véase también I Reyes 11:5, 7, 33; 2 Reyes 23:10, 13; Amos 5:26; Sof. 1:5; Jer. 32:35) Keil y Delitzsch describen el ídolo como una "estatua hueca de bronce que se podía calentar; tenía cabeza, de toro y los brazos extendidos para recibir a los niños que eran sacrificados". Aun cuando la adoración de este ídolo no exigía invariablemente sacrificio humano, cierto es que estos horribles ritos caracterizaban tan abominable altar. Los autores ya citados dicen: "Desde los días de Acaz se mataba a los niños en Jerusalén, en el

valle del hijo de Ennom o Hinnom, para luego sacrificarlos poniéndolos en los brazos candentes a fin de ser quemados." (2 Reyes 23:10: 16:3; 17:17; 21:6; Jeremías 32:35; Ezequiel 16:20, 21; 20:31; compárese Salmos 106:37-38). Muchas autoridades declaran que el sacrificio de los niños a este espantoso monstruo empezó mucho antes de los días de Acaz. "La inmolación de víctimas vivas era probablemente el punto culminante de las atrocidades que se relacionaban con este sistema, y se dice que Tofet, donde se efectuaban, recibió ese nombre del redoblar de tambores con que se trataba de ahogar los gritos y quejidos de los que eran quemados vivos. El mismo lugar se llamaba el Valle de Ennom y las horribles prácticas que con él se relacionaban causó que tanto Tofet como Ge-henna (Valle de Ennom) fuesen adoptados como nombres y símbolos del tormento futuro."—Véase The Pentateuch por Keil y Delitzsch y Cassell's Bible Dictionary.

No eran menos horribles las prácticas de. suicidarse voluntariamente bajo las ruedas del carro del ídolo Yuggernat, y de ahogar a los niños en el río sagrado del Ganges, como entre los hindúes. En las prácticas del druidismo entre los antiguos británicos hallamos otro ejemplo de la degradación que sufre la religión por no tener la orientación autorizada y la luz de revelación. Los druidas profesaban veneración hacia la encina y efectuaban la mayor parte de sus ceremonias características en bosques sagrados. Como señal distintiva de su sistema, se ofrecían sacrificios humanos. Algunos de sus templos aún existen, por ejemplo, en Stonehenge, Wiltshire y otros en Kent.

Estos recintos circulares no tenían techo, y cerca del centro se hallaba un altar (dolmen) sobre el que se sacrificaban las víctimas. En ocasiones especiales se incluía en las horribles ceremonias el acto de quemar vivos a varios números de seres humanos, encerrados en inmensas jaulas de mimbre.

9. Idealistas y Ateos.—"Hay dos clases de ateos en el mundo. Uno niega la existencia de Dios de la manera más positiva; el otro niega que. existe en duración o espacio. Uno dice: No hay Dios; el otro dice: Dios no está aquí ni allí, ni tampoco existe ahora ni entonces. El incrédulo dice: Dios no existe en ninguna parte. El idealista dice: Dios en ningún lugar existe. El incrédulo dice: No hay tal substancia como Dios. El idealista dice: Sí hay tal substancia como Dios, pero no tiene partes. El ateo dice: No hay tal substancia como espíritu. El idealista dice: Un espíritu, aunque vive y se mueve, no ocupa lugar ni espacio en la misma manera y modo que la materia, ni aun tanto como el grano de arena más pequeño. El ateo no trata de esconder su incredulidad; pero el idealista cuya creencia declarada equivale a lo mismo que la del ateo, busca la manera de ocultar su incredulidad bajo el manto superficial de unas cuantas palabras. ... El idealista es un ateo religioso; se distingue de la otra clase de ateos sólo porque reviste con los poderes de un Dios a un nada indivisible y sin extensión. Uno no cree en ningún Dios; el otro cree que Nada es Dios y lo adora como tal." Orson Pratt en su folleto. Absurdities of Invmaterialism, pág. 11.

10. El Ateísmo, una Creencia Fatal.-"Durante el Remado de Terror, la Asamblea Nacional declaró que los franceses serían una nación de ateos; pero tras un breve experimento se convencieron que una nación de ateos no podía existir mucho tiempo, Robespierre entonces 'proclamó en la Convención que la creencia en la existencia de Dios era necesaria a los principios de virtud y moralidad sobre los que estaba fundada la república'; y el 7 de mayo (1794) los representantes nacionales que tan recientemente se habían postrado ante la diosa de la razón, votaron por aclamación que el pueblo francés reconocía la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma." Students' France, 27, 6.

11. El Padre y el Hijo.-En la discusión sobre la "Personalidad de Cada Uno de los Miembros de la Trinidad" y "Atributos Divinos" no se ha procurado separar las referencias al Padre y al Hijo. Se debe tener presente que el Personaje que en el Antiguo Testamento es más generalmente conocido como Dios o el Señor, es Aquel que en el estado mortal fue conocido como Jesucristo, y como Jehová en el estado anterior al mortal. Véase la obra del autor, Jesús el Cristo, capítulo 4. El hecho de que en ciertas escrituras Jesucristo o Jehová es llamado Padre, en ningún sentido justifica la suposición de que él y su Padre Elohim son la misma persona. Las autoridades generales de la Iglesia han explicado este asunto en una publicación especial que dice lo siguiente:

El Padre y el Hijo: Una Exposición Doctrinal de la Primera Presidencia "y los Doce.—Las Escrituras clara y repetidamente afirman que Dios es el Creador de la tierra, los cielos y todas las cosas que en ellos hay. En este sentido, el Creador es un organizador. Dios creó la tierra como esfera organizada; pero ciertamente no creó, en el sentido de darles existencia, los elementos de la materia de que se compone la tierra, porque "los elementos son eternos". (D. y C. 93:33)

En igual manera la vida es eterna, y no creada. Pero en la materia organizada se puede infundir vida o la

fuerza vital, aunque no le han sido revelados al hombre los detalles del procedimiento. Como ejemplos ilustrativos véase Génesis 2:7; Moisés 3:7; y Abrahán 5:7. Cada uno de estos pasajes declara que Dios sopló en el cuerpo del hombre el aliento de vida. Véase también Moisés 3:19, donde se declara que Dios sopló el aliento de. vida en los cuerpos de las bestias y las aves. Dios le mostró a Abrahán "las inteligencias que fueron organizadas antes que el mundo fuese"; y por "inteligencias" debemos entender "espíritus" personales. (Abrahán 3:22-23) No obstante, expresamente nos es dicho que "Inteligencia", es decir, "la luz de la verdad, no fue creada ni hecha, ni tampoco lo puede ser." (D. y C. 93:29)

El término "Padre" aplicado a Dios, ocurre en las Sagradas Escrituras con significados claramente distintos. Deben segre-garse cuidadosamente cada uno de los cuatro significados que se especifican en el siguiente tratado.

1. "Padre" en el Sentido Literal.—Los pasajes de las Escrituras que tienen el significado ordinario — literalmente el de Padre—son demasiado numerosos y precisos para ser citados. Estos pasajes tienen por objeto indicar que Dios el Eterno Padre, a quien damos el exaltado título de "Elohim", es el Padre literal de nuestro Señor y Salvador Jesucristo así como de los espíritus de la raza humana. Elohim es el Padre en todo sentido en que Jesucristo es así llamado, y por distinción es el Padre de los espíritus. De modo que leemos en la Epístola a los Hebreos: "Por otra parte, tuvimos por castigadores a los padres de nuestra carne, y los reverenciábamos, ¿por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?" (Hebreos 12:9) En vista de este hecho, Jesucristo nos enseña que oremos: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre."

Jesucristo se aplica a sí mismo ambos títulos, "Hijo" y "Padre". En verdad, claramente dijo al hermano de jared: "He aquí, soy Jesucristo. Soy el Padre y el Hijo. (Ether 3:14) Jesucristo es el Hijo de Elohim tanto espiritual como corporalmente, es decir, Elohim es literalmente el Padre del espíritu de Jesucristo y también del cuerpo con el que Jesús cumplió su misión en la carne, ese cuerpo que murió sobre la cruz y más tarde se levantó mediante la resurrección, y ahora es la morada inmortal del espíritu eterno de nuestro Señor y Salvador. No parece ser necesaria una explicación más extensa del título "Hijo de Dios" cual se aplica a Jesucristo.

2. "Padre" como Creador.—Un segundo significado de "Padre" en las Escrituras, es el de Creador, como en los pasajes que se refieren a cualquiera de las Personas de la Trinidad, llamándolo "el Padre de los cielos y de la tierra y de todas las cosas que en ellos hay". (Ether 4:7; véase también Alma 11:38, 39, y Mosíah 15:4)

Dios no es el Padre de la tierra, que es uno de los mundos en el espacio, ni de los cuerpos celestiales, en total o en parte, ni de los objetos inanimados, plantas y animales sobre la tierra, en el sentido literal en que es Padre, de los espíritus de! género humano. Por tanto, las Escrituras que en cual-quier manera se refieren a Dios como el Padre de los cielos y de la tierra deben entenderse en el sentido de que Dios es el Hacedor, el Organizador, el Creador de. los cielos y de la tierra.

Con este significado, como en cada uno de los casos el contexto lo indica, Jehová, quien es Jesucristo el Hijo de Elohim, es llamado "el Padre" y aun "el Padre Eterno del cielo y de la tierra". (Véanse los pasajes antes citados, y Mosíah 16:15) Con significado análogo Jesucristo es llamado "Padre Eterno" (Isaías 9:6; compárese con 2 Nefi 19:6.)

En el capítulo 4 de Jesús el Cristo, se explica que Jesucristo, a quien también conocemos como Jehová, fue el poder ejecutivo de Elohim el Padre en la obra de la creación. Jesucristo, siendo el Creador, debidamente es llamado el Padre de los cielos y de la tierra, en el sentido que se explicó anteriormente; y en vista de que sus creaciones son de carácter eterno, con toda propiedad es llamado el Padre Eterno de los cielos y de la tierra.

3. Jesucristo, "Padre" de todos los que permanecen en su Evangelio.—Un tercer sentido en que se considera a Jesucristo como el "Padre" tiene que ver con la relación que existe entre él y los que por aceptar su evangelio llegan a ser herederos de la vida eterna. En seguida citamos unos cuantos de los pasajes que ilustran este significado.

En la oración ferviente que ofreció poco antes de entrar en el Getsemaní, Jesucristo rogó a su Padre por aquellos que el Padre le había dado: con particularidad los apóstoles, y con más generalidad todos los que mediante el ministerio de los apóstoles aceptaran el evangelio y permanecieran en él. En las palabras mismas del Señor leemos la solemne afirmación de que aquellos por quienes particularmente oraba eran suyos, y que el Padre se los había dado: "He manifestado tu nombre a Tos homores que del mundo me diste: tuyos eran, y me los diste, y guardaron tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que. me diste, son de ti; porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han

creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son: y todas mis cosas son tus cosas, y tus cosas son mis cosas; y he sido glorificado en ellas. Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo a ti vengo. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos por tu nombre, para que sean una cosa, como también nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición; para que la Escritura se cumpliese." (Juan 17:6-12)

Y más adelante: "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos. Para que todos sean una cosa; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean en nosotros una cosa: para que el mundo crea que tú me enviaste. Y yo, la gloria que me diste les he dado; para que. sean una cosa, como también nosotros somos una cosa. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumadamente una cosa; y que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los» has amado, como también a mí me has" amado. Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, ellos estén también conmigo; para que vean mi gloria que me has dado; por cuanto me has amado desde antes de la constitución del mundo." (Juan 17:20-24)

A sus fieles siervos de la dispensación actual, el Señor ha dicho: "No temáis, niñitos, porque sois míos, y yo he vencido al mundo, y vosotros sois de aquellos que el Padre, me ha dado." (D. y C. 50:41)

La salvación se alcanza únicamente por cumplir con las leyes y ordenanzas del evangelio; y todos los que de esta manera se salvan llegan a ser hijos e hijas para Dios en un sentido particular. En una revelación dada a Erna Smith por medio de José el Profeta, el Señor Jesús llamó a esta mujer "mi hija", y añadió: "Porque de cierto te digo que todos los que reciben mi evangelio son hijos e hijas en mi reino." (D. y C. 25:1) El Señor, en muchos pasajes, ha llamado a los hombres sus hijos. (D. y C. 9:1; 34:3; 121:7)

Se han recibido muchas revelaciones en la dispensación actual, las cuales aclaran que mediante su obediencia al evangelio los hombres pueden llegar a ser hijos de Dios, tanto hijos de Jesucristo como hijos de su Padre, por medio de Jesucristo. Y así leemos en las palabras que el Señor Jesucristo dirigió a Hyrum Smith en 1829: "He aquí, soy Jesucristo, el Hijo de Dios. Soy la vida y la luz del mundo. Soy yo el mismo que vine a los míos, y no me recibieron; mas de cierto, de cierto te digo, que a todos los que me reciban daré el poder de llegar a ser hijos de Dios, aun a aquellos que creyereín en mi nombre. Amén." (D. y C. 11:28-30) A Orson Pratt el Señor habló así por conducto de José el Vidente, en 1830: "Orson, hijo mío, escucha, oye y ve lo que te diré yo, Dios el Señor, aun Jesucristo tu Redentor; la luz y la vida del mundo, una luz que brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprenden; quien amó al mundo de tal manera que dio su vida, para que cuantos creyeran llegasen a ser hijos de Dios. Por lo tanto, eres mi hijo." (D. y C. 34:1-3) En 1830 el Señor se dirigió a José Smith y a Sídney Rigdon, diciendo: "Escuchad la voz del Señor vuestro Dios, aun Alfa y Omega, el principio y el fin, cuyo curso es un giro eterno, lo mismo hoy, que ayer y para siempre. Soy Jesucristo, el Hijo de Dios, quien fue crucificado por los pecados del mundo, aun por cuantos creyeren en mi nombre, a fin de que llegasen a ser hijos de Dios, aun uno en mí, así como soy uno en el Padre, como el Padre es uno en mí, para que seamos uno." (D. y C. 35:1-2) Considérese también la siguiente declaración hecha en 1831: "Escucha y oye la voz de aquel que existe de eternidad en eternidad, el Gran Yo SOY, aun Jesucristo—La luz y la vida del mundo; una luz que brilla en las tinieblas y las tinieblas no la comprenden; el mismo que vine en el meridiano de los tiempos a los míos, y no me recibieron; pero a cuantos me recibieron, les di el poder de llegar a ser mis hijos; y así también a cuantos me recibieren daré el poder de llegar a ser hijos míos". (D. y C. 39:1-4) En una revelación dada por medio de José Smith en marzo de 1831, leemos: "Porque, de cierto os digo, que yo soy Alfa y Omega, el principio y el fin, la luz y la vida del mundo—una luz que resplandece en las tinieblas y las tinieblas no la comprenden. Vine a los míos y no me recibieron; mas a cuantos me recibieron les di el poder de hacer muchos milagros, y de convertirse en hijos de Dios; y a los que creyeron en mi nombre les di el poder de obtener la vida eterna." (D. y C. 45:7-8)

Esta relación entre Jesucristo, como el Padre, y aquellos que cumplen con los requisitos del evangelio, como sus hijos, se expone de una manera convincente en las palabras de Abinadí, proferidas siglos antes del nacimiento de nuestro Señor en la carne: "Y ahora os pregunto: ¿Quién declarará su generación? He aquí, os digo que cuando su alma haya sido sacrificada por el pecado, él verá su posteridad. Y ahora ¿qué decís vosotros? ¿Quién será su simiente? He aquí, os digo que quien ha oído las palabras de los profetas, sí, todos los santos profetas que han profetizado acerca de la venida del Señor, os digo que todos aquellos que han escuchado sus palabras y creído que el Señor redimirá a su pueblo, y han puesto sus ojos en ese día para la remisión de sus pecados, os digo que éstos son su simiente o los herederos del reino de. Dios; porque éstos son aquellos cuyos pecados él ha tomado sobre sí; son aquellos por quienes ha muerto, para redimirlos de sus transgresiones. ¿Y no

son ellos su simiente? Sí, ¿y no lo son los proíetas, todo aquel que ha abierto su boca para profetizar; que no ha caído en transgresión? Me estoy refiriendo a todos los santos profetas desde el principio del mundo. Dígoos que ellos son su simiente." (Mosíah 15:10-13)

Contrastan trágicamente el bendito estado de aquellos que llegan a ser hijos de Dios, mediante la obediencia al evangelio de Jesucristo, y el de los que no se regeneran, aquellos que son expresamente llamados los hijos del diablo. Notemos las palabras de Cristo, mientras se hallaba en la carne, a ciertos judíos inicuos que se jactaban de ser del linaje de Abrahán: "Si fuerais hijos de Abraham, las obras de Abra-ham haríais . . . vosotros hacéis las obras de vuestro padre. . . . Vosotros de vuestro padre el diablo sois, y los deseos de vuestro padre deseáis cumplir." (Juan 8:39, 41, 42, 44) De manera que Satanás es llamado padre de los inicuos, aunque no podemos suponer que exista entre él y ellos ninguna de las relaciones personales de un padre y sus hijos. Que los justos son los hijos de Dios y los impíos los hijos del diablo se ve en el ejemplo combinado de la parábola de la cizaña: "La buena simiente son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del mal." (Mateo 13:38)

Los hombres pueden llegar a ser hijos de Jesucristo naciendo de nuevo, naciendo de Dios, como lo indica la palabra inspirada: "El que hace pecado, es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Cualquiera que es nacido de Dios, no hace pecado, porque su simiente está en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto son manifiestos los hijos de Dios, y los hijos del diablo: cualquiera que, no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios." (I Juan 3:8-10)

Los que han nacido para Dios mediante la obediencia al evangelio pueden, por medio de valiente devoción a la justicia, obtener la exaltación y aun llegar a la condición de dioses. De éstos se ha dicho: "De modo que, como está escrito, ellos son dioses, aun los hijos de Dios." (D. y C. 76:58; compárese con 132:20; también el versículo 17 de la misma sección y en igual manera el versículo 37) Sin embargo, aunque son dioses, todavía están sujetos a Jesucristo, como su Padre, en esta sublime relación; de manera que leemos en el pasaje que sigue del que ya citamos: "Y ellos son de Cristo, y Cristo es de Dios." (D. y C. 76:69)

Por medio del nuevo nacimiento, de agua y del Espíritu, el género humano puede convertirse en hijos de Jesucristo, ya que por los medios que él ha proveído "son engendrados hijos e hijas para Dios". (D. y C. 76:24) Esta solemne verdad es reiterada por las palabras del Señor Jesucristo, proferidas por medio de José Smith en 18S3: "Y ahora, de cierto os digo, yo estuve en el principio con el Padre, y soy el Primogénito; y todos los que por medio de mí son engendrados, son participantes de la gloria del mismo, y son la Iglesia del Primogénito." (D. y C. 93:21-22) En cuanto al uso figurado de la palabra "engendrados" que se aplica a los que nacen para Dios, citamos la explicación de San Pablo: "Que en Cristo Jesús, yo os engendré por el evangelio." (I Cor. 4:15) Tenemos un ejemplo análogo de este parentezco que se logra por servir rectamente, en la revelación que se refiere al orden y funciones del sacerdocio, recibida en 1832: "Porque los que son fieles hasta obtener estos dos sacerdocios de los que he hablado, y magnifican sus llamamientos, son santificados por el Espíritu para la renovación de sus cuerpos. Llegan a ser los hijos de Moisés y Aarón y la simiente de Abrahán, la iglesia y el reino, y los elegidos de Dios." (D. y C. 88:33-34) Si es propio hablar de los que aceptan el evangelio y permanecen en él como hijos e hijas de Cristo—y sobre este punto las Escrituras son claras y no se pueden contradecir o negar —también es propio hablar de Jesucristo como Padre de los justos, ya que se hicieron sus hijos y él su Padre por medio del segundo nacimiento o sea la regeneración bautismal.

4. Jesucristo Como "Padre" por Investidura Divina de Autoridad.—La cuarta razón porque se aplica el título de "Padre" a Jesucristo se basa en el hecho de que en todas sus relaciones con la familia humana Jesús el Hijo ha representado y aún representa a Elohim su Padre en poder y autoridad. Así fue con Cristo durante su estado preexistente o incorpóreo en el que fue conocido como Jehová; durante su estado corporal en la carne, y durante sus obras como espíritu desincorporado en el mundo de los muertos; y desde esa época para acá, en su estado resucitado. A los judíos él dijo: "Yo y el Padre una cosa somos" (Juan 10:30; véase también 17:11, 22); no obstante, declaró: "El Padre es mayor que yo" (Juan 14:28) ; y además: "Yo he venido en nombre de mi Padre." (Juan 5:43; véase también 10:25). Cristo mismo declaró esta verdad idéntica a los nefitas (véase 3 Nefi 20:35 y 28:10), y ha sido reafirmada por revelación en la dispensación actual (D. y C. 50:43). De manera que el Padre puso su nombre sobre el Hijo; y Jesucristo habló y ejerció su ministerio en el nombre de su Padre y por medio de él; y en lo que concierne a poder, autoridad y divinidad, sus palabras y hechos fueron y son los del Padre.

Leemos,por vía de analogía, que Dios puso su nombre sobre el ángel (o en él) que fué nombrado para una

obra especial entre el pueblo de Israel durante el éxodo. Refiriéndose al ángel, el Señor dijo: "Guárdate delante de él, y oye su voz; no le seas rebelde; porque él no perdonará vuestra rebelión: porque mi nombre está en él." (Éxodo 23:21)

A Juan, el antiguo apóstol, lo visitó un ángel quien ejerció su ministerio y habló en el nombre de Jesucristo. Según las Escrituras: "La revelación de Jesucristo, que Dios le dió, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder presto; y la declaró, enviándola por su ángel a Juan su siervo." (Apoc. 1:1) Juan estaba a punto de adorar al personaje angélico que hablaba en el nombre de Señor Jesucristo, mas le fué prohibido: "Yo Juan soy el que ha oído y visto estas cosas. Y después que hube oído y visto, me postré para adorar delante de los pies del ángel que me mostraba estas cosas. Y él me dijo: Mira que no lo hagas: porque yo soy siervo contigo, y con tus hermanos los profetas, y con los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios." (Apoc. 22:8-9) Entonces el ángel siguió hablando como si fuese el Señor mismo: "Y he aquí, yo vengo presto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según fuere su obra. Yo soy Alfa y Omega, principio y fin, el primero y el postrero." (versículos 12-13) Jesucristo, el Señor resucitado, quien había sido exaltado a la diestra de Dios su Padre, había colocado su nombre sobre el ángel que fué enviado a Juan, y éste habló en primera persona, diciendo: "Yo vengo presto", "yo soy Alfa y Omega", aunque quería decir que Jesucrísto vendría y que Jesucristo era Alfa y Omega.

Sin embargo, ninguna de estas consideraciones puede cambiar en lo más mínimo el hecho solemne de la relación literal de Padre e Hijo que existe entre Elohim y Jesucristo. De los hijos espirituales de Elohim, el primogénito fué y es Jehová o Jesucristo, y todos los demás son menores. Citamos en seguida algunos pasajes que afirman esta gran verdad. Escribiendo a los Colosenses, Pablo se refiere a Jesucristo de esta manera: "El cual es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura. Porque por él fueron criadas todas las cosas que, están en los cielos, y. que están en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue criado por él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y por él todas las cosas subsisten: Y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia; él que es el principio, el primogénito de los muertos, para que en todo tenga el primado. Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud." (Colosenses 1:15-19) Estos versículos nos hacen saber que Jesucristo fué "el primogénito de toda criatura", y evidente es que la primogenitura que aquí se expresa debe referirse a una existencia anterior a la mortal, porque. Cristo no fué el primero de todos los mortales en la carne. También es llamado "el primogénito de los muertos", refiriéndose a él como el primero que resucitó de los muertos, o como en otra parte se dice, "primicias de los que durmieron" (I Cor. 15:20; véase también el versículo 23) y "el primogénito de los muertos". (Apoc. 1:5; compárese con Hechos 26:23) El autor de la Epístola a los Hebreos afirma la posición de Jesucristo como primogénito de los hijos espirituales de su Padre, y ensalza la preeminencia de Cristo revestido de carne: "Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en la tierra, dice: Y adórenle todos los ángeles de Dios" (Hebreos 1:6; léanse los versículos anteriores). Pablo testifica que los espíritus que eran menores que Cristo estaban predestinados a nacer conforme a la imagen de su Hermano Mayor: "Y sabemos que a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien, es a saber, a los que conforme al propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos." (Romanos 8:28-29) A Juan el Revelador le fué mandado que escribiera a la iglesia de Laodicea, como palabra del Señor Jesucristo, lo siguiente: "He aquí dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios." (Apoc. 3:14) En una revelación dada por medio de José Smith en -mayo de 1833, el Señor Jesucristo dijo, como ya se ha citado: "Y ahora, de cierto os digo, yo estuve en el principio con el Padre, y soy el primogénito." (D. y C. 93:21) Uno de. los versículos siguientes aclara el hecho de que los seres humanos igualmente existieron en un estado espiritual antes de ser incorporados en la carne. "Vosotros también estuvisteis en el principio con el Padre; lo que es Espíritu, aun el Espíritu de verdad." (versículo 23)

No es impropio, pues, decir que Jesucristo es el Hermano Mayor del resto del género humano. Indícase en la Epístola a los Hebreos que él es, por nacimiento espiritual, hermano de todos nosotros: "Por lo cual, debía ser en todo semejante a los hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel Pontífice en lo que es para con Dios, para expiar los pecados del pueblo." (Hebreos 2:17) Sin embargo, no se debe olvidar que él es esencialmente mayor que todos los demás, por motivo (1) de ser el mayor o el primogénito; (2) de su posición única en la carne como Hijo de una madre mortal y de un Padre inmortal o resucitado y glorificado; (3) de su selección y preordinación como el único Redentor y Salvador de la raza humana, y (4) de su incomparable impecabilidad.

Jesucristo no es el Padre de los espíritus que han tomado o en lo futuro tomarán cuerpos sobre esta tierra, porque él es uno de ellos. Es el Hijo, así como ellos son hijos o hijas de Elohim. De lo que se ha dado a

conocer por revelación divina sobre los pasos del eterno progreso y desarrollo, debemos entender que solamente los seres resucitados y glorificados pueden ser padres de progenie espiritual. Solamente estas almas exaltadas han alcanzado la edad madura en el curso señalado de la vida eterna; y los espíritus que de ellos nazcan en los mundos eternos pasarán, en el orden debido, por los varios pasos o estados a través de los cuales sus padres glorificados han alcanzado la exaltación.

LA PRIMERA PRESIDENCIA Y EL CONSEJO DE LOS
DOCE APOSTÓLES DE LA IGLESIA DE JESUCRISTO
DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS.
Salt Lake City, Utah, a 30 de junio de 1916.

APÉNDICE III
Notas Relacionadas con el Capítulo 3

1. El Albedrío del Hombre es un Don de Dios.—El siguiente extracto es de un discurso del presidente Brígham Young, del 5 de julio de 1855: "¿En qué se fundan los derechos del hombre? El Señor Omnipotente ha organizado al hojnbre para el propósito expreso de que se convierta en un ser independiente semejante a él, y le ha dado su albedrío individual. El hombre es hecho a imagen de su Creador, el gran prototipo de la especie humana, quien le confirió los principios de eternidad, sembrando la inmortalidad dentro de él y dejándolo libre para obrar como le pareciera mejor; para ser o dejar de ser un santo de los últimos días o un metodista; pertenecer a la iglesia de Inglaterra, hija mayor de la madre iglesia, o a la madre iglesia misma, o a su hermana, la iglesia griega, o ser un pagano y no pertenecer a ninguna iglesia. Cuando quede completamente organizado y establecido el reino de Dios sobre la faz de la tierra, y sobre todos los demás reinos y naciones tome la preeminencia, entonces protegerá al pueblo en todos sus derechos, no importa qué crean, qué profesen o qué adoren." (Véase Journal of Discourses de esa fecha, y Millenial Star, tomo 20, pág. 43)'

2. La Naturaleza del Pecado.—La palabra pecado representa varios vocablos que ocurren en los idiomas originales, cuya traducción literal indica mucha semejanza entre uno y otro. De manera que en el Antiguo Testamente se encuentran, entre otros, los siguientes términos hebreos: Setim (al cual se hace referencia en Salmos 101:3), que significa "desviarse del camino"; shegagah (Lev. 4:2; Núm. 15:27), "pecar por yerro"; avon, "iniquidad". En el Nuevo Testamento encontramos entre las palabras originales griegas: Hamartía, "no dar en el blanco"; parabasis, "ofensa, transgresión"; parakoe, "desobediencia, falta de atención"; paraptoma, "apartarse de la justicia."; agnoema, "ignorancia injustificada"; hetemma, "no dar medida cabal"; anomia, "falta de cumplimiento de la ley". Las ilustraciones anteriores se han tomado principalmente de Müller y French. En todas estas expresiones predomina la idea de una desviación del camino de Dios, de apartarse de su compañerismo por oponerse a los requerimientos divinos. El pecado llegó al mundo de otra parte; no fué producto natural de la tierra. Satanás plantó en Eva la semilla de la desobediencia. La semilla arraigó y ha producido mucho fruto de esa naturaleza que nosotros francamente llamamos calamidad. Para que fuésemos librados de estas espinas y cardos del estado mortal, se ha preparado un Salvador.

3. Edén.—En la lengua hebrea, de la cual procede nuestra palabra Edén, significa ésta algo particularmente delicioso, un lugar de deleite. También se le da al lugar el nombre de "el jardín del Señor". Jehová preparó un jardín en un cierto lugar de la tierra de Edén; este huerto se hallaba "en Edén al oriente". Los padres de la raza humana fueron expulsados del jardín después de la caída, aunque es razonable suponer que siguieron viviendo en la tierra, o en la región de Edén. Leemos que en una época posterior, Caín, el primer asesine, "salió de delante de Jehová y habitó en la tierra de Nod, al oriente de Edén". (Gen. 4:16) Aunque los eruditos cristianos no están de acuerdo en cuanto al sitio geográfico de Edén, la mayoría afirma que se hallaba en Persia. Los Santos de los Últimos Días tienen conocimiento más exacto del asunto. En una revelación que se dió por medio del profeta José Smith en Spring Hill, Edo. de Misurí, el 19 de mayo de 18S8, el Señor da a ese lugar el nombre de Adán - ondi - Ahman, "porque es el lugar, dijo él, al cual Adán vendrá a visitar a su pueblo, o donde se sentará el Anciano de Días, como lo anunció Daniel el profeta". (D. y C. sec. 116) Otra revelación (D. y C. 107:52-53) nos da a saber que tres años antes de su muerte, Adán llamó al valle de Adán-ondi-Ahman a aquellos de sus hijos que eran sumos sacerdotes,

junto con el resto de su posteridad justa, y allí les -confirió sus bendiciones patriarcales. Este- acontecimiento fué señalado por manifestaciones especiales del Señor. (Véase también D. y C. 117:8) No existe, historia auténtica de que la raza humana haya habitado el continente oriental sino hasta después del diluvio, El continente occidental, hoy llamado el Nuevo Mundo, comprende las regiones habitadas más antiguas de la tierra. El Occidente, no el Oriente, es la "cuna de las naciones".

4. "El Pecado Original."— Nuestros primeros padres desobedecieron el mandamiento de Dios participando de alimento impropio para su condición, y como consecuencia natural sufrieron una degeneración física debido a la cual llegaron al mundo la debilidad corporal, la enfermedad y la muerte.

Su posteridad ha heredado los funestos resultados que hoy decimos son legados a toda carne; y es cierto que estas imperfecciones humanas vinieron por la desobediencia; y son, por tanto, el fruto del pecado. Pero por la transgresión de Adán, según toda justicia, solamente Adán tendrá que responder. El actual estado caído del género humano, manifestado en nuestra condición mortal, fue inaugurado por Adán y Eva; mas la justicia divina prohibe que se nos considere pecadores solamente porque nuestros padres transgredieron. Aunque las privaciones, vicisitudes y rígidas faenas impuestas por el estado de la existencia mortal son parte de nuestra herencia de Adán, estas cosas nos enriquecen; porque es precisamente en estas condiciones que hallamos la oportunidad para desarrollar los poderes del alma que nos prepararán para vencer el mal, escoger el bien y ganar la salvación y la exaltación en las mansiones de nuestro Padre. Véase Vitality of Mormon-ism., por el autor de la presente obra, pág. 45, artículo "Pecado Original".

5. El Estado Mortal es una Bendición.—-Es el hombre en su estado mortal la unión de un espíritu preexistente y un cuerpo compuesto de elementos terrenales. Esta unión del espíritu y el cuerpo señala el progreso de una condición incorpórea a la incorporada, y es un adelanto inestimable en el progreso del amia. El castigo en que incurrieron el arrogante Lucifer y sus huestes rebeldes, cuando quisieron frustrar el propósito divino respecto del asunto del albedrío del hombre, fué el de negárseles cuerpos de carne. El nacimiento en el estado mortal es una bendición de la cual únicamente son merecedores aquellos espíritus que guardaron su dignidad o primer estado. (Véase Judas 6) Para expresar el terrible estado de aquellos que por completo se niegan a regenerarse, aquellos que se han hundido a tal grado en el pecado que son contados como "hijos de perdición", el Señor ha aplicado la extrema maldición, diciendo que mejor les hubiera sido jamás haber nacido. (Véase Mateo 26:24; D. y C. 76:32) Las posibilidades de realización que el estado mortal ofrece constituyen la bendición de haber avanzado hasta dicho estado. La mortalidad es la escuela preparatoria para la eternidad. Su curso es comprehensivo y estricto. En sus laboratorios, nosotros los discípulos conocemos las experiencias que ponen a prueba, hasta una demostración conclusiva, el efecto individual de precepto y profesión. Para establecer y conservar esta escuela se creó la tierra.—Véase Vitality of Mormonism, por el autor de la presente obra, págs. 236-239, artículos "Vivimos antes de Nacer" y "El Hombre es Eterno".

6. Resultados Benéficos de la Caída.— " 'Honra a tu padre y a tu madre.' Este fué uno de los diez mandamientos especiales dados a Israel durante la grandiosa manifestación del poder y gloria de Dios sobre el monte de Sinaí. En los siglos pasados de obscuridad parece haber perdido su significado para los del mundo cristiano. No parecen comprender que deben honrarse los primeros padres de la raza humana. Desde hace mucho se les ha enseñado que Adán y Eva fueron graves transgresores, y han lamentado el hecho de que éstos participaron del fruto prohibido y trajeron la muerte al mundo. Tan imposible es que la caída del hombre haya sido por accidente o casualidad como lo es su creación. Si fué accidente, entonces ¿por qué fué preparado Cristo desde antes de la fundación del mundo como propiciación por el pecado, y para abrirle al hombre el camino de la inmortalidad? La mediación de Cristo fué una consecuencia de la caída." (Véase Hechos 5:31) "Sin la caída no habría habido ley violada, y por consiguiente, nada de que arrepentirse; y no podía haber perdón del pecado sin la expiación de Cristo. El Libro de Mormón aclara muy bien este asunto: 'Porque si Adán no hubiese pecado, no habría caído; sino que habría permanecido en el jardín de Edén. Y todo lo que fué creado tendría que haber permanecido en el mismo estado en que se hallaba después de su creación; y habría permanecido para siempre, sin tener fin. Y no hubieran tenido hijos; por consiguiente, habrían permanecido en un estado de inocencia, sin sentir gozo, por no tener conocimiento de la miseria; sin hacer bien, por no conocer el pecado.' (2 Nefi 2:22-23) . . . Nosotros, los hijos de Adán, ningún derecho tenemos de acusar al patriarca de la raza humana; más bien debemos regocijarnos con ellos de que por medio de su caída y la expiación de Jesucristo ha quedado abierto para nosotros el camino de la vida eterna."—A Compendium of the Doctrines of tlie Gospel, por F. D. Richards y J. A. Little.

7. Se Sabía la Caída.—"El Mormonismo acepta la doctrina de la caída y el relato de la transgresión en

Edén cual se halla en Génesis, pero afirma que nadie sino Adán tendrá jamás que responder por la desobediencia de Adán; que los de la raza humana en general quedan totalmente absueltos de la responsabilidad de ese 'pecado original', y que cada cual tendrá que responder únicamente por sus propias transgresiones; que Dios había previsto la caída como el medio aceptado para inaugurar la condición necesaria del estado mortal, y que se proveyó un Redentor antes que el mundo fuese; que la salvación general en el sentido de ser redimidos de los efectos de la caída viene a todos sin que la busquen, pero que la salvación individual o el rescate del efecto de los pecados personales es algo que cada cual deberá ganar para sí mismo, por fe y buenas obras mediante la redención efectuada por Jesucristo."—The Philosophy of Mormonism, por el autor de la presente obra.

8. La Caída Fué una Degeneración Física.—Para una discusión concisa de este tema véase Jesús el Cristo del autor, capítulo 3.

APÉNDICE IV

Notas Relacionadas con el Capítulo 4

1. La Expiación Es Según la Ley Divina.—Hemos aprendido muy poco acerca de las leyes eternas que obran en los cielos, pero es indiscutible el hecho de que los propósitos de Dios se llevan a cabo mediante la ley. No puede haber irregularidad, incongruencia, arbitrariedad o capricho en su manera de obrar, pues de lo contrario, habría injusticia. Por tanto, debe haberse efectuado la expiación de acuerdo con la ley. El auto-sacrificio de su vida, la inexpresable agonía y muerte voluntaria de Uno que no sólo tenía vida en sí mismo sino el poder para detener a sus verdugos en cualquier momento, y a quien nadie podía matar sino hasta cuando él mismo lo permitiese, deben haber constituido e_l cumplimiento de la ley eterna de justicia, propiciación y expiación mediante la cual se podría lograr y se ha logrado la victoria sobre el pecado y la muerte. La vida,'mortal de nuestro Señor Jesucristo y el sacrificio de su muerte han satisfecho completamente las exigencias de la justicia, y ha quedado abierto el camino para que la misericordia obre legalmente en lo que concierne a los efectos de la caída. El pecado, seguido de la muerte, entró en el mundo por causa de la transgresión de un hombre. Es natural, decimos, que se legara la mortalidad con todos sus elementos de un estado caído a la posteridad de ese hombre, porque creemos que sabemos algo de las leyes de herencia. ¿No es acaso tan natural, si la transgresión de un hombre surtió un efecto tan universal, que la obra redentora y salvadora de Uno, debidamente autorizado y calificado para la obra de la expiación, sea una bendición universal? Los antiguos apóstoles contestan esto explícitamente. San Pablo declaró: "Así que, de la manera que por un delito vino la culpa a todos los hombres para condenación, así por una justicia vino la gracia a todos ios hombres para justificación de vida." (Rom. 5:18) Y además : "Porque hay un Dios, asimismo un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre; el cual se dio a sí mismo en precio del rescate por todos." (I Tim. 2:5-6)—Vitality of Monnonism, por el autor, pág. 58, artículo "La Filosofía de la Expiación", al cual referimos el lector.

2. La Redención de la Caída es Universal e Incondicional.— "Creemos que por medio de los sufrimientos, muerte y expiación de Jesucristo todo el género humano, sin una sola excepción, será completa y cabalmente redimido, tanto el cuerpo corno el espíritu, de la interminable expulsión y maldición que cayó sobre él por la transgresión de Adán; y que esta salvación y redención universal de toda la familia humana,_ del castigo sin fin del pecado original, se efectúa sin condición alguna de su parte, es decir, no se les exige creer, arrepentirse, bautizarse o ninguna otra cosa para quedar redimidos de ese castigo; porque, crean o no crean, arrepiéntanse o queden sin arrepentirse, bautícense o no, guarden los mandamientos o los quebranten, sean justos o injustos, nada tendrá que ver con su redención, tanto el alma como el cuerpo, del castigo de la transgresión de Adán. El hombre más justo que jamás ha vivido sobre la tierra y el más vil malhechor de toda la familia humana recibieron ambos la misma maldición, sin transgresión o albedrío de su parte, y en igual manera serán redimidos de ese anatema sin albedrío o condiciones de su parte," El apóstol Orson Pratt en Remarkable Visions.

3. Cristo es el Autor de Nuestra Salvación. El presidente Juan Táylor explica la muerte de Cristo como un sacrificio expiatorio, y añade: "De. manera que el Salvador llega a ser el dueño de la situación: se paga la deuda, se efectúa la re-.dención, se cumple el convenio, la justicia queda satisfecha, se hace la voluntad de Dios y todo poder ahora es puesto en manos del Hijo de Dios: el poder de la

resurrección, el poder de la redención, el poder de la salvación, el poder de expedir leyes para llevar a cabo y cumplir este propósito. . . . El plan, el arreglo, el acuerdo, el convenio se hizo, se aprobó y se aceptó antes de la fundación del mundo; fue simbolizado por medio de sacrificios, y se efectuó y se consumó sobre la cruz. De modo que, siendo el Mediador entre Dios y el hombre, a él por derecho le corresponde ser el magistrado y director, en la tierra y en los cielos, de los vivos y de, los muertos, de lo pasado, lo presente y lo futuro, en lo que toca al hombre y su asociación con esta tierra o los cielos, sea por tiempo o las eternidades; él es el capitán de nuestra salvación, el apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, el Señor y Autor de la vida."—Mediation and Atonement, por Juan Táylor, pág. 171.

4. Cristo Inauguró la Expiación.-"El apóstol Pablo hace un resumen muy comprensivo de los resultados de la muerte y resurrección de Jesucristo: 'Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adam todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados.' (I Cor. 15:20-22) Es decir, ya que. la muerte había venido a todos los hombres por la desobediencia de Adán, así también todos serían levantados a inmortalidad y vida eterna mediante la muerte y resurrección de Cristo. San Pablo también afirmó que 'el postrer enemigo que será deshecho, será la muerts.' (versículo 26) Juan el Revelador declara que vio que el infierno y la muerte fueron lanzados en el lago de fuego. (Apoc. 20:14) La expiación, efectuada por Jesucristo, significa además que él ha proveído el medio para que el hombre pueda ser redimido de sus propios pecados mediante la fe en :os sufrimientos, muerte y resurrección de Jesucristo. El apóstol Pablo lo expresa muy bien: 'Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios; siendo justificados gratuitamente por su gracia, por la redención que es en Cristo Jesús; al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados.' (Rom. 3:23-25) Estos pasajes muestran que la redención de la muerte, mediante los sufrimientos de Cristo, es para todos los hombres, justos así como inicuos, para esta tierra y para todas las cosas que sobre ella se han creado. Todo el sentido de las Escrituras nos asegura que aun cuando el hombre podrá estar seguro de que, no obstante sus hechos individuales, resucitará de los muertos, será, sin embargo, recompensado por sus obras, hayan sido buenas o malas; y que solamente por obedecer los requisitos del evangelio y llevar una vida de obras buenas se puede obtener la redención de los pecados personales. Siendo infinitas las consecuencias de. la transgresión de Adán, no hay manera de escapar a dichas consecuencias sino por medio de una expiación infinita." Compendium, por F. D. Richards y J. A. Little, págs. 8, 9.

5. La Expiación Fue Necesaria.—"En el designio de Dios y el plan propuesto por el Todopoderoso, se dispuso que el hombre estuviese sujeto a una ley, aparentemente sencilla en sí misma, cuyo ejercicio, sin embargo, estaba rodeado de graves consecuencias. La observancia de esa ley ganaría la vida eterna, y el castigo de su violación sería la muerte. ... Si no se hubiese violado la ley, el hombre habría vivido, pero viviendo así ¿habría podido el hombre perpetuar su especie y realizar con ello los propósitos de Dios de preparar cuerpos para los espíritus que habían sido creados en el mundo espiritual? Además, ¿habrían tenido necesidad de un mediador que iba a obrar como propiciación por la transgresión de esta ley que, según las circunstancias, parecía estar destinada a ser violada? ¿o podría haberse continuado el eterno aumento y perpetuidad del hombre, y realizado su alta exaltación al estado de un Dios sin la expiación propiciatoria y sacrificio del Hijo de Dios?"—Mediation and Atonement, por Juan Táylor, págs. 128, 129.

6. La Necesidad de un Redentor.—El autor trata este tema detalladamente en su obra, Jesús el Cristo, capítulo 3.

APÉNDICE V

Notas Relacionadas con el Capítulo 5

1. El Uso de la Palabra Fe. En el Nuevo Testamento la palabra griega pistis se ha traducido en tener fe. Hay otra palabra, peithomai, que se ha traducido en creer, según se ve por Hechos 17:4; 27:11 y 28:24. Significa ser persuadido sin que necesariamente se haya aceptado la fe (pistis). Frecuentemente el término fe (pistis) tiene otro significado en el Nuevo Testamento aparte de confianza o seguridad. Se refiere a credo o más

bien el evangelio de Cristo contrapuesto a la ley de Moisés, la nueva dispensación que suplantó a la antigua. (Véase Hechos 6:7; 13:8; 14:22, 27; Romanos 1:5; 3:27; 10:8; Gálatas 1:23; 2:16, 20; 3:2, 5; Efesios 2:8; I Tim. 1:2; 4:1, y muchos otros pasajes.) En todos éstos, fe y evangelio son casi sinónimos. Ha habido mucha innecesaria confusión y discusión debido al hecho de que este significado tan obvio, aunque secundario, de la fe no ha recibido mucha consideración en el estudio de las Escrituras.—Nota de J. M. Sjodahl al autor.

2. El Dogma Sectario de Justificación Únicamente por la Fe ha ejercido una influencia nociva. La idea sobre la que está fundada esta doctrina perniciosa se asociaba al principio con la de una predestinación absoluta, mediante la cual el hombre estaba de antemano destinado a la destrucción o a una salvación inmerecida. De modo que Lutero enseñó: "La excelente, infalible y única preparación para la gracia es la eterna elección y predestinación de Dios." "Desde la caída del hombre, el libre albredrío no ha sido más que una palabra vana." "El hombre que se imagina poder alcanzar la gracia haciendo todo lo que puede hacer, añade pecado a su pecado, y es doblemente culpable." "El hombre, que efectúa muchas obras no queda justificado, sino aquel que sin obras tiene mucha fe en Cristo." (Estas y otras doctrinas de la así llamada "Reforma" se hallan en History of the Reformation, por D'Aubigne, tomo 1, págs. 82, 83, 119, 122) En la obra de Miller, Church History (tomo 4, pág, 514), leemos: "El punto que más profundamente interesaba al reformador (Lutero) en todas sus obras, polémicas y peligros, era el de justificación solamente por la fe." Me-janehton expresa la doctrina de Lutero en estas palabras: "La justificación del hombre delante de Dios procede de la fe únicamente. Esta fe entra en el corazón del hombre sólo por la gracia de Dios." Y mas adelante: "En vista de que todo cuanto acontece necesariamente sucede, de acuerdo con la predestinación divina; no hay tal cosa como libertad en nuestra voluntad." (D'Aubigne, tomo 3, pág. 340) Es cierto que Lutero vigorosamente denunció y vehementemente negó que él tuviera la culpa de los excesos que esta doctrina provocó, sin embargo, no cesó de proclamar enérgicamente la doctrina.

Nótense sus palabras: "Yo, el doctor Martín Lutero, indigno heraldo del evangelio de nuestro Señor Jesucristo, confieso este artículo: que la fe sola, sin obras, justifica delante de Dios; y declaro que perdurará y permanecerá para siempre a pesar del emperador de los romanos, el emperador de los turcos, el emperador de los persas; a pesar del papa y todos los cardenales, con los obispos, sacerdotes, monjes y monjas; a pesar de reyes, príncipes y nobles, y a pesar de todo el mundo y los diablos mismos; y que si intentan combatir esta verdad causarán que los fuegos del infierno desciendan sobre sus cabezas. Este es el verdadero y santo evangelio, y la declaración que yo, Martín Lutero, hago de acuerdo con las enseñanzas del Espíritu Santo." (D'Aubigne, tomo 1, pág. 70) Con todo, debe tenerse presente que Lutero, y aun los más resueltos defensores de la doctrina de la justificación por la fe, afirmaron que era necesaria la santificación así como la justificación. Fleteher, en la página 90 de su obra, End of Religious Contro-versy, cita un ejemplo del maligno extremo a que llegaba esta doctrina, acusando a uno de sus adherentes de haber dicho: "Ni aun el adulterio o el asesinato perjudican a los hijos benditos, sino que obran para su bien. Dios no ve pecados en los creyentes, sea cual fuere el pecado que cometieren. ... Es un error sumamente pernicioso de los letrados señalar pecados según el hecho y no según la persona. Aunque culpo a aquellos que dicen que debemos pecar para que sobreabunde la gracia, sin embargo, el adulterio, el incesto y el asesinato, por lo general, me harán más santo en la tierra y más alegre en el cielo."

En Outlines of Ecclesiastical History por Roberts, pág. 3, sec. 2, y a la cual referimos el lector, aparece un resumen de la controversia medioeval respecto de las maneras de ganar la gracia, entre ellas las doctrinas de Lutero y algunas más. Lo que se ha citado anteriormente se encuentra en la obra de referencia.

3. En la Fe Están Comprendidas las Obras. Aislando ciertos pasajes de las Escrituras y considerándolos como si estuvieran completos en sí mismos, algunos lectores concluyen que existe incongruencia si no contradicción. Equívocamente se ha representado a San Pablo como uno de los que proponen que la fe sin obras es suficiente, y se han citado las palabras de Santiago para contradecirlo. Compárese Romanos 4:25; 9:11; Gálatas 2:16; 2 Tim. 1:9; Tito 3:5, con Santiago 1:22-23; 2:14-26. El apóstol San Pablo llama obras innecesarias a las formas y ceremonias exteriores de la ley mosaica que habían sido reemplazadas por los requerimientos más elevados del evangelio. Santiago habla del esfuerzo real y hechos efectivos como obras que resultan de la verdadera fe en Dios y sus requisitos. Pero al fin y al cabo, la diferencia aparente consiste en las palabras y no en el espíritu o el hecho. Las siguientes palabras del hermano J. M. Sjodahl de la Oficina del Historiador se refieren al asunto y son instructivas: "Si entendemos completamente el significado que los autores de las Escrituras dan a la palabra 'fe' veremos que no hay diferencia en el significado de la verdadera fe y las obras de la fe. En la Biblia significan la misma cosa ambos términos. Santiago no contradice a San Pablo. Porque creer es vivir de acuerdo con las leyes del evangelio. En este sentido los verbos creer y vivir son sinónimos, pues la fe sin obras es muerta.

Esto es lo que enseña Santiago, y ciertamente San Pablo no predica que la salvación viene por medio de la fe muerta."

4. El Perdón no Siempre es Cosa Inmediata."Por motivo de la gravedad de los pecados cometidos, no siempre se ve el arrepentimiento acompañado de un perdón y restauración inmediatos. Por ejemplo, cuando San Pedro predicaba a los judíos que habían dado muerte a Jesús diciendo que su sangre fuera sobre ellos y sobre sus hijos, él no les dijo: Arrepentios y bautizaos para la remisión de pecados; sino: 'Así que, arrepentios y convertios, para que sean borrados vuestros pecados; pues que vendrán los tiempos del refrigerio de la presencia del Señor, y (cuando) enviará a Jesucristo, que os fue antes anunciado, al cual de cierto es menester que el cielo tenga hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas.' (Hechos 8:19-21) Es decir, arrepentios ahora y creed en Jesucristo para que seáis perdonados cuando aquel a quien habéis matado venga otra vez el día de la restauración de todas las cosas, y os exponga las condiciones según las cuales os podréis salvar." Compendium, pág. 28.

5. El Pecado y el Pecador."Porque yo, el Señor, no puedo considerar el pecado con el más mínimo grado de tolerancia. No obstante, se perdonará al que se arrepienta y cumpla los mandamientos del Señor." (D. y C. 1:31-32; véase también Alma 45:16) En esta declaración se ha hecho una distinción muy clara entre el pecado y el pecador. Para muchos es difícil segregar enteramente el uno del otro y entender el pecado como concepto abstracto aparte de la culpabilidad personal. ¿Puede haber hurto sin ladrón; una falsedad sin un mentiroso; un asesinato sin un homicida?

En el hombre existe la posibilidad de ser mentiroso, ladrón o asesino, mas faltándole la oportunidad de llegar a ser criminal de hecho, o dominando sus malos impulsos por consideraciones de ventaja personal, él podrá dar una demostración externa de probidad. El vestido de oveja no es disfraz moderno para el lobo rapaz. Pero en todos estos fingimientos existe el hecho de un propósito inicuo; y el mal propósito, pensamiento o deseo es en sí esencialmente pecado; y un caso como éste no representa, por tanto, una culpabilidad abstracta, sino una ofensa real e individual; porque el que piensa mal es pecador.

¿Quién de nosotros puede tener otro sentimiento hacia la tuberculosis, la viruela o la insidiosa y mortal influenza sino el de repugnancia y temor? No obstante, atendemos a la persona afligida procurando efectuar Su alivio; y si lo amamos cuando estaba bueno y sano, no lo odiamos por haberse enfermado, sino que al contrario, somos más solícitos hacia él. Los empleados del Departamento de Salubridad Pública no consideran ni miran la enfermedad con tolerancia o complacencia. Son los enemigos de la enfermedad física, sea cual fuere su disfraz; y su mejcr manera de emprender la guerra contra la enfermedad es atender a todos los que están enfermos, al mismo tiempo haciendo todo lo posible para proteger de una infección a los que se encuentran sanos.

Los microbios de la enfermedad existen, sea que encuentren cabida en los cuerpos humanos o no; y por analogía podemos decir que el espíritu o la tentación de hurtar, cometer adulterio o asesinar está viva, en igual manera que el contagio de una enfermedad, aunque el hombre sea o no vencido por ella. Tratándose de una aflicción física se recurre al tratamiento médico, y hasta donde el enfermo lo permite, se le obliga a cumplir con las condiciones prescritas.

Con ironía sutil e intencionada, el Divino Médico hizo frente a la casuística de ciertos escribas y fariseos, declarando: "Los sanos no tienen necesidad de médico, mas los que tienen mal. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores." (Marcos 2:17)

Pero como las Escrituras abundantemente lo afirman y la experiencia lo demuestra, no hay uno de nosotros que se encuentre completamente libre del pecado; al contrario, todos necesitan las administraciones sanadoras del Gran Médico. "El pecado es transgresión de la ley." (I Juan 3:4) También: "No hay justo, ni aun uno." (Rom. 3:10) "Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros." (I Juan 1:8)

El tratamiento que han de seguir los seres mortales infectados por el pecado es el que prescribe el evangelio de Jesucristo, mediante el cual, si se obedece, pueden contrarrestarse los ataques de la infección que destruye el alma; y por haberse desarrollado la fuerza para resistir, se podrá lograr una inmunidad relativa contra ataques posteriores. La receta es sencilla; los medios están al alcance de todos; son los mismos hoy que en la antigüedad, y así permanecerán mientras el pecado exista en el mundo. Son la obediencia a las leyes y ordenanzas del evangelio.

Haciendo estas cosas, llevando una vida justa, aunque nos envuelva el aire irrespirable del pecado, seremos preservados para lograr la vida eterna, el mayor de todos los dones de

Dios al hombre.—De un artículo por el autor, "Sin and the Sinner", Serie C-10.

APÉNDICE VI
Notas Relacionadas con el Capítulo 6

1. Preparación para el Bautismo. Tanto en el tiempo de Cristo como en el así llamado período apostólico y los días que inmediatamente siguieron, generalmente se enseñaba y se entendía la doctrina de que el bautismo, para ser aceptable, debería ser precedido de una preparación eficaz. Pero esta creencia gradualmente cayó en desuso, y el bautismo llegó a ser considerado como una forma exterior cuya aplicación muy poco o quizá nada tenía que ver con la estimación o concepto que el candidato tuviera de su propósito. Como se ha dicho en el texto, el Señor ha reiterado la doctrina de una preparación adecuada en la dispensación actual. Respecto de la creencia en días antiguos, siguen unas cuantas referencias :

"En las primeras edades del cristianismo, eran bautizados hombres y mujeres si profesaban tener fe en el Señor Jesucristo."—Federico Guillermo Farrar (Deán de la Iglesia An-glicana).

"Pero en vista de que. Cristo les encarga (Marcos 16:15, 16) que enseñen antes de bautizar e indica que nadie más que los creyentes deben recibir el bautismo, tal parece que no se administra debidamente el bautismo cuando no va precedido de la fe. No hubo uno durante la edad apostólica, que haya recibido el bautismo sin antes profesar la fe y el arrepentimiento."—Calvino.

"No se bautiza uno primero y luego empieza a recibir la fe y a sentir un deseo; sino que cuando está uno preparado para recibir el bautismo, comunica su deseo al maestro y hace una plena confesión de fe con su propia boca."—Arnobio (retórico que vivió a fines del siglo ni).

"En la Iglesia primitiva, de conformidad con el mandato de Cristo: Id y doctrinad a todos los gentiles, bautizándolos, etc., la instrucción antecedía el bautismo." Saurín (protestante francés; 1677-1730).

"Durante los primeros dos siglos nadie era bautizado si no profesaba ser creyente, después de. haber sido instruido en la fe y de haberse familiarizado con la doctrina de Cristo; y esto a causa de las palabras: El que creyere y fuere bautizado." —Salraasius (autor francés; 1588-1653).

2. Notas Históricas Sobre el Bautismo de los Niños. "El bautismo de niños pequeños era cosa completamente desconocida en los primeros dos siglos después de Cristo. ... La costumbre de bautizar niños pequeños no empezó antes del tercer siglo del nacimiento de Cristo. No existen señas de él en épocas anteriores; y se introdujo sin el mandamiento de Cristo."—Curcellaeus.

"Es seguro que Cristo no ordenó el bautismo de los niños pequeños. . . . No podemos comprobar que los apóstoles instituyeron el bautismo de los niños pequeños. No podemos llegar a tal conclusión por los pasajes que mencionan el bautismo de toda la familia (como en Hechos 16:33; I Cor. 1:16) porque falta todavía investigar si había niños en esas familias de edad suficiente para poder recibir inteligentemente el cristianismo; porque éste es el único punto sobre el que se funda el asunto. . . . En vista de que el bautismo se relacionaba íntimamente con la entrada en la cofradía cristiana, la fe y el bautismo siempre estaban unidos el uno con el otro; de manera que existe la mayor probabilidad de que el bautismo se efectuaba solamente cuando existían ambas cosas, y que la práctica de bautizar a los niños pequeños no se conocía en este período (el apostólico). ... El hecho de que en una época posterior (cierto es que no fué antes de Ireneo) aparecen señales del bautismo de los niños pequeños, y de que por primera vez fue reconocido como tradición apostólica en el curso del tercer siglo constituye evidencia más bien desfavorable que a favor de su origen apostólico." Juan Neander (teólogo alemán que vivió a principios del siglo xix).

"Que vengan, por tanto, cuando hayan crecido; cuando puedan entender; cuando se les haya enseñado dónde han de venir. Que se hagan cristianos cuando puedan conocer a Cristo."—Tertuliano (uno de los "Padres Cristianos" latinos; vivió de 150 a 220 años después de J. C.). Neander cita la casi violenta oposición de Tertuliano a la práctica del bautismo de los niños pequeños "como evidencia de que en aquellos días no era considerada generalmente como una ordenanza apostólica; pues de lo contrario, difícilmente habría osado hablar tan vehementemente contra ella".

Martín Lutero declaró por escrito a principios del siglo xvi: "No se puede probar por medio de las Escrituras que Cristo instituyó el bautismo de los niños pequeños, ni que lo iniciaron los primeros cristianos después de los apóstoles."

"El apóstol entiende por telena no niños pequeños, sino posteridad; con este significado la palabra se encuentra en varios lugares del Nuevo Testamento (entre otros Juan 8:39); por lo que parece que el argumento

que comúnmente se deduce de este pasaje a favor del bautismo de los niños pequeños carece de fuerza y de nada sirve."—Limborch (nativo de Holanda y teólogo distinguido; vivió de 1633 a 1712).

APÉNDICE VII
Notas Relacionadas con el Capítulo 7

1. Uso de la Palabra "Bautizar" en Días Antiguos. Los siguientes ejemplos muestran el significado ordinario que tiene el vocablo griego del cual se deriva nuestro término "bautizar". En todos claramente se tiene por objeto indicar inmersión.— (Para éstos y otros ejemplos, véase Millenicd Star, tomo 21, págs. 687, 688.)

Polibio, historiador griego que vivió durante el segundo siglo antes de Cristo, se vale de las siguientes expresiones. Describiendo un combate naval que se libró a la altura de la costa de Sicilia entre las flotas cartaginesas y romanas, dice: "Si algunas de las naves eran acosadas por el enemigo, retrocedían al mar a salvo por motivo de su velocidad, luego volviéndose y cayendo sobre las embarcaciones de sus perseguidores que iban más adelante, les asestaban golpes frecuentes y bautizaban muchos de sus barcos."—Libro 1, cap. 51.

El mismo escritor, refiriéndose al pasaje de las tropas romanas por el río Trebia, se expresa de este modo: "Cuando llegó el momento de cruzar el Trebia, que iba más crecido que de costumbre por motivo de la lluvia que había caído, la infantería con mucha dificultad pasó al otro lado, pues fueron bautizados hasta el pecho."—Libro 3, cap. 72.

Hablando de la catástrofe que sobrevino a las naves romanas en Siracusa, Polibio declara: "Algunas se volcaron, pero la mayor parte, desplomándose sus proas desde arriba, fueron bautizadas y se llenaron de agua."

Estrabón, quien vivió durante los días de Cristo, usó el vocablo "bautizar" con el mismo significado. De esta manera describe un instrumento que se usaba para pescar: "Y si cae en el mar, no se pierde: porque es una composición de madera de encina y pino; y así aunque la encina queda bautizada a causa de su peso, la otra parte flota y se puede recuperar fácilmente.

El mismo escritor explica las características de ciertas aguas salinas en estos términos: "Estas tienen el sabor de aguas salobres, pero son de una naturaleza distinta, porque aun las personas que no saben nadar no son bautizadas en ellas sino que flotan sobre la superficie como leños."

Refiriéndose a una fuente salina en Tatta, el mismo escritor dice: "Con tanta facilidad produce el agua una costra en todo cuanto en ella se bautiza, que si una persona mete una guirnalda de juncos, sacará una corona de sal."

Sobre cierta especie de betún del lago Sirbonis, Estrabón escribe: "Flotará sobre la superficie debido a la naturaleza de las aguas, las cuales, como ya dijimos, hacen innecesaria la natación, y a tal grado que el que camina sobre ellas no es bautizado."

Dion Casio, hablando de los efectos de. una tormenta severa cerca de Roma, dice: "Los barcos que se hallaban en el Tíber, que estaban anclados cerca de la ciudad y la boca del río, fueron bautizados."

Este autor relata así la suerte de algunos de los soldados de Curio que huían de las fuerzas de Juba: "No pocos de los fugitivos murieron. Unos fueron derribados mientras se esforzaban por subirse a las naves y otros, aunque ya sobre las embarcaciones, fueron bautizados a causa de su peso."

Aludiendo a los bizantinos que trataron de escapar del sitio, haciéndose a la mar, el historiador de referencia escribió: "Algunas de estas embarcaciones fueron bautizadas por motivo de la gran fuerza del viento."

2. Bautismo entre los Griegos. "Los naturales griegos deben entender su propio idioma mejor que los extranjeros. Siempre han entendido que la palabra bautizar quiere decir sumergir. Por consiguiente, desde que por primera vez abrazaron el cristianismo hasta el día de hoy, siempre han bautizado y todavía bautizan por inmersión".—Robinson.

3. La Forma Primitiva del Bautismo Cristiano. La historia ofrece abundante evidencia de que en el primer siglo después de la muerte de Cristo, se administraba el bautismo únicamente por inmersión. Tertuliano_ se refiere de la siguiente manera a la ceremonia por inmersión, tan común en su tiempo: "No importa que sea uno lavado en el mar o en un estanque, en un río o una fuente, en un lago o en un canal. . . .

Somos sumergidos en el agua."

Los siguientes son apenas unos cuantos de los casos que la historia contiene (véase Millenial Star, tomo 21, págs. 760, 770) :

Justino Mártir detalla la ceremonia cual él mismo la administraba. Luego que describe el examen preparatorio del candidato, sigue diciendo: "Después de esto, los llevamos a mi sitio donde hay agua, y nacen de nuevo en ese nuevo nacimiento mediante el cual nosotros mismos renacimos. Porque en el nombre de Dios, el Padre y Señor de todo, y de Jesucristo nuestro Salvador, y del Espíritu Santo, se efectúa la inmersión en el agua, porque también el Cristo ha dicho: "El que no naciere otra vez, no puede entrar en el reino de los cielos."

El obispo Bennett dice de las prácticas de los primeros cristianos: "Los llevaban al agua y los sepultaban en el agua como el que es sepultado en la tumba; y entonces repetían estas palabras: Te bautizo (o te lavo) en el nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo, después de lo cual los volvían a levantar y les eran puestas ropas limpias. De ahí las frases: Ser bautizados en la muerte de Gristo; ser sepultados juntamente con él a muerte por el bautismo; habernos levantado con Cristo; revestirnos del Señor Jesucristo; despojarnos del hombre viejo y vestirnos del nuevo."

"No hay duda de que los apóstoles bautizaban por inmersión. ... y los innumerables testimonios de los padres presentan clara "evidencia de que la Iglesia antigua siguió su ejemplo." —Vosio.

"Incuestionablemente el modo que prevalecía en la antigüedad era sepultar, por decirlo así, en el agua a la persona que era bautizada, y luego volverla a levantar." — El arzobispo Secker.

"La manera .usual de administrar el bautismo en la Iglesia primitiva era por inmersión. . . . Indudablemente era la inmersión un modo común de administrar el bautismo y no cesó cuando prevaleció el bautismo de los niños pequeños. . . . Gradualmente el bautismo por aspersión fué reemplazando al de inmersión sin que éste fuera rechazado formalmente."— Farrar.

4. Los Padres y los Hijos. "Se puede decir que la revelación en nuestra época respecto de la doctrina del bautismo por los muertos inició un nuevo período en la historia de la raza humana. Cuando el profeta José recibió dicha revelación, la creencia general en el mundo cristiano era que en el momento de la muerte se fijaba el destino del alma por toda la eternidad. Si no era premiada con una felicidad interminable, estaba destinada a un tormento perpetuo, sin la más remota posibilidad de redención o cambio. Era generalmente aceptada la horrible y monstruosa doctrina, tan opuesta a todo elemento de justicia divina, de que las naciones paganas que habían muerto sin el conocimiento del Dios verdadero y la redención efectuada por su Hijo Jesucristo, serían eternamente consig nadas al infierno. Queda ilustrada la creencia sobre este punto en la respuesta de cierto obispo a la interrogación del rey de los francos, cuando el monarca estaba a punto de dejarse bautizar por el obispo. El rey era pagano, pero había concluido aceptar el sistema de religión que entonces se llamaba cristianismo. Ocurriósele en ese momento que si el bautismo era necesario para su salvación, ¿qué sería de sus queridos antepasados que habían muerto paganos? Expresó este pensamiento en una interrogación que dirigió al obispo. El prelado, no tan político como muchos de los de su secta, bruscamente le respondió que estaban en el infierno. A lo que el rey contestó: Entonces, por vida mía, allá quiero estar con ellos. Y se negó a aceptar el bautismo o convertirse en cristiano."—Life of Joseph Smith, por Jorge Q. Cannon, pág. 510.

5. Templos y Lugares Sagrados. Resuelto a convertir a Israel en pueblo suyo, el Señor lo sacó de Egipto, y en cuanto se hallaron lejos de las naciones circunvecinas les mandó construir un tabernáculo, algunas veces llamado el templo, donde él pudiera instituir ciertas ordenanzas y reglamentos para su dirección y adoración. Dicho tabernáculo fué, al principio de su peregrinación en el desierto, una obra portátil, hecha del mejor y más costoso material que tenían a la mano; y a una de las tribus le fué dado el cargo de él y de sus pertenencias. Tal ha sido siempre el propósito del Señor. Esta construcción les sirvió durante su viaje y en la tierra prometida de Canaán hasta que Salomón, habiendo adquirido las riquezas necesarias, erigió un magnífico templo sobre el monte Moria, después llamado el monte de Sión, al cual todo Israel iba anualmente para adorar o reunirse. Él Señor nos ha informado (Doc. y Con. 124:39) que siempre ha mandado a su pueblo edificar templos o casas santas a su Santo Nombre. A esto se debe que en el Libro de Mormón leemos de los muchos templos que fueron levantados sobre este continente. También explica porque el profeta José instruyó, desde muy temprano, que se comenzaran templos en todo centro importante de los santos."—Compen-dium, por F. D. Richards y J. A. Little, págs. 283 a 288. Consúltese Exo. caps. 25 a 28; 1 R. caps. 6 a 8; Esd. cap. 6; 2 Nefi 5:16; y compárese Jacob 1:17; 2:2-11; Mosíah 1:18; 2:6, 7; Alma 16:13; 23:2; 26:29; Helamán 3:9; 10:8; Doc. y Con. 84:3, 5, 31;

97:10; 124:29 a 51, 55.

APÉNDICE VIII
Notas Relacionadas con el Capítulo 8

1. El Efecto del Espíritu Santo en el Individuo. "Un ser inteligente, a imagen de Dios, posee todo órgano, atributo, sentido, simpatía y afecto, de voluntad, sabiduría, amor, poder y don, que Dios mismo posee. Pero el hombre los tiene en su estado rudimental en el sentido subordinado de la palabra. O, en otros términos, estos atributos se hallan en un estado embrionario y se deben desarrollar gradualmente. Son semejantes a un capullo, un germen, que gradualmente se desarrolla en flor, y entonces, progresando, produce fruto maduro según su especie. El don del Espíritu Santo se adapta a todos estos órganos y atributos. Vivifica todas las facultades intelectuales; aumenta, ensancha, amplifica y purifica todas las pasiones y afectos naturales y los adapta mediante el don de sabiduría a su uso legítimo. Inspira, desarrolla, cultiva y madura todas las delicadas simpatías, gozos, gustos, afectos y sentimientos hermanables de nuestra naturaleza. Inspira la virtud, benevolencia, bondad, ternura, mansedumbre y caridad. Desarrolla la belleza de persona, forma y facciones. Impulsa la salud, vigor, ánimo y sentimientos socíales, Desarrolla y vigoriza todas las facultades del hombre físico e intelectual. Fortalece, vigoriza y tonifica los nervios. En una palabra, es como si fuera médula al hueso, gozo al corazón, luz a los ojos, música a los oídos y vida a todo el ser." —Key to Theology', por Parley P. Pratt, págs. 96, 97. (4a. ed.)

2. La Imposición de Manos.—Por las Escrituras citadas, claramente se ve que la manera usual de conferir el don del Espíritu Santo en parte consistía en la imposición de manos de aquellos que tenían la autoridad (Hechos 8:17; 9:17; 19:2 a 6; Alma 31:36; 3 Nefi 18:36, 37; Doc. y Con. 20:41). La misma forma exterior ha señalado otros actos autorizados, como el de conferir el Sacerdocio y ungir a los enfermos. Es muy probable que San Pablo se estaba refiriendo a la ordenación de Timoteo, cuando lo exhortó con estas palabras: "No descuides el don que está en ti, que te es dado por profecía con la imposición de las manos del presbiterio." (1 Tim. 4:14) También: "Por lo cual te aconsejo que despiertes el don de Dios, que está en ti por la imposición de mis manos." (2 Tim. 1:6) El Sacerdocio fue primeramente conferido en estos últimos días por la imposición de manos de Juan el Bautista. (Doc. y Con. sec. 13) Sabemos que Cristo, al sanar a los enfermos, algunas veces ponía sus manos sobre ellos (Marcos 6:5); y dejó con los apóstoles la promesa de que podrían sanar a aquellos sobre quienes autorizadamente impusieran las manos. (Marcos 16:15, 18.) Se ha repetido la misma promesa en nuestros días. (Doc. y Con. 42:43, 44) Sin embargo, a pesar de la importancia que tiene esta señal de autoridad, la imposición dé manos raras veces se practica entre las muchas sectas que profesan el cristianismo en la actualidad.

3. La Obra del Espíritu Santo.—Tan grande error es decir que los medios de que se vale el Espíritu Santo para obrar son la persona del Espíritu Santo, como decir que la luz, el calor y la energía actínica del sol son el sol mismo. La influencia, espíritu o poder del Espíritu Santo es de esclarecimiento y progreso, y se da a los hombres de acuerdo con su mérito y aptitud para recibir; pero el derecho al ministerio especial del tercer miembro de la Trinidad sólo se adquiere mediante el cumplimiento de los requerimientos preliminares del evangelio: fe, arrepentimiento y bautismo. Se usa la palabra "Espíritu" sin distinción en las Escrituras. El Espíritu Santo es un personaje individual, el tercer miembro de la Trinidad; el Santo Espíritu de Dios, en sentido distinto, es la "esencia divina" por medio de la cual la Trinidad obra en la naturaleza y en el hombre.—Véase Jesús el Cristo, cap. 38, nota 7.

4.La Manera de Conferir el Espíritu Santo.—Podrá haber duda en cuanto a la manera de confirmar e impartir el Espíritu Santo, particularmente si es más propio decir: Recibe el Espíritu Santo; o Recibe el don del Espíritu Santo. Ya que el compañerismo del Espíritu Santo comprende todas las gracias y dones espirituales hasta donde el individuo los merece y son propios para él, la Iglesia enseña que los élderes que van a confirmar a las personas bautizadas deben usar la forma: Recibe el Espíritu Santo.

La Primera Presidencia de la Iglesia, explicando la recepción del Espíritu Santo por los apóstoles de la antigüedad, expidió una declaración instructiva fechada el 5 de febrero de 1916—Véase el Deseret News de esa fecha y el Improye-ment Era de marzo de 1916; un extracto de dicha exposición se halla en Jesús el Cristo, cap. 38, nota 7.

APÉNDICE IX
Notas Relacionadas con el Capítulo 9

1. La Palabra "Sacramento" tiene uso general así como determinado. Por derivación significa una cosa sagrada o un rito santo, y con este sentido lo aplican varias sectas a diversas ceremonias de sus iglesias. Así es que los Protestantes hablan de dos sacramentos: el bautismo y la cena del Señor. Los Católicos romanos y griegos reconocen siete, los dos que acabamos de mencionar, y también la confirmación, matrimonio, orden sacerdotal, penitencia y extremaunción. Se dice que algunas secciones de la iglesia griega han excluido dos de los siete sacramentos, la confirmación y la extremaunción. Sin embargo, la palabra indica expresamente la cena del Señor. Eucaristía y Santa Comunión son términos sinónimos que se usan en ciertas iglesias al referirse a la cena del Señor. De la costumbre de considerar la ceremonia de la comunión, es decir, de participar del sacramento como evidencia de que se es miembro de una iglesia, y de la regla que quita este privilegio a aquellos que son juzgados indignos de pertenecer a la cofradía, viene la palabra excomulgar que se aplica a los que son privados de confraternidad en la iglesia, y significa literalmente suprimir de la comunión.

2. La Cena del Señor. Como ya se dijo, este nombre del sacramento se halla una sola vez en la Biblia. San Pablo se refiere a la "Cena del Señor" en su primera Epístola a los Corintios. Con toda probabilidad se usó este nombre porque el rito se efectuó por primera vez durante la cena. Sin embargo, entre los judíos, deipnon o la comida de la noche era la pi'incipal del día, y realmente correspondería a nuestra comida de la tarde.

3. La Pascua y el Sacramento. La Fiesta de la Pascua era la principal de las ceremonias anuales de los judíos, y le viene ese nombre de las circunstancias de su origen. Al extender su mano oara librar a Israel de la esclavitud de Egipto, el Señor efectuó muchos milagros y maravillas en presencia de Faraón y su cosa idólatra; y en la última de las diez plagas que azotaron a los egipcios, el primogénito de toda familia fue herido de muerte durante una sola noche. Según previo mandamiento, los israelitas habían marcado los postes y dinteles de sus puertas, untándolos con un manojo de hisopo que habían mojado en la sangre de un cordero, inmolado para la ocasión. La muerte pasó de todas las casas que estaban señaladas de esa manera (Exo. 12:12, 13) ; mientras que en todas las casas de los egipcios asestó su golpe fatal. De ahí el nombre de Pascua que viene de pascha, que quiere decir pasar. Comieron la carne del cordero pascual de prisa y preparados para salir. Para conmemorar su rescate de la esclavitud, el Señor mandó a los israelitas celebrar anualmente este acontecimiento, y la ocasión era conocida como la fiesta de la Pascua o la fiesta de los ázimos, llamada así porque el Señor había mandado que mientras durara la observancia de la fiesta no debería haber levadura en las casas de los israelitas (Exo. 12:15) ; y se aprovechaba la ocasión para explicar a los hijos las misericordias de Dios para con sus antepasados. (Exo. 12:26, 27.) Pero aparte de su propósito conmemorativo, la Pascua llegó a ser para el pueblo un tipo del sacrificio sobre el Calvario. El apóstol Pablo dice: "Nuestra pascua, que es Cristo, fue sacrificada por nosotros.'" (1 Cor. 5:7.) Como era un tipo de la futura muerte expiatoria de Cristo, la Pascua perdió parte de su significado con la crucifixión y fue reemplazada por el sacramento. No hay, quizá, relación más íntima entre las dos cosas que esto. Ciertamente no se propuso que el sacramento reemplazara por completo a la Pascua, porque ésta iba a quedar establecida por memorial perpetuo: "Y este día os ha de ser en memoria, y habéis de celebrarlo como solemne a Jehová durante vuestras generaciones: por estatuto perpetuo lo celebraréis." (Exo. 12:14.)

4.Errores Respecto del Sacramento. Durante los primerossiglos de la era cristiana se multiplicaron rápidamente los onceptos erróneos tocantes al sacramento, su significado y anera de administrarse. En cuanto se perdió el poder del Sacerdocio, surgieron muchas disputas sobre las ordenanzas y se pervirtió la observancia del sacramento. Los maestros teológicos trataron de propagar la idea de que aquel rito, naturalmente sencillo e impresionante en extremo, debía ir acompañado de mucho misterio; que todos aquellos que no gozaban de la completa confraternidad de la Iglesia deberían ser excluidos, no sólo de participar de la ordenanza, que estaba justificado, sino también del privilegio de presenciar el servicio para que no fueran a profanar el rito místico con su presencia impía. Entonces nació la herejía de la transubstanciación, la cual enseña que los emblemas sacramentales pierden su carácter natural de simple pan y vino por la ceremonia de la consagración, y se convierten en real carne y sangre, verdaderas partes del cuerpo crucificado de Cristo. No se hace necesario presentar argumentos contra estos dogmas. Luego siguió la veneración de los emblemas por parte de la gente: el pan y el vino, considerados como parte del cuerpo de Cristo, se elevan durante la misa para que reciban la

adoración del pueblo; más tarde se introdujo la costumbre de suprimir la mitad del sacramento. De conformidad con esta innovación, solamente se administraba el pan con la aserción dogmática de que tanto el cuerpo como la sangre se hallan representados de cierto modo místico en uno de los "elementos". Cierto es que Cristo mandó a sus discípulos que comieran y bebieran, en memoria de él. Véase The Great Ápostasy, págs. 119, 128.

APÉNDICE X
Notas Relacionadas con el Capítulo 10

1. Autoridad Dada de Dios.—"La evidencia más comprensiva de que José Smith recibió la autoridad y poder del Santo Sacerdocio se halla en el hecho de que de nuevo se están efectuando sobre la tierra, mediante su administración, las obras de Juan el Bautista y de Jesús y sus apóstoles. A fin de poder recibir los poderes de este Sacerdocio, se precisa que los hombres obedezcan las leyes y ordenanzas del evangelio. El Señor ha aparecido personalmente a algunos hombres y ha hecho convenio con ellos como lo hizo con Abrahán. (Véase Gen. 12:1-3; 13:14-17) El Señor también llamó y autorizó personalmente a sus doce apóstoles judíos. Tan completa fue su autorización para obrar por él y actuar en su nombre, que les dijo: 'El que os recibe a vosotros, a mí recibe; y el que a mí recibe, recibe al que me envió.' (Mateo 10:40) El hombre recibe el Sacerdocio, generalmente de los profetas y apóstoles de Cristo. Muchos lo recibieron de los apóstoles de la primera dispensación del evangelio. Aquellos a quienes se ha dado en esta dispensación de los últimos días, lo han recibido de José Smith y Oliverio Cówdery; y de esta manera lo han recibido de Dios el Padre y de su Hijo Jesucristo por un conducto legítimo. Los que han recibido este Sacerdocio han hecho convenio con Dios el Padre, y él con ellos. Esto aparentemente es lo que expresa el versículo que hemos citado de San Mateo. La doctrina queda más ampliamente ilustrada en este pasaje: 'Todos los que reciben este sacerdocio, a mí me reciben, dice el Señor; porque él que recibe a mis siervos, me recibe a mí; y el que me recibe a mí recibe a mi Padre; y el que recibe a mi Padre, recibe el reino de mi Padre; por tanto, todo lo que mi Padre tiene le será dado. Y esto va de acuerdo con el juramento y el convenio que corresponden a este sacerdocio' (D. y C. 84:35-39)."—Compendium, por F. D. Richards y J. A. Little, págs. 66, 67.

2. Preordinación y Precognición.—El hermano J. M. Sjodahl de la Oficina del Historiador de la Iglesia ha expresado la siguiente opinión al autor: "Me parece que la doctrina de preordinación o elección, como también es llamada, se halla en las Escrituras con el fin de demostrarnos que Dios obra independientemente de los consejos humanos para llevar a cabo sus propósitos y realizar sus planes para el beneficio de todos. Nos da a entender que el éxito del reino de Cristo está completamente asegurado, no obstante la incredulidad y enemistad efectiva de todos los adversarios. En la preordinación se toma en consideración el arrepentimiento, fe y obediencia de los hombres, y aunque la incredulidad y la desobediencia podrán retardar el divino plan, no pueden frustrarlo. Dios es supremo en su reino; ésa es la gran verdad que se enseña como la doctrina de preordinación.

"Es difícil explicar la verdadera relación que existe entre precognición y preordinación. Dios predice por boca de sus profetas, por ejemplo, la división del reino de Salomón, la cautividad de Israel y aun el lugar mismo del destierro. La razón humana naturalmente llegará a la conclusión de que si Dios ve que aquellas cosas van a suceder, eso tendrá que acontecer a pesar de lo que el hombre haga. Mas la historia muestra que fue a consecuencia de los pecados de los reyes y el pueblo, y que el Señor los amonestó incesantemente contra dichos pecados, como si estuviese muy deseoso de evitar el cumplimiento de las predicciones. La desobediencia misma de las amonestaciones fue justificación inmediata del castigo predicho. ¿Pudo el pueblo haberse arrepentido y evitado las calamidades pre-dichas y previstas? Si es así, ¿como pudieron preverse, sino condicionalmente? Tal vez la narración de Jonás y Nínive ofrece la única respuesta satisfactoria a esta pregunta, mostrando que el arrepentimiento impide el desastre aun cuando éste ha sido anunciado."

3. Creaciones Espirituales.—El estado preexistente no es característica particular de las almas humanas solamente; todas las cosas de la tierra tienen un ser espiritual, del que la estructura temporal no es sino la imagen. Leemos acerca de la creación de "toda planta del campo antes que fuese en la tierra, y toda hierba del campo antes que naciese". (Gen. 2:5.) En otra revelación dada a Moisés se explica esto con mayor claridad: "He aquí, te digo que éstos son los orígenes del cielo y de la tierra, cuando fueron creados, el día que yo, Dios el

Señor, hice el cielo y la tierra, y toda planta del campo antes que se hallase sobre la tierra, y toda hierba del campo antes que creciese. Porque yo, Dios el Señor, crié espiritual-mente todas las cosas de que he hablado antes que existiesen físicamente sobre la faz de la tierra. ... Y yo, Dios el Señor, había creado a todos los hijos de los hombres; y no había hombre todavía para que labrase la tierra, porque los había creado en el cielo; y aún no había carne sobre la tierra, ni en el agua, ni en el aire; Mas yo, Dios el Señor, hablé, y subió un vapor de la tierra que regó toda la faz de ella. Y yo, Dios el Señor, formé al hombre del polvo de la tierra y soplé en sus narices el aliento de vida; y el hombre fué alma viviente, la primera carne sobre la tierra, también el primer hombre; sin embargo, todas las cosas fueron creadas previamente; pero fueron creadas espiritualmente y se hicieron conforme a mi palabra." (P. de G. P., Moisés 3:4-7)

APÉNDICE XI
Notas Relacionadas con el Capítulo 11

1. Degeneró la Adoración como Resultado de la Apostasía.— Razonablemente se puede deducir de los anales de la historia que al paso que el Sacerdocio desaparecía de la tierra, después del período apostólico, se iban pervirtiendo las formas de adoración, mientras se insinuaban muchas influencias y prácticas paganas. Mosheim, renombrado como autoridad en materia de historia eclesiástica, dice lo siguiente respecto a las innovaciones paganas durante el cuarto siglo: "Creyendo que los pueblos estarían mejor dispuestos a abrazar el cristianismo si veían que los ritos recibidos de sus padres aún existían sin cambiar entre los cristianos, y percibían que Cristo y los mártires eran adorados de la misma manera que en otro tiempo sus dioses lo fueron, los obispos cristianos introdujeron en el culto cristiano, con leves modificaciones, aquellos ritos e instituciones mediante las cuales los griegos y romanos y otras naciones habían manifestado anteriormente su piedad y reverencia hacia sus divinidades imaginarias. Por supuesto, en esos días poca diferencia existía entre la adoración pública de los cristianos y la de los griegos y romanos. Ambos usaban espléndidas vestiduras, mitras, tiaras, cirios, báculos, procesiones, ilustraciones, imágenes, vasos de oro y plata y un sin fin de otras cosas."

Aludiendo a la forma del culto cristiano en el quinto siglo, el mismo autor dice: "Por todas partes la adoración pública adoptó una forma que era más bien para ostentar y gratificar la vista. Se agregaron varios adornos a la ropa sacerdotal, a fin de aumentar la veneración del pueblo hacia la orden de los clérigos. . . . En algunos lugares se determinó que se cantaran alabanzas a Dios día y noche perpetuamente, reemplazándose los cantores unos a otros sin interrupción: como si el Ser Supremo se complaciera con el clamor, el ruido y las adulaciones de los hombres. La suntuosidad de los templos no tuvo límites. En ellos se colocaron espléndidas imágenes. ... La imagen de la Virgen María con su niño en los brazos ocupaba el lugar más prominente."

2. Temprano Principió La Apostasía.- Orson Pratt, uno de los apóstoles del Señor en la época actual, ha escrito lo siguiente sobre la temprana desviación de las prácticas autorizadas de la iglesia: "La gran apostasía de la Iglesia Cristiana comenzó en el primer siglo, mientras había todavía entre ellos apóstoles y profetas inspirados; por lo que, poco antes de su martirio, San Pablo habla de algunos que 'hicieron naufragio en la fe' y 'se apartaron a vanas pláticas', 'diciendo que la resurrección es ya hecha', prestando atención 'a fábulas y genealogías sin término', despertando 'cuestiones y contenciones de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, maledicencias, malas sospechas, porfías de hombres corruptos de mente y privados de la verdad, que tenían la piedad por granjeria'. Tanto se había generalizado esta apostasía, que el apóstol declara a Timoteo que le habían 'sido contrarios todos los que son en Asia'; y dice además: 'En mi primera defensa ninguno me ayudó, antes me desampararon todos'. En otro lugar dice: 'Hay aún muchos contumaces, habladores de vanidades y engañadores de las almas', 'enseñando lo que no conviene, por torpe ganancia.' Estos apóstatas indudablemente pretendían ser muy justos, pues dice el apóstol: 'Profésanse conocer a Dios; mas con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados para toda buena obra'."

3. La Regla del Sacerdocio.—Por los muchos pasajes de las Escrituras, de los cuales citamos uno a continuación, claro es que el poder del Sacerdocio se ha de ejercer con un espíritu de paciencia y amor, no oponiéndose al libre albedrío individual: "He aquí, muchos son los llamados, pero pocos los escogidos. ¿Y por qué no son escogidos? Porque tienen sus corazones de tal manera fijos en las cosas de este mundo, y aspiran tanto a los honores de los hombres que no aprenden esta lección única: Que los derechos del sacerdocio están inseparablemente unidos a los poderes del cielo, y que éstos na pueden ser gobernados ni

manejados sino conforme a los principios de justicia. Cierto es que se nos confieren; pero cuando tratamos de cubrir nuestros pecados, o de gratificar nuestro orgullo, nuestra vana ambición o de ejercer mando, dominio o compulsión sobre las almas de los hijos de los hombres, en cualquier grado de injusticia, he aquí, los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido, y cuando se aparta, ¡se acabó el sacerdocio o autoridad de aquel hombre; He aquí antes que se dé cuenta, queda solo para dar coces contra el aguijón, para perseguir a los santos y para combatir contra Dios, Hemos aprendido por tristes experiencias que la naturaleza y disposición de casi todos los hombres, al obtener, como ellos suponen, un poquito de autoridad, es empezar desde luego a ejercer injusto dominio. Por tanto, muchos son llamados, pero pocos son escogidos. Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener, en virtud del sacerdocio, sino por persuasión, longanimidad, benignidad y mansedumbre, y por amor sincero; por bondad y conocimiento puro, lo que ennoblecerá grandemente el alma sin hipocresía y sin malicia: reprendiendo a veces con severidad cuando lo induzca el Espíritu Santo, y entonces demostrando amor crecido hacia aquel que has reprendido, no sea que te estime como su enemigo; y para que sepa que tu fidelidad es más fuerte que el vínculo de la muerte, Deja que tus extrañas se hinchan de caridad hacia todos los hombres y hacia la casa de fe, y que la virtud engalane tus pensamientos incesantemente; entonces tu confianza se fortalecerá en la presencia de Dios, y la doctrina del sacerdocio destilará sobre tu alma como rocío del cielo. El Espíritu Santo será tu compañero constante; tu cetro será un cetro inmutable de justicia y de verdad; tu dominio, un dominio eterno, y sin ser obligado correrá hacia ti para siempre jamás." (D. y C. 121:34-46)

APÉNDICE XII
Notas Relacionadas con. el Capítulo 12

1. Un Milagro Aparente.—Se dice que el Sr. Werner Siemens, un renombrado científico alemán, visitó la gran pirámide de Gizeh, y acompañado de dos guías árabes, ascendió a la cúspide. Observó que las condiciones de la atmósfera favorecían las manifestaciones eléctricas. Fijó un botón grande de bronce a una calabaza vinatera vacía que uno de los árabes tenía en las manos. Entonces, colocando el nudillo a corta distancia del botón, hizo que brotara una serie de chispas brillantes acompañadas, por supuesto, del ruido que caracteriza las descargas eléctricas. Los guías observaron esta exhibición de poderes sobrenaturales con un asombro y terror que llegó a su punto culminante cuando su amó alzó su bastón arriba de la cabeza, y el bordón fué coronado por un hermoso fuego de San Telmo. El espectáculo fue más de lo que pudieron soportar los supersticiosos beduinos; temblaron ante aquel mago que podía jugar con los relámpagos y el fuego, y llevaba dentro del bolsillo truenos en miniatura. Descendieron por la escalinata con peligrosa precipitación y no tardaron en perderse de vista en el desierto.

2. La Palabra "Profeta" es la traducción de un número de términos antiguos, siendo el más común nabhi, palabra hebrea que significa "brotar como fuente". Otra de las palabras originales es rheo, de origen griego, que significa "emanar", y por derivación, "hablar", "proferir", "declarar". Un profeta, pues, es uno de quien emanan las palabras de una autoridad mayor. Aarón es llamado profeta o boca de Moisés (Exo. 7:1) ; pero en el sentido general, un profeta es el representante de Dios. Con el llamamiento de profeta se relaciona íntimamente el de vidente; en verdad, en los días anteriores a los de Samuel, el portavoz de Dios era comúnmente designado vidente: "Porque el que ahora se llama profeta, antiguamente era llamado vidente". (I Samuel 9:9) Permitíase al vidente ver las visiones de Dios, y al profeta declarar las verdades así reveladas; los dos llamamientos generalmente caían sobre la misma persona. Con el profeta y vidente el Señor usualmente se comunicaba en visiones o sueños; pero existían excepciones a esta regla, como en el caso de Moisés, quien fue tan fiel en todas las cosas que el Señor se comunicaba con él cara a cara. (Núm. 12:6-8)

3. Organízanse los Profetas.—El oficio de profeta existió entre los hombres en las épocas más remotas de la historia. Adán fue profeta (Doc. y Con. 107:53 a 56); como también lo fueron Enoc (Judas 14; P. de G. P., Moisés 6:26), Noé (Gen. caps. 6 y 7; P. de G. P., Moisés 8:19; 2 Pedro 2:5), Abrahán (Gen. 20:7), Moisés (Dt. 34:10) y multitud de otros que ejercieron su ministerio en épocas intermedias y subsiguientes. Samuel, a quien todo Israel tenía por profeta de Jehová (I Sam. 3:19, 20) organizó entre los profetas una sociedad común de instrucción y edificación. Estableció escuelas para los profetas, donde los hombres recibían instrucción sobre asuntos que pertenecían a los santos oficios. Los estudiantes eran generalmente conocidos como los "hijos de los profetas." (I R. 20:35; II R. 2:3, 5, 7; 4:1, 38; 9:1.) Se establecieron escuelas como éstas en Rama o Rámata (I

Sam. 19:19), Betel (II R. 2:3), Jericó (II R. 2:5) y Gilgal o Gálgala (II R. 4:38). Parece que los miembros de estas escuelas vivían juntos. (II R. 6:1 a 4) En la dispensación actual se efectuó una organización similar bajo la dirección del profeta José Smith, a la cual también se dio el nombre de la Escuela de los Profetas.

4. La Decadencia de los Dones Espirituales en los Días Anteriores es cosa que admiten muchos que son autoridades en asuntos de historia eclesiástica y doctrina cristiana. Como ejemplo de estos testimonios respecto de la pérdida de los dones espirituales en la iglesia apóstata, se pueden citar las siguientes palabras de Juan Wésley: "No parece que estos dones extraordinarios del Espíritu Santo existieron comúnmente en la iglesia más de dos o tres siglos. Raras veces los oímos mentar después de aquella época fatal cuando el emperador Constantino se hizo llamar cristiano y con la vana suposición de que podría adelantar la causa de los cristianos con ello, colmó de riquezas y poder a los cristianos en general, pero particularmente al clero cristiano. Desde esos días cesaron casi totalmente y en muy pocos casos ocurrieron. La causa no fue, como se supone, que por haberse convertido todo el mundo al cristianismo, ya no se necesitaban. Este es un error lamentable; ni la vigésima parte de sus habitantes eran cristianos; ni siquiera de nombre. El motivo verdadero fué que el amor de muchos, de casi todos los así llamados cristianos, se resfrió. Los cristianos no tenían más del Espíritu de Cristo que los demás paganos. Cuando el Hijo del Hombre vino para examinar su Iglesia, difícilmente halló la fe sobre la tierra. Esta fué la causa verdadera por la que los dones extraordinarios del Espíritu Santo dejaron de existir en la iglesia cristiana: porque los cristianos se habían tornado otra vez paganos y no les quedaba más que una forma muerta." Wesley's Works, tomo 7, 89:26, 27.

5. Opiniones Sectarias Concernientes a la Continuación o Decadencia de los Dones Espirituales.— "Los escritores protestantes insisten en que la edad de los milagros terminó en el cuarto o quinto siglo, y que no se debe esperar hallar los dones extraordinarios del Espíritu Santo después de esa fecha. Por otro lado, los escritores católicos insisten en que el poder para realizar milagros siempre ha continuado en la iglesia; sin embargo, las manifestaciones espirituales que nos describen después del cuarto o quinto siglo huelen a invenciones, por parte de los sacerdotes, y credulidad infantil, por parte del pueblo; o bien, lo que se afirma como milagros dista mucho del poder y dignidad de aquellas manifestaciones espirituales que la Iglesia primitiva solía presenciar. Las virtudes y prodigios atribuidos a los huesos y otras reliquias de los mártires y santos son pueriles si se comparan con las curaciones efectuadas por la unción de aceite y la imposición de manos; con el don de hablar en lenguas, interpretaciones, profecías, revelaciones y echar fuera demonios en el nombre de Jesucristo, sin mencionar los dones de fe, sabiduría, conocimiento, discernimiento de espíritus, etc., tan comunes en la Iglesia en los días de los apóstoles. (I Co. 12:8 a 10.) Ni tampoco hay cosa alguna en las Escrituras o la razón que haga a uno creer que iban a cesar. Con. todo, los cristianos modernos se valen del argumento —para explicar la ausencia de estos poderes espirituales entre ellos — de que los dones extraordinarios del Espíritu Santo tenían por objeto acompañar la proclamación del evangslis durante los primeros siglos, hasta que la Iglesia pudiese continuar sin ellos, y entonces iban a ser quitados. Basta decir sobre esto que no es sino una mera suposición y que carece del apoyo de las Escrituras y de la razón; y muestra que los hombres tanto habían cambiado la religión de Jesucristo que ya no era sino una apariencia de piedad sin eficacia." Outlines of Ecclesiastical History, por B. H. Roberts, parte II, sec. 5:6 a 8.

6. Los Milagros Ayudan el Desarrollo Espiritual.—El apóstol Orsor. Pratí, refiriéndose a las palabras de San Pablo concernientes a la terminación de ciertos dones espirituales (I Cor. cap. 13), escribe en parte: "La Iglesia, en su estado militante e imperfecto, comparada con su estado triunfante, inmortal y perfecto, se representa (en el versículo 11) por los dos estados completamente distintos de niñez y virilidad. 'Cuando yo era niño—dice S. Pablo—hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre hecho, dejé lo que era de niño.' En los varios pasos de la educación, de la niñez a la virilidad, se emplean ciertas reglas indispensables, diagramas e instrumentos científicos para el uso y beneficio del discípulo, a fin de que gane un conocimiento correcto de las ciencias y se perfeccione en sus estudios. Una vez que el estudiante ha adquirido los principios y se ha perfeccionado en todas las fases de su educación, puede entonces prescindir de muchos de sus mapas, dibujos, globos, libros, diagramas, etc., por ser como cosas de niño, ya innecesarias; fueron útiles antes que se perfeccionase su educación, impartiéndole el conocimiento deseado; pero habiendo logrado su objeto, él ya no las necesita Así sucede en la Iglesia, con relación a los dones espirituales. Mientras se halla en este estado de existencia, es representada como un niño, y la profecía, revelaciones, lenguas y otros dones espirituales son los instrumentos educativos. Tan imposible es que el niño o la Iglesia sea perfeccionada en su educación, sin la ayuda de estos dones como instrumentos, como le sería al químico en sus investigaciones, si quedase privado de los aparatos necesarios para sus experimentos, Así como el químico necesita su laboratorio

para experimentar, mientras haya verdades ocultas concernientes a los elementos y composiciones de nuestro globo, en igual manera necesita la Iglesia el gran laboratorio de conocimiento espiritual, a saber, revelación y profecía, mientras conozca solamente en parte .... Así como el ser humano, cuando es niño, habla como niño, entiende como niño y piensa como niño, igualmente la Iglesia en este estado sólo conoce en parte; pero como el niño, cuando ya es hombre, deja las cosas de niño, así también dejará la Iglesia las cosas infantiles como 'profetizar en parte', 'conocer en parte' y 'ver en parte', cuando llegue a ser, con la ayuda de estas cosas, el varón perfecto en Cristo Jesús. Lo que es en parte será quitado o fundido con la mayor plenitud de conocimiento que allá impera." —Divine Authenticity of the Book of Mormón, 1:15.

Pero ninguno de estos dones será quitado mientras haya ocasión para ejercitarlo. El apóstol Orson Pratt, cuyas palabras ya hemos citado, así lo afirmó, según se puede juzgar por sus siguientes declaraciones: "La aflicción de demonios, la confusión de lenguas, venenos mortíferos y enfermedades son maldiciones que han venido al mundo por causa del hombre. Para contrarrestar estas maldiciones, se imparten las bendiciones del evangelio. Por consiguiente, mientras existan estas maldiciones harán falta las señales prometidas (Marcos 16: 16-18; D. y C. 84:65-72) para contrarrestar sus impías consecuencias. Si Jesús no hubiese dispuesto que las bendiciones fueran tan extensas e ilimitadas en cuestión de tiempo como las maldiciones, habría dicho algo sobre el particular en sus palabras. Pero cuando promete umversalmente ciertos poderes a fin de habilitar a todo creyente a vencer ciertas maldiciones que son impuestas sobre el hombre por causa de la iniquidad, sería señal de la más completa falta de fe no creer que las bendiciones prometidas son necesarias mientras abunden las maldiciones entre los hombres."

7. Manifestaciones Modernas.—Las publicaciones oficiales e incidentes de la Iglesia contienen muchísimos casos de manifestaciones milagrosas durante la dispensación actual. Se halla un número de relaciones auténticas con muchos ejemplos en Divine Authenticity of the Book of Mormón, por Orson Pratt, capítulo 5, y A New Witness for God, de B. H. Eoberts, cap. 18.

Para un breve tratado sobre "La Posición de la Ciencia hacia los Milagros," véase Jesús el Cristo, nota 7 al fin del capítulo 11.

APÉNDICE XIII
Notas Relacionadas con el Capítulo 13

1. Juan Crisóstomo, uno de los "padres cristianos" griegos, vivió a fines del cuarto siglo. Era patriarca de Constantinopla, pero fue depuesto y desterrado unos años antes de su muerte que ocurrió en 407. Su aplicación de la palabra biblia al canon de las Escrituras es una de las primeras que hasta la fecha se ha encontrado. Eogó a su pueblo, con estas palabras, que aprovecharan las riquezas de las obras inspiradas: "Oíd, todos los que aún pertenecéis a la vida seglar, os exhorto a comprar la biblia, la medicina del alma," Refiriéndose a los judíos cristianos, dice: "Ellos tienen la biblia- pero nosotros tenemos el tesoro de la biblia; ellos tienen las letras, nosotros las letras y el entendimiento."

En cuanto a errores de traducción o equívocos por otras causas, Bengel, un teólogo alemán luterano que murió en 1752, escribió: "Comed el pan de las Escrituras con sencillez, tal como lo tenéis; y no os perturbéis si aquí y allí halláis un grano de arena que el molino haya dejado escapar. Si las Santas Escrituras, tantas veces copiadas, se encontraran absolutamente sin variaciones, sería un milagro tan grande que la fe en ellas dejaría de ser fe."

2. La Copia Samaritana del Pentateuco.—En su valiosa serie de conferencias sobre sujetos bíblicos, el hermano David Mc-Ivenzie presentó lo siguiente, con alusión a los escritos de Horne: Novecientos setenta años antes de Cristo, la nación de Israel se dividió en dos reinos. Ambas divisiones retuvieron el mismo libro de la ley. La rivalidad entre unos, y otros evitó que alteraran la ley o añadieran a ella. Después que Israel fue llevado a Asiría, otras naciones ocuparon a Samaría. Estas recibieron el Pentateuco. (II Reyes 17:26-28) En vista de que hablaban hebreo o fenicio, mientras que la copia judía del Pentateuco había sido cambiada al caldeo, se facilitaron, por tanto, las corrupciones o alteraciones, y sin embargo, los textos permanecen casi idénticos.

3. Versiones de la Biblia o Partes de Ella.—La Versión de los Setenta: "Se han expresado varias

opiniones para explicar el nombre de la Versión de los Setenta. Unos dicen que Ptolomeo Filadeifo, solicitó de Eleazar, el sumo sacerdote, una copia de las escrituras hebreas y seis eruditos judíos de cada tribu (setenta y dos por todos) que fuesen competentes para traducirla al griego. Encerraron a estos hombres en la Isla de Paros, y en setenta y dos días completaron su tarea. Conforme iban dictando, Demetrio Falerio, bibliotecario del rey, copiaba. Sin embargo, actualmente se tiene esto por fábula. Otros dicen que estos mismos intérpretes, después de haber sido encerrados en cuartos separados, escribieron cada cual una traducción; y tan extraordinariamente coincidieron todos en su expresión, así como en sentido, que se tomó esto por evidencia de haber tenido la inspiración del Espíritu Santo. También se ha descartado esta opinión como demasiadamente extravagante. Es muy posible que se ocuparon setenta y dos escritores en la traducción; pero lo más probable es que recibió su nombre de Versión de los Setenta por haber recibido la aprobación del Sanedrín Judío que se componía de setenta y dos personas. Algunos afirman que se efectuó en diferentes épocas; y Horne dice que la versión probablemente fue hecha durante los reinados de Ptolomeo Lago y su hijo Filadeifo, unos 285 o 286 años antes de Cristo."

La Vulgata; "Existió una versión muy antigua de la Biblia, traducida de la Versión de los Setenta al latín; pero no se sabe ni por quién ni cuándo fue hecha. Se usaba generalmente en los días de Jerónimo y era conocida como la Versión Itálica. Hacia fines del siglo cuatro, Jerónimo dio principio a una nueva traducción latina del texto hebreo, la cual gradualmente completó. Por fin ganó la aprobación del papa Gregorio I y se ha usado desde el siglo siete. La Vulgata actual, declarada auténtica por el Concilio de Tiento en el siglo xvi, es la antigua Versión Itálica revisada y mejorada por las correcciones de Jerónimo y otros; es la única reconocida por la Iglesia de Roma."—Analysis of Scripture History, por Pinnock, págs. S, 5 (6ª edición)

4. Los Libros Proféticos del Antiguo Testamento no están en orden cronológico pues se colocaron al principio los libros de mayor volumen. Arreglados cronológicamente, probablemente se hallarían en este orden: Jonás, Joel, Amos, Oseas, Isaías, Miqueas, Nahum, Sofonías—todos estos profetizaron antes de la expulsión babilónica; luego siguen: Jeremías, Habacuc, Ezequiel y Daniel, quienes escribieron durante la cautividad; entonces: Haggeo, Zacarías y Malaquías, después que volvieron los judíos del cautiverio.

5. Copias Manuscritas del Nuevo Testamento.—Se consideran como auténticos tres manuscritos del Nuevo Testamento que actualmente existen. Son conocidos éstos como el Vaticano (actualmente en Roma), el Alejandrino (que se encuentra en Londres) y el Sinaítico (recientemente comprado por el gobierno británico). Se considera que este último es la copia más antigua del Nuevo Testamento en existencia. Fue descubierto en 1859 en los archivos de un monasterio sobre el monte Sinaí, y de allí le viene el nombre. Lo descubrió Tischen-dorf, y se hallaba en la biblioteca imperial de San Peters-burgo, hoy Leningrado, Rusia.

6. Sobre la Autenticidad de Ciertas Partes del Nuevo Testamento.—Como respuesta a las objeciones que han presentado algunos críticos tocante al carácter genuino o la autenticidad de ciertos libros del Nuevo Testamento, se pueden considerar los siguientes testimonios. Los puntos que aquí se presentan son los que cotejó y usó el hermano David McKenzie en sus discursos sobre la Biblia.

1. Los Cuatro Evangelios.—1. San Mateo. Papias, obispo de Hierápolis, oyó la voz de San Juan el Apóstol. Con relación al Evangelio de San Mateo, Ensebio le atribuye estas palabras: "Mateo arregló los oráculos en la lengua hebrea, y cada uno los interpretaba lo mejor que podía."—(Ecclesiastical History, por Eusebio, 3:39)

2. San Mareos. Acerca de él, Papias también dice: "Marcos, habiendo llegado a ser el intérprete de Pedro, escribió con exactitud todo lo que recordaba, sin poner en orden, sin embargo, lo que Cristo había dicho o hecho. Porque ni escuchó al Señor ni lo, siguió, sino que más tarde acompaño a Pedro, quien adaptó sus instrucciones a las necesidades de sus oyentes; mas ninguna intención tenía de dar una relación consecutiva de los oráculos (o discursos) del Señor."—Traducciones del obispo Liglitfoot, en Contemporary Review, de agosto de 1875.)

3. San Lucas. La evidencia interna muestra que el Evangelio según San Lucas y los Hechos de los Apóstoles fueron obra del mismo autor. San Pablo menciona que Lucas era médico; y el doctor Hobart publicó en Londres en 1882 un tratado sobre The Medical Language of St. Luke (Terminología Médica de San Lucas), donde señala el uso frecuente de términos médicos en los escritos de Lucas, que abundan en todo el tercer evangelio y los Hechos de los Apóstoles. Hasta M. Renán admite cosa igual. Este dice: "Un punto indiscutible es que los Hechos son obra del mismo autor del tercer evangelio y son la continuación de dicho evangelio. No hay necesidad de comprobar esta proposición que nunca se ha impugnado seriamente. Los prefacios que se

encuentran al principio de cada obra, la dedicatoria de una y otra a Teófilo, la semejanza perfecta de estilo e ideas son abundantes comprobaciones de este punto." "Una segunda proposición es que el autor de los Hechos fue discípulo de Pablo, y lo acompañó durante gran parte de sus viajes."—(The Apostles, por M. Renán; véase el prefacio)

4. San Juan. Ireneo, obispo de Lyón más o menos en el año 177 de nuestra era, y discípulo de Policarpo, quien fué martirizado en 155 o 156, evoca en una carta escrita a un condiscípulo lo que había oído de Policarpo sobre su conversación con San Juan y otros que habían visto al Señor; y también acerca del Señor, sus milagros y enseñanzas. Relataba todas aquellas cosas totalmente de acuerdo con las Escrituras. (Ecclesiastical His-tory por Eusebio, 5:20). A juzgar por el texto, es evidente que Ireneo, al hablar de "las Escrituras," se estaba refiriendo a los cuatro evangelistas, Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Además no sólo afirma que "únicamente son cuatro los evangelios que han venido desde el principio, sino que según la naturaleza de las cosas no puede haber más ni menos de cuatro. Hay cuatro regiones en el mundo y cuatro son los vientos principales; y la Iglesia, por tanto, ya que están destinados ella y el mundo a ser confinantes, debe estar apoyada por cuatro evangelios como cuatro pilares." (Cantemporary Review de agosto de 1876, pág. 413) [Esta analogía forzada de Ireneo acerca de los cuatro evangelios y los cuatro vientos, etc., por supuesto carece de fundamento, y su uso parece absurdo; sin embargo, el hecho de que él lo nota es evidencia de que en sus días eran aceptados los cuatro evangelios.—J.E.T.]

(2) Las Epístolas de San Pablo.—Los siguientes extractos del testimonio de los críticos de Tübingen sobre cuatro de las epístolas de San Pablo son instructivos:

De Wette dice en la introducción a su obra Books of the New Testament- (Libros del Nuevo Testamento) : "Las cartas de Pablo muestran señas de su potente genio. Las más importantes resisten toda contradicción en cuanto a su autenticidad; forman el núcleo sólido del libro del Nuevo Testamento.

Baur dice en su Apostle Paul (1:8) : "No sólo no ha surgido jamás sospecha alguna sobre la autenticidad de estas epístolas, sino que llevan tan incuestionablemente el sello de la originalidad de Pablo que uno no puede comprender por qué motivo los críticos pudieron impugnarlas."

Weizaeker escribe: "Las cartas a ios Gálatas y a los Corintios son indudablemente obra del apóstol; y por su mano incuestionablemente se escribió también la epístola a los Romanos." (Apostolisches Zeitalter, 1866, pág. 190)

En la obra Einleitein's New Testament, pág. 224, Holtzmann dice: "Estas cuatro epístolas son los libros de Pablo universal-mente aceptados. Podemos comprender, respecto a ellos, la prueba de autenticidad que emprendió Paley contra los libres pensadores de su época."

"Las epístolas de Pablo gozan de una ventaja sin igual en esta historia, a saber, su absoluta autenticidad." (The G.ospels, por M. Renán, págs. 40, 41.) Con referencia a las epístolas a los Corintios, Gálatas y Romanos, Renán las trata como "indisputables e indiscutibles", y añade: "Los críticos más severos como Cristian Baur, las aceptan sin objeción."

7. Evidencia Arqueológica a Favor de la Biblia.—El profesor A. H. Sayce concluye su precioso tratado sobre el testimonio de los monumentos antiguos con estas palabras: "Las objeciones de los críticos a la verdad del Antiguo Testamento, las cuales en otro tiempo procedían del arsenal de los escritores griegos y latinos, no se volverán a usar; han sido derrotadas de una vez por todas. Las refutaciones han venido en papiro, barro y piedra de las tumbas del Egipto antiguo, de los montículos de Babilonia y de los palacios destruidos de los reyes asirios.

8. Escrituras Perdidas.—Los que se oponen a la doctrina de la revelación continua entre Dios y su Iglesia, basándose en que la Biblia como colección de Escrituras Sagradas está completa y que las revelaciones no contenidas en ella deben ser espurias, pueden provechosamente tomar nota de los muchos libros que la Biblia no contiene y sin embargo, menciona; y generalmente de tal manera que no hay duda de que en un tiempo fueron considerados auténticos. De estas escrituras que no existen en la Biblia, se puedan enumerar las siguientes, algunas de las cuales en la actualidad se tienen por apócrifas, pero la mayor parte no se conoce: Leemos del Libro de la Alianza (Exo. 24:7); el Libro de las Batallas de Jehová (Núm. 21:14) ; el Libro de Jasher (Josué 10:13); el Libro del Derecho del Reino (I Sam. 10:25); el Libro de Enoc (Judas 14); el Libro de los Hechos de Salomón (I R. 11:41); las Crónicas del Profeta Natán y Crónicas de Gad el Vidente (I Crón. 29:29); la Profecía de Ahías Silonita y las Profecías del Vidente Iddo (II Crón. 9:29); el Libro de Semeías (II Crón. 12:15) ; la Historia de Iddo Profeta (II Crón. 13:22); las Palabras de Jehú (II Crón. 20:34); los Hechos de Uzzías, escritos por Isaías,

hijo de Amos (II Crón. 26:22); las Palabras de los Videntes (II Crón. 33:19); una Epístola perdida de San Pablo a los Corintios (I Cor. 5:9); una Epístola perdida escrita a los Efesios (Efes. 3:3); una Epístola perdida a los Colosenses, escrita de Laodicea (Col. 4:16); una Epístola anterior de San Judas (Judas 3); la declaración de San Lucas (1:1).

APÉNDICE XIV

Notas Relacionadas con el Capítulo 14

1. **La Portada del Libro de Mormón** "Deseo manifestar aquí que la portada del Libro de Mormón es una traducción literal de la última hoja del lado izquierdo de la colección o libro de planchas, en las cuales se encerraba la historia que se ha traducido; que el lenguaje de toda la obra está dispuesto como todo escrito hebreo en general; y que dicha portada en ningún sentido es composición moderna, ni mía ni de cualquier otro hombre que ha vivido o vive en esta generación."—José Smith, History of the Church, tomo 1, pág. 71.

2. **Teorías Concernientes al Origen del Libro de Mormón: La Historia de Spaulding.-** El público en general rechazó la relación verdadera del origen del Libro de Mormón, y así asumió la responsabilidad de explicar de alguna manera plausible de dónde salió Ja obra. Se ofrecieron muchas teorías vagas, basadas en la increíble suposición de que el libro fué obra de un solo autor; de éstas, las más famosa, y en verdad, la única que se granjeó el favor del público lo suficiente para ser considerada, es el así llamado "relato de Spaulding". Salomón Spaulding, un clérigo de Amity, Estado de Pensilvania, escribió un romance al cual no se dio más título que Manuscript Story. Veinte años después de la muerte del autor, un individuo llamado Hurlburt, apóstata de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, anunció una semejanza entre el cuento y el Libro de Mormón y expresó, como opinión suya, que la obra que José Smith había presentado al mundo no era más qué el romance de Spaulding, revisado y ampliado. El manuscrito estuvo perdido algún tiempo y, faltando prueba contraria, multiplicáronse las declaraciones respecto a la semejanza de las dos obras. Pero en 1884, James H. Fairchild, presidente del Colegio de Oberlin, Ohio, y un amigo literario suyo, un señor Rice, mientras examinaban una colección heterogénea de papeles viejos que éste había comprado, hallaron el manuscrito original de Spaulding. Los señores de referencia compararon minuciosamente el manuscrito y el Libro de Mormón, y, sin más deseo que el de exponer la verdad, publicaron los resultados de su investigación. El Sr. Fairchild publicó un artículo en el New York Observer, con fecha del 5 de febrero de 1885, en el que dijo: "La teoría de que el origen del Libro de Mormón se halla en el tradicional manuscrito de Salomón Spaulding probablemente tendrá que ser descartada. ... El Sr. Rice, yo y otros lo comparamos (el manuscrito de Spaulding) con el Libro de Mormón y ninguna semejanza pudimos percibir entre los dos. . . . Tendrá que buscarse alguna otra explicación para el Libro de Mormón, si se precisa una explicación."

Se depositó el manuscrito en la biblioteca del Colegio de Oberlin, en el Estado de Ohio, donde actualmente reposa. Con todo, la teoría del Manuscript Found, nombre que se ha dado al cuento de Spaulding, ocasionalmente sale a relucir en las manos de algún celoso antimormón que, benévolamente creeremos, ignora los hechos expuestos por el Sr. Fairchild. Más recientemente escribió este caballero una carta en respuesta a la pregunta de un corresponsal, la cual se publicó en el Millenial Star en Liverpool, Inglaterra, el 3 de noviembre de 1898, que dice lo siguiente:

COLEGIO DE OBERLIN, OHIO,

17 de octubre de 1895.

Sr. Dn. J. R. Hindley,

Muy Señor Nuestro:

Tenemos en la biblioteca de nuestro Colegio un escrito original de Salomón Spaulding, incuestionablemente genuino.

Lo hallé en 1884 en manos del Sr. L. L. Rice de Honolulú, Islas Hawaiianas. Este caballero fue en un tiempo Impresor del Estado en Columbus, Ohio. Antes de esto publicaba un periódico en Painesville, cuyo editor anterior había visitado a la señora de Spaulding, de quien consiguió el manuscrito. Había permanecido entre sus documentos viejos unos cuarenta años o más, y salió a luz cuando le pedí que buscara entre sus papeles algunos documentos contra la esclavitud.

El manuscrito lleva las firmas de varios hombres de Con-neaut, Ohio, quienes habían oído a Spaulding leerlo, y sabían que era suyo. Nadie, después de verlo, puede dudar de su autenticidad. Cuando menos dos veces

se ha publicado el manuscrito: una vez por los mormones de Salt Lake City, y otra por los mormones josefitas de Iowa. Los mormones de Utah consiguieron la copia del Sr. Rice en Honolulú, y los josefitas me solicitaron una copia después que llegó a mis manos. Este manuscrito no es el original del Libro de Mormón.

Muy atentamente,

JAMES H. FAIRCHILD.

Pueden obtenerse copias del Manuscript Found, y cualquier investigador puede examinarlo por sí mismo. Para más informes véase The Myth of the Manuscript Found, por Jorge Reynolds, Salt Lake City; también tres artículos por el presidente José F. Smith en Improvement Era, tomo 3, págs. 241, 377, 451.

3. Los Tres Testigos.— Oliverio Cóivdery: Nació en Wells, Estado de Vermont, en octubre de 1805; fue bautizado el 15 de mayo de 1829; murió en Richmond, Estado de Misurí el 3 de marzo de 1850.

David Whítmer: Nació cerca de Harrisburg, Estado de Pensilvania, el 7 de enero de 1805; se bautizó en junio de 1829; fue excomulgado de la Iglesia el 13 de abril de 1838; murió en Richmond, Estado de Misurí, el 25 de enero de 1888.

Martín Harris: Nació en Easttown, Estado de Nueva York, el 18 de mayo de 1783; fue bautizado en 1830; se trasladó a Utali en agosto de 1870; murió en Clarkston, Utah, el 10 de junio de 1875.

4. Los Ocho Testigos.— Cristian Whítmer: Nacip el 18 de enero de 1789; se bautizó el 8 de abril de 1830; murió en el seno de la Iglesia en el Distrito de Clay, Estado de Misurí, el 27 de noviembre de 1835. Fue el hijo mayor de Pedro Whítmer.

Jacob Whítmer: Segundo hijo de Pedro Whítmer. Nació en Pensilvania el 27 de enero de 1800; se bautizó el 11 de abril de 1830; murió el 21 de abril de 1856, habiéndose retirado previamente de la Iglesia.

Pedro Whítmer, hijo: Nació el 27 de septiembre de 1809; fue el quinto hijo de Pedro Whítmer; se bautizó en junio de 1829; murió fiel a la Iglesia en Liberty, Estado de Misurí o cerca de allí, el 22 de septiembre de 1836.

Juan Whítmer: Tercer hijo de Pedro Whítmer. Nació el 27 de agosto de 1802; se bautizó en junio de 1829; fue excomulgado de la Iglesia el 10 de marzo de 1838; murió en Far West, Estado de Misurí, el 11 de julio de 1878.

Hiram Page: Nació en Vermont en el año de 1800; se bautizó el 11 de abril de 1830; se separó de la Iglesia en 1838; murió el 12 de agosto de 1852 en el Distrito de Ray, Estado de Misurí.

José Smith, padre: Padre del profeta José; nació el 12 de julio de 1781 en Topsfield, Estado de Massachusetts; se bautizó el 6 de abril de 1830; fue ordenado patriarca de la Iglesia el 18 de diciembre de 1833; murió en el seno de la Iglesia en Nauvoo, Estado de Illinois, el 14 de septiembre de 1840.

Hyrum Smith: Segundo hijo de José Smith, padre; nació en Tunbridge, Estado de Vermont, el 9 de febrero de 1800; se bautizó en junio de 1829; llamado a la Primera Presidencia de la Iglesia el 7 de noviembre de 1837; ordenado Patriarca de la Iglesia el 19 de enero de 1841; martirizado con su hermano, el profeta, el 27 de junio de 1844, en Cartago, Estado de Illinois.

Samuel Harrison Smith: Nació en Tunbridge, Estado de Vermont, el 13 de marzo de 1808; fue el cuarto hijo de José Smith, padre; se bautizó el 15 de mayo de 1829; murió el 30 de julio de 1844.

5. Correspondencia del Libro de Mormón.—"Si la parte histórica del Libro de Mormón fuese comparada con lo poco que se sabe de otras fuentes relativo a la historia de la América antigua, se descubriría mucha evidencia que apoya su veracidad; pero no puede hallarse una sola verdad, entre todos los descubrimientos de la antigüedad, que contradiga las verdades históricas del Libro de Mormón. Si la parte profétiea de esta obra maravillosa fuese comparada con las declaraciones pro-féticas de la Biblia, se hallaría en ésta mucha evidencia que establece la verdad de aquélla. Pero aunque hay muchas predicciones en el Libro de Mormón que se refieren a los grandes acontecimientos de los últimos días, acerca de lo cual la Biblia ninguna información nos da, sin embargo, nada hay en las predicciones de la Biblia que contradiga en lo mínimo las profecías del Libro de Mormón. Si la parte doctrinal del Libro de Mormón fuese comparada con la doctrina de la Biblia, se vería la misma armonía perfecta que hallamos cuando comparamos las partes proféticas de los dos libros. Aunque hay muchos puntos de la doctrina de Cristo que se hallan mucho más claros y precisos en el Libro de Mormón que en la Biblia, y muchas cosas relativas a las doctrinas que jamás se conocerían completamente de la Biblia, sin embargo, no hay ningún punto doctrinal en los dos libros sagrados que se contradiga el uno al otro o que se diferencie en lo más mínimo. Si los varios libros que forman parte de la colección llamada el Libro de Mormón

se comparasen cuidadosamente uno con otro, no aparecería ninguna contradicción, histórica, profética o doctrinal ... Si comparamos las partes históricas, proféticas y doctrinales del Libro de Mormón con las grandes verdades de la ciencia y la naturaleza, no encontramos contradicciones; ninguna cosa absurda; ninguna cosa irrazonable. Existe, por consiguiente, la más perfecta armonía entre las grandes verdades reveladas en el Libro de Mormón y todas las otras verdades conocidas, sean religiosas, históricas o científicas".— Orson Pratt en Divine Authenticity of the Book of Mormón, pág. 56.

APÉNDICE XV
Notas Relacionadas con el Capítulo 15

1. Ismael Era de Efraín.—"El profeta José nos informó que las 116 páginas que fueron traducidas al principio, y subsiguientemente robadas, contenían la historia de Lehi, de la cual hallamos un compendio en el Primer Libro de Neifi, que es la relación individual de Nefi, ya que él era del linaje de Manases; pero que Ismael era del linaje de Efraín, y que sus hijos se casaron con las hijas de Lehi y los hijos de éste con las hijas de Ismael, cumpliendo en esto las palabras de Jacob, proferidas sobre Efraín y Manases en el capítulo 48 del Génesis (versículo 16), que dicen: 'Y mi nombre sea llamado en ellos, y el nombre de mis padres Abraham e Isaac: y multipliquen en gran manera en medio de la tierra.' De manera que en este continente americano crecieron juntos estos descendientes de Manases y Efraín, con un puñado de los de la casa de Judá, descendientes de Mulek, quienes salieron de Jerusalén once años después de Lehi y fundaron la colonia conocida posteriormente como Zarahemla y más tarde descubierta por Mosíah; y así resultó una fusión, una mezcla de Efraín y Manases, un resto de Judá y quién sabe si también restos de otras tribus que hayan acompañado a Mulek. Y éstos se han desarrollado sobre el continente americano."—De un "Discurso de Erasto Snow," del Consejo de los Doce, pronunciado en Logan, Utah, el 6 de mayo de 1882; véase Journal of Discourses, tomo 23, págs. 184, 185.

2. Diversidad de Estilo Literario en el Libro de Mormón.— "Existe una diferencia notable entre el estilo literario de Nefi y otros de los primeros profetas, y el de Mormón y Moroni. Mormón y su hijo son más directos y expresan sus ideas con mayor brevedad que los primeros escritores; cuando menos, su estilo es más ameno para la mayoría de los lectores. Enós, el hijo de Jacob, tiene también un estilo que es particular de él. Existe otro hecho notable de que cuando en el compendio de Mormón aparecen relaciones o discursos originales, como los anales de Limhi, los sermones de Alma, Amulek, etc. las epístolas de Helamán y otros, se emplean palabras y expresiones que no se hallan en ninguna otra parte del Libro de Mormón. Esta diversidad de estilo, expresión y vocabulario constituye un testimonio incidental muy agradable a favor de lo que se afirma del Libro de Mormón: que es una recopilación de la obra de muchos escritores."—Lectures on the Book of Mormón, por George Reynolds.

3. Fecha Mexicana del Diluvio.—Refiriéndose a la fecha del diluvio según el autor mexicano, Ixtlilxochitl, el hermano George Reynolds dice: "Hállase una concordancia notable en lo que dice este escritor y el libro de Génesis. En el período de la caída hasta el diluvio hay una diferencia de solamente sesenta años, posiblemente no más de cinco, si las siguientes palabras de Doctrinas y Convenios (107:49) relativas a Enoc alargan la cronología: 'Enoc vio al Señor y anduvo con él, y estuvo delante de su faz continuamente; y caminó Enoc con Dios trescientos sesenta y cinco años, de manera que tenía cuatrocientos treinta años cuando fue trasladado.' " Las misma afirmación se halla en la Perla de Gran Precio, Moisés 7:68.—"Evidencias Externas del Libro de Mormón", artículo por George Reynolds en el Contributor, tomo 17, pág. 274.

4. Civilizaciones Antiguas en América.—"No hay duda de que en un tiempo floreció en estas regiones (Centro América y México) una civilización más avanzada que cualquier otra que los españoles encontraron a su llegada. La obra más importante que hasta la fecha se ha realizado entre las ruinas de la antigua civilización maya es la que ha llevado a cabo el Museo Peabody de la Universidad de Harvard, el cual ha enviado algunas expediciones a la ciudad sepultada que hoy se conoce como Copan, en Honduras. En un hermoso valle, no lejos de la frontera de Guatemala, rodeada de escarpadas montañas y bañada por un río sinuoso, yace la antigua ciudad, envuelta en el sueño de los siglos. Las ruinas de Copan, aunque en un estado de decadencia más avanzado que el de las ciudades mayas de Yucatán, tienen una semejanza general con éstas en el diseño de los edificios y en las esculturas, mientras que los caracteres de sus inscripciones son esencialmente iguales.

Tal parece, pues, que Copan fue una ciudad maya; pero debe haber sido uno de sus centros más antiguos, abandonado y arruinado mucho antes que las ciudades de Yucatán llegaran a su apogeo. La civilización maya era completamente distinta de la azteca o mexicana; era una civilización más antigua y también más avanzada."—Henry C. Walsh en un artículo "Copan-—a City of the Dead" (Copan, Ciudad de los Muertos), publicado en Harper's Weekly, septiembre de 1897.

Se ha tomado lo siguiente de las "Conclusiones" de Bradford, pág. 431 de su obra American Antiquities, publicada en 1841, en donde se refiere a los antiguos habitantes de América:

"Que todos tenían un origen común, que eran divisiones de la misma raza y de costumbres e instituciones semejantes.

"Que fueron muy numerosos y ocuparon una superficie muy extensa.

"Que habían alcanzado un alto grado de civilización, se asociaban en grandes comunidades y vivían en ciudades espaciosas.

"Que conocían muchos de los metales, como el plomo, cobre, oro y plata, y sabían trabajarlos.

"Que esculpían en piedra, y usaban piedra labrada en la construcción de sus edificios.

"Que conocían el arco de bóveda triangular; que su cerámica comprendía urnas, utensilios y muchos otros objetos de buen gusto y fabricados conforme a principios de composición química, y que sabían hacer ladrillo.

"Que trabajaban los manantiales de agua salada y producían la sal.

"Que eran un pueblo agrícola, y vivían bajo la influencia y protección de formas regulares de gobierno.

"Que poseían un sistema preciso de religión y una mitología que se relacionaba con la astronomía, la cual, junto con la ciencia hermana de la geometría, estaba en manos de los sacerdotes.

"Que en sus fortificaciones manifestaron gran maestría.

"Que se remonta en la lejana antigüedad la época de su establecimiento original en los Estados Unidos; y que las únicas huellas de su origen que se pueden percibir en el sitio de sus monumentos destruidos señalan hacia México."

5. Tradiciones Mexicanas Concernientes al Diluvio.—"Asegura el Sr. D. Fr. Francisco Muñoz de la Vega, obispo de aquella diócesi (de Chiapas), en el prólogo de sus Constituciones diocesanas, que afirma guardarse en su archivo un antiguo manuscrito de los primeros naturales de allí, que supieron escribir en nuestros caracteres, en el cual consta que mantuvieron siempre la memoria de que el padre y progenitor primero de su nación se llamó Teponohuaste, que quiere decir el señor del palo hueco, y que éste se halló en la fábrica de la gran pared, que así llamaban a la torre de Babel, y vió por sus ojos la confusión de las lenguas, después de lo cual lo mandó el Dios Creador venir a estas dilatadas tierras a repartirlas entre los hombres." —Veytia, Historia de las Gentes que Poblaron la América Sep-tentrional; Mexican Antiquities, de Lord Kingsborough, tomo 8, pág. 175.

"Hállase en las historias de los Toltecas que duró esta edad y mundo primero, como ellos le llaman, 1716 años; que se destruyeron los hombres con grandísimos aguaceros y rayos del cielo y toda la tierra sin quedar cosa alguna, y se escondieron y se metieron dentro de las aguas los más altos montes caxtol-moletltli, que son quince codos; y de aquí añaden asimismo otras fábulas, y de como tornaron a multiplicar los hombres de unos pocos que escaparon esta destrucción dentro de un toptlipetlacali, que casi significa este vocablo arca cerrada; y como después multiplicándose los hombres hicieron un eacuali muy alto, y fue éste, que quiere decir la torre altísima, para guarecerse en él cuando se tornase a destruir el segundo mundo. Al mejor tiempo se les mudaron las lenguas y no entendiéndose unos a otros se fueron a diversas partes del mundo."—Relaciones de Ixtlilxochitl, Relación 1ª; Mexican Antiquities, de Lord Kings-borough, tomo 9, pág. 321.

De las tradiciones americanas las más importantes son las mexicanas, porque parecen haber quedado definitivamente estampadas por medio de dibujos simbólicos y mnemotécnicos antes que hubiese contacto con los europeos. Según estos documentos, el Noé del cataclismo mexicano fue Coxcox, llamado por otros Teocipactli o Tezpi. Junto con su esposa Xochiquetzal, se salvó en una barca o, según otras tradiciones, en una balsa de madera de ciprés. Entre los aztecas, mixtecas, zapotecas, tlaxcaltecas y los de Michoacán se han descubierto pinturas que narran el diluvio de Coxcox. La tradición de estos últimos concuerda aún más notablemente con la relación del Génesis y la de fuentes caldeas. Dice que Tezpi se embarcó en una nave espaciosa con su esposa, sus hijos, varios animales y granos, cuya preservación era esencial para la subsistencia

del género humano. Cuando el dios Tezcatlipoca decretó que se retirasen las aguas, Tezpi envió un zopilote. Este se quedó a alimentarse con los cuerpos que cubrían la tierra, y no volvió. Tezpi mandó otros pájaros, de los cuales sólo el colibrí volvió con una rama verde en el pico. Viendo que la tierra estaba produciendo vegetación, Tezpi entonces dejó su barco sobre el monte de Colhuacán.

La tradición de un diluvio "era una noción aceptada, en una forma o en otra—dice Prescott—entre la mayor parte de los pueblos civilizados del mundo viejo, y los bárbaros del nuevo. Los aztecas combinaban con ella algunas circunstancias particulares de carácter más arbitrario semejantes a las narraciones orientales. Creían que dos personas sobrevivieron el diluvio, un hombre llamado Coxcox y su esposa. En una pintura antigua están representadas sus cabezas junto con un barco que flota sobre las aguas al pie de una montaña. También está pintada una paloma, con el jeroglífico del idioma en el pico, el cual está repartiendo a los hijos de Coxcox que nacieron mudos. Los pueblos vecinos de Michoacán, quienes también habitan la misma altiplanicie, tenían todavía otra tradición de que el barco en que se salvó Tezpi, su Noé, estaba lleno de varias clases de animales y aves. Después de pasar algún tiempo, fue enviado un zopilote, pero se quedó para comer los cuerpos muertos de los gigantes que habían quedado sobre la tierra al retirarse las aguas. Luego fue enviado huitzitzüin, el pequeño colibrí, el cual volvió con una rama en el pico. La coincidencia de estos dos relatos y las narraciones hebreas y caldeas es obvia."—Conquista de México, por William Prescott, apéndice, pág. 386.

6. Persistencia del Idioma Hebreo Entre las Tribus Americanas.—"Se afirma que en los cantos y ceremonias religiosas de muchas de las tribus han persistido numerosos vocablos. Varios escritores que han visitado las tribus del continente del norte, o han vivido entre ellas, aseveran que han podido oír distintamente las palabras Yehová, Yah, Ale y Aleluya en sus ejercicios religiosos. Laet y Escarbotus nos aseguran que con írecuencia oyeron a los indios sudamericanos repetir la sagrada palabra Aleluya."—George Reynolds en su artículo "The Lan-guage of the Book of Mormón" (El Lenguaje del Libro de Mormón), Contributor, tomo 17, pág. 236.

7. "El Origen de la Civilización Precolombina en América."— Bajo aste título apareció un artículo informativo de G. Elliot Smith en Soience, tomo 44, págs. 190-195 (número del 11 de agosto de 1916). En cuanto al interés despertado por el tema, dice el autor: "En las diversas ramificaciones de discusiones etnológicas quizá no hay asunto que haya provocado más animadas controversias y despertado tanto interés como los problemas encerrados en los misterios de la maravillosa civilización que se manifestó ante los asombrados españoles cuando primeramente llegaron a América.

"Durante el siglo pasado—que se puede decir cubre todo el período de investigación científica en asuntos de antropología— las opiniones de los que han dedicado su atención a estos estudios han sufrido las más extrañas fluctuaciones. Si uno escudriña las publicaciones antropológicas de hace cuarenta o cincuenta años, verá que abundan en ellas estudios cuidadosos de muchos de los principales etnólogos de la época que demuestran, aparentemente de un modo convincente e incuestionable, la diseminación de curiosas costumbres y creencias del mundo antiguo al nuevo." El escritor condena la falsedad de suponer que las semejanzas en costumbres y cultura de pueblos separados por tan grandes distancias puedan explicarse desde otro punto de vista que el de un origen común, y sigue diciendo: "Tal vez se preguntará, ¿por qué, pues, en vista de la arrolladora masa de evidencia definitiva y auténtica que señala hacia los origines en el Viejo Mundo de donde procedió la civilización americana, es que tantos etnólogos se niegan a aceptar el claro y obvio significado de los hechos y recurren a tan infantiles subterfugios como los que he mencionado? Dejando a un lado la influencia de la obra de Darwin, que por haber sido mal interpretada resultó, como dice Huxley, en que 'personas de poco entendimiento hablaran necedades en nombre de la ciencia', el factor principal que les tapa los ojos a tantos investigadores para que no aprecien el significado de los datos que ellos mismos tan laboriosamente recogen resulta de un defecto que naee de la naturaleza de sus investigaciones .... La falta de reconocer el hecho, recientemente demostrado tan convincentemente por el doctor Rivers, de que las artes útiles frecuentemente se pierden, constituye otra, y quizá la principal dificultad que ha impedido una consideración adecuada de la historia de la difusión de la civilización." El Sr. Smith ofrece una notable colección de evidencia que señala hacia el Mundo Viejo, y particularmente Egipto, como el origen de muchas de las costumbres que distinguen a los aborígenes americanos. El artículo va acompañado de un mapa que muestra las rutas probables del mundo antiguo al nuevo, y dos lugares de la costa occidental donde desembarcaron, uno en México y otro cerca de la linea fronteriza del Perú y Chile, desde los cuales los inmigrantes se esparcieron.

APÉNDICE XVI

Notas Relacionadas con el Capítulo 16

1. Libertad Bajo Inspiración. — Fausett dice lo siguiente acerca del albedrio del hombre bajo la influencia de la inspiración: "La inspiración no despoja a los escritores de sus respectivas particularidades de estilo, así como los maestros inspirados de la Iglesia primitiva no fueron autómatas pasivos cuando profetizaban (1 Cor. 14:32). 'Donde hay el Espíritu del Señor, allí hay libertad' (2 Cor. 3:17). La voluntad de ellos se hacía una con la voluntad de Dios; su espíritu influía en el de ellos de tal manera que su individualidad actuaba libremente en la esfera de la inspiración que de él recibían. En cuanto a verdades religiosas, se manifiesta la unidad de los autores de las Escrituras colectivas; en cuanto a otros asuntos, su composición es palpablemente tan diversa como sus escritores. La variedad es humana, la unidad divina. Si los cuatro evangelistas hubieran sido meramente máquinas, y hubieran narrado los mismos acontecimientos, siguiendo el mismo orden y con expresiones iguales, dejarían de ser testigos independientes. Sus discrepancias mismas (sólo aparentes) refutan que hubo colusión .... Las pequeñas diferencias en las versiones del Decálogo, una en Éxodo 20, la otra en Deutero-nomio 5; en el Salmo 18 comparado con 2 Samuel, capítulo 22; en el Salmo 14 comparado con el 53., y en los pasajes del Antiguo Testamento que se citan en el Nuevo, algunas veces de la Versión de los Setenta que no es igual a la Hebrea, algunas veces sin seguir, palabra por palabra ninguna de las dos, sirven para comprobar la independencia nacida del espíritu, de los escritores sagrados, quienes bajo divina orientación y aprobación presentaron en diversas ocasiones las mismas verdades esenciales en diferentes aspectos; y una complementaba a la otra." Bible Cyclopedia, por A. R. Fausett, pág. 308.

2. La Doctrina de Que No Habrá Más Revelación Es Nueva y Falsa.—"La historia del pueblo de Dios, desde las edades más remotas, muestra que sólo por el medio de revelación con-tinua les era posible entender todos sus deberes o la voluntad de Dios tocante a ellos. Nunca se les ocurrió pensar que las revelaciones dadas a generaciones anteriores eran suficientes para orientarlos en todos sus deberes. La doctrina que rechaza revelaciones nuevas es doctrina nueva, inventada por el diablo y sus agentes durante el segundo siglo después de Cristo. Es una doctrina que se opone directamente a la que los santos de todas las edades han creído y disfrutado. No se puede trastornar y abrogar una doctrina de cuatro mil años de edad, e introducir una nueva en su lugar sino por autoridad divina .... En vista, pues, de que los santos siempre han creído en la doctrina de revelación continua, a ningún hombre debe exigír-sele que presente pruebas de la necesidad de su continuación. Si fuera una doctrina nueva que jamás había sido presentada al mundo, sería preciso establecer su origen divino; pero como únicamente se trata de la continuación de una doctrina antigua, establecida hace miles de años y en la cual los santos jamás han dejado de creer, sería la mayor presunción impugnarla en esta hora tan avanzada, y, por consiguiente, más bien parece superfluo tratar de comprobar la necesidad de su continuación. En vez de requerírseles esto, todos tienen el derecho de demandar que aquellos que durante los últimos diecisiete siglos han negado las revelaciones nuevas presenten sus más fuertes razonamientos y testimonios de por qué interrumpieron el orden del cielo, instituido de antaño, e introdujeron una doctrina nueva tan completamente diferente de la antigua. Si quieren que sea aceptada su doctrina nueva, demuestren que es de origen divino, pues de lo contrario la gente tendrá razón en rechazarla y adherirse a la antigua."-—Divine Authenticity of the Book of Mormón, por Orson Pratt, I (2) 15, 16.

3. Inspiración.—"Se ha definido ésta como la 'energía incitante del Espíritu Santo — sea cual fuere el grado o manera en que se haya ejercido—bajo cuya dirección los agentes humanos escogidos por Dios han proclamado oficialmente su voluntad, ya de palabra, ya escribiendo las varias partes de la Biblia'. Decimos inspiración plenaria cuando damos a entender que se ejerció esta energía tan plena y perfectamente que causó que la enseñanza de los escritores sagrados fuese, en el sentido más literal de las palabras, enseñanza de Dios, como si procediera de él, expresando verdaderamente su voluntad y llevando consigo la aprobación de su autoridad. La llamamos inspiración verbal cuando queremos decir que no se agotó esta energía con sugerir a los autores la materia de las Escrituras, entonces dejándolos solos para transmitir según su propia manera, y conforme a un modo exclusivamente humano, lo que les había sido indicado; sino que recibían ayuda y orientación para comunicar la verdad recibida .... De modo que cuando la doctrina de inspiración plenaria y verbal queda desembarazada de los conceptos erróneos que de ella se han tenido, no hay causa justa, desde ningún punto de vista, para objeciones. Concuerda con todas las conclusiones, respecto de la Palabra, que la erudición moderna ha logrado establecer; porque los sueños de la 'crítica superior' son poco más que extravagancias de caprichos arbitrarios; y es de lamentarse que han sido honrados con un respeto completamente inmerecido, e irreflexivamente colocados en el mismo nivel que los valiosos y preciosos resultados de la crítica

genuina. En muchos sentidos estos resultados inequívocamente señalan hacia la inspiración plenaria—cuando la doctrina misma se entiende correctamente—como el único fundamento congruente y lógico sobre el cual se puede basar sin peligro la autoridad de los escritos canónicos."— Bible Dictionary de Cassell, págs. 559, 561. Nótese que la distinción que aquí se hace entre inspiración plenaria y verbal expresa el elemento esencial de la diferencia entre inspiración y revelación.

4. Es Razonable Creer en Revelación Continua.—"¿Es acaso irrazonable, es antifilosófico buscar luz y conocimiento adicionales? ¿Ha de ser la religión el único departamento del pensamiento y esfuerzo humanos donde es imposible el progreso? ¿Qué diríamos del químico, del astrónomo, físico y geólogo que proclamase que ya no es posible más descubrimiento o revelación de verdades científicas? ¿o que declarase que la única ocupación que hay para los estudiantes de la ciencia es escudriñar los libros de otros tiempos y aplicar principios descubiertos mucho ha, y que jamás se volverán a descubrir otros? El motivo principal que impele a buscar e investigar es la convicción de que el conocimiento y la sabiduría no tienen fin. Afirmamos que toda sabiduría es de Dios, que la aureola de su gloria es la inteligencia y que el hombre todavía no ha aprendido cuanto hay que aprender de él y sus vías. Sostenemos que la doctrina de revelación continua de Dios no se opone a la filosofía, la ciencia o las Escrituras."—"La Filosofía del Mormonismo", por el autor, en The Story and Philosophy of Mormonism, pág. 116.

APÉNDICE XVII

Notas Relacionadas con el Capítulo 17

1. Hebreos.—Se dice de Sem, que fué "padre de todos los hijos de Heber", así como Cam es conocido como padre de los cananeos o Canaán. Los hebreos y los cananeos, en sus tratos frecuentes, manifestaban las características respectivas de los semitas y los camitas. El término "hebreos" se deriva pues de "Heber" (Gen. 10:21; compárese con Núm. 24:24).—Bible Cyclopedia, por Fausett.

El autor del artículo "Hebreo" en el Bible Dictionary de Cassel pone en duda la evidencia sobre la cual se afirma que "Hebreo" es derivación de "Eber" o "Heber", y dice: "Todo lo que con certeza se puede asegurar es que se emplea la palabra para designar a Abrahán y a los descendientes de Jacob en general. El interés que encierra la palabra, junto con su origen desconocido, basta para explicar la mucha especulación que hay en torno del vocablo. Puede añadirse que algunos científicos han hallado la designación 'hebreos', un poco alterada, en los monumentos de Egipto. Si queda verificada esta interpretación, será de valor, pues mostrará que cuando los egipcios llamaron 'hebreo' a José, emplearon el apelativo que se aceptaba entre ellos."

2. Judíos.—La palabra significa propiamente "un hombre de Judá o descendiente de Judá, pero con el tiempo se aplicó la palabra a todos los que eran llamados 'hebreos'. No parece que se usó sino hasta mucho después de la rebelión de Jero-boam y las diez tribus, y mientras el reino permaneció, se empleaba, como era natural, para designar a los ciudadanos del reino de Judá (R. 16:6; 25:25); pero raras veces ocurre en este sentido. Después de la cautividad adquirió el significado extenso que tiene hasta el tiempo actual. El resto de las otras tribus lo adoptaron, y por ese nombre se distinguían los descendientes de Jacob en todo el mundo antiguo, designación que por cierto era mucho más común que 'hebreo'. Ocurre en los libros de Esdras, Nehemías, Ester, Daniel, etc., en los libros apócrifos y es de uso común en los escritos de Josefo y en el Nuevo Testamento."—Bible Dictio-rlary de Cassell.

Bajo la teocracia eran conocidos como hebreos, bajo la monarquía como israelitas y bajo el dominio extranjero como judíos. Los representantes modernos de esta sangre se hacen llamar hebreos, en raza e idioma, e israelitas en religión, pero judíos en ambos sentidos.

3. Zenos.—"Profeta hebreo, a quien se referían frecuentemente los siervos de Dios entre los nefitas. Todo lo que sabemos de su historia personal es que fue muerto porque testificó intrépidamente de lo que Dios le había revelado. La hermosa y casi sin igual parábola de la viña, citada por Jacob (Jacob, cap. 5), muestra que fue bendecido grandemente de Dios con el espíritu de profecía. También se refieren a sus profecías Nefi (1 Nefi 19:10, 12, 16), Alma (Alma 8-3:3, 13, 15), Amulek (Alma 34:7), Samuel el Lamanita, (Helamán 15:11) y Mormón (3 Nefi 10:16)." — Dictionary of the Book of Mojrmon, por George Reynolds.

4. Las Peregrinaciones de las Tribus Perdidas.—Esdras, cuyos libros, como ya se ha dicho en el texto,

son considerados apócri fos, describe una visión en la que se refiere a las diez tribus en estos términos: "Son las diez tribus que fueron llevadas cautivas de su propio país en los días de Oseas el rey, las cuales Salmanasar, rey de los asirios, trasportó al otro lado del río; de modo que fueron llevadas a otra tierra. Aconsejáronse empero entre sí que se apartarían de la multitud de los paganos e irían a una tierra más lejana, donde jamás ha morado hombre alguno, a fin de guardar allí sus estatutos que nunca observaron en su propio país. Y entraron en el paso estrecho del Eufrates. Porque el Altísimo entonces les manifestó señales y detuvo las fuentes de las aguas hasta que pasaron. Emprendieron, pues, una larga jornada por el país, aun de año y medio, y esa región se llama Arsaret. Y allí moraron hasta los postreros tiempos, y cuando vengan de nuevo, el Altísimo volverá a detener las fuentes del río para que pasen."—2 Esdras 13.

Eespecto de las peregrinaciones de las diez tribus hacia el norte, el hermano George Reynolds, en su pequeña obra Are We of Israel?, dice: "Determinaron irse a una región 'jamás habitada por hombres' a fin de estar libres de toda influencia contaminadora. Tal lugar podría hallarse solamente hacia el norte. El sur de Asia era ya el centro de una civilización comparativamente antigua; Egipto florecía en el norte de África, y los pueblos que serían los futuros amos del mundo estaban poblando rápidamente el sur de Europa. De manera que no tenían más alternativa que volver sus caras hacia el norte. La primera parte de su viaje no fue, sin embargo, hacia el norte, pues según la relación de Esdras, parece que primeramente viajaron hacia su antiguo hogar; y es posible que originalmente emprendieron la marcha con la intención de volver allí, o probablemente, a fin de desorientar a los asirios, iniciaron el viaje como si fueran a volver a Canaán, y cuando hubieron pasado el Eufrates y se hallaron a salvo de las huestes de los medos y persas, entonces dirigieron sus pasos hacia la estrella polar. Esdras dice que entraron en el paso estrecho del Eufrates, y que el Señor detuvo las fuentes de las aguas hasta que hubieron cruzado. El sitio donde atravesaron el Eufrates tendría que ser por fuerza río arriba, ya que en dirección contraria habría resultado muy al sur para su objeto. El alto Eufrates corre por entre elevadas montañas; cerca de la aldea de Pastash se arroja por un desfiladero que se halla entre precipicios de más de trescientos metros de altura, y tan angosto que se ha construido un puente en la cima; a corta distancia entra el río en el valle de Mesopotamia. ¡ Con cuánta exactitud corresponden esta parte del río y la referencia de Esdras al 'paso estrecho' donde cruzaron los israelitas!"

"Las tribus vendrán; no están perdidas para el Señor; serán traídas como se ha predicho; y os digo que hay algunos que están viviendo—sí, algunos que aquí están presentes—que vivirán para leer los anales de las Tribus Perdidas de Israel, los cuales serán uno con los anales de los judíos o la Santa Biblia, y los anales de los nefitas o el Libro de Mormón, aun como el Señor ha profetizado; y esos anales que traerán las tribus, quienes aunque perdidas para los hombres aún serán descubiertas, relatarán la visita del Cristo resucitado entre ellos, después que se hubo manifestado a los nefitas sobre este continente."—De un discurso del autor, 8 de octubre de 1916, durante la 87a. Conferencia Semestral de la Iglesia.

APÉNDICE XVIII
Notas Relacionadas con el Capítulo 18

1. El Recogimiento en la Actualidad.— Los Santos de los Últimos Días "están fundando estacas de Sión en los valles de las Montañas Rocosas, y de esta manera están cumpliendo las profecías de los antiguos profetas. Isaías ha escrito: 'Y acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová por cabeza de los montes, y será ensalzado sobre los collados, y correrán a él todas las gentes. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra de Jehová' (Isaías 2:2, 3). Es notable la manera en que los Santos de los Últimos Días detalladamente están cumpliendo las condiciones de esta predicción: 1. Están edificando los templos de Dios sobre los collados, de modo que la casa de Jehová o del Señor está precisamente donde Isaías previo que estaría. 2. Los santos que se dedican a esta obra son personas que se han recogido de casi todas las naciones debajo del cielo; de manera que todas las gentes están corriendo a la casa de Jehová sobre los collados. 3. Los que reciben el evangelio en otras tierras, gozosamente dicen a sus parientes y amigos: Venid, y subamos a la casa del Señor, y él nos enseñará en sus caminos, y nosotros caminaremos por sus sendas."—Outlines of Ecclesiastical History, por Roberts, pág. 409.

2. Israel Es un Pueblo Escogido.—"La promesa otorgada a Abram, de que sería una nación grande, se ha cumplido en el hecho de que su simiente escogida ocupó la tierra de Palestina mil quinientos años. Se volverá a cumplir cuando lleguen a ser una nación sobre esa tierra para siempre. La historia del hemisferio oriental, durante los dos mil años que transcurrieron entre el llamamiento de Abrahán y la destrucción de Jeru-salén por parte de los romanos, testifica que toda nación que luchó contra Israel, o de alguna otra manera lo oprimió, dejó de existir. Con el tiempo se manifestará el mismo resultado general, desde la destrucción de Jerusalén hasta el milenio. Hablando del tiempo cuando Israel sería favorecido del Señor, el profeta Isaías ha dicho: 'He aquí que todos los que se airan contra ti, serán avergonzados y confundidos: serán como nada y perecerán, los que contienden contigo.' (41:11) 'Ya los que te despojaron haré comer sus carnes, y con su sangre serán embria-gados.' (49:26) 'He aquí he quitado de tu mano el cáliz de aturdimiento, la hez del cáliz de mi furor; nunca más lo beberás: y ponerlo he en mano de tus angustiadores, que dijeron a tu alma: Encórvate, y pasaremos.' (51:22, 23)"—A Compen-dium of the Doctrines of the Gospel, por Franklin D. Richards y James A. Little, págs. 228, 229.

3. Israel Entre las Naciones.— "Cuando nos ponemos a pensar en que hace treinta y dos siglos que los enemigos de Israel empezaron a oprimir a este pueblo en la tierra de Canaán; que durante una tercera parte del tiempo que ocuparon esa tierra como nación fueron más o menos esclavos de sus enemigos; que setecientos años antes de la venida de Cristo las diez tribus fueron esparcidas por el Asia occidental; que ninguna indicación tenemos de que hasta hoy hayan vuelto al país de su herencia; que casi seiscientos años antes de Cristo ocurrió la cautividad babilónica y que, según el Libro de Ester, no volvieron a su país más que parte de los judíos, que fueron esparcidos por las ciento veintisiete provincias del imperio persa; que de Asia procedió el enjambre de tribus nómadas que invadieron a Europa; que al tiempo de la destrucción de Jerusalén por los romanos, los judíos fueron esparcidos por todo el mundo entonces conocido, bien podemos preguntar: ¿No constituye Israel en la actualidad una porción muy grande de la familia humana?"'—Compendium, por F. D. Richards y James A. Little, pág. 89.

APÉNDICE XIX

Notas Relacionadas con el Capítulo 19

1. Jerusalén.—"La ciudad ha tenido variedad de nombres en diferentes épocas, y aun en la Biblia se le dan diversos nombres. Salem, a que se refiere Gen. 14:18, probablemente era el nombre que llevaba en los días de Melquisedec, y así es designada en Salmos 76:2. El profeta Isaías (29:1 y 7) la llama Ariel. En tiempos de Josué y en la época de los Jueces era conocida como Jebús, la ciudad de los jebuseos (Jos. 15:8; 18:16, 28; Jue. 19:10, 11), y fue el nombre que la distinguió hasta la época de David (1 Cr. 11:4, 5). Algunos han creído que la designación misma es corrupción de Jebus-Salem, pero no es más que una teoría sin fundamento. Jerusalén es también llamada 'la ciudad de David', 'la ciudad de Judá', 'la santa ciudad', 'ciudad de Dios'. (2 K. 14:20; 2 Cr. 25:28; Neh. 11:18; Sal. 87:3.) Hasta el día de hoy, en la mayoría de los países del este, se conoce como el-Kuds o 'el lugar santo'. No ha habido ciudad del mundo que haya recibido nombres más honorables; nuestro Salvador mismo la llamó 'la ciudad del gran Rey.' "—Bible Dictionary de Cassel, pág. 600.

La siguiente observación de J. M. Sjodahl, de la Oficina del Historiador de la Iglesia, es instructiva: "En 1 Reyes, capítulo 14, se menciona brevemente que una expedición militar al mando de Si-sac, rey de Egipto, entró en la Palestina durante el quinto año del reinado de Roboam. Los egipcios se llevaron los tesoros del palacio y del templo, entre ellos, probablemente los 300 escudos de oro batido hechos por Salomón, que tendrían un valor aproximado de más de un millón de dólares. Dicha expedición quedó_ anotada en Egipto en el muro sur del patio del templo de Amón en Karnak. Allí aparecen ciento cincuenta y seis lugares que fueron saqueados por los egipcios. Uno de estos lugares lleva el nombre de Yuteh Mark. La transcripción hebrea de este nombre es Judah Malech, que según Champollion quiere decir 'reino de Judá', pero que el Dr. Birch más correctamente ha interpretado como el nombre, o uno de los nombres de Jerusalén, literalmente 'La Ciudad del Rey de Judá', ya que Malech significa realeza. En el Libro de Mormón leemos que los fugitivos que escaparon a la suerte de Sedecías y vinieron al mundo occidental dieron a su primera colonia el nombre de Mulek. Este nombre y el de Mark (Malech en hebreo) que aparece en la muralla del templo de Karnak en Egipto, son idénticos. El significado completo de Mulek, por tanto, según el testimonio de sabios, es 'La Ciudad del Rey de Judá', ya

conocida en los anales de Egipto. El hecho de que Mark, Malech y Mulek son pequeñas variaciones del mismo nombre debe tomarse en cuenta, porque la palabra se halla en una forma u otra en los idiomas aborígenes americanos, particularmente en los dialectos centro y sudamericanos, y según mi opinión, todos proceden de Mulek del Libro de Mormón."

2. El Establecimiento de Síon en Misurí.—".... Un grupo de santos, conocido como la Rama de Colesville, por el hecho de haber vivido en Colesville, Estado de Nueva York, habían llegado a Misurí. Habiendo recibido instrucciones de comprar terrenos en las regiones cerca de Sión, adquirieron algunas tierras en un prado fértil a unos dieciséis o dieciocho kilómetros al oeste de Independence, en el municipio de Kaw, no lejos del sitio actual de Kansas City. El día 2 de agosto de 1831, un día antes que fuese consagrado el terreno para el templo, se colocó el primer tronco para una casa en la colonia de los santos de Colesville, indicando el establecimiento de Sión. Doce hombres, en honor de las Doce Tribus de Israel, acarrearon el tronco; y el hermano Sídney Rigdon consagró y apartó la tierra de Sión para el recogimiento de los santos."—Oiiilines of Ecclesiastical History, por B. H. Roberts, pág. 352.

3. El Terreno del Templo en Independence, Edo. de Misurí.— "Por el camino que corre hacia el oeste del Juzgado, como a un kilómetro de distancia, llega uno a la cumbre de un cerro que domina la ciudad. Hacia el sur y el oeste, tiene un declive algo abrupto, pero más gradual hacia el este y norte .... Este es el lugar para el templo. Fue en este sitio que el día 3 de agosto de 1831, José Smith, Sídney Rigdon, Eduardo Pártridge, W. W. Phelps, Oliverio Cówdery, Martín Harris, José Coe y otra persona cuyo nombre no ríe podido indagar—porque eran, por todos, ocho hombres con quienes el Señor estaba bien complacido —se juntaron para consagrar este terreno como el sitio del templo en Sión. Se leyó el Salmo 87. José (el Profeta) entonces consagró el lugar, donde aún se ha de edificar un templo sobre el cual descansará la gloria de Dios. Sí, el gran Dios lo ha decretado, diciendo: 'Porque en verdad, no pasará toda esta generación sin que se edifique una casa para el Señor, y sobre ella descansará una nube, la cual será la gloria del Señor que llenará la casa .... Porque los hijos de Moisés y también los hijos de Aarón ofrecerán una ofrenda y sacrificio aceptables en la casa del Señor que se edificará para él en esta generación, en el lugar consagrado que yo he indicado.'" (Doc. y Con. 84: 5, 31.)—Missouri Persecutions, por B. H. Roberts. Véase The House of the Lord, por James E. Talmage, cap. 5.

APÉNDICE XX

Notas Relacionadas con el Capítulo 20

1. "El Ungido".—"Cristo, designación oficial del Redentor del género humano, así como Jesús, o en hebreo Josué, 'Salvador', era su nombre natural. Cristo quiere decir 'ungido', de la voz griega khrio, 'ungir'. Durante la dispensación del Antiguo Testamento, se derramaba el aceite sagrado sobre las cabezas de los sumos sacerdotes, reyes y profetas para nombrarlos a sus oficios respectivos. El representante reconocido por Jehová efectuaba el rito, y esto constituía un testimonio externo de que su llamamiento procedía directamente de Dios mismo, como fuente de toda autoridad, y por ser, bajo el antiguo convenio y de un modo peculiar, el director de su pueblo. El aceite que se usaba en la consagración de los sacerdotes y la unción del tabernáculo y vasos sagrados era una preparación especial de mirra, canela, cálamo y casia (Exo. 30:23-25), que les era prohibido a los judíos aplicar al cuerpo o copiar bajo pena de muerte. Indudablemente tenía por objeto simbolizar los dones y gracias del Espíritu Santo."—Bible Dictionary de Cassel, pág. 257.

2. La Paz Milenaria.- "Morará el lobo con el cordero, y el tigre con el cabrito se acostará: el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y le, osa pacerán,- sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de teta se entretendrá sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna del basilisco. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como cubren la mar las aguas."—Isaías 11:6-9; también véase 65:25.

"A través de la espantosa lobreguez de humo y fuego que ha envuelto a las naciones, en medio de la terrible fetidez de sangre que ha asqueado al mundo, el género humano halla solaz en la seguridad consoladora de que se ha de establecer una era de paz; una paz que no será interrumpida porque reinará la justicia, y el derecho del hombre a la libertad será inviolable. Por fuerza, esta condición bendita se logrará sólo después de la

debida preparación; porque en la sabiduría de Dios resultaría tan incongruente imponer sobre el género humano un bien que ni aprecia ni quiere, como afligirlo arbitrariamente con una maldición inmerecida."—Vitality of Mormonism, pág. 176,

3. La Tierra Antes del Milenio, Durante y Después."En los escritos inspirados se habla acerca de tres condiciones de la tierra: La presente, en la que todas las cosas relacionadas con ella tendrán que sufrir un cambio que llamamos muerte; la condición milenaria, en la que será santificada a fin de que en ella puedan habitar inteligencias más puras, algunas mortales, otras inmortales; la condición celestial, de que se habla en los capítulos veintiuno y ventidós del Apocalipsis, la cual será una de inmortalidad y vida eterna."—Ctmipendium, por F. D. Richards y James A. Little, pág. 186.

APÉNDICE XXI

Notas Relacionadas con el Capítulo 21

1. Los Fenómenos Naturales y el Albedfío Humano.—Como ha escrito en otra parte el autor de la presente obra: Las Escrituras nos hacen saber que de la transgresión de Adán resultó una condición caída, no sólo en el hombre, sino también en la tierra. En este y otros numerosos acontecimientos trascendentales, en que se patentiza la intervención directa de la mano divina, se ve que la naturaleza está íntimamente relacionada con el hombre.

De modo que los pecados del género humano pueden producir calamidades en forma de fenómenos destructivos, los cuales nosotros propiamente podemos llamar naturales porque son merecidos. Por otro lado, la justicia humana puede invocar la cooperación pacífica y benéfica de los elementos.

"Maldita será la tierra por amor de ti", fue el anatema divino pronunciado contra el primer hombre. Como contraste, nótese lo que se prometió a Israel: que por su fidelidad las sazones se tornarían propicias, las lluvias caerían a su tiempo y tan grande sería la cosecha que el pueblo no tendría lugar para almacenar sus productos. (Véase Mal. 3:8-12.)

La vil apostasía de las leyes de Dios, en los días de Noé trajo como resultado el diluvio, durante el cual "fueron rotas todas las fuentes del gran abismo y las cataratas de los cielos fueron abiertas".

Enoc, quien vivió antes de Noé, fué enviado a proclamar el arrepentimiento a la raza degenerada, y tan grande fué el poder y autoridad con que estaba investido que "dió voz a la palabra del Señor, y tembló la tierra, y huyeron las montañas, aun de acuerdo con su mandato-, y los ríos se desviaron de sus cauces". También previó el diluvio en los dias de Noé y todos

los acontecimientos históricos, entre ellos el ministerio del Salvador, hasta los días del segundo advenimiento del Señor cuando "se obscurecerán los cielos, y un manto de tinieblas cubrirá la tierra; y temblarán los cielos así como la tierra". (P. de G. P., Moisés 7:13, 61.)

El manto de tinieblas que cubrió la tierra sirvió de fondo a la tragedia que se desarrolló sobre el Calvario; y cuando expiró el Señor crucificado, "la tierra tembló, y las piedras se hendieron" (Mateo 27:51).

En el continente occidental, una devastación general señaló la muerte del Salvador; y la destrucción sobrevino a los inicuos que habían despreciado las amonestaciones proféticas y advertencias inspiradas de que se arrepintieran. Muchos de los nefitas se habían olvidado de las señales y prodigios que habían proclamado el nacimiento del Señor y se habían entregado a maldades abominables. Entonces, al tiempo de la crucifixión, se desataron grandes y terribles tempestades por el país, con truenos y relámpagos; la corteza de la tierra sufrió grandes depresiones y elevaciones de tal manera que las montañas fueron divididas, y muchas ciudades fueron destruidas por terremotos, incendios y la irrupción del mar. Este holocausto sin precedente continuó tres horas, después de lo cual descendieron tinieblas tan espesas que fué imposible encender lumbre. La espantosa obscuridad fué semejante a las tinieblas de Egipto, en que se podían palpar. Esta condición duró hasta el tercer día; de manera que una noche, un día y otra noche fueron como una noche continua; los gemidos del pueblo aumentaba el pavor de la obscuridad impenetrable, pues sus angustiosos lamentos se oían por todos lados: "¡Oh, si nos hubiésemos arrepentido antes de este grande y terrible día!" Entonces en medio de las tinieblas se oyó una voz anunciando la destrucción que había sobrevenido al pueblo por motivo de su iniquidad; y a los que habían

sobrevivido, por ser los más justos, ofreció una esperanza con la condición de que hubiera en ellos un arrepentimiento y reformación más completos. (3 Nefi, caps. 8 a 10.)

De una manera definitiva se ha predicho que el segundo advenimiento de nuestro Señor se verá acompañado de fenómenos calamitosos, ante los cuales han de ser derribados los inicuos. La siguiente profecía se proclamó por conducto del profeta José Smith, y su cumplimiento está cerca: "Porque, de aquí a poco, la tierra temblará y se bamboleará como un borracho; y el sol esconderá su faz y rehusará dar su luz; y la luna será bañada en sangre; y las estrellas se irritarán excesivamente y se arrojarán hacia abajo como el higo que cae de la higuera. Y después de vuestro testimonio vienen la ira y la indignación sobre el pueblo. Porque después de vuestro testimonio, viene el testimonio de los terremotos, que causarán gemidos en medio de la tierra, y los hombres caerán al suelo y no podrán permanecer en pie. Y también viene el testimonio de la voz de truenos, y la voz de relámpagos, la voz de tempestades, la voz de las olas del mar precipitándose más allá de sus límites. Y todas las cosas estarán en conmoción; y, de cierto, desfallecerán los corazones de los hombres, porque el temor vendrá sobre todo pueblo." (D. y C. 88:87-91.)

Se podría argumentar que las tempestades, terremotos y otros acontecimientos destructivos ya citados, no son fenómenos naturales sino sobrenaturales, especialmente infligidos por voluntad divina. Digamos más bien que son dirigidos divinamente estos acontecimientos que natural e inevitablemente acompañan a los pecados del género humano y el estado caído de la raza humana.

"Y la tierra se inficionó bajo sus moradores; porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, rompieron el pacto sempiterno. Por esta causa la maldición consumió la tierra, y sus moradores fueron asolados; por esta causa fueron consumidos los habitantes de la tierra, y se disminuyeron los hombres." (Isaías 24:5, 6.)

2. Ignorancia Pagana Concerniente a la Resurrección.—Respecto a la declaración de que el conocimiento humano de la resurrección está basado sobre la revelación, lo siguiente es de interés: "Con lo que los filósofos paganos pudieron adivinar concerniente a la inmortalidad del alma, aun admitiendo que realmente resultó de sus propias especulaciones y no de las reliquias de la tradición, cierto es que jamás llegaron hasta la doctrina de una resurrección corporal. Plinio, enumerando las cosas que ni aun el poder de Dios podría realizar, especificó estas dos: Investir al ser mortal con una existencia eterna, y hacer volver de la tumba a los difuntos. (2, 100, 7) Esquilo expresa una opinión parecida en Las Euménides (647, 648). Lo más que lograron en sus especulaciones éticas fué un concepto de una posible continuación de la vida, en algunas formas y condiciones nuevas, allende el sepulcro; pero fué todo. Nunca se imaginaron una resurrección en el sentido bíblico de la palabra."—Bible Dictionary de Cassell, pág. 396.

3. Los Saduceos.- Por lo general, el Nuevo Testamento, al hablar de ellos, los presenta en oposición a los fariseos. Estas dos clases constituían las sectas más influentes que existían entre los judíos en tiempos de Cristo. Los dos partidos diferían en muchos puntos fundamentales de creencia y práctica, entre ellos, la preexistencia de los espíritus, la realidad del castigo espiritual y futura retribución por el pecado, la necesidad de la abnegación en la vida individual, la inmortalidad del alma y la resurrección de los muertos, que los fariseos defendían y los saduceos negaban. Josefo dice en sus Antigüedades (18:1, 4): "La doctrina de los saduceos es que el alma y cuerpo perecen juntos; la ley es todo cuanto se esfuerzan por cumplir." La secta se componía principalmente de miembros de la aristocracia. Se hace esta referencia especial a los saduceos por motivo de su resuelta oposición a la doctrina de la resurrección que trataron de opugnar con arrogantes presunciones o ridiculizar con mofas.

4. Los Paganos en la Primera Resurrección.—La afirmación de que habrá lugar en la primera resurrección para los paganos que han muerto, encuentra apoyo en la palabra de las Escrituras y en una consideración de los principios de justicia verdadera, conforme a los cuales se juzgará a la humanidad. El hombre será declarado inocente o culpable de acuerdo con sus hechos, interpretados a la luz de la ley según la cual tiene que vivir. No concuerda con nuestro concepto de un Dios justo creer que él impondrá un castigo a uno que no observó un requerimiento que nunca conoció. Sin embargo, ni aun tratándose de aquellos que han pecado en tinieblas e ignorancia se suspenderán las leyes de la Iglesia; pero es razonable creer que el plan de redención concederá a éstos que están en tinieblas la oportunidad de aprender las leyes de Dios, e indudablemente al paso que aprendan les será requerida la obediencia bajo pena de castigo. Consideremos los siguientes pasajes aparte de los que se hallan en el texto:

"Y si no hubiese ley, ¿qué podría hacer la justicia si los hombres pecasen? ¿o la misericordia? Pues no tendrían derecho sobre el hombre."—Alma 42:21.

"Por tanto, él ha dado una ley; y donde no se ha dado ninguna ley, no hay castigo; y donde no hay castigo, no hay condenación; y donde no hay condenación, la clemencia del Santo de Israel los reclama por motivo de la expiación; porque el poder de él los libra."—2 Nefi 9:25.

"Y además, te digo que vendrá el día en que el conocimiento de un Salvador se esparcirá por todas las naciones, familias, lenguas y pueblos. Y cuando llegue ese tiempo, he aquí que nadie, fuera de los niños pequeños, será declarado sin culpa ante Dios sino por el arrepentimiento y la fe en el nombre del Señor Dios Omnipotente."—Mosíah 3:20, 21; véase también Helamán 15:14, 15.

5. El Estado Intermedio del Alma; el Paraíso.—La condición de los espíritus de los hombres entre la muerte y la resurrección es asunto de mucho interés y un tema que ha dado lugar a mucha discusión. Las Escrituras muestran que cuando llegue la hora del juicio final, el hombre comparecerá ante el tribunal de Dios con su cuerpo resucitado, sea cual fuere su condición de pureza o culpabilidad. Mientras esperan el tiempo de su resurrección, los espíritus que han perdido sus cuerpos existen en un estado intermedio de felicidad y reposo, o de sufrimiento e incertidumbre, según sus obras en el estado mortal. El profeta Alma dijo: "Ahora respecto al estado del alma entre la muerte y la resurrección, he aquí, un ángel me ha hecho saber que los espíritus de todos los hombres, luego que se separan de este cuerpo mortal, sí, los espíritus de todos los hombres, sean buenos o malos, son llevados ante aquel Dios que les dió la existencia. Y sucederá que los espíritus de los que son justos serán recibidos en un estado de felicidad que se llama paraíso: un estado de descanso, un estado de paz, donde descansarán de todas sus aflicciones, y de todo cuidado y pena. Y entonces acontecerá que los espíritus de los malvados, sí, los que son malos— pues he aquí, no tienen parte ni porción del Espíritu del Señor porque escogieron las malas obras más bien que las buenas, por lo que el espíritu del diablo entró en ellos y se posesionó de su casa—éstos serán echados a las tinieblas de afuera; allí habrá llantos, lamentos y crujir de dientes; y esto a causa de su propia iniquidad, pues fueron llevados cautivos por la voluntad del diablo. Así que éste es el estado de las almas de los malvados; sí, en tinieblas y en un estado de terrible y espantosa espera de que la ardiente indignación de la ira de Dios caiga sobre ellos; y así permanecen en este estado, como los justos en el paraíso, hasta el tiempo de su resurrección."—Alma 40:11 a 14.

También hacen referencia al paraíso, como lugar preparado para los espíritus justos mientras esperan la resurrección, los siguientes escritores nefitas: Jacob (2 Nefi 9:13), Nefi (4 Nefi 14) y Moroni (Moroni 10:34). Las referencias del Nuevo Testamento prestan su apoyo (Lucas 23:43; 2 Cor. 12:4; Ap. 2:7). De manera que el paraíso no es el sitio de la gloria final, porque el ladrón que murió con Cristo ciertamente no estaba preparado; sin embargo, no podemos dudar de que se cumplió la promesa de nuestro Señor que el malhechor arrepentido estaría con él aquel día en el paraíso. Además, las palabras que el Salvador resucitado declaró a María Magdalena tres días después, que aún no había subido a su Padre, son prueba de que pasó el intervalo en el paraíso.

La palabra "paraíso," por su derivación del griego, y éste a su vez del persa, significa lugar de delicias.

APÉNDICE XXII

Notas Relacionadas con el Capítulo 22

1. Intolerancia Entre las Sectas Cristianas.-"Debe decirse— aunque lo hago con la más profunda tristeza—que el frío exclusivismo del fariseo, la cruel ignorancia del que se hace llamar teólogo, la usurpada infalibilidad del religioso medio educado, han sido siempre el anatema del cristianismo. Han aplicado 'los sentidos del hombre a las palabras de Dios, las facultades especiales del hombre a las palabras generales de Dios'; y han intentado forzarlas sobre las conciencias de todos los hombres con toda especie de hogueras y anatemas, bajo iguales amenazas de muerte y condenación. Y así han incurrido en la terrible responsabilidad de presentar la religión a la humanidad bajo un manto falso y repugnante. ¿Seguirá siendo el odio teológico un proverbio para el justo desprecio del mundo? ¿Acaso se debe considerar el odio—el odio en su forma más rencorosa y despiadada—como el legítimo y normal resultado de la religión de amor? ¿Nunca influirá el espíritu de paz en opiniones religiosas? ¿Siempre suscitarán estos asuntos las más intensas enemistades y las más terribles divisiones? .... ¿Acaso se confirmará para siempre la opinión del mundo, que los partidario? teológicos son menos verídicos, menos candidos, menos magnánimos, menos honorables que aun los partidarios de causas políticas y sociales, quienes nada profesan con respecto al deber del amor? ¿Seguirán siendo los 'defensores religiosos', aun como son ahora, los más impíamente rencorosos, los más notoriamente

injustos? Bien lo pueden ser, y con menos peligro para la causa de la religión, si se privaran del lujo de citar pasajes de las Escrituras para sus propios fines."—The Early Days af Christianity, por Farrar, págs. 584, 585.

2. "Telestial".—El adjetivo "telestial" no es de uso corriente; en la actualidad solamente se emplea en la teología de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Se aplica al más bajo de los tres reinos de gloria preparados para los redimidos.

Cabe aquí considerar la siguiente nota del hermano J. M. Sjodahl al autor: "Hablando de las varias épocas de la resurrección, S. Pablo (1 Cor. 15:22-25) dice de la última: 'Luego el fin; cuando entregará el reino a Dios,' etc. La palabra fin se ha traducido así de telos; y la gloria de aquellos que resucitan los últimos, puede con toda propiedad ser llamada telestial, relacionada con telos. La resurrección de éstos es el fin, la terminación, el cumplimiento de las épocas de la resurrección."

3. Tolerancia.- "Ninguna afirmación modificada o condicional propone el 'mormonismo' respecto de la necesidad que tiene de cumplir con las leyes y ordenanzas del evangelio todo habitante individual de la tierra que aspira a la salvación. No distingue entre las naciones civilizadas y las paganas, ni entre los hombres de mucha inteligencia y los de poca; ni aun entre los vivos y los muertos. Ningún ser humano que ha llegado a la edad de responsabilidad en la carne puede abrigar la esperanza de alcanzar la salvación en el reino de Dios sino hasta que haya rendido obediencia a los requerimientos de Cristo, el Eedentor del mundo. Pero aunque es decisivo en este sentido, el 'mormonismo' no es exclusivo. No pretende que todos aquellos que no han aceptado y obedecido el evangelio de vida eterna serán eternamente y para siempre condenados. Aunque sin temor afirma que la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es el único repositorio del Santo Sacerdocio, cual se ha restaurado actualmente en la tierra, enseña y exige la más completa tolerancia para todos los individuos y organizaciones de individuos que profesan la justicia; y sostiene que cada cual será recompensado por el bien que haya hecho, juzgándosele de acuerdo con el conocimiento espiritual que haya adquirido. Y por estas elevadas pretensiones, combinadas con esta profesión de tolerancia, la Iglesia ha sido acusada de inconsistencia. Debe tenerse presente, sin embargo, que tolerancia no es aceptación . . . Los límites de la libertad de un individuo son los mismos que señalan la libertad de otro, o los derechos de la comunidad. Dios mismo considera como sagrada, y consiguientemente inviolable, la libertad del alma humana .... El 'mormonismo' afirma que ningún hombre o nación posee el derecho de privar por la fuerza a nadie, ni aun al pagano, de su derecho de adorar a su dios. Aunque desde las edades más remotas la idolatría ha llevado la marca del desagrado divino, para el que anda en tinieblas aquello podrá renresentar la reverencia más sincera de que es canaz. Debe enseñársele un camino mejor, pero jamás obligarlo. Nada se dice de un perdón universal; ninguna glorificación inmerecida de la Misericordia que sea para la degradación o menoscabo de la Justicia; ninguna creencia de que se puede cometer, aun cuando fuere, un solo pecado de omisión o comisión sin que éste deje su herida o cicatriz. En lo futuro habrá un lugar para cada alma, sea cual fuere su grado de inteligencia espiritual."—El autor, en The Story and Philosophy of "Mormonism," Salt Lake City, 1914.

APÉNDICE XXIII

Notas Relacionadas con el Capítulo 23

1. Insultos a San Pablo y a Cristo.- Véase Hechos 23:1-5: "No bien había proferido el apóstol las primeras palabras en su defensa, cuando Ananías, con vergonzosa ilegalidad, mandó que lo hiriesen en la boca. Enfurecido por este insulto tan obvio, aquel ultraje tan inmerecido, el temperamento naturalmente colérico de Pablo se encendió en esa ira repentina que debe ser dominada, pero que difícilmente podría faltar en un carácter verdaderamente noble. Ningún carácter puede ser perfecto si no encierra dentro de sí una profunda, aun cuando perfectamente generosa e indulgente indignación contra una injusticia intolerable. 'Herirte ha Dios, pared blanqueada—exclamó el apóstol con el dolor del golpe—¿y estás tú sentado para juzgarme conforme a la ley, y contra la ley me mandas herir?' Esta expresión ha sido censurada por su violencia, y ha sido comparada con la mansedumbre de Cristo ante el tribunal de sus enemigos. (Véase Juan 18:19-23.) '¿Dónde—pregunta S. Jerónimo—está esa paciencia del Salvador, quien, como el cordero que es llevado al matadero, no abrió su boca sino que con mansedumbre preguntó a quien lo había herido: Si he hablado mal, da

testimonio del mal: y si bien, ¿por qué me hieres? No estamos desacreditando al apóstol, sino declarando la gloria de Dios, quien aunque sufrió en la carne, dominó la maldad y debilidad de la carne.' Sin embargo, no creemos que sea necesario recordar al lector que no fueron una ni dos las veces que Cristo desenfrenó su justa ira y censuró la hipocresía y la insolencia con una ráfaga de su santa indignación. Los que estaban presentes parecen haberse sorprendido de la severidad de la reprensión de San Pablo, porque le preguntaron: '¿Al sumo sacerdote de Dios maldices?' La ira del apóstol se había agotado en aquella llamarada, e inmediatamente se disculpó con exquisita urbanidad y calma. 'No sabía, hermanos—dijo— que era el sumo sacerdote'; y añadió que de haberlo sabido no habría usado el oprobioso epíteto de 'pared blanqueada', porque reverenciaba y obedecía la Escritura que decía: 'Al príncipe de tu pueblo no maldecirás.'"—The Life and Work of St. Paul, por Farrar, págs. 539-540.

2. Las Enseñanzas de San Pedro Sobre la Obediencia a la Ley. — Uno de los deberes particulares "de los cristianos de aquellos días era el debido respeto, en todo asunto lícito, al gobierno civil .... Hay ocasiones—y nadie lo sabía mejor que el apóstol que había dado un ejemplo de espléndida desobediencia a una orden injustificable—en que 'es menester obedecer a Dios antes que a los hombres'. (Hechos 4:18-21; 5:28-32, 40-42.) Pero esos casos son excepciones y no la regla común. Normalmente, y en general, la ley humana se pone al lado del orden divino, y, sea quien fuere su administrador, justificadamente exige obediencia y respeto. Tan necesario era el principio para los cristianos de aquella época, que San Juan, San Pedro y aun San Pablo mismo con igual énfasis lo enseñaron. Más apremiante era su necesidad en aquellos días en que estaban a punto de estallar peligrosas sublevaciones en Judea; cuando dentro de los corazones de los judíos de todo el mundo ardía el fuego de odio vehemente contra las abominaciones de una idolatría tiránica; cuando se acusaba a los cristianos de 'alborotar el mundo' (Hechos 17:6); cuando algún pobre esclavo cristiano que era llevado al martirio o al suplicio, fácilmente podría haber desahogado su auna prorrumpiendo en apocalípticas denunciaciones de destrucción repentina' contra la babilonia mística; cuando los paganos, en su impaciente desprecio, intencionalmente podrían tergiversar una de las profecías de la conflagración final, interpretándola como amenaza sediciosa; y cuando los cristianos en Roma ya estaban sufriendo, por esa misma razón, las agonías de una persecución neroniana.' Por consiguiente, la sumisión era en aquel tiempo uno de los primeros deberes de todos los que deseaban granjearse la simpatía de los paganos y salvar a la Iglesia de una ola destructora de indignación que hasta los mismos paganos razonables y tolerantes justificarían como necesidad política .... 'Sed pues sujetos—dice el apóstol—a toda ordenación humana por respeto a Dios: ya sea al rey, como a superior (el título "rey" se aplicaba extensamente al emperador en las provincias) ; ya a los gobernadores, como de él enviados para venganza de los malhechores, y para loor de los que hacen bien. Porque ésta es la voluntad de Dios; que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres vanos: como libres, y no como teniendo la libertad por cobertura de malicia, sino como siervos de Dios. (Entonces, como principio) Honrad a todos. (Y como práctica habitual) Amad la fraternidad. Temed a Dios. Honrad al rey.' " (Véase 1 Pedro 2:13-17.)—Early Days of Christianity, por Farrar, págs. 89, 90.

3. La Obediencia a la Ley Secular.—"La religión es esencialmente asunto de la vida diaria. Tiene tanto que ver con el ajuste del individuo a su ambiente material, como con su creencia abstracta en asuntos espirituales. La religión de un hombre debe ser una demostración concreta de sus conceptos referentes a Dios y a los propósitos divinos que con él y sus prójimos se relacionan. Lo que sea menos ni tiene la forma de piedad ni el poder de ella.

"El Maestro asoció el amor hacia Dios y el amor hacia el prójimo; y ciertamente en el amor se encierra el deber, y el deber significa esfuerzo y hechos. Véase Mateo 22:35-40. Por medio de la asociación con nuestros semejantes y el recto cumplimiento de nuestros deberes en la vida de la comunidad se aprende gran parte de lo que tenemos que cursar en la escuela del estado mortal. No estamos aquí para convertirnos en ermitaños ni alejarnos del servicio público, sino para vivir en un estado de ayuda mutua y cooperación efectiva.

"Es una necesidad fundamental el que se establezcan leyes entre los hombres para que haya un gobierno general; y la obediencia a la ley es el patente deber de todo miembro de la sociedad organizada. Por consiguiente, la violación de la ley no sólo es una ofensa seglar sino la transgresión del principio de la verdadera religión. Este mundo sería más feliz si los hombres aplicasen un poco más de religión a sus deberes diarios: sus negocios, su política y asuntos de estado. Nótese bien que he dicho religión, no iglesia ....

"La fiel ciudadanía es no sólo una de las características, sino una prueba de la religión de un hombre; y en cuanto a los deberes obligatorios del ciudadano, la voz del pueblo, expresada por medio del sistema establecido de gobierno, será quien los determinará."-—El autor, en Vitality of "Mormonism," pág. 186.

4. Discontinuación del Matrimonio Plural.—El acto oficial que dio fin a la práctica del matrimonio plural entre los Santos de los Últimos Días fue la adopción, por parte de la Iglesia reunida en conferencia, de un manifiesto que leyó el Presidente de la Iglesia. El lenguaje del documento ilustra la disposición del pueblo y la Iglesia de obedecer la ley, como se ve en la siguiente cláusula: "Por cuanto el Congreso ha formulado leyes que prohiben la poligamia, las cuales la Corte Suprema ha sostenido como constitucionales, yo (el presidente Wílford Wóod-ruff), por la presente, declaro mi intención de sujetarme a dichas leyes y de ejercer mi influencia en los miembros de la Iglesia, a quienes presido, para que hagan lo mismo." Durante el sermón que pronunció inmediatamente después de la proclamación del manifiesto, el presidente Wóodruff dijo, refiriéndose al paso dado: "He cumplido con mi deber, y la nación de la cual somos parte tendrá que responder por lo que se ha hecho respecto de ese principio" (es decir, el matrimonio plural). Véase D. y C. págs. 256, 257.

5. Un Ejemplo Notable de Obediencia a la Ley Secular.—"Los gobiernos son instituidos de Dios, algunas veces por intervención directa de él, otras veces con su permiso. Cuando los judíos fueron vencidos por Nabucodonosor, rey de Babilonia, el Señor mandó, por conducto del profeta Jeremías (27:4-8), que el pueblo rindiera obediencia a su conquistador, a quien designa como su siervo; porque en verdad el Señor se había valido del rey pagano para castigar a los apóstatas e infieles hijos del convenio. Esta obediencia que les fué mandado rendir abrazaba también el pago de tributos y comprendía una sumisión completa." Véase Jesús el Cristo, nota 2 al capítulo 31.

APÉNDICE XXIV

Notas Relacionadas con el Capítulo 24

1. Amor, el Cumplimiento de la Ley.—"San Pedro dice: 'Y sobre todo tened entre vosotros ferviente caridad.' (1 Pedro 4:8.) Sobre todo. Y San Juan dice aún más: 'Dios es amor.' (1 Juan 4:8.) Y tal vez nos acordamos de las profundas palabras de San Pablo: 'El cumplimiento de la ley es la caridad.' (Rom. 13:10; Gal. 5:14.) ¿Nos hemos puesto a pensar en lo que quiso decir con esto? En aquellos días los hombres se ocupaban en llegar al cielo por el cumplimiento de los diez mandamientos y los otros ciento diez mandamientos que de los primeros habían fabricado. Cristo dijo en substancia: 'Os mostraré un modo más sencillo. Si hacéis una cosa, haréis estas otras ciento diez cosas sin pensar siquiera en ellas. Si amáis, inconscientemente estaréis cumpliendo toda la ley' .... Con sideremos cualquiera de los mandamientos, por ejemplo, 'No tendrás dioses ajenos delante de mí'. Si un hombre ama a Dios, no se hará necesario decirle eso. El amor es el cumplimiento de la ley. 'No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano'. ¿Se le ocurriría al individuo tomar su nombre en vano, si lo amara? 'Acordarte has del día del reposo, para santificarlo'. ¿No le daría gusto tener un día de cada siete para dedicarlo más exclusivamente al objeto de su cariño? El amor cumpliría todas estas leyes concernientes a Dios. En igual manera, si amara al prójimo, no sería necesario decirle que honrara a su padre y a su madre. No podría menos que respetarlos. Sería absurdo que le dijésemos que no matase. Sólo se ofendería si le indicásemos que no robara, pues ¿cómo podría robar de aquellos a quienes amaba? Sería por demás pedirle qué no hablara falso testimonio contra su prójimo. Si lo amaba, jamás se le ocurriría. Y nunca pensaríamos en instarlo a no codiciar las cosas de su prójimo. Mejor preferiría que su prójimo las tuviera y no él. En este sentido, el amor es el cumplimiento de la ley".

—The Greatest Thing in the World, por Drummond.

2. Caridad y Amor. — Conforme a la etimología y el uso, beneficencia, es la virtud de hacer bien y benevolencia, la buena voluntad hacia otros; pero benevolencia ha llegado a comprender beneficencia y a reemplazarla .... Caridad, que tiene como acepción primera el "amor a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos" (como en 1 Cor. 13), en la actualidad se aplica casi umversalmente a la "limosna que se da, y auxilio que se presta a los necesitados", y su significado es mucho menos extenso que el de benevolencia.—Véase el Diccionario de la Lengua Española.

Caridad propiamente significa "amor y, consiguientemente, hechos benignos. Ni una sola vez aparece en el Antiguo Testamento; en el Nuevo, con una sola excepción, caridad y amor son sinónimos; y en todos estos casos indica el amor del hombre hacia su prójimo y hacia lo que es bueno." (Véase especialmente 1 Cor. cap. 13) —Bible Dictionary de Cassell.

3. El Diezmo del Señor.—Como en la antigüedad, así hoy, el diezmo pertenece al Señor, por lo cual, es santo. El dinero o bienes, cualesquiera que fueren, que se entregan como diezmos, no se han de administrar por personas desautorizadas. Los sacerdotes de Israel antiguo tenían a su cargo este sagrado deber, y en la dispensación actual prevalece el mismo orden. En la actualidad, los obispos son responsables por el manejo de los diezmos, y, oficiando de esta manera, obran en su capacidad de directores del sacerdocio aarónico. De nuevo hoy, como en la antigüedad, se pagan los diezmos en determinados lugares a aquellos que han sido debidamente autorizados y comisionados para recibirlos. En estos días, el Obispo de la Iglesia, conocido como el Obispo General, recibe ayuda de los muchos obispos de los barrios, a quienes como representantes y ayudantes de! Obispo General, se pagan los diezmos, después de lo cual se remiten por ellos a la oficina del Obispo General. El orden de la Iglesia, cual actualmente está constituida, dispone que los varios obispos conviertan en efectivo los comestibles que en calidad de diezmos reciban en especie, y manden los fondos al Obispo General. Es interesante el hecho de que durante los últimos años, particularmente las dos últimas décadas, muchas sectas y denominaciones han procurado revivir la antigua práctica del diezmo. Las iglesias están organizando entre sus miembros sociedades o clubs de "pagadores de diezmos", quienes voluntariamente se comprometen a pagar a sus iglesias respectivas la décima parte de sus ingresos individuales. En algunas de estas sociedades les es permitido a los contribuyentes indicar el propósito al cual se han de aplicar sus diezmos. La gran dificultad con que más tropiezan nuestros amigos sectarios en restablecer la práctica del diezmo en sus numerosas sectas—y ellos en parte lo comprenden—es que no hay entre ellos sacerdotes ni levitas autorizados para recibir los diezmos y administrarlos estrictamente de acuerdo con el mandato divino. La autoridad del Santo Sacerdocio es esencial para la regulación del sistema de diezmos del Señor. El diezmo es el sistema de fondos del Señor, y lo exige del pueblo, no porque a él le haga falta el oro y la plata, sino porque ellos necesitan pagarlo.

El pago de los diezmos debe ser un sacrificio voluntario y libre, no para ser impuesto por poder civil alguno ni para hacerse cumplir por medio de multas o alguna otra corrección material. Aun cuando hasta cierto punto uno asume la obligación, debe, no obstante, observarla con íntegro propósito de corazón aquel que gana dinero, afirma ser miembro de la Iglesia, y profesa dejarse guiar por la palabra revelada que se ha dado para el desarrollo espiritual de sus miembros.

Es esencial que los hombres aprendan a dar. Si no se proveyera esta instrucción, quedaría incompleto el curso escolar del estado mortal. La sabiduría humana no ha podido idear, un medio más equitativo de contribuciones individuales para las necesidades de la comunidad que el sencillo plan de los diezmos. Cada uno ha de dar en proporción a lo que gana, y debe hacerlo regular y sistemáticamente. El espíritu de dar santifica el diezmo; y por estos medios santificados se llevan a cabo las actividades materiales de la Iglesia. Bendiciones, precisas y selectas, se hallan al alcance de todos. En la obra del Señor, tan aceptable es el centavo de la viuda como la pieza de oro del millonario.

Los Santos de los Últimos Días creen que se ha instituido divinamente el sistema de los diezmos para que ellos lo observen; y se consideran bienaventurados por permitírseles tomar parte en la realización de los fines de Dios. Bajo este sistema, el pueblo ha prosperado individualmente y como cuerpo organizado. Es la sencilla y efectiva ley de ingresos de la Iglesia, y su operación ha sido un éxito desde el día de su establecimiento. Evita entre nosotros la necesidad de hacer colectas en las asambleas religiosas, y facilita la promulgación del mensaje de la Iglesia por medio de la palabra impresa y hablada, así como la construcción y sostenimiento de templos para el beneficio tanto de los vivos como de los muertos, y otros servicios al género humano demasiado numerosos para mencionar.

Hay una distinción importante entre los diezmos y otras ofrendas. Aunque la observancia de la ley de los diezmos debe ser libre y voluntaria, no obstante, el Señor pide, más aún, exige que paguen diezmos aquellos que de su libre voluntad han hecho convenio con él en las aguas del bautismo. Cometemos un error muy grande y muy común cuando consideramos que el pago de los diezmos es un donativo que hacemos al Señor. Esto no expresa la verdad. Se ha dispuesto que el hombre haga cuantas ofrendas voluntarias desee; y si hace la ofrenda con propósito puro de corazón, su ofrenda será aceptada y le será imputado por justicia; pero el diezmo no es así, el diezmo es más bien una deuda que un donativo.

En mi concepto, es como si yo y el Señor hubiésemos celebrado un contrato y que él en substancia me hubiera dicho: Tú necesitas muchas cosas en este mundo: alimento, ropa y abrigo para tu familia y para ti, las comodidades más comunes de la vida y las cosas que te darán cultura, desarrollo y gozo sano. Deseas obtener bienes materiales a fin de usarlos para ayudar a otros, y de esta manera ganar bendiciones mayores para ti y los tuyos. Tendrás los medios para adquirir estas cosas, pero recuerda que son mías, y voy a exigir que pagues

arrendamiento por lo que entrego en tus manos. Sin embargo, tus bienes y posesiones no aumentarán uniformemente durante tu vida. Tendrás tus pérdidas así como tus ganancias; conocerás épocas de dificultades así como de paz. Algunos años serán para ti años de abundancia, otros lo serán de escasez. Y ahora, en lugar de hacer lo que hacen los dueños mortales, quienes te exigen que les pagues por adelantado lo que estipula tu contrato, sea que te vaya bien o mal, a mí no me pagarás de antemano, sino hasta después que hayas recibido; y me pagarás de acuerdo con lo que recibas. Si acontece que en un año tus ganancias son más abundantes, podrás pagarme un poco más; y si sucede que el año siguiente es uno de aflicción, y tu ganancia no es lo que fue, entonces me pagarás menos; y si llegas hasta el extremo de no ganar nada, nada me pagarás.

¿Qué propietario de la tierra hay que esté dispuesto a celebrar esta clase de contrato con uno? Cuando considero la liberalidad del plan y la consideración que mi Señor ha tenido para conmigo, siento en mi corazón que difícilmente podría alzar mi semblante hacia su cielo si tratara de defraudarlo de este justo arrendamiento.

Consideremos, además, cómo ha proveído para que aun los ás humildes puedan recibir abundantemente de las bendiciones de su casa. No se han reservado los tesoros del cielo para los hombres ricos de la tierra; aun el más "Dobre puede ser accionista de la gran corporación de nuestro Dios, organizada para efectuar sus propósitos en la predicación del evangelio, en la construcción de templos y otros santuarios en su nombre y en hacer bien a todos los hombres .....

Al fin y al cabo, el propósito principal o grande del establecimiento de la ley de los diezmos es el desarrollo del alma del que los paga, más bien que el de proveer ingresos. Este es un propósito importantísimo, porque en vista de que se requiere dinero para llevar a cabo la obra de la Iglesia, el Señor necesita el dinero que ha sido santificado por la fe del pagador; pero se aseguran bendiciones inestimables, evaluadas conforme a la moneda del reino, a aquel que cumple estrictamente con la ley de los diezmos porque el Señor así la ha mandado.—Del folleto The Lord's Tenth, por el autor, publicado por el Obispado General, Salt Lake City, 1923.

4. La Relación Entre Dios y el Hombre.—"El 'mormonismo' afirma que existe un parentezco real y literal de padre e lujo entre el Creador y el hombre. No en el sentido figurado en que llamamos padre de una máquina al inventor de ella; no la relación que hay entre una cosa hecha mecánicamente y el que la creó, sino el vínculo entre un padre y su progenie. En una palabra, declara sin temor que siendo el espíritu del hombre estirpe de Dios, y siendo su cuerpo, aunque de materia terrenal, a imagen y semejanza misma de Dios, el hombre aun en su presente condición no sólo degradada, sino también caída, todavía posee, aun cuando sólo en estado latente, rasgos, tendencias y poderes heredados que revelan su descendencia más que real; y que éstos se pueden desarrollar al grado de hacerlo, hasta cierto punto, aun cuando mortal, semejante a Dios.

"Pero el 'mormonismo' proclama aún más. Asevera que, de acuerdo con la ley inviolable de la naturaleza orgánica—que los semejantes han de reproducir a los semejantes y que la multiplicación del número y perpetuación de las especies debe sujetarse a la condición de 'cada cual según su género'—el hijo puede alcanzar el estado anterior del padre, y que en su condición mortal el hombre es un Dios en embrión. No importa cuan remoto esté en lo futuro, cuantas edades tengan que pasar, cuantas eternidades hayan de transcurrir antes que cualquier individuo, que hoy es un ser mortal, pueda lograr la santidad y categoría de la divinidad, con todo, el hombre lleva en su alma las posibilidades de tal realización, aun así como en la oruga que se arrastra o en la cadavérica crisálida se encierra la posibilidad latente, más aún, la certeza segura—salvo su destrucción durante la metamorfosis—del insecto alado en toda la gloria de su estado adulto.

"El 'mormonismo' afirma que toda la naturaleza, tanto en el cielo como en la tierra, obra conforme a un plan de progreso; que el Padre Eterno mismo es un Ser progresivo; que su perfección, aunque tan completa que es incomprensible para el hombre, posee esta cualidad esencial de la perfección verdadera, a saber, la capacidad de aumento eterno; que, por tanto, en alguna remotísima época futura, más allá del horizonte de las eternidades, el hombre quizá podrá llegar al estado de un Dios. Sin embargo, esto no quiere decir que entonces será igual al Dios que adoramos, ni que alcanzará jamás a las inteligencias cuyo desarrollo ya va adelante del suyo; porque declarar tal cosa sería sostener que no hay progreso más allá de cierto estado, y que el desarrollo es característica de las organizaciones y fines inferiores únicamente. Nosotros creemos que encierra algo más que el metal que resuena y el retintín de címbalos verbales, la ferviente amonestación del Cristo a sus discípulos: Sed, pues, vosotros perfectos, aun como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto."—The Philosophy of "Mormonism", págs. 108-110; el autor en The Story and Philosophy of "Mormonism", Salt Lake City, 1920.